Zeev Sternhell
Mario Sznajder y Maia Asheri

El nacimiento de la ideología fascista

SIGLO XXI ESPAÑA

Traducción de

OCTAVI PELLISA

EL NACIMIENTO DE LA IDEOLOGÍA FASCISTA

por

ZEEV STERNHELL
Mario Sznajder y Maia Asheri

siglo veintiuno editores, sa
CERRO DEL AGUA, 248. 04310 MEXICO, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa
C/ PLAZA, 5. 28043 MADRID. ESPAÑA

CC BY NC ND

Primera edición, octubre de 1994

© SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES, S. A.
Calle Plaza, 5. 28043 Madrid

Primera edición en francés, 1989

© Éditions Fayard, París
Título original: *Naissance de l'ideologie fasciste*

DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY

Impreso y hecho en España
Printed and made in Spain

Diseño de la cubierta: Pedro Arjona

ISBN: 84-323-0855-2
Depósito legal: M. 32.482-1994

Fotocomposición: EFCA, S. A.
Avda. Doctor Federico Rubio y Galí, 16. 28039 Madrid

Impreso en Closas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarsa
Paracuellos de Jarama (Madrid)

A la memoria de Yaakov L. Talmon (1916-1980)

ÍNDICE

PREFACIO XI

INTRODUCCIÓN: FASCISMO COMO CULTURA POLÍTICA ALTERNATIVA 1

1. GEORGES SOREL Y LA REVISIÓN ANTIMATERIALISTA DEL MARXISMO 47

I. LOS FUNDAMENTOS DE LA «CORRECCIÓN» DEL MARXISMO 47
II. ANTIRRACIONALISMO Y ACTIVISMO: LOS MITOS SOCIALES 78
III. ANTICARTESIANISMO Y PESIMISMO 103
IV. LA CONFLUENCIA DEL SORELISMO Y DEL NACIONALISMO 113

2. EL REVISIONISMO REVOLUCIONARIO EN FRANCIA 134

I. LA «NUEVA ESCUELA» 134
II. EL SORELISMO APLICADO 146
III. LA SÍNTESIS SOCIALISTA Y NACIONAL 176

3. EL SINDICALISMO REVOLUCIONARIO EN ITALIA 195

I. VEINTE AÑOS: 1902-1922 195
II. LA PRIMACÍA DE LA ECONOMÍA Y LA REVISIÓN DE LA ECONOMÍA MARXISTA 214
III. EL MITO MOVILIZADOR DE LA HUELGA GENERAL REVOLUCIONARIA Y LAS LECCIONES DE LA REALIDAD 228

4. LA SÍNTESIS SOCIALISTA-NACIONAL 240

I. EL MITO DE LA GUERRA REVOLUCIONARIA 240
II. DE LA GUERRA DE LIBIA AL INTERVENCIONISMO DE IZQUIERDA: EL IMPERIALISMO DE LOS OBREROS, EL SINDICATO Y LA NACIÓN 244
III. EL SINDICALISMO NACIONAL, LA SOLUCIÓN PRODUCTIVISTA Y EL PROGRAMA DE EXPROPIACIÓN PARCIAL 269
IV. DE LA «CARTA DEL CARNARO» AL SINDICATO FASCISTA 283

5. LA ENCRUCIJADA MUSSOLINIANA: DE LA CRÍTICA DEL MARXISMO AL SOCIALISMO NACIONAL Y AL FASCISMO 297

I. EN LA ÓRBITA DEL SINDICALISMO REVOLUCIONARIO 297
II. UN MILITANTE SOCIALISTA INTELECTUALMENTE A LA DERIVA..... 315
III. EL SOCIALISMO NACIONAL 328
IV. ESTADO Y DICTADURA: DEL SOCIALISMO NACIONAL AL FASCISMO. 347

EPÍLOGO: DE LA REVOLUCIÓN CULTURAL A LA REVOLUCIÓN POLITICA..... 357

BIBLIOGRAFÍA 395

ÍNDICE DE NOMBRES 409

Actualmente el mundo aspira con una extraordinaria impaciencia a un diagnóstico mejor fundamentado; está, más que nunca, dispuesto a aceptarlo y deseoso de experimentarlo, incluso en el caso de que sólo sea plausible. Haciendo abstracción de esa disposición de ánimo particular de la época, las ideas, justas o falsas, de los filósofos de la economía y de la política tienen más importancia de lo que en general se piensa. A decir verdad ellas dirigen casi exclusivamente el mundo. Los hombres de acción que se creen plenamente eximidos de las influencias doctrinales son normalmente esclavos de algún economista del pasado. Los visionarios influyentes, que oyen voces celestiales, difunden utopías nacidas algunos años antes en el cerebro de algún escribidor de facultad. Estamos convencidos de que se exagera enormemente la fuerza de los intereses creados en relación a la influencia que progresivamente van adquiriendo las ideas. En realidad, éstas no actúan de una forma inmediata, sólo lo hacen después de transcurrir un lapso de tiempo. En el terreno de la filosofía económica y política, raros son los hombres de más de veinticinco o treinta años que se mantienen abiertos a las nuevas teorías. De modo que es muy poco probable que las ideas que los funcionarios, los políticos e, incluso, los agitadores políticos aplican a la vida corriente, sean las más novedosas. Pero son las ideas, y no los intereses creados, las que, antes o después, son peligrosas para bien o para mal.

John Maynard Keynes
Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero

PREFACIO

Esta obra ofrece el resultado de una investigación iniciada hace algunos años. Hace tiempo también que los estudiantes de doctorado de los departamentos de historia y de ciencias políticas de la Universidad Hebrea de Jerusalén, cuyos trabajos he tenido el privilegio de dirigir, están interesados en la formación de la ideología fascista. En su andadura, algunos de estos jóvenes investigadores se han visto obligados a verificar hacia dónde conducían determinadas pistas que yo había indicado en un ensayo publicado en inglés en 1976, en una obra colectiva dirigida por Walter Laqueur [1]. Especialmente sobre los mecanismos de la transición de la izquierda hacia el fascismo.

Algunos de estos trabajos ahora han madurado. Dos de ellos los he integrado aquí, aportando cada uno su contribución.

Los capítulos 3 y 4 son de Mario Sznajder, especialista en sindicalismo revolucionario italiano. He revisado su construcción, con el único propósito de adaptarlos a la presentación y de ofrecer una obra bien integrada. La parte esencial de los materiales que me han permitido escribir el capítulo 5 me la han proporcionado Maia Asheri y Mario Sznajder, pero sobre todo la señora Asheri, autora de un recentísimo estudio sobre el primer fascismo italiano. De modo que mucho de lo bueno que pueda poseer este libro se lo debo a mis colaboradores; la responsabilidad intelectual y el armazón conceptual de la obra es mío, asumo todas sus flaquezas.

Este libro se ha beneficiado de la ayuda de Georges Bensimhon, una ayuda con la que cuento desde hace dieciocho años. Tanto en los problemas de fondo como en las cuestiones de francés, Georges Bensimhon me ha advertido de todos los pasajes oscuros, de todos los olvidos. Muchas de las deficiencias del primer manuscrito han desaparecido gracias a este lector perspicaz. Mi gratitud hacia este amigo va mucho más allá de lo que pueden expresar estas pocas líneas.

---

[1] «Fascist Ideology», en W. Laqueur, *Fascism, a Reader's Guide. Analyses, Interpretations, Bibliography*, Berkeley, University of California Press, 1976.

Quiero también expresar mi gratitud al Institut for Advanced Studies de la Universidad Hebrea de Jerusalén, a su director, el profesor Menachem Yaari y a todo el equipo administrativo dirigido por el Dr. Shabtai Gairon y la señora Bilha Gus. La invitación para pasar el curso 1986-1987 en este centro de investigación me ha permitido liberarme de las tareas docentes y dedicarme a la preparación de este libro. El Instituto de Jerusalén, más pequeño y mucho más pobre que los de Princeton o Standford, posee prácticamente las mismas cualidades tradicionales de estas grandes instituciones americanas: un entorno intelectual excepcional y una voluntad constante de no escatimar esfuerzos para que el investigador saque el máximo provecho de su tiempo. Nuestro seminario de investigación multidisciplinaria, en el que han participado especialmente Amatzia Baram, Sana Hassan, Menachem Friedman, George Mosse, Emmanuel Sivan, Michael Walzer y Jay Winter, ha sido para mí muy enriquecedor. La señora Anat Benine ha prestado a este grupo de trabajo una ayuda inestimable.

Quisiera también dar las gracias a los colaboradores de la Biblioteca Nacional de Jerusalén quienes, a pesar de las difíciles condiciones materiales en las que se desenvuelven, logran asegurar un servicio digno de un centro de investigación importante. Mi agradecimiento lo hago extensivo también a los diversos servicios de la Biblioteca Nacional de París, la Biblioteca y Archivo Nacional Italiano en Roma, las bibliotecas universitarias de Columbia y Princeton y la Biblioteca del Congreso en Washington. También doy las gracias al Instituto Davies de Relaciones Internacionales, a su director Profesor Amnon Sella y a su director asociado Dr. Gabriel Shaeffer, que, concediéndome —una vez más— una ayuda financiera en el último momento, me ha permitido que entregara el manuscrito al editor sin un retraso excesivo.

ZEEV STERNHELL
Jerusalén, 1993.

INTRODUCCIÓN: FASCISMO COMO CULTURA POLÍTICA ALTERNATIVA

Este libro se basa en dos presunciones. La primera es que el fascismo, antes de convertirse en fuerza política, fue un fenómeno cultural. El crecimiento del fascismo no hubiera sido posible sin la rebelión contra la Ilustración y la Revolución francesa que barrió Europa a fines del siglo XIX y principios del XX. En cualquier lugar de Europa la rebelión cultural precedió a la política: la ascensión de los movimientos fascistas y la toma de poder fascista en Italia fueron posibles sólo debido a la conjunción de la acumulada influencia de la revolución cultural e intelectual con las condiciones políticas, sociales y psicológicas creadas a fines de la primera guerra mundial. En ese sentido, el fascismo era sólo una manifestación extrema de un fenómeno mucho más comprehensivo y amplio.

El segundo postulado, que deriva del primero, es que en el desarrollo del fascismo, su marco conceptual tiene un rol de especial importancia. No cabe duda que la cristalización ideológica precedió a la acumulación de poder político y fue la que estableció las bases para la acción política. El fascismo no fue, según la famosa expresión de Benedetto Croce, un «paréntesis» en la historia contemporánea. No fue, como él lo pensó, el resultado de una «infección»: de un período de «decadencia en la conciencia de la libertad» tras la primera guerra [1]. No fue el producto de algún tipo de renacimiento «maquiavélico» del cual la Europa del siglo XX fue víctima. Contrariamente a lo que Friedrich Meinecke y Gerhard Ritter intentaron hacer creer a la genera-

---

[1] Véase B. Croce, «The Fascist Germ still lives», *The New York Times Magazine*, 28 de noviembre de 1943. En este artículo, Croce pone en guardia al mundo occidental contra un posible renacimiento de la infección fascista, cuyo cultivo favorece esa otra guerra que todavía continúa. Sobre la concepción del fascismo de Benedetto Croce, véase también *Scritti e Discorsi politici (1943-1947)*, Bari, Laterza, 1969, vol. I, pp. 7-16; vol. II, pp. 46-50 y 361-363. La pista de estos textos la he descubierto en la excelente obra de Renzo de Felice, *Interpretations of Fascism*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1977.

ción pos-segunda guerra, el fascismo es parte integral de la historia de la cultura europea [2].

Tampoco conviene exagerar el carácter «anti» del fascismo: el fascismo no se encarna únicamente, según la definición de Juan Linz, autor de un notable estudio, en el antiliberalismo. El fascismo tampoco es una «variante del marxismo», como sostiene A. James Gregor [3], un especialista por lo demás perspicaz y autor de obras importantes. Por otro lado, el fascismo no se puede reducir, como pretende la interpretación marxista clásica, a una mera reacción antiproletaria surgida en una fase del capitalismo declinante [4]. Entre esos dos extremos, cunden las interpretaciones. Sobre la producción científica de los últimos veinte años, cabe destacar los trabajos de Karl Dietrich Bracher, Emilio Gentile, A. James Gregor, Roger Griffin, George L. Mosse, Stanley G. Payne, Dominico Settembrini, Yaakov Talmon y Pier Giorgio Zunino, y también la obra de Pierre Milza [5].

---

[2] F. Meinecke, *The German Catastrophe. Reflections and Recollections,* Boston, Beacon Press, 1967 (trad. de *Die Deutsche Katastrophe,* publicado en 1946). Véase especialmente el cap. VII, titulado «Maquiavelismo de masas»; G. Ritter, «The Historical Foundations of the Rise of National-Socialism», en *The Third Reich,* Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1955, pp. 381-416. Se trata de uno de los estudios apologéticos escrito por un historiador profesional.

En una obra publicada algunos años más tarde, Ritter matiza un poco más; pero continúa explicando el nazismo a través de la personalidad de Hitler y de la impaciencia de los alemanes por ver salir a su país de la crisis, más que por el nacionalismo: *The German Problem: Basic Question of German Political Life, Past and Present,* Columbus, Ohio State University Press, 1965, pp. 199 ss.

[3] E. Nolte, *Der Faschismus in seiner Epoche,* Múnich, R. Piper & Co. Verlag, 1963. La obra de Ernst Nolte sigue siendo un clásico, a pesar de su tendencia a minimizar, a trivializar incluso, el fenómeno nazi.

Para una crítica más detallada de la obra de Ernst Nolte, de sus vinculaciones con la interpretación del nazismo como faceta de una «filosofía del mal» europea, véase Z. Sternhell, «Fascist Ideology», en W. Laqueur (comp.), *Fascism: A Reader's Guide. Analyses, Interpretations, Bibliography,* Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1976, pp. 369 ss. Véase también J. L. Linz, «Somes Notes Toward a Comparative Study of Fascism in Sociological Historical Perspective», en W. Laqueur (comp), ob. cit., pp. 15-25, y A. J. Gregor, *Young Mussolini and the Intellectual Origins of Fascism,* Berkeley, University of California Press, 1979, p. IX.

[4] J. M. Cammet, «Communist Theories of Fascism (1920-1935)», *Science and Society,* vol. XXXI, invierno de 1967, pp. 149-163. Véase también una obra muy representativa de los años treinta: M. H. Dobb, *Political Economy and Capitalism. Some Essays in Economic Tradition,* Londres, Routledge, 1940; sobre el fascismo, véanse pp. 259 ss.

[5] En los últimos años se han multiplicado los trabajos consagrados a las cuestiones que aquí nos preocupan. Las referencias a las obras más significativas se dan en las notas: no es éste el lugar para entrar en detalles sobre todo lo que se publica en este te-

En *Comprender el Fascismo,* el venerado decano de los investigadores italianos, Renzo de Felice, nos ofrece un panorama de las diversas interpretaciones dignas de mención. También nos da la suya, basada en una doble tipología de los países y de las formas de poder. El biógrafo de Mussolini insiste particularmente en el peso de las especificidades regionales, especialmente en el caso italiano [6].

El presente estudio se ha concebido en una perspectiva distinta. Ante todo, se propone restablecer el peso real de la ideología en el crecimiento del fascismo, ese fenómeno político y cultural que siempre ha gozado de una autonomía intelectual completa. La ideología es descrita en esta obra como la interacción entre cultura y política, reflejando la relación entre la adopción de posiciones intelectuales y su transformación en acción. Nuestra intención consiste en poner de

---

rreno. Se ha publicado una bibliografía multilingüe muy completa: Philip Rees, *Fascism and Pre-Fascism in Europe, 1890-1945: A Bibliography of the Extreme Right,* Totowa (Nueva Jersey), Barnes and Noble Books, 1984. Consúltese en primer lugar el último y excelente libro de Karl Dietrich Bracher, *The Age of Ideologies. A History of Political Thought in the Twentieth Century,* Nueva York, St. Martin's Press, 1984 (título original: *Zeit der Ideologien).* Merece una especial atención la obra póstuma de Yaakov Leib Talmon, *The Myth of the Nation and Vision of Revolution: The Origins of Ideological Polarization in the 20th Century,* Londres, Weindenfeld and Nicolson, 1981. Consúltense también las actas del Coloquio Internacional celebrado en junio de 1982 en memoria de este gran historiador, autor de *Los orígenes de la democracia totalitaria,* fallecido en 1980: *Totalitarianism Democracy and after,* Jerusalén, The Magnes Press, 1984. El esfuerzo importante más reciente que provee una explicación del fascismo genérico es el de Roger Griffin, *The Nature of Fascism,* Londres, Pinter Publishers, 1991. Algunas obras más antiguas, en inglés, siguen siendo las mejores. Mencionemos, en especial: A. James Gregor, *The Ideology of Fascism: The Rationale of Totalitarianism,* Nueva York, The Free Press, 1969; *Italian Fascism and Developmental Dictatorship,* Princeton, Princeton University Press, 1979; *Young Mussolini and the Intellectual Origins of Fascism,* ob. cit.; George L. Mosse, *Masses and Man. Nationalist and Fascist Perceptions of Reality,* Nueva York, Howard Fertig, 1980; Stanley G. Payne, *Fascism: A Comparative Approach Toward a Definition,* Madison, University of Wisconsin Press, 1980.

En Italia, los trabajos de Renzo de Felice siguen ocupando un lugar preferente. Consúltese su monumental biografía de Mussolini en cinco volúmenes, publicada por Einaudi en Turín, de 1965 a 1981. Véanse también tres excelentes obras aparecidas en el curso de los últimos veinte años: Emilio Gentile, *Le origini dell'ideologia fascista,* Bari, Laterza, 1975, e *Il mito dello stato nuovo dall'antigiolittismo al fascismo,* Bari, Laterza, 1982; Pier Giorgio Zunino, *L'ideologia del fascismo. Miti, credenze e valori nella stabilizzacione del regime,* Bolonia, Il Mulino, 1985, e *Interpretazioni e memoria del fascismo. Gli anni del regime,* Roma, Laterza, 1991.

En francés, es muy interesante la síntesis de Pierre Milza, *Les Fascismes,* París, Imprimerie Nationale, 1985.

[6] R. de Felice, *Comprendre le Fascisme,* ob. cit., pp. 19-25.

manifiesto que ese cuerpo ideológico, formado muchos años antes de 1914, sustenta un proyecto no conformista, vanguardista y revolucionario. El fascismo, en efecto, ha sido una fuerza rupturista, capaz de arremeter contra el orden establecido y de competir eficazmente con el marxismo en la mente y en la preferencia, tanto de los intelectuales, como de las masas.

En este trabajo se pone el acento en el período de formación del fascismo. Su análisis y el del crecimiento del pensamiento del movimiento y de las estructuras intelectuales que éste instaura, se refiere al complejo cultural franco-italiano. La Francia del nacionalismo integral, de la derecha revolucionaria, es la auténtica cuna del fascismo. Como eso ya lo hemos mantenido en otro lugar, no lo debatiremos aquí [7]. Pero Francia también es la cuna del revisionismo revolucionario soreliano, primer componente del fascismo. Tras su lanzamiento en Francia, el revisionismo revolucionario se desarrolla en Italia con gran empuje intelectual, político y social. Aliados con los nacionalistas y con los futuristas, los revisionistas revolucionarios italianos encuentran en el verano de 1914 las tropas, las condiciones y el jefe que les permiten transformar en fuerza histórica la larga incubación intelectual iniciada a principios de siglo.

Pero, antes de proseguir por este camino, conviene insistir en otro elemento de la definición que aquí proponemos: en modo alguno cabe identificar el fascismo con el nazismo. Indudablemente, ambas ideologías, ambos movimientos y ambos regímenes tienen puntos en común. A menudo pueden tener contactos tangenciales, coincidir en determinados aspectos, pero difieren en una cuestión fundamental: la piedra de toque del nacionalsocialismo alemán es el determinismo biológico. Lo que constituye el fondo del nazismo es el racismo en su sentido más extremo; y la guerra a los judíos, la guerra a las razas inferiores, juega en él un papel mucho más preponderante que la guerra a los comunistas. Algunos marxistas pueden convertirse al nacionalsocialismo —un buen número de ellos lo hicieron realmente; a su vez, el nacionalsocialismo puede firmar tratados con los comunistas, puede intercambiar embajadores, o coexistir con ellos, al menos temporalmente. Nada de eso es posible por lo que

---

[7] Permítaseme citar mis obras anteriores: *La Droite révolutionnaire. Les Origines françaises du fascisme*, París, Éd. du Seuil, 1978 (hay nueva edición en colección de bolsillo, *«Points-Histoire»*, 1985) y *Ni Droite, ni gauche. L'Idéologie fasciste en France*, París, Éd. du Seuil, 1983 (hay nueva edición refundida y ampliada, Bruselas, Éd. Complexe, 1987).

respecta a los judíos. El único «arreglo» posible con ellos es el exterminio.

El racismo, evidentemente, no es exclusivo de Alemania. A finales del siglo XIX, el determinismo biológico se desarrolla también en un país como Francia; pero aun constituyendo un elemento del ascenso de la derecha revolucionaria, el racismo, en su variante francesa, nunca llega a ser el alfa y omega de una ideología, de un movimiento y de un régimen.

De hecho, el determinismo racial no aparece en todas las variedades del fascismo. Si Robert Brasillach profesa un antisemitismo muy próximo al del nazismo, el *Faisceau* de Georges Valois, en cambio, carece totalmente de él. Y si determinados fascistas italianos practican un antisemitismo militante, no por ello hay menos judíos fascistas en Italia; su porcentaje en el seno del movimiento es incluso superior al que existe en la población. Como se sabe, en Italia las leyes raciales no se promulgarán hasta 1938, y durante los años de la contienda, un judío se sentirá mucho menos en peligro en Niza o en la Alta Saboya, territorios ocupados por las tropas italianas, que en Marsella, controlada por la policía de Vichy.

De modo que el racismo no es una de las condiciones necesarias para la existencia de un fascismo; contribuye, por el contrario, al eclecticismo fascista. Es por eso por lo que una teoría general que quisiera englobar fascismo y nazismo chocaría siempre con ese aspecto esencial del problema. De hecho, una teoría así no es posible. Indudablemente existen semejanzas, principalmente por lo que respecta al carácter «totalitario» de los dos regímenes, pero las diferencias no son menos significativas. Karl Bracher ha visto acertadamente esas diferencias, en cambio Nolte —y ello constituye su principal flaqueza— las ha ignorado completamente [8].

Una vez clarificada esta cuestión, volvamos a nuestra concepción del fascismo. Aunque la ideología fascista no puede definirse en términos de una mera respuesta al marxismo, su nacimiento, por el contrario, representa el resultado directo de una revisión muy específica del marxismo. El objeto de este libro es estudiar esa revisión antimaterialista y antirracionalista del marxismo. Es indispensable insistir en ese aspecto esencial de la definición del fascismo. Puesto que la cristalización de los conceptos fundamentales del fascismo, de la filosofía

[8] Véase K. D. Bracher, «The Role of Hitler: Perspectives of Interpretation», en *Fascism: A Reader's Guide*, ob. cit., pp. 217 ss.

y de la mitología fascistas, resulta difícilmente inteligible si se renuncia a percibirla, a la vez, en función de esa rebelión de origen marxista contra el materialismo. Son los sorelianos de Francia e Italia, teóricos del sindicalismo revolucionario, quienes enuncian esa nueva y original revisión del marxismo: en ello reside precisamente su contribución al surgimiento de la ideología fascista.

En este sentido, el ascenso del fascismo constituye una de las caras de la revolución intelectual, científica y tecnológica que se impone en el continente europeo cuando se aleja el siglo XIX y alborea el siglo XX. Esta revolución modifica el modo de vida en un grado desconocido hasta la fecha, sacudiendo tanto el clima intelectual como las realidades sociales. De pronto, se advierte la impotencia de las leyes y de la economía descubiertas por el autor de *El capital*. Enfrentada a problemas que la generación precedente ni siquiera había entrevisto, la nueva generación propondrá soluciones totalmente inesperadas.

Por ello, quien persista en la idea de considerar el fascismo sólo como un subproducto de la Gran Guerra, un simple reflejo de defensa de la burguesía ante la crisis de la posguerra, se condena a no comprender nada de ese fenómeno capital de nuestro siglo. Fenómeno de civilización, el fascismo encarna el rechazo por excelencia de la cultura política dominante a comienzos de siglo. En el fascismo de entreguerras, en el régimen mussoliniano, así como en los otros movimientos fascistas de Europa occidental, no existe una idea importante que no haya madurado a lo largo del cuarto de siglo anterior al mes de agosto de 1914.

Aun siendo el fascismo modelo ideal de ideología disruptiva, no puede ser definido sólo a través de sus relaciones. Indudablemente, el fascismo se rebela contra los sistemas establecidos: liberalismo, marxismo, positivismo y democracia. Siempre ha sido así: una ideología nueva, un movimiento que se abre paso, se enfrenta, en primer lugar, a los sistemas de pensamiento y a las fuerzas políticas que están ocupando el terreno. El marxismo, antes de presentar su propia visión del mundo, se opone primero al liberalismo que, un siglo antes, embestía contra el absolutismo. Lo mismo sucede con el fascismo, que entra en conflicto con el liberalismo y el marxismo antes de ofrecer todos los elementos de una opción de sustitución global-política, moral e intelectual.

Tal como se va forjando al cambiar el siglo, y tal como se desarrolla en las décadas de los años veinte y treinta, la ideología fascista es el producto de una síntesis del nacionalismo orgánico y de la revi-

sión antimaterialista del marxismo. Expresa una aspiración revolucionaria fundada en el rechazo del individualismo, de índole liberal o marxista, e instaura las grandes componentes de una cultura política nueva y original: Una cultura política comunitaria, antiindividualista y antirracionalista, basada —en una primera fase— en el repudio de la herencia de la Ilustración y de la Revolución francesa, y —en una segunda fase— en la construcción de una solución de recambio total, de un marco intelectual, moral y político, único capaz de garantizar la perennidad de una colectividad humana en la que se integrarían perfectamente todas las capas y todas las clases de la sociedad. El fascismo pretende hacer desaparecer los efectos más desastrosos de la modernización del continente europeo, quiere poner remedio a la disgregación de la comunidad en grupos antagónicos, a la atomización de la sociedad, a la alienación del individuo convertido en mera mercancía lanzada al mercado. El fascismo se rebela contra la deshumanización introducida por la modernización en las relaciones humanas, pero desea preservar celosamente los logros del progreso, y nunca preconiza la vuelta a una hipotética «edad de oro». El fascismo se rebela contra la modernidad en cuanto ésta se identificó con el racionalismo, optimismo y humanismo del siglo XVIII. Ni reaccionario, ni contrarrevolucionario en el sentido maurrasiano del término, el fascismo aparece, por el contrario, como una revolución de otro tipo: una revolución que declara querer aprovechar lo mejor del capitalismo, del desarrollo de la tecnología moderna y del progreso industrial. La revolución fascista pretende cambiar la naturaleza de las relaciones entre el individuo y la colectividad sin que por ello sea necesario romper el motor de la actividad económica —la apetencia de beneficio—, ni abolir sus cimientos —la propiedad privada— o destruir el marco indispensable —la economía de mercado. Ése es un elemento que constituye una innovación en el fascismo: la revolución fascista se sustenta en una economía regida por las leyes del mercado.

Cuando el régimen fascista en Italia practique un corporativismo basado en la economía liberal, cuando el movimiento fascista, mucho antes de la toma del poder, reclame, en palabras de Mussolini, que la revolución descargue al Estado de sus funciones económicas, ello no será el fruto de un mero oportunismo. Todo lo contrario: Mussolini se limitará a reproducir las lecciones de economía política impartidas a lo largo de toda la primera década del siglo por los intelectuales del sindicalismo revolucionario.

Este punto requiere especial énfasis si el fascismo pretende apro-

piarse de todas las ventajas de la modernidad, de todos los logros tecnológicos del capitalismo, si jamás cuestiona las leyes del mercado, ni la propiedad privada, entendidos como parte integrante del orden natural de las cosas, abomina, en cambio, de los valores llamados burgueses: liberalismo, democracia, universalismo, individualismo. El sistema de ideas fascista descansa no solamente sobre la negación de la praxis liberal y democrática, sino también sobre el repudio de sus principios filosóficos. Así como no es tanto la praxis marxista la que se cuestiona en primer lugar —en modo alguno por lo que respecta al papel de la violencia en la historia—, cuanto el contenido racionalista, hegeliano del marxismo, su determinismo. No es la rebelión la que es mala para él, sino el materialismo histórico.

En lo esencial, el pensamiento fascista constituye claramente un rechazo del «materialismo». Para él, el liberalismo, que se desarrolla a finales del siglo XIX en la democracia liberal, y el marxismo, una de cuyas ramas es el socialismo democrático, no representan más que diferentes aspectos de un mismo mal materialista. Por antimaterialismo, se entiende aquí el repudio de la herencia racionalista, individualista y utilitaria de los siglos XVIII y XIX. En términos de filosofía política, el antimaterialismo significa el rechazo total de la visión del hombre y de la sociedad elaborada de Hobbes a Kant, desde las revoluciones inglesas del siglo XVIII hasta las revoluciones americana y francesa. En términos de práctica política, el antimaterialismo significa el repudio de los principios llevados a la práctica por primera vez a finales del siglo XVIII y aplicados a mucha mayor escala, cien años más tarde, por los regímenes de democracia liberal de la Europa occidental. De modo que se trata de un ataque general a la cultura política dominante a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, a sus fundamentos filosóficos, a sus principios y a su ejecución. No sólo se cuestiona la teoría de los derechos naturales y de la primacía del individuo, sino también todas las estructuras institucionales de la democracia liberal.

Ahora bien, el antimaterialismo no es únicamente la expresión de una negación del liberalismo, trátese tanto de su versión «contractualista» o de la elaborada por el utilitarismo inglés, la cual, desde sus orígenes, implica la democratización de la vida política y la reforma de la sociedad. En la misma medida, el antimaterialismo expresa hacia 1900 la recusación de los postulados básicos de la economía marxista, a la vez que el ataque al conjunto de los fundamentos racionalistas del pensamiento de Marx. Son los sindicalistas revolucionarios, esos disi-

dentes e inconformistas de la izquierda, quienes, a través de su crítica del determinismo marxista, establecen, a lo largo de la primera década de nuestro siglo, las principales componentes de la síntesis fascista.

Así es como el antimaterialismo, que asesta sus golpes directamente al corazón del liberalismo y del marxismo, delinea en estos albores del siglo una tercera vía revolucionaria entre los dos grandes conjuntos de ideas que dominan la vida política de la época y que, más allá de cuanto les separa, son, no obstante, herederos del siglo XVIII. El fascismo es el antimaterialismo en sus perfiles más claros. Pero aun rebelándose contra el liberalismo y el marxismo, toma del liberalismo el respeto por el vigor y la vitalidad de los mecanismos de la economía de mercado, y del marxismo la convicción de que la violencia es el motor de la historia, exclusivamente regida por las leyes de la guerra.

Si, por su esencia filosófica, el fascismo significa la recusación de los contenidos racionalistas e individualistas que constituyen el fundamento tanto del marxismo como del liberalismo, en el plano de la ideología política y de los movimientos políticos, representa la síntesis de un nacionalismo orgánico y tribal y de la revisión del marxismo adelantada en los albores del siglo por Georges Sorel y los sorelianos de Francia e Italia.

Tales son las dos grandes columnas del capitel fascista que, visto en su conjunto, constituye un todo coherente, lógico y bien estructurado. No nos engañemos: el bagaje intelectual del fascismo le permite viajar sin compañía, del mismo modo que su cuerpo teórico no es menos homogéneo —o más heterogéneo— que el del liberalismo o el del socialismo. Y las incoherencias y contradicciones que esmaltan el pensamiento fascista no son menos numerosas ni más profundas que las que entreveran, desde hace cien años, el pensamiento liberal o socialista. El oportunismo de los diversos partidos y movimientos fascistas, incluido el del régimen mussoliniano, no difiere sensiblemente del modo en que los partidos socialistas, en pos de la conquista del poder o una vez instalados en el poder, transigen con los principios. De forma que, después de concluido el período de fascistización del Estado, habrá un número cada vez mayor de militantes que exigirán el retorno a las fuentes, que denunciarán las alianzas dudosas, los compromisos vergonzantes con la derecha burguesa, clerical o monárquica. Son quejas que recuerdan las lamentaciones de los no menos numerosos «puros» del socialismo europeo cuando se ven confrontados con las duras realidades de la política práctica.

Evidentemente, el fascismo no fluye de un único manantial, como el socialismo no procede sólo de Marx. Pero tampoco el liberalismo puede invocar una figura como la de Marx, y, en la primera mitad del siglo XX, no puede blasonar de un nivel intelectual más elevado que el del fascismo. Por otro lado, incluso en vida del autor de *El capital,* el marxismo estalló ya en tendencias, grupúsculos y capillas. Algunos años más tarde, tras la desaparición de Engels, ¿había alguien que pudiera arrogarse el monopolio de la interpretación del marxismo?; ¿a quién se reconocía digno del título de defensor de la fe?; ¿quién era, en suma, hacia 1910, marxista? Unas cuestiones muy parecidas a ésas se plantean en lo que concierne al fascismo; no obstante, la ausencia de una matriz comparable al marxismo no es un signo de incoherencia.

El primero de los dos elementos esenciales constitutivos del fascismo es el nacionalismo tribal, que aparece en la escena política de finales del siglo XIX, tejido sobre un fondo de darwinismo social y, a menudo también, de determinismo biológico. En Francia, ese nuevo tipo de nacionalismo se expresa con la mayor claridad en la obra de Barrès, Drumont, Maurras y en los hombres de la Acción Francesa [9]. En Italia, fue Enrico Corradini quien expuso de una manera realmente impresionante la naturaleza de la evolución del nacionalismo italiano desde los tiempos, todavía recientes, de la lucha por la independencia. El nuevo nacionalismo formula con acierto, desde finales del siglo pasado, el sentido de la rebelión desencadenada contra el espíritu de la Revolución francesa. El foso que separa a Corradini de Mazzini, o más aún a Barrès, Drumont y Maurras de Michelet, equivale a la distancia que se abre entre el nacionalismo jacobino y el *La Terre de Morts* [*de la Tierra y de los Muertos*]. Esta fórmula barresiana, en realidad, es la versión francesa de la fórmula alemana *Blut und Boden* [*del Suelo y de la Sangre*], y significa que la vieja teoría de la colectividad concebida como un agregado de individuos, consagrada por la Revolución francesa, en adelante se sustituirá por la teoría de la solidaridad orgánica de la nación. En ese sentido, el sistema

[9] Los Libros de V. Nguen, *Aux origines de l'Action Française. Intelligence et politique a l'aube du XXe siècle,* París, Fayard, 1991; C. Capitan, *Charles Maurras et l'Idéologie d'Action française,* París, Éd. du Seuil, 1972 y de E. Weber, *L'Action française,* París, Stock, 1962 (hay reedición por Fayard, 1985) siguen siendo las mejores obras sobre el movimiento maurrasiano; véanse también: Z. Sternhell, *Maurice Barrès et le nationalisme français,* París, A. Colin, 1972 (hay nueva edición, Bruselas, Éd. Complexe, 1985), y *La Droite révolutionnaire. Les Origines françaises du fascisme,* ob. cit.

de pensamiento elaborado por la generación francesa de 1890 apenas difiere del que se establece en el mismo período al otro lado del Rin. El militantismo nacionalista de los escritores franceses, sus contemporáneos, en nada cede al del célebre teórico del nacionalismo alemán de finales del siglo XIX, el historiador Heinrich von Treitschke. Drumont y Wilhelm Marr, Jules Guérin, el marqués de Morès, Adolf Stöcker y el austriaco Georg von Schönerer, Vacher de Lapouge y Otto Ammon, Paul Déroulède y Ernst Hasse, el jefe de la Liga Pangermánica, se parecen como hermanos gemelos.

En realidad nos encontramos ante un fenómeno europeo general. Para ese nacionalismo nuevo —en las antípodas del que había intentado, desde la Revolución a la Comuna, una síntesis de la «religión de la Patria» y de la religión de la Humanidad— la nación es un organismo comparable a un ser vivo. Ese nacionalismo «total» pretende ser una ética, un conjunto de criterios de conducta dictados por el interés de todo el cuerpo, independientemente de la voluntad del individuo. Ese nacionalismo, nuevo por definición, niega la evidencia de cualquier norma moral universal y absoluta: la verdad, la justicia, el derecho, sólo existen para servir a las necesidades de la colectividad. Una visión de la sociedad concebida como algo cerrado y compartimentado, un antirracionalismo virulento, así como la primacía del inconsciente sobre la razón, tejen una auténtica visión tribal de la nación.

La influencia del darwinismo social pesa aquí con toda su carga, incluso entre los maurrasianos que tienen más reparos que Barrès en comparar el instinto animal con la razón humana, en detrimento de esta última. La idea según la cual es conveniente separar las profundidades de lo irracional y del instinto de la esfera ficticia de lo racional, se abre camino en las mentes de esta generación.

Ese culto de las fuerzas profundas y misteriosas, entramado de la existencia humana, acarrea, como corolario necesario y natural, la aparición de un virulento antiintelectualismo. La lucha contra los intelectuales y contra el racionalismo del que se nutren, se convierte para esa corriente de pensamiento en una medida de salvación pública. Son muy numerosos los nacionalistas de los años finiseculares y de los albores del siglo que, igual que lo harán los de la generación de entreguerras, intentan abrir un largo proceso al espíritu crítico y a sus productos, contraponiéndoles el instinto, el sentimiento intuitivo e irracional, la emoción y el entusiasmo, esas pulsiones profundas que determinan la conducta humana, que constituyen la realidad y la

verdad de las cosas, a la vez que su belleza. El racionalismo es propio de «desarraigados», embota la sensibilidad, mata el instinto y no hace más que aniquilar las fuerzas motrices de la actividad nacional. Barrès, por ejemplo, considera que sólo el contenido emocional de cada situación posee un valor real: en su opinión, el proceso de lo que se llama pensamiento se consuma a nivel del inconsciente. De ello deduce que atacar al inconsciente equivale a vaciar el organismo nacional de su sustancia. De ahí que para garantizar la salvación de la nación es necesario dirigirse al pueblo, exaltar la energía primitiva, el vigor y la vitalidad que desprende el pueblo, no contaminado por el veneno racionalista e individualista. Para la derecha revolucionaria de 1890, igual que para la de 1930, el mérito sin par del criterio popular tiene su origen en su espontaneidad irreflexiva, surgida del transfondo del inconsciente: tales son, tanto al cambiar el siglo, como en vísperas de la segunda guerra mundial, los nuevos criterios del comportamiento político.

Puesto que la multitud es la verdadera encarnación de la nación y el objetivo principal de la política consiste en garantizar su integridad y su autoridad, el nacionalismo no puede aceptar que quede sin solución la cuestión social. Barrès, el más relevante teórico de ese «nacionalismo latino», más real aún que el «marxismo latino», fue uno de los primeros en comprender que un movimiento «nacional» no puede serlo si no garantiza la integración de las capas sociales más desheredadas de la colectividad. Pero, al propio tiempo, comprendió también que un movimiento «nacional» no puede ser ni marxista, ni liberal, ni proletario, ni burgués. Marxismo y liberalismo siempre son movimientos de guerra civil: guerra de clases o guerra de todos contra todos en una sociedad individualista, no son sino dos aspectos de un mismo mal. Así aparece en Francia, a finales del siglo XIX, una nueva síntesis, la del socialismo nacional, primera forma del fascismo. Barrès es uno de los primeros pensadores políticos —acaso el primero— que emplea en Europa el término «socialismo nacionalista» [10].

La idea de socialismo nacional se extiende rápidamente por toda Europa. Responde a un problema de civilización que genera, en la segunda mitad del siglo XIX, el ascenso del proletariado y la revolución industrial. Enseguida, en muchas partes, algunos teóricos sostienen

[10] M. Barrès, «Que faut-il-faire?», *La Courrier de l'Est*, 2.ª serie , 12 de mayo de 1898.

que la cuestión social puede encontrar una respuesta más allá del capitalismo salvaje o del socialismo de la lucha de clases. La solución, basada en la idea de que la supervivencia de la nación exige la paz entre el proletariado y el conjunto del cuerpo social, la proclaman Barrès en la Francia de las postrimerías del siglo, y Enrico Corradini en la Italia del primer decenio del siglo XX.

Corradini, como Barrès, que le antecede en unos veinte años, intenta reavivar lo que él llama el pacto fundamental de solidaridad familiar entre todas las clases de la sociedad italiana. En 1910 emplea el término «socialismo nacional» y fija los objetivos del movimiento socialista y nacional: es necesario, ante todo, que los italianos comprendan que su país constituye, material y moralmente, una nación proletaria; es preciso, a continuación, enseñarles la necesidad de la guerra internacional del mismo modo que el socialismo enseña a los obreros los principios de la lucha de clases; es preciso, en definitiva, establecer la paz entre el proletariado y la nación [11]. Al poco de acabar la guerra, en el momento del ascenso del fascismo, Corradini resume en una fórmula apretada la idea que había desarrollado durante años, desde la fundación, en 1910, de la Asociación Nacionalista:

> Siendo el nacionalismo, por definición, nacional en política, no puede dejar de ser nacional en el terreno de la economía, las dos cosas van unidas [12].

Así es cómo el teórico del nacionalismo incorpora —según su entender— del marxismo la idea de la lucha de clases para elevarla a un nivel superior, esto es, el de la guerra entre colectividades nacionales. El principio sigue siendo el mismo: la violencia es el motor de la historia.

Los principios del nacionalismo italiano difieren muy poco, en lo esencial, de los elaborados en Francia veinte años antes. El único aporte original de Corradini es la idea de «nación proletaria», orien-

---

[11] E. Corradini, «Principii di nazionalismo», *Discorsi politici (1902-1923)*, Florencia, Vallechi Editore, 1923, pp. 100-101. Se trata de un discurso pronunciado el 3 de diciembre de 1910 en el Congreso Nacionalista de Florencia. Véase también otro discurso pronunciado por Corradini en enero de 1911 en diversas ciudades italianas: «Le Nazioni proletarie e il nazionalismo», pp. 105-118. Acerca de la paz entre el proletariado y la nación, véase «Nazionalismo e democrazia», discurso pronunciado en Roma el 9 de febrero de 1913 y repetido en muchas otras ciudades italianas, p. 154.

[12] E. Corradini, «Il nazionalismo e i sindacati», discurso pronunciado el 16 de marzo de 1919 en el Congreso Nacionalista de Roma, *ibid.*, p. 421.

tada a preparar a los italianos para la lucha por la existencia, es decir, para la guerra. El estado de guerra es el estado natural que prevalece desde siempre entre las naciones: la disciplina, la autoridad, la solidaridad social, el sentido del deber y del sacrificio, los valores heroicos, son otras tantas condiciones necesarias para la supervivencia del país. Todo lo que une es positivo: un Estado fuerte, el individuo siempre al servicio de la colectividad, las clases sociales aunadas en un esfuerzo común en pro de la grandeza nacional —todo cuanto constituya un factor de diversidad se debe eliminar. La filosofía de la Ilustración, la teoría de los derechos naturales, el internacionalismo, el pacifismo, deben destruirse, así como el egoísmo de clase burgués o el egoísmo proletario. Lo mismo cabe decir de la democracia: no es más que la expresión de los intereses de clase de la burguesía. En cuanto al socialismo marxista, tiende a vaciar el cuerpo nacional de su sustancia con el objeto de servir a los intereses de clase del proletariado. Finalmente, aparece el socialismo reformista que, bajo pretexto de mejorar la suerte del proletariado, se alía con la democracia burguesa. Corradini sostiene que esta alianza de los políticos es la mayor mentira de la democracia de hoy. A la democracia liberal, la democracia de los negocios, Corradini contrapone una democracia que es una «etnarquía»; frente al inmoderado afán de hacer negocios y a la plutocracia, frente al «parasitismo de clase», erige un régimen de orden y de autoridad sustentado en jerarquías naturales. Se trata de un régimen de productores, un régimen de colaboración de clases, responsable del bienestar de todos [13].

La segunda componente esencial del fascismo que, en simbiosis con el nacionalismo antiliberal y antiburgués, conforma la ideología fascista, es la revisión antimaterialista del marxismo. Esta rebelión que entusiasma tanto a la extrema izquierda contestataria, como a la derecha nacionalista, permite la asociación de una nueva variedad de socialismo con el nacionalismo radical.

En los albores del siglo XX, el socialismo de Europa occidental —comprendida evidentemente la Alemania al oeste del Elba— debe hacer frente a dos fenómenos de una importancia capital. Ante todo,

[13] E. Corradini, «Nazionalismo e democrazia», loc. cit., pp. 155 ss. Véanse también «Proletariato, Emigrazione, Tripoli» (discurso de mayo de 1911), pp. 119-134; «La morale de la guerra» (discurso del 10 de enero de 1912), pp. 137-150; «Liberali e nacionalisti» (discurso de diciembre de 1913), pp. 183-196; «Le nouve dottrine nazionale e il rinnovamento spirituale» (discurso del 13 de diciembre de 1913 en Trieste y en Fiume), pp. 199-209.

resulta totalmente evidente que las grandes profecías del marxismo no se cumplen. De modo que nadie puede sostener que se produzcan realmente la polarización social y la pauperización —dos condiciones *sine qua non* de la revolución futura. Todo lo contrario. Ya en el curso del último tercio del siglo XIX, el nivel de vida y el poder adquisitivo de la clase obrera ya han aumentado y, aunque las disparidades sociales siguen siendo las mismas, las condiciones de vida de las clases populares mejoran considerablemente. Esta evolución se traduce en la emergencia de una situación económica y política sin precedentes en Europa. No podemos olvidar la gran revolución tecnológica y científica de finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX, que modifica los modos de producción y de consumo, cambia el ritmo de vida y abre nuevas perspectivas de progreso y de bienestar. No cabe duda que la revolución tecnológica asegura el triunfo de la burguesía, pero, a la vez, modifica profundamente las relaciones de clase. Medio siglo después del *Manifiesto comunista,* un cuarto de siglo después de la Comuna, se aleja de la Europa occidental el infierno industrial de Manchester o la Semana Sangrienta de París.

Como todo el mundo está interesado en evitar los enfrentamientos que pudieran desembocar en batallas campales, las relaciones sociales pierden brutalidad. Una vez finalizado el conflicto franco-alemán, la situación internacional se estabiliza y el continente disfruta de una calma hasta el momento desconocida. Todos esos factores, a los que hay que añadir el empuje demográfico propiciado por mejores condiciones de vida, favorecen, a finales del siglo XIX, el advenimiento de un período de expansión y de prosperidad jamás alcanzados. Esta nueva prosperidad, que parece duradera, crea un entorno en el que los fenómenos políticos y económicos son muy diferentes de los que Marx pudo haber observado. De modo que, en esta circunstancia, el pensamiento socialista debe enfrentarse a una serie de problemas nuevos, difícilmente explicables mediante el análisis marxista ortodoxo. Con la aparición de estos nuevos datos comienza la famosa «crisis del marxismo».

A las mutaciones económicas hay que añadir dos transformaciones más, que, a su vez, también corroen la pertinencia de un análisis marxista tradicional: la democratización de la vida política y la nacionalización de las masas. El liberalismo es un sistema político inventado por una elite para gobernar una sociedad donde la participación política es limitada. La adaptación del sistema representativo al sufragio universal, y la del liberalismo a la democracia y a la sociedad de

masas, se produce a través de profundas conmociones, que constituyen uno de los aspectos esenciales, tanto de la crisis finisecular, como de la de entreguerras. El liberalismo, al adoptar el principio de la igualdad política, se desarrolla, arrastrando enormes dificultades, en democracia liberal.

Las nuevas masas urbanas, surgidas de la concentración industrial, van accediendo, parcialmente al menos, a los mecanismos de toma de decisión. En un régimen de sufragio universal no se puede gobernar constantemente en contra de los intereses de la mayoría. El marxismo no había previsto una situación en la que el proletariado organizado en sindicatos, partidos socialistas y grupos locales de presión, llegara un día a la conclusión de que la democracia burguesa pudiera también servir a sus propios intereses. El sufragio universal, incluso cuando no va acompañado, como en la Alemania de comienzos de siglo, de libertad política, resulta ser una auténtica fuerza de integración. A ello, cabe añadir la continua expansión económica y el innegable progreso social que ésta implica. Los padres fundadores del socialismo no llegaron a prever ni la jornada de ocho horas, ni el descanso semanal, ni la seguridad social, y ni siquiera llegaron a soñar con la enseñanza obligatoria y gratuita.

Por lo demás, resulta que la democratización de la vida política, así como el progreso social, no favorecen necesariamente al socialismo. Todo lo contrario: la modernización del continente europeo, la participación política y la movilización de las masas conducen a la nacionalización de éstas. Enseguida se ve con claridad que la enseñanza obligatoria, la alfabetización en las zonas rurales, el acceso lento pero continuo de la clase obrera a la cultura, no favorecen la conciencia de clase del proletariado, sino más bien una toma de conciencia de la identidad nacional. La estructuración de nuevas capas de asalariados, a la vez que el desarrollo de un sector terciario nuevo, constituyen una prueba de que la modernización, contrariamente a todas las previsiones, juega en contra del socialismo. El famoso proceso de polarización no se produce y, en el plano político, es el movimiento nacionalista el que recoge los frutos de esta evolución, tanto en Francia, como en Italia o en Alemania. También es el movimiento nacionalista, populista y revolucionario, el que saca más provecho de la revolución intelectual de finales del siglo XIX. En definitiva, ni el darwinismo social, ni el antipositivismo, ni las nuevas ciencias sociales, como la psicología y la sociología que, con Pareto, Simmel, Durkheim y Max Weber, representan, de hecho, la respuesta del *esta-*

blishment universitario europeo al marxismo, no pueden favorecer al socialismo. En realidad, lo que engendrará la revisión del marxismo es esta nueva realidad, así como el nuevo clima intelectual que en ella se desarrolla.

Esta revisión de la teoría marxiana —se trata, en realidad, de una reinterpretación del cuerpo ideológico vinculado al pensamiento de Marx y de su adaptación a las nuevas realidades— se produce en la estela que deja el gran debate sobre el marxismo, cuyos protagonistas fueron los dos grandes compañeros de Engels, Eduard Bernstein y Karl Kautsky. El ataque de Bernstein, la respuesta de Kautsky, la intervención de todo lo que cuenta en el socialismo internacional, el envite de la controversia, que se prolonga a través de los años, otorga al *Bernstein debatte* una envergadura excepcional.

No hay que olvidar que el propio Kautsky, que había colaborado estrechamente con Bernstein entre 1880 y 1885, en ningún momento pretende disociar el socialismo de la democracia. Bernstein, que había sufrido una intensa influencia de los fabianos, parece dispuesto a adaptarse a una monarquía constitucional; Kautsky, en cambio, preconiza la instauración de un régimen republicano radical [14]. Entre ambos no existe la menor disensión en lo que respecta a la necesidad de abordar, por vías estrictamente compatibles con el sufragio universal y la ley de la mayoría, la democratización de la sociedad y del Estado alemanes. Para Kautsky, la «revolución» significa que la toma del poder por el movimiento socialista debe propiciar un cambio total en la estructura de clases, todo lo demás se deja al cuidado de la democracia [15].

No olvidemos que Kautsky es el autor principal del Programa de Erfurt de 1891, adoptado al expirar las leyes antisocialistas de Bismarck. El Congreso de Erfurt consagra a la vez la «marxistización» del *Partido Socialista* alemán y su entrada en la vida política del Imperio. Por esta razón, el documento posee desde su elaboración una ambigüedad fundamental que, rápidamente, se convierte en la lente de aumento de las dificultades en las que se debate el marxismo occidental. Esta ambivalencia procede de lo que aparece como una anti-

---

[14] Sobre la evolución intelectual de Bernstein, véase la excelente obra de Peter Gay, *The Dilemma of Democratic Socialism. Eduard Bernstein's Challenge to Marx*, Nueva York, Colliers Books, 1962.

[15] K. Kautsky, *Le Chemin du Pouvoir*, París, Anthropos, 1960 (traducción francesa de 1911).

nomia entre el carácter revolucionario —muy «lucha de clases» de la parte teórica del Programa y el contenido puramente democrático, «reformista», de la parte práctica y política. En 1892, Kautsky publica un documento de 260 páginas, *Das Erfurter Programm,* donde precisa sus ideas y que enseguida se convierte en un clásico de la literatura socialista. Esta exposición contribuye enormemente a que su autor se convierta en el teórico oficial del Partido. Unos años más tarde, cuando estalle el gran debate sobre el marxismo, este documento se convertirá en el blanco principal de los revisionistas.

De este modo, el Partido Socialdemócrata alemán se encuentra dotado de una doctrina revolucionaria en el preciso instante en que emprende la vía de la democracia, cuando ni en sueños se le ocurre pensar en términos de violencia ni de revolución. Suponiendo que Bebel y Liebknecht, los dos líderes del Partido, hubieran tenido alguna vez veleidades revolucionarias, nada queda de ellas en el momento en el que el Partido se convierte en marxista. Según la opinión de numerosos socialistas extranjeros, esta anomalía adquiere progresivamente los perfiles de un oportunismo dudoso, tanto más cuanto que el Partido alemán se supone que es el depositario más fiel del pensamiento de Marx y Engels. ¿No estuvo, acaso, el autor del *Anti-Dühring,* hasta su muerte en 1895, en estrecho contacto con Kautsky?

Este foso que separa la teoría de la práctica se explica por la situación que prevalece en Alemania, donde todos los partidos políticos hacen gala de intransigencia doctrinal. Aunque las estructuras políticas del Imperio les impidan asumir verdaderas responsabilidades políticas, todos los partidos políticos alemanes gozan de plena libertad para expresar su pureza doctrinal. El Programa de Erfurt no sólo se escribió para dar satisfacción a Engels, sino también para revalorizar el contenido intelectual específico del marxismo. Al propio tiempo, el Partido Socialista lucha para democratizar la vida política en Alemania: cree en las virtudes de la democracia y en la posibilidad de alcanzar los objetivos del socialismo a través de ésta [16].

Muy pronto, sin embargo, se pone claramente de manifiesto que la ideología revolucionaria no responde a las exigencias de la vida política. De modo que el desfase entre la teoría de la lucha de clases y la aceptación tácita del orden existente acaba siendo insoportable. De

---

[16] G. Lichtheim, *Marxism. An Historical and Critical Study,* Londres, Routledge and Kegan Paul, 1974, pp. 260-261.

esta larga polémica —lo esencial se dice entre 1895 y 1905— emerge bajo la etiqueta revisionista prácticamente el conjunto del socialismo de Europa occidental. El revisionismo, por lo demás, no comienza en 1899 con la publicación de la crítica del marxismo de Bernstein, sino cinco años antes, en el Congreso de Francfort, con la polémica sobre las secciones del Programa de Erfurt dedicadas al problema campesino, y como consecuencia de la fronda de los socialistas de Baviera contra las características excesivamente marxistas, según ellos, del Programa de Erfurt [17]. Este debate intelectual dividirá el conjunto del movimiento socialista de Europa occidental en dos tendencias de importancia muy desigual. Estas corrientes, muy divididas por lo que respecta al contenido del reformismo y sus objetivos últimos, tienen en común un mismo método: pretender acordar teoría y práctica; cambiar la teoría, pero cambiar también, cuando sea necesario, la práctica.

Ambas escuelas no son comparables desde el punto de vista de su importancia inmediata. Una de ellas engloba prácticamente a todo el socialismo occidental: se trata del revisionismo llamado «reformista», un revisionismo liberal y democrático en el sentido propio de estos términos. Tal como se expresa, bien sea en los escritos de Bernstein, Turati y Jaurès, bien en la práctica política de los partidos socialistas de Alemania, de Italia y de Francia —en los que la unidad de 1905 desemboca de hecho en un partido reformista apenas diferenciado de la socialdemocracia alemana. Este revisionismo acepta, a la vez, la legitimidad de los valores liberales y democráticos y las reglas de juego de la democracia liberal. En realidad se trata no sólo de un compromiso con el orden existente, sino también de la aceptación de sus principios. En esos albores del siglo, la gran mayoría del socialismo de Europa occidental se resigna a la perennidad del régimen capitalista y de la sociedad burguesa.

Queda una minoría que, aun reconociendo también el fracaso de la previsión marxista clásica, rechaza, no obstante, el compromiso ideológico y político con el orden establecido. Esta minoría, que persiste en sus veleidades revolucionarias, reivindica para sí, con toda justicia, el título de «revisionistas revolucionarios» [18]. En efecto, estos

---

[17] C. Schorske, *German Social Democracy, 1905-1917. The Development of the Great Schism.*, Cambridge, Harvard University Press, 1955, pp. 7-16.

[18] El concepto de «revisionismo revolucionario» es de uso corriente entre los sorelianos a partir de 1904. Véanse, entre otros, H. Lagardelle, «Le socialisme ouvrier», *Le*

revisionistas son, hacia 1905, los socialistas que siguen siendo revolucionarios en Europa occidental. Conciben una revisión de la doctrina en un sentido opuesto al del que emprende el revisionismo bernsteiniano. No pretenden diluir el marxismo e interpretarlo bajo el prisma de la democracia, sino retornar a las fuentes del marxismo para que vuelva a ser lo que nunca debió dejar de ser: una máquina de guerra contra la democracia burguesa. El revisionismo revolucionario se consagra a la tarea de revisar la doctrina para ponerla nuevamente al servicio de la revolución. En su opinión, es una traición concebir el proletariado como una suma de electores o como la columna vertebral de un movimiento político de masas que cuenta con el número para tomar en sus manos el Estado y mejorar la sociedad. El proletariado es y debe ser el agente de la revolución.

Evidentemente, se trata en este caso de cuestiones que se refieren a realidades propias de la Europa occidental. Los problemas se plantean de una manera distinta en Austria-Hungría, en la Polonia dividida en tres partes, en Rusia y también en Prusia. Aquí también, Kautsky juega un papel relevante. Su síntesis del marxismo ortodoxo y del socialismo democrático inspira a los revolucionarios de la Europa central y oriental. Una generación entera bebe en el venero de los trabajos de Kautsky, quien, junto a Plejanov, es el verdadero padre espiritual del marxismo ruso. Para Kautsky, la función de la revolución no es introducir la «dictadura del proletariado», sino una democracia plena y total. La gran diferencia entre Kautsky y Bernstein reside en el peso que el teórico oficial del Partido alemán otorga, en esa transición hacia la democracia, al automatismo de la lucha de clases que, a su vez, refleja los mecanismos de la economía capitalista tal como han sido descritos por Marx [19].

Ahora bien, Kautsky no sólo es atacado por los revisionistas bernsteinianos que se niegan a aceptar el conjunto de su interpretación de la realidad económica, y en particular su visión de la lucha de clases, sino que también es objeto de un fuego graneado por parte del ala izquierda dirigida por Rosa Luxemburgo, quien le reprocha su «fatalismo». Para esos «izquierdistas», las teorías deterministas de

---

Mouvement socialiste, núm. 142, 1 de noviembre de 1904, pp. 5 y 8; R. Michels, «Le Congrès des socialistes de Prusse», *ibid.,* núm. 149, 15 de febrero de 1905, p. 251; Arturo Labriola, «Plus-value et réformisme», *ibid.,* pp. 216-217, y «Syndicalisme et réformisme en Italie», *ibid.,* núms. 168-169, 15 de diciembre de 1905, pp. 411-412.

[19] G. Lichtheim, *Marxism,* ob. cit., pp. 268-269.

Kautsky tienden a encastar al Partido en su tradicional actitud de mantenerse a la espera.

Los radicales de la Europa central y oriental pertenecen ya, en su gran mayoría, a una generación más joven que la de la vieja guardia marxista integrada por Kautsky, Mehring, Victor Adler, Axelrod, Plejanov. Rosa Luxemburgo, Otto Bauer, Rudolf Hilferding, Martov, Radek, Trotsky y Lenin tienen en común la convicción de que la Europa oriental —acaso también Europa entera— se encuentra en vísperas de un verdadero terremoto. Los problemas con los que debe enfrentarse esta generación de europeos orientales de 1905 difieren totalmente de los que están a la orden del día en Fráncia o en Italia, y no conciernen a este estudio. Pero las realidades de la Europa del Este explican perfectamente por qué razón esos inconformistas se mantienen sólidamente anclados a la matriz marxista, cuando un buen número de los disidentes «latinos» se alejan de ella, algunos hasta el punto de fundar otro movimiento revolucionario, el fascismo.

En efecto, esos europeos del Este, al contrario de los no-conformistas de Francia e Italia, nunca pierden de vista el objetivo final: la destrucción del capitalismo por el proletariado. El único fin de la revolución, para ellos, es ante todo acabar con la explotación capitalista, con el régimen de economía de mercado. El instrumento y el beneficiario de esta revolución sigue siendo, como siempre, el proletariado. Estos hombres pueden mantener posiciones muy distintas sobre la táctica revolucionaria que debe adoptarse, sobre el papel del partido, del Estado o de la dictadura del proletariado, sin embargo nunca pierden de vista el verdadero objetivo. Eso es lo que une a la escuela austrohúngara de Karl Renner, Rudolf Hilferding, Otto Bauer, Friedrich Adler y Max Adler, con el grupo germanopolaco reunido en torno a Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht —donde también se encuentran Parvus (seudónimo de Alexander Israël Helphand) y Karl Radek—, el grupo de los mencheviques, al que pertenece de hecho Trotsky, y los bolcheviques de Lenin. Todos esos hombres —y esa extraordinaria mujer— tuvieron destinos muy diferentes, dieron origen a escuelas de pensamiento y a corrientes políticas opuestas, y entre ellos surgirían terribles rivalidades. Sin embargo, todos se mantienen fieles al contenido racionalista, materialista y hegeliano del marxismo. El denominador común sigue siendo el esquema conceptual forjado por Kautsky, bajo la atenta mirada de Engels. Pero, al propio tiempo, es lo que separa a los innovadores de la Europa central

de los innovadores sorelianos. Ésa es la razón por la que unos siguen manteniéndose fieles, cada uno a su manera, a la esencia del marxismo, mientras que otros abordan una revisión del marxismo que vacía el sistema de su contenido originario.

Dentro de esos límites, la maleabilidad del marxismo es tal que permite a Max Adler descubrir en el autor de *El capital* a un sociólogo casi kantiano, o inspirar los trabajos de Otto Bauer sobre la cuestión de las nacionalidades y los problemas del imperialismo, o, incluso, los de Rudolf Hilferding sobre el capitalismo financiero [20]. Los tres producen contribuciones de alta calidad y gran importancia al marxismo. Los trabajos de Max Adler constituyen un notable esfuerzo cultural, mientras que los de Hilferding y Bauer abren nuevas perspectivas, no sólo al pensamiento marxista, sino también a la acción política de los partidos socialistas en el imperio austriaco entonces a punto de derrumbarse. De hecho, la concepción leninista del imperialismo representa una simplificación de las premisas teóricas de Bauer y Hilferding [21].

La primera edición de *El capital financiero* de Hilferding, publicado en Viena en 1910, tiene una magnífica acogida. Obra austera, árida y técnica, *El capital financiero* se valora inmediatamente como una de las pocas contribuciones originales que, teniendo en cuenta los nuevos fenómenos, hace progresar la teoría marxista. Las grandes figuras del socialismo se aprestan inmediatamente a rendir homenaje al trabajo de Hilferding: Jaurès lo elogia desde su escaño de la Cámara de diputados, Lenin se inspira en él para escribir en 1916 *El imperialismo, fase superior del capitalismo.* Si bien es cierto que *El capi-*

---

[20] En francés, consúltense Max Adler, *Démocratie et conseils ouvriers,* traducción, presentación y notas de Yvon Bourdet, París, Maspero, 1967; *Otto Bauer et la Révolution,* textos escogidos y presentados por Y. Bourdet, París, Études et Documentation Internationales, 1968; y principalmente R. Hilferding, *Le Capitalisme financier, étude sur le développement récent du Capitalisme,* traducido del alemán por Marcel Ollivier, introducción de Y. Bourdet, París, Editions de Minuit, 1970.

Asimismo hay informaciones bibliográficas muy útiles en el *Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier international,* publicado bajo la dirección de Jean Maitron y Georges Haupt, París, Les Éditions Ouvrières, 1971, vol. I (Austria).

En inglés hay una magnífica antología con una buena introducción y unas notas excelentes, posee además una extensa bibliografía: *Austro-Marxism,* textos traducidos y editados por Tom Bottomore y Patrick Goude, Oxford, Oxford University Press, 1978. También es muy útil y está bien hecha la contribución de Daniel Lindenberg sobre «La débat marxiste au tournant du siècle», en P. Ory (comp.), *Nouvelle Histoire des idées politiques,* París, Hachette, 1987, pp. 275-283.

[21] G. Lichtheim, *Marxism,* ob. cit., p. 313.

tal financiero se tradujo al ruso en 1912, no lo es menos que hubo que esperar hasta 1970 para tener una traducción francesa... Mientras tanto, el libro se tradujo a siete idiomas [22].

A pesar de enormes dificultades teóricas, la producción intelectual de Rosa Luxemburgo, Parvus, Radek y Trotsky se mantiene perfectamente anclada en el marxismo, un marxismo relativamente próximo a la ortodoxia. Rosa Luxemburgo hace una importante contribución a la teoría marxista del capitalismo en los países subdesarrollados: su concepción de la acumulación del capital en un sistema «cerrado» y de la expansión capitalista en un país preindustrializado sigue siendo importante para cualquier explicación del problema del crecimiento económico. Dicho esto, para Rosa Luxemburgo, la expansión capitalista socava sus propios cimientos, de modo que la caída del sistema en su conjunto se convierte en una certidumbre histórica. Es ahí precisamente donde aparecen gran parte de las debilidades analíticas de su trabajo y que se desprenden esencialmente de la necesidad de demostrar la inevitabilidad de la caída del capitalismo, basándose en los postulados sustentados por Marx [23]. Pero el hecho de que Rosa Luxemburgo y Rudolf Hilferding, partiendo de las mismas estadísticas, lleguen a conclusiones contrapuestas, no quita que ambos mantengan su fidelidad al método marxista y a sus instrumentos de análisis.

Así se explica con toda claridad la gran diferencia existente entre los no-conformistas francoitalianos y los de Europa central y oriental. Mientras que los austriacos, polacos y rusos hacen lo imposible para mantenerse pegados a las teorías económicas de Marx, al aspecto determinista de su sistema, a la idea de necesidad histórica, al materialismo inherente a la visión marxiana de la historia, y piensan en términos de una revolución internacional y permanente, en Francia e Italia comienza una revisión antimaterialista del marxismo edificada

---

[22] Y. Bourdet, «Introducción» a R. Hilferding, *Le Capital financier,* ob. cit., pp. 9-13.

[23] R. Luxemburgo, *L'Accumulation du Capital,* traducción y presentación de Irène Petit, París, Maspero, 1967. La personalidad de Rosa Luxemburgo, la calidad de sus trabajos, su trágico final, fascinaron a la generación de entreguerras y siguen atrayendo a los investigadores. Hasta 1967 —Irène Petit lo advierte en su prefacio—, la obra de Rosa Luxemburgo sólo era accesible al público francés por el resumen que de ella hizo en 1930 Lucien Laurat en su libro, *L'Acumulation du Capital d'après Rosa Luxemburgo,* con un *Resumen sobre la discusión del problema después de la muerte de Rosa Luxemburgo,* París, Rivière, 1930. La biografía magistral de Peter Nettl sigue siendo insuperable: *La Vie et l'oeuvre de Rosa Luxemburgo,* París, Maspero, 2 vols., 1972.

sobre una violenta crítica de la economía marxista. Mientras Kautsky, profeta de la ortodoxia, de hecho se convierte en el artesano de la mutación del marxismo ortodoxo en socialismo democrático, en Francia y en Italia se inicia un combate feroz contra la propia democracia.

Por otro lado, los internacionalistas y los revolucionarios, es decir, Hilferding, Luxemburgo, Parvus, Radek, Trotsky, Otto Bauer, Max Adler y tantos otros, son los intelectuales judíos que operan en un medio gangrenado por los odios nacionales y religiosos. A todos les horroriza ese nacionalismo tribal que florece por toda Europa, tanto en las zonas rurales subdesarrolladas del Este, como en los grandes centros industriales del Oeste. Ellos no se ponen de rodillas ante la colectividad nacional y su terruño, ante su fervor religioso, sus tradiciones, su cultura popular, sus cementerios, sus mitos, sus glorias y sus animosidades. En ellos no hay nada que pueda compararse a ese «nuestro país» que prevale en tantos socialistas de la Europa occidental. Así, estos líderes y pensadores quedan inmunizados contra la colaboración con nacionalistas y conservadores.

Los primeros disparos que anuncian la gran batalla contra el marxismo se oyen en el momento de la publicación, en 1894, del tercer volumen de *El capital.* El ataque lo desencadena el economista austriaco Eugen Böhm von Bawerk, autor en 1896 de *Zum Abschluss des Marxschen Systems [El cierre del sistema marxista].* Traducida inmediatamente al ruso y al inglés, la obra alcanza un gran éxito, tanto en Europa como en los Estados Unidos. Böhm-Bawerk, ministro de Hacienda en tres ocasiones, profesor de economía en la Universidad de Viena, es uno de los economistas más respetados de su época. Su crítica de las teorías marxianas del valor y del plusvalor *, en cierto modo constituye la respuesta oficial que los economistas profesionales dan a Marx [24].

---

* Utilizamos 'plusvalor' en lugar de 'plusvalía', siguiendo la justificación que para la traducción de 'Mehrwert' expresa Pedro Scaron en su «Advertencia del traductor», pp. XVIII y XIX, en Karl Marx, *El capital,* Libro primero, vol. 1, Madrid, Siglo XXI de España Editores, S. A., 1975. (N. del E.)

[24] Véase la traducción inglesa de la obra maestra de Böhm-Bawerk, *Zum Abschluss der Marxschen Systems,* de 1986, publicada por el economista marxista Paul Sweezy con una réplica de Hilferding: *Karl Marx and the Close of his System by Eugen von Böhm-Bawerk's Criticism of Marx by Rudolf Hilferding,* Nueva York, Augustus M. Kelly, 1949, pp. VI-X.

Con su respuesta a la crítica de Böhm-Bawerk, Hilferding, cuando todavía no ha

Universalmente aceptado en el campo antimarxista, el planteamiento del economista austriaco, de hecho, también inspira la crítica del marxismo emprendida en el propio seno del campo socialista. Así, por ejemplo, dos autores tan diferentes como Vilfredo Pareto y Benedetto Croce emprenden la misma vía. La crítica paretiana se divide en dos partes: primero, se publica en 1897 su introducción a *Karl Marx: le Capital, extraits faits par M. Lafargue [Karl Marx: el Capital, extractos recogidos por M. Paul Lafargue],* luego sus dos grandes capítulos en *Les systemes socialistes [Los sistemas socialistas]* (1902-1903).

Es interesante constatar hasta qué punto, en ese momento, la crítica paretiana del marxismo se aproxima a la de Sorel. El sociólogo italiano lanza un ataque general contra el socialismo, la economía marxiana y el plusvalor. El ataque a la parte descriptiva de *El capital* se fundamenta en la crítica de la metodología marxiana, de sus «sofismas», pero el esfuerzo esencial se centra en la crítica de la teoría del plusvalor [25]. Pareto, que conoce a Böhm-Bawerk y aprecia su trabajo en su justo valor, emprende una vibrante defensa de la libre competencia, sin que por ello llegue «ni a absolver ni siquiera a excusar los abusos que existen en nuestras sociedades», abusos que son el resultado de la intervención del Estado en la economía. Puesto que todo ataque a la libertad económica es un mal, es conveniente limitar estrictamente las atribuciones del Estado en el terreno de la economía [26]. Pareto recupera lo

---

cumplido treinta años, produce uno de los análisis marxistas más importantes después de *El capital.* En muchos aspectos, su obra y su carrera simbolizan la grandeza, las debilidades y la tragedia final del socialismo alemán. Hilferding, judío vienés, en el que siendo todavía muy joven repara Kautsky, irrumpe como un meteoro en el socialismo europeo. Posteriormente, vota en contra de los presupuestos militares y, en 1917, participa en la fundación del Partido Socialdemócrata Independiente. En el momento de la escisión que culmina con la fundación del Partido Comunista, vuelve a derechizar sus posiciones y se reincorpora a las filas del SPD. Durante los diez últimos años de la República de Weimar, Hilferding, considerado como el primer intelectual del Partido, es nombrado ministro de Hacienda en dos ocasiones. A pesar de su brío y de sus cualidades de teórico fracasa en su labor ministerial y se equivoca totalmente en lo que respecta al nazismo. Exiliado en Suiza, luego en Francia, la policía de Vichy lo entrega a los alemanes. Recluido en la cárcel de la Santé, muere en manos de la Gestapo, en febrero de 1941.

[25] V. Pareto, «Introducción» a *Karl Marx: Le Capital, extraits faits por Paul Lafargue,* París, Guillaimin (1897). Esta introducción tiene 77 páginas, frente a las 165 páginas de los extractos del texto de Marx y las ocho de las notas de Paul Lafargue. Véase en relación a la teoría del plusvalor, pp. XXVII-XXIX, XXXIX-XLIX y LX-LXIII.

[26] *Ibid.*, pp. XXIX, LXXI y LXXIX.

esencial de esos temas en el segundo volumen de su célebre obra dedicada a los *Sistemas socialistas.* Al ataque contra la economía marxista y contra la teoría de la plusvalía le sigue una crítica de la teoría materialista de la historia, y la convicción de que «la parte sociológica de la obra de Marx es, desde el punto de vista científico, muy superior a la parte económica» [27]. Todas esas ideas, sin excepción, se encuentran en Sorel, al que Pareto no olvida rendir homenaje por haber combatido «el socialismo melifluo y dulzón, el humanitarismo democrático que adoptan tantas fuerzas de nuestros días» [28]. Sólo que Sorel se considera y es considerado por otros —Croce, por ejemplo— como un «eminente marxista francés» [29], lo que evidentemente no ocurre con Pareto.

En la misma época, Croce también critica a la economía marxista, poniendo el acento en los mismos elementos que preocupan a Pareto: desde 1986, tiende a poner de manifiesto las debilidades de la teoría del plusvalor [30]. Sorel llega a las mismas conclusiones que ambos pensadores italianos: éstos, por lo demás, ejercen una gran influencia sobre él y sobre su escuela. En Viena, donde sólo se puede ser marxista o antimarxista, sucede que el revisionismo no echa raíces, a despecho del debate abierto por Böhm-Bawerk. La situación, por el contrario, es muy diferente en el complejo francoitaliano, tierra de elección del revisionismo revolucionario: allí se pueden rebatir los cimientos económicos del marxismo invocando al mismo tiempo a un Marx en el que sólo se quiere ver a un sociólogo de la violencia; se puede recurrir a Marx contra el siglo XVIII y su racionalismo, contra Descartes, el intelectualismo y el positivismo...

Puesto que en Francia y en Italia, en torno a 1905 —año que, en la Europa al este del Elba, anuncia la revolución que está a punto de estallar— la cuestión que se plantea es saber si el marxismo sigue

---

[27] V. Pareto, *Les Systèmes socialistes,* París, Giard, 1926 (2.ª ed.), vol. II, capítulos XIV y XV. Véase especialmente p. 398.

[28] *Ibid.,* vol. II, p. 408. Sobre Pareto consúltese también R. Cirillo, *The Economics of Vilfredo Pareto,* Londres, Frank Cass, 1979.

[29] B. Croce, *Matérialisme historique et économie marxiste,* París, V. Giard y E. Brière, 1901, p. 101.

[30] B. Croce, *Matérialisme historique et économie marxiste,* ob. cit., pp. 55 ss. Al primer ensayo, publicado en *Le Devenir social* de noviembre de 1868, sobre «Les théories historiques de M. Loira», le sigue otro importante estudio, fechado en 1899: «Les interprétations récentes de la théorie marxiste de la valeur» (pp. 209-234). Véanse también pp. 101 y 220-221, donde Croce, por un lado, rinde homenaje a la crítica soreliana del marxismo, y, por otro, responde a la contracrítica de Antonio Labriola.

ofreciendo la clave de la historia universal, si puede explicar las realidades socieconómicas y si, en definitiva, según los principios enunciados en la novena tesis sobre Feuerbach, sigue siendo capaz de interpretar el mundo y de cambiarlo a la vez. Planteadas en un país como Francia, donde el proletariado industrial parece haber llegado al punto máximo de su fuerza numérica, pero donde no detenta la posición estratégica que ha llegado a alcanzar en Rusia, estas cuestiones son objeto de un cierto número de respuestas originales.

La ruptura comienza con la crítica de la economía marxiana. Es en este terreno donde primeramente se asientan el revisionismo revolucionario y su padre fundador, Georges Sorel. Indudablemente, Sorel no puede aspirar realmente al título de rival serio de Rosa Luxemburgo o de Rudolf Hilferding. Su *Introduction a l'economie moderne [Introducción a la economía moderna]* o la colección de fragmentos escogidos traducidos al italiano y publicados bajo el título de *Insegnamenti sociali dell'economia contemporanea,* no resisten la comparación con *La acumulación del capital* y el *Capital financiero.* Del mismo modo que el ambiente intelectual vienés de comienzos de siglo es infinitamente superior al que frecuenta Georges Sorel en el barrio Latino. Pero la importancia de una obra no puede estimarse exclusivamente por su nivel absoluto, es preciso tomar en consideración también su influencia y su función política. Los escritos de Sorel esbozan el espacio conceptual en el que evolucionarán las teorías del sindicalismo revolucionario.

En los comienzos de su carrera como teórico marxista, Sorel reprueba la teoría del valor y llega a la conclusión de que la economía marxista no es necesaria a quienquiera que conciba el marxismo como conviene verlo, esto es, como una máquina de guerra contra la democracia burguesa. Ésa es una idea que nunca se le hubiera ocurrido a alguien como Parvus, uno de los primeros promotores —tal vez el auténtico inventor— de la teoría de la «revolución permanente». A pesar de su feroz oposición a los métodos de la socialdemocracia, un proyecto así jamás hubiera pasado por la mente de alguien como Lenin, como Rosa Luxemburgo o como Antonio Labriola (padre del marxismo italiano, a quien no debe confundirse con Arturo Labriola, fundador del sindicalismo revolucionario italiano).

Algunos pretenden actualmente que la obra de Antonio Labriola, que fue el más eminente teórico de su época en la Europa occidental, sea la expresión de un «marxismo latino», situado en las antípodas

del «economismo» germanopolaco. Sorel, a su vez, sería otro «pionero del marxismo no dogmático de nuestra época», igual, en suma, que alguien como Antonio Labriola, o como Rosa Luxemburgo, o Croce, el profeta de la ideología autogestionaria [31]. Ahora bien, si Antonio Labriola es el primero que interpreta el materialismo histórico en términos de una «filosofía de la praxis», versión italiana de la dimensión filosófica del marxismo, que gira en torno al eje de los factores no económicos, no se le ocurre, en cambio, la idea de ofrecer al movimiento obrero una economía completamente nueva [32]. Hay una gran diferencia entre un enfoque que consiste en privilegiar los aspectos no económicos de la obra de Marx y el que, tras declarar caduca toda la parte económica del marxismo, proclama la perennidad del capitalismo. Antonio Labriola se da cuenta enseguida, de forma que, a partir de 1898, tras un primer período de deslumbramiento, rompe con Sorel. «¿Qué debo hacer? —se pregunta en el prefacio a la edición francesa de *Socialismo y filosofía.* ¿Debo escribir un *anti*-Sorel después de haber escrito un *con*-Sorel?» El filósofo italiano siente la necesidad de pedir perdón a sus lectores por ese entusiasmo pasajero: «No podía pensar en 1897 —dice— que se transformaría de un modo tan rápido, en 1898, en el heraldo de una *guerra de sucesión*» [33]. Antonio Labriola no se equivocó en lo que respecta al sentido del enfoque soreliano.

En cuanto a Rosa Luxemburgo, sus ideas sobre la huelga de masas pueden recordar las de Sorel. También ella se interesa ante todo por el contenido moral de la acción. Ahora bien, como señala Peter Nettl, para Sorel la huelga general es la cúspide específica de un concepto general de la acción, mientras que Rosa Luxemburgo la consi-

---

[31] M. Charzat, *Georges Sorel et la Révolution au XXe siècle,* París, Hachette, 1977, p. 8. Veáse también pp. 52 y 251 ss.

[32] Antonio Labriola, *Socialisme et Philosophie (lettres à Georges Sorel),* París, V. Giard y E. Brière, 1899. Este libro consiste en una serie de largas cartas escritas por Antonio Labriola a Sorel entre abril y septiembre de 1897. Véase también la traducción inglesa: Antonio Labriola, *Socialism and Philosophy* (traducido por E. Untermann), St. Louis, Telos Press, 1980, p. 94. Véase también P. Piccone, *Italian Marxism,* Berkeley, University of California Press, 1983, p. 1.

[33] Antonio Labriola, *Socialisme et Philosophie,* ob. cit., p. IV. Sorel no ha olvidado esta ruptura. Bastantes años más tarde se lamentará amargamente de ella: «Hace diez años [...], —escribe en 1909—, no solamente rompió todas las relaciones conmigo, sino que, además, me excomulgó solemnemente [...]»; véase su «Prefacio» a la obra de Arturo Labriola, *Karl Marx, l'Économiste, le Socialiste* (trad. de E. Berth), París, Rivière, 1910, p. XXXIII.

dera como una táctica exigida por la situación del momento. Del mismo modo que en ella la violencia nunca es objeto de culto como en el caso de Sorel: ella puede tener, como él, el más profundo de los desprecios por la neutralidad de las ciencias sociales; ella puede, igual que él, querer educar las conciencias y cambiar el mundo [34]; pero no se propone obsequiar al proletariado una teoría de la revolución moral y espiritual que dejara intactos los cimientos del capitalismo.

El caso de ese otro inconformista, Otto Bauer, no es, en modo alguno, distinto. Basta con echar un vistazo al folleto del teórico vienés, *La marcha hacia el socialismo,* para constatar el profundo foso que separa la revisión soreliana del marxismo, no sólo de la ortodoxia, sino también de cuanto constituye el fondo del socialismo europeo. Esta serie de artículos que resume el programa de acción del socialismo austriaco aboga, no solamente por la socialización de la gran industria, de los bancos y de la gran propiedad latifundista, sino también por la socialización de la economía campesina, de los solares destinados a la construcción de viviendas y de las viviendas [35]. Todo eso es precisamente lo que Sorel no quiere, lisa y llanamente porque, en su opinión, la propiedad es intocable y porque no cree ni en la igualdad ni en la justicia social, valores que —según él y los suyos— no son más que lloriqueos de anarquistas rousseaunianos o de socialistas jauresianos de alma enteca.

Aunque el autor de las *Reflexiones* da preeminencia a determinados aspectos del pensamiento de Marx para desarrollarlos más específicamente, como hicieron Max Adler o Antonio Labriola, no por ello pretende limitarse a completar la obra económica de Marx, al modo de Rosa Luxemburgo. No. Sorel considera el marxismo en su conjunto —comprendiendo la obra de Marx y la codificación del marxismo emprendida por Engels, Kautsky y Bernstein— como una especie de recipiente al que se le puede vaciar el contenido original y llenarlo de una sustancia completamente distinta. Este método no sólo se aplica a los *medios,* sino también a la *finalidad* de la acción revolucionaria.

Los sorelianos se mantienen fieles a la idea de que todo progreso depende y dependerá de una economía de mercado. De ahí que toda

---

[34] Véase sobre esta cuestión, P. Nettl, *La vie et l'oeuvre de Rosa Luxemburg,* ob. cit., vol. I, pp. 44 y 246, y vol. II, p. 482.

[35] O. Bauer, *La Marche au socialisme,* París, Librairie du Parti Socialiste y de L'Humanité, 1919.

intervención en el engranaje de la economía liberal, o toda legislación que interviniera en el libre juego de las fuerzas económicas y sociales, representen un peligro de muerte para el socialismo. Sin la menor vacilación, Sorel identifica la economía marxista con la economía manchesteriana: ambas poseen los mismos cimientos y los mismos principios. Sólo esos principios pueden garantizar la polarización social y el desarrollo de una lucha de clases sin trabas, violenta, abierta, leal, sin tregua ni compromiso. En esto no se apartan de la idea originaria de Marx según la cual el capitalismo produce las fuerzas que están destinadas a destruirle. Pero la gran diferencia entre los sorelianos y todos los demás socialistas revolucionarios reside en el hecho de que los sorelianos, desde que empiezan a intervenir, jamás cuestionan el capitalismo: nada pueden poner en lugar del capitalismo, no conciben el período poscapitalista. Se diferencian, desde la publicación de la *Introducción a la economía moderna* de Sorel, de todos los otros socialistas europeos, y también de todos los teóricos reformistas, en que éstos, en Europa occidental, aun resignándose al hecho capitalista, se mantienen fieles a la idea de que una sociedad basada en la colectivización de la propiedad siempre será mejor que una sociedad cuya razón de ser es la propiedad privada.

La cuestión sigue siendo la misma, aunque actualmente la socialización de la propiedad no esté a la orden del día en los partidos socialistas, en las tertulias intelectuales o en las salas de redacción de las revistas «de izquierda»: a comienzos de siglo, no había socialismo que no abogara por la socialización de la propiedad privada, ni revolución socialista que no preconizara la liquidación de la economía capitalista. Los sorelianos son los primeros revolucionarios surgidos de la izquierda que se niegan a cuestionar la propiedad privada, el beneficio personal y la economía de mercado.

«¡Un liberalismo de clase! ¡Eso es el sindicalismo!» —exclama en 1905 Arturo Labriola, fundador del sorelismo italiano:

> Combate los privilegios legales de las otras clases y también los propios, y sólo del desarrollo de la lucha y del libre juego de las fuerzas económicas organizadas espera que surjan los gérmenes de las nuevas formaciones históricas y de las grandes esperanzas de la humanidad pacificada en el trabajo [36].

[36] Arturo Labriola, «Syndicalisme et réformisme», *Le Mouvement socialiste,* núms. 168-169, 15 de diciembre de 1905, p. 412.

Labriola, dentro del espíritu de esas afirmaciones, no vacila en constatar:

Si el capitalismo no engendra el progreso ininterrumpido del mal, ¿a qué principio habría que vincular la justificación de la labor de disolución y de reconstrucción meditada por el socialismo?

He ahí el nudo de la cuestión. Dado que no aparecen signos de que la profecía marxista vaya a realizarse en un futuro previsible, dado que, por el contrario, la economía capitalista funciona muy bien, resulta difícil concluir, como le gustaría a Kautsky, que la economía del socialismo es necesaria. En una palabra, el capitalismo no parece ser portador de los gérmenes de su propia destrucción. De lo que cabe deducir que para destruir la sociedad burguesa, en primer lugar es preciso desarrollar los factores que favorecen la lucha de clases —el libre juego de las fuerzas económicas; en segundo lugar, lo que todavía es más importante, introducir elementos nuevos en el marxismo, elementos que puedan producir *artificialmente* este efecto de escisión, de violencia permanente, de guerra larvada que no genera el capitalismo, un capitalismo mucho más dinámico y eficaz de lo que había pensado Marx o de lo que quería creer la mayoría de sus discípulos; un capitalismo que había sabido adaptarse a todas las condiciones de producción. Por otro lado, incluso cuando va a estallar un conflicto, la burguesía y los partidos socialistas (hablando en nombre del proletariado), habida cuenta de que funcionan en un régimen de democracia liberal y, en consecuencia, no pueden salirse de la lógica del sistema, se apresuran a buscar un compromiso que dé satisfacción a las necesidades del proletariado. De este modo se neutraliza el grado de combatividad existente en las masas obreras. De ello resulta una incompatibilidad fundamental entre socialismo y democracia, incompatibilidad que invita a la destrucción inmediata del sistema establecido.

De modo que la revolución no puede producirse si no se dan tres condiciones y si las tres no se materializan a la vez. Esos tres elementos, o mejor dicho esas tres series de elementos, tomados en su conjunto y formando un todo, constituyen el revisionismo revolucionario. La presencia de uno solo de esos elementos, o de dos de ellos, no basta en sí misma. Lo que cuenta es el conjunto, y es este conjunto el que se desarrolla finalmente en sindicalismo nacional, más tarde en fascismo. Como se indica al comienzo de esta introducción, es esa

evolución, que se extiende a lo largo de los veinte primeros años del siglo, lo que constituye el objeto de este libro.

El primero de estos tres datos que aseguran el ascenso del pensamiento fascista, es el anclaje de la dinámica revolucionaria dentro de la economía de mercado, considerada en su conformidad a las leyes universales de la actividad económica.

El segundo es la introducción de catalizadores de un tipo nuevo y muy particular en el marxismo. Esos elementos, destinados a provocar la escisión, modifican —de hecho— totalmente el tenor, el sentido y el carácter del sistema. Dado que los efectos de los mecanismos económicos no conducen a la catástrofe, es preciso recurrir a los mitos sociales, y, dado que la escisión material no se produjo, es necesario crear una cesura psicológica y moral. Ese intento de modernización y de superación del marxismo sólo preserva el vocabulario, especialmente la noción de lucha de clases; modifica radicalmente, en cambio, el sentido de los conceptos fundamentales del socialismo. En verdad, la etiqueta ya no indica, en el momento de las *Reflexiones sobre la violencia,* la naturaleza de la mercancía: la idea de lucha de clases en adelante sirve para encubrir una ideología en la que el vitalismo, la intuición, el pesimismo y el activismo, el culto de la energía, del heroísmo y de la violencia proletaria —creadora de moral y de virtud— sustituyen al racionalismo marxista. Aún más, de instrumento técnico e impersonal, la violencia se convierte en fuente de grandeza y moralidad, una barrera a la decadencia occidental hacia la ruin degeneración.

El marxismo es un sistema de ideas que todavía hunde sus raíces en la filosofía del siglo XVIII. El revisionismo soreliano, en cambio, sustituye los fundamentos racionalistas, hegelianos, del marxismo, por la nueva visión de la naturaleza humana que proclama Le Bon, por el anticartesianismo de Bergson, por la rebelión de Nietzsche, por los últimos descubrimientos de la sociología política de Pareto. El socialismo soreliano, voluntarista, vitalista y antimaterialista, se sirve del bergsonismo contra el cientifismo, y no vacila en emprenderla contra la Razón. Es una filosofía de la acción basada en la intuición, el culto de la energía y del ímpetu.

He ahí la gran innovación de la respuesta que propone Sorel para superar y rebasar la crisis del marxismo. Dado que el libre juego de las fuerzas económicas es incapaz de desencadenar el proceso revolucionario, es preciso suplir la economía desfalleciente por la psicología. Es necesario apelar a las fuerzas profundas del inconsciente y de

la intuición, movilizar esos manantiales de energía de antaño que alimentaron el esplendor de la Grecia antigua, de los albores de la Cristiandad o de los ejércitos napoleónicos: se necesitan mitos, puesto que los mitos son «sistemas de imágenes» que no se pueden descomponer en sus elementos, ni refutar. La violencia proletaria es un mito, cuya finalidad consiste en mantener un estado de tensión contínua orientado a la escisión y a la catástrofe, un estado de guerra larvado, de guerra moral cotidiana contra el orden establecido.

Así es como Sorel entiende el corregir a Marx: introduciendo en el marxismo elementos irracionales. El mito y la violencia son elementos claves para Sorel. No se trata de expedientes, sino de valores permanentes, a la vez que medios de movilización de masas perfectamente adaptadas a las necesidades de la política moderna. De este modo se va desplazando el punto de apoyo esencial del marxismo: la psicología sustituye a la economía como motor de la actividad revolucionaria.

El tercer fundamento del revisionismo revolucionario es la destrucción del régimen de democracia liberal, de sus normas intelectuales y de sus valores morales. Teniendo en cuenta que la historia más reciente demuestra que la democracia no es más que una ciénaga en la que el socialismo anda perdido, es absolutamente necesario liberar el movimiento obrero del dominio de los partidos socialistas, romper todos los vínculos entre los sindicatos obreros y las oficinas políticas socialistas. En una palabra, es preciso destruir el sistema democrático en su conjunto.

Tales son los principios de ese revisionismo revolucionario que en dos grandes etapas, se convierte en el fascismo. En una primera fase, los sorelianos, metamorfoseando totalmente el marxismo, construyen una nueva ideología revolucionaria. En una segunda fase, ponen la nación en el lugar del proletariado desalentado en la lucha contra la decadencia democrática y racionalista. Así se va progresivamente abriendo la tercera vía entre las dos concepciones totales del hombre y de la sociedad que son el liberalismo y el marxismo. Los sorelianos comparten con los reformistas la convicción de que el capitalismo no sólo no lleva en sus entrañas los gérmenes de su propia destrucción, sino que, por el contrario, favorece el progreso tecnológico, por lo cual no parece que en un futuro previsible vaya a hundirse en una crisis catastrófica. Unos y otros constatan que el capitalismo es un factor de progreso social y de bienestar. Pero los reformistas, aun aceptando el hecho capitalista, no renuncian al obje-

tivo final de la socialización de la propiedad. No es ése el caso de los sorelianos, puesto que ellos conceden un valor permanente a las leyes de la economía capitalista. Por otro lado, en tanto que los reformistas demócratas desean, además de aceptar el hecho capitalista, el mantenimiento del liberalismo político, los reformistas revolucionarios preconizan un odio feroz a la democracia, a su herencia espiritual, y se proponen bloquear y posteriormente destruir sus engranajes institucionales.

El sorelismo aparece entonces como la expresión de una veleidad revolucionaria que pretende apoyarse exclusivamente en la elite del proletariado industrial atrincherado en sus ciudadelas autónomas. Traduce la convicción de que esta elite proletaria, organizada en unidades de combate dentro de sus sindicatos, es y sigue siendo el único agente del cambio. En eso, el revisionismo revolucionario difiere profundamente del leninismo. Formulado en un país altamente industrializado, ignora totalmente al campesinado. Por otro lado, Sorel no concibe que se pueda poner en manos de un equipo de profesionales la tarea de cambiar el mundo. Nada podía suscitar en él mayor aversión que la idea de un partido de técnicos blanquistas tomando por asalto, no sólo el régimen, sino también todos los logros del capitalismo. Además, es necesario recordar que en el análisis final, la revolución bolchevique fue hecha en favor del proletariado y en su nombre. La revolución de los sorelianos, por otro lado, se convirtió en una revolución nacional. Sólo al final de su vida y tras terminar sus obras, un Sorel desesperado por el mundo que veía en torno suyo, publica en septiembre de 1919 su famoso epílogo a la cuarta edición francesa de *Reflexiones sobre la violencia.* Su odio hacia la burguesía y la democracia era tal que recibió con expresiones de júbilo la revolución rusa, una rebelión liderada por los mismos revolucionarios profesionales que había desdeñado toda su vida. Al mismo tiempo, Sorel no desacreditó el uso que los fascistas hacían de su nombre.

Hay un momento, en los primeros años del siglo, en el que se diría que la revolución soreliana va a tomar cuerpo: las *Reflexiones* ofrecen una base ideológica al nuevo afán de militancia obrera que aparece en Francia e Italia, y que, en el intervalo de una huelga, puede interpretarse como una rebelión, a la vez, contra el Estado burgués y contra los partidos políticos establecidos. En efecto, la ideología sindicalista refleja muy bien esas relaciones dialécticas que siempre se ponen de manifiesto entre el pensamiento y la acción. Aun cuando esta ideología se desarrolle partiendo de la organización sindical, y

ofrezca inmediatamente una cobertura intelectual al activismo obrero existente, adquiere, no obstante, muy rápidamente una existencia autónoma. Al comienzo, la teoría soreliana se limita, más o menos, a consignar la acción sindical tal como se desarrolla en Francia en los últimos años del siglo XIX. Pero, al convertirse en un sistema de pensamiento autónomo, esta teoría antecede a la acción que se propone dirigir y utilizar para dar forma a las realidades. En Italia la teoría revisionista revolucionaria es anterior a la acción sindical; en Francia, primero emana de ella, luego se adelanta a ella. A finales del primer decenio del siglo XX, Francia e Italia se reencuentran en el mismo punto: en los dos casos, la teoría ofrece a la revolución un marco conceptual completo, pero la revolución no se produce.

En el momento en el que la teoría sindicalista precede largamente a las realidades del movimiento obrero, en el que la ideología revolucionaria no es más que una fotografía de la práctica reformista de las organizaciones proletarias, es cuando madura la crisis ideológica que permitirá la convergencia, en los dos países, de los sorelianos y de los nacionalistas. En efecto, muy rápidamente, se harán evidentes los límites de la acción proletaria, tanto si se trata de la capacidad de los sindicatos de inquietar al Estado burgués, como si se trata de su voluntad de rebasar el tope de una lucha por el bienestar material inmediato de los obreros. El proletariado de los grandes centros industriales de Europa occidental responde al retrato que de él hizo Le Bon: también él es sólo una multitud. Ahora bien, la multitud es conservadora. En la Alemania del oeste del Elba, en Francia y en Italia (donde las incesantes y violentas huelgas parecían anunciar un nuevo afán de militancia), se pone de manifiesto que ese proletariado del sufragio universal, de la jornada de ocho horas, de las universidades populares, de la enseñanza obligatoria y del servicio militar, ya no es el proletariado de la Comuna, ni el de la lucha contra las leyes antisocialistas de Bismarck. Ese proletariado ya no es, ni volverá a ser nunca, un agente de la revolución antiburguesa. Es preciso, en consecuencia, seguirle en su retiro, o encontrarle una fuerza revolucionaria de sustitución capaz de derrumbar la democracia liberal y de salvar al mundo de la decadencia.

La razón de fondo que explica la facilidad con que el revisionismo revolucionario se permite cambiar el vector de la revolución, es que este movimiento carece de las válvulas de seguridad de las que disponen las diversas variantes del marxismo opuestas al reformismo democrático. La democracia para tal escuela, la revolución perma-

nente o la fe en la lógica de la economía marxista para otra corriente, o el partido de la «vanguardia» de la revolución para una tercera corriente, constituyen otras tantas posiciones que permiten mantenerse pegado a los postulados fundamentales del marxismo, pero posponiendo —al propio tiempo— la revolución para las calendas griegas; también permiten actuar en pro de la revolución en la perspectiva de una conflagración que, habida cuenta de la situación internacional de comienzos de siglo, se convierte casi en una certidumbre. Quienes detentan las posiciones del revisionismo revolucionario, carecen de una perspectiva de este tipo. De ahí que la solución al dilema que les preocupa sea diferente: el proletariado declinante será sustituido por la gran fuerza ascendente, surgida de la modernización, de las guerras de independencia y de la integración cultural: la Nación. La Nación con todas sus clases soldadas en el gran combate contra la decadencia burguesa y democrática. Ese proceso llegará a su culminación antes de la guerra, y sin ninguna relación con ella.

Quienes detentan esta forma de socialismo, sólo necesitan al proletariado mientras le crean capaz de cumplir su función de agente revolucionario. Veamos que dice Lagardelle en el verano de 1912:

> [...] el movimiento obrero sólo nos interesa en la medida que es portador de una cultura nueva. Si el proletariado se revuelve en la demagogia o en el egoísmo, pierde su atractivo para las conciencias que buscan los medios a través de los cuales el mundo se transforma [37].

He ahí lo que explica que tantos sorelianos, tantos hombres de izquierda, antes y después de la guerra, se vayan deslizando hacia el fascismo. Cuando esos izquierdistas de todos los colores y todas las variedades llegan a la conclusión de que la clase obrera se ha batido definitivamente en retirada, no la seguirán en su repliegue. Su socialismo seguirá siendo revolucionario, mientras que el del proletariado habrá dejado de serlo: entre el proletariado y la revolución, optarán por la revolución; entre un socialismo proletario pero moderado y un socialismo sin proletariado pero revolucionario y nacional, optarán por la revolución no proletaria, por la revolución nacional.

Así pues, con toda naturalidad se establecerá la síntesis entre ese socialismo nuevo, que descubre la nación como agente revoluciona-

[37] H. Lagardelle, «Les Revues», *Le Mouvement socialiste,* núm. 243, julio-agosto 1912, p. 153. Por un error de imprenta el texto dice: «los medios a través del cual [*sic*] el mundo se transforma».

rio, y el movimiento nacionalista, que, a su vez, se rebela contra los aristócratas y los burgueses, contra las injusticias sociales, y que considera que la nación no será un auténtico todo hasta que no haya conseguido integrar al proletariado. De modo que un socialismo de toda la colectividad y un nacionalismo que, al romper amarras con el conservadurismo, se proclama por definición mensajero de la unidad y de la unanimidad, logran formar conjuntamente una máquina de guerra sin precedentes contra el orden burgués y la democracia liberal.

A ese fascismo naciente, los sorelianos aportan la idea de una revolución que debe erradicar el régimen de democracia liberal, y con él sus normas intelectuales y morales, sin romper, no obstante, todas las estructuras de la economía capitalista. Al mundo de los mercaderes y de los que se embeben de razonamientos sin fin, contraponen otro mundo, hecho de heroísmo y de virilidad, en el que el pesimismo y el puritanismo adquirirán categoría de virtud, en el que se ensalzarán el sentido del deber y el del sacrificio. La nueva sociedad estará dominada por una poderosa vanguardia compuesta por una aristocracia de productores aliada a una juventud sedienta de acción. Ahí interviene el gran descubrimiento introducido por Sorel: las masas tienen necesidad de mitos para avanzar; los sentimientos, las imágenes y los símbolos, en ningún caso el razonamiento, impulsan a los individuos a la acción. De Sorel en particular y de los sorelianos en general, el fascismo incorporará también la idea de que la violencia genera sublimidad. Equipada de esta suerte, la acción revolucionaria puede en adelante vencer todas las resistencias del mundo material.

A esta combinación de nacionalismo integral y revisionismo revolucionario se agrega, hacia 1910, un tercer elemento: el futurismo. Esta síntesis total impregnó al fascismo otorgándole su carácter de movimiento de rebelión y revuelta: de revuelta cultural, y más adelante, de revuelta política. Difícilmente puede exagerarse la importancia del elemento vanguardista en el fascismo y la importancia de la estética revolucionaria que éste contiene. A esta combinación de sindicalismo revolucionario y nacionalismo radical que maduraba en la primera década del siglo, Marinetti aportó, con la publicación del *Manifiesto futurista* en 1909, el entusiasta apoyo del vanguardismo cultural.

1. Queremos ensalzar el amor al peligro, la costumbre de la energía y de la temeridad.

2. Los elementos esenciales de nuestra poesía serán el coraje, la audacia y la rebelión.
3. La literatura ha magnificado hasta el presente la inmovilidad reflexiva, nosotros queremos exaltar el movimiento agresivo, el insomnio febril, el paso gimnástico, el salto peligroso, la bofetada y el puñetazo.
4. Declaramos que el esplendor del mundo se ha enriquecido con una nueva belleza: la belleza de la velocidad. Un automóvil de carreras con su caja adornada con grandes tubos como serpientes de aliento explosivo..., un automóvil rugiendo, que parece correr entre la metralla, es más bello que la *Victoria de Samotracia.*
5. Queremos ensalzar al hombre que lleva el volante cuyo árbol ideal atraviesa la tierra, lanzada por su propio impulso sobre el circuito de su órbita.
6. Es indispensable que el poeta se consuma con vehemencia, fulgor y prodigalidad para aumentar el fervor entusiasta de los elementos primordiales.
7. Sólo en la lucha hay belleza. No hay ninguna obra maestra sin un carácter agresivo. La poesía debe ser un asalto violento contra las fuerzas desconocidas, para apremiarlas a que se tumben ante el hombre.
8. Nos encontramos en el promontorio extremo de los siglos... Para qué mirar atrás, cuando lo que debemos hacer es derribar los misteriosos batientes de lo imposible. El Tiempo y el Espacio murieron ayer. Vivimos en el absoluto, puesto que hemos creado ya la eterna velocidad omnipresente.
9. Queremos glorificar la guerra —única higiene del mundo—, el militarismo, el patriotismo, el gesto destructor de los anarquistas, las bellas Ideas que matan y el desprecio de la mujer.
10. Queremos derribar los museos, las bibliotecas, atacar el moralismo, el feminismo y todas las cobardías oportunistas y utilitarias.
11. Ensalzamos a las grandes muchedumbres agitadas por el trabajo, el placer o la rebelión; a las resacas multicolores y polifónica de las revoluciones en las capitales modernas; a la vibración nocturna de los arsenales y de los tajos bajo sus violentas lunas eléctricas; a las fábricas suspendidas a las nubes por los hilos de sus humos; a los puentes de brincos de gimnastas lanzados sobre la cuchillería diabólica de los ríos soleados; a los paquebotes aventureros olfateando el horizonte; a las locomotoras de gran pretal, que piafan sobre los raíles, como enormes caballos de acero embridados con largos tubos, y el vuelo deslizante de los aeroplanos cuya hélice tiene chasqueos de bandera y aplausos de muchedumbre entusiasmada [...]

En pie hacia la cumbre del mundo, lanzamos una vez más el desafío a las estrellas [38].

Marinetti, con su sentido de la escenografía, sabe que para avivar la imaginación de sus contemporáneos, este grito de rebelión debe

[38] F. T. Marinetti, *Enquête internationale sur le vers libre et Manifeste du Futurisme,* Milán, Ediciones de «Poesía», 1909, pp. 9-12 y 16.

partir de París. Meca de las artes y de las letras, centro cultural sin par, París es a la vez lugar privilegiado de la cultura italiana donde vive y trabaja el escritor de allende los montes más célebres de su tiempo, el héroe nacional de la inmediata posguerra, Gabriele D'Annunzio. Por lo demás, Marinetti y D'Annunzio escriben a menudo en francés y participan en el movimiento de ideas en la capital francesa [39].

Al *Manifiesto* de febrero de 1909 le sigue toda una serie de declaraciones de principios aplicadas a diversas esferas del arte: música, pintura, arquitectura. Hay incluso una ciencia futurista, así como una cocina futurista. Y el movimiento de Marinetti irradia poco o mucho —más bien más que menos— sobre el conjunto de esos movimientos. Con la síntesis fascista, la estética se convierte en parte integrante de lo político y de lo económico [40].

El estilo fascista, que causa impacto por su agresividad, expresa a la perfección los nuevos valores éticos y estéticos. El estilo es la expresión de un contenido: no se trata en este caso de un simple medio de movilización de masas, sino de una nueva escala de valores, de una nueva visión de la cultura. Todos los futuristas poseen el culto de la energía, del dinamismo y del poder de la fuerza, de la máquina y de la velocidad, de los instintos y de la intuición, del movimiento, de la voluntad y de la juventud; proclaman un soberano desprecio por el viejo mundo burgués, entonan un canto a la necesidad y a la belleza de la violencia [41].

De modo que no es de extrañar que estos rebeldes conocieran a los sorelianos como a sus auténticos hermanos gemelos. Tanto más cuanto que esta «poética del heroísmo» rinde culto a la acción directa y a la guerra. En definitiva —y eso es lo más importante desde el punto de vista de su función histórica— es una poética violentamente nacionalista. Las más profundas convicciones políticas de Marinetti, por no citar a otros, se resumen, según nos dice Giovanni Lista, en la

---

[39] J. Joll, *Intellectuals in Politics. Three Biographical Essays,* Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1960, p. 134.

[40] Véase la notable obra de A. Y. Kaplan, *Reproductions of Banality. Fascism, Literature and French Intellectual Life,* Minneápolis, University of Minnesota Press, 1986, p. 26.

[41] Véase P. Bergman, «L'Esthètique de la vitesse. Origines et première manifestation», en *Présence de F. T. Marinetti. Actes du Colloque international tenu à l'Unesco* (bajo la dirección de Jean-Claude Marcadé), Lausana, L'Age d'Homme, 1982, pp. 20-25; G. Lista, «Marinetti et les anarco-syndicalistes», *idem,* pp. 84-85.

idea binaria de violencia y patria, o de guerra y de nación. Su anticlericalismo y su anarco-individualismo —que se propone realizar la liberación total del hombre— son asumidos exclusivamente dentro de esta perspectiva. El «patriotismo revolucionario» es la piedra de toque de su futurismo político; una ideología nacionalista y belicista a la que permaneció fiel hasta el final de sus días [42].

Es en este terreno del nacionalismo, antitradicionalista y antiburgués (que, junto con el anarco-individualismo, forma una sola y única religión de la violencia como motor del futuro) donde Marinetti converge en 1910 con los sorelianos y los nacionalistas. Esta convergencia de las fuerzas revolucionarias no conformistas y vanguardistas se produce bastantes años antes de la guerra y sin ninguna relación con ella.

El futurismo, vanguardia artística por excelencia, ejerció una intensa influencia mucho antes de 1914. Es la primera corriente intelectual que en esta época elabora una formulación estética de la política. El futurismo italiano y el vorticismo inglés de Ezra Pound y Wyndham Lewis —cercano al futurismo— ilustran a la perfección el aspecto cultural del fascismo. Se explica perfectamente la atracción que este movimiento de ideas ha ejercido, a lo largo de la primera mitad del siglo, sobre amplias capas de la intelectualidad europea, cuando se ha comprendido que estas capas encontraron en él una expresión de su propio inconformismo y de su rebeldía frente a la decadencia burguesa. Más allá de proponer una concepción de las relaciones entre el individuo y la sociedad, esta ideología representó un nuevo ideal de lo hermoso y lo admirable. Éste era el verdadero denominador común de los revisionistas revolucionarios, los nacionalistas y los futuristas: su odio hacia la cultura dominante y su deseo de reemplazarla con una alternativa total. Los sorelianos, que ya habían abierto una nueva senda revolucionaria proveyendo la idea inicial, otorgaron al nacionalismo la base social y las fuerzas que permitieron traducir la idea de protesta en movimiento político. El futurismo aportó a este crisol su aptitud artística, espíritu juvenil y clamoroso, así como la magia del no-conformismo cultural.

Era inevitable que los sorelianos, los nacionalistas y los futuristas llegaran a encontrarse. Su aversión por la cultura dominante les situará en la misma línea de combate contra la democracia burguesa. El nacionalismo ofrece al proletariado desalentado la masa crítica capaz

[42] G. Lista, «Marinetti et les syndicalistes», p. 84.

de transformar un sistema de ideas en fuerza política. Así se cumple el voto del sindicalista revolucionario Robert Michels que invocaba la «grandiosa unión» de la Idea revolucionaria con la gran fuerza revolucionaria del momento. Michels esperaba que el proletariado cumpliera este papel. En su defecto, él también dirige la mirada a la nación. Hacia finales de la primera década del siglo, el sindicalismo revolucionario ofrece la Idea y el movimiento nacionalista le proporciona las tropas.

Pero eso no es todo, el nacionalismo aporta también al primer fascismo el culto al poder fuerte. Evidentemente, los teóricos del sindicalismo revolucionario nunca atacan a la autoridad en sí; esos protagonistas de la autonomía obrera no son anarquistas. Un sindicato es una unidad de combate, no un club. Ello no onstante, no poseen ese culto del poder político, tan importante en los detentadores del nacionalismo. Al respecto, la guerra juega un papel determinante en la cristalización final de la ideología fascista, no solamente porque aporta la prueba de las capacidades movilizadoras del nacionalismo, sino también porque pone de manifiesto el enorme poder del Estado moderno. La guerra abre horizontes absolutamente nuevos acerca de la capacidad de planificación y de dirigismo económico, de movilización de la economía nacional, y acerca de las potencialidades de la propiedad privada al servicio del Estado. El Estado representa la emanación de la unidad nacional y su poder se asienta en la unanimidad espiritual de la masa. Pero el Estado es, al propio tiempo, el guardián de esta unidad, que desarrolla utilizando cualquier medio susceptible de vigorizarla. La guerra demuestra la enorme capacidad de sacrificio del individuo, la superficialidad de la idea de internacionalismo y la facilidad de movilización de todas las capas de la sociedad al servicio de la colectividad. La guerra pone de relieve la importancia de la unidad de mando, de la autoridad, del liderazgo, de la movilización moral, de la educación de masas y de la propaganda como instrumento de poder. Demuestra, sobre todo, con qué facilidad se pueden suspender las libertades democráticas e imponer una casi-dictadura. Para los fascistas, la guerra demuestra en gran medida la pertinencia de las ideas lanzadas por Sorel, Michels, Pareto o Le Bon: las masas avanzan a golpe de mitos, de imágenes y de sentimientos, quieren obedecer y la democracia sólo es una cortina de humo. La Gran Guerra fue para los fundadores del fascismo un laboratorio en el que se verificaron concretamente las ideas que enunciaron a lo largo de toda la primera década del siglo.

La síntesis fascista, en el plano de la teoría política, ya aparece con toda claridad en torno a los años 1910-1912 en publicaciones como *La Lupa* en Italia y los *Cahiers du Cercle Proudhon* en Francia. Una vez puestos los primeros jalones de la síntesis fascista en Francia, habrá que esperar la guerra para que aparezcan en Italia las circunstancias favorables a la transformación de un movimiento de esas características en fuerza política.

En efecto, será al otro lado de los Alpes donde esa síntesis se extenderá y alimentará una auténtica fuerza revolucionaria, debido a la crisis casi permanente en la que se debate, en esos albores del siglo, la sociedad italiana. Sorel se convierte en gran patriarca, referencia obligada e incesante manantial de inspiración. Los sorelianos puros, detentadores del revisionismo ético, vitalista, voluntarista, adeptos a la violencia creadora y moral, constituyen el auténtico núcleo ideológico del fascismo y ofrecen el primer marco conceptual. La primera biografía de Sorel escrita por Agostino Lanzillo y publicada en 1910 aparece en Italia. Es también entre la juventud universitaria italiana que esas teorías, entremezcladas con aportaciones específicas, consiguen enraizar.

A finales de 1902, Arturo Labriola empieza a publicar el semanario *Avanguardia Socialista,* que enseguida se convertirá en el centro de la actividad intelectual del sindicalismo revolucionario italiano. Labriola por aquellas fechas es el portavoz de la extrema izquierda del movimiento socialista opuesto a la política reformista de Turati. Adopta la teoría de la violencia revolucionaria de Sorel, cuyo adalid en la *Avanguardia Socialista* es Sergio Panunzio. Panunzio será el teórico más importante del fascismo de la década de los veinte. Sólo le eclipsará más tarde Giovanni Gentile. En 1905, Enrico Leone y Paolo Mantica fundan una revista sindicalista, *Il divenire sociale.* Les sigue uno de los futuros ideológicos más importantes del fascismo, Angelo Oliviero Olivetti, que publica en 1906, en Lugano, otra revista sindicalista revolucionaria, *Pagine Libere,* cuya coloración ya es nacionalista y anuncia la inminente convergencia entre nacionalistas y sindicalistas. Este encuentro se produce con toda naturalidad —igual que en Francia, donde el encuentro parece inevitable— tras la expulsión, en 1908, de los sindicalistas revolucionarios del Partido Socialista italiano. Se consolida en torno a la revista *La Lupa,* fundada en octubre de 1910. A pesar de su carácter efímero, esta revista es un jalón especialmente importante en el proceso de incubación intelectual del fascismo, ya que reúne, por primera vez, a los nacionalistas agru-

pados en torno a Enrico Corradini y a los teóricos del sindicalismo revolucionario: Paolo Orano, Arturo Labriola, Lanzillo, Olivetti y también, procedente de Alemania, a Robert Michels. Otros socialistas revolucionarios eligen un camino todavía más corto y pasan directamente a la Asociación Nacionalista Italiana de Corradini.

La síntesis del nacionalismo y del sindicalismo revolucionario italianos se construye sobre las mismas premisas que en Francia: por un lado, el repudio de la democracia, del marxismo, del liberalismo, de los valores llamados «burgueses», de la herencia del siglo XVIII, del internacionalismo y del pacifismo y, por otro lado, el culto del heroísmo, del vitalismo y de la violencia. Robert Michels —una de las figuras de proa del sindicalismo revolucionario, alemán italianizado, uno de los más relevantes teóricos del fascismo hasta su muerte en 1936— dirá que para romper el conservadurismo de las masas es necesaria una ética vitalista y voluntarista y una elite capaz de llevar a las masas al combate. Robert Michels se hizo famoso no sólo por su contribución a la ideología fascista, sino también por su libro pionero, *Los partidos políticos* que, todavía hoy, es un clásico de la ciencia política. Junto con Pareto y Mosca, aporta al fascismo el aval de las ciencias sociales en ciernes.

A partir del momento en el que se produce la convergencia entre revisionistas sorelianos y nacionalistas, la síntesis socialista-nacional se desarrolla rápidamente. Los más destacados intelectuales sindicalistas revolucionarios militan en favor de la guerra de Libia de 1911; los sindicalistas revolucionarios participan con fervor, a partir de agosto de 1914, en la campaña en pro de la intervención de Italia en la guerra europea que acaba de estallar. Coinciden con los leninistas en la consideración de que la guerra puede cambiar la faz del continente, puesto que se trata de una auténtica guerra revolucionaria. La guerra crea el entorno en el que pueden expresarse las grandes virtudes humanas y sociales: violencia, heroísmo, altruismo, solidaridad de clase. La guerra crea las condiciones de la renovación moral y espiritual.

Durante los años de guerra y en el curso de los meses posteriores al armisticio de noviembre de 1918, el sindicalismo revolucionario se desarrolla en forma de sindicalismo nacional. Según dice Sergio Panunzio en 1921, este sindicalismo revolucionario ha dejado de ser negativo, parcial, obrero, para convertirse en un sindicalismo que agrupa a todas las clases sociales. El sindicalismo nacional, a comienzos de la década de los veinte, ya ha sintetizado los elementos esen-

ciales de la ideología fascista, de forma que la transición hacia el corporativismo se hará sin brusquedades.

No todos los sindicalistas revolucionarios italianos se harán fascistas. Pero la mayoría de los dirigentes sindicalistas figurarán entre los fundadores del movimiento fascista. Algunos incluso llegarán a ocupar puestos clave en el régimen que fundará el más famoso de los compañeros de viaje del sindicalismo revolucionario, Benito Mussolini. Éste declarará, en 1909, que se convirtió en sindicalista cuando la huelga general de 1904. En realidad, ya desde su exilio en Suiza, entre 1902 y 1904, sus lazos con los sindicalistas revolucionarios quedaron perfectamente trenzados. Colabora en *Avanguardia Socialista,* lee a Sorel y a Pareto, y sufre la decisiva influencia de teóricos y jefes del sindicalismo revolucionario como Olivetti, Panunzio, Alceste de Ambris y Filippo Corridoni. Mussolini se convierte enseguida en uno de los líderes más conocidos del socialismo italiano. Personalidad carismática, a la vez intelectual y conductor sin par, asciende rápidamente en la escala de mando: de líder socialista provincial, pasa a ser el jefe de la izquierda revolucionaria del Partido Socialista y director de *Avanti!* En el curso de ese largo período, medirá sus armas con los herejes que han preferido abandonar el partido o que han sido expulsados sobre todo a raíz de decisiones políticas tomadas por la organización. Un capítulo entero de este libro se ha consagrado a Mussolini, el político y sus ideas. Sin embargo, debe advertirse que su oposición a los sindicalistas revolucionarios se refiere sólo a cuestiones de táctica política, puesto que no hay diferencias respecto de las grandes opciones ideológicas. En efecto, Mussolini desde el primer momento de su enrolamiento suscribe los principios fundamentales del sindicalismo revolucionario.

El año 1913 es el del reencuentro del líder socialista con los hombres que guiaron sus pasos en el campo de las ideas. Cuando parece que ha llegado a la cumbre de su ascensión, Mussolini publica *Utopia,* revista a la que invitará a colaborar a los inconformistas que el partido había excluido algunos años antes. Por esas fechas, sufre una crisis intelectual que resuelve poniendo fin a las ambigüedades e incorporándose a las filas del sindicalismo revolucionario. Esta crisis estalló sin la menor relación con la conflagración europea en ciernes. Ahora bien, un socialismo vitalista, heroico, enemigo de los valores burgueses, no puede quedarse al margen de esa guerra europea en la que se ponen en juego los destinos de los pueblos. Quince años después de sus comienzos en la estela de Arturo Labriola, Mussolini re-

encuentra casi a todos los sindicalistas revolucionarios en el seno del movimiento intervencionista. Pero la guerra añade un nuevo elemento: Mussolini descubre la fuerza movilizadora del nacionalismo. En el momento del armisticio, el fascismo mussoliniano posee ya todos sus perfiles. En todo caso ha integrado ya las ideas del sindicalismo revolucionario.

Bastantes años más tarde, el Duce no errará el tiro al escribir evocando su formación y su deuda intelectual:

Reformismo, revolucionarismo, centrismo, he ahí terminologías de las que ni siquiera queda el recuerdo: pero en el gran río del fascismo, volvereis a encontrar las corrientes que se remontan a los Sorel, los Péguy, los Lagardelle de *Le Mouvement Socialiste*, y a ese grupo de sindicalistas italianos que aportaron, entre 1904 y 1914, a los medios socialistas castrados, cloroformizados por la fornicación giolittiana, una nota nueva, gracias a *Pagine Libere* de Olivetti, a *La Lupa* de Orano, a *Il Divenire Sociale* de Enrico Leone [43].

A primera vista puede sorprender la presencia de Péguy. Algunos verán en ello una razón más para cuestionar la credibilidad de ese conocido texto. En realidad, es verdad lo contrario. Mussolini reconstruye con precisión la atmósfera de su juventud militante. La mención del autor de *L'Argent* no traduce una tentación apologética por parte del Duce, por el contrario, pone el dedo en una de las fuentes de inspiración del fascismo: una rebelión de no-conformistas procedentes de la izquierda, que descubren, al fracasar el socialismo democrático, un foco de energía y de esperanza en el nacionalismo. Ése es el recuerdo que Mussolini guarda de Péguy, antiguo *dreyfusard* cuyos venenosos ataques contra Jaurès, símbolo vivo de la república democrática y del socialismo reformista, sólo han sido raramente superados.

De modo que no es extraño que el Duce guardara memoria de las invectivas de Péguy como uno de los elementos discursivos que formaron su propio pensamiento. Ya que ¿quién condenó con más vigor que Péguy —y Sorel— el socialismo sumido en el desencanto parlamentario? ¿Quién deploró más la degeneración de la «mística» *dreyfusiana* en política socialista y «bloquista»? ¿Quién arrastró más por el lodo a Jaurès, el aliado por excelencia de los reformistas italianos, enemigos mortales del joven y ardoroso revolucionario de Forli?

---

[43] B. Mussolini, *La Doctrine du fascisme*, en *Edition définitive des oeuvres et discours de Benito Mussolini*, vol. IX, París, Flammarion, s. f. (1935), p. 76.

¿No llamaba a Jaurès «hombre deshonesto», «traidor por esencia», «timbalero mayor de la capitulación»? [44]. En todo caso, véase lo que queda de Péguy en la memoria de Mussolini: no queda el defensor de Dreyfus, el enemigo comprometido y decidido del antisemitismo, sino el jactancioso vituperador del socialismo reformista en particular, y de la política pactista en general. En su odio feroz al socialismo democrático y liberal, convertido en parte integrante del orden establecido, el director de *Avanti!* y el autor de *Notre Jeunesse* resultaban ser aliados naturales. Con su descubrimiento de la nación, el socialismo italiano se acercará todavía más al escritor católico francés. Por lo demás, Mussolini siente un interés rayando en la admiración por esa personalidad fuera de lo común, cuyo destino no pueden dejar de calificar de heroico los militantes del heroísmo —Péguy muere en la guerra.

De hecho, es muy probable que la dictadura mussoliniana hubiera horrorizado a Sorel y a Péguy. Pero esta afirmación no es suficiente para cuestionar la autenticidad de la contribución de Mussolini a la *Enciclopedia italiana:* este artículo escrito en 1932 no es una reconstrucción *a posteriori* hecha con el propósito de dar una cierta respetabilidad intelectual al fascismo. En realidad, se limita a exponer las realidades de comienzos de siglo. Innumerables textos de esta época, redactados por Mussolini o por otros militantes socialistas que se encuentran entre los fundadores del fascismo, lo atestiguan sin el menor género de duda.

---

[44] Véase Ch. Péguy, *Notre Jeunesse, Cahiers de la Quinzaine,* París, 1910, pp. 21, 27, 39 y 56; *L'Argent,* en *Oeuvres complètes de Charles Péguy,* 1873-1914, París, Gallimard, 1928, t. III, pp. 395-399, y *L'Argent* (continuación), *ibid.,* t. XIV, p. 133.

1. GEORGES SOREL Y LA REVISIÓN ANTIMATERIALISTA DEL MARXISMO

I. LOS FUNDAMENTOS DE LA «CORRECCIÓN» DEL MARXISMO

[...] Tengo razones para creer que las doctrinas de las *Reflexiones sobre la violencia* maduran en la sombra; no cabe duda de que si fueran impotentes, no serían tan a menudo denunciadas como perversas por los sicofantes de la democracia [1].

Así termina Sorel, en 1910, su importante ensayo, «Mes raisons du syndicalisme» [Mis razones del sindicalismo], que pone punto final a su carrera de teórico del socialismo. Sorel nunca intenta maquillar el sentido y el objetivo de su pensamiento, al contrario de las hagiografías y apologías que abundan en estos últimos tiempos [2]. Se propone

---

[1] G. Sorel, «Mes raisons du syndicalisme», en *Materiaux d'une théorie du prolétariat,* París, Marcel Rivière, 1921 [reeditado por Arno Press, Nueva York, 1975], p. 286. Esta colección de ensayos estaba lista para ser publicada en julio de 1914.

[2] Los trabajos sobre Georges Sorel abundan. En Francia, los estudios sorelianos los promueve una sociedad del mismo nombre, creada en 1983 y presidida por Jacques Julliard. Esta sociedad publica unos muy desiguales *Cahiers* anuales. En ellos encontramos, por ejemplo, ingenuas apologías, como la de Michel Charzat según la cual Sorel fue un «liberal clásico y revolucionario en política» [«Georges Sorel et le fascisme. Élements d'explication d'une légende tenace», *Cahiers Georges Sorel,* I, 1988, p. 47]: de la mano de Michel Charzat, la palabra «liberalismo» se reviste de un significado desconocido hasta hoy [...]. En el mismo número, también encontramos un ataque injustificado, por no decir vulgar, contra la obra de Jack Roth que no tiene un equivalente en francés, pero que comete el error de pensar que Sorel no tiene por qué librarse de oficio de la crítica (Pieter Nijhof, «Entre violence et vertu: la reconstruction de G. Sorel», *idem,* p. 165: «Todo este trabajo hecho con ensañamiento destila un odio profundo contra el personaje que describe»). Pero este primer volumen incluye también un estudio magistral de Maximilien Rubel, «Georges Soret et l'achèvement de l'oeuvre de Karl Marx», *ibid.,* pp. 9-36, algunas páginas excelentes de Sergio Romano y Daniel Lindenberg, *ibid.,* pp. 150-154, así como inéditos interesantes e indicaciones bibliográficas que pueden ahorrar mucho tiempo al lector. Los volúmenes 2 y 3 son más equilibrados: las contribuciones de Jacques Julliard, «Sorel, Rousseau et la Révolution française», núm. 3, pp. 5-15, y de Sergio Romano, «Sorel et le système des

con toda claridad mostrar dónde reside el sentido de su contribución intelectual: las *Reflexiones sobre la violencia,* «un libro que ocupa un lugar capital en mi obra»[3]. Sorel otorga a esta obra tal importancia que en la «Advertencia» publicada en la cabecera del *Avenir socialiste des syndicats* [*Porvenir socialista de los sindicatos*], confiesa haber pensado «largo tiempo que no era conveniente comercializar un

---

relations internationales à la fin de la Première Guerre mondiale», *idem,* pp. 39-50, así como la publicación de unas cartas de Sorel a Berth, con una introducción de Pierre Andreu (pp. 77-150), parecen anunciar que el período «militante» está tocando a su fin. El Coloquio Sorel de mayo de 1982, que dio origen a la *Société d'Études sorélienes,* ha generado en Éditions du Seuil, en 1985, un volumen colectivo, *Georges Sorel en son temps* (cuya iniciativa corresponde a Jacques Julliard), que posee cualidades destacables y que lleva un anexo con una excelente bibliografía. En este volumen, sin embargo, todavía se advierte un pronunciado carácter de capilla donde ofician adeptos fieles en presencia de uno o dos descreídos. Lo más deplorable, sin embargo, es la ausencia de todos los especialistas americanos de la cuestión y de otros autores de destacadas contribuciones que es preciso dar a conocer al público francés: Michel Curtis, *Three against the Third Republic: Sorel, Barrès and Maurras,* Princeton, Princeton University Press, 1959; Irving L. Horowitz, *Radicalism and the Revolt against Reason. The Social Theories of Georges Sorel,* Londres, Routledge and Kegan Paul, 1961; A. James Gregor, *The Ideology of Fascism: The Rationale of Totalitarianism,* Nueva York, Free Press, 1969; *Roberto Michels e l'ideologia del fascismo,* Roma, Giovanni Volpe, 1979; *Young Mussolini and the Intellectual Origins of Fascism,* Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1979; Jack Roth, *The Cult of Violence: Sorel and the Sorelians,* Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1980; John L. Stanley, *The Sociology of Virtue: The Political and Social Theories of Georges Sorel,* Berkeley y Los Ángeles, University of California Press, 1981; R. Vernon, *Commitment and Change: Georges Sorel and the Idea of Revolution: Essay and Translations,* Toronto University Press, 1978. Hemos de hacer aquí una advertencia suplementaria.

Leyendo algunos de los autores de la escudería de los *Cahiers de Georges Sorel,* uno no puede dejar de sentir una cierta irritación. Si se les creyera, se diría que acaban de inventar los estudios sorelianos. Ahora bien, lo cierto es que la totalidad de los «descubrimientos» de estos últimos años, especialmente los que se refieren a los diferentes aspectos del encuentro de Sorel con el marxismo, ya se encuentran en obras que apenas se conocen en Francia. Citemos a modo de ejemplo el libro de James H. Meisel, *The Genesis of Georges Sorel,* Ann Arbor, Georg Wahr, 1951, que contiene la mayoría de los elementos del debate sobre la interpretación de Sorel. Meisel se refiere con gran tino a todos esos artículos, folletos y cartas que algunos quieren presentar actualmente como un material nuevo encontrado por ellos: véanse pp. 16-19, 26-27, 58-61, 79-92, 106-107, 114-117, 120-125, 132-133, 150-153, 216-231 y 259-268. Mencionemos, además, la obra de Richard Humphrey, *Georges Sorel. Prophet without honor. A study in anti-intellectualism,* Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1951.

[3] G. Sorel, «Avertissement» «Avenir socialiste des syndicats», en *Matériaux...,* ob. cit., p. 55. Véase también p. 5.

opúsculo que en más de una ocasión pudiera dar la impresión de no coincidir exactamente con las ideas maestras» de las *Reflexiones* [4].

Junto con *Les illusions du progrès* [*Las ilusiones del progreso*], y *La décomposition du marxisme* [*Descomposición del marxismo*], las *Reflexiones* constituyen un todo relativamente bien estructurado que está en el centro de la obra de Georges Sorel. La importancia de los *Materiaux d'une théorie du proletariat* [*Materiales de una teoría del proletariado*] reside principalmente en el panorama ideológico que ofrece esta colección de ensayos, prefacios e introducciones que se va escalonando desde 1897 hasta 1914. También son importantes *Le procès de Socrate* [*El proceso de Sócrates*] —un trabajo que demuestra la continuidad del pensamiento soreliano en sus preocupaciones esenciales—, la *Introduction á l'economie moderne* [*Introducción a la economía moderna*] y las *Insegnamenti socialii della economia contemporanea.* En estos dos últimos estudios, Sorel aborda cuestiones que, en definitiva, no domina bien, pero que ningún teórico socialista puede eludir. Como en otros estudios económicos, en esos libros contribuye a poner las bases de una teoría de la revolución fundada sobre la propiedad privada. No obstante, esos escritos de Sorel no revolucionan, ni mucho menos, el pensamiento marxista de la época. Para eso habrá que esperar la aparición de las *Reflexiones.*

De modo que será necesario separar el aporte original de Sorel, su contribución al movimiento de ideas en los albores de siglo, de lo secundario. No obstante, incluso lo menos importante puede ser útil y parecer inapreciable para el biógrafo o para el discípulo en busca de nuevas fuentes de inspiración para enriquecer una izquierda hoy singularmente corta de ideas [5]. Para el historiador de las ideas, en cambio, una carta privada, la reseña de un libro, un artículo entre otros muchos, en ningún caso pueden sustituir los escritos que el propio autor considera su obra mayor.

Por otro lado, no hay que olvidar que Sorel conocía sus propias limitaciones. No pretendía ser un Bergson o un Nietzsche. Aunque

---

[4] *Ibid.*

[5] La preocupación por el presente, que en sí nada tiene de ilegítimo, aparece claramente tras la muy interesante introducción de Jacques Julliard a *Georges Sorel en son temps:* véanse pp. 26 ss., donde el autor se refiere a lo que él llama el destino de la «cultura dominada» en el seno del movimiento obrero francés. Al parecer, la famosa cuestión de la «segunda izquierda» no es ajena a ese vigoroso retorno de un socialismo espiritualista, antimaterialista, violentamente contrario tanto a la socialdemocracia dominante como al marxismo.

capaz de captar de inmediato el sentido de un sistema filosófico y asimilarlo rápidamente para hacer uso de él, no podía producir por su cuenta un pensamiento filosófico. No poseía el espíritu enciclopédico de Renan, ni la formación de Rudolf Hilferding o de Max Adler, le faltaba el poder de síntesis de Taine, no era un escritor de calidad como Barrès; en suma, no apreciaba demasiado el espíritu sistemático del que alardeaba Maurras y que latía en la pujanza de la Acción Francesa. Sorel ni siquiera reelabora sus escritos más importantes, así se advierte en ellos la huella de lo que fueron antes de ser encuadernados en un volumen: artículos de revistas apresuradamente lanzados al fragor de la batalla ideológica.

En sus escritos encontramos expresiones que dejan ver un talento poco común, al lado de las simplezas más primarias. Sorel cree en el asesinato ritual de niños cristianos perpetrado por los judíos de Europa oriental. Sus análisis políticos, su crítica de la democracia parlamentaria, apenas rebasan el nivel de la invectiva: comparados con los de su contemporáneo, el sindicalista revolucionario, Robert Michels, los suyos hacen sonreír. Ni metafísico, ni sociólogo, ni historiador, ni escritor, pero sí «filósofo» en la acepción que el término adquiere en el siglo XVIII, tal es el Sorel que se sentirá fascinado, desde su primera obra, por el papel de los mitos en la historia de las civilizaciones y que elaborará, al final de un largo proceso de fermentación intelectual y de compromiso político, una idea auténticamente genial: la teoría de los mitos heroicos y de la violencia creadora de moral y de virtud. Esta idea, injertada en la visión marxista de la historia, modifica el marxismo hasta convertirlo de golpe en una máquina de guerra neutra, susceptible de ser lanzada contra el orden burgués, no sólo por el proletariado, sino también por el conjunto de la sociedad.

Es preciso subrayar de nuevo que en ningún momento Sorel pretende construir un cuerpo ideológico homogéneo. Del mismo modo que tampoco intenta disimular lo que llama sus «variaciones» [6]. Su honestidad no le permite maquillar las diversas etapas de su andadura, o, como él mismo dice «la multiplicidad de opiniones que he ido sucesivamente adoptando» [7]. De hecho, no tenía ninguna razón para hacerlo: a pesar de las apariencias, su peripecia intelectual es coherente y, políticamente, de una lógica estricta.

En efecto, desde su *Proceso a Sócrates* a su famoso llamamiento

---

[6] G. Sorel, «Avant-Propos», en *Matériaux...*, ob. cit., p. 3.
[7] *Ibid.*, p. 5.

Pour Lénine [*A favor de Lenin*], Sorel apenas ha variado. Siempre le han inspirado un horror sagrado la sociedad burguesa, sus valores intelectuales, morales y políticos, el racionalismo cartesiano, el optimismo, el utilitarismo, el positivismo y el intelectualismo, la filosofía de los derechos naturales y la totalidad de los valores inherentes a la civilización de la Ilustración, comúnmente asociados, al acabar el siglo XIX y empezar el siglo XX, con la democracia liberal. Sócrates, Descartes y Voltaire, Rousseau y Comte, «los grandes antepasados» y sus herederos, encabezados por Jaurès, representan la pendiente intelectual que inexorablemente lleva a la decadencia. Para Sorel la historia es, en última instancia, mucho más una crónica de un interminable combate contra la decadencia que un relato de las luchas de clase.

Contra las fuerzas de la decadencia se erigen siempre las energías de la resistencia: Anytus, al hablar en nombre de la Ciudad heroica, se enfrenta a Sócrates y a los sofistas, esos intelectuales de la democracia ateniense, primeros corruptores de los valores de la guerra. En los siglos XVII y XVIII, Pascal se opone a Descartes y a Voltaire, pero el sentimiento religioso no consigue poner coto al materialismo ascendente ni a la caída subsiguiente. Afortunadamente, Nietzsche, Bergson y William James anuncian la existencia de un afán renovador capaz, acaso, de enderezar las ruinas acumuladas por Rousseau y Diderot, Condorcet y Auguste Comte.

Maurras y Lenin cumplen una misma función: ambos le proporcionan, cada uno a su manera y en momentos distintos, armas para luchar contra la democracia burguesa. En una determina coyuntura, se ensalza a Maurras porque «la Acción Francesa intenta persuadir a la juventud ilustrada de que la idea democrática pierde terreno; si consiguiera [Maurras] alcanzar su objetivo, se situaría en el lugar que ocupan los hombres merecedores de llamarse *maestros del momento*» [8]. Unos años más tarde es Lenin quien se encuentra en las avanzadillas de la batalla contra esas vilipendiadas «democracias plutocráticas»: se convierte, entonces, en «el más eminente teórico que jamás tuvo el socialismo después de Marx» [9].

Desde un punto de vista puramente analítico, no resulta difícil destacar unas líneas maestras de pensamiento en la obra de Sorel.

---

[8] G. Sorel, «Avant-Propos», en *Matériaux...*, ob. cit., p. 17. (En cursiva en el texto.)

[9] G. Sorel, *Réflexions sur la violence*, París, Marcel Rivière, 1950 (11.ª ed.), pp. 453-454.

Hay que tener en cuenta que la masa de sus escritos, impresionante si sólo se atiende al número de páginas impresas, representa, de hecho, un volumen más modesto. La lista de sus obras abarca una veintena de libros y de folletos, varias decenas de artículos de revista, centenares de reseñas de lecturas; en realidad, la mayoría de esos libros se han reconstituido a partir de artículos ya publicados, o son otras tantas colecciones de artículos. Toda su obra se halla esmaltada de innumerables reiteraciones y repeticiones. Los mismos temas reaparecen hasta la saciedad, palabra por palabra, de un libro a otro.

La incontestable originalidad del pensamiento de Sorel reside en el hecho de haber sido una especie de lago lleno de vida que sirvió de receptáculo y luego de difusor, de las ambigüedades y dificultades de un período de gestación, durante el que se elaboraron las nuevas síntesis que el siglo XX iba a proponer. El fascismo, por ejemplo, no es más fácil de catalogar que el propio pensamiento soreliano. La obra de Sorel atrae y desorienta, cautivará a una buena parte de una generación de europeos dado su carácter inopinado, no conformista y contestatario. Lo mismo sucederá con el fascismo, al que tantas personas encontrarán un lado dinámico y heroico, en las antípodas de la decadencia burguesa.

En el punto de partida de esa larga marcha, está el marxismo. En efecto, en 1893, Sorel, ingeniero retirado, autodidacta que ha leído y meditado mucho, y que ya ha publicado dos grandes volúmenes y algunos artículos, afirma, en la conocida carta al director de la *Revue philosophique*, haber descubierto en «el socialismo moderno [...] una auténtica ciencia económica» [10]. Como buen discípulo de Marx, reivindica para el socialismo la aplicación de «sus teoremas», puesto que *«lo que es racional está demostrado que será real»*. Exige, además, «que la fuerza pública actúe de conformidad con las reglas de un estado racional», de acuerdo con una idea muy enraizada en Francia que exige «introducir en la legislación [...] los principios racionales de toda sociedad». Por otro lado, aunque Sorel deplore que el socialismo esté «*explotado* por los jacobinos», reconoce que «los jacobinos son los únicos que ayudan a mantenerlo; ¿se habrían obtenido sin ellos determinadas concesiones legislativas?». Fiel a esa línea que preconiza un ejercicio constante de la presión política, afirma sin la menor vacilación que «todo cambio debe hacerse por la fuerza; es

[10] G. Sorel, «Science et Socialisme», *Revue philosophique de la France et de l'Étranger*, año 18, núm. 5, mayo 1893, p. 511.

cierto que ésta no puede emplearse de una manera tan brutal como en los tiempos de la Revolución [...]» [11]. De modo que las páginas de la *Revue philosophique* nos presentan un nuevo adepto, dispuesto a avanzar por los cauces tradicionales.

Esa primera impresión se confirma al año siguiente con una nueva toma de posición: en la revista marxista *L'Ère nouvelle,* Sorel declara considerar «la teoría de Marx como la mayor innovación introducida en la filosofía desde hace siglos, como la que marca el punto de partida de una transformación fecunda en el curso de nuestras especulaciones. Todas nuestras ideas deben congregarse en torno a los principios nuevos planteados por el socialismo científico» [12]. En esta época vuelve a publicar en *L'Ère nouvelle* otros dos largos ensayos donde no vacila en hablar del «amasijo idealista», cuya omisión se reprocha a los marxistas [13]. Gracias a Marx, Sorel encuentra no sólo el medio para «discernir la verdadera ciencia de la falsa», sino también una «ciencia exacta, absoluta, de las relaciones económicas» [14]. «La transformación operada por K. Marx puso [...] la filosofía con los pies en el suelo; durante muchos años se le obligó a andar con la cabeza en el suelo» [15]. De este modo se puede finalmente «indagar las relaciones de la ciencia y del contexto económico y despejar definitivamente el principio social, desatendido a lo largo del tiempo, gracias al cual es posible establecer un conocimiento racional del hombre» [16]. Al final de su recorrido ideológico, en 1910, tras haber consumado la más profunda y radical revisión del marxismo del siglo en ciernes, Sorel escribirá para uso de sus discípulos italianos, empeñados ya en la síntesis ideológica que había de conducirles al fascismo, que entonces él «rebosaba de prejuicios racionalistas» [17].

En efecto, esos primeros textos escritos tras el descubrimiento de Marx son, a tenor de la definición de Édouard Berth, los de un «Sorel

---

[11] *Idem,* p. 510. (Subrayado en el texto.)

[12] Esos artículos han sido reunidos en un volumen por Édouard Berth; véase G. Sorel, *D'Aristote à Marx (L'Ancienne et la Nouvelle Métaphisique),* París, Marcel Rivière, 1935, p. 94.

[13] G. Sorel, *La Ruine du Monde antique. Conception matérialiste de l'Histoire,* París, Marcel Rivière, 1933 (3.ª ed.). Con un «Avant-Propos» de Édouard Berth (1.ª ed. en 1901), p. 159.

[14] G. Sorel, *D'Aristote à Marx,* ob. cit., p. 96.

[15] *Idem,* p. 260.

[16] *Ibid.,* p. 96.

[17] P. Andreu, «La Préparation morale à l'absolu marxiste», en *Georges Sorel en son temps,* ob. cit., p. 168.

marxista ortodoxo» [18]. Ahora bien, a medida que profundiza en la doctrina, su marxismo cambia. Cuatro años más tarde, Sorel escribirá el prefacio a la traducción francesa del libro de Antonio Labriola, *Ensayos sobre la concepción materialista de la historia.* Labriola descubrió a Sorel a través de la revista *Le devenir social;* el 25 de abril de 1895 le escribe una carta famosa en la que Benedetto Croce verá un día el nacimiento del marxismo teórico en Italia [19]. Sorel, a su vez, introdujo a Antonio Labriola en Francia. El marxismo del profesor italiano poseía fuertes resonancias hegelianas [20], algo que entonces resultaba especialmente agradable a los franceses. Sucede que éste busca y encuentra en el marxismo mucho más de lo que puede ofrecerle la ortodoxia, en el sentido estricto y muy limitado que adquiere el término cuando se aplica a ciertos aspectos de la interpretación del marxismo hecha por Kautsky o por Paul Lafargue en Francia. Sorel se siente entonces cerca de un Antonio Labriola que practica un marxismo infinitamente más sofisticado que el que ejerce su variante guesdista, «vulgar» y «positivista», que en aquel momento explica la historia exclusivamente por los factores económicos.

La introducción de Sorel a la obra de Antonio Labriola es una vibrante apología del materialismo histórico, del marxismo en general, y una defensa de Marx contra sus detractores, cuyos representantes más vehementes, en la época, son los socialistas llamados «franceses». Su adalid del momento es el director de *La revue socialiste,* Rouanet, cuyo ensayo, publicado en 1887 bajo el título de *Le materialisme economique de Marx et le socialisme français* [*El materialismo económico de Marx y el socialismo francés*], Sorel se propone refutar. Se emplea a fondo para «demostrar aquí cuán fútiles y erróneas son las *grandes objeciones* que se hacen a la doctrina marxista» [21]. El futuro autor de las *Reflexiones sobre la violencia* se considera entonces depositario de la pureza marxista hasta el punto de oponerse al esfuerzo de síntesis, intentado por Jaurès, del materialismo marxista y de una determinada

---

[18] E. Berth, «Avertissement», en G. Sorel, *D'Aristote à Marx,* ob. cit., p. 3. Véase también, p. 1.

[19] P. Piccone, *Italian Marxism,* Berkeley, University of California Press, 1983, p. 80.

[20] W. L. Adamson, *Hegemony and Revolution. Antonio Gramsci's Political and Cultural Theory,* Berkeley, University of California Press, 1980, p. 24.

[21] «Prefacio» a *Essais sur la conception matérialiste de l'Histoire* por Antonio Labriola, París, V. Giard y E. Brière, 1897, p. 3. (En cursiva en el texto.)

forma de idealismo [22]. Pero, al propio tiempo, Sorel insiste en que se siente absolutamente ajeno al materialismo vulgar, al determinismo simplista, a ese famoso «fatalismo» del que se suele acusar a Marx [23]. Sorel insiste en la importancia capital otorgada por el «gran filósofo socialista», tanto a la «mentalidad humana» como a la moral «¿No es, acaso, en la visión de Marx, el desarrollo de la *conciencia de clase* el nudo de la cuestión social?»[24]. Por otro lado, «bajar la moral a la tierra, liberarla de toda fantasía, no significa negarla; significa, por el contrario, tratarla con el respeto debido a los productos de la razón» [25]. Eso explica que «las consideraciones morales abunden en *El capital*» [26].

Que Sorel acuda al marxismo con tanto ímpetu, que se adhiera a sus postulados con tanto brío, se explica precisamente porque en él discierne un contenido moral que le interesa enormemente. Sin duda el socialismo considera que «las *preformaciones económicas* son una condición de todo cambio» [27]: ésa es su fuerza y su novedad, y en eso precisamente se diferencia del utopismo de Fourier o de Cabet [28], pero, «esa no es una razón», dice Sorel, «para declararlo amoral» [29]. Posteriormente, insiste en «el carácter ético de la lucha de clases», en el hecho de «que la unión de las inteligencias y de los corazones» es, en la visión de Marx, «el carácter del desarrollo pleno de una clase» [30].

En los últimos años del siglo, Sorel, impulsado por su interés por la dimensión ética del marxismo, se acerca a la corriente revisionista liberal de corte bernsteiniano. Se siente satisfecho del retorno a Kant que se constata en Alemania [31]: en el seno del más numeroso e importante partido socialista, el que siempre ha marcado la pauta en el socialismo internacional, se está tomando conciencia del hecho de que

---

[22] *Idem*, pp. 17-19.

[23] *Ibid.*, pp. 6-8.

[24] *Ibid.*, pp. 9-10. (En cursiva en el texto.)

[25] *Ibid.*, p. 16.

[26] *Ibid.*

[27] G. Sorel, «Superstition socialiste», *Le Devenir social*, año I, núm. 8, noviembre de 1895, p. 757. (En cursiva en el texto.)

[28] G. Sorel, *Introduction à l'économie moderne*, París, Marcel Rivière, 1922 (2.ª ed.), p. 392.

[29] G. Sorel, «Superstition socialiste», loc. cit., p. 757. (En cursiva en el texto.)

[30] G. Sorel, «L'étique du socialisme», *Revue de métaphysique et morale*, t. VIII, marzo de 1899, pp. 286 y 288. Véase también pp. 291 ss.

[31] *Idem*, p. 292.

existe «una grave laguna en la ética socialista» actual, que consiste en creer que «el medio actúa de una forma automática» [32]. Sorel alza su voz contra la vulgarización marxista que prevalece especialmente entre los marxistas franceses, y contra sus tendencias blanquistas [33]. No acepta la idea según la cual el ser social actúa exclusivamente en función de las necesidades de la producción, tal como lo enuncia, por ejemplo, Paul Lafargue: «El historiador filósofo debe buscar las causas originarias de las evoluciones y de las revoluciones únicamente —y exclusivamente— en el medio económico» [34]. Para Sorel, por el contrario, esa absoluta dependencia de la propiedad de los medios de producción dista mucho de ser evidente. No cree que «la religión y la moral dependan hasta este punto del modo de producción capitalista y de las correspondientes condiciones de apropiación» [35].

El hecho de que Sorel se muestre muy optimista por lo que respecta a la evolución del socialismo, se debe a que parece ver muy claro que «casi todos los marxistas deploran vivamente la exageración con la que durante años se exaltaron las bellezas del materialismo» [36]. Finalmente, resume su argumentación recordando que «en su origen, el socialismo aparece como una *doctrina filosófica*» [37]. En este punto, Sorel es categórico: «*El socialismo es una cuestión moral* en el sentido que aporta al mundo una nueva manera de juzgar todos los actos humanos, o según reza una célebre expresión de Nietzsche, una nueva evaluación de todos los valores [...]» [38].

La ardorosa intervención de Sorel en la batalla del caso Dreyfus se explica precisamente por el peso que otorga a las consideraciones morales en la vida social. Al tomar partido por el campo *dreyfusard*,

---

[32] *Ibid.*, p. 294.

[33] G. Sorel, «La Crise du Socialisme», *Revue politique et parlamentaire*, t. XVIII, 1898, pp. 598-600.

[34] P. Lafargue, «Idéalisme et matérialisme dans l'histoire», *L'Ère nouvelle*, 1 de julio de 1893. Véase también C. Willard, *Le Mouvement socialiste en France (1893-1905): les guesdistes*, París, Éditions Sociales, 1965, p. 160.

[35] G. Sorel, «Idées socialistes et faits économiques au XIXe siècle», *La Revue socialiste*, t. XXXV, enero-junio 1902, p. 399.

[36] G. Sorel, «L'étique du socialisme», *Revue de métaphysique et de morale*, t. VII, marzo de 1899, p. 292.

[37] G. Sorel, «Préface pour Colajanni», en *Matériaux...*, ob. cit., p. 178. Este prefacio se escribió en 1899 para la obra del diputado italiano Napoleone Colajanni, *Le Socialisme*, publicado en París en 1900. (En cursiva en el texto.)

[38] G. Sorel, «Bases de Critique sociale», en *Matériaux...*, ob. cit., p. 170. Sorel hace mención del «Prefacio» que escribió para el libro de F. Saverio Merlino, *Formes et essence du socialisme*. (En cursiva en el texto.)

Sorel está persuadido de que sigue fielmente las enseñanzas de Marx. «La Internacional recomienda —dice—, protestar y reivindicar los derechos de la Justicia y de la Moral» [39]. Por eso, cuando «los esfuerzos del proletariado resultaron vanos», Sorel «apoya a la fracción de la burguesía que defiende las instituciones democráticas» [40]. Sorel es consciente del hecho de que «la lucha adquiere aquí un carácter paradójico y parece contradecir el principio mismo de la lucha de clases» [41], pero considera entonces «que una coalición temporal, establecida con un objetivo bien determinado y ajeno a la economía, entre gente de grupos que los teóricos del marxismo califican de fatalmente enemigos, no perjudica fatalmente a la autonomía del pensamiento socialista» [42]. No se trata en este caso únicamente de un análisis teórico sino de un verdadero reflejo popular. Porque «desde que el espíritu socialista ha forzado al pueblo, no vacila, no escucha a los teóricos, camina al lado de los burgueses sin titubear»[43]. Sorel subraya que en el caso Dreyfus los elementos auténticamente proletarios han sido los que han dado pruebas de mayor fervor. Los alemanistas han sido los primeros en pasar a la primera línea por «la defensa de la Verdad, de la Justicia y de la Moral: ello demuestra que en los grupos proletarios la idea ética no ha perdido ni un ápice de su importancia» [44]. De modo que no es de extrañar que las conclusiones políticas de este análisis induzcan a Sorel a declarar: «El socialismo en Francia se va paulatinamente convirtiendo en *un movimiento obrero dentro de una democracia*» [45]. Ésta es la posición más extrema que jamás adoptó, y no resistirá ni a las recaídas del caso, ni a las realidades de los conflictos sociales de los albores del siglo.

En esta época, Sorel empieza a forjar un argumento que irá desarrollando en lo sucesivo, sólo que de manera selectiva. Se dedica a disociar a Marx de Engels y defiende al autor de *El capital*, no sólo contra los marxistas que no tienen en cuenta la evolución operada en su mente después de la redacción del *Manifiesto comunista* [46], sino

---

[39] G. Sorel, «L'étique du socialisme», loc. cit., p. 294.

[40] *Idem*, p. 293 (véase p. 300).

[41] *Ibid.*

[42] G. Sorel, «Mes Raisons du syndicalisme», en *Matériaux...*, ob. cit., pp. 177-178.

[43] G. Sorel, «L'étique du socialisme», loc. cit., p. 293.

[44] *Idem*, p. 301. Véase también «Préface pour Colajanni», en *Matériaux...*, ob. cit., pp. 177-178.

[45] G. Sorel, «Préface pour Colajanni», *ibid.*, p. 179. (En cursiva en el texto.)

[46] *Idem*, p. 177. Sorel se apoya en Bernstein.

también contra Engels, lo que demuestra un conocimiento relativamente profundo del marxismo en relación al medio socialista francés, cuya pobreza doctrinal era por aquellas fechas desoladora [47].

Ello no obstante, lo esencial de la contribución soreliana al marxismo no reside en este planteamiento, por lo demás bastante corriente en el ambiente internacional de la década de 1890, sino en una revisión y una corrección del sistema destinadas a perfeccionarlo y completarlo. En efecto, para Sorel el sistema elaborado por Marx es inacabado. Marx, dice, «nada temió más, al parecer, que dejar un sistema filosófico excesivamente rígido y excesivamente cerrado [...], nunca intentó terminar una teoría», incluida la de valor y la del plusvalor. Por eso Sorel invita a los discípulos de Marx a emprender una «labor de acabado» [48]. Ese proceso dura unos diez años, y sus resultados forman el núcleo de la obra soreliana. El autor de las *Reflexiones sobre la violencia* será el primero de esos discípulos consagrados a la tarea de llenar las lagunas y de reforzar las partes vulnerables con el objeto de «completar la obra de su maestro» [49]. Ni qué decir que ese esfuerzo de perfeccionamiento se hará «mediante procedimientos marxistas» [50]. Ante todo, la cuestión consiste en saber «cuál es la base metafísica de esta doctrina»; acto seguido debe tenerse en cuenta el hecho de que Marx «estableció una gran cantidad de principios psicológicos cuyo enunciado normalmente no se ofreció bajo una forma científica» [51].

El verdadero punto de partida del revisionismo soreliano, piedra de toque del conjunto del revisionismo revolucionario, es la crítica de la economía marxiana. Sorel, como buen marxista, hace notables esfuerzos para llegar al fondo de las concepciones económicas del maestro. En 1897 se aferra al estudio de «la teoría marxista del va-

---

[47] G. Sorel, «Y a-t-il de l'utopie dans le marxisme?», *Revue de métaphysique et de morale,* t. VII, mayo de 1899, pp. 167 y 174-175. Véase «Carta de Engels a Lafargue de 11 de agosto de 1884», en F. Engels, P. y L. Lafargue, *Correspondence,* París, Éditions Sociales, 1956, t. I, p. 235. Hablando del marxismo en Francia, Marx llega a decir: «Lo cierto es que yo no soy marxista». Esa broma de Marx a la que se refiere Engels en una carta a Bernstein de 2-3 de noviembre de 1882, se publica en *Le Mouvement socialiste,* núm. 45, 1 de noviembre de 1900, p. 253.

[48] G. Sorel, «Prefacio» a *Essais sur la conception matérialiste de l'Histoire* por Antonio Labriola, ob. cit., pp. 14-15.

[49] *Idem,* p. 14.

[50] G. Sorel, «Mes Raisons du syndicalisme», en *Matériaux...,* ob. cit., p. 253.

[51] G. Sorel, «Prefacio» a *Essais sur la conception matérialiste de l'Histoire* por Antonio Labriola, ob. cit., pp. 13-14.

lor» [52]; inmediatamente descubre en ella «una laguna» importante: es un error considerar esta teoría como una categoría universalmente válida. Coincide con Pareto en la idea de que no se pueden tratar «los problemas económicos, tal como nos los ofrece la experiencia, bajo una forma rigurosamente científica» [53]. Tres años más tarde, en pleno *Bernstein debatte*, cuyas grandes líneas resume para el público francés, el futuro autor de *La descomposición del marxismo* cuestiona claramente el pilar fundamental de la economía marxista: «La teoría marxista del valor, dice, carece ya de utilidad científica y [...] engendra muchos malentendidos» [54].

Es preciso seguir insistiendo en otro elemento de explicación al que no parece que se le ha prestado la atención que merece. Cuando Sorel rechaza de hecho la teoría del valor y la del plusvalor, renuncia, a su vez, a la idea de la socialización de la propiedad. En un artículo de *La revue socialiste* publicado en marzo de 1901, después de haber elogiado el cooperativismo rural, llega a la conclusión de que «la socialización no podría propagarse entre los campesinos a menos que se le dé un aspecto nuevo [...] De modo que es absolutamente necesario revisar las doctrinas» [55].

Para empezar, Sorel no se anda con rodeos. «Durante mucho tiempo —escribe— las escuelas socialistas no han tomado en consideración las grandes diferencias que existen entre la *socialización de la producción* y la *socialización del intercambio*» [56]. Es por esto por lo que «esta revisión debería descansar [...] en primer lugar en esta fórmula clásica: *socialización de la producción y del intercambio*» [57]. Siendo el buen marxista que se considera, Sorel no puede permitirse negar sin más la validez de uno de los pilares del marxismo. No dice pura y simplemente que la realidad económica y social, la evolución del capitalismo o, más aún, la existencia de una enorme masa de campesinos absolutamente refractarios al socialismo marxista, inviten a

---

[52] Ése es el título del artículo publicado por Sorel en *Journal des Économistes. Revue mensuelle de la science économique et de la statistique*, 5.ª serie, t. XXX, abril-junio de 1897, pp. 222-231.

[53] *Idem*, p. 225.

[54] G. Sorel, «Les polémiques pour l'interpretation du marxisme: Bernstein et Kautsky», en G. Sorel, *La Décomposition du marxisme*, antología preparada y presentada por Thierry Paquot, París, PUF, 1982, p. 149. Véase también pp. 145-148.

[55] G. Sorel, «Économie et Agriculture», *La Revue socialiste*, marzo-abril 1901, p. 440.

[56] *Idem*. (En cursiva en el texto.)

[57] *Ibid.*, p. 411. (En cursiva en el texto.)

abandonar la idea de la socialización. Por el contrario, Sorel actúa, como es habitual en la familia marxista y en virtud del objetivo que se ha fijado, con el propósito de completar y de corregir el sistema. Por eso pretende ante todo disociar a Marx de Engels, e invocar a Marx contra Engels, a fin de poder, en última instancia, disociar la idea de socialización del intercambio de la de socialización de la propiedad. Marx no pudo haber enunciado sin una razón de peso una verdad tan evidentemente trivial —«socialización de la producción y del intercambio»—, ya que la socialización de la propiedad implica la del intercambio; de modo que Marx debió haber tenido «la intención de decir algo distinto de lo que le hace decir Engels». Hay que admitir entonces que «se le había forzado a reconocer que había dos cuestiones distintas donde su amigo no veía más que una» [58]. Pero si Sorel rinde homenaje a la inteligencia del autor de *El capital,* también invoca la del personaje que le obsesiona. Se siente muy satisfecho de lo que considera una vuelta a Proudhon, una vuelta que le parece observar también en Bernstein: «Hay un nuevo espíritu en el socialismo [...] que corresponde a una duda sobre la necesidad de vincular de forma indisoluble la socialización de la producción y la del intercambio —y de realizar la revolución en bloque» [59].

En sus *Insegnamenti,* Sorel es todavía más explícito. Se desmarca formalmente de la posición adoptada por Jules Guesde en el Congreso Internacional que se celebra en París en septiembre de 1900. En él, Guesde lanza la fórmula, que se hará famosa, de que «la liberación del trabajo está subordinada a una cuestión de transformación de la propiedad capitalista en propiedad colectiva comunista o social» [60]. Sorel cree que «todo eso es muy oscuro» y que los socialistas, encabezados por Jaurès, se empeñan en embrollar aún más el conjunto de esos problemas [61]. Una vez más, Sorel remite a Proudhon y a la distinción entre la propiedad y el contexto económico [62]. Esta distinción aparece ya en la *Introducción a la economía moderna,* estudio al que

---

[58] *Ibid.;* véase G. Sorel, «Idées socialistes et faits économiques au XIXe siècle», loc. cit., p. 389, n. 2: «Sería extraordinariamente útil para la historia de las ideas socialistas poder siempre distinguir entre lo que son aportaciones de Marx y las que son de Engels».

[59] *Idem.*

[60] G. Sorel, *Insegnamenti sociali della economia contemporanea. Degenerazione capitalista et degenerazione socialista,* Milán, Remo Sandron, 1907, p. 17.

[61] *Idem,* p. 18.

[62] *Ibid.,* p. 20.

remite, cuya segunda parte se titula precisamente «Socialismo en el medio económico». Sorel no sólo se alinea con las posiciones proudhonianas clásicas («la negación de la propiedad está al alcance de cerebros escasamente sólidos»), sino que también se disocia del célebre prefacio de Engels escrito en 1895 para la *Lucha de clases en Francia, 1848-1850.* En ese prefacio, el compañero de Marx insistía en el hecho de que la apropiación de los medios de producción es en lo que el socialismo que llama «moderno» —queriendo decir «marxista»— se distingue de las otras variantes. La extensión de esta fórmula a los medios de intercambio, representa para Engels un corolario de la proposición fundamental. Sorel muestra su más absoluto desacuerdo con la conclusión de Engels [63]. En realidad, se opone a uno de los postulados fundamentales del marxismo y a una de sus mayores especificidades.

De modo que la primera etapa de la revisión del marxismo efectuada por Sorel se manifiesta con total naturalidad en la revisión de la economía marxista. En el momento de publicar su libro sobre la economía, parece como si quisiera disipar cualquier equívoco: «*En la sociedad burguesa reformar consiste en afirmar la propiedad privada;* de forma que todo el libro presupone que la propiedad privada es un hecho indiscutible [...]» [64]. Más adelante, reafirma su adhesión a las concepciones económicas de Proudhon y, como en el caso de Marx, su propósito consiste en culminar la obra del autor de *Filofosía de la miseria:*

Uno de los principales títulos de gloria de Proudhon será el haber determinado, mejor de lo que se había hecho hasta el momento, el dominio de la propiedad, así como el dominio económico; no creo, sin embargo, que haya agotado la cuestión; yo sigo con ella y demuestro que la socialización del medio puede dar origen a una gran cantidad de reformas que no vulneran la propiedad [65].

---

[63] G. Sorel, *Introduction à l'économie moderne,* ob. cit., pp. 138-141.

[64] *Idem,* p. 11. (En cursiva en el texto.)

[65] *Ibid.,* pp. 11-12. Una reseña elogiosa de esta obra de Sorel, publicada por *Le Mouvement socialiste,* núms. 162-163, del 1 y del 15 de septiembre de 1905, aborda la cuestión del modo siguiente: «El autor no pretende reconstruir el mundo, tampoco pretende satisfacer los deseos de todos cuantos ven en el socialismo ante todo un modo de distribución más equitativo de la riqueza pública: esa preocupación es buena para los *idealistas.* Acepta el mundo social tal como se presenta, con la *propiedad privada como base,* y busca simplemente desarrollar o poder desarrollar, a través de la acción

Esta concepción de la propiedad privada se ajusta a la perfección al análisis del capitalismo que Sorel hace en un largo estudio publicado en 1902 en *La revue socialiste*, en el que se propone distinguir netamente dentro de la evolución económica y social lo que está determinado y prescrito de lo que no lo está:

En Marx hay dos leyes históricas de desarrollo radicalmente distintas: al proletariado *puede* alentarle un movimiento libre, tan libre que puede orientar sus pasos hacia la ruina absoluta del edificio social; el capitalismo está sometido a un movimiento de una fatalidad absoluta [66].

La noción de «fatalidad capitalista» es uno de los sitios sobre los que descansa el pensamiento soreliano, y, a su vez, posee un sentido muy definido. En efecto, nada puede sustituir al capitalismo en su función modernizadora, ninguna fuerza histórica puede edificar el porvenir y fundar una nueva sociedad que ocupe el lugar del capitalismo. El capitalismo es el que engendra el progreso económico y, en consecuencia, puede sentar las bases de la sociedad futura [67]. Según Sorel,

la *fatalidad* capitalista [...] reúne las mismas características de un fenómeno físico. *La combinación de muchos azares produce la fatalidad del movimiento:* si se examina un hecho aislado, no cabe la posibilidad de atribuirle una causa, de modo que es realmente un fenómeno casual; pero el conjunto está tan perfectamente determinado que si alguien pretendiera oponerse al movimiento sería inevitablemente destrozado [68].

Pero ¿qué otorga a «ese movimiento [...] el carácter de necesidad de los movimientos naturales»? La respuesta de Sorel es de una importancia capital: se trata «de la acción de la libre competencia, ele-

---

combinada de los partidos socialistas y democráticos, instituciones de socialización parcial que eliminarán de la producción los obstáculos que la estorban y le impiden mejorar la vida popular, como consecuencia de la intervención del Estado o de propietarios particulares sobre los mecanismos de esta producción, pero dejando intacta a la propia producción, de modo que se limita a los problemas más simples y, a la vez, más fáciles de resolver, que se plantean en la economía moderna» (pp. 110-111; en cursiva en el texto).

[66] G. Sorel, «Idées socialistes et faits économiques au XIXe siècle», *La Revue socialiste*, loc. cit., p. 519. (En cursiva en el texto.)

[67] *Idem*, p. 531.

[68] *Ibid.*, pp. 520-521. (En cursiva en el texto.)

vada a su máxima potencia» [69]. O sea que el porvenir depende del libre juego de los engranajes de la economía de mercado. Sorel afirma que el Estado es impotente frente a la fuerza del «movimiento económico»: en esta ocasión remite a los argumentos que Engels desarrolla en su polémica contra Dühring, y rinde homenaje a cuanto había de positivo en el pensamiento de Lassalle, quien supo describir «esa rigidez de la sociedad capitalista, ese sistema de *coyunturas* que conduce a establecer entre todas las cosas una cadena de bronce» [70]. Sorel advierte, no obstante, que la concepción de Engels en la materia le aproxima a los «economistas más clásicos» [71]. Más adelante, resume sus pensamientos como sigue:

> Cuanto más se examina a fondo las condiciones de hecho sobre las que descansa la economía marxista, más se advierte que ésta se parece a la economía manchesteriana. Ya hemos visto que los tres grandes principios de la economía clásica presuponen una completa independencia jurídica entre patronos y obreros, la fatalidad del movimiento capitalista y la indiferencia o impotencia del Estado [...] [72].

Existe, sin embargo, una diferencia, pero «se refiere exclusivamente a la distinción que hace el marxismo entre la fatalidad de los movimientos del capitalismo propiamente dicho y la libertad del movimiento obrero» [73]. Esta libertad, dice Sorel citando a Marx, consiste en la «participación consciente» de los trabajadores «en la evolución histórica». Esta «participación consciente es muy cómoda donde, gracias a un capitalismo fuertemente desarrollado, hay una separación absoluta entre la *cabeza* y los *brazos* de la industria, de tal modo que los obreros pueden moverse libremente sin que nunca se les obligue a sentir una solidaridad entre su clase y la clase capitalista» [74].

De ahí la conclusión «que atañe a los propios principios de la doctrina» [75]: la emancipación obrera se nutre del libre juego de las fuerzas económicas. Las condiciones del surgimiento y del desarrollo de la conciencia de clase en el proletariado las crea la economía de

---

[69] *Ibid.*, p. 520.
[70] *Ibid.*, p. 521.
[71] *Ibid.*
[72] *Ibid.*, pp. 522-523.
[73] *Ibid.*, p. 523.
[74] *Ibid.*, p. 540. (En cursiva en el texto.)
[75] *Ibid.*, p. 529.

mercado. Únicamente el liberalismo económico permite accionar el mecanismo de la lucha de clases; todo lo que favorece la organización del proletariado, su unidad y su disciplina, todo lo que la convierte en fuerza de combate es positivo, todo lo que la debilita juega en contra del socialismo. Una política orientada a poner trabas a la acción de las fuerzas económicas es nefasta: el proteccionismo económico, la cooperación, la participación en la dirección de las empresas y las diversas formas de participación en el funcionamiento del Estado falsean este mecanismo esencial del socialismo [76].

Los sorelianos y los «liberistas» coinciden perfectamente en los principios del liberalismo económico más salvaje. De modo que no es ninguna casualidad que los *Insegnamenti* aparezcan con un prefacio cuyo autor, Vittorio Racca, que se define como «liberista impenitente», declara firmar «con mano gozosa el espléndido volumen de Sorel» [77]. Ambos rechazan toda legislación social, toda medida proteccionista, todo lo que pueda bloquear las energías, neutralizar la voluntad de poder o falsear la libre competencia, esa lucha sin cuartel por afirmar la existencia y alcanzar la victoria. Todos esos elementos de darwinismo social y de nietzscheísmo primitivo, comunes a los liberales más extremistas y a los revisionistas revolucionarios, indudablemente excluyen cualquier compromiso, tanto con la democracia política, como con la democracia social. Ese liberalismo, forma simplificada y adaptada del darwinismo social, se considera que debe expresar las leyes de la vida y representar una necesidad absoluta de progreso. Se opone con la más exaltada violencia a la teoría de los derechos naturales y a la del utilitarismo inglés. Es, por definición, la negación de la democracia.

El liberalismo, por el contrario, se adapta perfectamente bien al marxismo tal como lo definen Sorel y sus discípulos. Dado que el marxismo se reduce a la lucha de clases, tiene necesidad vital de una economía darwiniana, de forma que debe oponerse a todo cuanto tienda a desnaturalizar los antagonismos sociales naturales. Por esa razón el marxismo soreliano conduce necesariamente a una negación

---

[76] *Ibid.*, p. 541.

[77] G. Sorel, *Insegnamenti...*, ob. cit., pp. XIII-XIV. El término «liberismo» lo emplean en Italia todos los partidarios del liberalismo económico que se oponen con la máxima energía tanto al contenido político y filosófico del liberalismo como al *establishment* giolittiano. Esos hombres preconizan un liberalismo económico feroz pero detestan cualquier infraestructura intelectual que vaya unida a la teoría de los derechos naturales y a los principios del 89.

de la democracia liberal y del socialismo democrático. Evidentemente, según los sorelianos se puede seguir hablando del socialismo en el sentido de 1848, se puede volver al socialismo premarxista, pero no cabe la posibilidad de practicar, a la vez, el marxismo y la democracia, el mayor de todos los obstáculos a la polarización social y al desarrollo normal de los conflictos sociales. Sobre esas cuestiones, Sorel apenas ha variado. En la *Descomposición del marxismo*, texto importante que completa las *Reflexiones* y donde Sorel resume su pensamiento para los participantes en un coloquio internacional de los sindicalistas revolucionarios reunidos en París en abril de 1907, reincide en las mismas ideas que expuso en 1902: insiste, a la vez, en que el marxismo está cerca «de la economía política denominada manchesteriana [...], una economía que divide la sociedad en dos clases entre las que no se establece ningún nexo», y en «que la democracia puede actuar eficazmente para impedir el progreso del socialismo [...]» [78]. De modo que quien quiera mantenerse fiel al marxismo debe volver a lo esencial: la promoción de la lucha de clases.

Conviene dejar muy claro ese aspecto fundamental del pensamiento soreliano: la lucha revolucionaria depende de una economía de mercado, viene determinada por el liberalismo económico más absoluto. De hecho, el liberalismo económico es la condición *sine qua non* de la revolución que se avecina. Pero, al propio tiempo, Sorel preconiza la destrucción del liberalismo económico cuya desaparición se impone como una necesidad previa. Es así como esta revisión del marxismo propone una concepción nueva de la revolución que los sindicalistas ultramontanos desarrollarán por su cuenta y llegará a ser una componente capital del primer fascismo.

Sorel es consciente de la gran complejidad de los problemas que pretende explicar: «Sabemos que las cosas no suceden con la sencillez que Marx suponía en 1847», dice [79]. No se trata únicamente de que el capitalismo no se ha desarrollado con la rapidez que se supuso, se trata también «de que el movimiento obrero fue excesivamente simplificado por Marx». Aquí, Sorel aborda la gran cuestión que le preocupará a lo largo de toda la primera década del siglo: «Debemos ad-

---

[78] G. Sorel, *La décomposition du marxisme*, París, Marcel Rivière, 1908, pp. 44 y 61-62.

[79] G. Sorel, «Idées socialistes et faits économiques au XIXe siècle», *La Revue socialiste*, loc. cit., p. 401.

mitir que, hoy por hoy, todavía no sabemos todo lo que hay que hacer para elevar el proletariado a la capacidad requerida». Una cosa es cierta: «El socialismo es [...] la organización de la insurrección; y el sindicato de tendencias revolucionarias es lo más específicamente socialista que existe» [80]. En adelante Sorel se mantendrá fiel a esa concepción de la lucha contra la sociedad burguesa; cuando sea necesario rendirse a la evidencia y resignarse a abandonar a un proletariado progresivamente dominado por el tradeunionismo y la socialdemocracia, partirá en busca de otro vector revolucionario.

El gran debate intelectual que agita al socialismo europeo y al que Sorel busca desesperadamente una salida, está dominado por lo que él llama la «decadencia» [81] o «la descomposición del marxismo». Esta última fórmula da título al famoso folleto donde Sorel analiza lo que entonces es más común llamar la «crisis» del marxismo.

Este texto pertenece a un período en el que Sorel se encuentra en la fase culminante de su revisión del marxismo. Incluso si, en realidad, como ya se ha dicho, la percepción soreliana de la problemática ideológica a la que el marxismo debe hacer frente no ha evolucionado mucho desde 1900. En su opinión, la causa fundamental de esta crisis del marxismo se encuentra en el «inmovilismo en el que Kautsky pretende mantenerlo [...]» [82]. En este sentido, en el importante artículo publicado en 1900 donde analiza el significado del revisionismo bernsteiniano, Sorel ataca a Kautsky por dar una imagen del marxismo como si se tratara «de algo muy viejo» [83]. Tiene, en cambio, mucho respeto por el empeño intelectual de Bernstein y por el coraje de que hace gala al señalar las debilidades del marxismo: la teoría del valor, evidentemente, pero también la *«necesidad histórica»* y en definitiva la dialéctica [84]. Tras pasar revista a las concepciones de Benedetto Croce, Enrico Ferri, Antonio Labriola y Jaurès, llega a Kautsky: «Se nos promete *ciencia* y sólo se nos da palabras; no se nos dan nuevos medios para intervenir sobre el mundo» [85]. Ése es el principal reproche que le hace Sorel: el triunfo de Kautsky significaría «la

---

[80] *Idem.*

[81] *Ibid.*, p. 519. Véase también p. 541, donde Sorel pide que se tenga el valor de confesar «que el marxismo actualmente ha sido abandonado por la gran mayoría».

[82] G. Sorel, *La décomposition du marxisme*, ob. cit., pp. 8 y 11.

[83] G. Sorel, «Les polémiques pour l'interprétation du marxisme: Bernstein et Kaustky», en G. Sorel, *La décomposition du marxisme*, ob. cit., p. 182.

[84] *Idem*, pp. 154-163. (En cursiva en el texto.)

[85] *Ibid.*, p. 154. (En cursiva en el texto.)

ruina definitiva del marxismo» [86]. Por eso se pone resueltamente del lado de Bernstein. No cabe duda que el autor alemán no nos ofrece una nueva filosofía, pero «su objetivo no era tan ambicioso, sólo quería inducirnos a pensar por nuestra cuenta, sin perder de vista la médula del marxismo» [87]. Ése es precisamente el objetivo que Sorel propone a «la *nueva escuela* [...] marxista, sindicalista y revolucionaria» [88]. En el curso de la primera década del siglo, el equipo del *Mouvement socialiste* será el centro de ese esfuerzo de renovación; pero lo que iba a ser un renacimiento del marxismo, conducirá finalmente bien sea al *Cercle Proudhon,* bien sea al *Faisceau* de Valois y, más tarde, a la Carta de Trabajo de Vichy.

Ello no obstante, Sorel sólo toma de Bernstein el método revisionista, pero no el contenido. Adoptando la posición de Bernstein en contra de la de Kautsky y Liebknecht en 1900, Sorel quiere destacar el papel innovador del teórico socialdemócrata alemán, puesto que el revisionismo del teórico francés se encuentra en las antípodas de los planteamientos de Bernstein. Este revisionismo revolucionario, antirracionalista y mítico, se asienta en lo que Sorel considera el descubrimiento de un estrato del pensamiento marxiano cuya existencia nadie sospechó antes de que él lo advirtiera; en la existencia de un «marxismo de Marx» —esa aportación original al socialismo— debido al genio del autor de *El capital,* el cual difiere totalmente de los remedos cuyos orígenes se hallan en las «viejas tendencias socialistas» [89]. Si esta parte esencial del marxismo ha permanecido oculta durante años, es «porque todavía no había organizaciones obreras importantes que le correspondieran», y si Bernstein no se ha percatado de ello se debe a que sólo conoce bien Inglaterra y Alemania [90]. Ahora que se ha consolidado un nuevo movimiento obrero —se trata naturalmente del proletariado organizado de Francia—, conviene volver a mirar el marxismo con otros ojos. Dentro de esa perspectiva de renacimiento de la idea y de la acción revolucionaria en Francia, vinculada en su espíritu al nombre de Fernand Pelloutier, que ha impulsado con fuerza el principio de separación de las clases y mostrado la necesidad de renunciar a toda esperanza de renovación política, Sorel expone la ra-

[86] *Ibid.,* p. 183.
[87] *Ibid.,* pp. 182-183.
[88] G. Sorel, *Réflexions sur la violence,* ob. cit., p. 60.
[89] G. Sorel, *La décomposition du marxisme,* ob. cit., p. 12; véanse también pp. 28-32, p. 47.
[90] *Idem,* p. 12.

zón por la que «el marxismo no puede transformarse en la forma que pensaba Bernstein» [91]: no puede transformarse en una simple teoría política, ni en partido político, ni en máquina electoral disputando a otras organizaciones políticas la clientela obrera. Convirtiéndolo en el instrumento de la preparación del proletariado para la rebelión, la nueva escuela vivifica el marxismo; procediendo de un modo completamente diferente a como lo hacía Bernstein, logra desvelar la esencia misma del marxismo [92].

Veamos en qué consiste, según Sorel, la contribución de la nueva escuela en el renacimiento del marxismo:

> Rechazó paulatinamente las fórmulas que procedían ya sea del utopismo, ya sea del blanquismo; expurgó así el marxismo tradicional de todo cuanto no era específicamente marxista, y sólo se propuso conservar lo que, en su opinión, constituía el núcleo de la doctrina, lo que asegura la gloria de Marx [93].

Ahora bien, lo que realmente constituye «el valor de la obra», son «sus partes simbólicas, consideradas en el pasado de dudoso valor». Aquí se menciona a Bergson, que nos enseña «que el movimiento se expresa principalmente por medio de imágenes, que las fórmulas míticas son aquellas en las que se envuelve el pensamiento fundamental de un filósofo, y que la metafísica no debe servirse del mismo lenguaje que conviene a la ciencia» [94].

Este texto constituye una de las claves del enfoque soreliano: la lucha de clases y la catástrofe final —esos dos pilares de la interpretación del marxismo elaborada por el autor de *Reflexiones sobre la violencia*— se explican en términos de sentimientos, de mitos y de imágenes, se invita a los socialistas a que tengan en cuenta la historia de la Iglesia y a que de ella extraigan lecciones de esperanza y de consuelo. El papel de los sindicatos revolucionarios «que preservan el socialismo» se compara al de las órdenes religiosas en el rejuvenecimiento del viejo edificio católico [95].

Al propio tiempo, Sorel se da perfecta cuenta de que «la crisis actual del marxismo» no puede reducirse a las polémicas que han dividido a los teóricos —trátese del debate en torno del revisionismo

---

[91] *Ibid.*, p. 56.
[92] *Ibid.*, pp. 58-59.
[93] *Ibid.*, p. 59.
[94] *Ibid.*, p. 60.
[95] *Ibid.*, pp. 63-64.

bernsteiniano o del caso Dreyfus—, sino que debe referirse a «los cambios surgidos en la situación social» [96]. Esta conclusión refuerza en él la tendencia a contemplar el marxismo como un arma destinada a vencer las resistencias del mundo de la materia.

No cabe duda, tal como lo ha demostrado Maximilien Rubel, que Sorel a menudo sólo hizo una lectura aproximada y selectiva de los textos de Marx conocidos en su época, es probable que no conociera a fondo el Libro I de *El capital.* Además, sus conocimientos de alemán no le permitían poder trabajar los textos originales. Leszek Kolakowski, a su vez, insiste en que Sorel manipula a menudo a Marx de manera arbitraria, como en el caso de la definición que da del concepto de clase [97]. Efectivamente, cualquiera que se haya tomado la molestia de leer a Marx sabe que la siguiente definición de «clase» que da Sorel en sus *Materiales,* no coincide con las preocupaciones del autor de *El capital:*

> Una clase plenamente desarrollada es, según Marx, una colectividad de familias unidas por tradiciones, intereses, opiniones políticas, que han alcanzado un grado tal de solidaridad que permite atribuir al conjunto una personalidad, considerarlo como un ser capaz de razonar y capaz de actuar de acuerdo con sus razones [98].

Pero Sorel nunca consideró realmente necesario poseer un conocimiento a fondo de la filosofía y de la economía marxistas para comprender el interés que encerraba el marxismo como arma de combate. «La teoría de la plusvalía es inútil» para desencadenar «una guerra sin tregua» entre la burguesía y el proletariado, dijo en 1909 [99]. En *Saggi* puso en duda la posibilidad de transformar el socialismo en ciencia [100].

La razón de este planteamiento es evidente: en esos albores de siglo, Sorel se da cuenta de que no es la ciencia lo que mueve a las ma-

---

[96] G. Sorel, «Idées socialistes et faits économiques au XIXe siècle», loc. cit., pp. 519-520.

[97] M. Rubel, «Georges Sorel et l'achèvement de l'oeuvre de Karl Marx», *Cahiers Georges Sorel,* I, 1983, pp. 27 y 28; L. Kolakowski, «Georges Sorel: Jansenist Marxist», *Dissent,* 22, 1975, p. 78.

[98] G. Sorel, *Matériaux d'une théorie du proletariat,* ob. cit., p. 184.

[99] G. Sorel, «Prefacio» a la obra de Arturo Labriola, *Karl Marx, l'économiste, le socialiste,* París, Marcel Rivière, 1909, p. XXXVIII.

[100] G. Sorel, *Saggi di critica del marxismo,* citado en T. Paquot, *La Décomposition du marxisme,* ob. cit., p. 214.

sas. ¡Los hombres no se sacrifican en nombre de la plusvalía! De ahí que minimice el lado científico del marxismo. ¿Para qué sirve realmente este hercúleo esfuerzo desplegado por Rosa Luxemburgo, Rudolf Hilferding, Max Adler y, a un nivel diferente, pero siempre en una misma perspectiva, por Trotsky y Lenin? ¿Se hará la revolución si se logra convencer a los obreros de que el marxismo es una ciencia? ¿Se destruirá por ello el socialismo democrático y liberal, se conseguirá quitarle su clientela proletaria?

Para Sorel las respuestas son evidentes y forzadas a un tiempo. De forma que desencadena una vasta campaña contra la ilusión racionalista y científica. En la obra que acompaña a las *Reflexiones* bajo el título de *Las Ilusiones del progreso,* Sorel no sólo afirma «que hay charlatanismo y puerilidad a la vez cuando se habla de un *determinismo histórico»* [101], sino también que la historia ofrece «una complejidad inextricable» que «el método marxista (cuando se comprende bien)» tiene la gran ventaja de preservar. Al contrario de la superficialidad cartesiana, el marxismo permite «respetar ese misterio fundamental que una ciencia frívola pretende descartar» [102]. Igual que la economía [103], la historia pertenece al dominio del misterio. De forma que el objetivo del socialismo no consiste en intentar penetrar este misterio, sino cambiar el mundo a través del extraordinario dinamismo que es el ámbito de competencia del marxismo. «La experiencia de la teoría marxista del valor —dice Sorel— nos muestra hasta qué punto la oscuridad puede ser importante para dinamizar una doctrina [...]» [104]. Rousseau y Hegel, que prefirieron la sombra a la luz, cada uno por su lado y a su manera, son un testimonio de ello [105].

Por ello, según Sorel, la esencia del marxismo reside en el contenido simbólico y apocalíptico del sistema. La idea de la huelga general traduce en términos concretos el apocalipsis marxista, de forma que la única auténtica función histórica del marxismo es la de servir de máquina de guerra. En «Mis razones del sindicalismo», estudio en el que abandona definitivamente sus veleidades de renacimiento sin-

---

[101] G. Sorel, *Les Illusions du Progrès,* París, Marcel Rivière, 1947, p. 9. Esta obra primero se publicó bajo la forma de artículos en *Le Mouvement socialiste* de agosto a septiembre de 1906.

[102] *Idem,* p. 2.

[103] G. Sorel, «Idées socialistes et faits économiques au XIXe siècle», loc. cit., p. 389.

[104] G. Sorel, *Les Illusions de Progrès,* ob. cit., pp. 94-95.

[105] *Idem,* p. 104 y «Prólogo», en *Matériaux...,* ob. cit., p. 21.

dicalista, precisa que para devolver al marxismo su juventud, es necesario, ante todo, liberar al proletariado de los «socialismos oratorios, filantrópicos, demagógicos que Jaurès se propone reavivar»; hay que «someter el marxismo a una revisión que asegure la conservación de cuanto de fecundo introdujo en el estudio de las sociedades, en el arte de comprender las transformaciones de la historia, en la concepción de la misión revolucionaria del proletariado» [106]. En las últimas páginas de este ensayo, que en cierto modo constituye su testamento ideológico, publicado en Italia en la primavera de 1910 por sus discípulos que acababan de realizar la fusión del sindicalismo revolucionario con el movimiento nacionalista, Sorel expone con toda claridad sus planteamientos. Mientras que el revisionismo bernsteiniano se proponía adecuar a la práctica de los partidos socialistas convertidos en engranajes de la democracia liberal, Sorel pretende, en cambio, realizar «la auténtica revisión del marxismo», la que consiste en crear una teoría de la acción revolucionaria, de «acción directa», «una doctrina del movimiento obrero adaptada con suma precisión a esta forma de la lucha obrera» preconizada por el sindicalismo revolucionario [107].

Sorel da una definición de ese núcleo duro del marxismo en uno de sus artículos más importantes publicado en *Le Mouvement socialiste,* artículo que posteriormente insertó en *Materiales para una teoría del proletariado* y publicó en el encabezamiento de su estudio sobre el *Porvenir socialista de los sindicatos* bajo el título de *Preface de 1905* [*Prefacio de 1905*]: «La lucha de clases es el alfa y omega del socialismo», dice [108]. Tras doce años de actividad como teórico socialista, tras haber tenido una destacadísima participación en el *Bernstein debatte,* tras haber sido uno de los primeros en incorporarse al dreyfusismo, Sorel llega a la conclusión de que lo que representa «lo que hay de auténticamente verdadero en el marxismo, de poderosamente original, de superior a todas las fórmulas» [109], es la lucha de clases. La lucha de clases, en todo caso, en modo alguno la economía marxista o las concepciones históricas de Marx; la lucha de clases sin duda, en absoluto la teoría del plusvalor, los conceptos de alienación

[106] G. Sorel, «Mes Raisons du syndicalisme», en *Matériaux...,* ob. cit., pp. 284-285.
[107] *Idem,* pp. 285-286.
[108] G. Sorel, «Le syndicalisme révolucionnaire», *Le Mouvement socialiste,* núms. 166-167, 1-15 de noviembre de 1905, p. 274.
[109] *Idem.*

o de dictadura del proletariado. Sorel otorga a la idea de lucha de clases un sentido coherente y práctico perfectamente preciso. Contrariamente al sentido que le dan los llamados marxistas ortodoxos, no se trata de un «concepto sociológico para que lo utilicen los sabios», sino del «aspecto ideológico de una guerra social mantenida por el proletariado contra el conjunto de los jefes de las industrias». En este combate, el «sindicato es el instrumento de la guerra social» [110] y el sindicalismo revolucionario consuma la esencia del marxismo. De modo que para Sorel el socialismo deja de ser una teoría, un deseo piadoso, para volver a ser lo que siempre había sido en el espíritu de Marx: una máquina de guerra contra el orden establecido.

En el ensayo *El porvenir socialista de los sindicatos* de 1897 aparecen los primeros jalones de este enfoque. Sorel, tras abordar directamente la cuestión de los métodos de los partidos socialistas, explica que, según la concepción materialista de la historia, la lucha definitiva por el poder no es una lucha orientada a conquistar las posiciones ocupadas por los burgueses para enfundarse sus despojos, sino una lucha para vaciar el organismo político burgués de sus elementos vivos y transferir todo su contenido útil a un organismo político proletario creado al amparo del desarrollo del proletariado [111].

El proletariado sólo podrá emanciparse si se mantiene «exclusivamente obrero», si excluye a los intelectuales, si se niega a ingresar en la escuela de la burguesía [112] y si, sustentándose en sus «sentimientos de vigor y de responsabilidad» [113], corta de raíz con la herencia democrática [114]. Abandonar la herencia de la democracia significa ante todo rechazar el individualismo, el liberalismo y determinadas reformas —como la famosa libertad de trabajo— inscritas en el cuadro de honor de la Revolución. De modo que la emancipación del proletariado debe realizarse a través de una reestructuración de la sociedad fundada en principios opuestos a los de la democracia liberal: el sindicalismo considera que «el conjunto de los trabajadores constituye un cuerpo» [115], y que los sindicatos son otras tantas «autoridades sociales» [116] que «arrebatan a los trabajadores de la dirección del ten-

---

[110] *Ibid.*
[111] G. Sorel, «Avenir socialiste des syndicats», en *Matériaux...*, ob. cit., p. 123.
[112] *Idem*, pp. 131-132.
[113] G. Sorel, «L'éthique du socialisme», loc. cit., p. 299.
[114] G. Sorel, «Avenir socialiste des syndicats», en *Matériaux...*, ob. cit., p. 123.
[115] *Idem*, p. 102.
[116] *Ibid.*, pp. 118 y 120.

dero, el gran elector de la democracia burguesa» [117]. Así se irá formando «una organización nueva e independiente de toda organización burguesa» [118], capaz de promover las cooperativas obreras y de mantener su crecimiento [119], capaz de instaurar, en lugar del «*gobierno por el conjunto de los ciudadanos* [que] nunca ha sido más que una ficción» [120], en lugar de una «*mayoría caótica*» y de una «igualdad meramente ideal y utópica [...], *la justa y real igualdad organizada*» [121]. Así se formará, además, «el espíritu proletario» [122]. En suma, es así como se instaurarán las organizaciones obreras autónomas que defenderán la opción contraria de las organizaciones políticas clásicas, es decir, de los partidos, de los grupos de presión de todas las correas de transmisión de la democracia burguesa.

Para preservar esta autonomía obrera es necesario impedir, a toda costa, que vuelva a aparecer una coalición parecida a la que hizo posible el caso Dreyfus. Esta alianza del proletariado con la burguesía liberal constituye, en opinión de Sorel, el tipo ideal de una «revolución política» ideal para acabar con el proletariado. Puesto que lo que rompe el resorte del mecanismo del conflicto es la democracia, que «mezcla» lo que separa la economía. Pero, por otro lado, Sorel sabe perfectamente que el antagonismo de las clases no es ni automática ni necesariamente provocado por el capitalismo. El capitalismo no engendra *fatalmente* la lucha de clases, únicamente hay fatalidad capitalista en el terreno de la economía, de la producción y de la tecnología. Si el capitalismo evoluciona en función de una determinada necesidad, si los capitalistas se ven obligados a intentar mejorar su utillaje, a encontrar nuevos mercados, a reducir sus precios de coste, «nada obliga —en cambio— a los obreros a unirse y a organizarse» [123]. Es por ello que el capitalismo no puede suscitar mecánicamente ni la polarización y el choque entre las clases, ni la mentalidad guerrera y el sentido del sacrificio. La lucha de clases sólo se materializa donde existe una voluntad constantemente alimentada de romper el orden existente. Los mecanismos del sistema capitalista bastan para engendrar el progreso económico, para crear incesantemente nuevas rique-

---

[117] *Ibid.*, p. 113.
[118] *Ibid.*, p. 105.
[119] *Ibid.*, pp. 113-114.
[120] *Ibid.*, p. 118. (En cursiva en el texto.)
[121] *Ibid.*, pp. 118 y 120. (En cusriva en el texto.)
[122] *Ibid.*, p. 114.
[123] G. Sorel, «Idées socialistes et faits économiques au XIXe siècle», p. 519.

zas, para elevar el nivel de vida. Estos mecanismos son una condición necesaria, pero no suficiente, para nutrir una conciencia de clase. El sistema capitalista no es, por naturaleza, generador de un estado de ánimo revolucionario; no es capaz por sí solo de crear la convicción de que el orden burgués merece hundirse, no sólo en una «catástrofe material», sino también en una «catástrofe moral» [124].

Sorel es consciente de los enormes cambios operados en la condición obrera. Estima que la democracia política, el sufragio universal, la legislación social, la instrucción pública y la libertad de prensa juegan en contra del espíritu de cuerpo de los obreros de la industria. Por otro lado, vuelve a ganar protagonismo la corporación, se asiste a una intervención cada vez más intensa no sólo de la patronal sino también del Estado en los asuntos de los obreros. «Todo ello tiende a mezclar todo lo que el socialismo había intentado separar, lo que Marx había creído distinguir de forma irreductible» [125]. Aunque considere esas manifestaciones demasiado recientes o de un alcance todavía corto para haber podido ejercer «una influencia sobre la crisis actual del marxismo» [126], no por ello Sorel está menos seguro de haber puesto el dedo en la llaga de un fenómeno nuevo, cuya importancia, sin duda, aumentará en el futuro, un fenómeno del que, evidentemente, Marx no podía percatarse. De modo que, fiel al objetivo que se había fijado en 1897, Sorel corregirá y completará el marxismo. En 1914, cuando apenas quedará nada de su fe marxista, evocará en su preámbulo a los *Materiales* el tiempo en el que se jactaba «de un día poder, utilizando los hechos revelados por las encuestas más recientes, completar las indicaciones sumarias que dieron Marx y Engels sobre el devenir de la clase obrera» [127]. Diez años antes, el autor de las *Reflexiones* nunca se hubiera atrevido a adherir el nombre de Marx a la expresión «indicaciones sumarias», incluso, si ya en esta época sentía que «estos últimos años» habían sido suficientemente «ricos en hechos imprevistos» para que «resultaran vanas las síntesis que parecían ser las que estaban mejor establecidas» [128].

En efecto, el revisionismo soreliano está profundamente enraizado en las realidades sociales de su tiempo y en su entorno inmediato. No se trata de un mero ejercicio intelectual: Sorel se dedica con

---

[124] G. Sorel, «Bases de critique sociale», en *Matériaux...*, ob. cit., p. 2.
[125] G. Sorel, «Idées socialistes et faits économiques au XIXe siècle», loc. cit., p. 520.
[126] *Idem.*
[127] G. Sorel, *Matériaux d'une théorie du prolétariat,* ob. cit., p. 2.
[128] G. Sorel, «Le Syndicalisme révolutionnaire», loc. cit., p. 265.

ahínco a cultivar el aspecto mítico y apocalíptico del marxismo con el trasfondo de las grandes huelgas y de la erupción sindical de los primeros años del siglo. La huelga y la violencia no son metáforas. En 1906 Francia cuenta con un huelguista sobre 16 obreros industriales: en total, centenares de miles. Mucho más numerosos todavía son los que se solidarizan con los trabajadores en lucha. La huelga impresiona tanto más a la opinión cuanto mayor es su duración. En 1902, la huelga alcanza una media de 22 días, escribe Madeleine Rebérioux, esto es, más del triple de lo que había sido la media treinta años antes. En 1904, a lo largo del año estallan 1 026 huelgas —más o menos el doble de las de 1903; 217 097 obreros paran, lo que representa cerca de 4 000 000 de jornadas de trabajo perdidas. El movimiento culmina en 1906: 438 000 huelguistas —un récord que no se superará hasta la guerra— en 1 093 huelgas de una duración media de 19 días. Algunas de estas huelgas son causa de espantosas miserias: en las Forges d'Hennebont, desde el mes de abril al mes de agosto de 1906, 1 800 obreros se alimentan de cangrejos pescados durante la marea baja y de un poco de pan; al final de la huelga, una familia de obreros en paro se alimenta con 750 gramos de pan semanales. La tropa dispara y mata en Longwy, en septiembre de 1905; en Raon-l'Étape, en julio de 1907; en la cuenca de Lens, después de la catástrofe de Courrières, la sangre corre tras la aparición en escena de la caballería [129].

Las tensiones sociales alcanzan su punto culminante el 1 de Mayo de 1906. Por primera vez se ha preparado sistemáticamente un movimiento obrero de ámbito nacional; parecen abrirse nuevas posibilidades. Algunos jefes de la CGT creen, incluso, que tras el vasto movimiento de huelga que sigue al paro del 1 de Mayo de 1906, se perfila la huelga general; el movimiento afecta a la construcción, a la ebanistería, a la tipografía, a los trabajadores del automóvil y del metro [130].

1906 es también el año de las *Reflexiones sobre la violencia* y de las *Ilusiones del progreso.* El revisionismo revolucionario es un buen reflejo de la epopeya de las huelgas sobre las que teoriza; expresa la experanza de que llegue a afirmarse un proletariado heroico, dispuesto a todos los sacrificios y consciente de su misión. Pero Sorel posee la suficiente clarividencia como para no olvidar el reverso de la medalla: no es el destino de la civilización lo que preocupa a los obre-

---

[129] M. Rebérioux, *La République radicale, 1898-1914,* París, Éd. du Seuil, 1975, pp. 88-89.

[130] *Idem,* pp. 92-93.

ros en huelga, sino sus condiciones de vida y trabajo. El eje de las reivindicaciones obreras no es el final de la cultura burguesa, sino la jornada de ocho horas.

Por otro lado, el 13 de julio de 1906, se vota la ley que obliga a un descanso semanal de 24 horas. Prosigue el crecimiento económico, a la vez que la legislación social mejora la condición obrera: ley sobre la protección del salario femenino en julio de 1907, ley sobre las jubilaciones de obreros y campesinos en abril de 1910. El 1 de Mayo atemoriza a los poseedores, la combatividad de los obreros suscita admiración, pero ello no es óbice para que el capitalismo francés —lo mismo sucede en Italia y en Alemania— encuentre el resorte que le permite enfrentarse y sobreponerse a las reivindicaciones sociales [131]. La práctica de Clémenceau, de ruptura con el proletariado organizado en los sindicatos, no basta para alimentar una revuelta general: ni el 1 de Mayo de 1906 consigue movilizar al conjunto de la clase obrera, ni siquiera a toda la CGT.

De este modo se pone de manifiesto toda la ambigüedad de una situación que dista mucho de ser específica de Francia. La clase obrera italiana lanza movimientos de huelga más importantes y más profundos que los que agitan a Francia. En opinión de Rosa Luxemburgo, la revolución rusa de 1905 tiene su origen en una huelga general. Pero, paradójicamente, ese ardor y esa militancia son los que ponen en evidencia los límites del movimiento. En efecto, los partidos socialistas de Alemania, de Francia y de Italia —todos ellos reformistas— son los que claramente ganan terreno. Sorel sabe que la agitación social impulsada por la CGT no puede enmascarar los progresos de la SFIO, de modo que en última instancia, quien se aprovecha de ella es el partido de Jaurès. Entre la fundación del Partido, que en sí misma ya significa una victoria de los moderados, y el mes de julio de 1914, sus afiliados pasan de 44 000 a 90 000. En 1906, la SFIO reúne 900 000 votos, 1 millón en 1910 y 1 400 000 en 1914, que le permiten disponer de 52, 76, y luego de 101 representantes en la cámara de Diputados. En el Midi provenzal o languedociano, el Partido Socialista ha tomado el relevo de los radicales. He ahí, pues, un partido que no es un partido de masas, ni un partido obrero, ni mucho menos un

[131] Sobre el crecimiento económico en Francia a comienzos de siglo, véase Jean-Charles Asselain, *Histoire économique de la France du XVIIIe siècle à nos jours*, t. I, *De l'Ancien Régime à la Première Guerre mondiale*, París, Éd. du Seuil, 1984, pp. 171 ss.

partido revolucionario, pero que en el espacio de dos legislaturas normales se convierte en una gran formación parlamentaria y en un gran partido de electores [132]. En Italia la situación es muy parecida. En cuanto al SPD, en esta época, como es notorio, es el partido político más importante del Imperio.

Ésa es la situación a la que los revolucionarios deben dar una respuesta. Por un lado, un empuje incontestable del militantismo obrero y de los enfrentamientos sangrientos con el Estado burgués; por otro lado, un crecimiento económico casi continuo que permite, mediante el sesgo de reformas que modifican profundamente las condiciones de vida de la clase obrera, amortiguar considerablemente su ardor revolucionario. Esta coyuntura confiere su auténtica significación a la teoría soreliana de los mitos, la cual tiene por objeto desarrollar la conciencia de clase del proletariado, alimentar su combatividad, estructurar con firmeza una elite obrera organizada en los sindicatos y abrir un profundo foso psicológico entre esta vanguardia y la burguesía en el poder. Este foso psicológico debe profundizarse día a día mediante un rechazo constante de cualquier forma de colaboración con el Estado burgués y sus representantes. Esta hostilidad no debe tener fisuras y debe manifestarse a través de la renuncia a las reformas sociales: de este modo se consumará, mediante la fuerza de la voluntad, la polarización social, y la atmósfera de crisis del capitalismo que, debido al crecimiento económico, no llegará a crearse, se hará realidad.

Aquí aparece nítidamente la función social de la teoría de los mitos. Dado que el capitalismo no conduce a la sociedad hacia la etapa final de su maduración, dado que no parece que el orden burgués vaya por sí mismo a naufragar en un futuro inmediato, dado que la violencia obrera sustentada en las reivindicaciones materiales no eleva al proletariado al nivel de una fuerza histórica susceptible de engendrar una nueva civilización, dado que diariamente se comprueba que los intereses materiales del proletariado —y no exclusivamente de los políticos socialistas— le predisponen a llegar a componendas con la burguesía, es necesario introducir en las relaciones sociales hechos nuevos: una rebelión moral total sustituirá a la lucha por las condiciones de vida, el método psicológico toma el relevo del enfoque mecanicista tradicional, y el irracionalismo sustituye al contenido mar-

[132] J.-M. Mayeur, *La Vie politique sous la Troisième République, 1870-1940*, París, Éd. du Seuil, 1984, pp. 202-203.

xista clásico del socialismo. Dado que se comprueba que las masas no se mueven impulsadas por razonamientos, dado que el socialismo se obstina en seguir siendo, como dictaba la vieja tradición guesdista, «el partido de la barriga», dado que el capitalismo no se hunde y que la polarización social no se produce, es necesario accionar artificialmente un proceso de rebelión de un nuevo tipo, sólidamente adaptado a las nuevas condiciones sociales. Ésa es la función de la teoría de los mitos que constituyen las entrañas mismas de la revisión antimaterialista del marxismo.

II. ANTIRRACIONALISMO Y ACTIVISMO: LOS MITOS SOCIALES

En realidad, Sorel toma conciencia de las nuevas perspectivas que abre una interpretación mítica del marxismo a partir de su *Préface pour Colajanni* [*Prefacio a Colajanni*], escrito a finales de 1899. Ello significa que en el punto álgido de su período socialdemócrata, cuando parece concebir el socialismo como un elemento de la democracia moderna, Sorel pone ya las bases intelectuales de una revisión del marxismo de nuevo tipo que, más tarde, alimentará una ideología revolucionaria de una nueva especie.

El punto de partida de la reflexión soreliana sobre la función simbólica y mítica del marxismo es la noción de clase. Puesto que no existe una clase perfecta —a pesar del hecho de que el propio Marx, quien a menudo llegó a mezclar construcciones lógicas y fenómenos, no lo tuvo siempre en cuenta— «la teoría marxista de las clases constituye una abstracción» [133]. Lo que equivale a decir que se trata de una construcción intelectual o de una necesidad metodológica. De hecho, «la *división dicotómica* de la sociedad» que se considera, ante todo, característica del marxismo, el antagonismo entre «el conjunto de los no poseedores y el conjunto de los poseedores», no se produce en la realidad [134]. Es evidente que no sólo «las clases medias no desaparecen» y que su peso social no disminuye, sino que la noción de clase no encaja muy bien con la pequeña burguesía [135]. Para Sorel, las clases medias constituyen un conjunto heteróclito en cuyo seno

[133] G. Sorel, «Préface pour Colajanni», en *Matériaux...*, ob. cit., p. 184.
[134] *Idem*, p. 185.
[135] *Ibid.*, pp. 185-186.

existe una gran movilidad. Para el socialismo, esa «excesiva complejidad de la estructura social» [136] representa un obstáculo infranqueable mientras se permanezca en el terreno del análisis sociológico y se aceptan las penosas cargas sociológicas; todo cambia cuando se contempla esa famosa «división dicotómica» como una necesidad de método, en lugar de verla como la expresión de una realidad social. Marx, a quien «le resultaba difícil separar en su pensamiento lo que era propiamente *científico* de lo que era propiamente educativo», es el único responsable de «la oscuridad de su doctrina de la lucha de clases». Para Sorel, el valor de la teoría marxista de la lucha de clases es comparable al valor «de una imagen artística destinada a hacernos asimilar una idea» [137]. Así es como los militantes socialistas deben captar la *«idea revolucionaria»* si desean hacerla comprender a las masas. Lo que Sorel quiere decir es que «la división dicotómica» es en realidad una «abstracción» que permite situar los conflictos sociales en un marco teórico, que posee un valor movilizador e ideológico en cuanto permite organizar los conflictos sociales según una visión de la historia totalmente coherente [138].

Es en esa perspectiva —en virtud de la cual «una cosa es hacer ciencia social y otra cosa es formar conciencias»— que Sorel examina el penúltimo capítulo de *El capital,* que él considera la auténtica culminación de la obra maestra de Marx [139]. Para él, todas las hipótesis que configuran la concepción del futuro en Marx —y que apenas corresponden a las realidades económicas de 1867— ofrecen un interés muy escaso si se toman al pie de la letra. En cambio, si uno se toma la molestia de interpretar «ese *texto apocalíptico* [...] como producto del espíritu, como una imagen construida en vista de la formación de las conciencias [...] *ilustra* perfectamente los principios sobre los que Marx creía poder asentar las reglas de la acción socialista del proletariado» [140]. Según su propio testimonio este texto ocupa un lugar preeminente en su pensamiento: «Es aquí, dice, donde aludí por primera vez a la doctrina de los mitos que ha desarrollado en las *Reflexiones sobre la violencia»* [141].

De hecho, fue a partir de este instante cuando Sorel inició el pro-

---

[136] *Ibid.*, p. 188.
[137] *Ibid.*, pp. 188-189. (En cursiva en el texto.)
[138] *Ibid.*, p. 188. (En cursiva en el texto.)
[139] *Ibid.*, pp. 188-189.
[140] *Ibid.*, p. 189.
[141] *Ibid.*, n. 2, añadida en 1914.

ceso que, en su mente, debía conducirle a completar el marxismo. Este proceso prosigue con la *Introducción a la economía moderna,* donde ataca a Enrico Ferri, uno de los líderes del socialismo italiano en quien ve a una de esas «personas estancadas que creen en el poder soberano de la ciencia» y que pretenden demostrar el socialismo «como se demuestran las leyes del equilibrio de los fluidos» [142]. Aquí, Sorel declara la guerra a la sociología positivista [143], proponiendo en su lugar una sociología pragmática y relativista que se justifica sólo en función de su utilidad práctica [144].

Se propone fundamentar esta nueva sociología en las críticas dirigidas por la filosofía bergsoniana a la filosofía tradicional. Apoyándose en el autor de *La Evolución creadora,* quien se pregunta «si no habrá llegado la hora de abandonar el viejo método griego construido con miras a la geometría, para intentar alcanzar la realidad, lo móvil, lo continuo», Sorel declara «el conocimiento mediante conceptos [...] absolutamente inadaptado a los hechos sociales» [145]. Avanza un paso y esta vez invoca a Vico, ese «gran napolitano» cuya autoridad en su opinión es «una de las más importantes para el marxismo: en la historia [...] hay, primeramente, una sabiduría vulgar que siente las cosas y las expresa poéticamente antes que el pensamiento reflexivo alcance a comprenderlas teóricamente» [146]. Esta sabiduría cabe considerarla, en suma, como una intuición del movimiento social real que permitiría captarlo antes de terminar su carrera y antes de que el pensamiento discursivo pueda delinear sus etapas [147].

De modo que, según Sorel, no será el método científico el que permita superar las actuales dificultades del socialismo, sino el recurso a «una teoría de los mitos sociales» [148]. Para él, en el pensamiento humano los mitos han desempeñado un papel del que la historia de la filosofía todavía no ha llegado a hacerse una idea muy precisa. En este contexto, Sorel invoca de una forma muy caracterís-

---

[142] G. Sorel, *Introduction à l'économie moderne,* ob. cit., p. 386.

[143] *Idem.*

[144] *Ibid.,* p. 384. Véase también P. Kahn, «Mythe et réalité sociale chez Sorel», *Cahiers Internationaux de Sociologie,* vol. XI, 1951, p. 133.

[145] G. Sorel, *Introduction à l'économie moderne,* ob. cit., pp. 386-387.

[146] *Idem,* p. 390.

[147] P. Kahn, «Mythe et réalité sociale chez Sorel», loc. cit., p. 134.

[148] G. Sorel, *Introduction à l'économie moderne,* ob. cit., p. 394. En la segunda edición de esta obra, la que utilizamos aquí, Sorel añade una nota a pie de página: «En las *Reflexiones sobre la violencia,* la teoría de los mitos adquiere mayor firmeza».

tica a los mitos platónicos [149], de los que ya había hecho un detenido examen en *El Proceso de Sócrates* [150]. El mito es un símbolo cuya función consiste en traducir relaciones de ideas en relaciones de hechos, que tienden a ser la imagen de estas ideas. Hay mito, dice Paul Kahn, cada vez que el símbolo revista la forma narrativa y dramática y comporte por consiguiente una acción y unos personajes [151].

Sorel reserva a su propia teoría de los mitos una función equivalente. Pero esta teoría de los mitos aquí sólo se halla esbozada; de hecho, no la desarrollará plenamente hasta las *Reflexiones* que Sorel empieza a redactar en 1905 y que publicará en el *Mouvement socialiste* en el curso del primer semestre de 1906. Así emprende la tarea de dar al marxismo un sentido completamente nuevo. Sorel cree que ha «penetrado en el pensamiento profundo de Marx»; cree haber descubierto el «mecanismo oculto de la doctrina» que «los marxistas oficiales» —Kautsky a la cabeza («demasiado ajeno a cualquier tipo de reflexión filosófica»)— ni siquiera tienen la menor sospecha de que exista [152]. En esta etapa, curiosamente, Sorel arremete contra Émile Vandervelde, estrella ascendente del socialismo belga y uno de los portavoces más conocidos del revisionismo democrático. Contra él, el autor de las *Reflexiones* defiende un determinado número de «dogmas» del marxismo clásico que el socialismo democrático consideraba caducos en los albores del siglo. Vandervelde, acaso porque se inspira directamente en Bernstein o meramente porque saca sus conclusiones de la realidad económica y social, considera entonces superados tres elementos fundamentales del pensamiento marxista: la ley de bronce de los salarios identificada con la de la pauperación creciente, la ley de la concentración capitalista y la ley de la correlación entre poder económico y poder político [153]. Otros teóricos socialistas repudian una proporción mucho más importante de la herencia marxista. ¿Cómo se explica que un revisionista como Sorel defienda ardorosamente esos aspectos del marxismo que él mismo había atacado en los estudios socioeconómicos anteriores incluso a la *Introducción a la economía moderna*?

La respuesta se encuentra en el lugar que de ahora en adelante

---

[149] *Idem.*

[150] G. Sorel, *Le Procès de Socrate. Examen critique des thèses socratiques*, París, Alcan, 1889, pp. 344-355.

[151] P. Kahn, «Mythe et réalité sociale chez Sorel», loc. cit., p. 133.

[152] G. Sorel, *Introduction à l'économie moderne*, ob. cit., p. 389.

[153] *Idem*, p. 394.

ocupará la teoría de los mitos en su pensamiento. Progresivamente, Sorel toma conciencia de la fuerza del mito y del papel que éste puede llegar a desempeñar como motor de la acción social. Para él, la cuestión ya no consiste en saber si el análisis marxista del capitalismo es científicamente verdadero o no lo es, si traduce simplemente las realidades económicas de una determinada época o si ofrece un elemento universal de explicación, cuestiones sobre las que consumen sus esfuerzos a la vez socialdemócratas como Turati o Jaurès, marxistas ortodoxos como Ferri o Kautsky, u hombres de la esfera de influencia de Antonio Labriola. No es ésa la cuestión. Habiendo comprendido que esos debates son absolutamente ajenos a lo esencial, esto es, a la acción revolucionaria del proletariado, emprende la tarea de abordar la metamorfosis a la que en adelante someterá al marxismo. Esta metamorfosis sólo se producirá plenamente en el momento en que Sorel se libere de sus viejos «prejuicios racionalistas», como los que todavía expresa, por ejemplo, en un artículo sobre «El valor social del arte» [154]. La concepción racionalista de la estética y de la crítica del arte subyacente en este artículo es impensable algunos años más tarde. La lucha permanente contra la burguesía exige una revisión antirracionalista del marxismo. Antes de alcanzar su pleno despliegue en las *Reflexiones sobre la violencia* y en la *Descomposición del marxismo,* aparece un primer esbozo en las últimas páginas de la *Introducción a la economía moderna.*

En realidad, si Sorel se niega a abandonar esos famosos «dogmas» del pensamiento marxista, que la gran mayoría de los socialistas europeos considera que han perdido su valor científico —a causa del giro sufrido por la evolución del capitalismo—, es debido a que ha comprendido que no existe ninguna relación entre la verdad de una doctrina y su valor operativo en tanto que instrumento de combate. Si los elementos más discutibles del pensamiento marxista adquieren súbitamente tal importancia en Sorel —para él encierran «algo esencial para la vida y el progreso del socialismo»— se debe únicamente a su carácter apocalíptico [155]. «Es probable que Marx presentara ya la concepción catastrofista como un mito para ilustrar claramente la lucha de clases y la revolución social». Lo que importa es el hecho de «que las *teorías contendientes* se necesitan para la acción revoluciona-

[154] G. Sorel, «La valeur sociale de l'art», *Revue de métaphysique et de morale,* vol. 9, 1901, p. 275.

[155] G. Sorel, *Introduction à l'économie moderne,* ob. cit., pp. 395-396.

ria moderna» [156] y esas teorías «que los *sabios* del socialismo ya no quieren admitir y que los militantes ven como "axiomas al margen de cualquier tipo de controversia"», convendría, según Sorel, que se las «tratara como mitos» [157]. En ese contexto, Sorel insiste en el hecho de que «Marx ha sido mucho más afortunado en sus planteamientos sobre el movimiento revolucionario que en sus resúmenes relativos a historias anteriores» [158]. De modo que el marxismo es, ante todo, una filosofía de la acción revolucionaria. Sorel cita a Bernstein quien «aconsejaba, hace algunos años a los socialistas que se ocuparan del *movimiento* y no del *fin* que tal vez alcanzaría la revolución» [159]. Pero, dice, «me pregunto si es posible ofrecer una exposición inteligible del paso de los principios a la acción sin recurrir a los mitos» [160]. De este modo, la teoría de los mitos se convierte en el auténtico soporte del pensamiento soreliano y en el quicio en el que se apoya la revisión del marxismo lanzada por «la nueva escuela». La revisión soreliana del marxismo, emprendida por hombres que esperaban que «el socialismo iba a renovar el mundo» [161], se inventó para servir de espacio teórico a la rebelión obrera que rugía en los albores del siglo, y para salvar de la decadencia a toda una civilización.

La teoría de los mitos de Sorel pone en lugar del esquema platónico predominante en *El proceso de Sócrates* el esquema bergsoniano esbozado en la *Introducción a la economía moderna* y plenamente desarrollado en las *Reflexiones sobre la violencia.* Sorel utilizará el mito como un verdadero instrumento de trabajo, un motor de la acción, y le otorga un valor absoluto. Desplaza entonces el mito de la esfera del intelecto y lo instala en la de la afectividad y la actividad. De tal manera que la teoría soreliana de los mitos poseerá dos dimensiones muy características: por un lado, constituye un nuevo tipo de pensamiento; por otro lado, se propone desembocar en un nuevo tipo de acción política. El pensamiento político contrasta con el pensamiento reflexivo y discursivo, constituye una mentalidad religiosa que se yergue contra la mentalidad racionalista. Este pensamiento posee una función inmediata: movilizar las masas y cambiar el mundo. El mito soreliano lleva en sí un incomparable poder de evo-

---

[156] *Idem,* p. 396. (En cursiva en el texto.)
[157] *Ibid.*
[158] *Ibid.*, p. 390.
[159] *Ibid.*
[160] *Ibid.*, p. 394.
[161] G. Sorel, «Mes Raisons du syndicalisme», en *Matériaux...*, loc. cit., p. 285.

cación y de iniciación a la acción; se presenta como una fuente inagotable de regeneración, de moralización y de heroísmo [162]. El mito es pensamiento y acción, es creador de leyendas, permite al individuo vivir esta leyenda en lugar de vivir la historia, permite ir más allá de un presente detestable, armado de una fe que nada puede destruir. Es por eso que en la concepción de Sorel mito y racionalidad se oponen. Gracias a esta oposición, el mito constituye una fuerza social: galvanizando a las masas permite superar el obstáculo que constituye la realidad económica y social de principios de siglo.

Es ahí donde reside la originalidad de la revisión soreliana del marxismo. Este enfoque se niega a inclinarse ante la realidad, se considera fiel a las veleidades revolucionarias del marxismo, incluso al precio del abandono de contenido intelectual del marxismo. Es así como Sorel, frente a todas las variedades del marxismo, yergue su figura de auténtico rebelde. La teoría de los mitos permite derribar los obstáculos del mundo material y asimismo asumir al proletariado su función histórica. Así pues, gracias a la utilización de este elemento irracional —el mito— se llega a la culminación de la polarización social. La lucha de clases, que el mecanismo del capitalismo no ha podido producir, se convierte entonces en una fuerza histórica. La realidad social que Sorel había analizado y encontrado sumamente compleja, de pronto se hace luminosamente simple. También la gran cuestión de las motivaciones humanas queda súbitamente simplificada. De modo que el mito aparece como un instrumento de una extraordinaria eficacia, a la vez que posee la ventaja de estar totalmente inmunizado contra el riesgo de fracaso. En definitiva, no puede ser sometido a un análisis racional clásico, lo que hace que su capacidad de intervención sea casi infinita.

Los mitos sorelianos son «sistemas de imágenes», es decir, construcciones que permiten a los «hombres que participan en los grandes movimientos sociales» representarse «su acción inmediata bajo la forma de imágenes de batallas que aseguran el triunfo de su causa» [163]. Sorel cita como «ejemplos notables de mitos», «los que construyeron

---

[162] Véase P. Kahn, loc. cit., p. 151. Paul Kahn cree que la teoría soreliana de los mitos se basa en un equívoco: la confusión entre mito y misticismo. Véase p. 153. Consúltese también el excelente artículo de S. P. Rouanet, «Irrationalism and Myth in Georges Sorel», *Review of Politics,* vol. 26, 1964, pp. 45-69. El trabajo más reciente consagrado a este tema es el artículo de Michael Tager, «Myth and Politics in Works of Sorel and Barthes», *Journal of the History of Ideas,* octubre-diciembre 1986, pp. 625-639.

[163] G. Sorel, *Réflexions sur la violence,* ob. cit., pp. 32-33.

el cristianismo primitivo, la Reforma, la Revolución»; en la misma medida y del mismo modo, «la huelga general de los sindicalistas y la revolución catastrófica de Marx son mitos» [164]. Sorel es perfectamente consciente de la importancia de esta interpretación irracionalista del marxismo: «Al emplear el término mito, creí haber dado con un buen hallazgo, porque gracias a él podía rechazar cualquier tipo de discusión con la gente que quería someter la huelga general a una crítica de detalle y que acumula objeciones contra su posibilidad práctica» [165]. El potencial de esta «teoría de los mitos» reside en el hecho de que no sólo permite descartar «cualquier control de la filosofía intelectualista», sino también en que hace inteligibles fenómenos históricos, reflejos psicológicos, formas de comportamiento «que no alcanzaría a explicar la filosofía intelectualista» [166]. Puesto que «la filosofía intelectualista», esto es, la filosofía tradicional, revela su impotencia a partir del momento que debe ilustrar el sacrificio que el soldado de Napoleón hacía de su vida, la virtud romana, o el amor de los griegos por la gloria. ¿Cómo puede enfrentarse el racionalismo al «mito de la Iglesia militante?». Sorel llega a la conclusión de «que la filosofía intelectualista es verdaderamente de una incompetencia radical para dar una explicación de los grandes movimientos históricos» [167].

Sorel no examina el contenido de los mitos, ni siquiera llega a definir la palabra mito. Se concentra en su función social; sus mitos son «mitos sociales», se han de valorar «como medios de actuación sobre el presente» [168]:

> Quería mostrar que no hay que intentar analizar tales sistemas de imágenes igual que se descompone una cosa en sus elementos, que hay que tomarlos en bloque como se hace con las fuerzas históricas, y que sobre todo que hay que evitar comparar los hechos consumados con las representaciones que habían sido aceptadas antes de la acción [169].

El «mito social» soreliano es un «cuadro» del que sólo se perciben las verdaderas dimensiones «cuando las masas se apasionan» [170]; «no se puede descomponer en partes que puedan ser aplicadas sobre

---

[164] *Idem*, p. 32.
[165] *Ibid.*, p. 34.
[166] *Ibid.*, pp. 35-36.
[167] *Ibid.*, pp. 35-38.
[168] *Ibid.*, pp. 177 y 180.
[169] *Ibid.*, pp. 32-33.
[170] *Ibid.*, p. 44.

un plano de descripciones históricas» [171] y su aplicación ofrece la inmensa ventaja de ponerlo «a cubierto de toda suerte de refutaciones» [172]. Sorel insiste en esta idea en varias ocasiones:

De forma que apenas tiene importancia llegar a saber lo que los mitos encierran en detalles destinados a aparecer realmente sobre el plano de la historia futura: no son almanaques astrológicos; puede, incluso, suceder que nada de lo que encierran se produzca —como sucedió en el caso de la catástrofe esperada por los primeros cristianos [173].

En un texto de gran importancia, en el que vuelve a insistir en la impotencia del análisis racional frente a la nueva concepción del comportamiento humano que acaba de forjar, Sorel resume así su pensamiento:

Hay que valorar los mitos como medios de actuación sobre el presente; toda discusión acerca de la manera de aplicarlos materialmente sobre el curso de la historia carece de sentido. *Sólo importa el conjunto del mito;* sus partes sólo ofrecen interés por el relieve que dan a la idea contenida en la construcción. De modo que no es útil razonar sobre los incidentes que puedan producirse en el curso de la guerra social y sobre los decisivos conflictos que puedan dar la victoria al proletariado; incluso aunque los revolucionarios se equivocaran de medio a medio concibiendo un cuadro fantasioso de la huelga general, ese cuadro podía haber sido, en el curso de la preparación de la revolución, un elemento de fuerza de primer orden, si ha admitido de forma perfecta todas las aspiraciones del socialismo y si ha conferido al conjunto de los pensamientos revolucionarios una precisión y una tensión que no podían haberles dado otras maneras de pensar.

De forma que para apreciar el alcance de la idea de huelga general es necesario abandonar todos los procedimientos de discusión abiertos entre políticos, sociólogos o gente pretendidamente adscrita a la ciencia práctica. Se puede conceder a los adversarios todo cuanto se esfuerzan en demostrar, sin reducir en modo alguno el valor de la tesis que creen poder refutar; poco importa que la huelga general sea una realidad parcial, o únicamente un pro-

---

[171] *Ibid.*, p. 47.

[172] *Ibid.*, p. 49.

[173] *Ibid.*, p. 179. Sorel añade a pie de página la siguiente nota: «He intentado demostrar que, a este mito social que se ha desvanecido, sucede una devoción que ha conservado una importancia capital en la vida católica; esta evolución de lo social a lo individual me parece de lo más natural en una religión» *(Le Système historique de Renan,* pp. 374-382).

ducto de la imaginación popular. Toda la cuestión consiste en saber si en la huelga general cabe bien todo lo que espera la doctrina socialista del proletariado revolucionario [174].

Al margen del hecho de que raramente han existido «mitos perfectamente puros de toda mezcla utópica», está claro que «los mitos revolucionarios actuales son casi puros; permiten comprender la actividad, los sentimientos y las ideas de las masas populares preparadas para irrumpir en una lucha decisiva» [175]. La huelga general pertenece a ese tipo de mitos: «Lo que confiere tanta importancia a la huelga general», es su «valor de fuerza motriz». De modo que la idea de huelga general nos muestra una vez más que se «puede hablar indefinidamente de revueltas sin provocar nunca ningún movimiento revolucionario, mientras no haya mitos aceptados por las masas» [176]. Pero, a partir del instante en el que se «introduce el mito de la huelga general, que implica una revolución absoluta», todo resulta fácil, claro y perfectamente definido. Ante todo, el socialismo reencuentra el sentido que tenía para Marx, el cual le atribuía también la función de *aprendizaje revolucionario* del proletariado [177]; deja de ser «una doctrina plenamente expuesta en palabras», que se puede muy fácilmente «desviar hacia un justo medio», es decir, hacia el socialismo democrático [178]. Una vez que «el mito de la huelga general se ha hecho popular y se ha establecido sólidamente en los cerebros» [179], una fuerza nueva, joven y vigorosa se subleva «contra ese socialismo estrepitoso, gárrulo y mentiroso que es explotado por los ambiciosos de todos los

---

[174] *Idem*, pp. 180-181. Véase también p. 185: «Ahora debemos dar un paso más y preguntarnos si el cuadro ofrecido por la huelga general está realmente completo, es decir, si comprende todos los elementos de la lucha reconocidos por el socialismo moderno. Pero, ante todo, debemos dejar bien precisada la cuestión, lo que no ha de resultar difícil partiendo de las explicaciones ofrecidas más arriba sobre la naturaleza de esta construcción. Hemos visto que la huelga general se debe considerar como un conjunto indivisible; por consiguiente, ningún detalle de ejecución tiene realmente interés para poder comprender el socialismo; cabe, incluso, añadir que siempre se corre el peligro de perder algo de esta comprensión cuando se intenta descomponer este conjunto en sus partes. Vamos a intentar demostrar que existe una identidad fundamental entre las tesis capitales del marxismo y los aspectos de conjunto que ofrece el cuadro de la huelga general».

[175] *Idem*, pp. 45-46.

[176] *Ibid.*, p. 45.

[177] *Ibid.*, p. 48. (En cursiva en el texto.)

[178] *Ibid.*, p. 39.

[179] *Ibid.*, p. 48.

calibres, que divierte a algunos farsantes y que admiran los decadentes [...]» [180].

La gran ambición de Sorel, lo hemos visto anteriormente, sigue siendo «en lugar de comentar» los textos de Marx como lo hicieron «a lo largo del tiempo muchos de sus malhadados discípulos», «completar su doctrina» [181]. A tal efecto, invoca a Bergson, dice que «utilizando la luz que irradia de la filosofía bergsoniana» se propone «profundizar esta teoría de los mitos» [182], a la que convierte en el eje de su revisión del marxismo. Del autor de los *Donées inmédiates de la conscience* [*Datos inmediatos de la conciencia*], Sorel ha aprendido que «actuar libremente consiste en reasumirse, en resituarse en la pura duración». Ahora bien, «disfrutamos de esa libertad sobre todo cuando nos esforzamos en hacer de nosotros un hombre nuevo orientado a romper los marcos históricos que nos mantienen encerrados» [183]. Ésa es una idea esencial para comprender el enfoque soreliano: el individuo formado en los sindicatos es el productor y el guerrero que se nutre de los mismos valores heroicos que nutrieron a los primeros cristianos, los legionarios romanos, los soldados de las guerras revolucionarias o los discípulos de Mazzini; es el combatiente sediento de gloria, lleno de abnegación y siempre dispuesto al sacrificio, como los soldados de Napoleón. Esos hombres, guiados por mitos, no esperan resultados concretos e inmediatos, lo útil les horroriza, aspiran a lo sublime: son los únicos que pueden dominar la Historia.

Sorel ha aprendido de Bergson que «el movimiento es lo esencial de la vida afectiva, de modo que para hablar de la conciencia creadora hay que hacerlo en términos de movimiento» [184]. Y sigue diciendo: «Cuando actuamos es porque hemos creado un mundo completamente artificial, antepuesto al presente, formado por movimientos que dependen de nosotros. De este modo nuestra libertad se hace perfectamente inteligible» [185]. La conclusión operativa que saca Sorel es que «esos mundos artificiales desaparecen generalmente en nuestro espíritu sin dejar recuerdos; pero cuando las masas se apasionan, entonces es posible describir un cuadro que constituye un mito social» [186].

---

[180] *Ibid.*, p. 172.
[181] *Ibid.*, p. 48.
[182] *Ibid.*, p. 40.
[183] *Ibid.*, pp. 42-43.
[184] *Ibid.*, p. 43.
[185] *Ibid.*
[186] *Ibid.*, p. 44.

Para completar y corregir el marxismo, las enseñanzas de Bergson llegan en el momento oportuno, con lo que permiten sustituir el contenido racionalista del marxismo por los «mitos revolucionarios». No se trata en modo alguno de las leyes de la economía o de la sociología, de análisis histórico o político: los mitos «no son descripciones de cosas, sino expresiones de voluntad» [187] y «conjuntos de imágenes capaces de evocar *en bloque y exclusivamente a través de la intuición*, previamente a cualquier tipo de análisis reflexivo, la masa de los sentimientos que corresponden a las diversas manifestaciones de la guerra librada por el socialismo en contra de la sociedad moderna» [188]. Más adelante, la misma fórmula se utiliza palabra por palabra, aunque abreviada para definir la huelga general en términos de mito [189]. Finalmente, en otro lugar, el mito es «idéntico a las convicciones de un grupo», convicciones de las que es «la expresión en lenguaje de movimiento» [190], y se presenta «al espíritu haciendo hincapié en los instintos en todas las circunstancias de la vida» [191]; es lógico, pues, que permita «esa intuición del socialismo que el lenguaje no puede dar de una manera perfectamente clara» [192]. Sorel es consciente de la analogía entre «el socialismo revolucionario» así concebido, y la religión. Sabe que todo lo que pretende estar por encima de la ciencia y más allá de la crítica, o que invoca «una reforma moral» es asimilado a la religión. Aquí Sorel hace intervenir lo que él llama «la nueva psicología»: «Bergson —dice— nos ha enseñado que la religión no ocupa en exclusiva la región de la conciencia profunda, la ocupan también, por las mismas razones, los mitos revolucionarios» [193]. Sorel, utilizando correctamente este método, puede esperar que será posible «el aprendizaje, la preparación e incluso la reconstrucción del individuo con la vista puesta en una obra gigantesca» [194].

Pero la filosofía bergsoniana no viene únicamente a completar el marxismo, viene a sustituir lo que hay en él de esencial y permite, aunque preservando el vocabulario y el objetivo revolucionario del

---

[187] *Ibid.*, p. 46.
[188] *Ibid.*, p. 173. (En cursiva en el texto.)
[189] *Ibid.*, p. 182: «Una organización de imágenes capaces de evocar instintivamente todos los sentimientos que corresponden [...]», etc. Véase también p. 177.
[190] *Ibid.*, p. 47.
[191] *Ibid.*, p. 177.
[192] *Ibid.*, p. 182.
[193] *Ibid.*, p. 49.
[194] *Ibid.*

marxismo, modificar radicalmente su contenido. No es por casualidad que Sorel insista, una y otra vez, en las virtudes del pensamiento bergsoniano, precisamente allí donde pone en evidencia los errores «numerosos y a veces enormes» cometidos por Marx [195].

Vaciándolo de su contenido racionalista, el bergsoniano devuelve su dinamismo al marxismo, inmóvil dentro del corsé de la ortodoxia inspirada en Kautsky, o, lo que es peor, sumido en el parloteo reformista. El marxismo, alimentado por el anticartesianismo bergsoniano, vuelve a ser, para Sorel, lo que nunca tuvo que dejar de ser: una ideología de la acción inspiradora de un movimiento proletario orientado hacia la destrucción del orden existente. En la cabeza de Sorel, el sindicalismo revolucionario representa la máxima realización del pensamiento de Bergson: «Concentrando todo el socialismo en el drama de la huelga general», los sindicalistas revolucionarios aplican un método «que tiene todas las ventajas que ofrece el conocimiento total sobre el análisis, según la doctrina de Bergson» [196]. Por otro lado, «el movimiento, en la filosofía bergsoniana, es considerado como un todo indivisible; lo que justamente nos conduce a la concepción catastrofista del socialismo» [197].

El sindicalismo revolucionario logra, gracias a Bergson, liberarse del marxismo «oficial»; inspirado en Bergson, entra en la escuela de los hechos y regresa a las fuentes [198]. Sorel dice que sólo así puede obtenerse «lo que Bergson llama una *experiencia integral*» [199]. Sorel está convencido de que con el espiritualismo bergsoniano es posible liberarse de los obstáculos de la escolástica socialdemócrata, de las explicaciones de Marx, farragosas y frágiles, fabricadas en Alemania y, ateniéndose «exactamente a las transformaciones contemporáneas de la idea proletaria», «perfeccionar el marxismo» [200]. Bergson permite liberarse de esa «ciencia vana y falsa» que presupone «que cualquier cosa es susceptible de ser referida a una ley matemática» [201]. He ahí lo que Sorel llama «la ciencia menor», aquella contra la que levanta su

---

[195] *Ibid.*, pp. 176-177.

[196] *Ibid.*, p. 173.

[197] *Ibid.*, p. 174. Sobre el irracionalismo soreliano, véase el artículo de S. P. Rouanet, loc. cit., pp. 60 ss.

[198] *Ibid.*, p. 186.

[199] *Ibid.*, pp. 187-188. (En cursiva en el texto.)

[200] *Ibid.*, pp. 188-189.

[201] *Ibid.*, p. 206. Véase también pp. 204-205. Sobre «*la concepción burguesa de la ciencia*» (En cursiva en el texto) fundada en la idea según la cual la ciencia podía no solamente prever el futuro sino también dirigirlo y construir la felicidad universal.

voz la filosofía, y que él asimila al positivismo [202]. El positivismo amenazaba con acabar con la filosofía, pero ésta «no murió y resurgió con brillantez gracias a Bergson»: la metafísica recupera sus «derechos mostrando al hombre que las pretendidas soluciones científicas son ilusorias y conduciendo al espíritu hacia la región misteriosa que la *ciencia menor aborrece»* [203]. El positivismo (la *ciencia menor)* que había logrado fabricar, con Comte, una caricatura del catolicismo, se bate en retirada incluso en los ambientes cultivados, los cuales, en lo sucesivo, «se burlan del racionalismo anteriormente en boga en la universidad» [204]. En este contexto, Sorel evoca a Pascal, quien había protestado «contra aquellos que consideran que la oscuridad es una objeción contra el catolicismo», y se alinea resueltamente junto a quien él define, igual que lo hace Brunetière, como el más anticartesiano de los hombres de su tiempo [205].

Donde realmente reside la grandeza de un pensamiento o de un fenómeno social es en ese lado misterioso y oscuro que permite no situarse «en el terreno utilitario», a la vez que permite, por ejemplo, tener una fe absoluta en la huelga general «aun sabiendo que es un mito» [206]. La oscuridad del socialismo en modo alguno impide

> que sea fácil representarse el movimiento proletario de un modo total, exacto y emotivo, a través de la gran construcción que el alma proletaria ha concebido en el curso de los conflictos sociales, y que se llama huelga general. No hay que olvidar nunca que la perfección de ese modo de representación se disiparía instantáneamente si se pretendiera reducir la huelga general a una suma de detalles históricos; es preciso *apropiarse de su indivisible totalidad y concebir el paso del capitalismo al socialismo como una catástrofe cuyo proceso escapa a la descripción* [207].

El socialismo logrará superar esta «crisis del marxismo» que «esa *ciencia menor* ha contribuido en gran manera a crear» [208], evolucionando dentro de esa esfera mítica e irracional. El «carácter de infinidad» del mito de la huelga general es el que confiere al socialismo, a

---

[202] *Ibid.*, p. 208. Véase también p. 207.
[203] *Ibid.* (En cursiva en el texto.)
[204] *Ibid.*, p. 209.
[205] *Ibid.*
[206] *Ibid.*, p. 220.
[207] *Ibid.*, p. 217. (En cursiva en el texto.)
[208] *Ibid.*, p. 208.

la vez que un «alto valor moral y un alto grado de lealtad» [209], esa confianza absoluta en el porvenir que constituye la grandeza de los verdaderos movimientos revolucionarios. Ya que, una vez convertido en una labor de preparación, una vez que se ha alimentado del mito de la huelga general, «un fracaso nada prueba contra el socialismo» [210]. Una vez que se ha expresado en el mito de la huelga general, el socialismo ha dejado de ser un mero modelo, el producto de un trabajo intelectual, esto es, una abstracción.

Ahí es, precisamente, donde radica la gran diferencia entre el mito y la utopía: la utopía no es más que una construcción intelectual que puede analizarse y discutirse, y que se puede rechazar; la utopía, dice Sorel, dirige las mentes hacia las reformas, en tanto que «nuestros mitos actuales conducen a los hombres a prepararse para un combate para destruir lo que existe» [211]. Los mitos, al propio tiempo, permiten «explorar con éxito todo el vasto dominio del marxismo» [212]. Es decir que lo que queda del marxismo tras haber sido vaciado de su sustancia hedonista y materialista en beneficio del contenido mítico, voluntarista y vitalista, casi metafísico, como propone Sorel, es su instrumentalidad revolucionaria. He ahí el marxismo corregido, completado y perfeccionado por Sorel, que pasa de ser una máquina intelectual pesada y esclerotizada a ser una temible fuerza movilizadora.

La epopeya de las huelgas encuentra así su cobertura ideológica. El mito de la huelga general produce una «ideología socialista rica y sublime» [213], una ideología de combate que, por primera vez, hace que «los principios fundamentales del marxismo» [214] sean perfectamente inteligibles. En efecto, ese nuevo sentido conferido a un marxismo vaciado de su contenido racionalista y transformado por el bergsonismo, permite que la idea de clase y de lucha de clases, recupere su función original. La huelga convierte en realidad la «tesis dicotómica» de una sociedad «dividida en dos grupos profundamente antagónicos»: gracias a ella, se halla «realmente dividida en dos campos y exclusivamente en dos, sobre un único campo de batalla» [215]. El mito de la huelga general confiere un significado totalmente nuevo a

[209] *Ibid.*, p. 30.
[210] *Ibid.*, p. 50.
[211] *Ibid.*, pp. 46-47.
[212] *Ibid.*, p. 189.
[213] *Ibid.*, p. 329.
[214] *Ibid.*, p. 189.
[215] *Ibid.*, pp. 189-191.

las huelgas; a través de él, cada conflicto particular adquiere las dimensiones de un «incidente de guerra social» global, y toda huelga local, por poco importante que sea en sí misma, «engendra la perspectiva de una catástrofe total». Gracias a la idea de huelga general «el socialismo se mantiene siempre joven» y «la escisión nunca corre el peligro de desaparecer» [216].

El mito de la huelga general, mito movilizador por excelencia, posee otra gran ventaja. Sorel aprendió de Le Bon que la «muchedumbre» es fundamentalmente conservadora. Tenía un gran respeto por Le Bon, al que consideraba «uno de los físicos más originales de nuestro tiempo» [217], y fue uno de los primeros que hizo grandes alabanzas de su obra [218]. Sorel ha comprendido la importancia del factor psicológico en el proceso de integración de elementos obreros en el orden burgués: «El amor propio es, todavía en mayor medida que el dinero, el gran motor del paso de la revuelta a la burguesía». Pero no se trata sólo de casos excepcionales o poco numerosos: «La psicología de las masas obreras se adapta con tanta facilidad al orden capitalista que la paz social» podría ser comprada sin mayores dificultades por la burguesía [219].

Las funciones de la idea de huelga general son romper el proceso de integración del proletariado al orden burgués, sustraer a los productores de la influencia de los intelectuales, «hacer más heroica la noción socialista», y así esta idea traduce el pensamiento íntimo de Marx [220].

Motor intelectual, emocional y psicológico de un marxismo reformado y heroico, la teoría de los mitos encuentra su expresión concreta en la violencia proletaria. No se trata aquí de metáforas ingenuas, sino de soluciones políticas inmediatas, destinadas a cambiar una situación bloqueada. Dado que la previsión marxista no se materializa, que el proletariado no ha estado «unido, organizado, por el mecanismo mismo de la producción» [221], y no encuentra, frente a él,

---

[216] *Ibid.*, p. 193.

[217] *Ibid.*, p. 192.

[218] Sobre Le Bon, véase la excelente obra de Serge Moscovici, *L'Age des foules*, París, Fayard, 1981; ed. de bolsillo, Éd. Complexe, 1985. Consúltese también el trabajo de Robert A. Nye, *The Origins of Crowd Psychology, Gustave Le Bon and the Crisis of Mass Democracy in the Third Republic*, Londres, Sage, 1975.

[219] G. Sorel, *Réflexions sur la violence*, ob. cit., p. 192.

[220] *Idem*, pp. 192-193, 200 y 202.

[221] *Ibid.*, p. 195.

una clase capitalista enérgica, «franca y lealmente reccionaria» [222], dado que, en una palabra, la revolución no se realiza y no se realizará por sí misma, es necesario reemplazar el mecanismo determinista debilitado por la voluntad revolucionaria. La teoría de los mitos se vuelve así el motor de la revolución y la violencia, su instrumento. El uso de la teoría de los mitos y de la violencia torna accesible a Marx: «Marx quiere hacernos comprender que toda la preparación del proletariado depende únicamente de la organización de una resistencia obstinada, creciente y apasionada contra el orden de cosas existente» [223]. Esta preparación se hace por el uso del *«método directo y revolucionario»* [224].

Pero he aquí que Marx no había previsto esta situación nueva que acaba de crearse, no había podido imaginar una burguesía que rehuiría el combate, que tendería a atenuar su fuerza, que compraría a cualquier precio la paz social. No había tampoco predicho que el capitalismo, que había modernizado el mundo con una rapidez sin precedentes, no completaría su función social y no crearía ese proletariado unido, organizado, consciente de su fuerza y de su misión. Marx no podía prever que la modernización obtendría resultados completamente extraordinarios en lo tecnológico, pero absolutamente desastrosos en lo social, moral y político. Marx no podía anticipar ni la decadencia burguesa, ni la decadencia proletaria. No podía concebir que los partidos socialistas, esos partidos proletarios, antaño conscientes de su misión, llegarían a convertirse en instrumentos de la colaboración de clases y fabricarían el socialismo democrático. Marx no podía imaginar que para salvar al proletariado, y, con él, a la civilización, sería necesario crearlo todo artificialmente: conciencia de clase, voluntad de lucha, polarización social. No pudo imaginarse una situación en la que, para impedir que la civilización se sumiera en la decadencia, había de ser necesario devolver a la burguesía sus apetitos y al proletariado su ardor. Marx no pudo vislumbrar una coyuntura en la que la organización sindical oficial llegaría a convertirse en «una variedad de la política, en un modo de medrar», como tampoco pudo concebir una situación en la que «el gobierno republicano y los filántropos han encabezado la tarea de exterminar el socialismo desarrollando la legisla-

[222] *Ibid.*, p. 273.
[223] *Ibid.*, p. 196.
[224] *Ibid.*, p. 95.

ción social y moderando las resistencias patronales en las huelgas» [225]. En consecuencia:

¿Debemos, acaso, pensar que la concepción marxista ha muerto? De ningún modo, puesto que la violencia proletaria entre en escena al mismo tiempo que la paz social pretende apaciguar los conflictos; la violencia proletaria recluye a los patronos en su papel de productores y tiende a restaurar la estructura de clases a medida que éstas parecían mezclarse dentro de un lodazal democrático [226].

Puesto que «a medida que aumente el ardor capitalista de la burguesía, crecerá el ánimo guerrero y la confianza en la fuerza revolucionaria del proletariado, con lo cual el movimiento tendrá más garantías de éxito» [227]. Tanto más, cuanto que esta escisión de clases «está en la base de todo el socialismo» [228]; ella es la que engendra «la noción de una revolución catastrófica» [229] y la que permitirá en definitiva «al socialismo desempeñar su papel histórico» [230].

En un pasaje clave de sus *Reflexiones,* Sorel resume así el papel histórico de la violencia:

Esta violencia obliga al capitalismo a preocuparse únicamente de su papel material y tiende a restituirle las cualidades belicosas que había poseído anteriormente. Una clase obrera en expansión y sólidamente organizada puede obligar a la clase capitalista a mantener su ardor en la lucha industrial; frente a una burguesía hambrienta de conquista y rica, si un proletariado unido y revolucionario se subleva, la sociedad capitalista alcanzará su perfección histórica.

Así la violencia revolucionaria ha llegado a convertirse en un factor esencial del marxismo. Añadamos, una vez más, que si la violencia se dirige correctamente producirá el efecto de suprimir el socialismo parlamentario, el cual no podrá pasar por ser el maestro de las clases obreras y el guardián del orden [231].

Sin embargo, y ahí hay un elemento esencial de su pensamiento,

---

[225] *Ibid.*, p. 82. Véanse también pp. 94-95, 300, 308 y 312, sobre el proyecto de Waldeck-Rousseau de «transformar los sindicatos en asociaciones político-criminales».

[226] *Ibid.*, pp. 119-120.

[227] *Ibid.*, p. 114.

[228] *Ibid.*, p. 273.

[229] *Ibid.*, p. 96.

[230] *Ibid.*, p. 279.

[231] *Ibid.*, p. 120.

la violencia, según Sorel, no es sólo un instrumento, sino que constituye un valor en sí, en la medida que «está al servicio de los intereses primordiales de la civilización». «De modo que aparece como algo bello y heroico» [232], ya que «la violencia proletaria, no sólo puede garantizar la revolución futura, sino que, además, parece ser el único medio del que disponen las naciones europeas, embrutecidas por el humanismo, para recobrar su antigua energía» [233]. A través de ella se salvará al mundo de la barbarie, y los revolucionarios entrarán en la historia como lo hicieron los defensores de las Termópilas, quienes «contribuyeron a mantener encendida la luz en el mundo antiguo» [234].

Probablemente, la barbarie que se menciona reside en la decadencia burguesa y en la negación de los valores heroicos y guerreros. De hecho, la guerra para Sorel representa la fuente de la que mana la moral por excelencia: las «altas convicciones morales [...] ya no dependen de los razonamientos o de una educación de la voluntad individual; dependen de un estado de guerra en el que los hombres deciden participar y que se traduce en mitos concretos» [235]. Las luchas religiosas o las guerras revolucionarias, el combate contra el diablo o la lucha por la libertad, los sacrificios aceptados por los primeros cristianos, los liberales en lucha contra el Antiguo Régimen o los socialistas alemanes perseguidos por Bismarck, son otras tantas ilustraciones de una misma verdad: sólo los hombres que viven en estado de tensión permanente pueden alcanzar «lo sublime». La noción de «sublime» se repite catorce veces en las once páginas de las *Reflexiones* donde Sorel trata de esta cuestión. Esta expresión es sinónimo de epopeya y de heroísmo, de sacrificio, de abnegación y de altruismo. Sólo hay moral donde los hombres llevan la dura vida del combatiente y cuando se impone el sentido del deber. En ningún caso puede cohabitar con el utilitarismo, el materialismo, el egoísmo y el probabilismo. Por eso, donde existe la noción de huelga general, donde la lucha es ardiente, donde se intercambian golpes, las «consecuencias son de mucho alcance y pueden engendrar cosas sublimes» [236].

Del mismo modo que hay dos tipos de huelga general —la huelga general proletaria y la huelga general política— y dos socialismos —el

[232] *Ibid.*, p. 130.
[233] *Ibid.*, p. 210.
[234] *Ibid.*, p. 131.
[235] *Ibid.*, p. 319.
[236] *Ibid.*, pp. 315-326.

socialismo proletario y el socialismo de los políticos—, hay dos especies distintas de guerra: la guerra que celebran los poetas, heroica, que inspira los sentimientos más nobles y más puros, y la guerra cuyo objeto es repartirse los despojos del adversario y «permitir a los políticos satisfacer sus ambiciones» [237]. La huelga general sindicalista entronca con la tradición antigua: «El proletariado se organiza para la batalla [...] subordinando cualquier tipo de consideración social a la del combate; posee el claro sentimiento de la gloria implicada en su papel histórico y del heroísmo de su actitud militante; aspira a la prueba decisiva en que habrá de dar la medida de su valor» [238].

No cabe duda que, para Sorel, la violencia revolucionaria no requiere necesariamente un gran despliegue de brutalidad, a excepción de la que es inherente a las acciones bélicas. A Sorel, que nunca ha tenido un respeto excesivo por la Revolución francesa, le horroriza lo jacobino. Si, por un lado, nunca se olvida de distinguir entre la violencia proletaria —violencia de los soldados sedientos de gloria y de honor, violencia «neutra», si se puede decir, sin odio ni ferocidad— y la fuerza burguesa que en cierto modo representa el terrorismo de Estado [239], por otro lado, insiste en diferenciar perfectamente entre la violencia proletaria y el terror revolucionario. En su opinión, Danton y Robespierre son tan despreciables como Jaurès, a quien considera «capaz de todas las ferocidades contra los vencidos». Para él, Jaurès que, en su *Histoire socialiste de la Révolution française (Historia socialista de la Revolución francesa),* mezcla «una filosofía a veces digna de Don Pantaleone con una política de proveedor de guillotina» [240], es el arquetipo de político demócrata sediento de sangre, igual que los «terroristas» de 1793. Los hábitos políticos apenas cambian, de forma que Robespierre, «en virtud del juego legítimo de las instituciones parlamentarias de este tiempo», será condenado a muerte el día que pierde la mayoría en la Convención. Las violencias proletarias, por el contrario, «nada tienen que ver con esas proscripciones» [241], de manera que no es necesario «que la sangre se vierta a borbotones» [242].

La ferocidad y la brutalidad son consustanciales a la democracia

---

[237] *Ibid.*, pp. 246-248.
[238] *Ibid.*, p. 249.
[239] *Ibid.*, p. 267.
[240] *Ibid.*, pp. 157-160.
[241] *Ibid.*, pp. 160-161.
[242] *Ibid.*, p. 273. Véanse también pp. 279, 283 y 314.

jacobina y burguesa, brotan con naturalidad del gobierno de los intelectuales, igual que el culto del Estado que, en el pensamiento soreliano, no es más que un aspecto del poder burgués, es lo propio de todos los políticos, ya sean socialistas, liberales o conservadores. A Sorel le horroriza el autoritarismo político, cualquiera que sea su especie: el Estado burgués o la dictadura del proletariado, en realidad, son uno y lo mismo. Coincide con Bernstein en que la dictadura del proletariado sólo puede conducir a la división de la sociedad entre «amos y vasallos», no puede llevar más que a regimentar el proletariado bajo las órdenes de un compacto grupo de políticos [243]. Ésa es la razón por la que Sorel preconiza la supresión del Estado, lo que, a la vez, marcará el fin del reino de los intelectuales, dueños de los partidos políticos y de los parlamentos [244]. Con objeto de anular los efectos perversos del socialismo democrático y para contrarrestar a «la elite política» que se propone utilizar el Estado para gobernar al proletariado y esclavizarlo [245], el sindicalismo revolucionario quiere instaurar el taller de los «hombres libres». Frente a este «socialismo moderado» que no puede imaginar otra solución por la que haría «cambiar de amos» al «pueblo de los productores» [246], Sorel hace un llamamiento al espíritu de rebelión de estos mismos productores, único capaz de salvar a la civilización del abismo al que le arrastra la decadencia burguesa [247]. Gracias a la violencia proletaria «el mundo moderno dispone del principal motor que *puede* asegurar la moral de los productores» [248].

Sorel, en su célebre artículo titulado «Apología de la violencia», publicado en *Le Matin* del 18 de mayo de 1908, hace un resumen de su pensamiento: la huelga es un fenómeno de guerra, la revolución social es una extensión de esta guerra en la que cada huelga constituye un episodio [249]. La guerra social «apelando al honor, que con tanta naturalidad se desarrolla en todo ejército organizado», atribuye «al sindicalismo revolucionario un alto valor civilizatorio», del mismo modo como en el pasado había sido la guerra la que «proporcionó a las repúblicas las ideas que constituyen el ornamento de

[243] *Ibid.*, p. 253. Véanse también pp. 250-262.
[244] *Ibid.*, pp. 238-240 y 249.
[245] *Ibid.*, pp. 263-265.
[246] *Ibid.*, pp. 240 y 265.
[247] *Ibid.*, pp. 351-355.
[248] *Ibid.*, p. 388. (En cursiva en el texto.)
[249] *Ibid.*, p. 434.

nuestra cultura moderna» [250]. Asimismo, los sindicalistas revolucionarios, para quienes el socialismo se reduce «a la idea, a la expectativa, a la preparación de la huelga general», al abordar esta «labor, grave, temible y sublime [...], se elevan por encima de nuestra ligera sociedad y se hacen dignos de mostrar al mundo las nuevas vías» [251].

Para salvar la moral y asegurar su perennidad, es preciso cambiar «sus motores», es preciso apelar a las fuerzas del entusiasmo, del sacrificio y del ascetismo, de lo sublime, de la gloria y del altruismo. Es preciso apelar a la violencia, destruir el utilitarismo, el materialismo, el liberalismo, la democracia corrupta y corruptora por naturaleza, detener el avance del socialismo parlamentario vil y servil [252]. Dicho de otro modo, es preciso acabar con todas las ideologías y con todas las fuerzas políticas asentadas en la idea de que el bienestar del individuo es la finalidad de toda organización social. Es preciso poder liberarse tanto del positivismo, como del optimismo insípido y beato que proclaman los materialistas de todo tipo.

Otro elemento clave para comprender el pensamiento soreliano es el pesimismo, que también constituye un aspecto fundamental de la revisión del marxismo. Las *Reflexiones* —Sorel hace especial hincapié en ello— reposan sobre el pesimismo, «esa doctrina sin la cual nada elevado se ha hecho en el mundo». Si «la filosofía griega no ha producido grandes resultados morales, es porque, en general, era muy optimista. Sócrates en ocasiones lo fue en una medida realmente insoportable» [253]. En las *Reflexiones,* Sorel vuelve a insistir en lo que había dejado perfectamente establecido en su primera obra, *El Proceso de Sócrates,* para condenar una vez más el optimismo. En *Las ilusiones del progreso,* continúa instruyendo ampliamente el proceso del racionalismo cartesiano y de la filosofía de la Ilustración.

La verdadera continuidad del pensamiento soreliano se expresa en el estudio de estos temas. Sorel ha indagado mucho, pero jamás ha modificado sus concepciones fundamentales. El antirracionalismo y el pesimismo, el culto de las épocas y de los valores heroicos, la aversión a la Ilustración, subyacen en su pensamiento desde *El Proceso de Sócrates* hasta su «Introducción» a los *Materiales de una teoría del proletariado.* En *El Proceso de Sócrates* distingue dos tipos de ética:

---

[250] *Ibid.,* pp. 435-436.
[251] *Ibid.,* pp. 434-436.
[252] *Ibid.,* pp. 341-343.
[253] *Ibid.,* p. 13.

una ética de guerrero y una ética de intelectual. El guerro representa los valores heroicos de la ciudad antigua; el intelectual, la decadencia de una civilización de la Ilustración. «En la nueva Atenas [...] la antigua civilización religiosa y heroica» ha sido destruida por los sofistas [254]. Sócrates es el prototipo de sofista dialéctico y razonador, corruptor de la moral y de las costumbres, destructor de la familia y de la ciudad [255]. Con él se condena a todos los innovadores: la decadencia empieza con el menosprecio que los nuevos filósofos sienten por Homero, símbolo de la ciudad antigua [256]. A continuación llegan la emancipación de la mujer, «la nueva organización social asentada en la familia ficticia», y la democracia de Pericles [257]. La aversión que le inspira a Sorel la sociedad abierta del siglo V, es decir, el «régimen electoral» donde «las capacidades se arrinconan a favor de los políticos y de los desclasados», no es menor que la repulsión que en él suscita la idea de un «gobierno de sabios» [258]. Como la acción de los filósofos siguió influyendo «ya no hubo soldados ni marinos, sólo hubo tenderos escépticos y espirituales». La vieja sociedad, «asentada en la disciplina militar, la preparación para la guerra», quedó arruinada por «esos famosos dialécticos» y por esta razón Atenas cayó «al mismo nivel que estaban las repúblicas italianas» [259]. Los intelectuales acababan de ganar la partida a los paladines de la sociedad cerrada, los cuales «pensaban que únicamente se podían formar generaciones heroicas mediante el viejo método de alimentar a la juventud con poemas heroicos» [260]. Sorel concluyó señalando el pecado esencial de los intelectuales: «la gran debilidad de las escuelas socráticas era su optimismo; no se puede agitar a las masas ensalzando el orden saludable, la armonía, la racionalidad de las cosas existentes» [261].

Contrariamente a la corrupción intelectual y moral propagada por los socráticos, la civilización antigua se sostenía en los mitos homéricos, mientras esos mitos sobrevivieron y prevaleció el espíritu de

---

[254] G. Sorel, *Le Procès de Socrate,* ob. cit., p. 41. Véanse también pp. 33-34, 44 y 206. Sobre esta cuestión, véase también Neil McInnes, «Georges Sorel on the Trial of Socrates», *Politics,* vol. 10, 1975, pp. 37-43.

[255] *Idem,* pp. 90-99, 101, 179 y 225.

[256] *Ibid.,* pp. 211-216.

[257] *Ibid.,* pp. 154-161 y 236.

[258] *Ibid.,* pp. 183, 237-238; véanse también pp. 177, 178-179 y 184.

[259] *Ibid.,* pp. 237-239 y 207; véase también p. 209.

[260] *Ibid.,* p. 235.

[261] *Ibid.,* p. 277, véanse también pp. 218 y 346.

los héroes de Maratón, la Grecia antigua se mantuvo fuerte, porque tenía coraje y era disciplinada. Aquí, Sorel lanza, por primera vez, la idea —de la que nunca se desviará— según la cual una civilización asentada en los mitos siempre es superior a una civilización racionalista y materialista. De forma que Sócrates y los sofistas son culpables ante el Tribunal de la Historia, y la muerte de Sócrates, ese portador de los gérmenes de la decadencia, se debe contemplar como una medida de salvación pública.

Las dos grandes constantes del pensamiento de Sorel, a lo largo de su actividad intelectual, son la obsesión de la decadencia y el odio a los valores y al espíritu burgués. El teórico de la violencia proletaria llega al marxismo precisamente porque, desde el comienzo de su andadura, se ha preocupado por los factores que conducen al fin de una civilización y por los que, por el contrario, permiten una regeneración y un nuevo punto de partida. Pero llega a él también porque ha hallado en el marxismo la más extraordinaria máquina de guerra jamás inventada contra el orden burgués. Sorel aborda el problema de la decadencia desde su primer libro; en *La ruina del mundo antiguo,* estigmatiza el espíritu burgués porque era hostil «a la antigua concepción de la ciudad heroica» [262]. Lo mismo sucede «en todos los países modernos»: si «el espíritu militarista se debilita en beneficio del espíritu burgués, también se debilita la idea social» [263]. La disolución moral del mundo moderno sólo se podrá evitar el día que «el obrero de la gran industria sustituirá al guerrero de la ciudad heroica y [o] las máquinas sustituirán a las armas» [264].

Como es un moralista con el pensamiento puesto en el aspecto de la decadencia, para él la política es, ante todo, ética. Por ello ataca a Sócrates por «confundir la moral, el derecho y la ciencia», y por no haber consiguientemente sostenido «otra cosa que no sea el probabilismo en moral y lo arbitrario en política» [265]. ¡El probabilismo! Ésa es la gran crítica: «Toda esa filosofía nos deja sin certidumbre moral. El bien se mide a escala de probabilismo» [266]. Por eso Sorel no cree que los acusadores de Sócrates se equivocaran al reprocharle que

---

[262] G. Sorel, *La Ruine du monde antique. Conception matérialiste de l'Histoire,* París, Marcel Rivière, 1933 (3.ª ed.). Con un «Prólogo» de Édouard Berth (1.ª ed. en 1901), p. 134.

[263] *Idem,* p. 133, véase también p. 136.

[264] *Ibid.,* p. XIII. Citado por Édouard Berth.

[265] G. Sorel, *Le Procès de Socrate,* ob. cit., p. 9.

[266] *Idem,* p. 92.

amenazaba a la sociedad, que corrompía a la juventud: su ética «era detestable» y actuaba con el propósito de destruir la ciudad [267]. De hecho, en toda la obra de Sorel predominará la búsqueda de una certidumbre moral y la exploración de las vías que puedan conducir a una «reforma moral» [268].

Édouard Berth, en el artículo necrológico dedicado a su maestro en *Clarté,* nos recuerda que lo que preocupaba a Sorel «era descubrir qué fuerza salvaría al mundo moderno de la misma ruina que hundió al mundo antiguo» [269]. Sorel creía que siendo consustancial a la naturaleza humana una inclinación hacia la decadencia [270], es preciso que se frene ese deslizamiento hacia la degradación y la ruina, que la sociedad se salve de la muerte, regenerándose. Para que el individuo pueda resistir a las tentaciones y a las pasiones, para que preserve y desarrolle en su interior el sentimiento del honor y del deber, debe poder apoyarse en algún elemento exterior que escape al relajamiento general de la vida moderna. A lo largo de toda su vida, Sorel se dedicó a buscar ese algo sólido, y por esta razón sus ideas han sufrido tantas variaciones, sin que nunca escondiera sus propias variaciones.

El Proceso de Sócrates, como estudio de la sociedad y del pensamiento atenienses, sólo ofrece un interés muy limitado. En él aparecen, por ejemplo, afirmaciones que estiman que «el *Banquete* y la *República*» son «dos libros que constituyen una deshonra para el genio griego» [271]. Pero lo importante está en otro lugar. A lo largo de todo el libro, el propósito de Sorel es poner de manifiesto el paralelismo entre la época socrática y los siglos XVIII y XIX. Sócrates, Descartes, Voltaire, Rousseau, los jacobinos o los políticos del siglo que acaba, pertenecen a una misma estirpe [272]. Sócrates y los sofistas destruyeron la moral homérica; la del mundo moderno ha sido cercenada, luego arruinada, por el siglo XVIII, el jacobinismo, el positivismo, la democracia, los hombres adinerados y los intelectuales. Sorel es del partido de Anytus. Él también se subleva contra la burguesía gozadora que

---

[267] *Ibid.,* pp. 9, 13 y 16.

[268] G. Sorel, «Prólogo», en *Matériaux...,* ob. cit., p. 39. Este texto se escribió en 1914 y se publicó por primera vez en 1918.

[269] Citado en el «Prólogo» de Jean Prugnot a G. Sorel, *Lettres à Paul Delesalle 1914-1921,* París, Grasset, 1947, p. 92. El artículo de Berth lleva la fecha del 15 de septiembre de 1922.

[270] G. Pirou, *Georges Sorel,* París, Marcel Rivière, 1927, p. 15.

[271] G. Sorel, *Le Procès de Socrate,* ob. cit., p. 10.

[272] *Idem,* pp. 108-109, 172, 239-240 y 349.

envilece el siglo y practica el culto al éxito. Quiere una sociedad austera y el despertar de los valores pesimistas, propios de la moral cristiana.

III. ANTICARTESIANISMO Y PESIMISMO

Sorel, profundamente influido por Hartmann [273], considera que el pesimismo es la punta de lanza del gran combate contra la decadencia. Tiene tres aspectos. Ante todo «es una metafísica de las costumbres más que una teoría del mundo; es una concepción de una marcha hacia la redención [...]»; a continuación es una toma de conciencia de los obstáculos objetivos «que se oponen a la satisfacción de nuestras imaginaciones»; finalmente —y ahí está su sustancia— es la expresión de «la profunda convicción de nuestra debilidad natural» [274]. Sólo una civilización impregnada de pesimismo puede ser grande, puesto que gracias a él toman cuerpo las grandes fuerzas históricas y las grandes virtudes humanas: heroísmo, sacrificio, ascetismo. El pesimismo está imbuido de la idea de apocalipsis, y en él tiene también su origen la idea del mito. En el cristianismo primitivo, dice Sorel, «encontramos un pesimismo plenamente desarrollado y completamente armado». Esta necesidad de «formar parte del ejército sagrado [...] suscitó muchas acciones heroicas, engendró una animosa propaganda y produjo un progreso moral serio» [275]. El pesimismo griego, impregnado de heroísmo, surgió en «las tribus guerreras, serranas y pobres», mientras que el optimismo de los filósofos tuvo, sin duda, su origen en las poblaciones urbanas, comerciantes y ricas, «que podían contemplar el mundo como un inmenso almacén lleno de cosas excelentes en las cuales su codicia poseía la facultad de satisfacerse» [276]. El ascetismo oriental a menudo ha sido considerado como una notable manifestación de pesimismo, mientras que el calvinismo del siglo XVI «nos ofrece un espectáculo que acaso es, si cabe, más instructivo»; los dogmas del pecado y de la predestinación «corresponden a los dos pri-

---

[273] Véase G. Sorel, *Réflexions sur la violence,* ob. cit., pp. 13-15, 20-22, y 113, 289-292.

[274] *Idem,* p. 17.

[275] *Ibid.,* p. 21.

[276] *Ibid.,* p. 19.

meros aspectos del pesimismo: a la miserie de la especie humana y al determinismo social» [277].

El optimismo, en cambio, enarbola todas «las ilusiones de una filosofía roma». El optimismo, obnubilado por los éxitos de la civilización material, abraza la idea de que la felicidad universal está a punto de llegar, naturalmente, para todo el mundo. Sorel, igual que Hartmann, cree que los dueños del mundo se ven empujados por las fuerzas económicas a emprender la vía del optimismo [278]. El optimista, materialista, egoísta y superficial, en política es «un hombre inconstante, peligroso incluso, porque no se da cuenta de las grandes dificultades que encierran sus proyectos». Si, por desgracia, llega a ser muy poderoso, «el optimista puede conducir a su país a las peores catástrofes». En lugar de explicar «el funcionamiento de las cosas a través de las necesidades históricas, se siente impulsado a hacer desaparecer a la gente cuya mala voluntad le parece un peligro para la felicidad de todos». «El optimista —además— pasa con notable facilidad de la cólera revolucionaria al más ridículo de los pacifismos sociales» [279]. En este retrato se ha reconocido al jacobino o al socialdemócrata, a Robespierre o a Jaurès, ambos partidarios del derecho natural, ambos exaltados adeptos del racionalismo [280].

La crítica del racionalismo iniciada con las *Reflexiones,* prosigue con *Las ilusiones del progreso,* una serie de estudios que antes de ser reunidos en un solo volumen, se publicaron en la revista *Le Mouvement socialiste* desde agosto a diciembre de 1906. En ellos, Sorel aborda la historia de las ideas con voluntad de «historiador marxista» [281]. ¿En qué consiste ese enfoque marxista? Sorel cita el pasaje del *Manifiesto* cuyo nervio lo constituye la célebre frase: «Las ideas dominantes *(herrschenden Ideen)* de una época siempre han sido las ideas de la clase dominante». Ahora bien, puesto que «la teoría del progreso ha sido concebida como un dogma en la época en que la burguesía era la clase conquistadora», a quienquiera que pretenda utilizar el método marxista le corresponde «indagar en qué medida esta teoría del progreso depende de las condiciones en cuyo ambiente se observa la formación, la ascensión y el triunfo de la bur-

[277] *Ibid.,* pp. 20-22.
[278] *Ibid.,* pp. 14-15.
[279] *Ibid.,* pp. 16-17.
[280] *Ibid.,* pp. 28-30. Sobre la crítica soreliana del racionalismo, véase especialmente Leszek Kolakowski, *Georges Sorel: Jansenist Marxist,* loc. cit., p. 79.
[281] G. Sorel, *Les Illusions du Progrès,* loc. cit., p. 79.

guesía» [282]. Lo que constituye la esencia del marxismo soreliano en 1906 es la concepción según la cual la clase dominante produce la idea dominante de su tiempo y el principio de la lucha de clases. Un marxismo que se percibe como un método, un instrumento de trabajo y un arma de combate, un marxismo del que se niega absolutamente su esencia racionalista. Se podría aplicar a Sorel la explicación que él mismo ofrece de otro cambio de envergadura operado en la historia intelectual de Europa: «El espíritu volteriano —escribe— ha desaparecido, desde el momento en que una revolución literaria ha ridiculizado la herramienta empleada por Voltaire. Sería difícil encontrar mejores ejemplos para mostrar la influencia que la materia ejerce sobre el pensamiento» [283]. Y, de hecho, Sorel partirá en busca de un nuevo instrumento de combate, cuando la herramienta marxista se haya convertido en algo vetusto gracias a la obra de Bergson y Nietzsche, Hartmann, Le Bon y William James.

La clave de bóveda del revisionismo soreliano es el rechazo del racionalismo. Pero Sorel no se contenta con la crítica de la vulgarización positivista, lo que después de todo, en esos albores del siglo, es bastante trivial. Escoge la vía difícil y se decide a lanzar sus dardos contra la sustantiva médula del racionalismo: el cartesianismo. Sin duda, su crítica es, a menudo, pueril. Como cuando, contra Descartes, corre en busca de la ayuda de Brunetière [284]. Pero poco importa eso aquí. Spengler utilizará el mismo procedimiento. Lo que cuenta, en este caso, no es la calidad científica de la obra, sino su impacto y su significación.

Sorel sostiene que, desde el punto de vista del materialismo histórico, el cartesianismo es un notable ejemplo de «adopción de una ideología por una clase que en ella encuentra las fórmulas capaces de expresar sus tendencias» [285]. Este «racionalismo garrulo» acusa a la religión, es «decididamente optimista» —lo que complacía a una sociedad deseosa de no poner trabas a sus ganas de divertirse—, y a la postre «reduce la ética a una norma de conveniencia que prescribe el respeto a los usos establecidos» [286]. Lo que significa que «no cabe hablar de moral cartesiana»; en consecuencia, todo cuanto se refiere al

---

[282] *Idem*, pp. 5-6.
[283] *Ibid.*, p. 28.
[284] *Ibid.*, pp. 16-48.
[285] *Ibid.*, p. 37.
[286] *Ibid.*, pp. 46-48.

cartesianismo debe considerarse «literatura que no conduce a nada útil ni verdadero». Descartes «no parece haberse preocupado nunca del sentido de la vida», lo que convenía a la gente «que aspiraba a liberarse del yugo cristiano» [287]. El cartesianismo es el ideal en una sociedad en la que las costumbres se relajan y donde impera la superficialidad, la ligereza, la vulgarización científica, el «sentido común»: es la filosofía adecuada «para los que asisten habitualmente a los salones» [288]. La mejor personificación del cartesianismo es Fontenelle, hábil vulgarizador, mediocre e influyente [289]. Esta sociedad en la que desaparecen el miedo al pecado, el respeto a la castidad y el pesimismo, en la que el cristianismo se apaga hasta desaparecer, esta sociedad que quiere gozar y divertirse, debe justificar su conducta: de forma que es normal que los últimos años del siglo XVII entronicen a Descartes [290]. En adelante, la filosofía francesa quedará marcada por esos «caracteres racionalistas, absolutamente especiales, que hacen que resulte agradable a las personas mundanas» [291].

En el origen de la teoría del «progreso indefinido» [292] se encuentra también el cartesianismo. Ahora bien, según Sorel:

> el progreso siempre será un elemento esencial de la gran corriente que lleva hasta la democracia moderna, porque la doctrina del progreso permite disfrutar tranquilamente de los bienes de hoy, sin tener en cuenta las dificultades de mañana. Una doctrina que gustó a la vieja sociedad de nobles ociosos, que también gustará a los políticos que la democracia encarama al poder, quienes, amenazados por la inminencia de una caída, quieren hacer partícipes a sus amigos de todas las ventajas que procura el Estado [293].

Así construyó la filosofía cartesiana los fundamentos sobre los que actualmente reposa la democracia, este régimen imbuido de una ciencia que tiene la pretensión de inventar la naturaleza, a la manera de Descartes, y que no tiene ninguna relación «con la profundización de los problemas que se plantea la verdadera ciencia enraizada en la prosaica realidad» [294]. A eso Sorel, en las *Reflexio-*

---

[287] *Ibid.*, pp. 47-48.
[288] *Ibid.*, pp. 45-46. Véase también p. 36.
[289] *Ibid.*, p. 37.
[290] *Ibid.*, pp. 32-33 y 37-38.
[291] *Ibid.*, p. 48.
[292] *Ibid.*, p. 35.
[293] *Ibid.*, p. 49.
[294] *Ibid.*, pp. 49-50.

nes, lo llama, como se recordará, una «ciencia menor»: esta *«ciencia burguesa»* [295] constituye todo cuanto puede producir el racionalismo. La «ciencia menor» da a las personas una confianza desmesurada en sus capacidades para resolver, haciendo uso de la razón, todas las dificultades de la vida diaria, una vez resueltas todas las que existen en la cosmología. He ahí por qué, actualmente, escribe Sorel: «si uno se atreve a alzar su voz contra la ilusión del racionalismo, en el acto es considerado como un enemigo de la democracia» [296].

Sorel pasa a continuación al siglo XVIII, instruye el proceso a Condorcet, quien culmina la obra de Turgot. Condorcet hizo la apología de la vulgarización de los conocimientos, que iba a favorecer a la democracia, elogió «el paso de la literatura al periodismo, de la ciencia al racionalismo de los salones o de las asambleas parlantes, de la investigación original a la declamación» [297]. Este siglo veleidoso con una ideología de gremio de dependientes de comercio se ha entregado a «una orgía de abstracciones» [298]. Maurras, como se sabe, no ha dicho otra cosa. La mayor de estas abstracciones —Maurras habla de «nubarrones»— es la ideología contractual, basada en una concepción del individuo como átomo social y ciudadano abstracto. La teoría del derecho natural de Locke se explica por una percepción de la sociedad como mera corporación comercial. Esta doctrina racional, utilitaria y optimista se incorpora a la docencia de los fisiócratas, a la vez que el *Contrato social* «exaltaba el papel de la razón identificada con la voluntad general» [299].

El siglo XVIII, frívolo y superficial, anuncia el reino de los letratenientes, hacedores de opinión; lega a la democracia contemporánea «un catecismo laico, patriótico y burgués» que consagra «la dominación de los charlatanes» [300]. Para definir el espíritu de la democracia, Sorel apela a la autoridad de Léon Daudet, que veía en ella una «filosofía de lo primario». Pero Sorel ni siquiera está seguro de que sea

---

[295] *Ibid.*, p. 179. Véanse también pp. 137-171. (En cursiva en el texto.)

[296] *Ibid.*, p. 50.

[297] *Ibid.*, p. 54. Véanse también pp. 53 y 55-88. Véanse finalmente pp. 181-185 y 192-196.

[298] *Ibid.*, pp. 74, 80 y 87.

[299] *Ibid.*, pp. 87, 97-100, 106 y 250.

[300] *Ibid.*, p. 196.

eso, esa democracia que vive de una vulgarización de la vulgarización del siglo XVIII [301].

Por ello conviene ante todo cortar los vínculos entre el pueblo y la literatura del siglo de Voltaire y liberar al proletariado de la influencia de los intelectuales infectados por la cultura de la Ilustración. Acto seguido, es preciso poner las bases de una cultura basada en el trabajo, en la experiencia del taller —«los sentimientos de afecto que a todo trabajador realmente cualificado le inspiran las fuerzas productivas que se le confían»— y la alta producción considerada como anticipación del arte. Las relaciones que existen entre el trabajador y la máquina, los sentimientos de sublimidad que engendra la guerra del proletariado contra sus dueños, los sentimientos de grandeza que aparecen en el sindicalismo revolucionario, pueden «servir de base a una cultura que no hará echar de menos a la civilización burguesa». La civilización de los productores, sustentada en la pureza de las costumbres y de la cultura clásica, podrá escapar de la mediocridad democrática y evitar que el mundo se hunda en la decadencia [302].

En el socialismo no cabe la corrupción moral y material del reformismo democrático. Al final de las *Ilusiones,* Sorel nos recuerda el voto que hizo en 1899, en el que pedía «que el socialismo se transformara en una filosofía del comportamiento moral; este cambio debía servir para insuflar altura de miras a un movimiento que entonces carecía de ella, más o menos, en el mismo grado que la propia democracia». Para Sorel la solución del problema así planteado acababa de esbozarse en las *Reflexiones,* puesto que sólo la revisión del marxismo —la revisión soreliana, evidentemente— puede hacer que el socialismo discurra por la vía de las «leyes de la grandeza y de la decadencia» [303].

Ese socialismo revisado, moralista, espiritualista, antirracionalista, ese socialismo corregido, realmente transformado, invoca a Pascal y a Bergson —«entre quienes —dice— cabría hacer más de una comparación»— [304] contra los enemigos mortales, los padres intelectuales de todos los males, Sócrates y Descartes. Sorel se siente fascinado por Pascal, a la vez que le deslumbra el espiritualismo bergsoniano. Pascal se rebela contra el ateísmo, su espíritu siente la

[301] *Ibid.*, pp. 267 y 276.
[302] *Ibid.*, pp. 277-286 y 335-336.
[303] *Ibid.*, p. 335.
[304] *Ibid.*, p. 51. Sobre Pascal, véanse pp. 38-48.

seducción del milagro, de modo que es la antítesis perfecta de Descartes que «abre la vía a los enciclopedistas reduciendo el papel de Dios a muy poca cosa» [305]. Sorel rechaza de un plumazo lo esencial de la herencia intelectual de los siglos XVII y XVIII: Descartes, Locke y Rousseau, el racionalismo, el optimismo, la teoría del progreso, la teoría de los derechos naturales y del concepto de sociedad como conjunto de individuos. Sorel siente aversión por la concepción atomística del individuo que prevalece desde los tiempos de Hobbes y de Locke, pues ella es la culpable del liberalismo, de la democracia y del socialismo desnaturalizado. Al propio tiempo, coherente consigo mismo, estigmatiza la secularización de la sociedad francesa, ese proceso que nunca pudo haber cristalizado sin el relajamiento de las costumbres y la desaparición de la moral.

Sorel, no lo olvidemos, abandona el socialismo en 1909. Pero no por ello cede su ímpetu revolucionario: el activismo es el corolario natural y necesario de la teoría de los mitos. En su caso, la práctica precede a la teoría y sólo la acción cuenta realmente. Para el teórico sindicalista la eficacia de una actitud vale mucho más que sus cualidades intrínsecas: ni el kantismo, ni los estoicos, ni Proudhon parecen, advierte, haber ejercido mucha influencia. Para que la gente se lance a la acción, es necesario «que la convicción se apodere absolutamente de la conciencia y actúe antes que los cálculos de la reflexión hayan tenido tiempo de aparecer en el espíritu» [306]. Por esa razón Sorel rechaza cualquier construcción intelectual a la que llama *utopía* y a la que opone la fuerza del mito movilizador.

Al contrario que el mito, la utopía —desmontable en sus componentes— permite hacerse una idea y razonar sobre el porvenir [307]. Los racionalistas, es decir, los utopistas, esos «adoradores de una ciencia vana y falsa» [308], esterilizan las capacidades de acción cuando se niegan a inclinarse ante las fuerzas de la imaginación y del instinto. Detentadores de abstracciones, fabricantes de sistemas, optimistas en cuanto racionalistas, desde Sócrates hasta los sorbonianos del socialismo parlamentario, los intelectuales lo corrompen todo y en todos los tiempos: la ciudad griega desmoronada por el socratismo, la austera cultura clásica impregnada de fe, de ascetismo y de pesimismo,

---

[305] *Ibid.*, p. 40.
[306] G. Sorel, *Réflexions sur la violence*, ob. cit., pp. 315-316.
[307] *Idem*, pp. 46-47.
[308] *Ibid.*, pp. 206-207.

destruida por el cartesianismo triunfante, el proletariado descarriado por los picos de oro y los tertulianos universitarios... La nueva barbarie proletaria, detentadora de sublimidad, de altruismo y de heroísmo, creadora de una nueva civilización, debe defenderse a toda costa de la corrupción intelectual del «socialismo *civilizado* de nuestros doctores oficiales» [309]. Esos

> doctores de la *ciencia menor* [...] afirman levantando la voz que sólo admiten en el pensamiento ideas claras e inteligibles; de hecho, es una norma insuficiente para la acción, puesto que nosotros no ejecutamos nada que sea relevante sin la intervención de imágenes coloreadas y nítidamente perfiladas que absorben toda nuestra atención [...] [310].

Es importante hacer hincapié en que aquí no se trata de un ataque a los intelectuales burgueses (por lo demás, mantenidos bajo sospecha en buena parte de Europa, por los militantes obreros), sino de un ataque al racionalismo, al intelectualismo, al positivismo, y, de hecho, al propio método científico, en la medida en que se estimaba que se aplicaba fuera del terreno acotado de las ciencias exactas.

Que el proletariado no sea capaz de cumplir su papel revolucionario, no quiere decir que se deba abandonar la revolución y dejar al mundo al albur de la decadencia intelectualista y burguesa. En realidad, con Sorel aparece una nueva forma de veleidad revolucionaria, detentada por un nuevo tipo de recusación, el de una civilización que aún siendo burguesa, es también racionalista, profundamente optimista y laica. La que aquí se cuestiona es toda la tradición humanista, esto es, la idea de perfectibilidad del individuo y de la unidad del género humano. Sorel, de este sistema racionalista y fundamentalmente materialista, del que aborrece las concepciones utilitaristas e instrumentalistas, retiene la idea de lucha de clases y la de la polarización catastrófica que puede suscitar la fuerza del mito de la huelga general. Antes de haberse secado la tinta de las *Reflexiones,* de las *Ilusiones* y de la *Descomposición del marxismo,* se habrá desmoronado el concepto de clase: de la revisión soreliana del marxismo sólo subsiste la aversión a la civilización burguesa, racionalista y laica, y la firme voluntad de destrozarla.

El antirracionalismo constituye el auténtico hilo conductor del pensamiento soreliano de esta primera década del siglo. Por eso no es de

---

[309] *Ibid.*, p. 130. Véanse también pp. 200 y 434.
[310] *Ibid.*, p. 218.

extrañar que sea también el tema principal del «Prefacio» de su colección de ensayos, reunidos bajo el título de *Materiales para una teoría del proletariado,* en el que, en vísperas de la guerra, resume su posición.

En efecto, después de recordar la requisitoria dirigida en las *Ilusiones* contra los «intelectuales del siglo XVIII» que tanto ensalzaron, junto con el derecho natural, «las ideas de progreso, de regeneración o de creación, de razón universal», Sorel vuelve a atacar a los racionalistas que se descarrían «por el cientifismo histórico» [311]. Sorel apela al pragmatismo de William James contra el racionalismo que «contamina nuestros símbolos», que elimina «cuanto puede [de] las facultades psicológicas que encuentra a su paso», y nos arroja en brazos de la utopía [312]. En su revisión del marxismo, Sorel ni siquiera indulta a Hegel. Sustituye el racionalismo hegeliano por el pragmatismo de William James. Hegel, ese «filósofo que ha conseguido que se le tomara por profundo» [313], es relegado a las mazmorras de la historia junto con «el fundador del socialismo científico», culpable de haber creído «que los periódicos de la socialdemocracia darían a los proletarios una enseñanza capaz de asegurar con ella el triunfo del racionalismo en un mundo hiperhelénico» [314]. Entonces, el revisionismo soreliano no sólo rechaza a los ortodoxos (Kautsky, Ferri, Guesde y Lafargue), a los reformistas (Jaurès o Turati), sino también a alguien como Antonio Labriola [315]. La recusación de toda una cultura impregnada de racionalismo y la voluntad de verla zozobrar, conducen a Sorel a repudiar a Marx y a Hegel, evidentemente, pero también a los marxistas de su propia generación. Édouard Berth no se equivoca cuando ve en las *Reflexiones* el signo evidente del fin del marxismo soreliano. En su conclusión a *Méfaits des intelectuels (Fechorías de los intelectuales),* redactada en 1913 y simbólicamente titulada «La victoria de Pascal», Berth escribe:

En sus *Reflexiones sobre la violencia,* Sorel había intentado precisamente desvincular la filosofía sindicalista de ese optimismo insípido, y su carta a Daniel Halévy, que constituye el prefacio del libro, mostraba todo el valor histórico del pesimismo. De este modo, el sindicalismo se separaba claramente del

---

[311] «Prólogo», en *Matériaux...,* ob. cit., pp. 23-24.

[312] *Idem,* pp. 22-25, 35 y 39.

[313] *Ibid.,* p. 21. Véase la nota 3 de esa página, que constituye una buena ilustración de las críticas primarias que Sorel dirige contra Hegel.

[314] *Ibid.,* p. 44.

[315] G. Sorel, *Les Illusions du Progrès,* ob. cit., pp. 2 y 4.

«marxismo ortodoxo» e, incluso, del marxismo en general, que sigue globalmente girando en torno a una concepción optimista y cientifista de la vida, es decir, en torno a un plan burgués, en torno al plan del siglo XVIII [316].

Sorel es perfectamente consciente de la evolución de su pensamiento. En vísperas de la guerra, cuando está preparando la publicación de los *Materiales,* quiere recordar al lector que en 1910, la traducción italiana de su largo artículo, «Mis razones del sindicalismo», iba precedido de una pequeña nota anunciando que el autor a partir de ahora renunciaba «a la literatura socialista». Los motivos que entonces le llevaron a tomar esta decisión, escribe en 1914, «siguen manteniendo la misma vigencia que en la fecha en cuestión» [317].

Es así que, en vísperas de la guerra, Sorel hace suya la famosa fórmula de Croce en virtud de la cual «el socialismo ha muerto». Pero si el socialismo ha muerto, no es únicamente a causa del proceso intelectual que Sorel definió en términos de una «descomposición del marxismo», sino por una razón mucho más grave: si esta «epopeya magnífica» que Marx había solado ha resultado ser sólo un espejismo, si «la revolución anunciada por Marx es quimérica», es porque ese «proletariado heroico, creador de un nuevo sistema de valores, llamado a fundar en un breve espacio de tiempo, sobre las ruinas de la sociedad capitalista, una civilización de productores», no existe en ninguna parte y probablemente no existirá nunca [318]. Ese proletariado, que en las *Reflexiones* todavía definía organizándose «para la batalla separándose claramente de las otras partes de la nación [...], subordinando cualquier consideración social a la del combate», ese proletariado que se supone se percibía «como el gran motor de la historia» [319], íntegro y puro, pesimista y ascético, aparece de pronto, tan corroído por el utilitarismo como la burguesía. Si el obrero alemán «se enrola en las tropas de la democracia», es porque «el hombre corriente ya no se lanza a un nuevo proyecto si no se siente seducido por el espejismo de las enormes ventajas que parecen casi seguras y que habrán de producirse en un breve lapso de tiempo» [320].

---

[316] E. Berth, *Les Méfaits des intellectuels,* París, Marcel Rivière, 1926 (2.ª ed.), p. 339.

[317] G. Sorel, «Prólogo», en *Matériaux...*, ob. cit., p. 2.

[318] *Idem,* pp. 3-4. Sorel cita a Croce: «El socialismo halló su último refugio en el sindicalismo; precisamente bajo esta forma, murió» (p. 4, n. 2).

[319] G. Sorel, *Réflexions sur la violence,* ob. cit., p. 249.

[320] G. Sorel, «Prólogo», en *Matériaux...*, pp. 4 y 19.

Es probable que sea el giro decisivo para Sorel. Después de «El porvenir socialista de los sindicatos», todo su socialismo se asienta en el principio según el cual «la nueva escuela» no inventa nada, puesto que no hay nada que inventar: quienes producen el socialismo son los productores en sus talleres, y a los intelectuales —que deben ponerse al servicio del proletariado— no les cabe otra tarea que escribir la teoría de la revuelta obrera. Pero he ahí que el descubrimiento de un proletariado cuyas motivaciones, preocupaciones, ideas y comportamiento, apenas se diferencia de las de la burguesía, rompe el espinazo del socialismo soreliano.

Finalmente, a quienquiera que persevere en el repudio del orden existente, no le queda más que volver la mirada hacia la auténtica fuerza revolucionaria emergente en esos albores de siglo. Los sorelianos comparten con los nacionalistas la aversión a la democracia burguesa, al siglo XVIII, al espíritu laico, a la Revolución francesa, pero también el respeto por la tradición y la cultura clásica. La atracción que Sorel ejerce sobre los maurrasianos se explica por la vigorosa campaña emprendida por el teórico del sindicalismo revolucionario contra la filosofía de la Ilustración: éste es el verdadero punto de encuentro entre los revolucionarios procedentes de un marxismo vaciado de su esencia materialista y racionalista, y los nacionalistas vaciados, a su vez, de su liberalismo, de su individualismo, de su concepción de la sociedad como un conjunto de individuos. De modo que el antimaterialismo constituye el denominador común y el espacio en el que coinciden las dos corrientes no conformistas de la época.

IV. LA CONFLUENCIA DEL SORELISMO Y DEL NACIONALISMO

La adhesión de Sorel al nacionalismo integral se produce durante el verano de 1909. En abril del mismo año, tras leer la segunda edición de la *Enquête sur la Monarchie* [*Encuesta sobre la monarquía*], el teórico del sindicalismo revolucionario ya expresaba su admiración por el fundador de la Acción Francesa [321]. Tres meses más tarde, el 16 de julio, publica en *Il Divenire sociale* de Enrico Leone, la revista más

[321] G. Sorel, «Lettre de Georges Sorel à Charles Maurras», del 16 de julio de 1909, publicada en P. Andreu, *Notre Maître, M. Sorel,* París, Grasset, 1953, pp. 352-326.

importante del sindicalismo revolucionario italiano, un homenaje de gran repercusión al maurrasianismo que *L'Action française* publica, a su vez, el 22 de agosto bajo el título de «Socialistas antiparlamentarios» [322]. Este artículo anuncia la confluencia «en la cumbre» del nacionalismo integral y de la versión soreliana del sindicalismo revolucionario. Confluencia, mas no auténtica síntesis operativa, la cual habrá de ser abordada por la generación de los sorelianos de Francia y de Italia.

La entradilla del artículo de Sorel expone con claridad el significado de la adhesión del líder intelectual del sindicalismo revolucionario. Sorel aún no había sido lisonjeado con tanto ardor, nunca y en parte alguna, fuera del círculo de sus discípulos convencidos, había recibido tantos testimonios de admiración. El hecho de que «el brillante y profundo teórico del socialismo antidemocrático, el ya admirado autor de las *Reflexiones sobre la violencia* y de la *Révolution dreyfusienne (Revolución dreyfusiana)*», no haya, en realidad, producido más que un corto artículo sin relieve y trillado donde renueva los ataques reiteradamente remachados contra la democracia liberal que componen *La Revolución dreyfusiana,* en nada cambia las cosas. Lo que importa es la convicción de que

> la revolución dreyfusiana ha deteriorado singularmente las fuerzas morales de Francia [...]. Era necesario que se elevara una enérgica protesta contra este espíritu de decadencia: sólo el grupo social de la Acción Francesa estaba capacitado para desempeñar un papel que exigiera, a un tiempo, ilustración y fe [...]. Los amigos de Maurras constituyen una vanguardia llena de audacia que emprende la lucha a fondo contra los *bellacos* que han corrompido cuanto han tocado en nuestro país; el mérito de esos jóvenes aparecerá en toda su grandeza en el libro de la historia, puesto que gracias a ellos es de esperar que un día no lejano termine el reino de la estupidez [323].

Los maurrasianos devuelven el cumplido con una lluvia de elogios: se habla de la «incomparable capacidad de análisis» de Sorel, y se le estima como «el más profundo crítico de las tesis modernistas» [324], o se le presenta como «el más penetrante y eminente de los

---

[322] G. Sorel, «Socialistes antiparlamentaires. Un article de M. Georges Sorel», *L'Action française,* 22 de agosto de 1909. El título original es «La disfatta de "mufles"».

[323] *Idem.*

[324] «Lettre de M. Georges Sorel», *Revue critique des idées et des livres,* t. X, núm. 155, 25 de julio de 1910, p. 101.

sociólogos franceses» [325]. ¿Y todo ello por qué? Por haber saludado, con Barrès y «nuestro maestro Édouard Drumont», esa «nueva y profunda manifestación del patriotismo francés que representa *Le mystère de la charité de Jeanne d'Arc* [*El misterio de la caridad de Juana de Arco*] de Péguy», esa «obra magnífica», escribe Sorel en *L'Action française* del 4 de abril de 1910, que «contará tal vez entre las obras maestras de nuestra literatura». Gracias a ella, será posible acabar con las «mentiras» y «*bromas* gambettistas», con la «revolución dreyfusiana» que «habría sido imposible si el patriotismo no hubiera sido ridiculizado por los saltimbanquis del oportunismo». En realidad, no existe el patriotismo sin su esencia cristiana: el despertar nacionalista se encuentra estrechamente vinculado a la acción impetuosa del catolicismo: todo escritor que quiera «hablar dignamente de la patria», dice Sorel, debe referirse a lo «sobrenatural cristiano». Una «afirmación tan acerbamente católica» revela hasta qué punto «todos los bellacos sienten que el poder del que hoy disfrutan está amenazado», ya que, en contacto con este texto, «el lector no ha cesado de debatirse con el alma eterna de Francia [...]». Para Sorel, el patriotismo católico de Péguy añade una dimensión suplementaria a la gran cruzada antirracionalista: «De este modo se nos presenta al patriotismo bajo un aspecto nada adecuado a los racionalistas [...], el arte triunfa aquí sobre la falsa ciencia que se contenta con las apariencias, y alcanza la realidad» [326].

Sorel no se hace repentinamente nacionalista en el sentido primario del término; no da su adhesión a un patriotismo vulgar y exaltado. No cabe esperar de él que se incline ante un Barrès, convertido en un simple político conservador, rico y cubierto de honores. Nada le dice una retahíla de Déroulède. No descubre de golpe que posee un alma nacionalista. Sorel no es Jules Lamaître. No le atrae tampoco el lado racionalista y positivista del sistema maurrasiano, ni le fascina en modo alguno la personalidad autoritaria y desagradable del fundador de la Acción Francesa. Por lo demás, el viejo amargado Sorel, considerado casi por todo el mundo como renegado, peleado prácticamente con todos aquellos con los que tuvo relación desde su entrada en la vida política, no es de trato fácil. Sus «variaciones», cuya coherencia interna no puede pasar desapercibida al historiador, han

---

[325] G. Sorel, «Le réveil de l'âme française, *Le Mystère de la Charité de Jeanne d'Arc*», *L'Action française*, 14 de abril de 1910, véase la entradilla.

[326] *Idem.*

hecho, sin embargo, que sus contemporáneos le consideraran un personaje excéntrico, inseguro, siempre desconcertante. Croce siente ternura por él, pero para Antonio Labriola en 1898, para Jaurès o Bernstein en 1906, para Lagardelle en 1910, Sorel es un hombre imprevisible, capaz en todo momento de tomar un derrotero totalmente inesperado.

En realidad, su enfoque, culminación de un proceso de fermentación intelectual de muchos años, es de una gran consistencia. Sorel no se deja llevar por un arrebato, sino que actúa en virtud de sus afinidades con ciertos aspectos esenciales de la ideología de la Acción Francesa. Preconizando la violencia y exhortando al proletariado a la lucha a ultranza contra el orden burgués, contra la democracia liberal, contra el siglo XVIII y la revolución, ensalzando las virtudes del pesimismo cristiano, no invita Sorel, acaso, a la vez, al obrero revolucionario «a reconocer el principio de la herencia histórica». Hablando del régimen napoleónico, insiste en el «gran papel que desempeña el conservadurismo a través de las más grandes revoluciones» [327]. No cabe duda que tales tomas de posición han de resultar muy agradables a los oídos maurrasianos. De hecho, el pensamiento de Sorel aparecerá entonces como una variante francesa de esa «revolución conservadora» que había de florecer principalmente en Alemania, donde constituyó la variante local del fascismo. Esta escuela se hizo célebre a través de la obra de Spengler, Moeller van den Bruck, Paul de Lagarde, Julius Langbehn y Ernst Jünger [328]. Un revolucionario conservador, tal era Sorel en 1912.

Por otro lado, si el teórico sindicalista se aproxima a las posiciones maurrasianas, es porque tienen necesidad de una nueva fuente de energía revolucionaria. No le tienta ni le cautiva el realismo, sino «la ardiente juventud» que se enrola en la Acción Francesa [329]. No es a causa, sino a pesar de su realismo que Sorel va hacia el movimiento maurrasiano. No olvidemos que la Acción Francesa de estos años di-

---

[327] G. Sorel, *Réflexions sur la violence,* ob. cit., p. 124.

[328] Respecto de la «revolución conservadora», se pueden establecer comparaciones muy interesantes entre Alemania y Francia. Sobre esta cuestión es recomendable consultar estudios hechos con anterioridad, véase Z. Sternhell, «Emmanuel Mounier et la contestation de la démocratie libérale dans la France des années trente», *Revue Française de Science politique,* vol. 34, núm. 6, pp. 1141 ss.

[329] Carta de Georges Sorel a Pierre Lasserte, *Nation française,* núm. 130, 2 de abril de 1958, citado en P. Andreu, «Lettres de Georges Sorel à Édouard Berth —Primera parte: 1904-1908», *Cahiers Georges Sorel,* vol. 3, 1985, p. 93.

fiere enormemente del movimiento de damas patrocinadoras, de terratenientes y de oficiales de marina que prevalecerá en la década de los veinte. Si bien es cierto que los *Camelots du Roi,* los estudiantes de la AF, todavía marcaban la pauta en el Barrio Latino de entreguerras, no lo es menos también que el movimiento abrigaba entonces la pretensión de encontrar una base popular o de fundir lo «nacional» con lo «social». Tal es, empero, la ambición del maurrasismo de esos albores de siglo: Drieu La Rochelle no se equivoca cuando en 1934 habla de «la inspiración popular del fascismo», de la que AF blasonaba antes de 1914 [330], ni Pierre Andreu, excelente conocedor de Sorel, al titular en 1936 *Fascisme 1913* un artículo sobre Sorel y el acercamiento entre el teórico sindicalista y los nacionalistas [331]. «Si sentí la tentación de la Acción Francesa, escribe en otro lugar Drieu, fue en la medida en que ella, a través del Cercle Proudhon, establecía un lazo de unión con el impulso de la revolución sindicalista» [332].

Vale la pena que, una vez más, citemos al Pierre Andreu de los años treinta que comprende a Sorel maravillosamente:

> Sorel del marxismo sólo se queda con la guerra de clases. Para él esta guerra es la esencia y la esperanza del socialismo. No opone el socialismo al capitalismo, opone, en una guerra heroica, el proletariado a la burguesía. Sorel echa muchas más pestes contra la burguesía que contra el sistema de producción capitalista. Critica ferozmente a todos los sistemas socialistas, al capitalismo no lo critica [333].

En la misma época, otro observador, no menos comprometido y no menos perspicaz, Thierry Maulnier, comprende también que a pesar de las apariencias, Sorel nunca ha variado realmente: enemigo de la democracia, vuelve la vista hacia Maurras o hacia Lenin, según las circunstancias. En Lenin, dice Maulnier, Sorel ve la «revancha del hombre, del jefe, del creador contra la vulgaridad democrática, revancha de la *violencia* proletaria contra la traición socialista» [334].

En los años anteriores al cataclismo de agosto de 1914, la Acción Francesa es el único movimiento verdaderamente opositor. A la iz-

---

[330] P. Drieu La Rochelle, *Socialisme fasciste,* París, Gallimard, 1934, p. 221.

[331] P. Andreu, «Fascisme 1913», *Combat,* núm. 2, febrero 1936.

[332] P. Drieu La Rochelle, *Socialisme fasciste,* ob. cit., p. 106.

[333] P. Andreu, «Le Socialisme de Sorel», *L'Homme nouveau,* núm. 17, junio 1935 (sin paginar).

[334] T. Maulnier, «Le socialisme antidémocratique de Georges Sorel», *La Revue universelle,* núm. 21, 1 de febrero de 1936, p. 373.

quierda, la integración en el consenso republicano se acelera considerablemente. El sindicalismo revolucionario, del que Sorel pretende ser el teórico, no despega, de modo que las tropas obreras emprenden el camino del socialismo democrático. Incluso Gustave Hervé, símbolo vivo de la oposición a la república liberal, abandona el antipatriotismo a ultranza mucho antes del día de la movilización. Hacia 1912, el director de la *Guerre sociale,* igual que Lagardelle, que sigue publicando Le *Mouvement socialiste,* hace las paces con el orden establecido. Para luchar contra el orden establecido del que también forma parte el socialismo democrático —más seguro de sí mismo que nunca—, sólo queda el movimiento maurrasiano, movimiento que es el único que no solamente rompe con el régimen, sino también con sus fundamentos espirituales. La Acción Francesa proclama la absoluta incompatibilidad entre el nacionalismo y el régimen republicano, cuya destrucción total preconiza, y se propone encuadrar a las fuerzas capaces de triunfar sobre las ideas liberales y democráticas. La Acción Francesa pretende formar la «Brigada de Hierro» que derrotará a la democracia liberal, como antaño «la Falange macedoniana» «puso en cintura a la turbamulta democrática de los pueblos de Asia» [335]. Un objetivo, un modo de pensar y un vocabulario que, sin duda, no podía desagradar a Sorel. Los jóvenes militantes de la AF y sus vigorosos jefes, violentos, comprometidos en un combate diario contra esa república democrática odiada y menospreciada, constituyen, en suma, para Sorel, no solamente unos aliados naturales, sino los únicos aliados posibles. Para él como para los maurrasianos, la legitimidad de la democracia es nula, antinatural y encarna el mal.

Esta convergencia de hombres que voluntariamente acampan fuera de la ciudad democrática, viene enormemente facilitada por los esfuerzos que despliega la Acción Francesa desde sus primeros años de existencia en los medios obreros en general y en el sindicalismo revolucionario en particular. Maurras y los suyos saben perfectamente que no hay nada que sacar de la SFIO, ni de sus diversos componentes. Por un lado, el socialismo francés acababa de alcanzar el fondo del callejón en la vía de la democratización —en lo que no hizo sino seguir el mismo proceso que siguieron los otros movimientos socialistas de Europa occidental. Por otro lado, el caso jugó su papel de factor integrador. Por lo demás, la Acción ataca al autor de *La revolución dreyfusiana,* crítica virulenta de ese famoso caso y tentativa

[335] «Ligue d'Action française», *L'Action française,* 1 de agosto de 1905, pp. 224-225.

resueltamente declarada de desfigurar sus resultados [336]. Sorel se convierte entonces en un símbolo y en una esperanza. En el espacio nacionalista de estos años [337], la contribución de Sorel abre nuevas posibilidades a las fuerzas rupturistas frente al consenso republicano.

De hecho, el movimiento maurrasiano, desde sus comienzos, sigue con perseverante interés la evolución intelectual en el seno de la izquierda no conformista. Este socialismo original, basado en una profunda revisión del marxismo —un socialismo que no cuestiona ni la propiedad privada, ni el beneficio, ni el conjunto de la economía liberal, sino exclusivamente la democracia liberal y sus fundamentos filosóficos— encuentra una amplia acogida en la Acción Francesa. Maurras, por lo demás, a partir de 1900, empezó a preparar el terreno en vistas a una apertura hacia la izquierda no conformista: «Un sistema socialista *puro* debería estar desprovisto de cualquier elemento de democratismo» escribía [338]. Maurras ataca indudablemente el igualitarismo y el internacionalismo marxistas pero, en cambio, en su opinión, «*un socialismo liberado del elemento democrático y cosmopolita* puede venirle igual de bien al nacionalismo como un guante bien hecho a una mano hermosa» [339]. Jacques Bainville, Jean Rivain y Georges Valois examinan meticulosamente todas las manifestaciones de rebelión contra la democracia liberal, el sufragio universal, el siglo XVIII y la herencia de 1789, toda acción política y, principalmente, toda idea de la que pudiera esperarse una próxima fractura entre el

---

[336] *La Révolution dreyfusienne,* París, Marcel Rivière, 1909. Para Sorel el caso Dreyfus fue una verdadera revolución política: «La rehabilitación del capitán Dreyfus, condenado dos veces por Consejos de Guerra, sólo fue posible después de haberse producido una conmoción de tal envergadura en nuestras tradiciones que hemos entrado en una nueva era, que se distingue con características muy claras del período anterior [...]» (p. 10). Véanse también pp. 24, 31, 32, 36, 45-49, 57 y 64.

[337] Véanse muy especialmente las dos conocidas obras de Eugen Weber: *L'Action française,* París, Stock, 1962 (reeditado por Fayard, 1984) y *The Nationalist Revival in France, 1905-1914,* Berkeley, University of California Press, 1968, así como la excelente obra de R. Wohl, *The Generation of 1914,* Cambridge, Harvard University Press, 1979.

[338] *L'Action française,* 15 de noviembre de 1900, p. 863. Para profundizar en estas cuestiones, véanse Z. Sternhell, *La Droite révolutionnaire,* ob. cit. y P. Mazgaj, *The Action française and Revolutionary Syndicalism,* Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1979.

[339] Ch. Maurras, *Dictionnaire politique et critique,* París, Fayard, 1931-1933, t. V, p. 213. Véase también de Maurras, «Sur le nom de socialiste», *L'Action française,* núm. 34, 15 de noviembre de 1900, pp. 859-867. (En cursiva en el texto.)

proletariado y la República. La aparición de esos «antidemócratas de extrema izquierda», de esos «socialistas antidemócratas» [340], es estimada en estos medios en su justo valor: para la joven Acción Francesa, es inestimable.

Los maurrasianos se encuentran entre los primeros que perciben toda la significación de los trabajos de Sorel. Jean Rivain no espera al «fracaso de los bellacos» para dar la bienvenida a la obra del «más escuchado» entre «los colaboradores de *Le Mouvement socialiste* [...], órgano del sindicalismo revolucionario», autor de obras «eminentes» [341]. El escritor nacionalista, ni siquiera se toma la molestia de analizar las *Reflexiones,* dado que los resultados de este libro son absolutamente evidentes. Su percepción de la andadura intelectual de Sorel y el conocimiento que posee de sus trabajos son suficientemente finos como para detenerse en el examen de *El porvenir socialista de los sindicatos* y de la *Introducción a la economía moderna.* Rivain hace hincapié, por ejemplo, en el carácter elitista de la visión soreliana de los gremios de artesanos y de las cooperativas [342]. En efecto, estima que si las cooperativas «tienen éxito, quiere decir que han eliminado los no valores y que han constituido en su seno un grupo de personas capacitadas que dirigen los negocios como patrones. Son auténticas asociaciones de empresarios». En una nota a pie de página, Sorel añade: «Los filósofos griegos, no cabe duda que las habrían llamado aristocracias» [343]. Rivain comprendió perfectamente que el socialismo soreliano no implica la desaparición de la economía capitalista, ni la de la propiedad privada; por el contrario, esta concepción tiene necesidad de elites y adquiere un aspecto violentamente antidemocrático y antirousseauniano. Sería superfluo entrar en los detalles de su análisis, inteligente, bien hecho, apoyado en largas citas. Rivain ha comprendido perfectamente la concepción soreliana de la democracia y de la tradición revolucionaria: acerca de «la filosofía revolucionaria», dice, Sorel hace «una declaración de principios que se diría extraída de la *Action française* y que nosotros podíamos haber firmado [...]» [344].

---

[340] J. Bainville, «Antidémocrates d'extrême gauche», *L'Action française,* 14 de julio de 1902, pp. 121-128; J. Rivain, «Les socialistes antidémocrates», *L'Action française,* 1 y 15 de marzo de 1905, pp. 412-418 y 407-487.

[341] J. Rivain, «Les socialistes antidémocrates», loc. cit., p. 470.

[342] *Idem,* p. 476.

[343] G. Sorel, *Introduction à l'economie moderne,* ob. cit., p. 174, *idem,* n. 2.

[344] J. Rivain, «Les socialistes antidémocrates», loc. cit., p. 473.

El 7 de diciembre de 1911, Georges Valois, quien entonces se encargaba de los contactos con la izquierda no conformista, declara en la tribuna del IV Congreso de la Acción Francesa: «No son meros accidentes los que han propiciado que nuestros amigos se encuentren con militantes del sindicalismo. El movimiento nacionalista y el movimiento sindicalista, por muy alejados que parezcan uno de otro, por sus posiciones y tendencias actuales, tienen más de un objetivo común» [345]. Valois no hace aquí sino recordar constataciones anteriores. En 1908, Jean Rivain ya lo citaba para definir el objetivo común al sindicalismo y a la Acción Francesa: «la destrucción del régimen republicano y democrático» [346]. Es incontestable que la convergencia de Sorel y de la Acción Francesa se establece sobre esa despiadada crítica de una cultura política democrática, de sus fundamentos filosóficos, de sus principios y de su práctica. Sorel se siente atraído por esa sed de grandeza, de poder y de violencia que percibe en los jóvenes maurrasianos. Aplaude su absoluta recusación del orden político y moral existente.

En 1910, Sorel se relaciona mucho con Valois y él es quien empujará a Édouard Berth a los brazos del militante maurrasiano [347]. Es entonces cuando madura la idea de la revista socialista-nacional, la *Cité française.* A causa de mezquinas razones de rivalidades personales, esta revista nunca verá la luz. En julio de 1910, el prospecto que anunca su aparición, no obstante, expresa perfectamente el sentido de la empresa. Lo firma Sorel:

> Esta revista se dirige a los hombres de entendimiento claro, asqueados por el estúpido orgullo de la democracia, por las plamplinas humanitarias, por las modas venidas del extranjero, que quieren trabajar para devolver su independencia al espíritu francés y que, para alcanzar este objetivo, están decididos a seguir las nobles sendas abiertas por los maestros del pensamiento nacional [348].

---

[345] G. Valois, «Nationalisme et syndicalisme», *L'Action française,* número especial, 31 de diciembre, p. 599.

[346] J. Rivain, «L'Avenir du syndicalisme», *L'Action française,* 15 de septiembre de 1911, p. 467.

[347] P. Andreu, «Lettres de George Sorel à Édouard Berth —Première partie: 1904-1908», loc. cit., p. 94.

[348] «L'indépendence française», prospecto de *La Cité française,* publicado por el editor Marcel Rivière reproducido como apéndice en la obra de Pierre Andreu, *Notre Maître, M. Sorel,* ob. cit., p. 329.

Estas ideas se desarrollan en la «Declaración de la *Cité française*»:

Los fundadores de la *Cité française* representan formas diversas de criterios públicos, pero están totalmente de acuerdo en el punto siguiente: si se quieren resolver, en un sentido favorable a la civilización, las cuestiones que se plantean en el mundo moderno, es absolutamente necesario destruir las instituciones democráticas. La experiencia contemporánea enseña que la democracia constituye el mayor peligro social para todas las clases de la Ciudad, principalmente para las clases obreras. La democracia confunde a las clases con el objeto de permitir a algunas bandas de políticos, asociadas a financieros o dominadas por ellos, la explotación de los productores.

De modo que la Ciudad debe organizarse al margen de las ideas democráticas, las clases deben organizarse al margen de la democracia, a pesar de ella y en contra de ella. Debe despertarse la conciencia que las clases deben poseer de sí mismas y que actualmente está asfixiada por las ideas democráticas. Debe despertarse las virtudes propias de cada clase, sin las cuales nada puede llegar a cumplir su misión histórica [...].

Para esta lucha, pedimos, a todos cuantos reconocen su necesidad, una colaboración ardiente y la más absoluta abnegación.

ÉDOUARD BERTH, GEORGES SOREL, JEAN VARIOT, PIERRE GILBERT, GEORGES VALOIS [349]

Seis meses después del fracaso de la *Cité française* aparece *L'Indépendence*, que recupera los objetivos del proyecto abortado de Sorel y Valois. Si el proyecto de la *Cité française* no logra despegar a causa de la animosidad de Georges Valois hacia Jean Variot, y si, por fidelidad a este último, Sorel decide bloquear la primera empresa común de sindicalistas revolucionarios y nacionalistas, en cambio ahora tiene las manos libres para llevar a su manera la nave de *L'Indépendence*. La revista se publicó desde marzo de 1911 hasta julio de 1913, salieron un total de 48 números, bimensualmente. A lo largo de toda su existencia, buscará en vano la fórmula justa, el formato satisfactorio, el comité de redacción que complazca a su fundador —que secundan principalmente los hermanos Tharaud y Jean Variot. En octubre de 1912, Barrès, Bourget y Francis James se incorporan al comité de redacción, pero esos cambios no bastan para dar mordiente, color, o simplemente algún tipo de especificidad a la revista. Berth y Valois no están entre los colaboradores y, aunque *L'Indépendence* considera que «las reivindicaciones obreras son [tan] [...] le-

[349] *Idem*, pp. 327-328.

gítimas como las reivindicaciones nacionales» [350] no logra desmarcarse realmente de *L'Action française.*

En ella encontramos, en efecto, los mismos temas: nacionalismo, antisemitismo, defensa de la cultura, clasicismo, herencia grecorromana, lucha contra la Sorbona y la enseñanza laica. *L'Indépendence* abre intensas campañas contra Gambetta y la Defensa Nacional —la República es una criatura de Bismarck—, pero rinde un vibrante homenaje a la insurrección monárquica en el Midi [351]. A pesar de la colaboración de Pareto, Le Bon o Claudel, no consigue afirmarse y no responde a la necesidad a la que quería enfrentarse al nacer. En la época de *L'Indépendence,* Sorel se convierte en un mero satélite de la Acción Francesa, y, en definitiva, en una criatura de Maurras. Ya en 1910 se le vio abrazar las mediocres querellas de la Acción Francesa y defender con ardor el movimiento maurrasiano contra la derecha conservadora por la que siente la misma aversión que todos los disidentes y todos los revolucionarios sienten por ella [352].

L'Indépendence se sitúa en el mismo terreno: a pesar de las buenas intenciones expresadas en el Manifiesto de la nueva revista —«*L'Indépendence* no será el instrumento de un partido político o de un movimiento literario» [353]— se tiene la impresión de estar leyendo un mero suplemento, mucho peor, con menos mordiente y menos alambicado, de la revista maurrasiana. No es de extrañar, puesto que Sorel en 1912 anuncia que «la defensa de la cultura francesa actualmente la está dirigiendo Charles Maurras [...]» [354].

Sorel está tan infeudado entonces a Maurras, que no vacila en hacer de su revista un órgano antisemita que no va a la zaga de la vieja *Libre Parole* de Drumont o del *Antijuif* de Guérin. Como se sabe, para la Acción Francesa el antisemitismo es una necesidad de método, una auténtica necesidad histórica. «Todo parece imposible, o

---

[350] «De la nouvelle forme de *L'Indépendence*», *L'Indépendence,* 15 de junio de 1912.

[351] Véanse, por ejemplo, Georges Sorel, «L'abandon de la revanche», *L'Indépendence,* 1 de abril de 1911, pp. 75 y 84-87; J. de Merlis, «L'insurrection royaliste de l'an VII dans le Midi», *idem,* 15 de febrero de 1913, pp. 329-344.

[352] Véase la carta de Sorel a Péguy del 21 de marzo de 1910 sobre el duque de Orleans, Arthur Meyer y *Le Gaulois,* citada por P. Andreu, «Lettres de Georges Sorel à Édouard Berth...», loc. cit., p. 94.

[353] «Manifeste de *L'Indépendence*», citado en el apéndice de P. Andreu, *Notre Maître, M. Sorel,* ob. cit., p. 332.

[354] G. Sorel, «Quelques prétentions juives (fin)», *L'Indépendence,* 1 de junio de 1912, p. 336.

atrozmente arduo —escribe Maurras en marzo de 1911—, sin esa providencia del antisemitismo. A través de ella, todo se arregla, se allana y se simplifica. Si no fuera antisemita por voluntad patriótica, se llegaría a serlo por puro sentimiento de oportunidad» [355]. Sorel hace suya esta idea y se lanza a una larga y violenta campaña antisemita. Él mismo firma un largo artículo a la gloria de Urbano Gohier, el más famoso de los antisemitas vivos, a quien anima a continuar «sosteniendo que los franceses deben defender su Estado, sus costumbres y sus ideas contra los invasores judíos que quieren dominarlo todo [...]» [356]. En «Tiempos dreyfusianos», dirige a los judíos amenazas de toda índole, a la vez que los hace responsables de la decadencia de Francia [357]. Las entregas del 1 y el 15 de mayo, y la del 1 de junio de 1912, contienen las tres partes de un voluminoso ensayo titulado «Algunas pretensiones judías», donde uno se entera de que los judíos, especialmente sus intelectuales y sus escritores, se han lanzado a la conquista de Francia y «se ensañan con el patriotismo espiritual de la Ciudad a la que han sido agregados por los azares de las migraciones» [358]. El número del 1 de julio de 1913 incluye un supuesto comunicado dirigido a la revista por cierta persona llamada Isaac Blümchen: «palabras judías acerca de los franceses». El objetivo de este texto consiste en mostrar a los franceses la naturaleza del mal que les acecha, supuestamente expuesto por un judío. Lo mismo ocurre con las «Notas de la quincena» y con los «Ecos» de los números de abril de 1912, febrero y abril de 1913.

Eso no es todo. En toda Europa occidental, desde el fin del caso Dreyfus hasta los comienzos del nazismo, *L'Indépendence* es una de las raras publicaciones que todavía se atreven a proferir contra los judíos la acusación de practicar el asesinato ritual. Lo hace en varias ocasiones, como si se tratara de un hecho histórico indiscutible [359]. Lo

---

[355] Ch. Maurras, *L'Action française,* 28 de marzo de 1911, citado en C. Capitan-Peter, *Charles Maurras et l'idéologie d'Action française,* París, Éd. du Seuil, 1972, p. 75.

[356] G. Sorel, «Urbain Gohier», *L'Indépendence,* t. II, septiembre 1911-enero 1912, p. 320.

[357] G. Sorel, «Aux temps dreyfusiens», *L'Indépendence,* t. XXXVI, 10 de octubre de 1912, pp. 29-56.

[358] *L'Indépendence,* 1 de junio de 1912, p. 332.

[359] Véase J. de Labroquère, «Choses de Russie», *L'Indépendence,* marzo-agosto 1911, pp. 331-337, y septiembre 1911, pp. 12-28. Un año después, *L'Indépendence* concluye su encuesta publicando «El Crimen ritual de Kiev», del que a continuación reproducimos el primer párrafo: «Como se recordará la muerte del joven André Yu-

que, por otro lado, encaja bastante bien con las frecuentes alusiones a los estigmas de san Francisco y a la sangre de san Genaro que se encuentran en las cartas de Sorel a Croce, correspondencia en la que se multiplican las observaciones sobre los milagros y contra los judíos [360]. Ése es uno de los aspectos que indudablemente traducen la especial atracción que sobre él ejerce lo irracional.

El antisemitismo constituye uno de los elementos de la confluencia con el nacionalismo integral. En las cartas de Sorel a Missiroli, las observaciones antisemitas llegan a ser obsesivas [361]; proliferan en la correspondencia con Berth y Lagardelle. Al propio tiempo, como muchos antisemitas que se respetan, Sorel abriga sentimientos de amistad por un judío en particular, o de admiración por un «judío bueno», como Bergson, o incluso siente una cierta fascinación por la antigua Judea, o entusiasmo por el sionismo moderno [362].

El antisemitismo de Sorel no es un corolario de su dimisión ante Maurras. Ahí se trata de una verdadera comunidad de ideas. Por otro lado, su rápida y fácil integración en la corriente maurrasiana, bastante efímera —pero no mucho más de lo que lo fueron su período dreyfusiano o sus simpatías leninistas—, ilustra claramente su fe en la capacidad de ruptura del nacionalismo. Mientras las elites proletarias, roídas por todos los males y todos los vicios de la burguesía, hacen ostentación de su decadencia moral, el nacionalismo, en cambio, seguro de su futuro, se halla en plena ascensión. Éste es un hecho en el

---

chinsky provocó una gran conmoción en Europa. [El año pasado hablamos mucho de ello]. A este muchacho lo *desangraron* los miembros de una secta judía que utiliza la sangre cristiana para sus ritos religiosos. La existencia de esa secta, que se ha intentado negar en determinadas esferas, es un hecho rigurosamente cierto, y todo cuanto se está haciendo para sofocar este incómodo asunto prueba sencillamente que el mundo judío tiene un enorme interés en ocultar ciertas cosas. La ocasión que se presenta es única para desbaratar las inculpaciones a propósito de la muerte de André Yuchinsky. Si los judíos de todo el mundo intentan ensombrecer este asunto —ellos que en el pasado tanto hablaban de luz—, tenemos todo el derecho de pensar que su actitud es una prueba más de su apoyo a lo que nosotros decimos sobre el asesinato ritual de Kiev». (10 de octubre de 1912, pp. 107-108).

[360] S. Romano, «Georges Sorel et Benedetto Croce», en *Georges Sorel en son temps,* ob. cit., p. 260. Este breve estudio de un eminente especialista italiano es de una agudeza muy notable.

[361] *Idem.*

[362] Véase S. Sand, «Sorel, les Juifs y l'antisémitisme», *Cahiers Georges Sorel,* vol. II, 1984, pp. 27-28. Este artículo, algo sofisticado, tan apologético que provoca risa, contiene algunas informaciones útiles, aun cuando éstas no sean realmente nuevas para los lectores rigurosos de la obra de Sorel.

que hay acuerdo, desde la extrema izquierda a la extrema derecha: «Asistimos a un rebrote del nacionalismo. Fluye por unos cauces a punto de desbordar», escribe Francis de Pressensé en abril de 1911 [363]. Dos años más tarde, cuando se celebra el VI Congreso de la Acción Francesa, Valois es categórico: «Actualmente es el nacionalismo el que lleva en su seno las energías de la razón y del sentimiento que en adelante presidirán las transformaciones sociales». Gracias a este «ascenso del nacionalismo» «vemos que los valores nacionales sustituyen en el espíritu del público a los valores socialistas» [364]. Valois y Berth, uno y otro, sienten que va tomando cuerpo una nueva sensibilidad, que nuevas necesidades se apoderan de los ambientes disidentes. *L'Indépendence* del viejo Sorel que, con las *Reflexiones* y *Las Ilusiones,* parece haber dicho la última palabra, es un fracaso total. Fuera de su adhesión al nacionalismo, a lo largo de muchos años Sorel no emite ninguna idea nueva. Berth y Valois, a quienes Sorel impulsó a trabajar juntos en el momento de los preparativos del lanzamiento de la *Cité française,* deciden entonces proseguir la aventura común: el 16 de diciembre de 1911 se celebra la conferencia de apertura del *Cercle Proudhon* y, en enero del año siguiente, aparece el primer *Cahier* del *Cercle.*

La «Declaración» del *Cercle,* publicada en el encabezamiento de este primer *Cahier,* no solamente recupera las ideas, sino también las fórmulas —a veces palabra por palabra— que habían sido expresadas en los textos preparatorios de la publicación de la abortada *Cité française.* El prospecto que a la sazón anunciaba la aparición de la *Cité française* terminaba con una referencia a Proudhon, «el único gran escritor socialista que ha habido en Francia» [365]. En todos los sentidos —contenido, espíritu y formulación—, la nueva revista se propone continuar el proyecto muerto en el parto de la *Cité française,* allá donde el autor de las *Reflexiones* debió abandonarlo. Los dos primeros párrafos de la «Declaración» aparecida en la cabecera del número 1 de los *Cahiers* dan el tono del conjunto:

---

[363] F. de Pressensé, «Chroniques du mois», *Le Mouvement socialiste,* núm. 230, abril 1991, p. 288.

[364] G. Valois, «Les fausses luttes de classe», informe presentado el 28 de noviembre de 1913 en el 6.° Congreso de la Acción Francesa, en *Histoire et Philosophies sociales,* ob. cit., p. 574 (apéndice). Véase también la conocida obra de Henri Massis y Alfred de Tarde, *Les Jeunes Gens d'aujourd'hui,* París, Plon, 1913.

[365] G. Sorel, «L'Indépendence française», en P. Andreu, *Notre Maître, M. Sorel,* ob. cit., p. 331.

Los fundadores, republicanos, federalistas, nacionalistas integrales y sindicalistas, habiendo resuelto el problema político o alejándolo de su pensamiento, se sienten idénticamente apasionados por la organización de la *Cité française* según los principios tomados de la tradición francesa, que reencuentran en la obra proudhoniana y en los movimientos sindicalistas contemporáneos, de forma que todos están perfectamente de acuerdo sobre estos puntos:

La democracia es el mayor error del siglo pasado. Si se quiere vivir, si se quiere trabajar, si se quiere poseer en la vida social las más altas garantías humanas para la Producción y para la Cultura, si se quiere conservar y acrecentar el capital moral, intelectual y material de la civilización, es absolutamente necesario destruir las instituciones democráticas [366].

¿Por qué Sorel no participa personalmente en el lanzamiento de esos *Cahiers* que nada separa de las intenciones de la *Cité française*? Y, sin embargo, están exactamente en su línea de pensamiento. Es cierto que tiene dudas sobre la buena fe proudhoniana de los maurrasianos y, en un determinado momento, aconseja a Berth que no participe en «un asunto que no puede dar buenos resultados» [367]. No obstante, como advierte Pierre Andreu al presentar las cartas inéditas de Sorel a Berth, tras esas primeras reacciones reticentes, Sorel «parece conquistado por la fogosidad antidemocrática del Cercle» [368]. Entonces, ¿a qué vienen estas reticencias?

La única respuesta que merece la pena retener es la que tiene que ver con el carácter del hombre Sorel, no con sus ideas. No está hecho para el trabajo en equipo, y ha debido perder el gusto por las aventuras periodísticas, con sus inevitables discusiones, sus cuestiones de amor propio, como las que jalonaron el proyecto de la *Cité française*. Puesto que los fundadores, por su parte, hacen cuanto pueden para precisar sus filiaciones. El *Cercle* se sitúa bajo el patronazgo de Proudhon y de Sorel. Por lo demás, el pensamiento del contemporáneo que ha inspirado el *Cercle*, es incontestablemente el de Sorel. El contenido de los *Cahiers* lo confirma plenamente. En efecto, si el primero de los *Cahiers* (enero-febrero de 1912) lo comparten Proudhon y Sorel —en él Gilbert Maire estudia «La filosofía de Georges Sorel»—, el tercero, un volumen doble *(Cahiers III-IV* de mayo-agosto de 1912), está dedicado a un «Homenaje a Georges Sorel». Este

[366] «Déclaration», *Cahiers du Cercle Proudhon*, I, enero-febrero 1912, p. 1.
[367] Véase P. Andreu, *Georges Sorel entre le noir y le rouge*, París, Syros, 1982, p. 85.
[368] P. Andreu, «Lettres de Georges Sorel à Édouard Berth...», loc. cit., p. 95.

Cahier contiene especialmente un interesante artículo de Henri Lagrange, uno de los más prometedores jóvenes maurrasianos, que iba a morir en la guerra: «La obra de Sorel y el *Cercle de Proudhon*» [369].

Lo que todavía es más significativo en este asunto es que Sorel nunca desautoriza la síntesis sindicalista-nacionalista del *Cercle Proudhon.* Advirtamos que el *Cercle* no publica ningún homenaje a Maurras, sino exclusivamente a Sorel, e invoca mucho menos la autoridad del fundador de la Acción Francesa que la del teórico sindicalista. Maurras publica en ella un artículo corto [370], Sorel una carta breve [371]. Si bien es cierto que los dos monstruos sagrados se mantienen personalmente a distancia de un asunto llevado por la segunda generación, de lo que no cabe duda, en cambio, es de la presencia de su sombra. Pero, de todos modos, la que parece discernirse más claramente es, con mucha diferencia, la de Sorel.

No hay que olvidar que Maurras posee sus propias publicaciones, igual que Sorel, quien, cuando se produce el lanzamiento de los *Cahiers,* sigue con la publicación de *L'Indépendence.* La iniciativa del *Cercle* recae en los elementos radicales, los que realmente buscan una nueva vía política, los que van a la aventura con todo el ardor de la juventud.

Por eso, aunque el *Cercle* no sea obra de Sorel, éste nunca le niega su patrocinio, su nombre y su fama, nunca le cuestiona el derecho a invocar su obra y a sacar de ella todas las conclusiones. Sorel, tan dispuesto siempre a excomulgar, a criticar, a protestar, Sorel tan susceptible —acaba de romper sus relaciones con Péguy por bagatelas—, no despega los labios contra las ideas propagadas por los *Cahiers.* Cuando toda la izquierda, incluido el equipo del *Movimiento socialista* —que ataca violentamente la «escisión» [372] le considera un traidor, Sorel ni siquiera produce un artículo, o imprime una palabra que pueda dar a entender que la síntesis socialista-nacional haya sido elaborada en contra de su voluntad, o independientemente de él. Nada podía habérselo impedido: dirige su propia revista, continúa escribiendo mucho. Sin embargo, calla. En un momento en el que la

[369] *Cahiers du Cercle Proudhon,* III-IV, mayo-agosto 1912, pp. 125-133.

[370] Ch. Maurras, «A Besançon», *Cahiers du Cercle Proudhon,* I, enero-febrero 1912, pp. 3-8.

[371] Véase *Cahiers du Cercle Proudhon,* V-VI, septiembre-diciembre 1912, pp. 263-265. Esta carta se refiere a un artículo de Daniel Halévy sobre Proudhon.

[372] H. Lagardelle, «La Critique syndicaliste de la démocratie», *Le Mouvement socialiste,* núm. 228, febrero 1911, p. 81

prensa italiana y, en menor medida, la francesa se ven inundadas de comentarios sobre una cuestión que preocupa enormemente, este silencio no puede interpretarse más que como consentimiento. Tras la desaparición de *L'Indépendence,* ¿acaso Sorel no le propone a Berth que reproduzca un texto suyo?

Le sugiero que lea el capítulo que he escrito sobre la organización de la democracia; creo que en él hay algunas ideas importantes. Si Rivière no quiere utilizarlo para el volumen *Materiales para una teoría del proletariado,* me gustaría que pudiera publicarse en los *Cahiers du Cercle Proudhon* [373].

De modo que si el nombre de Sorel no aparece en el comité de redacción de los *Cahiers* no es por razones de orden intelectual o político. Las verdaderas razones cabe buscarlas en el hecho de que el «*avinagrado* de Boulogne-sur-Mer» [*sic*], como le llama Angelo O. Olivetti [374], uno de sus más célebres discípulos, no es un hombre de empresas colectivas. El aspecto autoritario, a menudo mezquino de su personalidad, su incapacidad para colaborar de manera persistente con cualquiera que se negara a eclipsarse ante él, aparecía ya doce años antes, en los inicios del *Movimiento socialista.* Sorel, en lugar de desempeñar el papel de hombre sabio del socialismo revolucionario, como correspondía a su edad, e, incluso a su superioridad intelectual, expresa incesantemente su cáustica amargura, saca las uñas cuando Lagardelle no sigue sus consejos al pie de la letra, lanza ataques malévolos y hace observaciones hirientes cada vez que, algo o alguien, le disgusta [375]. En el momento en que Berth y Valois se lanzan a una nueva aventura, Sorel, tras tantas batallas perdidas, ya es un anciano

---

[373] Carta de Sorel a Berth del 11 de septiembre de 1914, reproducida en el anexo de P. Andreu, *Notre Maître, M. Sorel,* ob. cit., p. 334.

[374] A. O. Olivetti, «Sindacalismo e Nazionalismo», *Pagine Libere,* 5.° año, núm. 4, 15 de febrero de 1911. Olivetti quiere decir Boulogne-sur-Seine. (*Grincheux* en francés en el texto.)

[375] En 1898, Lagardelle está estudiando en Berlín; entonces comienza una larga correspondencia entre los dos hombres, que se prolongará hasta 1910, año de la ruptura final. Las cartas de Sorel a Lagardelle fueron publicadas por este último en *Educazione fascista,* vol. IX, marzo (pp. 229-243), abril (pp. 320-334), junio (pp. 506-618), agosto-septiembre (pp. 760-783) y noviembre 1933 (pp. 956-975). Su interés para la historia de las ideas es muy escaso. Para el biógrafo, en cambio, esta correspondencia es una mina de informaciones útiles. Véase también la tesis no publicada de J. Levey, *The Sorelian Syndicalists: Édouard Berth, Georges Valois and Hubert Lagardelle,* Nueva York, Columbia University, 1967, pp. 65-67 (microfilm).

poco inclinado a enfundarse de nuevo los manguitos en una sala de redacción.

Ello no obstante, para que no quepa la menor duda sobre su solidaridad con la síntesis socialista-nacional, para indicar bien a las claras de qué lado está, escribe un caluroso prólogo a las *Fechorías de los intelectuales* de Édouard Berth. Véase, pues, quién es el que zanja la cuestión. Este texto importantísimo, escrito en enero de 1914, da a entender que existe total acuerdo sobre su contenido entre el autor y el prologuista. Y no se olvide que la finalidad de este trabajo es coronar y sistematizar la obra del *Cercle Proudhon.* Véase cómo Berth resume esta síntesis, sin que Sorel haga ni la más mínima reserva:

> De la alianza fraternal de Dionisos y de Apolo surgió la inmortal tragedia griega [...]. Asimismo, la *Acción Francesa* que, de la mano de Maurras es una nueva encarnación del espíritu apolíneo, mediante su connivencia con el sindicalismo que, de la mano de Sorel representa el espíritu dionisíaco, podrá dar a luz a un nuevo *grand siècle,* uno de esos *logros históricos* tras los cuales el mundo queda a lo largo de muchos años deslumbrado y fascinado [376].

Tal es la significación histórica del sorelismo. Sus verdaderas dimensiones sólo empiezan a perfilarse en el momento de hundirse, en el verano de 1914, el viejo mundo del siglo XIX. En enero del mismo año, Sorel ya escribía citando a William James: «Sólo el heroísmo interpreta en el escenario del mundo los grandes papeles» [377]. Sorel, igual que sus discípulos italianos, al acecho de la ocasión, espera también la Revolución de la guerra. Hace tiempo que la larga paz europea, no solamente le parece «una causa de debilidad moral e intelectual», sino también la causa de la «debilidad económica, dado que el espíritu de empresa ha perdido virilidad». A continuación añade:

> No cabe la menor duda que esta situación no durará indefinidamente: bastará muy poco cosa para despertar el ánimo guerrero en Francia y ese despertar provocará una conmoción en toda Europa. Una gran guerra eliminará las causas que actualmente tienden a favorecer el gusto por la moderación y el deseo de la paz social [378].

---

[376] E. Berth, *Les Méfaits des intellectuels,* ob. cit., p. 355.

[377] G. Sorel, «Préface-Lettre à Édouard Berth», en E. Berth, *Les Méfaits des intellectuels,* ob. cit., p. XXXVI.

[378] G. Sorel, *Insegnamenti socialii dell'economia contemporanea,* ob. cit., p. 388.

Lo mismo sucede en otras partes. Sorel confía en

una gran guerra extranjera, que llevará al poder a hombres con voluntad de gobernar, o una gran propagación de la violencia proletaria, que hará ver a los burgueses la realidad revolucionaria y hará que se asqueen de las simplezas humanitarias con las que Jaurès les adormece [379].

No obstante, cuando la guerra estalla, esta guerra que había esperado tanto, Sorel la juzga con un rigor extremo: enseguida se da cuenta de que la democracia liberal no está a punto de sucumbir.

Por lo demás, Sorel no es un político; no posee ni el instinto de Mussolini, ni los reflejos de otros teóricos y jefes sindicalistas italianos —Michels, Panunzio, Orano, Olivetti, De Ambris, Bianchi, y ese extraordinario conductor de hombres que fue Corridoni. No capta las oportunidades que esta guerra europea entraña. Sorel, no lo olvidemos, apenas conoce el mundo exterior: viejo y achacoso, juzga las cosas tal como las ve desde Ambérieu-en-Bugey, desde donde, en septiembre de 1914, escribe a Berth una carta desesperada. En ella expresa su angustia y su desprecio por todo y por todos. En primer lugar por la Unión Sagrada: esa coalición que agrupa desde Mun y Maurras a Hervé, Vaillant y Jules Guesde, a la que no le inspira «la necesidad de defender los bienes elementales de la nación», sino el «odio a las ideas de disciplina que Prusia había preservado»; por el Papa, acto seguido, quien «se reconciliará con los autores de la ley sobre la separación»; por Maurras, en definitiva, quien «nunca ha tenido una idea sólida sobre lo que deben ser las fuerzas sociales en un país monárquico» [380].

Sorel ve cómo se acerca aceleradamente la victoria de esta malhadada coalición que «dará al traste con todo cuanto todavía quedaba de serio, de grande y de *romano* en Europa» [381]. Y, sin embargo, están a la vuelta de la esquina los primeros éxitos de la ola revolucionaria, antimaterialista, antimarxista y antiliberal. Se configurarán a poco de fallecer Sorel. La síntesis sindicalista-nacionalista proporciona lo

---

[379] G. Sorel, citado en E. Berth, *Les Méfaits des intellectuels,* ob. cit., pp. 19-20. Berth da como referencia la página 124 de las *Réflexions,* este texto que no se encuentra en la edición aquí citada. Es posible que proceda de otra fuente conocida de Berth, pero erróneamente citada.

[380] G. Sorel, carta a E. Berth del 11 de septiembre de 1911, reproducida por P. Andreu en el anexo, *Notre Maître, M. Sorel,* ob. cit., pp. 333-334.

[381] *Idem,* p. 333. (En cursiva en el texto.)

esencial de su primer contenido a la ideología fascista. Esta síntesis hubiera sido imposible sin la aportación original de Sorel, de ese Sorel que se pronuncia absolutamente en contra del legado del siglo XVIII, de Voltaire y de Rousseau, de la Revolución francesa, del racionalismo y del optimismo, de la democracia liberal y del pacifismo; ese Sorel que rechazó de pleno el igualitarismo democrático, la ley del número, el humanitarismo y el pacifismo; ese Sorel que apeló al respeto del derecho de las elites a conducir los rebaños de la sociedad de masas, que reclamó veneración para la cultura clásica y una intensa fe en la fuerza de la tradición y de la herencia; ese Sorel, en definitiva, que consideraba el catolicismo como un venero de disciplina y, en consecuencia, como un componente fundamental de la civilización que a diario debe defenderse de las fuerzas de la destrucción; ese Sorel, en suma, quería devolver a la civilización europea la grandeza de los siglos, cristianos, pesimistas y heroicos.

Ahora bien, lo que importa en el catolicismo —y ello es un elemento relevante en la síntesis soreliana que se encuentra en la base del fascismo— no es la fe, sino las virtudes sociales —la disciplina, la castidad, el pesimismo. Como todos los rebeldes de comienzos de siglo, igual que Barrès y Maurras, Sorel no se interesa por la metafísica cristiana, sino por el cristianismo como germen de un orden capaz de garantizar el futuro de la civilización.

Lo que realmente preocupa a Sorel es el destino de la civilización y no el destino del proletariado o de la Nación. La comunidad proletaria o la comunidad nacional no son sino instrumentos del gran cambio en ciernes. Por eso, la Revolución que propugna nunca afecta a los fundamentos de la economía capitalista. El anticapitalismo soreliano se limita estrictamente a los aspectos políticos, intelectuales y morales del sistema liberal y burgués; nunca se plantea impugnar los cimientos, los principios, los engranajes de la competencia de la economía capitalista. La Revolución soreliana pretende destruir la teoría de los derechos naturales, abolir los derechos del hombre, minar los fundamentos utilitarios y materialistas de la cultura política y democrática; nunca ataca a la propiedad privada. Progresivamente, a la vez que la noción de productor tenderá a sustituir a la de proletario, los sorelianos elaborarán la teoría revolucionaria del patrón y sentarán las bases de un capitalismo revolucionario, de un capitalismo de productores, enemigo de la plutocracia y de la gran finanza, de la bolsa, de los mercaderes, de los traficantes, de los acaudalados. Una teoría revolucionaria profundamente vinculada con la economía de mer-

cado, con la competencia, con la no intervención del Estado en la actividad económica.

Así va tomando cuerpo una visión de lo político de un nuevo tipo, que pretende movilizar a las masas a base de mitos. Una visión que sustenta la idea de violencia, forjadora de virtud, que aspira a la Revolución moral, intelectual y política, que preconiza una Revolución espiritualista, ardientemente pesimista y de un antirracionalismo profundo.

En el momento de poner punto final a su actividad, cuando prologa la obra del discípulo que proseguirá su obra, Sorel se da perfecta cuenta de la naturaleza de las fuerzas que acaban de ponerse en movimiento:

> Estoy convencido de que, dentro de quince o veinte años, una nueva generación, liberada, gracias al bergsonismo, de los fantasmas construidos por los filósofos intelectualistas posteriores a Descartes, sólo escuchará a los hombres capaces de explicarle la teoría del mal [...]. En más de una ocasión he dirigido la vista al abismo, pero sin atreverme a adentrarme en él; por un momento pensé en comentar algunos textos de Pascal al final de las *Ilusiones del progreso,* me pareció prudente no abordar una cuestión sumamente detestada por nuestros contemporáneos. Creo, sin embargo, poder reconocer, por algunos indicios, que empieza a configurarse la era que otorgará el lugar que corresponde a la metafísica del mal [382].

[382] G. Sorel, «Préface à Édouard Berth», en E. Berth, *Les Méfaits des intellectuels,* ob. cit., pp. XXXVII-XXXVIII.

2. EL REVISIONISMO REVOLUCIONARIO EN FRANCIA

I. LA «NUEVA ESCUELA»

La primera serie de *Le Mouvement socialiste* termina en agosto de 1904, con la publicación del número 139. La revista de Hubert Lagardelle, seis años después de la aparición, el 15 de enero de 1899, de su primer número, se convierte de algún modo en el órgano oficial del sorelismo. Hasta entonces había sido una revista de calidad, pero, en comparación con las grandes revistas alemanas, sin un verdadero peso específico en el mundo socialista. A lo largo de todos esos primeros años, *Le Mouvement socialiste* publica el material clásico de la época: muchos textos de Marx, muchas colaboraciones de Jaurès, numerosos artículos de teóricos extranjeros —Kautsky, Bernstein, Rosa Luxemburgo, los Webb y Emile Vandervelde. El *Bernstein debatte* ocupa en sus páginas el lugar que le corresponde, así como los llamamientos a la unidad socialista en Francia, el caso Dreyfus o el caso Millerand.

Con los primeros artículos de Édouard Berth de enero y noviembre de 1903 [1], empieza la conversión de la revista al sorelismo. Treinta años más joven, Berth es el amigo más íntimo y el discípulo más fiel de Sorel, al que profesa una admiración sin límites. Sorel le corresponde: Berth es la persona a la que ama más profundamente, después de su mujer [2]. Berth vive a la sombra de Sorel, su existencia está determinada por los lazos casi filiales que ha trabado con el autor de las *Reflexiones,* y sus trabajos, que no carecen de interés, de hecho, son un reflejo de la obra de Sorel. En el escenario parisino y en los ambientes sindicalistas revolucionarios de Francia e Italia, Berth sólo es, y nunca dejará de ser, el portavoz del teórico sindicalista, antes de

[1] E. Berth, «Socialisme ou Étatisme», *Le Mouvement socialiste,* núm. 111, enero 1903, pp. 1-18; E. Berth, «Catholicisme social et socialisme», *Le Mouvement socialiste,* núm. 130, 15 de noviembre de 1903, pp. 321-350.

[2] P. Andreu, «Lettres de Georges Sorel à Édouard Berth-Première partie: 1904-1908», loc. cit., p. 79.

convertirse en el guardián de su recuerdo. Así fue a lo largo de todo el camino que recorrieron juntos, especialmente cuando se produce la confluencia entre los revisionistas revolucionarios y los nacionalistas maurrasianos. El mismo Pierre Andreu se ve obligado a reconocer que si Berth se compromete más que Sorel en la vía del acercamiento a la Acción Francesa, ello es debido, sin duda, a que el apasionamiento juvenil le ha empujado a llevar hasta sus consecuencias más extremas las ideas a cuya maduración había contribuido Sorel, pero que éste, por edad y por prudencia, se guardó de proclamar con más nitidez [3].

Berth descubrió a Sorel al caer en sus manos la serie de artículos de *L'Ère nouvelle,* «La vieja y la nueva metafísica». Entonces obtiene la licenciatura en filosofía y se prepara para ingresar en la Sorbona como profesor [4]. En 1898, deja sus estudios y, tras abrazar con entusiasmo la causa dreyfusiana, se lanza a la batalla política. Empieza practicando un socialismo rutinario que aparece consignado en una primera obra, absolutamente insípida, *Diálogos socialistas,* publicada en 1901. Mucho más tarde, cuando la guerra hayá barrido la síntesis socialista-nacional del Cercle Proudhon, Berth volverá a las filas de la izquierda incorporándose al joven partido comunista, especialmente a la revista *Clarté.* Al morir Sorel publicará en esa revista un panegírico del maestro y arrojará sus dardos contra Agostino Lanzillo, primer biógrafo del autor de las *Reflexiones.* En un artículo en *Gerarchia,* la revista doctrinal del fascismo italiano dirigida por Mussolini, el viejo sindicalista, soreliano ferviente según dice el mismo Berth, acababa de reclamar el legado de las *Reflexiones.*

Quizás el fascismo puede tener la fortuna de realizar una misión que es la aspiración implícita de toda la obra del Maestro del sindicalismo: sustraer al proletariado de la denominación del partido socialista, reconstituirlo sobre las bases de la libertad espiritual y del idealismo, inculcarle el soplo de la violencia creadora. Ésta será la verdadera revolución que modelará las formas de la Italia de mañana [5].

---

[3] *Idem,* p. 79.

[4] Para la biografía de Édouard Berth, véase P. Andreu, «Bibliographie de Édouard Berth», *Bulletin of the International Institute for Social History,* vol. 8, 1953, pp. 196-204. Así como la tesis no publicada de L. Levey, *The Sorelian Sindicalists: Édouard Berth, Georges Valois and Hubert Lagardelle,* ob. cit., pp. 33-34, pp. 38-44 y pp. 241-250.

[5] E. Darville (E. Berth, «La leçon du fascisme», *Clarté,* núm. 26, 1922, p. 43 y E. Berth, «Georges Sorel», *idem,* núm. 21, 1922, pp. 495-496.

Finalmente, en 1925, el autor de *Fechorías de los intelectuales,* decepcionado del bolchevismo, dejará de colaborar en *Clarté* y se reincorporará al sindicalismo soreliano. En 1932, reunirá sus artículos publicados entre 1926 y 1929 y un ensayo sobre Lenin aparecido en *Clarté* en 1924, en un volumen titulado *Du capital aux réflexions sur la violence* [*Del capital a las reflexiones sobre la violencia*] [6]. Será el último libro de Édouard Berth. Luego, y a lo largo de todo el período de entreguerras, Berth se consagrará a mantener viva la fe: defenderá la obra de Sorel y su memoria siempre con el mismo ahínco.

Cuando *La Critique sociale,* la revistilla de Boris Souvarine, acusa a Sorel en 1931 de «absoluto desconocimiento» de la economía marxista y llega a la conclusión de que ésta «no tiene nada en común con el socialismo» [7], Berth responde con soberbia que «las *Reflexiones* siguen siendo, después de la *Justice* y *El capital,* la obra más deslumbrante que hasta hoy ha inspirado el movimiento obrero moderno» [8]. Y, en 1935, Berth rinde un último homenaje al maestro cuando se encarga de reunir en un volumen *D'Aristote à Marx* [*De Aristóteles a Marx*] la serie de artículos («La vieja y la nueva metafísica») que, cuarenta años antes, le abrieron el camino hacia las ideas de Sorel.

En el momento de publicar esta última profesión de fe soreliana, Berth se apresta, a la vez, a defender a Georges Valois, con quien antaño había tomado la iniciativa del Cercle Proudhon y quien, en 1925, había fundado el primer movimiento fascista, el *Faisceau,* organizado fuera de Italia. Entre tanto, Valois también había iniciado un proceso de retorno a las fuentes. Es entonces uno de los críticos más perspicaces del fascismo, tanto en su versión mussoliniana, como en sus variantes francesas, así como del estalinismo. En efecto, *Le Nouvel Age* de Valois se impone, desde su aparición en 1934, como una revista «izquierdista», con tendencia a ver en todas partes el rastro del «gran complot» capitalista. Lo que no impide que, a menudo, sea muy lúcida. En 1935, la solicitud de ingreso de Georges Valois a la

[6] París, Marcel Rivière, 1932.

[7] Estas estimaciones se encuentran en *La Critique sociale,* núm. 3, octubre 1931, p. 107. Se trata de una carta firmada por P. K. y L. L. que pone fin a la publicación de las cartas de Sorel a Croce, anteriormente aparecidas en *La Critica* de Croce. Véase *La Critique sociale,* núm. 1, marzo 1931, pp. 9-15, y núm. 2, julio 1931, pp. 56-65. Estas cartas están presentadas (p. 9 del núm. 1), es posible que por el propio Souvarine, de un modo que a Berth debió parecerle poco simpático.

[8] E. Berth, «Sorel... pas socialiste!», *La Révolution prolétarienne,* núm. 124, febrero 1932, pp. 25-57 a 28-60 (entonces esta revista «izquierdista» utilizaba este sistema de paginación).

SFIO, apadrinada por Marceau Pivert, es aceptada por la sección 45, pero rechazada por el Consejo Federal del Sena [9]. El «Comité Antifascista y de Vigilancia», fundado por Paul Rivet, se niega también a aceptar su candidatura. El 5 de marzo de 1935, *Le Nouvel Age* imprime un largo artículo de Édouard Berth sobre el «caso Valois» que *La Révolution prolétarienne* se había negado a insertar. Este artículo es una réplica a una diatriba contra Valois lanzada por un veterano de *Le Mouvement socialiste,* Robert Louzon, al que Berth no quiere dejar de reconocerle que, treinta años antes, había firmado un gran artículo antisemita que armó mucho ruido [10]. Todo el mundo puede equivocarse, dice en sustancia Berth: el mismo Cercle Proudhon, fruto de una «situación histórica extraordinaria, inaudita», había sido un error. Para Berth, por grandes y demenciales que hayan podido ser las variaciones de Valois, «jamás persiguió otra meta, obstinada y apasionadamente, que la emancipación de la clase obrera» [11].

A buen seguro que, defendiendo a Valois, Berth intenta explicar su propio pasado y el de Sorel, y hacer comprender a una izquierda que, al oponerse con todas sus fuerzas a Déat y sus «neo», a Doriot, a Barbé y a los hombres de Saint-Denis, a Bergery y Jouvenel, tránsfugas del radicalismo, cree rechazar el último esfuerzo en curso para superar las fisuras tradicionales. El objetivo aquí sigue siendo la fusión de lo «nacional» y de lo «social», y el lenguaje, el contenido y la vocación corresponden exactamente a los de la vieja síntesis soreliana del Cercle Proudhon.

Hubert Lagardelle, fundador de *Le Mouvement socialiste,* nació el mismo año que Berth, en 1875. Mientras éste sólo obtiene la licenciatura en filosofía y nunca pasa de ser un modesto funcionario, administrador de varios hospitales parisinos, Lagardelle, en cambio, es doctor en derecho y abogado en el Tribunal Supremo de París. Pero, de los dos, Berth es el que posee una mente más profunda y el más inclinado a la reflexión teórica. Berth sigue, en cuanto a la labor doctrinal, la estrella de Sorel y la línea de los teóricos italianos, a los que traduce a menudo al francés. Lagardelle no es un pensador, es un publicista, un cronista, un director de periódico capaz de reaccionar con suma rapidez. Viaja, pronuncia conferencias: Bruselas, Constantino-

[9] Véanse *La Révolution prolétarienne* del 25 de diciembre de 1935, *Le Populaire* del 17 de diciembre de 1935 y *Le Nouvel Age* del 21 de diciembre de 1935.

[10] R. Louzon, «La faillite du dreyfusisme et le triomphe du parti juif», *Le Mouvement socialiste,* núm. 176, julio 1906.

[11] E. Berth, «Le cas Valois», *Le Nouvel Age,* 5 de marzo de 1935.

pla, Milán, Viena y las capitales de la Europa del Este. Sabe alemán, ya que estudió en Berlín, pero no participa en los grandes debates teóricos de la época y no sigue con la misma intensidad que Berth —quien también domina la lengua de Marx y Engels, de Kautsky, Bernstein y Rosa Luxemburgo— los detalles de los debates teóricos de la otra orilla del Rin. Su crónica política suele ser bastante pedestre. En cambio, es un hombre de partido, conectado con la actualidad y que se mezcla activamente en las luchas internas del socialismo francés. Lagardelle, guesdista convencido, miembro del POF a los 21 años, admirador de Kautsky, milita contra el programa de Saint Mandé de 1896. Dreyfusar, como Berth y Sorel, en torno a 1900-1902, dirige sus armas contra el millerandismo, contra el nacionalismo y aboga por la unidad socialista [12].

Es probable que Lagardelle conociera a Sorel a través de la revista *Le Devenir social* [13]. Ambos hombres mantienen contactos que, aunque jamás lleguen a alcanzar el nivel de intensidad que caracteriza las relaciones de Sorel con Berth, son suficientemente estrechos como para que Sorel, en la época de la luna de miel, ponga al ex guesdista y a su discípulo preferido en un plano de igualdad [14]. La colaboración de Sorel y Berth en *Le Mouvement socialiste* termina, para uno de ellos, a finales de 1908, y para el otro, a comienzos de 1909, esto es, en el momento en el que el maestro y el discípulo empiezan a madurar la síntesis socialista nacional.

Lagardelle se convierte al sorelismo durante y después de su estancia berlinesa. El autor de *L'Avenir socialiste des syndicats* [*El fu-*

---

[12] Como ejemplos representativos de los escritos de Lagardelle a lo largo de este período, y para tener una idea de la calidad de los ensayos de los socialistas extranjeros publicados por *Le Mouvement socialiste* hacia 1900, véanse los siguientes artículos: «Vers l'unité», núm. 46, 15 de noviembre de 1900, pp. 577-580; «La leçon de la Conférence Guesde-Jaurès», núm. 48, 15 de diciembre de 1900, pp. 705-707; «Concurrence patriotique», núm. 65, 1 de septiembre de 1901, pp. 257-259; «A propos du Congrès de Tours», núm. 81, 1 de marzo de 1902, pp. 385-388, donde Lagardelle elogia a «Kautsky, célebre teórico de la democracia socialista alemana admirable por su lucidez y su brío juvenil»; «Les Mots et les Faits», núm. 82, 8 de marzo de 1902, pp. 433-435; «Illusions tenaces», núm. 121, 1 de julio de 1903, pp. 187-190. Véanse también Rosa Luxemburgo, «Une question de tactique», núm. 14, 1 de agosto de 1899, pp. 132-137; K. Kautsky, «Le cas Millerand et le Socialisme français», núm. 46, 15 de noviembre de 1900, pp. 592-599, y la respuesta de Lagardelle «Sur l'article de Kautsky», *idem*, pp. 600-606.

[13] J. Levey, *The Sorelian Syndicalists*, ob. cit., p. 65.

[14] G. Sorel, «Le syndicalisme révolutionnaire», *Le Mouvement socialiste*, núms. 166-167, 1-15 de noviembre de 1905, p. 267.

turo socialista de los sindicatos] consigue convencer al joven guesdista de la necesidad de revisar el marxismo y de librarlo de esa rigidez ideológica característica de la ortodoxia francesa. Cuando, en 1902, *Le Mouvement socialiste* se convierte en semanario, Lagardelle ya es un soreliano convencido, por lo menos en lo que concierne a los aspectos políticos y morales de la teoría sindicalista revolucionaria [15]. Al contrario que Berth, no se interesa por esas grandes cuestiones de civilización que fascinan a Sorel, se encuentra más a gusto en la tribuna de un congreso que en una discusión filosófica. Por su actividad, Lagardelle entronca con los sindicalistas revolucionarios italianos que intentan conquistar el Partido Socialista desde el interior. Aunque no comparta las mismas pretensiones, Lagardelle dirige sus dardos contra Guesde, Vaillant y Jaurès: en los congresos de Nancy de 1907 y de Toulouse de 1908 defiende con vigor las tesis sindicalistas. Así se establece una división del trabajo entre el teórico Berth y el militante Lagardelle, portavoz de la «nueva escuela» ante las instancias del Partido. Su impresionante discurso pronunciado el 14 de agosto ante el Congreso socialista de Nancy es un verdadero manifiesto político del sindicalismo revolucionario, a la vez que una calurosa defensa de las posiciones mantenidas por la CGT ante el Partido Socialista en el Congreso de Amiens de 1906 [16]. Se produce la misma situación en el Congreso de Toulouse donde Lagardelle se enfrenta a Jaurès [17]. El 3 de abril del mismo año de 1907, se celebra en París una conferencia que reúne, bajo la presidencia de Victor Griffuelhes, a hombres como Robert Michels, Hubert Lagardelle, Arturo Labriola y Boris Kritchewski [18].

Por lo demás, en el curso de los años 1906-1907 asistimos a la culminación de la actividad de la «nueva escuela». Hablando estrictamente, la expresión se aplica a Sorel, Berth y Lagardelle. El jefe in-

---

[15] Véase la nota que encabeza el número del 4 de enero de 1902 (núm. 73), pp. 1-3.

[16] H. Lagardelle, «La Conféderation du Travail et le Parti socialiste-Intervention au Congrès socialiste de Nancy», *Le Mouvement socialiste,* núms. 189-190, 15 de agosto y 15 de septiembre de 1907, pp. 97-112, y núm. 191, 15 de octubre de 1907, pp. 283-287. Este texto junto con los discursos de Guesde y de Vaillant se reimprimió como folleto bajo el título *Le Parti socialiste et la Conféderation Générale du Travail,* París, Marcel Rivière, 1908.

[17] Consúltense las actas del *5.e Congrès national de la SFIO tenu à Toulouse les 15, 16, 17 et 18 octobre 1908,* París, Marcel Rivière, 1908.

[18] Véanse los textos de las intervenciones reunidos bajo el título *Syndicalisme et Socialisme: discours prononcés au Colloque tenu à Paris le 3 avril 1907,* París, Marcel Rivière, 1908.

contestable y el inspirador es Sorel. La «nueva escuela» equipada con las *Reflexiones* y las *Ilusiones*, que acaban de aparecer, dirigiendo con Lagardelle el recto combate en el seno del Partido, apoyando la intensa actividad desplegada por Michels, Arturo Labriola, Panunzio, Orano, Dinale y los demás teóricos del sindicalismo revolucionario italiano, consigue que el Congreso de Amiens adopte muchas de sus ideas. La famosa *Carta de Amiens* proclama especialmente la voluntad revolucionaria del sindicalismo francés y su decisión de mantenerse al margen de la política de los partidos.

Pero, al propio tiempo, aparecen los límites de las posibilidades ofrecidas al sindicalismo revolucionario europeo. En primer lugar los Congresos de Mannheim de la socialdemocracia alemana y el del Partido Socialista italiano, celebrado en Roma, consagran la derrota de los revolucionarios. Lo que lleva a Robert Michels a proclamar el fracaso del socialismo alemán [19] y a Paolo Orano a declarar que «el enemigo del sindicalismo italiano [...], es el Partido socialista» [20].

También en Francia la situación se deteriora y, con celeridad, queda muy poco de la euforia del Congreso de Amiens. En efecto, no cabe la menor duda de que la SFIO, al igual que otros partidos socialistas, no quiere que se le dicte una política: atacar a Jaurès, Guesde y Vaillant desde la tribuna de un congreso es una cosa, convencer a la mayoría del Partido es otra cosa. Ni la SFIO, ni la gran mayoría de los trabajadores franceses están dispuestos a seguir a Lagardelle cuando exige el reconocimiento del «valor revolucionario del movimiento sindicalista» [21]. La propia CGT se interesa mucho más por la jornada de ocho horas y por el resto de reformas sociales que por la revolución.

Entonces es cuando Sorel y Berth, que persisten en sus veleidades revolucionarias, se separan de Lagardelle. En 1910, Sorel rompe definitivamente sus lazos con el marxismo y se dispone a sacar a la luz la *Cité française* [22]. En la misma época, los sorelianos de Italia abandonan el Partido Socialista para unirse a Corradini y fundar *La Lupa*, cuyo primer número aparece en 1910. El anuncio de la confluencia

---

[19] R. Michels, «Le socialisme allemand après Mannheim», *Le Mouvement socialiste*, núm. 192, enero 1907, pp. 7-9 y 13-14.

[20] P. Orano, «Les syndicats et le Parti socialiste italien», *Le Mouvement socialiste*, núm. 193, 15 de diciembre de 1907, p. 462.

[21] H. Lagardelle, «La Confédération du Travail et le Parti socialiste...», loc. cit., p. 287.

[22] Véase el capítulo precedente.

entre sindicalistas y nacionalistas en Francia suscita entusiasmo en los ambientes sindicalistas revolucionarios italianos: Lanzillo en su biografía apologética de Sorel, Orano en *La Lupa* y la revista *Pagine Libere* que, en su número de diciembre de 1910, habla del «Fenómeno Sorel», estiman en su justo valor la significación de la síntesis socialista-nacional en vías de forjarse en Francia [23].

Sorel es quien pone en contacto a Berth con Valois [24], a quien seguramente conoce de los tiempos en los que el joven anarquista trabajaba en *L'Humanité nouvelle,* a la que se debe la publicación en 1898 de *El futuro socialista de los sindicatos,* ensayo que marca los inicios de Sorel como teórico del sindicalismo revolucionario. En 1912, Sorel asiste a la creación del Cercle Proudhon por hombres que tienen treinta años menos que él —Valois, nacido en 1878, tiene tres años menos que Berth— que le admiran, le ensalzan y no cesan de referirse a su autoridad, sin que él, por su parte, dé muestras de la más mínima reserva.

Lagardelle, por su lado, vuelve a sus viejas posiciones guesdistas. Si Sorel y Berth, por aversión a una civilización vilmente materialista, y a causa de su absoluta negativa a hacer componendas con el orden democrático y liberal, se unen a los nacionalistas maurrasianos, Lagardelle, en cambio, afirma que sólo repudió «los abusos de un principio, no el principio mismo», que nunca «condenó, con un no radical, el principio de la representación» [25]. Esta vuelta a las fuentes se produce sin el previo examen de conciencia que cabría esperar después de un cambio de este calibre. Lagardelle simplemente nos informa, en cuatro páginas, que «el hecho asombroso» de la síntesis socialista nacional del Cercle Proudhon le ha obligado a precisar sus puntos de vista sobre la democracia. Más adelante, nos enteramos de que el equipo de *Le Mouvement socialiste* participó en un intento de fusión —abortado— con la *Revue socialiste.* Lagardelle parece lamentar mucho este fracaso: «Los nuevos problemas» al orden del día, exigen, en su opinión, una reunión plenaria de todas las fuerzas socialistas. *Le Mouvement socialiste,* sigue diciendo, nunca ha flaqueado en su labor, y el sindicalismo revolucionario nunca ha

---

[23] Véase H. Lagardelle, «La Critique syndicaliste de la démocratie», *Le Mouvement socialiste,* núm. 228, febrero 1911, p. 81.

[24] Véanse P. Andreu, «Lettres de Georges Sorel à Édouard Berth: Première partie: 1904-1908», loc. cit., p. 81, y J. Levey, *The Sorelian syndicalists,* ob. cit., pp. 131-133.

[25] H. Lagardelle, «La Critique syndicaliste de la démocratie», loc. cit., pp. 321-325.

sido «una *escuela nueva,* ha sido siempre un movimiento de ideas constantemente revisable e incesantemente rejuvenecido» [26]. Eso es todo, y no es mucho tratándose de una odisea intelectual de esas dimensiones.

Resulta interesante constatar que la salida de Sorel y Berth de *Le Mouvement socialiste* no acarrea la salida inmediata de los italianos. Mientras que la última colaboración de Berth está fechada en enero de 1909 —un artículo consagrado al centenario de Proudhon[27]—, Orano, Olivetti, Panunzio y Arturo Labriola continúan escribiendo en la revista a lo largo de todo el mismo año [28]. Orano y Olivetti se van a finales de 1909 —este último concedió todavía una entrevista en marzo de 1910—, pero Panunzio, Labriola, Leone, Tullio Masotti y Michels siguen figurando en el sumario del año 1910 [29]. En febrero de 1911, cuando se anuncia *La Cité française,* Lagardelle no solamente arremete contra «el acuerdo proyectado entre Sorel y nuestros neomonárquicos» sino también contra las dos revistas del joven socialismo nacional italiano, *La Lupa* y *Pagine Libere* [30]. La ruptura con los directores de *La Lupa* y de *Pagine Libere* no es obstáculo para que Arturo Labriola, Sergio Panunzio y Robert Michels sigan dando manuscritos a Lagardelle [31]. El último artículo de Arturo Labriola lleva fecha de enero de 1912, y el de Panunzio de julio de 1913 [32]. Incluso Michels se propone responder al director de *Le Mouvement so-*

---

[26] H. Lagardelle, «Nouveaux Problèmes», *Le Mouvement socialiste,* núm. 206, diciembre 1911, pp. 321-325.

[27] E. Berth, «Le Centenaire de Proudhon», *Le Mouvement socialiste,* núm. 206, enero 1909, pp. 49-55.

[28] En el número de mayo (210) aparece la firma de Orano; en el de julio-agosto (212), las de Olivetti, Arturo Labriola y Orano; en los de septiembre y noviembre-diciembre (213 y 215-216), nuevamente la firma de Labriola.

[29] En 1910, en el número de enero (217), encontramos la firma de Labriola; en el de mayo-junio (221), la de Panunzio; en el de julio (222), la de Leone; en el de octubre (224), la de Masotti; en el de noviembre (225), las de Leone y Michels, y finalmente, en el de diciembre (226), una vez más, la de Panunzio.

[30] H. Lagardelle, «La Critique syndicaliste de la démocratie», loc. cit., p. 81. Véase también «Proudhon et les néo-monarquistes», *ibid.,* núm. 237, enero 1912, pp. 65-69, donde Lagardelle anuncia la próxima aparición de los *Cahiers du Cercle Proudhon.*

[31] Véanse *Le Mouvement socialiste* del año 1911, núms. 227 (enero) y 228 (febrero), con un estudio en dos partes de Michels sobre «la Constitution autocratique des Partis»; núm. 229, marzo (Panunzio); núm. 233, julio-agosto (Labriola).

[32] Véase núm. 237 de enero de 1912 (Labriola). Aparece la firma de Panunzio en los núms. 243 de julio-agosto de 1912, 244 de septiembre-octubre de 1912, y 253-254 de julio-agosto de 1913.

cialiste que había criticado las tesis del sociólogo alemán sobre las tendencias oligárquicas de los sindicatos [33].

Del mismo modo que la ruptura con los fundadores del sindicalismo nacional italiano no se hace de golpe, el carácter de la revista tampoco cambia por completo, con lo que el lector, al que ahora se le sirven platos elaborados por J.-B. Séverac, Gaston Lévy o Francis de Pressensé, se ve obligado a constatar que el socialismo soreliano está muerto y enterrado. La revista pierde su verdadera razón de ser: en su último número, fechado en mayo-junio de 1914, *Le Mouvement socialiste* publica cartas inéditas de Marx y Engels, un artículo de Lagardelle sobre las relaciones personales entre Marx y Bakunin y colaboraciones firmadas por C. Bouglé y Daniel Halévy —dos autores a los que no cabe considerar como peligrosos agitadores. En ella encontramos finalmente —lo que resulta trivial tratándose de una publicación que a lo largo de muchos años no ha cesado de lanzar invectivas y descalificaciones contra la democracia parlamentaria— un largo artículo de J.-B. Séverac celebrando los «éxitos electorales del partido socialista» [34].

Durante la guerra y en el período inmediato de posguerra, Lagardelle no lleva a cabo ninguna actividad que merezca ser mencionada. Desde su retiro de Toulouse se interesa por los problemas del regionalismo [35]. En 1926, el ex director de *Le Mouvement socialiste* ingresa en la sección de Toulouse del *Faisceau* de Georges Valois [36]. Con catorce años de retraso con respecto a Édouard Berth, quien en este mismo momento milita de nuevo en la extrema izquierda, Lagardelle abraza la síntesis socialista nacional que Valois sigue promoviendo. Sin embargo, no desempeña ningún papel importante en el *Faisceau* y no vuelve realmente a asumir un papel protagonista hasta enero de 1931, con la publicación de la revista mensual *Plans*. En estas fechas, Valois también ha vuelto a las filas de la izquierda, dejando a otro representante del sindicalismo revolucionario de los albores del siglo la

---

[33] R. Michels, «Oligarchie et Syndicats (Discussion)», *Le Mouvement socialiste*, enero-febrero 1913, pp. 90-96.

[34] J.-B. Séverac, «Les élections législatives et le parti socialiste», *Le Mouvement socialiste*, enero-febrero, núms. 263-264, mayo-junio 1914, p. 329.

[35] Sus artículos de la época se reunieron bajo el título *Sud-Ouest: una région française*, París, Librairie Valois, 1929.

[36] Véase Z. Sternhell, *Ni Droite, ni gauche. L'idéologie fasciste en France*, ob. cit., p. 129.

tarea de avanzar en la vía del planismo, del modernismo, del sindicalismo, aliados con el antiliberalismo y el antimarxismo.

El redactor jefe de *Plans* es Philippe Lamour, un ex miembro del *Faisceau*, pero es la personalidad de Lagardelle la que domina toda la publicación. La revista es vanguardista, modernista, soporte casi ideal de un fascismo con la vista puesta en la técnica, el rascacielos, la ciudad de Walter Gropius y Le Corbusier, en el arte de Fernand Léger. Una revista que, sin embargo, se pronuncia decididamente por una sociedad orgánica, armónica: la sociedad del «hombre real». Puesto que en el fascismo hay dos claras tendencias: por un lado, la de Drieu, que se propone defender al obrero contra la gran ciudad —«Digo que la gran ciudad, es el capitalismo» [37], y, por otro lado, la que precisamente venera a la ciudad nueva, a la nueva estética [38]. Como es lógico, este gusto estético modernista no se limita a la arquitectura: *Plans* publica a Marinetti, quien en sus páginas explica «los elementos de la sensibilidad futurista que han engendrado nuestro Dinamismo pictórico, nuestra Música inarmónica, nuestro Arte de los ruidos y nuestras Palabras en libertad» [39].

Al margen de estos temas vanguardistas, lo esencial de la reflexión doctrinal desplegada por Lagardelle apenas ofrece elementos originales. La crítica del capitalismo, de la democracia y del parlamentarismo sigue siendo la misma: la crisis actual traduce la impotencia de la sociedad individualista para adaptarse a las condiciones de la vida moderna. La democracia «sólo conoce el individuo, ignora el grupo», despoja «al individuo de sus cualidades sensibles» y lo convierte en «un grupo teórico» [40]. De forma que «la tara de la democracia individualista» es haber «dejado al productor indefenso» [41]. Finalmente, sólo el sindicalismo «que ha ofrecido el tipo mejor perfilado de hombre real llevado por el grupo a la superficie de la sociedad»,

---

[37] P. Drieu La Rochelle, *Socialisme fasciste*, París, Gallimard, 1934, p. 108.

[38] Véanse los artículos de Le Corbusier: «Une nouvelle ville remplace una ancienne ville», *Plans*, núm. 8, octubre 1931, pp. 49 ss., «Descartes est-il américain?», *ibid.*, núm. 7, julio 1931, así como las siguientes entregas de *Plans* del año 1931; en los núms. 1, 2, 5, 7, 8 y 9, los artículos de Le Corbusier empiezan en la p. 49; en el núm. 6, en la p. 65; en el núm. 3, en la p. 33.

[39] F.-T. Marinetti, «La nouvelle sensibilité», *ibid.*, núm. 7, julio 1931, p. 91. Véase también P. Latercier, «Étique de l'automobile», *ibid.*, núm. 1, enero 1931, pp. 46 ss.

[40] H. Lagardelle, «Au-delà de la démocratie. De l'homme abstrait à l'homme réel», *ibid.*, pp. 24-25.

[41] H. Lagardelle, «Au-delà de la démocratie. L'homme réel et le syndicalisme», *ibid.*, núm. 3, marzo 1931, p. 12.

hará posible la verdadera ruptura con el orden establecido y con «el hombre abstracto» [42]. Con el hombre real, no sólo nacerá una sociedad nueva, sino también una nueva cultura.

Todo ello ya había sido hecho a menudo, exactamente en los mismos términos, treinta años antes, en las columnas de *Le Mouvement socialiste. Plans* interrumpe su publicación en 1933, cuando Lagardelle, a petición de Henry de Jouvenel, se incorpora a la embajada de Francia en Roma. En el Quai d'Orsay se tenía conocimiento del sentimiento de deuda intelectual que albergaba el Duce por el ex director de *Le Mouvement socialiste* y su equipo, se sabía, asimismo, que la mayoría de los teóricos del sindicalismo revolucionario italiano pertenecían al privilegiado círculo de los fundadores del régimen. Y, por lo demás, en su famoso artículo de la *Enciclopedia Italiana,* escrito en colaboración con Gentile, ¿no había, acaso, citado el Duce a Lagardelle y a *Le Mouvement socialiste* como una de las grandes fuentes del fascismo? [43]. Era, pues, normal que la capital italiana reservara la mejor acogida al ex sindicalista.

En Roma, Lagardelle se interesa mucho por los problemas económicos y sociales. Es entonces cuando parece incorporarse definitivamente al corporativismo, en el que cree identificar los objetivos del sindicalismo de antaño. Ello resultó ser una buena preparación para ocupar el puesto de secretario de Estado de Trabajo que Vichy le propone. Nombrado el 8 de abril de 1942, el ministro Lagardelle dejará el puesto en noviembre del año siguiente, destrozado por una misión imposible [44]. Por última vez, el ex teórico sindicalista regresa entonces a la labor periodística: asume la dirección del periódico sindical vichista *La France socialiste,* donde reencuentra a ex sindicalistas como Georges Dumoulin, Georges Lefranc y Francis Dalaisi. Hasta el final, Lagardelle defenderá con ardor el corporativismo italiano, preconizará la necesidad de un nuevo socialismo y en el avance de los aliados verá el peligro mortal de una victoria del «culto salvaje del dinero» [45]. Un cuarto de siglo antes, Georges Sorel había visto la

---

[42] *Ibid.,* p. 17. Véanse también H. Lagardelle, «Supercapitalisme», *ibid.,* núm. 10, diciembre 1931, pp. 7 ss., «Capitalisme», *ibid.,* núm. 9, noviembre 1931, pp. 16 ss.; «La fin d'une culture», *ibid.,* núm. 5, mayo 1935, pp. 9 ss.

[43] Véase *supra,* cap. 1.

[44] J. Levey, *The Sorelian Syndicalists,* ob. cit., p. 370.

[45] H. Lagardelle, «Retour des barbares», *La France socialiste,* 5 de abril de 1944. Consúltense también, a título de ejemplo, los artículos de Lagardelle en las sucesivas entregas de *La France socialiste* de enero a junio de 1944: 31 de enero, 9 de febrero, 15

victoria de los mismos aliados como el triunfo de la plutocracia. En junio de 1940, no fue otra cosa lo que dijo Henri de Man, presidente del Partido Obrero belga.

II. EL SORELISMO APLICADO

Para los sorelianos, el revisionismo revolucionario es una respuesta original a lo que, a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, se denomina la crisis del marxismo. Esta respuesta, por lo demás, posee la insigne característica de ser la única compatible con el pensamiento de Marx. Esta crisis es, para ellos, el resultado lógico del «divorcio entre la teoría y la práctica» [46]. Por eso aplauden «el hálito de la revolución intelectual que procede de Bernstein»; como él, ellos también quieren hacer coincidir «la teoría y la práctica» [47]. Sólo que la práctica a la que esta respuesta ofrece una cobertura ideológica es la de un proletariado en lucha, organizado en sus unidades de combate, y no la de los partidos socialistas. En todo caso, los sorelianos se niegan a aceptar esta «descomposición» del marxismo que emana de la reacción idealista «cuyo aspecto filosófico fue la *vuelta a Kant*». Berth se niega tanto a planear «por las cumbres de una moral abstracta, universal, eterna», como a poner en el lugar de «la ineluctable evolución económica» una «no menos ineluctable evolución democrática [...]» [48]. Por otro lado, si se quiere rejuvenecer el marxismo, escribe, «los esfuerzos deberán desplegarse, más que *sobre el aspecto económico* de las teorías de Marx, *sobre el aspecto político*». Puesto que lo que parece esencial en Marx, «es su filosofía de la acción». Marx fue «un gran filósofo de la acción». Pero, «como economista, no cabe duda, que cada vez irá apareciendo con más claridad la caducidad de su obra en muchas de sus partes» [49]. Aquí, Berth se refiere a las de-

---

y 29 de marzo, 25 y 31 de mayo, 12 de junio. Véase también sobre este período, J. Levey, *The Sorelian Sindicalists,* ob. cit., pp. 331-333.

[46] H. Lagardelle, «Le socialisme ouvrier», *Le Mouvement socialiste,* núm. 142, 1 de noviembre de 1904, p. 1.

[47] H. Lagardelle, «La Confédération du Travail et le Parti socialiste», octubre 1907, p. 286.

[48] E. Berth, «Le Retour à Kant», *Le Mouvement socialiste,* núm. 134, 15 de marzo de 1904, p. 321.

[49] E. Berth, «Notes bibliographiques», *Le Mouvement socialiste,* núm. 159, 15 de julio de 1905, y núm. 150, 1 de marzo de 1905, p. 255. (En cursiva en el texto.)

mostraciones de Arturo Labriola sobre las debilidades de la teoría marxista del plusvalor, y apela a la autoridad de Sorel, quien en su prefacio a la *Ruine du monde antique* [*Ruina del mundo antiguo*], niega la primacía de la ciencia como factor de cambio social [50]. En esta idea, según la cual, «la teoría surge de la acción y no la acción de la teoría», los sorelianos ven «la idea maestra del socialismo marxista», y la única oportunidad que queda para llevar a cabo una práctica revolucionaria [51].

Esta afirmación es de capital importancia en los planteamientos de la «nueva escuela». Para los sorelianos, «la acción es primordial», y «la teoría sólo es una sistematización *a posteriori*». En consecuencia, lo que es esencial en Marx «es la teoría sociológica de la lucha de clases», no su análisis económico. Los sorelianos no solamente están convencidos de la caducidad de la teoría económica marxista, sino también de que, en realidad, no existe un «sistema económico marxista» [52]. Berth, como Sorel, constata «una sorprendente analogía entre las teorías manchesterianas y las teorías marxistas». La única diferencia, que Berth considera «enorme», pero que —de hecho— no lo es tanto, dado que su importancia real queda casi anulada en la práctica, estriba en que los liberales «consideran el capitalismo como una *categoría económica eterna*, mientras que los segundos [los marxistas] lo consideran como una *categoría histórica* [...]» [53].

Ahí está toda la significación de la revisión del marxismo emprendida por los sorelianos. Para ellos el marxismo es la guerra, es la acción revolucionaria. Marx no es ni economista, ni filósofo, es un sociólogo de la lucha de clases. Así reducen el socialismo a un elemento único. En consecuencia, desde el momento en que se ve claramente que la lucha de clases ha dejado de ser una realidad, el socialismo en su conjunto pierde su razón de ser. Ello no obstante, cuando se haya desvanecido la noción de clase, siempre quedará el activismo, la lucha revolucionaria. Lo único que habrá cambiado será, pura y simplemente, el *vector* de la revolución.

Pero, por el momento —estamos en 1905—, de lo que se trata es de la lucha de clases que es necesario preservar y cultivar favoreciendo las condiciones en las que ésta puede desarrollarse. Por eso

---

[50] *Ibid.*

[51] E. Berth, «Catholicisme social et socialisme», loc. cit., p. 331, y H. Lagardelle, «Cronique politique et sociale», *ibid.*, núm. 157, 1 de abril de 1905, pp. 497-498.

[52] E. Berth, «Catholicisme social et socialisme», loc. cit., pp. 330-331.

[53] *Ibid.*, p. 329.

Sorel pide al proletariado que se oponga al reformismo negándose a aceptar las reglas del juego de la democracia liberal, que rechace cualquier medida susceptible de limitar el auge industrial aunque éste favorezca los intereses inmediatos de los trabajadores, que recuse la legislación social, y finalmente, que se oponga con todas sus fuerzas a un trayecto que tiende «a reducir la lucha de clases a una rivalidad de intereses materiales» [54].

En efecto, para los sorelianos el proletariado no es más que la máquina de guerra que quieren lanzar contra la burguesía decadente. No tienen necesidad de un proletariado que recusará una *lucha de clases* digna de este nombre para insertarse «en esas oscuras e infecundas rivalidades de *clanes democráticos*» de las que se nutren las disputas «en torno al pesebre, siempre menos surtido de lo que cabría, del Estado-Providencia» [55]. Esta fórmula de Berth, de la que cabe destacar la modernidad, está fechada en 1913; pero, de hecho, no hace sino recuperar una idea emitida en 1904 [56]. Pocas cosas han cambiado entre 1904 y 1913 sobre las cuestiones de principio, y las posiciones del Cercle Proudhon de esta época no son más que la consecuencia lógica de las de 1904-1905. Los sorelianos siguen esperando que el proletariado, liberándose de la democracia, recupere «este carácter grandioso y épico que hará alcanzar a la sociedad burguesa su perfección histórica, a la vez que, a la clase obrera, su plena madurez social» [57].

Vale la pena hacer, una vez más, hincapié en que Sorel y sus discípulos franceses se niegan a entrar, desde el comienzo de su acción, en el terreno del anticlericalismo [58]. En su debido momento, esta actitud facilitará su acercamiento a los maurrasianos para quienes el catolicismo es un componente esencial de la tradición nacional.

El aspecto fundamental de la revisión del marxismo, del que se desprende todo el resto, es la crítica de la economía marxista. Sorel, como ya hemos visto, inicia bastante pronto su crítica del marxismo;

---

[54] G. Sorel, «Enseignements sociaux de l'économie moderne», *Le Mouvement socialiste,* núm. 158, 1 de julio de 1905, pp. 298-299.

[55] E. Berth, *Les Méfaits des intellectuels,* ob. cit., pp. 290-291. (Nota de 1913; cursiva en el texto).

[56] E. Berth, «Les "Discours" de Jaurès», *Le Mouvement socialiste,* núm. 145, 15 de diciembre de 1904, p. 317. Berth levanta su voz aquí contra la concepción socialdemócrata del «Estado-providencia que pone a todo el mundo bajo su suprema custodia».

[57] E. Berth, *Les Méfaits des intellectuels,* ob. cit., p. 291 (nota de 1913). Véase prácticamente el mismo texto en E. Berth, «Catholicisme social et socialisme», loc. cit., p. 328.

[58] G. Sorel, «Enseignements sociaux de l'économie moderne», loc. cit., p. 298.

Berth sigue sus pasos al hacer suyas las conclusiones de la *Introducción a la economía moderna.* Para los sorelianos, se trata de adaptar «a nuestros tiempos presentes las tesis proudhonianas sobre la socialización del intercambio y del Estado», pero —y ello es de capital importancia— todo eso debe hacerse «sin tocar a la propiedad privada» [59]. Ése es un postulado que no será cuestionado.

Ni Sorel ni Berth son economistas. El autor de las *Reflexiones,* sin embargo, despliega meritorios esfuerzos y los liberistas italianos lo acogen calurosamente. Por lo que respecta a Berth, éste se contenta con reproducir algunas fórmulas sorelianas sobre la economía marxista y la economía manchesteriana. Todo ello es de muy corto alcance. La verdadera crítica de la economía marxista, en el seno del sindicalismo revolucionario europeo, es patrimonio de los universitarios italianos. El autodidacta de Boulogne-sur-Seine nunca aparece tan desarmado en el debate intelectual de la época, como cuando se le compara con esos economistas profesionales, Enrico Leone o Arturo Labriola. Lagardelle, no cabe duda, se percata de ello, de modo que le pide a Labriola dos artículos largos, para orientar a los lectores de *Le Mouvement socialiste* acerca de los verdaderos datos de la cuestión. El teórico italiano sólo presenta en francés las conclusiones operativas de una demostración, cuyos detalles yacen enterrados entre las páginas de las revistas italianas [60].

Para Labriola, el economista Marx es un hombre de su tiempo. La teoría del plusvalor era entonces «una verdad de sentido común, absolutamente irrefutable»; después de haber pasado por los fisiócratas, Adam Smith, Ricardo, y especialmente por la escuela ricardiana, debía desembocar necesariamente en su formulación marxista. De modo que no es un descubrimiento de Marx, como pensaba Engels, y la grandeza científica de Marx no se asienta indudablemente sobre ella. Rodbertus o Thompson tienen idénticos méritos para aspirar al título de sistematizadores de este lugar común [61]. Pero lo esencial no está aquí: reside en el hecho de que

> el plusvalor no es un fenómeno automático de la producción capitalista, *sino de las condiciones normales del mercado de trabajo* [...]. No es la relación ca-

[59] E. Berth, «Politique et Socialisme», *Le Mouvement socialiste,* núm. 132, 15 de enero de 1904, p. 29.

[60] Véanse, más adelante, caps. 3 y 5.

[61] Arturo Labriola, «Plus-value et réformisme», *Le Mouvement socialiste,* núm. 149, 15 de febrero de 1905, p. 218.

pitalista, esto es, la existencia de proletarios y de capitalistas y la alienación contractual de la fuerza de trabajo, lo que da origen al beneficio, sino las condiciones del mercado de los diferentes factores de la producción [62].

Lo que significa, según Labriola, que la teoría marxista del plusvalor no es un error en sentido estricto, puesto que siempre hay plusvalor; lo erróneo es, en todo caso, la causa de este fenómeno, tal como la capta y describe Marx. Sobre este error se asienta todo el edificio construido por el socialismo pequeño burgués en primer lugar, y por el reformismo democrático acto seguido: un socialismo púdico, filantrópico y sentimental. De forma que hay que sacar a la teoría de esta pendiente nociva con el propósito, a buen seguro, de restablecer la verdad científica, pero sobre todo de «impedir la degeneración práctica del movimiento obrero» [63]. En la misma zancada, Labriola rechaza las famosas leyes de la catástrofe del capitalismo y de la pauperización. Por lo demás, en su opinión, esas dos hipótesis suelen calificarse equivocadamente de marxistas: de hecho, están indisolublemente vinculadas a la ideología fundamental del movimiento anticapitalista [64].

Tras haber demolido de este modo el conjunto del edificio, Labriola, en otro importante artículo, afirma con toda nitidez: «Nosotros no alzamos nuestra voz contra el principio económico de la sociedad capitalista». Hacerlo equivaldría a desvirtuar el socialismo. Puesto que, siendo heredero «de una sociedad que ha llevado a su máximo grado la eficacia productiva del trabajo humano», el socialismo lo único que puede hacer es «desarrollar y aplicar a mucha mayor escala todavía los principios económicos del capitalismo» [65].

Evidentemente, no todos los socialismos son capaces de ello. Así sucede con el reformismo, o con esa versión del marxismo que dentro de poco tomará cuerpo bajo el nombre de leninismo. Sucede porque esas dos excrecencias se vinculan a la categoría de «un socialismo concebido en plan unitario y estatista» que «no se orienta en el sentido del desarrollo normal de la economía contemporánea» [66]. De lo que resulta que es crucial no obstaculizar nunca el libre juego de las

---

[62] *Idem*, pp. 223-224. (En cursiva en el texto.)

[63] *Ibid.*, pp. 224-226 y 229.

[64] *Ibid.*, pp. 213-214.

[65] A. Labriola, «Syndicalisme et socialisme italien», *Le Mouvement socialiste*, núm. 179, octubre 1906, p. 49.

[66] *Idem.*

fuerzas económicas: hay que preservar, so pena de «desastre social», esos dos grandes principios gracias a los cuales el capitalismo «ha realizado prodigios» —«la asociación productiva y la responsabilidad individual» [67]. Por la misma razón, es preciso evitar que determinadas medidas «de protección social coarten el impulso capitalista y fustiguen el ahorro»: el sindicalismo revolucionario se niega a «heredar una igualdad en la miseria» [68].

Finalmente se ofrece la explicación de la causa y de la naturaleza del antagonismo social. El proletariado no se rebela contra el capitalismo, sino contra «el principio de organización social, es decir, jerárquico, que caracteriza el capitalismo» [69]. Esta afirmación es cardinal para comprender claramente el contenido de la síntesis fascista. Sigamos escuchando a Labriola:

> El principio de organización del capitalismo hace que el capitalismo aparezca como *un patrón* y el capital como *una fuerza intelectual de dominación,* es decir, como algo que trasciende al cuerpo de los trabajadores. Ése es el hecho esencial que rebela a los obreros contra los capitalistas. Al aparecer el capitalismo como un patrón, el conjunto de los trabajadores parece un rebaño de esclavos. Como la inteligencia, la fuerza organizadora y dirigente son externas al cuerpo de los obreros, *éstos parecen meros autómatas en manos del capital* [70].

Si ahí reside toda la cuestión, se entiende que la mayoría de los teóricos sindicalistas italianos del sindicalismo revolucionario pueden, unos años más tarde, ver en el corporativismo una solución adecuada y, a la vez, se explica que Lagardelle mantenga hasta su último editorial, en vísperas de la liberación, su fidelidad a los principios sindicalistas. Se comprende —asimismo— que, a lo largo del período de entreguerras, todos esos socialistas, afiliados a los partidos fascistas, puedan llegar a considerar el corporativismo como una respuesta al sentimiento de alienación del proletariado. Si se logra transmitir al trabajador el sentimiento de que se está obrando por el bien de la colectividad y no por el bien del patrón, si, dentro del marco de la orga-

---

[67] *Ibid.*

[68] *Ibid.*, p. 59.

[69] *Ibid.*, pp. 49 y 51. Véase p. 52: «De lo que se desprende que la revolución social mantiene intacto el principio de asociación y de responsabilidad creado por el capitalismo, puesto que lo único que cuestiona es su organización autocrática».

[70] *Ibid.*, p. 50. (En cursiva en el texto.)

nización corporativista parece haberse logrado modificar radicalmente las relaciones jerárquicas ¿acaso no se habrá dado un gran paso adelante? Si la «meta de la revolución socialista es hacer desaparecer la separación entre el obrero y el instrumento de producción» [71], si esta meta no es más que eso y sólo eso, si se puede imaginar que puede haber «gestión individual de la producción, en un régimen de plena libertad industrial, con la organización colectivista de la vida económica [...], toda una serie de formas sociales en las que se podrá concretar la sociedad futura de los hombres libres» [72], ¿por qué no habría de ser el corporativismo una de esas nuevas formas sociales, desde el momento en que se habrá descubierto que el Estado es algo más que un mero instrumento en manos de la burguesía? ¿No es esta solución tanto más legítima cuanto que el sindicalismo revolucionario considera desastrosa cualquier medida que tienda a «empobrecer a los capitalistas» ya que con ellas se podrían perder «los maravillosos frutos de la civilización capitalista [...] junto al árbol que los ha producido?» [73].¿No es éste el mismo argumento que veinte años después utilizarán todos los fascistas italianos y franceses contra el comunismo soviético? Pero, sobre todo, ¿no encontramos aquí, acaso, los verdaderos orígenes intelectuales de esos famosos «regímenes intermedios» de los que habla el neosocialista Déat o, incluso, la idea lanzada por Henri de Man, según la cual la explotación es más un problema psicológico que un fenómeno económico?

Queda la cuestión del Estado. «La revolución social —dice Labriola— no permitirá que subsista por encima de la sociedad civil lo que habrá destruido en el interior del taller». Esta revolución «no podrá realizarse sin la descomposición del Estado» [74]. Pero no del Estado bajo todas sus formas, puesto que no se trata de transferir el poder político en manos del individuo. El sorelismo aborrece el anarquismo; sólo es individualista en el terreno económico. «Un verdadero abismo» separa las ideas sindicalistas de las anarquistas, dice Berth [75]. Igual da que sea de origen artesanal, agrícola o mundano, que se inspire en Rousseau o en Tolstoi, el anarquismo es un idea-

[71] *Ibid.*, p. 51.
[72] *Ibid.*, p. 53.
[73] *Ibid.*, p. 59.
[74] *Ibid.*, p. 52.
[75] E. Berth, *Les Nouveaux aspects du socialisme*, ob. cit., p. 5. Sobre la definición de anarquismo, véase también, *Les Méfaits des intellectuels*, ob. cit., pp. 123-124 y 126-128.

lismo, un intelectualismo, «un *simplismo* metafísico», «un racionalismo abstracto y falso» [76]. El anarquismo es la «negación de la idea social», es «meramente el eco del siglo XVIII», y «el individuo átomo», [77], «el hombre abstracto del anarquismo», no es otra cosa que «el salvaje de Rousseau o el cínico de Diderot, último rebrote del siglo XVIII, del gran siglo burgués» [78].

Para Berth y Labriola anarquismo e individualismo son igualmente condenables. Sería ingenuo creer que en ellos anida «un optimismo cándido, idílico, una creencia ingenua en los sanos instintos del hombre»; los teóricos de la «nueva escuela», profundamente convencidos «de la naturaleza nada afable del hombre» [79], no confían ni en la democracia liberal, ni en la socialdemocracia, ni en ningún tipo de régimen asentado en el principio de la soberanía popular. El sarcástico desdén con el que los disidentes contemplan la democracia, la ley del número, nunca se limita —como se ve— a la práctica burguesa y parlamentaria: esta crítica, en realidad, apunta a los fundamentos mismos de la democracia. El culto de las elites y de las minorías sindicalistas activas conduce a considerar con un soberano menosprecio lo que, en su opinión, es el infantilismo de la fe en la capacidad de las personas de autogobernarse.

Los teóricos del sindicalismo revolucionario detestan al individuo que se niega a doblegarse a la disciplina social, y no reconocen la existencia de la «libertad absoluta y trascendental» [80]. Berth llega, incluso, a negar la existencia «de una antinomia abstracta entre la autoridad y la libertad, entre el Estado y el individuo» [81]. Todavía avanza

---

[76] *Idem*, pp. 36, 46-47, 49-50 y 63. (En cursiva en el texto.)

[77] *Ibid.*, p. 63.

[78] *Ibid.*, p. 4. El anarquismo y el sindicalismo siguen discutiendo con un acaloramiento extremo sobre dos cuestiones concretas: el carácter sagrado del matrimonio, y la visión de la civilización capitalista. En tanto que la idea de la libertad, erigida por el anarquismo «en absoluto, disuelve la familia», el sindicalismo, siguiendo los pasos de Proudhon, considera la unión sexual como «una unión irrevocable, indisoluble» (p. 50). El sindicalismo soreliano, puritano y católico, violentamente opuesto al anticlericalismo, también aquí se encuentra a contrapelo de todas las otras tendencias del socialismo. Algunos años más tarde, ése será precisamente uno de los puntos de confluencia con el nacionalismo, a menudo barnizado, en los países latinos, de catolicismo. Por lo que respecta al capitalismo, Berth no es menos categórico: el sindicalismo revolucionario, no solamente no siente ninguna repulsión por la civilización capitalista, sino que como hemos visto, le profesa una profunda admiración (véanse pp. 37-38).

[79] *Ibid.*, p. 36.

[80] E. Berth, *Les Méfaits des intellectuels*, ob. cit., pp. 282-283.

[81] E. Berth, *Les Nouveaux aspects du socialisme*, ob. cit., p. 34.

un buen trecho en esta dirección sosteniendo que se siente y se percibe a sí mismo como un ser colectivo, un ser social.

Berth, como Proudhon, cree que «el ser, es el grupo [...]» [82]. El discípulo de Sorel lleva sus ideas a sus últimas consecuencias, reconociendo «expresamente que hasta hoy la autoridad ha sido necesaria» y «que la civilización se ha iniciado y ha sido necesario que se iniciara con la coacción, que esta coacción fue saludable, benéfica y creadora» [83].

Los teóricos del sindicalismo revolucionario, en realidad, nunca proponen la desaparición del Estado o de la autoridad, son meros partidarios de un proceso en el que, como escribe Labriola, «nosotros *distribuimos* la autoridad del Estado en los sindicatos [...]», mientras que los anarquistas, en cambio, «la dispersan en el individuo» [84]. Dentro de una perspectiva de esta índole, «la acción denominada antiestatista del socialismo» consiste en «esa transferencia de la autoridad legal, [...] del Estado al sindicato [...]» [85]. En el curso del desarrollo de «ese nuevo órgano social», se percibe «la necesidad objetiva que convierte el sindicato en un órgano autoritario que gradualmente va sustituyendo al Estado» [86].

Veamos cómo Berth clarifica la cuestión: «El sindicalismo, igual que Bergson no quiere destruir la ciencia, tampoco quiere destruir el Estado, en el sentido negativo y reaccionario que se imagina» [87]. Los sindicalistas son conscientes del lugar que ocupa el Estado en la historia moderna, de su papel unificador, de su función modernizadora [88]. Consideran absolutamente inaceptables tanto la recusación del Estado como la negación de la propiedad privada. El Estado contra el que se rebelan es el Estado democrático tal cual es, o el Estado socialista tal como los reformistas quisieran que fuera, el cual, al abolir «la competencia entre los nacionales», consagra «la democracia triunfante», el Estado que desarrolla «un proteccionismo pacifista» e

---

[82] E. Berth, *Les Méfaits des intellectuels,* ob. cit., p. 286.

[83] E. Berth, *Les Nouveaux aspects du socialisme,* ob. cit., pp. 34-35.

[84] A. Labriola, «Syndicalisme et Réformisme en Italie», *Le Mouvement socialiste,* núms. 168-169, 15 de diciembre de 1905, p. 409. (En cursiva el texto.)

[85] *Idem,* p. 408.

[86] *Ibid.,* p. 409.

[87] E. Berth, *Les Méfaits des intellectuels,* ob. cit., p. 172.

[88] Véanse, por ejemplo, E. Berth, *Les Nouveaux aspects du socialisme,* ob. cit., p. 8; «Socialisme ou Etatisme», loc. cit., p. 13; H. Lagardelle, «La France et la paix», *Le Mouvement socialiste,* núm. 159, 15 de julio de 1905, p. 412.

impide el libre juego de las fuerzas sociales [89]. Se niegan a sustituir el capitalismo por el «Estado-patrón», un Estado que debe suplantar a una multitud de patrones individuales; por lo demás, un Estado de este tipo es un «pésimo industrial» [90]. Rechazan con la máxima energía lo que llaman «el socialismo de Estado», y puesto que, en las condiciones que entonces prevalecen, el desarrollo del Estado sólo puede significar realmente el reforzamiento de la democracia liberal o de la socialdemocracia, Berth y Lagardelle lanzan un eslógan elocuente: «Cuanto menos Estado, mejor» [91].

De hecho, son consecuentes con los principios del liberalismo económico sobre los que descansa, en este terreno, el pensamiento sindicalista revolucionario. Se muestran vehementemente contrarios a ese «intervencionismo incesante» del Estado en las relaciones sociales, a esa tendencia realmente odiosa, por parte del Estado democrático, de querer ofrecer a los obreros «la reiterada demostración de su solicitud» y de «llamar a la avenencia a los patronos [...]» [92]. El sindicalismo revolucionario detesta «este régimen que pretende arremolinar a todos en torno a la lumbre» que «empobrece cuanto toca», que «mantiene artificialmente a los débiles y que, sobre todo, necesita que éstos vayan extendiéndose» [93]. No cabe duda que se trata de un lenguaje al que no están acostumbrados los militantes socialistas y que suena muy mal a los oídos de la clientela obrera tradicional. Berth, consciente de ello, sale rápidamente al paso: «Pero, se nos dirá, vosotros abogais por el *laisser-faire, laisser aller.* Vuestro liberalismo se parece curiosamente al liberalismo burgués. Lo que preconizáis es la lucha por la vida del darwinismo: ¡qué socialismo más raro!» [94].

Para desmontar este argumento, que para que Berth se dispusiera a refutarlo debía estar muy extendido en los ambientes socialistas, el discípulo de Sorel recurre a un expediente muy poco consistente —como no podía ser de otro modo— pero extremadamente característico: «La concepción liberal burguesa es, dice, una concepción abstracta. [...] Considera a los individuos en el estado de aislamiento: la

---

[89] H. Lagardelle, «La France et la paix», loc. cit., p. 414.

[90] E. Berth, «Socialisme ou Etatisme», loc. cit., p. 3.

[91] E. Berth, *Les Nouveaux aspects du socialisme,* ob. cit., p. 4; H. Lagardelle, «Socialisme et programme minimum», *Le Mouvement socialiste,* núm. 87, 12 de abril de 1902, pp. 678-679.

[92] H. Lagardelle, «La France et la paix», loc. cit., p. 414.

[93] *Idem,* p. 412.

[94] H. Lagardelle, «Socialisme et Etatisme», loc. cit., p. 10.

idea social burguesa equivale a un atomismo absoluto» [95]. En su lugar, el sindicalismo revolucionario pone al hombre concreto, al productor, y asienta sobre las ruinas de la cultura burguesa «una cultura de productores» [96]. Esta cultura de productores se niega a concebir el individuo «como motor del mundo» [97], en ella se pone, en el lugar del «hombre abstracto», al obrero considerado dentro del marco del taller: el taller, célula sociopolítica nueva, hereda la autoridad del Estado.

Ésa es la razón por la que el sindicato se arroga el derecho a hablar en nombre de la clase obrera en su conjunto: «organismo voluntario, pretende aunar en un haz compacto todas las voluntades obreras [...]». Aquí, Berth añade un elemento importante: el sindicato «es el gobierno de la masa por los que poseen la capacidad de hacerlo, por los mejores, por la elite obrera [...]» [98]. Este elitismo, que constituye un principio fundamental del pensamiento de los sorelianos, ahora se afirma con toda claridad y se asocia inmediatamente a la idea de lucha. Mientras que los anarquistas querrían que los sindicatos fueran «una especie de clubs de metafísica antiautoritaria» [99], los sorelianos, en cambio, conciben los sindicatos en términos de unidades de combate disciplinadas, sólidamente organizadas y dirigidas por una elite de militantes de profundas convicciones. De hecho, para Lagardelle, la idea misma de «conciencia de clase» se define por el «sentimiento de que la causa del conjunto está por encima de la causa del individuo» [100]. Esta primacía de la colectividad respecto a los individuos que la componen es absolutamente esencial, tanto para comprender el sorelismo como la transición al fascismo.

No cabe duda que los obreros sindicados, sigue diciendo Lagardelle, aspiran «a la conquista de su dignidad de hombres, a la desaparición de una sociedad de dueños» [101], pero los rasgos característicos de esta sociedad nueva y sus principios Berth los define bajo forma de imágenes que no dejan el menor género de duda sobre su verdadera naturaleza:

«Lo que nos pone en lugar de los ejércitos permanentes —decía Proudhon— son las compañías industriales.» Veamos cómo se ex-

---

[95] *Idem.*

[96] E. Berth, *Les Nouveaux aspects du socialisme,* ob. cit., p. 36.

[97] H. Lagardelle, «Notes bibliographiques», *Le Mouvement socialiste,* núm. 179, octubre 1906, p. 171.

[98] E. Berth, «Socialisme ou Etatisme», loc. cit., p. 11.

[99] E. Berth, *Les Nouveaux aspects du socialisme,* ob. cit., p. 6.

[100] H. Lagardelle, «Le Socialisme ouvrier», loc. cit., p. 6.

[101] H. Lagardelle, «La France et la paix», loc. cit., p. 416.

presa Proudhon sobre estas compañías: «Finalmente aparecen las compañías obreras, *verdaderos ejércitos de la revolución,* donde el trabajador, *como el soldado en el batallón,* maniobra con la precisión de sus máquinas; donde miles de voluntades, *inteligentes y orgullosas,* se funden en una voluntad superior, igual que los brazos que éstas ponen en movimiento engendran de consuno una fuerza colectiva mayor que su misma multitud». ¿Acaso no hay aquí una transposición perfecta de lo que podríamos llamar el orden militar al orden obrero? [102].

No cabe duda que de lo que se trata es de una transposición de este tipo, y ése es el ideal de organización social perfecta que proponen los sorelianos.

Por otro lado, Berth introduce ya en *Les Nouveaux Aspects du socialisme* [*Los nuevos aspectos del socialismo*], publicado en 1908, una distinción fundamental entre «el poder productor» y «todos los no-productores» [103]. Esta distinción esencial en los inicios de la síntesis fascista se refuerza considerablemente con la que propone en la serie de artículos publicados en 1907-1908, artículos que constituyen la mayor parte del volumen sobre *Las fechorías de los intelectuales.* Según los términos de este análisis, no existe un capitalismo único, sino dos formas distintas de capitalismo: «Hay un capitalismo mercantil y un capitalismo industrial» [104]. El «capitalismo mercantil y usurero, poco favorable al verdadero progreso de las fuerzas productivas», que «quiere eliminar la competencia, estabilizar el mercado», y que necesita de un Estado regulador de las relaciones económicas y sociales, es el gran enemigo del sindicalismo de acción directa [105]. Pero, significativamente, nada parecido se dice del «capitalismo industrial». Todo lo contrario. La distinción que hace Berth es tan clara, tan rotunda y categórica, que nadie puede llamarse a engaño. Va acompañada de una segunda precisión no menos clara: si «la noción de Estado es una noción burguesa», ésta es «una creación, como hemos dicho, de la burguesía mercantil e intelectual [...]» [106].

Estas distinciones ya están enraizadas en la *Introduction à l'économie moderne* [*Introducción a la economía moderna*] que Berth

---

[102] E. Berth, *Les Méfaits des intellectuels,* ob. cit., pp. 286-287. Berth cita *L'Idée générale de la Révolution,* pp. 259 y 232.

[103] E. Berth, *Les Nouveaux aspects du socialisme,* ob. cit., pp. 16-17. Véase también, *Les Méfaits des intellectuels,* ob. cit., pp. 287-288.

[104] E. Berth, *Les Méfaits des intellectuels,* ob. cit., pp. 264-265.

[105] *Idem.*

[106] *Ibid.,* p. 211.

analiza en 1904 para los lectores de *Le Mouvement socialiste*. Se vuelven a encontrar en *Las fechorías de los intelectuales* donde apuntan a otro aspecto de esta diferenciación fundamental entre «la parte realmente productora de la burguesía» y los «no productores», «los financieros»: unos quieren liberarse de la tutela del Estado y atacan «el parasitismo» de los demás, quienes, por el contrario, no cesan de apelar al Estado. De forma que hoy en día no es nada extraño ver «financieros blasonar de ideas socialistas, siendo el socialismo para ellos, naturalmente, el estatismo llevado a sus últimas consecuencias» [107].

Esta distinción entre productores y parásitos, que sustituye a las dos categorías clásicas de burguesía y proletariado, esta diferenciación entre capitalismo creador, agente fecundo, y la finanza estéril, viviendo a expensas del elemento que trabaja, no es una distinción marxista. Ello no obstante, juega un destacado papel en el pensamiento de los revisionistas revolucionarios de comienzos de siglo. El análisis de los socialistas nacionales la recuperará, exacerbándola. Acabará convirtiéndose en una de las bases del pensamiento económico y social del fascismo. También Lagardelle ve, a su vez, de manera muy diferente *«el Estado protector»* y *«el Estado guerrero»*. No pone, ni mucho menos, el mismo énfasis en uno que en otro [108]. Para los sorelianos, existe una diferencia fundamental entre la autoridad al servicio de la democracia, ya sea liberal o socialista, y la autoridad al servicio del sindicato, esta unidad de combate fuertemente estructurada que posee todos los atributos «de una colectividad plenamente autónoma», en la que «se mantiene perpetuamente a la masa en estado eléctrico» [109].

Ya que, según Lagardelle, un abismo separa «la democracia política, que sólo reconoce individuos iguales», de «la democracia obrera». La primera es «incierta y caótica», la segunda «fija y orgánica». Lagardelle muestra un desdén supremo por el individuo no organizado, por esta «polvareda de hombres que levantan de vez en cuando los vientos contrarios de la política» [110]. En su opinión, no hay la menor duda de que el trabajador aislado no puede pretender «romper el principio del gobierno obrero por las agrupaciones profesionales»; debe, incluso, reconocer la necesidad de «una sólida jerar-

---

[107] *Ibid.*, p. 267.

[108] H. Lagardelle, «La France et la paix», loc. cit., p. 412.

[109] E. Berth, *Les Nouveaux aspects du socialisme*, ob. cit.

[110] H. Lagardelle, «Démocratie politique et organisation économique», *Le Mouvement socialiste*, núm. 94, 31 de mayo de 1902, p. 1015 y núm. 95, 7 de junio de 1902, p. 1082.

quía», lo que permitirá evitar las «incertidumbres» y «oscilaciones de los movimientos de opinión que se producen en la democracia política» [111]. A ello, Berth añade su recusación de esa «concepción abstracta y metafísica» que percibe a los hombres como «átomos psicológicos» [112].

Evidentemente, el director de *Le Mouvement socialiste* quiere hacer posible «el control permanente de la masa, en la medida que está organizada» [113]. Sólo que en ningún lugar se detalla de qué manera podría ejercerse efectivamente este control. En cambio, se estipula con toda claridad que «la democracia socialista no se inspirará en las leyes de la democracia política», sino «en las reglas de la democracia obrera» [114]. Esta «democracia obrera» está fundada en el elitismo y en la categórica recusación de la igualdad. Ello es así porque la primacía pertenece siempre a los «más conscientes»: «la concepción de una igualdad abstracta suplanta aquí, dice Lagardelle, a la noción de una igualdad real, fundada en las diferencias existentes de hecho entre los trabajadores. No están todas en el mismo plano, porque no todos tienen las mismas aptitudes» [115]. Finalmente, se nos dice que esta «democracia obrera» sólidamente jerarquizada, disciplinada, elitista, que sigue privilegiando la colectividad sobre el individuo, se «encargará de regular, al margen de las convulsiones electorales, hasta los más mínimos detalles de la vida obrera» [116].

De modo que la famosa libertad obrera adquiere aquí perfiles bastante singulares, muy semejantes a una cierta forma de totalitarismo. Dentro de un cuadro conceptual de estas características, alguien como Michels no tiene ninguna dificultad en mostrar que la teoría elitista, la que aún concibiendo a las masas como una fuente de energía, niega que éstas tengan la capacidad de llevar la dirección de la evolución social, en modo alguno contradice la concepción materialista de la historia y la idea de lucha de clases [117]. Un cuadro que

---

[111] H. Lagardelle, «Démocratie politique et organisation économique», loc. cit., pp. 1015-1016.

[112] E. Berth, «Socialisme ou Etatisme», loc. cit., p. 9.

[113] H. Lagardelle, «Démocratie politique et organisation économique», loc. cit., p. 106.

[114] *Idem.*

[115] *Ibid.*, pp. 1015-1016. Sobre la idea de «Democracia obrera», contrapuesta a «la democracia cristiana» y a la «democracia liberal», véase E. Berth, «Catholicisme social et socialisme», loc. cit., p. 344.

[116] H. Lagardelle, «Démocratie politique et organisation économique», loc. cit., p. 1082.

[117] R. Michels, *Political Parties,* Londres, Jarrold, 1915, p. 407. La edición francesa

también permite, por ejemplo, a Émile Pouget, que no es soreliano, llegar a la conclusión de que la acción directa del proletariado puede «manifestarse con aires benévolos y pacíficos, o muy vigorosos y extremadamente violentos». La enorme diferencia entre el sindicalismo y el «democratismo» consiste precisamente, según el líder sindicalista, en que «éste, mediante el mecanismo del sufragio universal, ofrece la dirección a los inconscientes, a los remolones [...], y asfixia a las minorías que llevan el futuro en su seno» [118]. Es así cómo la extrema izquierda socialista erige en norma el menosprecio de la democracia y del parlamentarismo, a la vez que el culto de la rebelión violenta dirigida por minorías conscientes y activistas.

Por lo demás, no hay de qué sorprenderse cuando Victor Griffuelhes, interrogándose sobre el porvenir del sufragio universal, no vacila en responder: «veo con claridad que debería ser relegado al almacén de los accesorios» [119]. Por esa razón Lagardelle no yerra sosteniendo que «el sindicalismo francés nace de la reacción del proletariado contra la democracia», esta democracia que no es más que una «forma popular de la dominación burguesa» [120]. Émile Pouget, a su vez, declara que los métodos de acción de la organización confederal no pueden inspirarse en «la idea democrática vulgar: no son la expresión del consentimiento de una mayoría segregada a través del procedimiento del sufragio universal» [121]. Pouget considera efectivamente que si los procedimientos democráticos se abrieran paso en las organizaciones obreras,

> la no-voluntad de la mayoría inconsciente y no sindicada paralizaría todo tipo de acción. Pero la minoría no está dispuesta a abdicar de sus reivindicaciones y de sus aspiraciones frente a la inercia de una masa que todavía no ha sido alentada y vivificada por el espíritu de la rebelión. En consecuencia, la minoría consciente tiene la obligación de actuar, sin reparar en la masa refractaria [122].

---

publicada en 1914 es una edición abreviada, igual que la última edición publicada por Flammarion en 1971 con un prefacio de René Rémond.

[118] E. Pouget, *La Confédération Générale du Travail*, París, Marcel Rivière, 1909, pp. 35-36.

[119] Véase Griffuelhes, *L'Action syndicaliste*, París, Marcel Rivière, 1908, p. 37.

[120] H. Lagardelle, «Le syndicalisme et le socialisme en France», en *Syndicalisme et Socialisme*, ob. cit., pp. 36-37.

[121] E. Pouget, *La Confédération Générale du Travail*, ob. cit., p. 34.

[122] *Idem*, pp. 34-35.

En su opinión, nadie debe «lanzar recriminaciones contra la iniciativa desinteresada de la minoría, mucho menos aún "los inconscientes" quienes, en comparación con los militantes, no son más que "ceros humanos"» [123]. Este elitismo a ultranza es muy característico de las concepciones sindicalistas y se diferencia muy poco del elaborado por algunos de los fundadores de las ciencias sociales modernas, tales como Pareto y Michels, cuya obra alimenta vigorosamente el ascenso del fascismo.

A lo largo de todo este período, Sorel, Pouget y Lagardelle se dedican a demostrar, cada uno a su manera, que el socialismo sólo puede construirse «en base a una absoluta separación de las clases y en base al abandono de toda esperanza de una renovación política» [124]. Una concepción de este orden, de hecho, significa el abandono de la lucha política, electoral y parlamentaria, y la parálisis del partido socialista. Si el antagonismo entre clase y partido, entre «clase y opinión» [125], representa la viga maestra del sindicalismo, y si, asimilando lucha de clases y lucha de partido, los socialistas caen en un contrasentido, de ello se deduce necesariamente, por parte del sindicalismo, una forma de neutralidad que —en la práctica— elimina al proletariado como fuerza política organizada.

La Acción Francesa, siempre atenta al movimiento de ideas en el mundo obrero, no pierde ocasión de recalcar las afinidades que le unen con el sindicalismo revolucionario. Evidentemente, la CGT no responde a sus insinuaciones; nunca se ha planteado seriamente la cuestión de romper sus lazos con la socialdemocracia. Sólo se sentirán atraídos por el movimiento maurrasiano aquellos que, como Sorel, Berth, Emile Janvion, consideran que, en toda circunstancia, la democracia sigue siendo el mal supremo.

Ello no obstante, sería un grave error subestimar la profundidad de la reacción antidemocrática y elitista que en estos momentos no sólo se apodera de los sorelianos, sino también de líderes sindicales como Pouget y Griffuelhes que no por ello suscriben la teoría soreliana de la violencia, y se sienten demasiado preocupados por los pro-

---

[123] *Ibid.*, p. 35.

[124] G. Sorel, *La Décomposition du marxisme,* ob. cit., p. 58. Véase también Pouget, *La Confédération Générale du Travail,* ob. cit., pp. 10 y 37-38, así como H. Lagardelle, «Avant-Propos» en *Syndicalisme et Socialisme,* ob. cit., p. 5: el sindicalismo se dedica a destruir «minuto a minuto, a medida que se va produciendo, la labor falaz de unión de clases que persigue la democracia».

[125] E. Pouget, *La Confédération Générale du Travail,* ob. cit., p. 25.

blemas concretos de la vida sindical para interesarse por los de la decadencia burguesa. Pero esta convergencia despierta entonces en los sorelianos esperanzas desmesuradas en el potencial revolucionario del proletariado francés y en la voluntad de sus jefes de conducirlo al combate.

Es conveniente constatar aquí la diferencia, de serias consecuencias para el futuro, entre el sindicalismo francés y el sindicalismo italiano. Mientras que en Francia los secretarios de la CGT toman prudentemente sus distancias respecto a Sorel, en Italia, hombres como Michele Bianchi, Alceste de Ambris, Filippo Corridoni —líderes sindicalistas célebres que encabezan todas las huelgas de la época— forman un bloque con los teóricos. Los franceses están suficientemente seguros de sí mismos y confían suficientemente en sus tropas como para no tener necesidad del marco conceptual que les ofrece Sorel. Lo que no sucede en Italia, donde la revuelta obrera siente la urgente necesidad de una armadura ideológica movilizadora, capaz de organizar la solidaridad, de establecer un mismo objetivo para una masa de trabajadores naturalmente divididos por una multitud de diferencias locales, regionales y culturales.

La primera preocupación de los sorelianos sigue siendo la de deslegitimar intelectual y moralmente a la burguesía y a la democracia. Así es como Berth, insistiendo en una idea cara a Sorel, subraya que «la Idea social» no puede ser «burguesa», «sólo puede revestir dos formas: o es *militante* o es *obrera*» [126]. Para él la guerra siempre es «fuente y principio de toda virtud»: la ciudad heroica se disolvió «el día en que se aplacó el ideal heroico y guerrero» [127].

Berth, igual que su maestro, vilipendia a la «cultura socrática» y a Sócrates. Contrapone a las enseñanzas de ese «primer decadente», de ese «destructor de la ciudad helénica, heroica y guerrera» [128] una «concepción trágica de la vida y del universo» [129]. De nuevo, igual que Sorel, estigmatiza el siglo XVIII, «libertino y ya pornográfico», decadente y corrompido. Por el contrario, el autor de los *Méfaits des intellectuels* exalta a Bergson, «arruinando el intelectualismo» [130], y a Nietzsche, cuyo «*superhombre* [...] podría afiliarse al socialismo re-

[126] E. Berth, «Socialisme ou Etatisme», loc. cit., p. 12. (En cursiva en el texto.)

[127] *Idem*, pp. 12-13.

[128] E. Berth, *Les Méfaits des intellectuels*, ob. cit., pp. 258-260.

[129] *Idem*, p. 332.

[130] *Ibid.*, pp. 59-60, 64 y 259-260. Véase también E. Berth, «Socialisme ou Etatisme», loc. cit., p. 1.

volucionario» [131]. Comte y el positivismo, el racionalismo, el intelectualismo y el utilitarismo representan el mal, Proudhon y Nietzsche expresan el bien. Nietzsche porque nos enseña que el hombre «debe superarse» y «sólo se convierte en un héroe cuando participa en las grandes luchas a través de las cuales se consuma el trabajo heroico o divino de la historia»; Proudhon porque ha comprendido hasta qué punto la guerra «hace que todas las cosas alcancen el tono de lo sublime» y «hace al hombre más grande que la naturaleza» [132].

Berth reconoce que desea *«una nueva filosofía de la vida»* y una nueva «jerarquía de valores», en la que «ya no será la ciencia, sino la acción, lo que ocupe la posición soberana» [133]. Por lo demás, no cree que sean las fórmulas abstractas sobre la socialización de los medios de producción las que harán la revolución, sino «los grandes sentimientos profundos que embargan todo nuestro ser» [134]. Por eso, evocando de nuevo a Nietzsche, también él expresa su profundo desdén por lo que el filósofo alemán llama las «ideas inglesas», liberalismo y democracia, a las que desgraciadamente se sienten unidos los reformistas, encabezados por Bernstein. Berth cree que es «la voluntad de poder» del proletariado, aguijón de la violencia obrera, la que dará al socialismo una nueva fisonomía [135]. De forma que para corregir y completar a Marx, Berth, siguiendo el rastro de Sorel, va al hontanar de Nietzsche y Proudhon en busca de nuevas fuentes de inspiración [136], con la firme intención de proponer nuevas estructuras para el socialismo. Pero antes de poder organizar el proletariado en unidades de combate, es necesario, ante todo, destruir su apego tradicional —político y emocional— a la democracia.

---

[131] E. Berth, «Notes bibliographiques», *Le Mouvement socialiste,* núm. 179, octubre 1906, p. 183. (En cursiva en el texto.) Sobre Nietzsche, véase además «Les "Considerations inactuelles" de Nietzsche», *Le Mouvement socialiste,* núm. 200, 15 de julio de 1908, pp. 52-63.

[132] E. Berth, *Les Noveaux aspects du socialisme,* ob. cit., pp. 59-60; E. Berth, «Révolution sociale ou évolution juridique?», *Le Mouvement socialiste,* núm. 142, 1 de noviembre de 1904; E. Berth, «Notes bibliographiques», loc. cit., pp. 180-181; *Les Méfaits des intellectuels,* ob. cit., p. 126.

[133] E. Berth, *Les Méfaits des intellectuels,* ob. cit., p. 124. (En cursiva en el texto.)

[134] E. Berth, «Catholicisme social et socialisme», loc. cit., p. 348, y «Politique y socialisme», *Le Mouvement socialiste,* núm. 132, 15 de enero de 1904, p. 35.

[135] E. Berth, «Notes bibliographiques», loc. cit., pp. 180-181.

[136] Sobre el culto a Proudhon —todavía asociado a Marx—, véanse E. Berth, *Les Nouveaux aspects du socialisme,* ob. cit., pp. 42-43; «Révolution sociale ou évolution juridique?», loc. cit., p. 125; «L'Utopie du Professeur Menger», *Le Mouvement socialiste,* núm. 136, 15 de mayo de 1904, pp. 36-37.

La común percepción de la democracia de Berth y Lagardelle se afirma a medida que se refuerza la atracción que Sorel ejerce sobre ellos. A partir de 1902, Lagardelle sostiene que si bien es cierto que «el principio democrático —más aún que el gobierno democrático— se encuentra arraigado en el corazón del proletariado socialista» [137], no es menos cierto «que sobre el socialismo —que, en ciertos aspectos, concuerda con ella— acecha el peligro de la democracia» [138]. Rechaza con el máximo vigor la visión del socialismo elaborada al final del Congreso Nacional de Tours de marzo de 1902, en el curso del cual Jaurès logra que se vote, en una atmósfera de entusiasmo, la carta fundacional del Partido Socialista francés. Esta carta presenta el socialismo como el complemento indispensable de la *Declaración de los Derechos del Hombre* [139]. Lagardelle se niega a aceptar la idea que proclama que «el socialismo no es más que la culminación lógica de la democracia», y llega a la conclusión de que existe una contradicción esencial entre «la concepción de la lucha de clases, que constituye la base misma del socialismo», y la democracia [140]. Tras «la experiencia Millerand» y el desastroso final del caso [141], Lagardelle no cesará de denunciar la «corrupción», que descubre en todas partes, y la fusión con los elementos de extrema izquierda de la burguesía que implica el programa de Tours [142]. Este programa, por lo demás, señala el triunfo del «socialismo de Estado», de «la nueva *democracia social*», de la que Jaurès, candidato común de los comités radicales y de las agrupaciones socialistas de Tarn, es el símbolo [143].

Dos años después, el tono se ha endurecido considerablemente: «El socialismo se ha ido descomponiendo en Francia al entrar en

---

[137] H. Lagardelle, «Démocratie et lutte de classe», *Le Mouvement socialiste,* núm. 91, 10 de mayo, p. 895.

[138] H. Lagardelle, «Socialisme ou Démocratie», *Le Mouvement socialiste,* núm. 86, 5 de abril de 1902, p. 631.

[139] Véase C. Willard, *Le Mouvement socialiste en France (1893-1905). Les Guesdistes,* París, Éditions Sociales, 1965, p. 525.

[140] H. Lagardelle, «Démocratie et lutte de classe», loc. cit., pp. 1009-1012.

[141] Sobre las recaídas del caso Dreyfus en la revista *Le Mouvement socialiste,* véanse especialmente los artículos de A. Morizet, «M. Clemenceau ou le dreyfusisme au pouvoir», núm. 181, diciembre 1906, y R. Louzon, loc. cit.

[142] H. Lagardelle, «Ministérialisme et Socialisme», *Le Mouvement socialiste,* núm. 88, 19 de abril, pp. 727-729; «Socialisme et programme minimun», loc. cit., p. 781; «Démocratie politique et organisation économique», loc. cit., pp. 1010-1012.

[143] H. Lagardelle, «Socialisme et programme minimum», loc. cit., p. 684, y «Socialisme ou Démocratie», loc. cit., pp. 629-630.

contacto con la democracia» [144], dice Lagardelle; «el socialismo actual no soporta la prueba de la democracia» [145]. Berth cree que la democracia constituye una especie de purgatorio, entreacto natural y necesario entre el Antiguo Régimen y el socialismo, lo que no es óbice para que entre el socialismo y la democracia haya un antagonismo esencial [...]» [146]. Ése es un problema de fondo sobre el que los sindicalistas revolucionarios se separan no solamente de los reformistas, sino también de quienes, en 1905, aparecen como ortodoxos, incluido Kautsky, autor de un libro sobre *Parlamentarismo y socialismo.* Berth presenta esta obra como el ejemplo más edificante del error cardinal que comete la ortodoxia cuando sostiene la idea de que un socialismo triunfante podría infundir al parlamentarismo una vida nueva y servirse de ella para alcanzar objetivos completamente distintos. Ilusión, dice Berth: el parlamentarismo es la forma primordial de la dominación política de la burguesía y debe desaparecer con ella [147], del mismo modo que la democracia no puede aspirar a tener el derecho de ciudadanía en el universo obrero.

El texto a continuación citado describe claramente el sentimiento de los sorelianos respecto a la democracia y la idea que se hacen de ella. No se trata aquí, como podría pensarse a primera vista, de una crítica de la práctica democrática, sino, indudablemente, de la de algunos de los principios fundamentales del sistema democrático:

¿Qué pintaría aquí la ley, la democracia, con su votomanía y su estúpido dogma de las mayorías? [...] ¡El voto secreto, he ahí, en realidad, el símbolo perfecto de la democracia! Ved ese ciudadano, ese miembro de lo Soberano, que temblorosamente va a ejercer su soberanía; se esconde, elude las miradas de la sociedad; ninguna papeleta será suficientemente opaca para ocultar a las miradas indiscretas su pensamiento íntimo, su acto de soberanía; entra como un ladrón en el aislamiento de su cabina: helo ahí, solo, con su conciencia, ese supuesto dueño y señor del momento; se recoge, es libre —libre como la mónada de Leibnitz, con todas las puertas y ventanas cerradas. Así es como, en realidad, la democracia concibe la libertad: es la libertad de la mónada o, si se

[144] H. Lagardelle, «Action de parti et action de classe», *Le Mouvement socialiste,* núm. 149, 18 de julio de 1905, p. 284.

[145] H. Lagardelle, «Le Socialisme ouvrier», loc. cit., p. 2.

[146] E. Berth, «Notes bibliographiques», *Le Mouvement socialiste,* núm. 152, 1 de abril de 1905, pp. 494-495; *Les Nouveaux aspects du socialisme,* ob. cit., p. 15.

[147] E. Berth, «Notes bibliographiques», loc. cit., pp. 493-494. Véanse también Arturo Labriola, «L'Erreur tactique du Socialisme», *Le Mouvement socialiste,* núm. 157, 15 de junio de 1905, p. 229; H. Lagardelle, «Le Socialisme ouvrier», loc. cit., pp. 2-4.

quiere, la libertad de Epicuro, retirado del mundo, en la paz de su egoísta y solitaria ataraxia, lejos de las preocupaciones y del tráfago de la vida pública, libre y soberano en la soledad de su nada. He ahí, pues, el concepto que tiene la democracia del Pueblo-Rey: gracias a ella, de su vigor colectivo, no queda más que una procesión de sombras temerosas, viniendo a ejercer temblorosas y a escondidas, en el silencio de su conciencia abandonada a su egoísmo y a su cobardía, su supuesta soberanía [148].

Esta exasperada recusación de la democracia está en la raíz de la feroz campaña dirigida por los sorelianos no solamente contra *«el revisionismo reformista»*, ya sea sindicalista o político, contra el «rebajamiento moral» y el «cretinismo parlamentario» que de él se desprenden [149], sino también contra toda concepción «guesdista» del socialismo. Ningún criterio es suficientemente duro, ningún sarcasmo suficientemente hiriente para condenar ese *«socialismo del menor esfuerzo»* [150], para demostrar «la nada y la mentira del socialismo de Estado reformista, democrático e idealista» [151], ese socialismo «burgués hasta la médula» que se puede contemplar retozando en los famosos congresos internacionales, con sus intrigas de pasillo, los discursos de los picos de oro y todas «las manifestaciones diversas habituales en esa especie de mercado o de feria [...]» [152].

Los hombres de *Le Mouvement socialiste* no quieren que su lucha quede reducida a Francia. Ofrecen las columnas de su revista a los no conformistas italianos, así como a Robert Michels. Arturo Labriola y Enrico Leone aprovecharán la ocasión para ajustar cuentas con «ese bastardo socialismo domesticado» que quiere instalarse en la península de la mano del jefe reformista Turati, considerado por la burguesía milanesa local como «una especie de tercera maravilla local junto a la catedral y a la *Cena* de Leonardo», con la «farsa reformista» cuyos protagonistas «hacen las más graciosas reverencias a la monarquía» y, al propio tiempo, pretenden que su enfoque constituye «la única concepción realmente [...] revolucionaria del socialismo» [153].

---

[148] E. Berth, *Les Méfaits des intellectuels*, ob. cit., pp. 238-239.

[149] H. Lagardelle, «Le Socialisme ouvrier», loc. cit., pp. 2-4 (en cursiva en el texto); E. Berth, «Révolution sociale ou évolution juridique?», loc. cit., p. 133.

[150] E. Berth, *Les Nouveaux aspects du socialisme*, ob. cit., pp. 8, 19-23 y 31. (En cursiva en el texto.)

[151] E. Berth, «L'utopia du Professeur Manger», loc. cit., p. 44.

[152] E. Berth, *Les Méfaits des intellectuels*, ob. cit., pp. 211-212.

[153] Arturo Labriola, «Les Partis socialistes (Italie)», *Le Mouvement socialiste*, núm. 132, 15 de enero de 1904, pp. 145 y 148. Véase también pp. 142-149; Arturo Labriola,

El año 1906 es una fecha importante para los sorelianos. Por un lado, el corpus ideológico alcanza su madurez con la publicación de las *Reflexiones;* por otro lado, empieza en Italia el gran enfrentamiento entre los intelectuales del sindicalismo revolucionario y el Partido Socialista. La guerra a los sindicalistas, de hecho, estalla en 1905, con el despido de Enrico Leone de la redacción de *Avanti!* Leone había apoyado, desde las columnas del diario socialista, la huelga general de 1904; el líder centrista Enrico Ferri, director del periódico, muy poco partidario de esta acción de masas, tras obtener un voto de confianza unánime por parte de la dirección del Partido, lo pone entre las cuerdas obligándole a presentar su dimisión. Con Leone dejan la revista Michele Bianchi, Paolo Orano y Tomaso Monicelli [154]; todos ellos contribuirán activamente a dar forma a la síntesis socialista-nacional de 1910, y acabarán sentando las bases del movimiento fascista. Al propio tiempo, estos hombres van tomando conciencia no solamente de los auténticos antecedentes de la política italiana, sino también de las realidades sociales italianas. Por un lado, se dan cuenta de que se ha hecho inevitable el enfrentamiento con el Partido Socialista; por otro lado, lo que es más importante todavía, se acentúan sus dudas sobre el potencial revolucionario del proletariado.

Por lo que respecta a las relaciones con el Partido, en 1906 aparecen dos corrientes: Arturo Labriola se encuentra todavía en la fase en la que, a pesar de las amargas críticas dirigidas contra el Partido Socialista, se niega a separarse de él —en eso su posición dista muy poco de la que adopta Lagardelle—, aunque invita a los sindicalistas a considerarse «no responsables de la acción del Partido» [155]. Por el contrario, Ottavio Dinale, desde el verano de este mismo año, plantea la cuestión de saber hasta cuándo los sindicalistas que reivindican la lucha de clases podrán seguir aún encuadrados en las filas de un Partido que se ha convertido en una gran agencia electoral [156].

«Plus-value et réformisme», loc. cit., p. 124. Véanse también Arturo Labriola, «Le Socialisme en Italie», *Le Mouvement socialiste,* núm. 136, 15 de mayo de 1904, pp. 4-5, y E. Leone, «La Grève générale en Italie et la politique prolétarienne», *Le Mouvement socialiste,* núm. 142, 1 de noviembre de 1904, pp. 9-15.

[154] Véase el manifiesto de los que presentaron la dimisión publicado por *Il Divenire sociale* de Leone y traducido por *Le Mouvement socialiste,* núm. 157, 15 de junio de 1905, pp. 255-264.

[155] Arturo Labriola, «Syndicalisme et Parti socialiste», *Le Mouvement socialiste,* núm. 176, julio 1906, p. 240.

[156] O. Dinale, «Controverses sur le Syndicalisme italien», *Le Mouvement socialiste,* núms. 177-178, agosto-septiembre 1906, pp. 357 y 363-365.

Las desilusiones son aún más profundas cuando los no conformistas toman conciencia de las enormes dificultades estructurales con que se enfrentan sus veleidades revolucionarias. «El socialismo de la lucha de clases es una gran anticipación ideológica sobre las condiciones históricas de nuestro país», escribe Arturo Labriola, y «la experiencia parece demostrar que la masa electoral es refractaria a los puros principios de la lucha de clases» [157]. Sergio Panunzio, a su vez, cree que no es arriesgado concluir que las grandes dificultades del socialismo contemporáneo «no preocupan excesivamente a la conciencia socialista de la masa» [158]. Una idea que Dinale expresa con mucha mayor crudeza deplorando «esta psicología pasiva del proletariado que hace que siempre que sufre una nueva sangría se quede impotente y apático» [159]. Por eso tanto Labriola como Dinale llegan a la conclusión de que sólo la violencia podrá inspirar al proletariado «ese sentimiento de heroísmo» que hará de él *«una masa revolucionaria»*, que ahí reside la única «garantía de una humanidad superior» [160]. Tal es el objetivo que, según Paolo Orano, se fijan esos revolucionarios: ser «los bárbaros de ese monstruoso imperio laico, construido por la reacción con la cal viva del democratismo socialista» [161].

Los italianos, que siempre han tenido los ojos puestos en Francia, a la que envidian su movimiento obrero aureolado por la Comuna, se debaten en enormes dificultades: rivalidades regionales, un grado de corrupción de la vida pública desconocido en el resto de la Europa occidental. De manera que no cabe extrañarse del tenebroso cuadro ofrecido por los sorelianos de Italia, como tampoco cabe hacerlo de la virulencia de su lenguaje. Resulta más sorprendente ver cómo Robert Michels proclama, a su vez, el fracaso total del movimiento socialista alemán. Esta constatación de la bancarrota de ese gran partido que durante tanto tiempo ha dominado la escena europea, el partido de Engels, Kautsky, Bernstein y Rosa Luxemburgo, en nada se diferencia, en cuanto a su rigor, con la de los no conformistas italianos. Los no conformistas franceses, italianos y alemanes se sienten y quie-

---

[157] Arturo Labriola, «Syndicalisme et Parti socialiste», loc. cit., p. 472.

[158] S. Panunzio, «La situation socialiste en Italie», *Le Mouvement socialiste*, núm. 177-178, agosto-septiembre 1906, p. 373.

[159] O. Dinale, «Le Parti socialiste et les massacres de classe en Italie», *Le Mouvement socialiste*, núm. 17-18, agosto-septiembre 1906, p. 342.

[160] *Idem*, p. 343, y Arturo Labriola, «Syndicalisme et Parti socialiste», loc. cit., p. 243.

[161] P. Orano, «Les Syndicats et le Parti socialiste en Italie», loc. cit., p. 472.

ren ser solidarios. En primer lugar porque los partidos socialistas de sus respectivos países los excluyen; luego —y ése es el punto de convergencia más descollante— porque tienen la indefectible convicción de que representan lo que todavía queda en pie del socialismo europeo. «El parlamentarismo acarrea la muerte del socialismo, —dice Michels—, así sucede en todas partes, tanto en Francia y en Italia, como en Alemania» [162]. Esos revolucionarios piensan que Alemania es el laboratorio del socialismo, y su socialismo prefigura lo que ocurrirá en otras partes. ¿Acaso no envidian todos los partidos socialistas europeos la fuerza del partido de Bebel?

Pero es precisamente Alemania la que nos advierte del peligro. Puesto que, pregunta Michels, ¿qué se puede esperar de la democracia, si un partido que cuenta con trescientos mil afiliados y que obtiene en las elecciones generales tres millones de votos se revela incapaz de introducir en su país el más mínimo cambio? ¿Para qué sirve un partido de este tipo si ni siquiera es capaz de ejercer su influencia en el Estado para orientarlo en un sentido liberal? ¿Qué se puede esperar de los mecanismos de un sistema que condena a la esterilidad a un tercio de los sufragios expresados? Y, finalmente, ¿para qué sirve tener un partido, sindicatos, dinero, periódicos, escuelas y clubes deportivos, si las masas socialistas se muestran «perezosas e inadaptadas a la acción», por culpa de no haber recibido una educación moral? [163] Tres años más tarde, en 1907, Michels estima en cuatrocientos mil el número de afiliados regularmente inscritos y cotizantes del SPD. Este partido ofrece el espectáculo de una maquinaria burocrática en el que la organización se ha convertido en un fin en sí [164].

Lo mismo ocurre con el movimiento sindicalista alemán, un movimiento que, con su millón de afiliados, poseedor de un magnífico sistema burocrático, comparte con «el Estado prusiano el sentimiento del orden, el fervor y las cualidades que adornan a los empleados de finanzas». El único ideal de este sindicalismo, que le gusta vanagloriarse de que sólo se ocupa de economía, es tener las cajas bien repletas [165]. Los grandes debates teóricos de antaño pertenecen a un pa-

---

[162] R. Michels, «Les dangers du Parti socialiste allemand», *Le Mouvement socialiste,* núm. 144, 1 de diciembre de 1944, p. 201.

[163] R. Michels, «Les dangers du Parti socialiste allemand», loc. cit., pp. 199-200, véanse también pp. 193-199.

[164] R. Michels, «Le socialisme allemand après Mannheim», loc. cit., p. 20.

[165] R. Michels, «Les syndicats ouvriers», *Le Mouvement socialiste,* núm. 158, 1 de julio de 1905, pp. 314-315.

sado muerto y sepultado. Los Kautsky, Rosa Luxemburgo o Clara Zetkin han pasado a ser una minoría sin influencia en un partido que el parlamentarismo ha convertido en un engranaje más del Imperio. En caso de guerra, bien sea contra Inglaterra o contra Alemania, publicaríamos, dice Michels, un manifiesto contra el gobierno, muy revolucionario, y luego nos lanzaríamos contra el enemigo [166]. Michels denosta el patriotismo alemán de los líderes socialistas, un aspecto más de su ruina moral y política. No vacila en alinearse en las posiciones de G. Hervé, quien considera parloteo infantil la idea de querer dividir el fenómeno de la guerra en «guerra agresiva» y «guerra defensiva». Acto seguido lleva a cabo una valerosa campaña antimilitarista que le crea grandes dificultades con su propio partido: al término de una serie de conferencias pronunciadas en París, prácticamente se le acusa de traición [167].

A pesar de todo, llega un momento —hacia 1904-1905— en el que parece que la revolución podría abrirse paso. La huelga general italiana de 1904 se considera un éxito —en más de un aspecto lo ha sido— y el Congreso de Jena de la socialdemocracia alemana de septiembre de 1905 representa, según Michels, «un ligero golpe de timón a la izquierda», marcando un acercamiento a la táctica de la lucha de clases. En el extremo opuesto de Europa, la insurrección acaba de estallar en Rusia. Si hacemos caso de quien sigue siendo el más violento fiscal del socialismo de más allá del Rin, diariamente crece el número de los que ya no creen en el parlamentarismo como medio para acceder a la sociedad socialista [168]. Sus esperanzas son de corta duración. En septiembre de 1906, el proletariado berlinés sufre un estrepitoso fracaso que, rápidamente, se transforma en un auténtico derrumbe del sindicalismo alemán. Como consecuencia de una huelga iniciada por unos centenares de metalúrgicos [169], se despide, en represalia, a

---

[166] R. Michels, «Les dangers du Parti socialiste allemand», loc. cit., pp. 195-197.

[167] De R. Michels, véase en *Le Mouvement socialiste:* «Le prochain Congrès socialiste international», núm. 188, 15 de julio de 1907, pp. 43-45; «Les socialistes allemands et la Guerre», núm. 171, 15 de febrero de 1906, pp. 129-136, y «Polémiques sur le socialisme allemand», núm. 176, julio 1906, pp. 228-237; «Le Patriotisme des socialistes allemands et le Congrés d'Essen», *Le Mouvement socialiste,* núm. 194, 15 de enero de 1908, pp. 5-13.

[168] R. Michels, «Le socialisme allemand et le Congrès d'Iéna», *Le Mouvement socialiste,* núm. 166-167, 15 de noviembre de 1905, pp. 305 y 307.

[169] R. Michels, «La Grève des métallurgistes de Berlin», *Le Mouvement socialiste,* núm. 170, 15 de enero de 1906, pp. 96-100.

treinta y tres mil obreros. Frente a una patronal segura de sí misma, los sindicatos conducen al proletariado al desastre.

Es entonces cuando Michels llega a la conclusión de que los obstáculos no sólo residen en los aparatos y las oligarquías de los que se dotan las organizaciones obreras, sino también en esa realidad social que representa lo que él, en 1904, llama «el innumerable proletariado inconsciente y ciego» [170]. Esta masa obrera, sudando de miedo a la vista de algunos agentes municipales, por lo menos se sabía que estaba sedienta de discusiones teóricas [171], y sus jefes por lo menos tenían fama de tener buena mano en materia electoral. En 1907 ni esto es verdad: el Partido ni siquiera es capaz de ganar una elección. Berth aprovechó la ocasión, y el gusto con el que renueva las llagas de este «vasto instituto teológico socialista» en que se ha convertido el Partido alemán —antaño tan orgulloso de su supremacía teórica, tan convencido de detentar la verdad [172]— sólo es equiparable a la explosión de alegría con la que Lagardelle acoge la derrota electoral del SPD en febrero de 1907 [173].

En Italia aparece una línea de pensamiento idéntica. Desde que el movimiento socialista «se dispuso a hacerse electoral», dice Arturo Labriola, se hizo día a día más evidente que entre los éxitos electorales del socialismo y su progreso real «no hay ninguna correlación». Nunca, prosigue, «la sociedad socialista ha estado tan lejos de su realización que cuando los socialistas han estado más cerca del poder» [174]. Finalmente aparecen las derrotas electorales que ponen claramente de manifiesto que ni siquiera los compromisos y las apostasías sirven de nada: el socialismo, concluye Labriola, «es una cosa distinta a la democracia» [175].

De forma que, dice Lagardelle, lo único que queda es la acción

---

[170] R. Michels, «Le prochain Congrès socialiste internacional», loc. cit., p. 39. Véanse también la reseña de *Essays in Socialism, new and old,* hecha por Michels, y la de E. Belfort Bax, *Le Mouvement socialiste,* núm. 191, 15 de octubre de 1907, p. 349; R. Michels, «Les Socialistes allemands et la Guerre», loc. cit., p. 139; R. Michels, «Les dangers ou Parti socialiste allemand», loc. cit., pp. 198-199.

[171] R. Michels, «Les dangers du Parti socialiste allemand», loc. cit., pp. 200-201.

[172] E. Berth, «Notes bibliographiques», *Le Mouvement socialiste,* núm. 174, 15 de mayo de 1905, pp. 253-254.

[173] H. Lagardelle, «Le socialisme allemand et les élections», *Le Mouvement socialiste,* núm. 183, febrero 1907, pp. 196-197. (En cursiva en el texto.)

[174] Arturo Labriola, «Le Syndicalisme et le Socialisme en Italie», en *Syndicalisme et Socialisme,* ob. cit., p. 12.

[175] *Idem,* p. 13.

directa: «la lucha de clases es el socialismo en su totalidad» [176]. Pero ahí se topa con un problema que acabará deslomando al sindicalismo revolucionario: la lucha de clases en sí misma no constituye una realidad social. Hay que crearla de pies a cabeza, desarrollar en el seno del proletariado esos sentimientos de heroísmo, de abnegación y de sacrificio que el capitalismo ha sido incapaz de engendrar. Sólo «el idealismo revolucionario [...], el ardor de la lucha» decidirán la victoria, grita Lagardelle a Jules Guesde en el Congreso de Nancy [177]. Michels añadirá con vehemencia: un movimiento que persigue la emancipación de la clase obrera «no solamente pierde su eficacia, sino incluso su razón de ser, cuando empieza a sopesar los sacrificios, a temerlos». Ya que el espíritu de sacrificio es una condición previa al surgimiento de toda «fuerza consciente de sí misma», la cual es la única que «constituye un factor histórico» [178]. Lagardelle, a su vez, afirma que hay que exaltar el coraje de los proletarios, «educar su voluntad», empujarlos a que «se ejerciten en la acción, y preconizar "la acción directa"», porque en ella los obreros aprenderán «que no hay nada fatal, puesto que son los hombres los que hacen su propia historia» [179]. Tres años antes, Michels lanzaba ya sus dardos contra la falta de «sed moral» de los proletarios alemanes, siniestra consecuencia «de un materialismo histórico mal entendido» [180]. Así es como los intelectuales del sindicalismo revolucionario ponen en práctica las enseñanzas de Sorel en su propio trabajo de revisión antimaterialista del marxismo.

Las etapas de la trayectoria que lleva a los sorelianos a la síntesis socialista-nacional son fáciles de distinguir. En una primera fase, los disidentes se proponen cortar amarras, a la vez, con una determinada forma de idealismo —intencionalmente equiparado al utopismo—, que ellos consideran la coartada del oportunismo más vulgar, y con el determinismo económico. De este modo, rompen tanto con el reformismo como con la ortodoxia, que en su opinión no son más que dos

---

[176] «Avant-Propos», en *Syndicalisme et Socialisme,* ob. cit., p. 3.

[177] H. Lagardelle, «La Confédération du Travail et le Parti socialiste (intervention au Congrès socialiste de Nancy)», *Le Mouvement socialiste,* núm. 189-190, 15 de agosto de 1907, p. 111.

[178] R. Michels, «Les Socialistes allemands et la Guerre», loc. cit., p. 138.

[179] H. Lagardelle, «La Confédération du Travail et le Parti socialiste (intervention au Congrès socialiste de Nancy-final)», *Le Mouvement socialiste,* núm. 191, 15 de octubre de 1907, p. 285.

[180] R. Michels, «Les dangers du Parti socialiste allemand», loc. cit., p. 202.

ramas del mismo marxismo mal comprendido e ineficaz. Frente a estas «desviaciones», los sorelianos preconizan una vuelta a Marx y al marxismo auténtico: el marxismo de la lucha de clases, elevado a la altura de un valor moral. Ya que, para los sorelianos, en esta fase de su evolución, el marxismo se asienta ante todo en el postulado de que hay dos clases sociales homogéneas que se encuentran en estado de guerra. En su opinión, esta situación conflictiva es la clave del porvenir. En consecuencia, invitan a la lucha sin tregua contra todo cuanto atenúe o pueda atenuar este antagonismo: democracia política, derechos del hombre, valores universales, catolicismo social, socialismo reformista. Las relaciones entre las clases son relaciones de fuerza: los sorelianos no se limitan, en este caso, a constatar un hecho, sino que proclaman su intención de erigir «esta constatación en precepto» [181]. La fuerza, dice Lagardelle, «es el agente de la transformación del mundo» y la lucha de clases «el verdadero resorte del mundo moderno» [182]. Según Berth, la auténtica grandeza de Marx no ha sido haber planteado el problema de la propiedad —otros lo hicieron antes que él—, sino, en el curso de la elaboración de su teoría de la lucha de clases, haber situado «la acción, la vida, el devenir, por encima de la Idea abstracta» [183]. En este sentido, los sorelianos franceses adoptan la fórmula acuñada por Panunzio: «El sindicalismo», dice el futuro teórico del fascismo, «es el equivalente histórico del marxismo» [184]. Pero también han leído *El dieciocho Brumario* y, por tanto, saben que una categoría social que se asemejara a un saco de patatas, aunque presente las características objetivas de una clase, no constituye una clase en el sentido marxista del término: le falta «la conciencia», le falta «la unidad de voluntad», que se forman en la lucha [185].

Es verdad que, en el curso de los años de iniciación, los sorelianos

---

[181] E. Berth, «Les "Discours" de Jaurès», *Le Mouvement socialiste,* núm. 144, 1 de diciembre de 1904. Véanse Berth, «Révolution sociale ou évolution juridique?», loc. cit., pp. 134-135; «Revue Critique», *Le Mouvement socialiste,* loc. cit., pp. 100-101; «Politique et Socialisme», *Le Mouvement socialiste,* 15 de enero de 1904, pp. 24-25. Véanse también H. Lagardelle, «Chronique politique et sociale», *Le Mouvement socialiste,* núm. 152, 1 de abril de 1905, p. 499; «Action de parti et Action de classe», loc. cit., p. 282; «Notes bibliographiques», *Le Mouvement socialiste,* núm. 179, octubre 1906; «Démocratie et lutte de classe», loc. cit., pp. 892-893.

[182] H. Lagardelle, «La France et la paix», loc. cit., p. 416.

[183] E. Berth, «Revue Critique», loc. cit., p. 104.

[184] H. Lagardelle, «Notes bibliographiques», *Le Mouvement socialiste,* núm. 179, octubre 1906, p. 173.

[185] E. Berth, «Notes bibliographiques», loc. cit., pp. 175-176.

en formación ya habían comprendido que «este egoísmo de clase no puede conciliarse con las altas aspiraciones morales, de modo que constituye en sí mismo una deprimente *disminución del espíritu y de la conciencia socialista*» [186]. Pero ahí no reside más que un aspecto de lo que constituye el problema esencial. En 1910, Berth cree firmemente «en una evolución mecánica y fatal» y tiene una confianza ciega «en la supuesta descomposición vertiginosa de la sociedad burguesa», que paralizan toda veleidad revolucionaria. Dado que la pequeña burguesía y el campesinado no caen en el seno del proletariado, dado que el capitalismo trabaja menos de lo que se suponía por el socialismo, ¿no es necesario, acaso, que el socialismo «trabaje más para sí mismo» [187]? Esta fe en un determinismo vulgar, en «las previsiones dogmáticas de la Ciencia», ¿acaso no engendra la ruina del socialismo, ruina total, que sólo deja en pie «un reformismo vergonzante revestido de las viejas fórmulas revolucionarias» [188]?

Ahí es donde interviene precisamente el sindicalismo revolucionario: «transfiere la idea catastrófica del polo de la fatalidad capitalista al polo de la libertad obrera. Su gran preocupación es que *el proletariado pase de la pasividad a la actividad* [...]» [189]. La acción directa y la huelga general pretenden accionar este voluntarismo que preconizan los sorelianos [190]. Así Berth, siguiendo los pasos de Sorel, en un pasaje importante que aclara perfectamente la naturaleza profunda de esta rebelión nos dice:

> Es preciso, para que los seres y las cosas, los seres colectivos y los individuos, lleguen a su plena realidad jurídica y metafísica, que haya antagonismos violentos: así se desprende de la propia ley de la vida que postula el antagonismo universal [191].

Este elemento de darwinismo social se añade al mito soreliano.

---

[186] E. Berth, «A propos de la lutte de classe», *Le Mouvement socialiste,* núm. 25, 1 de enero de 1900, p. 26. (En cursiva en el texto.)

[187] *Idem,* pp. 26-27.

[188] E. Berth, «Révolution sociale ou évolution juridique?», loc. cit., pp. 138-139.

[189] *Idem,* p. 139. (En cursiva en el texto.)

[190] E. Berth, «Notes bibliographiques», loc. cit., p. 179. Estas notas constituyen una respuesta de Berth al ataque que Bernstein lanzó contra Sorel en *Sozialistische Monatshefte* de agosto de 1906. Véase también, sobre la acción directa, *Les Nouveaux aspects du socialisme,* ob. cit., pp. 20-21 y 33-34.

[191] E. Berth, *Les Méfaits des intellectuels,* ob. cit., p. 207. Véase también «Catholicisme social et socialisme», loc. cit., p. 300.

Con el mito de la huelga general «mito grandioso y sublime», no nos hallamos en presencia «de una idea», sino de «*un estado de ánimo colectivo* absolutamente nuevo» [192]. En efecto, dice Berth al reunir en un volumen los artículos que componen *Las fechorías de los intelectuales,* el mito soreliano «*es una expresión de voluntades* [...]. Sorel parte de la sencilla constatación de que nunca se haría nada en el mundo *si sólo se dispusiera de la razón;* la razón es profundamente relativista y la acción corresponde al dominio de lo absoluto» [193].

Este culto del activismo, al que se añade una desconfianza visceral hacia la razón, implica una verdadera adoración de la guerra, fuente de grandeza y de virtud. Una vez más, Berth invoca a Proudhon para decir que el antagonismo es «la ley fundamental del universo». En esa impetuosa estela, la industria se asimila a «un campo de batalla», y la guerra se define como «el fenómeno más profundo y más sublime de nuestra vida moral» [194]. En definitiva, el conflicto provoca la eclosión de esta fuerza movilizadora con la que no hay movimiento de masas:

> La huelga es un fenómeno de vida y de psicología colectiva; aquí entran en juego sentimientos colectivos muy poderosos, muy contagiosos, casi electrizantes; [...] cada obrero tiene su voluntad anegada, absorbida dentro de esta unidad: el egoísmo individual, el interés privado, las miserables preocupaciones personales, las pequeñas cobardías secretas desaparecen; queda sólo una masa electrizada, una personalidad colectiva compleja, enteramente transportada, a través de un único empuje unánime y poderoso, a las más altas cimas del heroísmo y del sentimiento de lo sublime [195].

De este modo queda perfectamente perfilada la armadura conceptual de la transición hacia el socialismo y el fascismo mucho antes de la Gran Guerra. Ningún teórico de entreguerras delineará mejor la naturaleza de las relaciones entre el individuo y la comunidad preconizadas por el fascismo. Ningún escritor fascista hablará en términos distintos de la guerra, del heroísmo, de los valores viriles. Del marxismo vaciado de su contenido materialista e individualista, perfectamente anclado en el racionalismo del siglo XVIII, sólo queda la violen-

[192] E. Berth, *Les Méfaits des intellectuels,* ob. cit., pp. 201-202 y 212-213. Véanse también pp. 271 y 293-294. (En cursiva en el texto.)

[193] *Idem,* «Prólogo» de 1913, p. 12. (En cursiva en el texto.)

[194] E. Berth, *Les Nouveaux aspects du socialisme,* ob. cit., pp. 51-52 y 58. Véanse también pp. 28-29, 54 y 60, así como «Révolution sociale ou évolution juridique?», loc. cit., pp. 126-128.

[195] E. Berth, *Les Méfaits des intellectuels,* ob. cit., p. 238.

cia y una concepción del conflicto percibido como motor de la Historia, fuente de lo Bello y de lo Sublime. Todo el socialismo queda reducido a esa lucha sin concesiones contra los valores y los principios de la democracia liberal. El instrumento de esta rebelión, el sindicato, está obligado a ser la expresión por excelencia de todas las virtudes de un proletariado heroico al que se quiere convertir en el constructor de una nueva civilización.

Pero reducir el socialismo a un factor único equivale a sentenciar todo el edificio a un irremediable hundimiento cuando se ponga de manifiesto que el proletariado heroico, altruista, organizado dentro de los sindicatos en unidades de combate dispuestas a tomar por asalto el orden burgués, sólo existe en la imaginación, los deseos y las esperanzas de estos teóricos e intelectuales. Tanto más cuanto, rápidamente, se evidencia que el sindicato —escuchemos a Michels— destinado a desempeñar el papel de herramienta de liberación del proletariado, no es más que una organización como las demás, dirigida y capitaneada como todas las organizaciones, incluidos los partidos socialistas, por una oligarquía. Como todas las organizaciones, crea una burocracia, tiene sus propios intereses, que nada tienen en común ni con el internacionalismo proletario, ni con el futuro de la humanidad. El proletariado, por lo menos en los países industrializados, sólo es una muchedumbre, y la muchedumbre es amorfa y conservadora por naturaleza: para activarla, necesita un mito, necesita una elite revolucionaria consciente de sus deberes.

Finalmente llegará la hora de la verdad, cuando se hará evidente que la vía proletaria desemboca en la nada. La enorme mayoría del proletariado es refractario a todo cuanto no afecte a sus intereses materiales inmediatos. Los partidos socialistas y los sindicatos aceptan la democracia y se proponen aprovecharse de ella todo lo que sea posible. Quienes quieran persistir en sus veleidades revolucionarias deberán encontrar otra solución. Deberán sustituir al proletariado que se zafa de su función civilizadora por otra fuerza histórica.

III. LA SÍNTESIS SOCIALISTA Y NACIONAL

Hacia 1907, las dudas sobre las capacidades revolucionarias del proletariado, que se desprenden de la definición del socialismo, dominan ya el pensamiento de los disidentes. Michels y los italianos no son los

únicos que dejan constancia de ello. En octubre de 1906, Berth reconoce que, hasta hoy, muy pocos movimientos obreros se han encumbrado hasta esta noción heroica de la lucha de clases. El proletariado, dice, «puede fracasar en su misión; no hay una necesidad objetiva de que el socialismo se realice». Ello no obstante, añade, de este desistir, no cabe concluir que la clase obrera no sea el «sujeto necesario» del socialismo. El movimiento obrero no emprende necesariamente una dirección socialista, pero «no hay socialismo posible sin movimiento obrero» [196]. Michels va todavía más lejos: critica la tesis según la cual el capitalismo «alumbrando no al proletariado, sino a una *nueva forma* de proletariado ha dado vida al socialismo. El socialismo como ideología ha existido antes que él». Para el teórico alemán, sería, por lo demás, tan vano pretenderlo como alegar lo contrario. Tampoco es la Idea la que ha engendrado el socialismo; es, más bien —y eso es lo esencial— «el movimiento socialista de clase [el que] ha nacido de la unión del proletariado con la Idea». Mientras no exista el proletariado, no puede haber movimiento socialista, pero «si no hay Idea, tampoco hay socialismo» [197]. Para Michels, toda la importancia del sindicalismo revolucionario reside precisamente en esta «unión grandiosa de la *Idea* con la *clase*» [198]. El sindicalismo «no es únicamente proletario, también es socialista revolucionario»; el futuro autor de *Les partis politiques,* observador sin indulgencia de la realidad alemana, comprende al instante «que el egoísmo de clase por sí solo no basta para alcanzar un objetivo revolucionario. Todo lo contrario, el egoísmo económico de las masas obreras empleadas por las fábricas Krupp no les conduce a la rebelión, sino al militarismo. A medida que Krupp acumula los pedidos hechos por los enemigos mortales del proletariado, más aumentan los salarios de los obreros de Krupp. Lo mismo sucede con la miríada de trabajadores de los otros países ocupados en fabricar armas y en construir arsenales. Por eso, sin «*estos elementos éticos* que elevan el brutal egoísmo de clase a la altura de la concepción socialista», el movimiento de emancipación obrera no tiene futuro [199].

Por otro lado, Michels es consciente del hecho de que el grupo

---

[196] E. Berth, «Revue critique», *Le Mouvement socialiste,* núm. 179, octubre 1906, p. 167.

[197] R. Michels, «Revue critique», *Le Mouvement socialiste,* núm. 184, 1 de marzo de 1907, pp. 282-283.

[198] *Idem,* p. 281.

[199] *Ibid.,* pp. 280-281.

social que se suele llamar «proletariado» no es una entidad homogénea. Las disparidades son considerables no sólo entre centros industriales y zonas rurales, sino también entre los diferentes sectores industriales. El interés corporativo y profesional constituye un claro obstáculo para la solidaridad obrera. Ésa es una idea aceptada en los medios sindicalistas y repetida hasta la saciedad por Berth y Lagardelle [200]. Los sorelianos franceses, sin embargo, captan con más lentitud todas las implicaciones inmediatas. Lo que todavía les costará más tiempo de comprender, a diferencia de Michels, es el hecho de que, en esencia, el sindicato difiere mucho menos de cualquier organismo social de lo que les gustaría pensar a aquellos que depositan en él esperanzas casi mesiánicas.

Enseguida se advierte que la clase no es exclusivamente una categoría de hombres surgidos del mismo medio económico y unidos por la conciencia de su solidaridad, y que ella no representa el extremo opuesto del partido político, concebido por los sorelianos como un conjunto artificial de elementos dispares. De este modo, queda cuestionado todo el sindicalismo revolucionario. Tanto más cuanto que Michels se dedica a demostrar que el sindicato sufre todos los defectos inherentes a toda organización, y que si, como cree Berth, toda representación «no puede ser más que una traición», el mismo peligro acecha a las organizaciones obreras y les aguarda una misma suerte. Las masas obreras no se representan a sí mismas, de forma que los sindicatos están hechos de la misma sustancia que los partidos políticos. No es el partido político, en tanto que engranaje de la democracia liberal, el que engendra el aburguesamiento y la desviación, sino la organización en sí misma [201].

Los teóricos del sindicalismo revolucionario, aun cuando sus trayectorias hayan sido algo diferentes, todos llegan a la conclusión de que la especificidad proletaria es una ilusión: el proletariado no está investido de esas cualidades mesiánicas con las que sueñan los revolucionarios, no está dispuesto a sacrificar sus intereses inmediatos para salvar al mundo de la decadencia. En una palabra, la enorme mayoría del proletariado industrial de la Europa occidental se siente bien re-

---

[200] Véanse, por ejemplo, E. Berth, «Politique et socialisme», núm. 132, 15 de enero de 1904, pp. 33-34; H. Lagardelle, «Le Congrès syndical de Bourges. Le Congrès et le Socialisme ouvrier», *Le Mouvement socialiste*, núm. 142, 1 de noviembre de 1904, p. 31.

[201] R. Michels, «Revue critique», *Le Mouvement socialiste*, loc. cit., p. 282, y E. Berth, «Revue critique», loc. cit., p. 166.

flejado en los grandes partidos reformistas de Alemania, Francia e Italia. Y el tradeunionismo británico, que así se declara y no pretende ir más lejos, o las organizaciones obreras de Francia, de Alemania y de Italia que a regañadientes aceptan remitir la revolución a un futuro inmediato, se encuentran, finalmente, a gusto en el consenso socialdemócrata. La CGT se convierte en una correa de transmisión del socialismo democrático, de modo que el sindicato resultará ser lo que se quiera, excepto una unidad de combate. El acercamiento entre la SFIO y la CGT obra de Jaurès y de Vaillant, prosigue y se estrecha. El partido no abandona nada, ni de sus posiciones de principio, ni de su práctica reformista; por tanto, el día de las elecciones, los cegetistas no le regatean ningún apoyo. La causa del sindicalismo revolucionario parece entendida: quien se niegue a la integración en el orden burgués, del que el socialismo en adelante forma parte, quien pretenda perserverar en sus esfuerzos y minar los cimientos del orden establecido, debe necesariamente encontrar un nuevo vector revolucionario. De lo que ahora no cabe duda es que la insurrección proletaria es impracticable. La revolución no pasará de ser una revolución moral, una revolución intelectual y espiritual, pero dejará de ser una revolución proletaria.

La desesperación de los sorelianos guarda proporción con las esperanzas que ellos depositaron en el proletariado. Los teóricos de la insurrección obrera, prisioneros de su fe absoluta en las virtudes de un proletariado agitado por el mito de la huelga general, no tienen solución de recambio. Entre los socialistas, son los únicos que se encuentran en este caso. Su situación intelectual, dado que se basa en un único postulado, es de una fragilidad extrema: esta variedad de socialismo no puede resistir el choque de la experiencia. Estos teóricos que lo refirieron todo a la espontaneidad de la insurrección obrera, no tienen la posibilidad de batirse en retirada, de diferir la rebelión a un futuro indeterminado. No pueden lanzarse a conspirar, a la espera, como los bolcheviques, del asalto final, ni plegarse a los dictados del socialismo democrático. Mientras que los leninistas y, de un modo más general, los revolucionarios de la Europa central y oriental, fieles a la matriz marxista, sienten el temblor del suelo y pueden esperar su hora; a los sorelianos de Francia e Italia, en cambio, no les cabe otra opción que la de someterse, de buenas a primeras, a la conclusión que se impone: el vacío creado por el naufragio del sindicalismo revolucionario sólo lo puede colmar otra fuerza social capaz de continuar la lucha.

Édouard Berth, en pleno empeño por llegar a una síntesis socialista nacional, saca las lecciones del fracaso y se interroga acerca de sus causas. Si

> el sindicalismo se ha descompuesto rápidamente dentro del ambiente pantanoso de la democracia [es porque] el mito de la huelga general, que en el movimiento obrero debía jugar el papel que el mito del inmediato retorno de Jesucristo jugó en el cristianismo primitivo, se ha disuelto rápidamente con el contacto de las intrigas políticas: el fracaso de la huelga de los ferroviarios le ha asestado un golpe mortal [202].

La democracia ha mostrado una fuerza que ha resultado ser excesiva para el sindicalismo revolucionario, tanto en lo que respecta a la competencia intelectual, como en lo que se refiere a la batalla política. El sindicalismo, aplastado en el terreno de las luchas sociales por la democratización del régimen, se ha visto incapaz de resistir el empuje movilizador de la democracia. Pero Berth es consciente del hecho de que el fracaso de la huelga de los ferroviarios o el despido de los militantes obreros, proceden de un fenómeno mucho más profundo: si «la idea sindicalista se ha visto arrastrada tan rápidamente a la misma degeneración que la idea socialista [...], es porque la clase obrera todavía no ha logrado operar su *escisión moral* con la filosofía burguesa, es decir, con la filosofía del siglo XVIII» [203]. El sindicalismo se ha arruinado descomponiéndose en socialismo. Ahora bien, en 1913, para Édouard Berth, tal cual es,

> el socialismo, con sus innumerables variantes, no es más que una pura y simple negación de la civilización, un aspecto de la decadencia moderna, la disolución contemporánea llevada a sus últimas consecuencias, hasta el límite [204].

Por consiguiente, para salvar el sindicalismo y, con él, a la civilización, es preciso tomar conciencia de dos grandes verdades. Ante todo, hay que percatarse de que existe un nexo entre el socialismo auténtico —el socialismo tal como lo entendía el sindicalismo— y el sentido de la «grandeza histórica» alimentado por la cultura clásica, del mismo modo que existe un nexo entre este socialismo y la «ape-

---

[202] E. Berth, *Les Méfaits des intellectuels* («Prólogo» de 1913), loc. cit., p. 13. Véase también p. 12.

[203] *Idem*, «Conclusión» de 1913, p. 338. (En cursiva en el texto.)

[204] *Ibid.*, «Introducción» de 1913, p. 105.

tencia de sublimidad moral» que deja la educación cristiana. De suerte que «no hay contradicción, sino colaboración entre la Tradición y la Revolución». Esta evidencia escapa al socialismo tal cual es, puesto que éste acaricia el insensato sueño de construir una humanidad completamente nueva. Entretanto, este falso socialismo arruina los cimientos sobre los que se podría realmente erigir una construcción nueva. ¿No se limita, acaso, «a estimular en el alma de los obreros los sentimientos más insanos, el gusto de la destrucción, la apetencia de placer y de bienestar, la aspiración a esta libertad romántica y negativa que consiste en desembarazarse de cuanto incomoda a las pasiones, a los instintos y a los vicios» [205]? Para Berth, igual que para Sorel, los problemas esenciales siempre son los problemas de la cultura y de la moral. Su puritanismo sólo es un aspecto de esta visión de las cosas.

La segunda verdad consiste en acordar toda su significación al «despertar de los valores heroicos que parece ponerse de manifiesto en la joven burguesía» [206]. Puesto que «es incontestable que algo ha cambiado en el alma de la burguesía»: «el espíritu guerrero y religioso se está imponiendo sobre el espíritu pacifista y humanitario» [207]. Este «renacimiento católico, patriótico, clásico» impensable hace menos de diez años [208], se convierte en una realidad que se hace patente en la encuesta de Agathon, en los escritos de Péguy y de Psichari, nieto de Renan, donde se hace la apología de la Iglesia y del ejército. El siglo XVIII, con Rousseau y los enciclopedistas, se hunde en el olvido; el siglo bueno es el *Grand Siècle.* Pascal, dice Berth, ha vencido a Descartes [209].

Dicho de otro modo, el renacimiento burgués se produce no sólo independientemente de un renacimiento obrero que nunca tuvo lugar, sino a costa del lento pero continuo deslizamiento del proletariado por la pendiente de la degeneración. ¿Ha dejado el destino de la civilización de depender del antagonismo de las clases y se asienta en lo sucesivo en la capacidad del proletariado para imitar a la burguesía? Si el mismo despertar de los valores heroicos se produce entre la juventud obrera [210], si «el semi-despertar burgués que parece manifes-

[205] *Ibid.*, pp. 112-114.
[206] *Ibid.*, «Prólogo» de 1913, pp. 14-15.
[207] *Ibid.*, «Conclusión» de 1913, pp. 301-302.
[208] *Ibid.*, pp. 346-347.
[209] *Ibid.*, pp. 301-302.
[210] *Ibid.*, «Prólogo» de 1913, p. 15.

tarse actualmente» va afirmándose «y como reacción la clase obrera se despierta a su vez» [211], ¿no podríamos estar entrando «en una nueva era clásica, guerrera y revolucionaria» [212]? De modo que los papeles se invierten: la burguesía arranca la antorcha de la revolución de las manos desfallecidas del proletariado. De ahora en adelante, la nueva fuerza de progreso será esta burguesía que imprimirá al movimiento revolucionario moderno su propia fisonomía.

Éste es, evidentemente, un jalón capital en el itinerario de los sorelianos. En vísperas de la guerra, surge una visión original de la revolución, al tiempo que aparece claramente una nueva noción de socialismo. Una vez más, Michels abre camino y entra en conflicto con Berth, fiel aún, en esta época, a los principios del sindicalismo revolucionario. Un Berth que reprocha al sociólogo alemán su concepción del socialismo como una mera construcción ideológica, como una aspiración a un orden económico más racional y más justo. Para Michels, de ahora en adelante, convencido de que el interés de clase del proletariado no puede producir el socialismo y de que la condición proletaria no alumbra idealismo revolucionario, el socialismo se concreta más en una adhesión a un sistema de ideas, que a una situación de clase. Berth de ello saca la justa conclusión de que en el espíritu de Michels, entre el socialismo y el proletariado sólo existe una relación empírica [213].

Es lo que se deduce del análisis de Michels: el socialismo puede existir independientemente de la clase obrera. Toda la clase obrera no es socialista, todos los sindicatos obreros en el mundo no son socialistas, y todos los socialistas no son obreros. De forma que las relaciones entre socialismo y proletariado no son relaciones esenciales. Y puesto que puede haber un socialismo sin proletariado ¿por qué no podría existir un socialismo para toda la Nación? Henri de Man y Marcel Déat, teóricos socialistas, llegarán a esta misma conclusión después de Michels. Unos cinco años más tarde, Berth acabará tomando la misma dirección. Si, para Michels, puede haber un socialismo sin proletariado, para Berth puede haber una revolución sin

[211] *Ibid.*, nota de 1913, p. 292.

[212] *Ibid.*, «Prólogo» de 1913, p. 15.

[213] E. Berth, «Revue critique», loc. cit., pp. 166-167. Berth arremete contra un estudio de Michels sobre «Proletariado y burguesía en el movimiento socialista italiano», *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, Tübingen, J.-C.-B. Mohr, 1906. Véase la respuesta de Michels en el número de marzo de 1907 (184) de *Le Mouvement socialiste:* «Controverse socialiste», pp. 278-288.

proletariado; en otras palabras, un renacimiento moral, intelectual, religioso y nacional sin proletariado. En vísperas de la guerra, Berth adopta las posiciones de Michels (entre tanto emigrado a Italia) y de los sorelianos ultramontanos: en su opinión, en lo sucesivo la burguesía de Acción Francesa, portadora de los valores heroicos, es la que anuncia un renacimiento de la civilización y el despertar de la Nación. De esta burguesía depende la posibilidad de una resurrección del proletariado. Por eso «debemos proclamar que Sorel y Maurras son los dos grandes maestros de la regeneración francesa, y, añadiría, europea» [214].

Sorel y Maurras no se oponen, se complementan, como se complementan Apolo y Dionisio. Apolo y Dionisio tienen un enemigo común: Sócrates, destructor de la Tragedia, antepasado de Voltaire, arquetipo del Intelectual [215]. El acuerdo entre el apolinismo maurrasiano y el dionisismo soreliano anuncia el fin irrevocable del reino de Sócrates y de Descartes, la derrota del siglo XVIII y la victoria de Pascal [216]. A este «doble movimiento nacionalista y sindicalista» [217], los sorelianos aportan lo que juzgan esencial de las enseñanzas del maestro: «el valor histórico y civilizador de la violencia», esta «cosa muy hermosa, muy noble y muy heroica». A propósito del sindicalismo, por ejemplo, afirman estar convencidos de que «su verdadero valor social se encuentra en su carácter revolucionario, indomable, satánico». En cuanto a la guerra, «esta realidad grandiosa, sublime y terrible», implica «una filosofía de la vida a base de pesimismo heroico» y no puede «llegar a conciliarse con el cubierto optimista que sirve la filosofía del siglo XVIII» [218]. Todos los fascistas dirán lo mismo.

Los sorelianos aportarán a esta nueva síntesis el legado de Proudhon: el culto de la guerra, sin el menor género de dudas, pero también el de la familia (en la que Proudhon ve una *«institución mística»),* del matrimonio indisoluble, y el respeto absoluto de la propiedad privada [219]. La rebelión sindicalista aporta finalmente su aversión al intelectualismo y a los intelectuales, a quienes se les censura por su repudio de la cultura clásica, de los valores heroicos y

[214] E. Berth, *Les Méfaits des intellectuels,* ob. cit., p. 292 (nota de 1913).
[215] *Idem,* «Introducción» de 1913, pp. 84-86.
[216] *Ibid.,* «Conclusión» de 1913, p. 357.
[217] *Ibid.,* nota de 1913, p. 292.
[218] *Ibid.,* «Conclusión» de 1913, pp. 299-303.
[219] *Ibid.,* pp. 312-313 (en cursiva en el texto) y 350-351.

guerreros, y la participación en la creación «enteramente burguesa donde todo, como dice Nietzsche, es abstracto». Esta sed de abstracciones y este combate contra el clasicismo convierten al intelectual en el pilar de la democracia, en el portador de una rebelión completamente negativa que corrompe y destruye «todas las disciplinas necesarias para la educación de la humanidad» [220].

A su vez, la Acción Francesa aporta «los primeros brotes de renacimiento clásico» que ha suscitado, es decir, «una apetencia insaciable de grandeza heroica, de grandeza política y de grandeza jurídica» [221]; trabaja «para instaurar un orden serio, orgánico, espiritual, viviente y libre, un orden que se contrapone a este orden de fachada, totalmente mecánico y totalmente materializado», de la democracia [222]. Sobre esta base común, «nacionalista y sindicalistas» emprenden «la lucha contra la democracia» [223], contra «este ideal nauseabundo [...] que se denomina ideal humanitario, pacifista y racionalista» [224]. En diciembre de 1911, en torno a ese tronco común, fundan el Cercle Proudhon.

El Cercle Proudhon, alentado por Valois y Berth, quiere ser el receptáculo, según escribe Valois, «común a los nacionalistas y a los antidemócratas llamados de izquierda» [225]. Situado bajo el manto protector de Proudhon, también se inspira en Sorel, los dos grandes pensadores que han «preparado la confluencia de las dos tradiciones francesas que se han enfrentado en el curso del siglo XIX: el nacionalismo y el socialismo auténtico, el que no está viciado por la democracia, representado por el sindicalismo» [226]. En efecto, los fundadores del Cercle ven en el autor de las *Reflexiones sobre la violencia* al discípulo más auténtico del autor de *Filosofía de la miseria.* Lo apre-

---

[220] *Ibid.*, «Introducción» de 1913, pp. 95-100.

[221] *Ibid.*, pp. 90-91.

[222] *Ibid.*, nota de 1913, p. 275.

[223] *Ibid.*, «Introducción» de 1913, p. 110.

[224] *Ibid.*, p. 49.

[225] G. Valois, «Notre première année», *Cahiers du Cercle Proudhon,* mayo-agosto 1912, p. 157. Los *Cahiers* aparecieron de enero de 1912 a enero de 1914, en principio cada dos meses.

[226] G. Valois, «Sorel et l'architecture sociale», *Cahiers...*, mayo-agosto 1912, pp. 111-112. Todo este número está consagrado a rendir homenaje a Georges Sorel. Véanse también J. Darville (seudónimo de Édouard Berth), «Satellites de la ploutocratie», *Cahiers...*, septiembre-diciembre 1912, p. 209; «Déclaration du Cercle», *ibid.*, p. 174. Los fundadores del Cercle son dos ex sindicalistas revolucionarios, Berth y Riquier, y seis maurrasianos «sociales», Valois, Henri Lagrange, Gilbert Maire, René de Marans, André Pascalons y Albert Vincent.

cian por su antiintelectualismo, su antirromanticismo, su antikantismo y su bergsonismo, por el desdén que siente por los valores burgueses y liberales, de la democracia y del parlamentarismo. En este orden de cosas, Gilbert Maire hace hincapié en todo lo que separa el sindicalismo basado en un marxismo auténtico, «filosofía de los brazos y no de las cabezas» que «veía la revolución social bajo un aspecto místico», del socialismo democrático, *dreyfusard,* un socialismo de las alianzas contra natura [227]. Los maurrasianos acogen a Sorel con gozo porque Sorel permite invocar a Marx contra Jaurès, el interés de clase del proletariado contra la solidaridad de «defensa republicana», el sindicalismo contra el socialismo, las nuevas ciencias sociales contra Rousseau, el siglo XVIII, la democracia y el liberalismo.

Si el Cercle se pone bajo los auspicios de Proudhon, es porque desde el comienzo de su trayectoria, los teóricos del sindicalismo revolucionario consideran que el autor del Franco-Condado posee los mismos méritos que Marx. A medida que su visión del marxismo se va profundizando, Proudhon eclipsa a Marx para emerger en el pensamiento de Berth, por ejemplo, como «el padre del socialismo moderno» [228]. Desde sus orígenes, la Acción Francesa también lo considera un «maestro». El autor de *Filosofía de la miseria* ocupa un lugar preferente en la crónica semanal, titulada precisamente «nuestros maestros», de la revista del movimiento. Este lugar que le reserva *L'Action française,* Proudhon se lo debe a la percepción que los maurrasianos tienen de su antirrepublicanismo, de su antisemitismo, de su odio a Rousseau, de su desdén por la Revolución, la democracia y el parlamentarismo, de su apología de la Nación, de la familia, de la tradición y de la monarquía [229].

Los Cahiers du Cercle Proudhon naturalmente insisten, a su manera, en estos temas espigados, aquí y allá, en la obra del autor de *De la Justice dans la Révolution et dans l'Eglise.* Ello no obstante, hacen más hincapié en el socialismo. Los *Cahiers,* además, tras el homenaje

---

[227] G. Maire, «La philosophie de Georges Sorel», *Cahiers...,* marzo-abril 1912, pp. 62-74.

[228] E. Berth, *Les Méfaits des intellectuels,* «Introduction» de 1913, p. 115.

[229] «Nos maîtres», *L'Action française,* 1 y 15 de julio de 1902, pp. 63-75 y 145-152. Entre los maestros, se menciona también a Voltaire, por su antisemitismo, a Fourier, por su nacionalismo, a Baudelaire, porque se considera que menosprecia el progreso y el modernismo; *ibid.,* 15 de enero de 1901, pp. 147-153; 1 de mayo de 1901, pp. 730-732; 1 de septiembre de 1902, pp. 394-398.

que le rindió Maurras porque «haciendo abstracción de sus ideas, Proudhon tuvo el instinto de la política francesa» [230], no se olvidan de señalar la necesidad de venerar a un hombre que, además de su pasión por el orden, demuestra la supremacía de Francia y exige para la Nación francesa, «donde crece la flor más eminente de la civilización humana», el derecho de dirigir al resto de Europa [231]. Valois, a su vez, insiste en la «pasión revolucionaria que anima a Proudhon», una pasión que en lugar de dirigir su cólera contra la sociedad francesa y la propiedad, lo hace contra los verdaderos culpables: el capitalismo judío y el orden social impuesto desde el extranjero [232]. En cuanto a Berth, muestra a los maurrasianos a un Proudhon practicando un socialismo «galo», campesino, guerrero, embebido de un profundo sentimiento de unidad y de orden, en una palabra, un socialismo que brota «del manantial puro francés» [233]. «Se atrevió a hablar con más franqueza que nadie —escribe Gilbert Maire— de la utilidad de la acción directa, de la violencia al servicio de la razón» [234].

Los sorelianos y los maurrasianos se alimentan de la misma rebelión intelectual contra el legado de la Ilustración y de la Revolución. Todos consideran a Sorel discípulo de Bergson, «un adepto entusiasta de la filosofía intuitiva» [235]. Es cierto que el autor de las *Reflexiones sobre la violencia* nunca dejó de defender a Bergson [236], a la vez que siempre rindió homenaje a Le Bon y a Pareto [237]. Lo mismo sucede en el caso de Berth y Valois, que conocen perfectamente los trabajos de Michels y Pareto, y se refieren a ellos [238]. Ello contribuye a explicar esa «convergencia fundamental» entre «las ideas de la Acción

[230] Ch. Maurras, «Besançon», *Cahiers...*, enero-febrero 1912, p. 4.

[231] P. Galland, «Proudhon et l'ordre», *Cahiers...*, enero-febrero 1912, pp. 31-33; H. Lagardelle, «Proudhon et l'ordre européen», *Cahiers...*, marzo-abril 1912, p. 97.

[232] G. Valois, «L'esprit proudhonien», *Cahiers...*, enero-febrero 1912, pp. 34-43.

[233] J. Darville, «Proudhon», *Cahiers...*, enero-febrero 1912, pp. 10-13.

[234] G. Maire, «La philosophie de Georges Sorel», loc. cit., p. 80.

[235] *Idem*, p. 62.

[236] Véanse, por ejemplo, *Réflexions sur la violence*, ob. cit., pp. 8-9, 41-42, 173 y 186-188, y *L'Indépendence*, 1 de mayo de 1911, pp. 190-192.

[237] Sobre Le Bon, véase la entusiasmada reseña de Sorel de *Psychologie de l'éducation* (*L'Indépendence*, 11 de abril de 1911, pp. 109-110), así como un artículo de elogio a Le Bon: «Sur la magie moderne», *L'Indépendance*, septiembre 1911, pp. 1-11. Le Bon y Pareto colaboran también en *L'Independance: cf.* 1 de mayo de 1911, 1 de marzo y 1 de mayo de 1912.

[238] J. Darville, «Satellites de la ploutocratie», loc. cit., p. 187, y G. Valois, *La Monarchie et la Classe ouvrière*, ob. cit., pp. XLVII-XLVIII.

Francesa y las aspiraciones sindicalistas» [239], basada en la convicción de que «el nacionalismo, igual que el sindicalismo, sólo pueden triunfar mediante la completa evicción de la democracia y de la ideología democrática» [240].

Valois, por su lado, anuncia como algo ya establecido «la confluencia» entre sindicalismo y nacionalismo, y Berth predice que esta «doble rebelión» sólo culminará con

> la completa evicción del régimen del oro y con el triunfo de los valores heroicos sobre ese innoble materialismo burgués en el que se está asfixiando la Europa actual. En otras palabras, es preciso que este despertar de la Fuerza y de la Sangre contra el oro [...] concluya con la derrota definitiva de la plutocracia [241].

Pero esta guerra que sostienen «esas dos grandes corrientes de la energía nacional [...], ambas antiliberales y antidemocráticas», contra la «plutocracia», el «gran capital», la «alta finanza» [242], es, al propio tiempo, una guerra contra la descomposición y la decadencia de Francia.

Édouard Berth, en un clásico del socialismo nacional resume, a finales de 1912, la desesperación y la rebelión de los sorelianos. Denosta el «innoble positivismo» en el que «la burguesía parece haber logrado arrastrar, tanto a la aristocracia, como al pueblo» [243]. Ya que «el pesimismo, el utilitarismo y el materialismo nos corroen a todos, nobles, burgueses y proletarios [...]» [244]. Leyendo al sindicalista revolucionario Berth, aliado en esta época con los hombres del nacionalismo integral, se diría que estamos ante un texto de Gentile: ¿acaso el pensador italiano no ve también en el fascismo ante todo una rebelión contra el positivismo? El filósofo oficial del fascismo triunfante no sólo expresa las mismas ideas, sino que también emplea exactamente el mismo vocabulario que el sindicalismo revolucionario francés en vísperas de la guerra. En las páginas de esta revista editada por

---

[239] J. Darville, «La monarchie et la classe ouvrière», *Cahiers...*, enero-febrero 1914, p. 29.

[240] *Idem*, p. 15.

[241] J. Darville, «Satellites de la ploutocratie», loc. cit., p. 209. Véanse las referencias a Pareto en este artículo.

[242] H. Lagrange, «L'oeuvre de Sorel et le Cercle Proudhon», *Cahiers...*, mayo-agosto 1912, p. 129, y G. Valois, «Notre première année», loc. cit., pp. 158-159.

[243] J. Darville (E. Berth), «Satellites de la ploutocratie», loc. cit., p. 195.

[244] *Idem*, p. 202.

los maurrasianos y los sorelianos franceses, se encuentra ya lo esencial de lo que será la ideología de los movimientos fascistas de la Europa occidental, o de lo que será la del régimen mussoliniano.

Para Berth, el positivismo, que engendra el «régimen del oro, régimen esencialmente nivelador, materialista y cosmopolita», pone a Francia en manos «de lo que constituye la esencia y la quintaesencia del materialismo burgués, el judío agiotista y bancócrata» [245]. Así se ha

> podido ver, sucesivamente, el socialismo y el sindicalismo pasar a Israel y erigirse en defensores de esta ideología nauseabunda y pestilente, cuya substancia está enteramente formada de malthusianismo, anticatolicismo y antinacionalismo [...], y, en realidad, parece que únicamente aspira a ese bienestar del rentista retirado de los negocios, absolutamente desinteresado de todo lo que no sea el movimiento de la renta, que vive aterrorizado ante la eventualidad de cualquier perturbación social o internacional y que sólo pide una cosa: la paz, una paz estúpida y beata, hecha de las más mediocres satisfacciones materiales [246].

Berth alza su voz contra «la decadencia burguesa», contra el «pacifismo eminentemente burgués» que inocula «al pueblo naciente la corrupción de la burguesía terminal» [247]. La decadencia burguesa lega al pueblo «un Estado hipertrofiado, producto de una democracia rural y urbana, pedigüeña y famélica [...]», una burguesía que engendra «el estancamiento universal» en cuyo seno el proletariado se apropia «de las peores ideas de la burguesía decadente» [248].

Para contrarrestar los efectos de esta decadencia, hoy como ayer, no cabe otra solución que la guerra. «La guerra —dice Berth— no siempre es esa "labor de muerte" que un pueblo vano de afeminados y mujerzuelas imagina. En la base de todo impulso industrial y comercial poderoso, siempre hay un acto de fuerza, un acto de guerra» [249]. La guerra garantiza el auge de la civilización, y con ella queda planteada la cuestión del Estado y de la Nación [250]. El discípulo de Sorel cita a Proudhon —«la guerra es nuestra historia, nuestra vida, toda nuestra alma»— y a Arturo Labriola, quien también cree que «el

[245] *Ibid.*, p. 195.
[246] *Ibid.*, pp. 195-196.
[247] *Ibid.*, p. 198.
[248] *Ibid.*, pp. 201-202.
[249] *Ibid.*, p. 202.
[250] *Ibid.*, p. 203.

sentimiento de independencia nacional, igual que el sentimiento religioso, conduce a las más increíbles manifestaciones de sacrificio» [251]. Sólo la violencia podrá salvar al género humano del «aburguesamiento universal» y «de la insipidez de una paz eterna» [252].

Por eso, Berth, impulsor de la cruzada para la salvación de la moral y de la civilización preconizada por Sorel, denosta una vez más a esa «plutocracia internacional [...], pacifista por instinto y por interés», a esa plutocracia que teme «un ascenso de los valores heroicos [porque este ascenso] perjudicará sin duda su dominación absolutamente materialista» [253]. Entonces, Berth cita extensamente un texto de Pareto [254] aparecido en *L'Indépendance* de Sorel, en el que el sociólogo italiano describía a esta plutocracia «cobarde, igual que los judíos y los usureros en la Edad Media. Su arma es el oro, no el acero; sabe de astucias, pero no sabe luchar: expulsada de un lugar, se dirige a otro, sin hacer frente al peligro nunca; su riqueza aumenta a medida que decrece su energía; *extenuada por el materialismo económico, progresivamente ignora el idealismo de los sentimientos*» [255].

Después de Pareto, Labriola y Corradini, llega Nietzsche. Siguiendo los pasos del filósofo alemán, Berth quiere destruir *«el poder del término medio,* esto es, de la mediocridad democrática, burguesa y liberal [el término para calificar lo que es *mediocre,* es, como se sabe y como lo ha dicho el propio Nietzsche, el término *liberal»* [256].

De modo que, para salvar a la civilización, es necesario

persuadir a unos de que el ideal sindical no implica forzosamente la abdicación nacional, y a los otros de que el ideal nacionalista no presupone tampoco necesariamente un programa de paz social. Ya que el día en el que haya un despertar serio de los sentimientos guerreros y revolucionarios y un victorioso ascenso de los valores heroicos, nacionales y obreros, ese día, se quebrantará el reino del Oro, y nosotros dejaremos de jugar el infamante papel de satélites de la plutocracia [257].

---

[251] *Ibid.*, pp. 204-205.

[252] *Ibid.*, p. 206.

[253] *Idem.*

[254] Queremos llamar la atención sobre un artículo importante de S. F. Finer, «Pareto and Pluto-Democracy: the Retreat to Galapagos», *American Political Science Review,* vol. 62, núm. 2, junio 1968, pp. 440-450, donde el autor critica la interpretación de Pareto en términos de proto-fascismo.

[255] J. Darville (E. Berth), «Satellites de la plutocratie», loc. cit., p. 206. (En cursiva en el texto.)

[256] *Idem,* p. 180. (En cursiva en el texto.)

[257] *Ibid.*, p. 210.

El equipo del Cercle Proudhon, para sustituir la ideología burguesa, propone una ética nueva que reemplazará totalmente tanto el orden liberal como el socialismo democrático. Esta ética quiere crear un mundo nuevo, viril, heroico, pesimista y puritano, basado en el sentido del deber y del sacrificio, un mundo en que prevalezca una moral de guerreros y de monjes; quiere una sociedad dominada por una poderosa vanguardia, una élite proletaria, una aristocracia de productores aliada contra la burguesía decadente con una juventud intelectual sedienta de acción. A esta síntesis le bastará con muy poco para tomar, cuando llegue el día, el nombre del fascismo.

Puesto que esta insurrección nacional y social contra el orden democrático y liberal que estalla en Francia, no carece de ninguno de los atributos clásicos del fascismo más extremo. Ni siquiera del antisemitismo. Desde los tiempos del boulangismo, pasando por el caso Dreyfus, el objetivo del antisemitismo es precisamente romper las estructuras conceptuales, a la vez que las estructuras políticas de la democracia jacobina. Es un elemento fundamental de la rebelión simultánea contra el consenso liberal y contra el consenso socialdemócrata: lo volvemos a encontrar en período de crisis en los no conformistas de extrema izquierda como Hervé y el equipo de *La Guerre sociale,* apunta en *Le Mouvement socialiste,* juega un papel importante en Sorel, luego en Berth, ambos ex *dreyfusards.* En la época del Cercle Proudhon, el antisemitismo se convierte en un componente esencial de la síntesis socialista-nacional [258].

Conviene insistir aquí en otro elemento, importante para comprender con claridad la contribución de los sorelianos al fascismo: su concepción del Estado. En efecto, no sólo atacan y quieren sustituir totalmente los principios fundamentales de la democracia —el materialismo, el racionalismo—, también elaboran una concepción del Estado que mantendrá el primer fascismo. La oposición de los teóricos del sindicalismo revolucionario al Estado burgués no los ha inmunizado de oficio contra la atracción del nacionalismo integral. La demostración ya la hemos hecho más arriba, pero permítasenos añadirle algunas precisiones. El Estado que denigran los sorelianos no es el Estado como institución, sino el Estado democrático, pluralista, el Estado del sufragio universal tan menospreciado, el Estado de los vilipendiados partidos políticos. El Estado que se quiere destruir es el

[258] E. Berth, *Les Méfaits des intellectuels,* ob. cit., «Prólogo» de 1913, pp. 14, 65-68, 71 y 115.

de las reformas políticas y sociales, el Estado forjado en la democracia liberal de la Europa occidental. Digámoslo una vez más: nunca se cuestiona la autoridad, todo lo contrario. Los sorelianos jamás denigran la disciplina social y política, ni la primacía de la colectividad en relación al individuo. Esto explica que esos hombres no tengan ninguna dificultad en operar una síntesis del sindicalismo revolucionario y del nacionalismo integral. Las dos ideologías comparten de hecho una misma visión de la civilización occidental y de los medios a emplear para frenar su decadencia, a la vez que ambas coinciden en las soluciones políticas que deben aplicarse.

El Estado contra el que alguien como Berth se subleva, es «el Estado democrático moderno», es decir, «un Estado abstracto, centralizado, pacifista» que, abdicando «de las funciones propias del Estado, funciones todas ellas relativas a su naturaleza guerrera [ejército, diplomacia, justicia], se arroga funciones ajenas y parasitarias, funciones económicas y administrativas [...]» [259].

El Estado que conviene destruir es el «que, de *guerrero,* ha pasado a *pacifista,* de *político* a *económico*» [260]. En vísperas de la toma del poder, Mussolini no habría cambiado nada de estas formulaciones. Berth se refiere a esta institución degenerada cuando recupera el lema de los albores de siglo, en la época de *Le Mouvement socialiste: «Cuanto menos Estado mejor* y *su perfecta neutralidad»* [261]; lo que se intenta destruir son las estructuras del *«Estado socialista popular,* que es la forma moderna de la utopía y el sucedáneo de la antigua Providencia» [262]. Ahora bien, esta renuncia al Estado providencia —el Estado del descanso semanal, del seguro de vejez, de la enseñanza obligatoria— equivale a la renuncia a las funciones económicas y sociales del Estado.

O sea que, sí al Estado, mientras no se le desnaturalice. Berth insiste en muchas ocasiones sobre este particular: el Estado es «un guerrero» [263], y eso es lo que debe ser. Ahí es donde está precisamente la línea de actuación de la Acción Francesa. El Estado cuya restauración exigen los maurrasianos, dice el autor de las *Fechorías,* «no se parece más al Estado democrático moderno que el Can, constelación, se pa-

---

[259] E. Berth, *Les Méfaits des intellectuels,* ob. cit., «Introducción» de 1913, pp. 52-54.

[260] *Idem,* p. 53. (En cursiva en el texto.)

[261] «Conclusión» de 1913, n. 1, p. 354. (En cursiva en el texto.)

[262] *Ibid.,* p. 163. (Nota de 1913). (En cursiva en el texto.)

[263] *Ibid.,* «Introducción» de 1913, p. 97.

rece al can, animal ladrador» [264]. De forma que con la Acción Francesa resucita este Estado «contra el que ha conspirado para darle muerte todo el pensamiento moderno, surgido de la Revolución» [265], esto es, «un Estado *no-intelectual*» cuya verdadera naturaleza «es ser la Guerra hecha Hombre» [266]. Este Estado ideal es el Estado hereditario, autoritario, liberado de todos los obstáculos de la democracia, de los partidos políticos y de los grupos de presión, del sufragio universal y de la ley de la mayoría.

Para los que pudieran todavía abrigar alguna duda, vestigio de un pasado ambiguo, Berth clarifica su posición:

> En mi opinión, es necesario que los sindicalistas rectifiquen sus primeras afirmaciones; puesto que, dígase lo que se diga y hágase lo que se haga, el problema del Estado persiste con toda su fuerza, siendo el mismo problema que el de la existencia de las patrias autónomas y de las civilizaciones nacionales [267].

Finalmente, fiel a las concepciones económicas de todos los sorelianos, Berth anuncia con todo vigor en qué consiste «la doble ofensiva nacionalista y sindicalista»: esta rebelión aspira a la «restauración guerrera del Estado y a la expulsión del Estado fuera de la economía [...]». El discípulo de Sorel nunca pierde ocasión de hacer hincapié en este aspecto capital del socialismo-nacional: «la restauración de un Estado» digno de este nombre «significa la constitución de un poder cuya fuerza y atributos son ilimitados en el plano político», pero cuyas «invasiones en el terreno de la economía» están bloqueadas «por una sociedad civil sólidamente organizada» [268]. Todo depende evidentemente de lo que se entienda por «sociedad civil». Los intereses económicos y financieros, los monopolios, los grandes señores del dinero, así como los privilegiados de los distintos oficios también pueden aspirar, a su vez, a representar a la sociedad civil. Las realidades del corporativismo italiano en la materia no serán muy diferentes. Se eliminarán los tan detestados partidos políticos y los grupos de opinión, pero los intereses económicos, poderosos y bien estructura-

[264] *Ibid.*, p. 52.
[265] *Ibid.*, «Conclusión» de 1913, p. 347.
[266] *Ibid.*, «Introducción» de 1913, p. 57. Véanse también pp. 97, 162-16, y 304-306.
[267] *Ibid.*, p. 56.
[268] *Ibid.*, pp. 110-111. Véanse también pp. 99-100 y 163, n. 1 de 1913.

dos dejarán manos libres al Estado, a condición de que su política económica actúe en su favor. En el sindicalismo revolucionario, en el nacionalismo integral, así como en el fascismo en el poder, el liberalismo queda reducido a la economía.

La concepción del Estado así elaborada tras un largo proceso de revisión del marxismo, no puede ser más clara en sus intenciones. No menos nítidos son los objetivos de esos «dos movimientos, sincrónicos y convergentes, uno en la extrema derecha, otro en la extrema izquierda», que han «iniciado el cerco y el asalto», a la democracia [269] «para la salvación del mundo moderno y la grandeza de nuestra humanidad latina». El mundo, dice Berth como conclusión de sus *Fechorías,* presenta el espectáculo «de una formidable rebelión contra Dios, contra el Estado, contra la Propiedad, contra el Hombre: laicismo, democracia, socialismo, feminismo, he ahí las diversas formas de esa insurrección universal; pero eso no es más que un ensayo, del que han de salir reforzados y consolidados la religión, el Estado, la propiedad y el poder viril y paternal» [270]. Para frenar esta «insurrección universal» es necesario que triunfe la ofensiva revolucionaria lanzada por los sorelianos y los maurrasianos. Ése es el sentido de esta «gran rebelión moderna» de la que «saldrá victoriosa la Autoridad en toda línea» [271].

Berth no se equivocó. La autoridad salió, efectivamente, victoriosa en toda la línea de esta «gran rebelión» contra el siglo XVIII, contra el materialismo y el racionalismo, contra el liberalismo, el marxismo ortodoxo, el socialismo reformista y la democracia. A finales del primer decenio de nuestro siglo adquirirá los perfiles del fascismo. Todos los componentes esenciales del pensamiento fascista maduraron antes de la explosión de agosto de 1914. Todo lo realmente importante en esta síntesis de nacionalismo integral y de socialismo posmarxista, vaciado de su contenido racionalista y hegeliano, se elaboró antes de que se disparara el primer cañonazo. Efectivamente, mucho antes de la guerra, los sorelianos habían acabado de forjar esta nueva concepción de la revolución: una revolución que escoge movilizar a la burguesía para suplir al proletariado decaído, una revolución cuyo objetivo no es la salvación de la clase obrera sino la de la civilización occidental, una revolución cuyo principal objetivo

[269] *Ibid.,* «Conclusión» de 1913, pp. 353-354.
[270] *Ibid.,* pp. 345-346.
[271] *Ibid.,* p. 352.

es la destrucción de toda una cultura política liberal y democrática, asentada en la primacía del individuo.

Pero esta revolución se dirige, al propio tiempo, contra la visión marxista de una sociedad que debía llevar a buen término la eliminación de las desigualdades mediante la socialización de la propiedad. Los sorelianos, partidarios de la economía de mercado, tras haber sometido el marxismo a una auténtica metamorfosis, permanecen fieles a Proudhon y al principio de la propiedad privada. De suerte que producen un tipo de revolución completamente nuevo: una revolución antiliberal y antimarxista, una revolución cuyas tropas no proceden de una, sino de todas las clases sociales, una revolución moral, intelectual y política, una revolución nacional. Esta convergencia de los rebeldes del sindicalismo revolucionario y del nacionalismo no rebasa, en la Francia de 1914-1918, la fase de una síntesis intelectual, pero, al otro lado de los Alpes, en la atmósfera de penuria que prevalece tras la firma del armisticio, esta síntesis está en trance de convertirse en la gran fuerza revolucionaria del momento.

3. EL SINDICALISMO REVOLUCIONARIO EN ITALIA

I. VEINTE AÑOS: 1902-1922

Durante los últimos meses de 1902, un grupo de no conformistas dirigido por Arturo Labriola, crea una fracción en el seno del Partido Socialista italiano que se erige en ala revolucionaria del partido [1]. Esos hombres no sólo reprochan al socialismo reformista el que se apoye en el proletariado industrial del Norte y desasista a las masas populares del conjunto del país, especialmente las del Sur, ampliamente mayoritarias en la población, sino que también afirman con toda energía que la revolución socialista no podrá acometerse sin que previamente se organice a toda la clase obrera en sindicatos de combate que, en el momento oportuno, deberán confiscar los procesos de producción en manos de la burguesía. De ahí sacan los partidarios de este enfoque su nombre de sindicalistas revolucionarios. El primer grupo sindicalista revolucionario se fundó en Milán a finales de 1902 y su líder intelectual, Arturo Labriola, emprende en diciembre la publicación del semanario *Avanguardia Socialista.* Este grupo de intelectuales burgueses, profundamente influidos por Sorel [2], encuentra más de un aliado en el equipo de Leone y de Longobardi, muy activo en Nápoles [3]. La ideología que estos hombres intentan activar se

---

[1] Sobre el sindicalismo revolucionario y el socialismo en Italia, véanse R. Michels, *Storia critica del socialismo dagli inizi fine 1911,* Florencia, La Voce, 1926; L. Valiani, «Il Partito Socialista Italiano dal 1900 al 1918», *Rivista Storica Italiana,* LXXV, 1963; y A. Riosa, *Il sindicalismo revoluzionario in Italia e la lotta politica nel partito socialista dell'età giolittiana,* Bari, De Donato, 1976.

[2] Para una introducción del sindicalismo revolucionario en Francia, sobre el papel de Sorel en la elaboración de su ideología, así como sobre el síndrome izquierda-derecha, derecha-izquierda, véanse H. Dubief (comp.), *Le Syndicalisme révolutionnaire,* París, A. Colin, 1979; J. Julliard, *Fernand Pelleutier et les origines du Syndicalisme d'action directe,* París, Seuil, 1971; Z. Sternhell, *La droite révolutionnaire,1895-1914. Les origines françaises du fascisme,* París, Seuil, 1978.

[3] A. Labriola, *Spiegazioni a me stesse,* Nápoles, Centre Studi Sociali Dopoguerra, s. f., p. 117.

asienta en el principio de la acción directa de los trabajadores organizados en sindicatos; a lo largo de este mismo período, su principal formulación consiste en la idea de la huelga general considerada, a la vez, como mito movilizador y como instrumento legítimo de lucha.

El fuerte impulso de esta ideología y la voluntad de ponerla en práctica provocan un cisma en el seno del PSI. En efecto, Filippo Turati, jefe de los socialistas reformistas, acepta el modelo teórico de Bernstein y lo considera compatible con la realidad italiana. Según él, el socialismo puede cooperar con las corrientes más avanzadas del sistema liberal, con el propósito de obtener ciertas ventajas para los obreros de la industria del norte del país que representan la mayor parte de la clientela del PSI. Dadas las reglas de juego de la democracia, los socialistas tienen una urgente necesidad de obtener resultados, no sólo para «entregar la mercancía» prometida a su electorado, sino también para asegurar la permanencia de su apoyo. El reformismo les permite alcanzar este objetivo sobre el terreno.

El nacimiento del sindicalismo revolucionario en Italia se halla vinculado al movimiento de ideas surgido fuera de la Península; pero a partir del momento en que esta ideología penetra en ella, aparece condicionada por ciertos datos socio-históricos locales cuya influencia sobre su destino es capital: 1) la dicotomía Norte-Sur, fundamentalmente en el terreno económico; 2) la inestabilidad del PSI provocada en parte por la ausencia de una larga tradición socialista; 3) la unificación relativamente reciente de Italia, que explica la casi inexistencia de una tradición de centralismo político, y, en cierta medida, la mala distribución geográfica del rápido desarrollo industrial del país; 4) la falta de tradición sindicalista, la debilidad de las organizaciones obreras.

Por otro lado, los años 1900-1910 —exceptuando la crisis de 1907— fueron en Italia años de rápida expansión económica y de relativa prosperidad, gracias a la política proteccionista que benefició mucho al norte industrial, pero que el sur agrícola tuvo que padecer [4].

[4] L. Cafagna describe el desarrollo económico de Italia, desde su unificación hasta la primera guerra mundial, en «The Industrial Revolution in Italy, 1830-1914», en C. M. Cipolla (comp.), *The Fontana Economic History of Europe*, Glasgow, Fontana, Collins, 1975, vol. IV, 1.ª parte. Véase también R. A. Webster, *Industrial Imperialism in Italy, 1908-1915*, Berkeley-Los Angeles, University of California Press, 1975. Consúltese también S. Lanaro, *Nazione et Lavoro*, Venencia, Marsilio, 1979, y *L'Italia nueva. Identità a sviluppo, 1861-1988*, Turín, Einaudi, 1988. Sobre el período de la guerra, véase L. Salvatorelli y G. Mira, *Storia dell'Italia nel periodo fascista*, Verona, Monda-

A lo largo de casi todo este período, se hizo cargo del gobierno Giovanni Giolitti, líder de los liberales. Su habilidad política y su consumado arte pactista consiguen llevar el país a un alto grado de estabilidad política, al tiempo que logran neutralizar a las fuerzas de izquierda.

Los sindicalistas revolucionarios, a pesar de su violenta oposición a la democracia liberal y su actitud hostil a la política del PSI, no abandonarán el partido hasta 1907. Hasta esta fecha, al tiempo que intentan persuadir a la izquierda socialista de adoptar la vía de la acción directa, no vacilan en participar activamente en la organización de las elecciones y presentarse como candidatos del PSI a las legislativas de 1904 que tuvieron lugar poco después de la huelga general. Este movimiento que se había declarado antipolítico, desde el primer día tendrá un comportamiento muy político: participación en los congresos regionales y nacionales del partido, participación en sus campañas electorales, con lo que ello implica de publicidad en la prensa socialista. Enrico Leone y Paolo Orano pertenecen al equipo de redacción de *Avanti!* hasta 1905. Los sindicatos revolucionarios llegan, incluso, a intentar tomar la dirección del partido desde dentro en colaboración con el ala ortodoxa de Enrico Ferri [5].

Esos radicales, a pesar de su intensa actividad, nunca pasan de ser un grupo minoritario en el seno del PSI. Pero no por ello desesperan de imponer sus puntos de vista al partido, e, incluso, llegan a obtener

---

dori, 1972, vol. I. Para una interpretación marxista del proceso de acumulación del capital y sobre las debilidades de la economía italiana, véase P. Grifone, *Il capitale finanziario in Italia,* Turín, Einaudi, 1971.

[5] Roberts exagera las concepciones antipolíticas de los sindicalistas. Basta con que citemos a Leone; en una respuesta a un artículo de Michels sobre la situación del socialismo italiano, escribe: «Toda lucha económica es una lucha política, de modo que las luchas económicas del sindicalismo son también luchas políticas. Los sindicalistas profesionales poseen todas las funciones de clase que el partido se ha arrogado» (E. Leone, «Postilla», *Il Divenire sociale,* 16 de septiembre de 1908, p. 296). Estas líneas hacen hincapié en la visión de los sindicalistas revolucionarios que, queriendo subordinar la esfera política a la esfera económica, no por ello ocultan el papel que esa esfera política puede y debe jugar. Estas concepciones les vienen de la lectura de Marx, a quien al comienzo aceptan y respetan, aun cuando intenten adaptar y modernizar sus teorías y se esfuercen en encontrar el medio de ponerlas en práctica políticamente.

Roberts no da la importancia que les corresponde a las tendencias «economistas» del sindicalismo revolucionario y sus conexiones originales con el marxismo; lo que le lleva a la conclusión de que el movimiento era antipolítico. Véase D. D. Roberts, *The Syndicalist Tradition and Italian Fascism,* Chapel Hill, N.C., The University of North Carolina Press, 1979, cap. III: «The Origins of the Antipolitical Vision».

algunos éxitos. En febrero de 1904, durante el congreso regional del partido que se celebra en Brescia, Lombardía, Walter Mocchi, corredactor jefe de *Avanguardia Socialista,* presenta, en colaboración con Labriola, una moción que reafirma el carácter revolucionario y activista del socialismo. A pesar de las acusaciones de anarquismo lanzadas por Turati, la moción se adopta. Algunas semanas más tarde, en abril, en ocasión del congreso nacional que se celebró en Bolonia, una alianza de los sindicalistas revolucionarios con el ala ortodoxa permitirá que los radicales hagan prevalecer sus tesis, tras infringir una derrota a las de los reformistas [6].

Al propio tiempo, ciertas personalidades descollantes del sindicalismo revolucionario —Labriola, Leone, Soldi— entran a reforzar la Liga Antiproteccionista fundada en Milán en marzo de 1904. En ella, uniendo sus voces a la del radical De Viti De Marco, los sindicalistas revolucionarios proclaman la necesidad de un modelo económico «liberista», antiproteccionista por definición, capaz de instaurar un sistema capitalista en cuyo seno podrá prosperar el socialismo [7]. La *Lega antiprotezionista,* desde el punto de vista de los sindicalistas revolucionarios, dará una respuesta posible a dos problemas que están íntimamente unidos: 1) los daños provocados por la política proteccionista a la economía italiana, y muy especialmente al desarrollo del *mezzogiorno* agrícola; 2) el reforzamiento, a la vez, del Estado y de la nueva burguesía del norte en vías de industrialización, reforzamiento que consolida el del socialismo parlamentario y reformista, un socialismo que se sustenta en los obreros de la industria, beneficiarios del proteccionismo.

La huelga general se produce en el momento en el que los teóricos del sindicalismo revolucionario se hallan en plena efervescencia intelectual. Este movimiento de masas, que sorprende por su amplitud, para ellos constituirá un giro, tanto más cuanto que se ven obligados a constatar que la huelga estalló como reacción espontánea a la muerte de obreros en Buggerru, Cerdeña, el 4 de septiembre a manos de las fuerzas del orden [8].

---

[6] Sobre la integración política y las actividades de la facción revolucionaria en el seno del PSI, véase A. Riosa, *Il sindicalismo rivoluzionario in Italia,* ob. cit., cap. III.

[7] Sobre este punto, véase el excelente análisis de Riosa, *Il sindacalismo...,* ob. cit., pp. 61-83.

[8] A. Acquarene, *L'Italia giolittiana (1896-1915). I. Le premesse politique ed economiche,* Bolonia, Il Mulino, 1981, p. 257. Aquí es necesaria una clarificación sobre el orden cronológico de los acontecimientos. A consecuencia de los enfrentamientos de

Este movimiento provoca en todos los círculos socialistas de Europa, igual que en Italia, un debate sobre la naturaleza de la función revolucionaria de la huelga general. El momento álgido será la adopción de la moción Rolland-Host por el VI Congreso de la Internacional Socialista que se celebra en Amsterdam. Esta moción rechaza la utilización de la huelga general en tanto que arma revolucionaria y sólo acepta que sea utilizada defensivamente [9]. En Amsterdam gana el socialismo reformista; la posición de los sindicalistas revolucionarios la sostuvieron principalmente los representantes de la delegación francesa [10].

Un día antes del incidente de Buggerru, Hubert Lagardelle publicó en *Avanguardia Socialista* una síntesis de la posición de los sindicalistas revolucionarios sobre la cuestión: la huelga general, en su acepción de rebelión suprema de los productores organizados en el terreno mismo de la producción contra el régimen capitalista, y, por esta razón, incorporada a la noción de Revolución social, se convierte en el acto de fe de una fracción cada vez más importante del proletariado revolucionario [11]. Tanto para Lagardelle como para los otros sindicalistas revolucionarios, la huelga general es un arma muy real de la que disponen los trabajadores. En ella ven la esencia de la *acción directa,* un medio de sacar el socialismo del camino que consideran errado, el instrumento por excelencia de la educación de los trabajadores y de la canalización de sus frustraciones hacia el proyecto revolucionario. En una palabra, para ellos, rechazar la huelga general equivale pura y simplemente a rechazar el socialismo [12].

La huelga estalla en primer lugar en Milán, el 16 de septiembre de 1904, luego se extiende muy rápidamente a todo el país. La aquiescencia de los obreros al llamamiento de Dugoni, un sindicalista del grupo de Labriola, a la huelga general como respuesta a cualquier

---

Buggerru, en los ambientes socialistas obreros se tomó la decisión de desencadenar automáticamente la huelga general en el caso de que se reprodujeran incidentes parecidos.

[9] A. Labriola, «Il congresso di Amsterdam», en *Avanguardia Socialista,* 28 de agosto de 1904, p. 1.

[10] La delegación italiana a Amsterdam, dirigida por E. Ferri, no contaba entre sus miembros ni un solo representante sindicalista revolucionario. Sobre la política llevada por los sindicalistas revolucionarios en Brescia, Bolonia y Amsterdam, véase A. Riosa, *Il sindacalismo...,* ob. cit., cap. III.

[11] H. Lagardelle, «Lo sciopero generale e il socialismo», en *Avanguardia Socialista,* 3 de septiembre de 1904, p. 1.

[12] Sobre esta cuestión, véase A. Riosa, *Il sindacalismo...,* ob. cit., pp. 145 ss.

otra matanza de obreros por parte de la policía o del ejército, no debe interpretarse como un éxito de la penetración del sindicalismo revolucionario en el seno de la clase obrera, sino más bien como una prueba de su receptividad a la idea de huelga general. La cuestión se suscitó durante el congreso regional del PSI en Brescia y en el curso del congreso nacional de Bolonia de abril de 1904. En todo caso, la huelga se desencadena como reacción a los acontecimientos de Castelluzo, Sicilia, donde la comandancia de la policía local dio la orden de disparar contra un grupo de manifestantes, de agricultores. Resultado, ocho heridos [13]. A la mañana siguiente, toda Italia conoce la noticia, y en Milán, mientras la Bolsa de Trabajo todavía sigue discutiendo las consecuencias del incidente, cinco mil obreros inician un paro laboral. Entonces se decide la huelga general para el día 16 [14]. El movimiento paraliza el país: paran todos los transportes públicos, no hay arroz, ni pan, ni gasolina [15].

Avanguardia Socialista, refiriéndose a la huelga, titula «Los cinco días de la primera experiencia de dictadura del proletariado» [16]. En realidad, la dictadura del proletariado queda muy lejos. En la Bolsa de Trabajo de Milán, Labriola, quien —al contrario que Sorel, Berth o Lagardelle, al menos al principio de su actividad— ejerce una función de líder sindical, es muy escéptico sobre el futuro de esta huelga. El director de *Avanguardia* y sus compañeros son conscientes de las consecuencias que sobre la determinación de los huelguistas puede tener la ausencia de proyecto político, de coordinación y de control. Pero, por encima de todo, saben que la dirección del PSI no puede ni quiere conducir el movimiento hacia una dirección revolucionaria. El desarrollo de los acontecimientos, para los sindicalistas revolucionarios, constituye una prueba más del divorcio entre el partido socialista, esencialmente reformista, y el proletariado, potencialmente revolucionario.

El 20 de septiembre ya nadie duda de que la huelga está agoni-

---

[13] G. Procacci, *La lotta di classe in Italia agli inizi del secolo XX,* Roma, Editori Riuniti, 1970, p. 386.

[14] Acerca de las interpretaciones sindicalistas-revolucionarias de la huelga de 1904 y de sus orígenes, véase: 1) el boletín diario publicado en *Avanguardia Socialista* tras el estallido de la huelga; 2) A. Lanzillo, *Le Mouvement ouvrier en Italie,* París, Marcel Rivière, s. f. (probablemente 1910), y 3) A. Labriola, *Storia di dieci anni 1899-1909,* Milán, 1975 (1.ª ed. en 1910).

[15] A. Lanzillo, *Le Mouvement ouvrier en Italie,* ob. cit., p. 17.

[16] Véase *Avanguardia Socialista,* 24 de septiembre de 1904, p. 1.

zando. Este desenlace final del movimiento, por lo demás, nada tiene que ver con la decisión de cesar la huelga, tomada dos días antes por la dirección política del Partido, puesto que los huelguistas se opusieron a ella masivamente [17]. En todo caso, los sindicalistas revolucionarios italianos acaban de asistir a la confrontación de la idea de huelga general con la *praxis.* Ahora están obligados a sacar las conclusiones que dicta la realidad. Para ellos, es una buena señal que el norte industrializado haya respondido con una huelga general e incidentes que afectaban a trabajadores del sur. Advierten, asimismo, que, durante los acontecimientos, el centro del movimiento no ha sido el Partido, sino la Bolsa de Trabajo. Eso para ellos significa que las teorías de Sorel empiezan a aplicarse en Italia. Ello, acaso, explique también su adopción parcial por parte de Labriola y de sus compañeros, quienes, de un intento de huelga general a otra, se dedican a readaptar la ideología que les anima.

Pocos días después de septiembre, la polémica antirreformista de los sindicalistas revolucionarios se hace incesante. En junio de 1905 Paolo Orano y Enrico Leone son expulsados del comité de redacción de *Avanti!* [18]. En la misma época, los jefes sindicalistas revolucionarios consiguen penetrar en las organizaciones locales de obreros, principalmente en Ferrara, Parma, Piombino y en Apulia [19]. Pero, a fin de cuentas, el balance de las huelgas generales que siguen a continuación de las de septiembre de 1904 es negativo. Labriola no escatima ataques contra el ala parlamentaria del PSI, a la que acusa de traicionar los intereses de los trabajadores al no apoyar las huelgas generales [20]. No cabe duda que el PSI no tiene ningún aprecio por el activismo de los sindicalistas revolucionarios ni por sus posiciones sobre la cuestión de la huelga general. Por esta razón, la dirección reformista del Partido —que en seguida se hace cargo del control de la

[17] Aquí nos referimos a los acontecimientos del 18 de septiembre de 1904 en Milán, cuando los obreros no quisieron aceptar la decisión de la dirección política —tomada en la Bolsa de Trabajo— de cesar la huelga. Labriola y sus partidarios votaron a favor de terminar la huelga, pero, ante la reacción de los obreros, el líder sindicalista revolucionario se decidió por la continuación del paro. Véase «Il quinto comizio. Lo sciopero continua!», *Avanguardia Socialista,* 24 de septiembre de 1904, p. 1.

[18] G. B. Furiozzi, *Il sindacalismo rivoluzionario italiano,* Milán, Mursia, 1977, p. 35.

[19] V. A. Roveri, «Il sindacalismo rivoluzionario in Italia», *Ricerche Storiche,* 1 de junio de 1975, pp. 14-17; y F. M. Snowden, *Violence and Great Estates in the South of Italy, Apulia 1900-1922,* Cambridge, Cambridge University Press, 1986, cap. VI.

[20] A. Labriola, «Da socialista a reazionario - Lettera aperta a Napoleone Colajanni», *Avanguardia Socialista,* 22 de abril de 1905, p. 1.

Confederazione Generale del Lavoro-CGL, fundada en Milán en 1906— no cejará en su empeño de intentar eliminar de su seno a prácticamente todos los sindicalistas revolucionarios, por lo menos de las instancias nacionales del Partido. Éstos luego decidirán concentrar su energía en los combates regionales y en la formación de una elite combatiente [21].

En los años que siguen a la huelga de 1904, los sindicalistas revolucionarios se dedican, al mismo tiempo, a perfilar sus concepciones y a la difusión de las mismas. En 1905, en Roma, Enrico Leone y Paolo Mantica comienzan la publicación de *Il Divenire sociale*, revista quincenal del socialismo científico. A finales de 1906, en Lugano, Angelo Oliviero Olivetti, un socialista con muchos años de militancia, publica *Pagine Libere*. Estos periódicos aparecerán, el primero en 1910, el segundo —con algunas interrupciones— hasta comienzos del período fascista.

A pesar de todos sus esfuerzos, y a despecho de haberse batido en todos los frentes, el sindicalismo revolucionario, ideológicamente contrario a las prácticas de la política de los partidos y del parlamentarismo —aún cuando en la práctica llegara a suscribir las reglas que fustigaba— muy rápidamente queda marginado en el seno del movimiento socialista. El PSI, en su congreso de Roma de octubre de 1906, desestima la propuesta de dirigir la lucha socialista en torno al eje del sindicato. Quienes mantuvieron esta propuesta quedaron en minoría y aislados. En julio de 1907, en el curso de un encuentro de sindicalistas revolucionarios que se celebra en Ferrara —donde las organizaciones sindicalistas son particularmente fuertes y organizadas, y han dirigido huelgas victoriosas en mayo y junio del mismo año—, se decide que el movimiento abandonará el PSI y concentrará todos sus esfuerzos en la «política sindicalista». Con esta finalidad se incorporará a la CGL con la intención de conquistarla desde dentro. Unos meses más tarde, en noviembre, en el curso de una reunión que se celebra en Parma, los sindicalistas revolucionarios deciden crear un Movimiento Nacional de Resistencia para luchar contra la política de la CGL dominada por los reformistas del PSI. En esta ocasión, la dirección de los

[21] El elitismo sindicalista-revolucionario no cabe duda que se nutre de las teorías de Mosca y Pareto, así lo sostiene con razón Giovanna Cavallari en su obra sobre Labriola, Leone, Longobardi y el protomarxismo italiano; pero también se nutre del renacimiento moral preconizado por Sorel. Véase G. Cavallari, *Classe dirigente e minoranze rivoluzionarie. Il protomarxismo italiano: Arturo Labriola, Enrico Leone, Ernesto Cesare Longobardi*, s. l., Jovene Editore, 1983, pp. 221-226.

movimientos huelguísticos pasa a manos de una nueva generación de activistas, formados en las asiduas reuniones de la Bolsa de Trabajo y duchos en las técnicas de la huelga. En efecto, después de la huelga de 1904, un buen número de militantes obreros inicia un proceso de deslizamiento a la izquierda, en el que se plasmaba la ideología sindicalista revolucionaria elaborada por Arturo Labriola y sus colaboradores. De este modo, dan al sindicalismo revolucionario, que hasta entonces no había rebasado la fase de un sistema de pensamiento, su verdadero peso histórico. Con ellos, el sindicalismo revolucionario se convierte en una auténtica fuerza social. Esos militantes, cuyos más brillantes exponentes llegarán a ser los dirigentes del sindicalismo revolucionario, dirigirán las grandes huelgas de agricultores de 1907 y 1908. Michele Bianchi, Alceste de Ambris, Filippo Corridori, sólo conciben el sindicalismo como un ente radical, de clase y antipartido. Están persuadidos de que una elite obrera bien organizada posee la capacidad de polarizar en torno a ella el conflicto con la burguesía y salir victoriosa de la lucha.

En el curso de la huelga general campesina de Parma de 1908 [22], iba a confrontarse con la realidad la tesis de la elite sindicalista combatiente. Esta huelga representa el punto culminante de la confrontación entre los obreros agrícolas organizados y la asociación de terratenientes. La huelga estalla el 1 de Mayo, una huelga que se propone dar una respuesta obrera el *lock-out* (cierre) decretado por los propietarios, que en esta fecha se encuentra en su cuadragésimo cuarto día [23].

La Bolsa de Trabajo se convierte rápidamente en el centro neurálgico del movimiento, y a la vez en una auténtica central de solidaridad. Puede sostener a los huelguistas gracias a las contribuciones económicas aportadas por los afiliados al sindicato. Es tanta la disciplina y tan elevado el nivel de organización que permite que más de 33 000 trabajadores abandonen sus puestos de trabajo durante más de ocho semanas [24]. La huelga no termina hasta que se produce la intervención del ejército y se suceden los acontecimientos del 20 de junio,

---

[22] En mayo de 1907, Alceste de Ambris ya había conseguido arrastrar a la Bolsa de Trabajo de Parma a una huelga victoriosa. Véase T. R. Sykes, «Revolutionary Syndicalism in the Italian Labour Mouvement; the Agrarian Strikes of 1907-1908 in the Province of Parma», *Internationale Review of Social History*, 21, 1976, pp. 186-211.

[23] «Lo sciopero generales agrario», *L'Internazionale*, 3 de mayo de 1908, p. 1.

[24] «Lo sciopero generale agrario si estende», *L'Internazionale*, 5 de mayo de 1908, p. 1; y «La celebrazione d'una data», *L'Internazionale*, 21 de junio de 1919, p. 1.

cuando unos incidentes con los rompehuelgas permiten al ejército ocupar la Bolsa de Trabajo, confiscar los fondos de resistencia y diversos documentos [25]. El socialismo oficial reaccionará «excomulgando» —la palabra procede de Furiozzi, autor de un notable estudio sobre la cuestión— a los sindicalistas revolucionarios; y el PSI los expulsará muy poco tiempo después. Ello sucederá en el congreso de Florencia de 1908 [26].

Es conveniente que señalemos aquí que los sindicalistas revolucionarios, a pesar de sus posiciones extremas, principalmente en lo que respecta a la lucha contra el sistema, enfocan el proceso de cambio social como una evolución gradual. Sus motivaciones son fundamentalmente de orden práctico. El movimiento obrero italiano, comparado con el movimiento obrero francés de la primera década del siglo, todavía es débil y está mal organizado. No cabe duda que los teóricos sindicalistas, cuando se sitúan en el terreno ideológico, son incontestablemente extremistas. Pero, cuando abandonan el mundo de las ideas, sus posiciones adquieren tonos mucho más matizados, a menudo muy próximos al compromiso. No pueden actuar de otro modo sin correr el riesgo del suicidio político. Otro elemento importante abona esa actitud: la falta de una base electoral, debido al hecho de que la ideología sindicalista revolucionaria se antepuso a la organización de masas en el medio laboral y a la fundación de una organización central [27].

Para poder explicar —por lo menos parcialmente— el alejamiento del modelo revolucionario de Marx, que implica la adquisición de la conciencia de clase por el proletariado, es conveniente añadir que un buen número de dirigentes sindicalistas revolucionarios procede de los círculos burgueses-socialistas del sur. Estos hombres es indudable que aportan al socialismo una tradición de rebelión, pero también una voluntad real de tomar en consideración a las masas de trabajadores agrícolas del Mezzogiorno. Por consiguiente, se proponen encontrar un modelo que integre el norte industrializado y el sur agrario, dentro del esquema revolucionario. Con este fin Labriola, Leone y otros intelectuales del sindicalismo se dedican a revisar las teorías económicas de Marx. La causa principal que les lleva a hacerlo es que evidentemente el determinismo marxista no funciona como se había previsto. Además, por lo que respecta al caso italiano,

[25] T. R. Sykes, «Revolutionary...», loc. cit., pp. 204-206.
[26] G. B. Furiozzi, *Il sindacalismo rivoluzionario...*, ob. cit., pp. 40-41.
[27] La CGL, Confederazione Generale del Lavoro, se fundó en 1906.

la cooperación del socialismo reformista y de la burguesía liberal significa no solamente la consolidación del orden existente, sino también el ahondamiento del foso que separa tradicionalmente el norte del sur. La consecuencia inmediata de este problema es una emigración masiva, principalmente del sur subdesarrollado, un problema que, a finales de la primera década del siglo, preocupa tanto a los sindicalistas revolucionarios como a los nacionalistas radicales. Esta lucha contra un sistema que justifica el subdesarrollo y admite la emigración, esto es, la pérdida de la sustancia social y nacional, se convierte en uno de los grandes denominadores comunes de la síntesis socialista nacional.

Así, hacia 1910 nacionalistas y sindicalistas revolucionarios comparten una misma aversión por el sistema político existente. La imagen de una Italia aquejada de una enfermedad mortal, la «democracia parlamentaria liberal» —personificada en Giolitti—, les sugiere un nuevo tipo de solución: la guerra. Entonces, los nacionalistas radicales y los sindicalistas revolucionarios —algunos de ellos en 1911, la mayoría en 1914—, llegan a la conclusión de que la guerra constituye precisamente esta medicina que, administrada en dosis bastante elevadas, puede extirpar el mal que corroe a Italia [28].

Indudablemente, esta posición de los sindicalistas revolucionarios queda muy lejos de la que habían adoptado algunos años antes sobre el antimilitarismo y la Revolución. Sorel consideraba que el ejército era «la expresión más clara del Estado, la más tangible y la más arraigada a sus orígenes» [29] —un Estado que, en opinión de los sindicalistas revolucionarios, oprime a los trabajadores y utiliza al ejército como el mejor medio de ejercer su tiranía. En este momento, Sorel decía que el antimilitarismo y el antipatriotismo representaban dos manifestaciones de la confrontación entre las fuerzas revolucionarias y el Estado [30]. Este punto de vista enlazaba con el internacionalismo del movimiento obrero y con la hipótesis de que, al negarse a responder al llamamiento a filas, la clase obrera podría impedir una guerra en Europa. El socialismo internacional proclamaba la solidaridad de

---

[28] Se trata del punto de vista que propone Mario Isnenghi en su obra sobre *Il mito della grande guerra,* Roma-Bari, Laterza, 1973; este libro es un brillante estudio de las corrientes intelectuales que preparan el terreno a la opinión según la cual la guerra podrá permitir que Italia supere sus problemas interiores.

[29] G. Sorel, «L'antimilitarismo in Francia», *Avanguardia Socialista,* 6 de enero de 1906, p. 1.

[30] *Idem.*

la clase obrera, superior a la solidaridad nacional. En Francia, Gustave Hervé llegó incluso a instar a los revolucionarios a que no se incorporaran a filas y a negarse a toda cooperación con el Estado.

Las recetas de Hervé encuentran un portavoz en Italia. En marzo de 1907, Filippo Corridoni —que ya había dirigido numerosas huelgas— inicia la publicación de una hoja antimilitarista: *Rompete le file!* [*¡Romped filas!*] [31]. Lo realmente revelador del nuevo estado de ánimo, es el hecho de que a Corridoni ni siquiera le siguen sus amigos. En realidad, en el mismo instante, Labriola empieza ya a cuestionar los argumentos de Hervé contra la guerra [32].

Esta actitud de Labriola ante la guerra va evolucionando lentamente a partir de 1907. Con otros teóricos del sindicalismo revolucionario (Orano, Olivetti) poco a poco, pero cada vez con mayor firmeza, irá sosteniendo que los conceptos de «nación» y de «guerra» no son forzosamente antitéticos de los de «sindicalismo» o de «socialismo», y, por ello, no deben ser automáticamente rechazados. A finales de 1910, Orano inicia la publicación en Roma de *La Lupa,* que abrirá sus columnas a los que intentan tender puentes entre el sindicalismo revolucionario y el nacionalismo radical. El año anterior habían empezado a aparecer en Turín algunos periódicos nacionalistas radicales, como *Il Tricolore,* defensor de un nacionalismo populista. Esta confluencia es tanto más natural cuanto que el nacionalismo radical —por aquellas fechas— está buscando el apoyo de las masas populares que habían de propulsarlo al terreno de la política moderna. En la misma época, el sindicalismo revolucionario está empeñado en la tarea de clarificar la naturaleza de las relaciones existentes entre el Estado, el obrero y la Nación.

Las posiciones de unos y otros sobre el papel de la guerra y la idea de Nación se encuentran en este punto cuando el sindicalismo revolucionario entra en la polémica suscitada por la crisis libia. En el curso de los meses que preceden a la guerra de Libia, se abrió un amplio debate acerca de si se debía o no ocupar Trípoli y entrar en un conflicto armado con Turquía. La prensa católica y nacionalista milita a favor de esta causa, y Enrico Corradini va de gira por todo el país para ganar almas para la causa colonial [33].

---

[31] «Impressioni e ricordi», *L'Italia Nostra,* 26 de octubre de 1918, p. 2.

[32] Véase A. Labriola, «Intorno al Herveismo», *Pagine Libere,* 1 de octubre de 1907.

[33] D. D. Roberts, *The Syndicalist Tradition...,* ob. cit., p. 47. Aquí, Roberts se refiere al papel central desempeñado por el periódico nacionalista *L'Idea Nazio-*

Tanto en el PSI como en la CGL, la unanimidad de la izquierda contra el desencadenamiento de la guerra es prácticamente total. De manera que, cuando Italia envía su ultimátum a Turquía, se convoca una huelga general para el 27 de septiembre de 1911. La acción no consigue que el gobierno dé marcha atrás. Una gran parte de la opinión, principalmente en el sur, apoya la operación libia [34].

Los sindicalistas revolucionarios que se muestran partidarios de la intervención no paran de injuriar y de echar chispas a lo largo de todo el año [35]. Ello no obstante, no logran impedir que las Bolsas de Trabajo se unan a los socialistas en su campaña contra la guerra y que apoyen su decisión de huelga general del 27 de septiembre. El desacuerdo entre el ala intelectual del sindicalismo revolucionario, dirigida por Labriola, Orano y Olivetti, y los jefes sindicales, dirigidos por De Ambris, provoca el desmantelamiento del equipo editorial de *Pagine Libere* y, a finales de 1911, la desaparición del periódico. Esta ruptura, sin embargo, durará muy poco.

Aquí aparece con claridad el papel jugado por los intelectuales del sindicalismo revolucionario. Los teóricos siempre se encuentran un poco más avanzados que los militantes obreros. Estando más dispuestos a cortar amarras con la dirección oficial del Partido, elaboran una política que los líderes sindicales o los políticos como Mussolini acaban aceptando, tras una fase más o menos larga de vacilaciones. Los teóricos cumplen su función de vanguardia en relación a todos los militantes, tanto en los sindicatos como en el seno del Partido.

---

nale. Véase también M. Degl'Innocenti, *Il socialismo Italiano e la guerra di Libia,* Roma, Editori Riuniti, 1976, pp. 17 y 20-23, donde el autor destaca los intereses económicos que apoyan los periódicos católicos y nacionalistas, y hace hincapié en los recursos demagógicos que abogan por «La Nueva Cruzada», «La Guerra Santa» y la marcha hacia «La Tierra Prometida».

[34] *Idem,* p. 45. En la máxima dirección de la sección revolucionaria del PSI, Benito Mussolini fue uno de los principales dirigentes de la huelga general, cuyos resultados le produjeron una profunda decepción.

[35] Los desacuerdos sobre la guerra de Libia llevaron a De Ambris y a Mantica a abandonar el equipo editorial de *Pagine Libere;* como consecuencia de ello la revista dejó de publicarse. *L'Internazionale* también publicó artículos polémicos. Los argumentos de la controversia se reunirán en una edición: *Pro e contro la guerra di Tripoli. Discussioni nel campo rivoluzionario,* Nápoles, Società Editrice Partenopea, 1912. En ella aparecen artículos de Labriola, Olivetti, Barni, De Ambris, Polledro y Tancredi. Leone, que se opuso a la campaña de Libia, había escrito un año antes *Espansionismo e colonie,* Roma, Tipografia Editrice nazionale, 1911. Arturo Labriola publica, también en 1912, *La guerra di Tripoli e l'opinione socialista,* Nápoles, Morano, 1912, donde expone sus argumentos a favor de la intervención.

La guerra libia ayuda muy poco a los sindicalistas revolucionarios a resolver los problemas que les planteaban los conceptos de Nación y de guerra. La actitud general del movimiento —a excepción de los intelectuales— sigue siendo antimilitarista, aún cuando la diferencia conceptual entre Nación y Estado —la primera asociada al proletariado, la segunda a la burguesía— iba preparando el terreno para el cambio ideológico que pronto permitirá al sindicalismo revolucionario apoyar la entrada en la guerra de Italia junto a Francia y a Inglaterra en 1914. Pero no sólo la cuestión de la guerra separa a los teóricos del sindicalismo revolucionario del socialismo oficial. Los sindicalistas revolucionarios, durante su congreso celebrado en Modena en noviembre de 1912, decidieron constituir su propia central sindical, esto es abandonar la CGL controlada por el partido. Se proponen asegurar una independencia total de su organización, no sólo respecto del PSI y su excrecencia, la CGL, sino también respecto de cualquier otra formación política o sindical, según los principios del sindicalismo revolucionario. Así nace la USI (la Unione Sindacale Italiana), que a finales de 1913 contará con más de 100 000 afiliados [36]. En la misma época la CGL cuenta con 300 000 afiliados. Los hombres de la USI despliegan una intensísima actividad y participan en numerosos conflictos, tanto en el sector agrícola como en los sectores industrial y minero. La USI adopta la línea antimilitarista tradicional del sindicalismo, una línea que seguirá manteniendo en el momento de la *Settimana rossa* (la Semana Roja): el 7 de junio de 1914, la izquierda sale a la calle para manifestarse contra el militarismo; en Villa Rossa, en el cuartel general del partido republicano local de Ancona, la policía y los carabineros disparan contra la masa. Dos manifestantes mueren en el acto, un tercero fallecerá en el hospital [37]. Acto seguido, se convoca una huelga general que se extiende prácticamente por todo el país. El PSI, la CGL, el Sindicato de los Ferroviarios (SFI) llaman al paro. En Milán, Corridoni y Mussolini encabezan la mayor parte de las manifestaciones. A menudo estalla la violencia. En ciertos lugares, la huelga reviste formas de auténtica rebelión; en Romagna está a punto de convertirse en una insurrección armada. El ejército interviene para restablecer el orden.

---

[36] G. B. Furiozzi, *Il sindacalismo rivoluzionario...*, ob. cit., pp. 50-55.

[37] «Come avvenne l'eccidio di Ancona», *L'Internazionale*, 20 de junio de 1914, p. 1. Para más detalles sobre la huelga general de la Semana Roja, véase «La fiera protesta dei Lavoratori romani», loc. cit., p. 5; «Le meraviglose giornete proletarie di Milano», loc. cit., p. 2; y E. Santarelli, *Il socialisme anarchice in Italia*, Milán, Feltrinelli, 1959, p. 164.

Italia tiene que hacer frente al problema de la guerra cuando todavía no ha acabado de recuperarse del choque de la Semana Roja. En agosto de 1914, a pesar de sus vinculaciones con la Triple Alianza, Italia no entra en guerra. Ahora bien, incluso en los peores momentos de los enfrentamientos que la mantuvieron dividida en ocasión del caso libio, todos los componentes del sindicalismo revolucionario se ponen de acuerdo por lo menos en un punto: en caso de conflicto generalizado, Italia debe incorporarse al combate al lado de Francia y Gran Bretaña. Para ellos, el Imperio prusiano, unido a Austria-Hungría, personificaba la peor de las reacciones. Por esta razón, cuando estalla la guerra, el sindicalismo revolucionario se pone a la cabeza del campo del intervencionismo de izquierda. Ello provoca grandes inquietudes en las filas de la USI que, en agosto de 1914, había adoptado una resolución llamando a que Italia permaneciera neutral, y amenazando al gobierno con convocar una huelga general revolucionaria si decidía, a pesar de todo, participar en el conflicto, con independencia del campo que eligiera [38].

El 18 de agosto de 1914, Alceste de Ambris, en la tribuna de la Unión Sindical Milanesa (USM) lanza un violento ataque contra el neutralismo, defiende la necesidad de ayudar a Francia y a Inglaterra contra la reacción teutona y sitúa esta guerra en el mismo plano que la Revolución francesa [39]. Esta declaración, a la que se unen algunos sindicalistas revolucionarios, miembros de la USI —como Corridoni, jefe de la USM y que en aquel momento está encarcelado— provoca una profunda grieta en el seno de la organización. La mayoría, conducida por el anarquista Armando Borghi, opta por la neutralidad. La USM, la Bolsa de Trabajo de Parma y un cierto número de sindicalistas revolucionarios abandonan la USI y fundan, a comienzos de octubre de 1914, el *Fascio rivoluzionario d'azione internazionalista* (el Fascio Revolucionario de Acción Internacionalista). Olivetti publica el manifiesto de este Fascio en el primer número de la nueva serie de *Pagine Libere*, que empieza a ver la luz en el mismo mes. Siempre en este mismo mes, Mussolini se incorpora al movimiento tras haber decidido abandonar la posición neutralista del PSI, y emprende la publicación de *Il popolo d'Italia* en noviembre de 1914 [40].

---

[38] «Il proletariate è concorde», *L'Internazionale*, 2 de agosto de 1914, p. 1.

[39] A. de Ambris, «I sindicalisti a la guerra», *L'Internazionale*, 22 de agosto de 1914, p. 1.

[40] Véase R. de Felice, *Mussolini il rivoluzionario*, Turín, Einaudi, 1965, cap. IX.

Después de algunos meses de agitación y de negociaciones secretas entre gobiernos, Italia entra en la guerra el mes de mayo de 1915. Los intervencionistas de izquierda acaban de alcanzar su primer objetivo: llevar a Italia a participar en las hostilidades. Los dirigentes sindicalistas revolucionarios, consecuentes con sus posiciones políticas, se presentan voluntarios. Apenas transcurridos unos días de la entrada en guerra de Italia, De Ambris, Massotti, Coconi y Fava se incorporan a las filas y marchan al frente. Treinta y seis, de los cincuenta —más o menos, contando sólo a los más conocidos— dirigentes sindicalistas revolucionarios que se presentan en los cuarteles de reclutamiento, serán enrolados y enviados al frente. Seis meses después de la entrada en guerra de su país, nueve de ellos caerán heridos, y seis morirán en el combate [41]. Se acordó que un pequeño número de dirigentes permaneciera en la retaguardia para ocuparse del sindicato.

En el momento en que estalla la guerra, la evolución ideológica del sindicalismo revolucionario ha llegado a un punto que no permite la marcha atrás. La síntesis socialista-nacional ha ido madurando en el curso de los años anteriores a agosto de 1914, pero es evidente que esta terrible convulsión acelera poderosamente su evolución. Las ideas de Nación y de socialismo no pueden sino seguir desarrollándose en el sentido indicado en *La Lupa,* o en el sentido que ya habían preconizado Arturo Labriola, Orano y Olivetti cuando tuvo lugar el gran debate sobre la campaña de Trípoli. El año 1917 juega un destacadísimo papel en este proceso de deslizamiento hacia un socialismo cada vez más «nacional», y siempre más alejado de sus raíces marxistas. En 1917 suena el trueno de la revolución bolchevique, un trueno que hace temer por los intereses nacionales de una Italia profundamente estremecida por la derrota de Caporetto. Más que nunca, el sindicalismo revolucionario se alinea con la Nación contra una revolución que no sólo cuestiona el interés nacional, sino que, al propio tiempo, representa un modelo que los teóricos del sindicalismo revolucionario siempre definieron como algo completamente erróneo. Esta revolución destructora de los logros capitalistas no podía ser la suya, ni siquiera pudo haberlo sido en los tiempos felices de la *Avanguardia Socialista.*

De modo que no resulta extraño que en mayo de 1918, unos sin-

[41] «I loro ed nostri», *L'Internazionale,* 25 de diciembre de 1915, p. 3, y «Alceste De Ambris», *L'Internazionale,* 6 de noviembre de 1915, p. 1.

dicalistas revolucionarios se unan a unos socialistas autónomos para fundar la Unione Socialista Italiana (USI). Este movimiento político quiere ser una síntesis de las posiciones intervencionistas de izquierda y de las ideas nacionalistas y revolucionarias, todo ello vinculado a la ideología sindicalista revolucionaria. A finales de 1919, la USI obtiene doce escaños en el Parlamento. Labriola es elegido por esta lista y acepta el ministerio de Trabajo que le propone Giolitti [42].

Durante el último año de guerra, Alceste de Ambris inicia la publicación de *Il Rinnovamento,* una revista mensual —a veces bimensual— que, en seguida, eclipsa a *Pagine Libere* y se convierte en el órgano de los teóricos del sindicalismo nacional. Esta revista ocupará un lugar muy relevante en la transición hacia el fascismo. Igual que había sucedido con *Avanguardia Socialista* en los albores del siglo, una vez más es una revista intelectual la que indica al movimiento el camino a seguir. En efecto, la Unione Italiana del Lavoro (la Unión Italiana del Trabajo), creada en Milán en junio de 1918, adoptará este desarrollo de la ideología del sindicalismo revolucionario. El periódico de esta central, *L'Italia Nostra,* que posteriormente se llamará *Battaglie della UIL,* adoptará el eslogan «La Patria no se niega, se conquista». La Unión Italiana del Trabajo es el lugar de confluencia de las ideas sindicalistas nacionales a lo largo de los años críticos del *«biennio rosso»,* en 1919-1920.

La huelga de Dalmine estalla en marzo de 1919. Por primera vez, unos obreros sindicados intentan demostrar su capacidad para dirigir la producción y la fábrica más eficazmente que los propietarios, asegurando, a la vez, una mejor distribución de los beneficios. Al cabo de unos días, el ejército acaba con la huelga. Un año más tarde, los dirigentes de la huelga atribuirán el fracaso de su acción a los malintencionados manejos del PSI y de la CGL [43].

A partir de este momento, la ideología sindicalista-nacional defenderá la idea de participación de los obreros en la gestión de la empresa, es decir, la autogestión [44]. Pero las enseñanzas del pasado no se han olvidado. Cuando, en agosto-septiembre de 1920, los obreros toman el control del cinturón industrializado del norte, los sindicalistas revolucionarios son conscientes del peligro que puede constituir una

---

[42] G. B. Furiozzi, *Il sindacalismo rivoluzionario...,* ob. cit., pp. 64-65.

[43] S. Nosengo, «Dalmine Docet», *Il sindacato operaio,* 5 de marzo de 1920, p. 1.

[44] «L'Unione italiana del Lavoro si dichiara disposta ad assumere la gestione delle fabbriche», *L'Internazionale,* 4 de septiembre de 1920, p. 1.

intervención de las autoridades. Al propio tiempo consideran que el éxito sólo puede garantizarse en caso de que los obreros tomen posesión de todo el sector industrial y logren ponerlo en funcionamiento. Sólo así se podrá neutralizar el Estado e, *ipso facto,* su capacidad de «reacción». De forma que las huelgas generales parciales son ineficaces por naturaleza y, lo que es peor, implican indefectiblemente la represión, en la medida en que no producen ningún daño a la máquina del Estado [45].

Los nacional-sindicalistas presentan su propuesta de autogestión en la industria al ministro de Trabajo, Arturo Labriola, y el primer ministro Giolitti logra resolver el conflicto mediante un compromiso. Hace votar un proyecto de reorganización de la industria que reconoce a los obreros el derecho a participar en la gestión de la empresa que les emplea, a la vez que les concede un derecho de inspección limitada de las finanzas [46]. Giolitti devuelve sus fábricas a los industriales; y a las organizaciones obreras, su honor. Está convencido que de este modo ha logrado frenar una revolución de tipo soviético [47]. De hecho, no se da cuenta de que ha hecho dar a Italia un gran salto en dirección al fascismo. Su compromiso ha tenido como consecuencia que amplios sectores de la burguesía se desgajaran del sistema político liberal que él representaba, al considerarlo incapaz de defender sus intereses, al haber elaborado un pacto económico social que violaba el, para ellos, sacrosanto principio de la propiedad privada.

Los acontecimientos de los meses de agosto y septiembre de 1920 se convierten para el país en el escenario de referencia de una huelga general que pudo haber conducido a Italia al borde de la Revolución y la guerra civil. Desde la izquierda, los sindicalistas-nacionales deben afrontar simultáneamente el reformismo y el maximalismo. Están persuadidos de que la verdadera naturaleza del conflicto es al propio tiempo política y económica. Esta conclusión parece que viene confirmada por la extensión de la ocupación de fábricas. En su opinión, esta huelga general, aún teniendo causas económicas, sólo puede acabar bien si se encuentra una solución de orden político, aplicable, además, a todo el país. Esta visión debía desembocar en la concepción

---

[45] «La grande battaglia dei metallurgici», *L'Internazionale,* 25 de septiembre de 1920, p. 1.

[46] «Il nuovo testo del decreto», *Avanti!,* 21 de septiembre de 1920, en P. Nenni, *Storia di quattro anni: 1919-1922,* Milán, Sugarco Edizioni, 1976, p. 115.

[47] G. Giolitti, *Memoirs of my Life,* Londres y Sydney, Chapman and Dodd, 1923, pp. 439 y 441.

de un modelo corporativista y produccionista, modelo muy alejado del socialismo marxista que, menos de veinte años antes, constituía el punto de partida y la teoría de referencia de los sindicalistas revolucionarios.

Cuando en septiembre de 1919 estalla el asunto de Fiume, el sindicalismo nacional apoya sin reservas a D'Annunzio [48]. Para la UIL Fiume es parte integrante de Italia. De Ambris, que estuvo residiendo en Fiume a finales de 1919, regresa allí en enero de 1920 para ocupar el puesto de secretario de gobierno de la Comandancia de la ciudad [49]. En su condición de secretario de gobierno, el líder sindical presenta al famoso *Condottiere* nacionalista el esbozo de lo que habría de convertirse, unos meses más tarde, en la Constitución de Fiume: la «Carta del Carnaro». Este documento político, considerado por muchos como una de las principales prefiguraciones del corporativismo fascista, se convierte en 1920 en la guía del sindicalismo nacional.

Tras la decisión de muchos sindicalistas revolucionarios de abrazar la causa fascista, está el fracaso de las ocupaciones de fábricas y el revés sufrido en el asunto del Fiume. Mussolini fundó el movimiento fascista en Milán en la concentración de la *Piazza San Sepolcro,* el 23 de marzo de 1919. Entre los miembros fundadores, encontramos a eminentes dirigentes sindicalistas revolucionarios, como Agostino Lanzillo y Michele Bianchi. En 1919 y 1920, cada vez se van estrechando más los lazos entre el fascismo y el sindicalismo nacional, hasta que hacia finales de 1920 el fascismo se hace —especialmente en el sector agrícola— más violento y más reaccionario.

El fascismo como movimiento político se refuerza en el curso de los años 1920-1922. Durante estos años el sindicalismo nacional se plantea la cuestión de si hay que intentar cambiar el fascismo desde dentro o, por el contrario, intentar dividirlo con el propósito de recuperar su ala izquierda. Finalmente, se impone la primera de las soluciones, de forma que numerosos sindicalistas revolucionarios —teóricos o dirigentes prestigiosos, como Panunzio, Orano, Olivetti, Bianchi, Rossi, Dinale, Mantica, Ciardi, Razza, Racheli, Rocca, Amilcare de Ambris (hermano de Alceste), Masotti, De Pietri-Tone-

---

[48] Véase «Cronache politiche. L'impresa di Fiume», *Il Rinnovamento,* 15 de octubre de 1919.

[49] R. de Felice, *Sindacalismo rivoluzionario e fiumanesimo nel carteggio De Ambris-D'Annunzio,* Brescia, Morcelliana, 1966, pp. 65-66; y *Mussolini il rivoluzionario,* ob. cit., pp. 552-553.

lli y Renda— abrazan la causa fascista. Se pondrán al servicio del movimiento, luego del régimen, le servirán con lealtad, incluso cuando quedará muy poca cosa, con el fascismo en el poder, de los objetivos iniciales del sindicalismo revolucionario.

II. LA PRIMACÍA DE LA ECONOMÍA Y LA REVISIÓN DE LA ECONOMÍA MARXISTA

El aspecto más original de la contribución italiana a la teoría sindicalista revolucionaria es su revisión de la economía marxista. Sobre la función social de los sindicatos, la necesidad de promover un socialismo «viril», la crítica de la democracia o el antiintelectualismo, los italianos tienen muy poco que añadir al sistema de ideas forjado por los franceses. Por el contrario, el análisis económico de Arturo Labriola y Enrico Leone, da al sindicalismo revolucionario una dimensión científica que Sorel y los sorelianos de pura cepa no siempre se han revelado capaces de conferirle.

Labriola, como todos los sindicalistas revolucionarios, empieza afirmando que «la gestión autónoma de la producción por una clase obrera unificada» sigue siendo el ideal del sindicalismo revolucionario [50]. Contrapone la naturaleza económica de este proceso —una revolución de las relaciones estructurales en el seno de la sociedad— al carácter superestructural de la actividad política del socialismo reformista. La diferencia fundamental de las esferas de acción define en sí misma la diferencia de naturaleza entre la acción sindicalista revolucionaria y la acción del Partido Socialista. Por un lado, una acción directa en la esfera económica, por otro, y en contraposición, una acción directa en la esfera política.

Mientras que los socialistas reformistas sólo consideran el sindicato en términos de sindicato profesional, los sindicatos revolucionarios proclaman, en cambio, la necesidad de los instrumentos de lucha de la clase obrera, es decir, de los sindicatos revolucionarios. Los sindicalistas revolucionarios como Labriola, aún aceptando que el sindicato profesional juega un cierto papel positivo, sólo le reconocen un campo de acción muy estrecho, debido a la propia naturaleza de la

[50] A. Labriola, *Riforme e rivoluzione sociale*, Lugano, Società Editrice Avanguardia, 1906, p. 10.

economía capitalista. Los límites de este campo vienen impuestos por la ineludible necesidad en la que se encuentra el capitalismo de acceder a las exigencias obreras sólo en la medida en que este asentimiento le deja, a pesar de todo, un beneficio. A partir del momento en que deja de haber beneficio, el capital nunca vacila y se desplaza hacia uno u otro sector en el que el beneficio esté garantizado, dejando sin empleo a los obreros sindicados por profesiones [51]. Labriola mantiene que este tipo de sindicato no puede constituir una amenaza para la sociedad burguesa. Por el contrario, al suavizar las tensiones locales, perpetúa el capitalismo. Además, cuando este tipo de organización ha cumplido su función —apoyar al capital al máximo—, sólo puede escoger entre dos vías: disolverse o convertirse en un instrumento revolucionario [52].

Ahora bien, añade Labriola, si se considera seriamente el hecho de que un grupo social oprimido o en conflicto con sus dirigentes tiende a organizar sus propios mecanismos sociales, se comprende entonces por qué la creación del sindicato es inevitable para los obreros. Del mismo modo que se comprende por qué la organización del sindicato precede a la formación del estrato de los intelectuales socialistas [53].

El objetivo del sindicalismo revolucionario en esta fase sigue siendo la organización «de una sociedad de trabajadores libres» [54]. Sus dirigentes pretenden concentrar su esfuerzo en la esfera económica, puesto que es allí donde debe implantarse la Revolución. El papel del Estado se convierte en algo secundario; al Estado sólo se le confían tareas administrativas y extraeconómicas. Únicamente se reconoce a la acción política un aspecto positivo en la etapa intermedia que precede a la focalización de la lucha en la esfera económica. En el curso de esta etapa, los sindicalistas revolucionarios consideran que la acción política puede ser de alguna utilidad en la defensa de los intereses del proletariado. En términos marxistas, a lo que en definitiva aspiran Labriola y sus colaboradores con la «Revolución econó-

---

[51] A. Labriola, «I limiti del sindacalismo rivoluzionario», *Il Divenire sociale,* 1 de agosto de 1910, p. 213.

[52] *Idem,* p. 214.

[53] A. Labriola, *Riforme e rivoluzione sociale,* ob. cit., p. 10.

[54] *Idem.* Esta concepción del Estado es el hilo conductor de todas las variantes que se irán produciendo en el sindicalismo revolucionario hasta la Carta del Carnaro. Esta visión del Estado se contrapone absolutamente al enfoque clásico del fascismo en la materia, basado en el corporativismo nacional de Alfredo Rocco, y no en el corporativismo sindical de Alceste de Ambris tal como se plasma en la Carta del Carnaro.

mica», es al cambio de la infraestructura, capaz a su vez de operar una transformación en la superestructura.

Al sindicato le corresponde la tarea de suplir los mecanismos deterministas anunciados por Marx, que no acaban de producir las condiciones favorables, para la Revolución. Es tanto más urgente poner manos a la obra, cuanto que el poder y la dominación de la burguesía se refuerzan, objetivamente, ayudados por el socialismo democrático.

Aquí interviene un elemento nuevo, de una enorme importancia para el futuro. Cuando Labriola presenta el ideal sindicalista revolucionario de una sociedad de productores libres, describe las relaciones consensuales surgidas de la voluntad de *todos* los productores [55]. Labriola habla de productores, *no* de proletariado. Distanciándose de la conceptualización y de la terminología marxistas, la categoría «productores» indica un tipo de organización corporativista que se halla, justo después de la guerra, en los escritos políticos de Lanzillo, Panunzio y De Ambris. En definitiva, los productores deben agruparse en corporaciones cuyos miembros están unidos por una comunidad de intereses socio-económicos. Cabe la posibilidad de que los intereses de una corporación sean antagónicos con los de una u otra corporación. Es evidente que este esquema es la antítesis del marxismo, en la medida que su criterio fundamental no es la relación entre el trabajador y los *medios* de producción —de la que resulta la propiedad y la explotación del trabajo por el capitalista—, sino la relación entre los trabajadores y el *proceso* de producción. En consecuencia, la clase-categoría de los productores, en el futuro podrá incluir a *todos* los actores del *proceso* de producción, o sea, a los obreros, técnicos, administradores, gestores, directores y también a los industriales capitalistas. Los sindicalistas revolucionarios contraponen a esos productores una clase-categoría *parasitaria*, integrada por todos cuantos no contribuyen al proceso de producción. De este modo, se sustituye el modelo marxista de la lucha de clases por el de una corporación que se constituye desde abajo, compuesta primeramente por proletarios y algunos otros productores, más tarde por todos los productores. Para los sindicalistas revolucionarios, este modelo refleja pura y simplemente la realidad, pero, por encima de todo, posee la insigne ventaja de proponer una solución integrada del problema social y del problema nacional. El fascismo de los años 1919 y 1920 procede de esta evolución ideológica.

---

[55] Véase *ibid.*, p. 214.

Por otro lado, los sindicalistas revolucionarios añaden el elemento voluntarista a la proclamada necesidad de un perfeccionamiento moral y a la de la formación administrativa y técnica que habrán de preparar a los obreros para cuando llegue el día de tomar en sus manos el proceso de producción. Estos tres fctores deben estimular el nacimiento de elites en el seno del proletariado. Estas elites organizadas en sindicatos revolucionarios dirigirán la lucha contra la sociedad burguesa y la conducirán hacia un sistema de economía «liberista», donde el capital no tendrá ningún privilegio legal y donde las relaciones trabajo-capital servirán para regular el mercado libre. Como se ve, estamos, una vez más, muy lejos del modelo marxista.

El sindicalismo revolucionario considera el sindicato como el núcleo de la sociedad futura, la escuela de formación donde coagularán los productores libres [56]. En el sindicato, «el hombre nuevo» se convierte en un inventor pleno de creatividad, de iniciativa, capaz de drenar las aguas fangosas del socialismo reformista. La imagen del inventor-productor-artista nos remite claramente al pensamiento soreliano. Este tipo de hombre se supone que tiene ingenio, coraje e iniciativa, cualidades todas ellas asfixiadas por la naturaleza antirrevolucionaria del materialismo cuando éste se asocia al racionalismo calculador [57]. En este caso, el sindicalismo revolucionario pone el acento en los aspectos irracionales de la naturaleza humana, tan ajenos al racionalismo y al materialismo dialéctico de Marx.

La subordinación de lo político a lo económico aparece claramente en el pensamiento y en la obra de Arturo Labriola y Enrico Leone [58]. Esta concepción les lleva a un «economismo» extremado, en el que ya no se reconoce la relación dialéctica marxista entre infra y superestructura. Con la integración de elementos utilizados en la economía hedonista, de modelos matemáticos de la economía neoclásica propuestos por Jevons y Walras, la argumentación teórica de La-

---

[56] *Ibid.*, p. 230.

[57] *Ibid.*

[58] Labriola y Leone escribieron varios artículos y participaron en varios debates sobre las teorías económicas marxistas. Destaquemos aquí dos de sus obras —importantes— en las que se dedican a revisar la teoría del plusvalor. A. Labriola, *La teoría del valore di C. Marx. Studio sul Libro III del Capitale*, Milán-Palermo, Sandron, 1899. Este estudio se preparó para el concurso Tenore de la Academia Pontiane. La obra no fue premiada, debido, al parecer, a la intervención de Benedetto Croce que prefirió el trabajo de otro candidato; y Leone, *La revisione del marxismo*, Roma, Biblioteca del Divenire sociale, 1909. Este libro agrupa los artículos ya publicados en *Il Divenire sociale*.

briola y Leone se centra en el aspecto económico del proceso revolucionario. Entonces se percatan de la imposibilidad de incorporar los principios del hedonismo económico en el análisis histórico de Marx. Al propio tiempo, deciden ataviar el aspecto histórico de su teoría con elementos sacados de la revisión soreliana que, en la materia, se detiene principalmente en los aspectos extraeconómicos del marxismo. Este conjunto de circunstancias históricas y de problemas teóricos explica la importancia de la influencia que las ideas de Sorel han ejercido en el sindicalismo revolucionario italiano [59].

«La vieja táctica del socialismo revolucionario inspirada en las falaces previsiones de un antagonismo de clase cada vez más profundo, ha fracasado rotundamente» [60]. Así describe Leone la crisis del marxismo a principios de siglo. Las presiones internas y las crisis cíclicas no han llevado a la destrucción del sistema capitalista, ni el proceso de toma de conciencia revolucionaria del proletariado tampoco ha acelerado su desmoronamiento. Todo lo contrario, las crisis y las presiones han contribuido al establecimiento de mecanismos reguladores que incluso han llegado a asentarse políticamente. En el campo socialista, este asentamiento político se constituye con la aparición del reformismo de Bernstein en Alemania, de Jaurès en Francia, de Turati en Italia. Labriola y Leone, para superar esta «crisis del marxismo», emprenden la labor de recortar la piedra de toque del pensamiento económico marxista: la teoría del valor [61].

---

[59] Sobre las relaciones entre Sorel y el sindicalismo revolucionario italiano, véase G. B. Furiozzi, *Sorel e l'Italia,* Florencia, D'Anna, 1975.

[60] E. Leone, *Il sindacalismo,* ob. cit., p. 35.

[61] A. Labriola, «Sul momento attuale della scienza economica», en *Pagine Libere,* 15 de febrero de 1907 (de hecho 1906). Este artículo, totalmente consagrado a las recientes investigaciones de la ciencia económica, hace las veces de frontispicio en la más joven, pero también en la más importante publicación sindicalista-revolucionaria, editada por Labriola y Angelo Oliviere Olivetti.

Es preciso que destaquemos y recomendemos aquí tres artículos publicados en R. Faucci (comp.), *Gli Italiani e Bentnam. Dalla «Felicità» pubblica all'economia del benessere,* Milán, Franco Angeli Editore, 1982, que exponen y analizan la revisión de las teorías económicas de Marx tal como la abordaron Labriola y Leone. Esos artículos son: V. Gioia, «Enrico Leone fra marxismo el edonismo», pp. 43-64; E. Santarelli, «Calcolo edonistico e sfrutamento del lavoro nel marxismo "microeconomico" de Enrico Leone (1898-1916)», pp. 65-90; y S. Perri, «Economia politica o economia pura? Artura Labriola e la revisione del marxismo», pp. 232-252. Sobre la revisión política de Marx, véase E. Santarelli, *La revisione del marxismo in Italia,* Milán, Feltrinelli, 1977. Si insistimos en la importancia de la contribución de Labriola y Leone al pensamiento económico en general, es para señalar el papel cardinal que ambos desempeñaron en el

Labriola es consciente del hecho de que la definición de los procesos económicos depende del ángulo a partir del cual se haya tomado la decisión de comprenderlos. Indudablemente, la teoría del valor de Marx —el plusvalor— es una excelente descripción del proceso económico considerado desde el punto de vista del proletariado [62]. Pero dado que las cuestiones metafísicas son superfluas en economía, una ciencia exacta por necesidad, interesa menos la explicación de los principios morales que subyacen en las causas, que desvelar los factores que condicionan el valor [63]. En términos de economía neoclásica se podría describir la indagación de Labriola como la del equilibrio general [64]. Labriola sufre también la influencia de las técnicas psicométricas de la escuela austríaca —Menger, von Wieser, von Böhm-Bawerk—, que se proponía lograr una mejor comprensión de los procesos económicos. Pareto es un punto de referencia suplementario al poner el acento en la relación entre el proceso general y las motivaciones personales como unidad de medida de la utilidad y del egoísmo del individuo en tanto actor económico.

Arturo Labriola y Enrico Leone intentarán entonces integrar los principios de la «utilidad marginal» y del «*maximum* hedonista» en la teoría del valor de Marx [65]. Leone empieza señalando la diferencia de perspectivas entre la economía marxista y la economía científica moderna. Para la primera, el individuo constituye el punto final, la culminación de un largo proceso que se ha iniciado en el conjunto social; la segunda, en cambio, considera el comportamiento económico del individuo como punto de partido del análisis [66]. De ello se

---

tránsito ideológico que conduce del socialismo al fascismo. Y, finalmente, sobre la sustancia de la revisión de la teoría económica marxista y sus implicaciones sociopolíticas, véase M. Sznajder, «Economic marginalism and socialism: Italian revolutionary syndicalism and the revision of Marx», *Praxis International,* núm. 11 (1), abril de 1991.

[62] A. Labriola, «Sul momento attuale della scienza economica», ob. cit., pp. 8-9.

[63] *Idem,* p. 13.

[64] Conviene recordar aquí que Labriola estudió y trabajó con Vilfredo Pareto en Lausana, y que estuvo muy influido por las teorías económicas del maestro. Pareto, a su vez, fue uno de los más célebres discípulos de Walras; a uno y otro se les considera precursores de la teoría moderna de los valores. Walras impulsó el análisis del equilibrio general, en el que el equilibrio entre cantidades y precio parece ser el resultado del juego de los precios en el mercado. Véase R. B. Ekelund, Jr., y R. F. Hebert, *A History of Economic Theory and Method,* Tokio, McGraw Hill, 1983, cap. XVI.

[65] Acerca del principio hedonista en economía, véase R. B. Ekelund, Jr., y R. F. Hebert, *idem,* cap. XVI.

[66] E. Leone, «Il materialismo nella historia», *Il Divenire sociale,* 16 de agosto de 1905, p. 249.

deduce que si la ciencia económica quiere ajustarse a las realidades, debe, ante todo, consagrarse al estudio del comportamiento del *homo oeconomicus.* Al propio tiempo, debe tener en cuenta los principios de la teoría general del equilibrio. Las correcciones propuestas por Labriola y Leone les llevan a concebir una «sociedad de productores libres» [67] donde la intervención del Estado queda reducida al mínimo y donde la economía, que funciona en un mercado totalmente libre, no está sometida a ninguna limitación de orden no económico.

Leone sabe que las principales figuras del socialismo —Antonio Labriola y Antonio Graziadei, por ejemplo— no quieren ni oír hablar de economía hedonista. De modo que se refiere a Benedetto Croce que ve el hedonismo como una vía de acceso totalmente científica a la economía, y que mantiene que esta vía de acceso puede cohabitar con la teoría marxista sin que se estorben mutuamente, aun cuando no partan de un mismo punto de vista y persigan objetivos diferentes [68]. Lo que Leone está buscando en su intento de revisión, es lograr «una síntesis superior, una formulación más elevada y más satisfactoria del socialismo teórico, que se adaptaran mejor a los descubrimientos más recientes de la ciencia económica» [69]. Se propone eliminar de su análisis todo elemento que considera carente de relación con la economía, para poder concentrarse en el comportamiento hedonista del individuo [70]. De este modo, el teórico sindicalista es-

[67] Sobre «la sociedad de los productores libres», véase A. Labriola, «I limiti del sindacalismo rivoluzionario», *Il Divenire sociale,* 1 de agosto de 1910, pp. 212-215, y 6 de agosto de 1910, pp. 226-230. Paolo Favelli ha escrito un excelente artículo acerca de la revisión de la teoría económica de Marx acometida por Labriola y Leone, en el que demuestra claramente que el intento de superponer un esquema económico antimarxista-«liberista» al de Marx, ha acabado creando un conjunto en el que el contenido marxista se ha convertido en marginal. El análisis de Favelli es sutil y correcto. Creemos, sin embargo, que numerosos elementos —señalados en el artículo de Favelli— prueban que ésa no era una intención deliberada. Los dos teóricos del sindicalismo revolucionario se propusieron corregir y completar algunos aspectos de la economía marxista que les parecía que habían envejecido o que debían ser revisados, habida cuenta del nivel alcanzado por la economía moderna. De modo que propusieron la síntesis que estamos describiendo. En todo caso, no previeron que llegarían donde finalmente arribaron. De forma que cuando sus discípulos empezaron a acercarse a las posiciones del fascismo, no solamente no aprobaron su actitud sino que se distanciaron de ellos. Véase P. Favelli, «Economia e politica del sindacalismo rivoluzionario. Due riviste di teoria e socialismo: "Pagine libere" e "Divenire sociale"», *Studi Storici,* 1975, núm. 1.

[68] E. Leone, *La revisione del marxismo,* ob. cit., p. 50.

[69] *Idem,* p. 42.

[70] Leone no está de acuerdo con Pareto quien sostiene la necesidad de considerar la

pera estar en disposición de observar exclusivamente el comportamiento económico desprovisto de cualquier interferencia que le sea ajena. Igual que Walras, está convencido de que la ciencia económica «pura» es capaz de mostrar que «la armonía social sólo se alcanza mediante el libre funcionamiento de la ley del egoísmo individual» [71]. Añade que los principios de la economía hedonista son de aplicación universal, porque se adaptan a la naturaleza humana. El individuo actúa en el campo económico porque tiene necesidades. Las necesidades sociales son la suma de las necesidades individuales. De la universalidad del principio hedonista del beneficio máximo con un esfuerzo mínimo, se desprende que el valor es una función de la relación entre esfuerzo y beneficio. En otras palabras: cualquier individuo, obrero o industrial, agricultor o terrateniente, aspira a un beneficio máximo con un esfuerzo mínimo. Por eso, en un mercado realmente libre, «la paridad de los costos, de los esfuerzos y del trabajo para todos los hombres, así como la paridad de los beneficios y de los salarios», es un ideal realizable. Ello no obstante, Leone se da cuenta de que le queda un problema por resolver: ¿cómo situar en un mismo plano los resultados obtenidos en la economía de libre mercado —equilibrio e igualdad relativa— y los principios igualitarios del socialismo? [72]. En este caso, la distinción hecha por el economista austriaco Sax entre una economía privada y una economía colectiva, ambas dedicadas a la satisfacción de necesidades diferentes, le ayudará a superar la posible contradicción entre «liberismo» y socialismo, y le permitirá llegar a la conclusión de que, tanto los grupos como los individuos, actúan en función del principio hedonista [73].

La decisión de trabajar individual o colectivamente constituye, en opinión de Leone, una decisión puramente económica y sólo puede explicarse mediante los principios hedonistas. El autor de *La revisione del marxismo* quiere demostrar que en la economía «liberista» es posible llegar a la igualdad entre los productores, lo que evidente-

---

influencia de factores no económicos en el proceso económico. Véase V. Pareto, «Le mie idee», *Il Divenire sociale,* 16 de julio de 1910, p. 195.

[71] E. Leone, *La revisione del marxismo,* ob. cit., p. 67.

[72] *Idem,* p. 68.

[73] Leone cita a Walras para quien el «*maximum* hedonista» de la producción agrícola se alcanza gracias a la propiedad colectiva de la tierra y a la organización de la producción con el objeto de reafirmar el nexo que, según él, existe entre «liberismo» y socialismo. Un ejemplo que es importante citar para salvar el foso que separa las políticas de mercado libre —asociadas a las nociones de beneficios individuales— y el socialismo; véase E. Leone, *La revisione del marxismo,* ob. cit., p. 68.

mente ha de conducir a la convergencia entre socialismo y «liberismo». Un esquema de estas características impone que cada uno pueda dar libre curso a su egoísmo económico. Y para que el verdadero socialismo, el que quieren los socialistas revolucionarios, pueda ponerse en marcha, es esencial que el Estado, el Parlamento, la burocracia, los Tribunales, los socialistas reformistas, los liberales y sobre todo los intelectuales —en suma, todas las estructuras y las fuerzas que vinculan el proceso de producción a los intereses estrechos de la burguesía—, sean eliminados. Leone y Labriola están convencidos de que un sistema económico libre puede, con el apoyo de los trabajadores sindicados, reconducir las cosas por el recto camino. Sin que el Estado intervenga a favor de la burguesía, la oferta y demanda de capital y trabajo tenderá al equilibrio económico de precios, intereses y salarios reales. Patronos asociados y obreros sindicalizados se enfrentarán entonces, libremente y en igualdad de condiciones.

Leone piensa, asimismo, que la práctica del hedonismo individual y colectivo, a la vez que conduce a una economía de equilibrio general, ayudará también a superar la contradicción entre libertad e igualdad. De modo que la aplicación del hedonismo económico servirá para sacar el socialismo del callejón sin salida al que le han empujado las teorías revolucionarias que no han funcionado. Leone cree que el socialismo proletario, si pretende volver a ser funcional, debe revestir los rasgos de un «liberalismo integral» [74]. El liberalismo equivale a la libertad económica; el socialismo, en cambio, aspira a la igualdad política. En una situación de absoluta libertad económica, cabe la posibilidad de lograr una igualdad económica total. Leone explica esta conclusión por las funciones reguladoras de los mecanismos del mercado que siempre tiende, como en el principio de los vasos comunicantes, a conseguir una situación de equilibrio. El teórico sindicalista intenta sacar el socialismo de su estado metafísico —al que califica de «casi teológico»— asentado en el poder social objetivo (resultado de la organización del proletariado en base a la conciencia social), para introducirlo en la era del poder social subjetivo y voluntarista, asentado en la energía del proletariado. En una palabra, quiere conducir el socialismo por la vía que indican los impulsos hedonistas del conjunto de los individuos que componen la clase obrera.

Leone presenta la noción de plusvalor según Marx como «el producto de una abstracción conceptual a la que se ha dado una res-

[74] *Idem*, p. 70.

puesta filosófica» [75]. Esta abstracción podría en rigor servir de punto de apoyo a una solución política (la supresión del fenómeno del plusvalor por la Revolución), pero en ningún caso puede ser utilizada como base de una interpretación científica que explicara los perjuicios que el plusvalor acarrea a los obreros.

Para explicar el plusvalor en términos hedonistas, Leone traza curvas de placer y de sufrimiento. Sostiene que el capital, a causa de su carácter monopolista y de su control de los medios de producción, puede obligar al obrero a producir más allá del punto de equilibrio entre placer y sufrimiento, punto que, al propio tiempo, es el del equilibrio entre esfuerzo y utilidad. Leone llama a este punto «momento económico». Como el capital le exige al obrero que produzca más allá del punto en el que éste alcanza el momento económico, es razonable decir que produce porciones de utilidad supramarginal que representa un producto para el capitalista, pero no tienen ningún valor para el obrero. En la curva de utilidad, el mismo fenómeno se designa como «esfuerzo supramarginal» o «porciones de esfuerzo supramarginal»; el cual también se convierte en producto para el capitalista, pero carece de valor para el obrero [76].

Una situación de este tipo no puede existir en una economía de equilibrio natural, por el hecho de que aquí el capital carece de poder coercitivo. En una economía de equilibrio natural, el obrero, evidentemente, cesaría de producir a partir del instante en que alcanzara el momento económico, es decir, el punto de equilibrio entre el esfuerzo y la utilidad, entre placer y sufrimiento. De forma que, en un escenario así, el capitalista no puede esperar obtener ninguna plusvalía.

Es conveniente hacer hincapié en un elemento de una extrema importancia para la evolución del sindicalismo revolucionario. En efecto, Leone cree que el verdadero conflicto entre los intereses de clase es el que él presenta en términos hedonistas y que considera universalmente válido, en razón de que está fundamentado en el egoísmo económico inherente a la naturaleza humana. Ahora bien, el plusvalor de Marx no es más que una categoría conceptual; por eso, la clase social cuya identidad y existencia, en tanto que clase, depende de este concepto, se convierte también —para Leone y para muchos dirigentes sindicalistas revolucionarios— en un concepto y no en una

[75] E. Leone, «Il plusvalore nell'edonismo e nel marxismo», *Il Divenire sociale*, 16 de julio de 1907, p. 187.

[76] *Idem*, pp. 184-185.

realidad [77]. Leone estima que Marx carecía de precisión científica, por lo menos en el terreno económico. Cree que las teorías sólo son una crítica de la economía clásica, en ningún caso son propuestas de recambio. Por eso Labriola y Leone aspiran a un análisis económico más funcional, que les permita comprender el funcionamiento del mercado y encontrar la vía del equilibrio económico. En todo caso, la fragilidad científica de las teorías económicas de Marx obliga a su revisión: no cabe duda que este proceso modificará profundamente la fisonomía del sindicalismo revolucionario, dado que la diferencia entre este tipo de razonamiento y la demostración marxista es muy considerable. Leone cree que, en una situación de equilibrio relativo, los capitalistas se aprovechan del excedente hedonista máximo, resultado de su capacidad de obligar a los obreros a producir más allá del momento económico, momento en el que se alcanza el equilibrio entre utilidad y esfuerzo. De lo que se deduce que el socialismo debe tender a conducir la economía a una situación de equilibrio general, donde el interés de los obreros sea respetado, y ello por el hecho de que esta situación no permitirá la acumulación de plusvalor por los capitalistas. Evidentemente, eso sólo es posible en una economía «liberista». El resultado social de este tipo de modelo es, sin duda, la abolición de la lucha de clases. Un modelo de estas características no exige ni conciencia proletaria, ni revolución política, puesto que la tendencia económica a la igualdad es universal y subjetiva: universal, porque es inherente a la naturaleza humana; subjetiva, a causa de la particular actitud de cada individuo.

Labriola y Leone son conscientes del fundamento materialista que este tipo de revolución económica puede tener en común con el socialismo marxista. Intentan, sin embargo, definir un sistema de motivaciones económicas que sea esencialmente subjetivo y tome en consideración lo que hay de irracional en la naturaleza humana [78]. Sostienen que su análisis es empírico y psicológico por naturaleza, mientras que la objetividad económica de Marx es de naturaleza metaempírica y lógica [79]. De ahí que concluyan que Marx es abstracto,

---

[77] *Ibid.*, p. 186. En la última parte de este artículo, Leone se ocupa de uno de los principales problemas del modelo económico de Marx, el de la transformación. Para explicar con mayor detalle la crítica que los sindicalistas revolucionarios hacen de la teoría del valor de Marx, véase R. B. Ekelund, Jr., y R. F. Hebert, *A History of Economic Theory*, ob. cit., pp. 238-240.

[78] E. Leone, «Il materialismo nella storia», loc. cit., p. 251.

[79] E. Leone, «Il plusvalore nell'edonismo e nel marxismo», loc. cit., p. 186.

mientras que ellos permanecen pegados a la realidad. El método psicológico sustituye, pues, al método marxista clásico.

De hecho, para los teóricos del sindicalismo revolucionario, la motivación del obrero no es su conciencia de clase, sino su egoísmo económico, y sus únicas necesidades son sus necesidades económicas. Con este tipo de razonamiento, esos teóricos niegan la validez de un análisis que saca sus conclusiones de la investigación histórica y que para llegar a esas demostraciones económicas sobre el comportamiento individual, hay que reducir a los hombres al estatus de agentes económicos. Finalmente, el modelo sindicalista revolucionario considera la organización de los trabajadores como la suma de las fuerzas hedonistas comunes que impulsan al proletariado a intentar encontrar un equilibrio entre el trabajo y el capital. De forma que la sindicalización del trabajo recurre única y exclusivamente a una vía revolucionaria con el propósito de poder derribar mejor las barreras levantadas por el capital, protegido por un sistema legal establecido por él mismo[80]. De ahí que la meta del proceso revolucionario sólo pueda alcanzarse en una situación de equilibrio económico general, cuando la burguesía y el proletariado tengan la misma relación con los medios de producción. El sindicato es la organización en cuyo marco debe funcionar el movimiento obrero, y la huelga general revolucionaria es el método escogido para sacudir y debilitar el sistema.

No cabe la menor duda que este acervo ideológico apunta a una reducción de la influencia del Estado. El «liberismo» requiere la eliminación de la *intervención* del Estado tanto en la economía como en la legislación económica; pero rechaza, a la vez, con especial énfasis, el proteccionismo. Como hemos visto, en Italia, a lo largo de los diez primeros años del siglo, la política proteccionista del gobierno favoreció al norte industrial, pero afectó negativamente al sur agrícola. El sindicalismo revolucionario se declarará firmemente antiproteccionista, en primer lugar por razones políticas, luego por ideología [81].

---

[80] E. Leone, *Il sindacalismo,* pp. 163-164. En marzo de 1904, Labriola llegó, incluso, a afiliarse a la liga liberista antiproteccionista fundada por Giretti, De Viti y Einaudi. Véanse A. Labriola, *Storia di dieci anni 1899-1909,* ob. cit., cap. VIII; A. Riosa, *Il sindacalismo rivoluzionario in Italia...,* ob. cit., cap. II.

[81] Sobre los problemas de la dicotomía Norte-Sur y sus conexiones con el antiproteccionismo, véanse también D. Marucco, *Arturo Labriola e il sindacalismo rivoluzionario* en Italia, ob. cit., cap. IV: «La questione meridionale», pp. 130-142; y A. J. Gregor, *Young Mussolini and the Intellectual Origins of Fascism,* Berkeley, University of California Press, 1919, pp. 18-20.

Arturo Labriola aborda la cuestión de la imagen que el ideal «liberista» se hace de la sociedad de los productores libres, en dos artículos publicados en agosto de 1910 en *Il Divenire sociale,* bajo el título «Los límites del sindicalismo revolucionario». En estos dos textos denuncia una política proteccionista que, a pesar de su carácter estimulador de la industria, puede enseguida adquirir una dimensión reaccionaria. De hecho, mientras la economía está en fase de prosperidad, los obreros sacan provecho de una política de este tipo. Pero cuando aparece la recesión resulta contrario a los intereses de los obreros seguir la pauta del socialismo reformista asociado al proteccionismo. De forma que los obreros de la industria intentarán modificar el modo en que está organizada la producción, y ello sólo puede llevarse a buen término a través de la acción directa, en el mejor estilo sindicalista revolucionario. Labriola y Leone sitúan la lucha en el terreno económico: por un lado, los trabajadores organizados en sindicatos, por otro lado, la burguesía, a la que la utilización del Estado y de su aparato legal permite mantener el control del proceso de producción. Sólo en el caso de que los trabajadores organizados logren, a través de su lucha, llevar a Italia a un estado de crisis revolucionaria, será posible hacer fracasar el frente antirrevolucionario creado por el reformismo y el sistema liberal. Entonces se evitaría el desarrollo separado de las dos partes del país y el despilfarro militar, que, en Italia, significan la perpetuación del subdesarrollo de los sectores no vinculados al *establishment.*

Las opiniones liberistas del sindicalismo revolucionario se hacen añicos cuando el movimiento tiene que enfrentarse a la cuestión colonial —estrechamente unida a la dicotomía Norte-Sur y al problema de la emigración— en vísperas de la intervención en Libia. Igual que numerosos dirigentes sindicalistas revolucionarios, Labriola tiene plena conciencia de los problemas de la dependencia y del subdesarrollo que afectan a Italia. Una estricta política «liberista» que permite la importación de capitales para ayudar teóricamente al desarrollo, sólo puede agravar todavía más la dependencia. Pero, por otro lado, una política de independencia tiene todas las probabilidades de engendrar prácticas proteccionistas y de provocar la intervención del Estado en la vida económica. Enrico Leone, fiel a su credo «liberista», está totalmente en contra de la guerra de Libia [82], mientras que

[82] Sobre la posición de Leone en relación a la cuestión de la intervención en Libia, véase E. Leone, *Espansionismo e colonie...,* ob. cit.

Labriola, Orano, Olivetti, Rocca y otros sindicalistas revolucionarios, están a favor de la ocupación de Trípoli. A causa de sus lazos con la ideología económica del sindicalismo revolucionario (de las concepciones vitalistas, de las tomas de posición antimilitaristas y antiestatales), el debate sobre la guerra y el colonialismo provoca una discusión en el seno de la dirección del movimiento y anuncia la polémica sobre el intervencionismo que estallará en 1914-1915.

Es preciso destacar que Leone es enormemente consecuente consigo mismo. Su violento antiintelectualismo difiere del de Sorel o del de Berth en que, ante todo, y sobre todo, hunde sus raíces en su análisis económico. Leone, como su maestro Achille Loria, cree que nadie actúa contra sus intereses económicos. De modo que, dado que las posiciones que detentan la mayoría de esos intelectuales en el gobierno, la administración municipal, la prensa y la universidad, dependen de la buena voluntad de la burguesía, no se puede confiar en su lealtad a la causa de los trabajadores. Y la función de intermediarios que cumplen en la relación patronal-obreros, a largo plazo, sólo puede favorecer a los patronos, incluso si, en lo inmediato, parece más bien lo contrario [83].

Leone sostiene que esta subclase de intelectuales, para sobrevivir, debe comportarse como cualquier otra clase y «convertirse en productiva, es decir, participar en las tareas de la producción económica» [84]. Para la ideología sindicalista revolucionaria es evidente que «a la socialización de lo material corresponde la socialización de las ideas» [85]. Por eso Leone plantea el principio de la participación de todos los productores en el trabajo intelectual, terreno que él quiere que quede ampliamente abierto a toda persona vinculada al proceso de producción. Leone, de hecho, traduce el antiintelectualismo de Sorel en términos económicos. Ofrece una explicación de los factores políticos y morales sobre los cuales Bernstein asentaba el reformismo, como uno de los aspectos de la argumentación que los intelectuales socialistas han encontrado para camuflar su deseo de subsistir materialmente, habida cuenta de que por sus funciones dependen de la burguesía.

Así pues, la revisión del pensamiento de Marx constituye la verdadera clave de bóveda de la actitud antirreformista adoptada por el

---

[83] E. Leone, *Il sindacalismo*, ob. cit., p. 103.
[84] *Idem*, p. 107.
[85] *Ibid.*, p. 108.

sindicalismo revolucionario. Labriola y Leone, en el terreno económico, que consideran como algo esencial del socialismo marxista, intentan ofrecer una solución de recambio —sobre una base científica— al enfoque marxista. Proponen nuevos cimientos sobre los que edificar un socialismo de tipo diferente. Al abordar esta cuestión con los instrumentos de la ciencia económica moderna, demuestran que es posible derrotar al marxismo en su propio terreno. Y como se trata de revolucionarios y no de émulos de Böhm-Bawerk o de Pareto, de disidentes «izquierdistas» que se proponen tomar por asalto el orden burgués y el socialismo democrático, y no de antimarxistas burgueses, el socialismo que proponen es antimarxista, pero revolucionario. Ése es el verdadero aporte de esta revisión.

III. EL MITO MOVILIZADOR DE LA HUELGA GENERAL REVOLUCIONARIA Y LAS LECCIONES DE LA REALIDAD

«La importancia de Sorel en la historiografía moderna, en mi opinión, es casi la misma que la de Marx y Engels y, sin el menor género de dudas, superior a la de Proudhon» [86], dice Lanzillo, que también compara a Sorel con Antonio Labriola y con Croce. Sabe de la influencia que Proudhon ejerce sobre Sorel, especialmente sobre su percepción de las condiciones que separan y enfrentan a la burguesía con el proletariado. A través de Sorel penetran en el sindicalismo revolucionario las concepciones productivistas proudhonianas —crecimiento de la producción, disminución del consumo. Aun reconociendo la distancia que le separa del socialismo marxista, Lanzillo reconoce el peso de las ideas de Proudhon [87].

Los sindicalistas revolucionarios italianos creen que Sorel es un visionario capaz de sacar el socialismo de lo que llaman la ciénaga parlamentaria-liberal-burguesa. Su autoridad socialista se confirma e, incluso, se realza a través de sus relaciones epistolares con Antonio Labriola, más conocidos que su ruptura con el fundador del marxismo italiano, sus artículos en *Le Mouvement socialiste* y sus escri-

[86] A. Lanzillo, «Giorgio Sorel nella storiografia», *Il Divenire sociale,* 1 de agosto de 1910, p. 220.

[87] A. Lanzillo, *La disfatta del socialismo; Critica della guerra e del socialismo,* Florencia, Libreria della Voce, 1919.

tos sobre el porvenir socialista de los sindicatos [88]. Panunzio considera que Sorel es el hombre cuya revisión del marxismo ha insuflado, de hecho, una vida nueva a la ideología madre. Reúne en la misma familia intelectual de Sorel a los franceses, Hubert Lagardelle, Ernest Lafont y Edouard Berth, a los alemanes Robert Michels y Raphael Friedeberg, a los italianos Arturo Labriola y Enrico Leone [89]. Michels, en un mismo orden de ideas, destaca cuatro temas esenciales aportados por Sorel al sindicalismo revolucionario italiano: 1) el concepto de pureza socialista; dicho de otro modo, la idea de ausencia de pureza de la que adolece el socialismo y la necesidad de reorganizar el movimiento socialista para llegar a obtener esa pureza; 2) la teoría de la idoneidad del sindicalismo revolucionario para crear una economía socialista; 3) la posibilidad de recurrir a la violencia, y 4) la fe en la huelga general como medio para formar a las masas [90].

En lo que respecta a los dos economistas del movimiento, Labriola y Leone, de la concepción sindicalista de Sorel retienen sobre todo su primera formulación, aparecida en *L'Avenir socialiste de syndicats.* En cambio, no se puede decir que hayan sido influidos por su concepto de huelga general revolucionaria, tal como aparece en las *Reflexiones sobre la violencia.* Ello es así porque conceptos como «violencia» y «mito» eran difícilmente encajables en el planteamiento económico que preside su análisis. La noción de revolución moral propuesta por Sorel en sus *Reflexiones* es adoptada por otros teóricos sindicalistas revolucionarios, los que no son economistas profesionales, tales como Panunzio, Lanzillo, Olivetti y Orano. Estos sorelianos puros también serán los que figurarán entre los padres fundadores del fascismo, mientras que los dos economistas se batirán prudentemente en retirada. El grado de dependencia respecto a la teoría soreliana de los mitos y de la violencia, no cabe duda, guarda una cierta relación con las tomas de posición ulteriores.

Todos los sindicalistas revolucionarios italianos ratifican las ideas sobre el sindicalismo presentadas en *L'Avenir socialiste des syndicats,* a saber: la organización de los trabajadores en sindicatos revolucionarios que utilizan las técnicas de la acción directa —con lo que ello im-

---

[88] P. Orano, «Giorgio Sorel», *Pagine Libere,* 1 de junio de 1907.

[89] S. Panunzio, «Socialismo, sindacalismo e sociologia», *Pagine Libere,* 15 de enero de 1907, p. 173.

[90] R. Michels, *Storia critica del socialismo...,* ob. cit., p. 324.

plica de orientación antiparlamentaria y antidemocrática— como medios de expresión política. Por el contrario, el Sorel de la «violencia creadora» como fuerza motriz de la historia, y del mito de la huelga revolucionaria como metáfora de todas las ideas socialistas y de los sentimientos revolucionarios de las masas, el Sorel de las *Reflexiones sobre la violencia* sólo influye sobre ese grupo de intelectuales —Orano, Lanzillo, Panunzio, Olivetti, Rocca, Dinale, Mantica, Corridoni— cuya maduración ideológica se ha operado dentro del marco de un marxismo ya revisado: a través de Labriola y Leone por lo que respecta a la teoría económica, a través de Sorel en lo que respecta a la teoría de la historia. Ello les permite elaborar una posición que, tras sucesivos distanciamientos del marxismo, acaba convirtiéndose totalmente en antimarxista.

Lo que no quiere decir que no haya fuertes resonancias sorelianas en Labriola, especialmente cuando el director de *Avanguardia Socialista* recurre a las definiciones del sindicalismo revolucionario como a «un método de la vida conquistadora»; sin embargo, un análisis más a fondo de los textos muestra que, de hecho, aspira a promover un proceso gradual de progreso, un proceso que él considera que debe apoyarse en el perfeccionamiento técnico y moral y en el desarrollo económico [91]. Paralelamente, Leone estima que la «violencia creadora» de Sorel —igual que la violencia en general— es un factor histórico involuntario. Al propio tiempo, rechaza la violencia, tanto si es espontánea como planificada. Aún considerando la adquisición y la acumulación de poder —fundamentalmente el poder económico— por los obreros como algo creador y positivo, estima que el recurso a la violencia es destructivo y negativo [92]. Por lo demás, el hecho de que la violencia no sea una categoría económica hace más difícil su integración a un sistema que pretende apoyarse exclusivamente en principios económicos.

Finalmente, el sindicalismo revolucionario italiano se convierte en un movimiento mucho más pragmático de lo que cabía haber esperado de una estricta obediencia soreliana. Ello se debe al hecho de que el liderazgo del movimiento ha cumplido simultáneamente las tareas de los ideológos y de los teóricos, las de los políticos y los publicistas. En este proceso, además, ha jugado un papel determinante la aportación de los líderes obreros incorporados a la dirección nacio-

[91] A. Labriola, *Spiegazioni a me stesse*, ob. cit., p. 124.
[92] E. Leone, *Il sindacalismo*, ob. cit., pp. 226-227.

nal. Añaden a la argumentación de los teóricos, de hombres como De Ambris, Corridoni, Bianchi, Rossi y Rossoni, una larga experiencia de organización y de lucha obrera, adquirida en las Bolsas de Trabajo. Incorporan también su vivencia de la huelga general, una huelga que para ellos no es únicamente un mito, sino un claro instrumento de lucha. Estos hombres han podido percatarse en su justa medida de la fuerza de la burguesía, puesto que la han experimentado a través de la represión gubernamental y de la acción de los «guardias blancos». A la vez, saben perfectamente que la alianza política con otros sectores de la izquierda es muy necesaria. No cabe duda que esta influencia, superpuesta a las proposiciones de la ética revolucionaria soreliana tal como han sido asimiladas, por ejemplo, por Olivetti, Panunzio y Orano en particular, produce el efecto de transferir a fechas futuras la realización del ideal sindicalista revolucionario, aunque, por otro lado, hace posible que el movimiento se asiente en la realidad.

Sorel y los sorelianos de Francia ocupan un lugar especial en la vida intelectual italiana. En el ánimo de los sindicalistas italianos, Francia hace de contrapeso del predominio del revisionismo alemán en el mundo socialista. Además de a Sorel, *Il Divenire sociale* y *Pagine Libere* publican muchos artículos de Berth y de Lagardelle, pero también de Griffuelhes y de Pouget. Michels, que transmite a los italianos el mensaje de Kautsky e imprime una huella profunda en el sindicalismo revolucionario italiano durante toda la primera década del siglo, ve en la obra de Sorel, Berth y Lagardelle un intento de hacer una síntesis de Marx, Proudhon, Bakunin y Nietzsche [93]. En lo que los sindicalistas revolucionarios italianos se diferencian mucho de los franceses, es en los conocimientos que poseen de la teoría económica y sociológica no marxista. Labriola y Leone en especial se refieren a menudo a los grandes economistas neoclásicos: Walras, Edgeworth, Jevons, Cournot. El más citado de todos, sin embargo, es Vilfredo Pareto [94]. Por lo demás, el profesor de Lausana tiene en muy alta estima a Enrico Leone, y lo dice [95]. Panunzio estudia a uno de los pilares de la politología moderna, Gaetano Mosca, en cuyos *Elementi di scienza política* encuentra numerosos puntos de coincidencia con el

[93] R. Michels, «Kautsky e i rivoluzionari italiani», *Il Divenire sociale,* 1 de noviembre de 1905.

[94] A. Labriola, «Sul momento attuale della scienza economica», loc. cit., p. 17.

[95] V. Pareto, «Le mie idee», ob. cit., p. 194.

análisis de los sindicalistas revolucionarios [96]. Evidentemente, la psicología social de Le Bon también es asimilable [97].

Ello no obstante, la figura determinante en la formación intelectual del sindicalismo revolucionario italiano es Sorel. Junto a tres de las más brillantes personalidades intelectuales italianas, Francesco Saverio Merlino, Benedetto Croce y Antonio Labriola, se gana una fama de autoridad en materia de socialismo entre los jóvenes sindicalistas revolucionarios. Sus tesis contra la democracia y el parlamentarismo las hacen suyas sobre todo hombres como Lanzillo, Orano, Panunzio y Olivetti, luego, a través de ellos, todo el movimiento sindicalista revolucionario italiano. La verdad es que Labriola, Leone, Mocchi y Longobardi —quien, junto a Gramsci, fundará el Partido Comunista Italiano— siempre adoptaron una actitud ambigua respecto a la democracia y al parlamentarismo [98]. No les cuesta demasiado asimilar la crítica de Sorel.

Como hemos visto, lo esencial de la contribución soreliana a la crítica del marxismo consiste en su proposición de un imperativo ético que permite al mecanismo de rebelión marxista cumplir su función histórica. Ahora bien, es precisamente esta utilización de un criterio ético lo que conduce a Sorel, y con él a muchos de los sindicalistas revolucionarios, a no acantonarse dentro del exclusivo reducto del proletariado. Todos los que aceptan el modelo soreliano, el sentido que otorga el autor de las *Reflexiones* a la huelga general y a la idea de violencia, se ven finalmente abocados a cortar amarras con la clase obrera. Los economistas no son una excepción: cuando Labriola y Leone abren el esquema económico de Marx a todos los productores, permiten que se puedan asumir las categorías éticas sorelianas como elementos explicativos de las vías que los diferentes grupos de trabajadores —productores organizados en sindicatos— emprenden para poner en práctica el ideal sindicalista revolucionario de «una sociedad de productores libres» [99].

---

[96] S. Panunzio, «Autonomia, Libertà e reazione», *Il Divenire sociale,* 1 de marzo de 1910, 1 de abril de 1910, 16 de abril de 1910, 1 de mayo de 1910.

[97] Sobre esta cuestión, véase P. Mantica, «L'Antropoligia delle classe poveri», *Il Divenire sociale,* 1 de julio de 1905.

[98] Labriola no fue designado candidato del PS en 1904. Lo será por primera vez en 1913, bajo la etiqueta de socialista independiente. En 1920 será ministro de Trabajo en el primer gobierno Giolitti de la posguerra.

[99] Sobre Sorel y los antecedentes del fascismo, véase J. L. Talmon, *The Myth of the Nation and the Vision of Revolution,* Londres, Secker and Warburg, 1981, p. 458. So-

Por último, es interesante constatar cómo, a pesar de sus diferentes perspectivas, Sorel, Arturo Labriola y Leone acaban confluyendo en el campo del antirracionalismo y del antiintelectualismo. El primero incita a una transformación ética y emocional susceptible de provocar el surgimiento de una nueva edad heroica. Es evidente que para llevar a buen término un proceso así, no cabe sustituir al héroe por el político intelectual-racionalista. Los italianos llegan a las mismas posiciones de desdén por los intelectuales y por su racionalismo a través del camino sesgado de un análisis económico que considera las pulsiones egoístas —el «*maximum* hedonista»— como la explicación fundamental del comportamiento del *homo oeconomicus.* Del hecho de que la Revolución sólo puede llevarse a cabo en la esfera económica, se desprende que el político intelectual no puede ser el mediador capaz de conducir, ni tan siquiera de ayudar a conducir, el proceso a su culminación.

Ello no obstante, el gran argumento soreliano, que domina el pensamiento sindicalista revolucionario, es el de la huelga revolucionaria. Este argumento es objeto de estudio por los dirigentes del sindicalismo revolucionario en el curso de los diez primeros años del siglo, tanto en sus aspectos teóricos como prácticos. Arturo Labriola cree que Italia todavía no ha alcanzado la madurez socio-económica que le permita salir victoriosa de una revolución. Por ello, explica, los sindicalistas revolucionarios deben poner freno a los ardores de los partidarios de la huelga inmediata. Labriola enuncia que una huelga, aunque consiguiera derrocar la monarquía y crear una República de los Trabajadores, erraría el tiro. En primer lugar porque el grado de desarrollo del país no es todavía el suficiente, luego porque la clase obrera susceptible de «detentar» la República de los Trabajadores es aún numéricamente insuficiente, por no decir inexistente [100]. La marcha de los acontecimientos durante la huelga de septiembre de 1904 persuade a los sindicalistas revolucionarios de que la vía escogida es la buena. La huelga general es posible; la República de los Trabajadores aún no lo es. Entonces llegan a la convicción de que, entre todo el arsenal del que disponen los trabajadores, el arma más eficaz es la huelga general [101].

---

bre los mitos movilizadores del sindicalismo revolucionario véase M. Sznajder, «I miti del sindicalismo rivoluzionario», *Storia contemporanea,* XXIV (1), febrero de 1993.

[100] A. Labriola, «Tirando le somme», *Avanguardia Socialista,* 24 de septiembre de 1904, p. 2.

[101] «V giornata - l'ultimo comizio», *Avanguardia Socialista,* 24 de septiembre de 1904, p. 2. (Artículo sin firma.)

Incluso Labriola espera de la huelga general no sólo que ponga coto a las degradaciones provocadas por el enfoque reformista, sino también que llegue a confirmar el papel medular del sindicalismo en la lucha de clases, y que con ello derrumbe el enfoque reformista que atribuye este papel al partido [102].

Donde mejor se discierne la influencia de Sorel sobre el sindicalismo revolucionario italiano en esta fase de su carrera es en el voluntarismo, la primacía del sindicalismo, la visión del sindicalismo concebido en su esencia como una confrontación que alcanza su momento más vibrante en la huelga general [103]. Walter Mocchi afirma que los italianos sólo se han fijado en los elementos que en el teórico francés proceden directamente de Marx [104]. Antonio Polledro, otro sindicalista revolucionario que, a finales de 1914, colaborará en el *Il popolo d'Italia,* escribe tras la huelga general de 1904, que la polarización del conflicto social, la profundización de la distancia entre las clases y la eliminación de toda posibilidad de compromiso se reflejan en los acontecimientos y confirman la tesis de Marx sobre la intensificación de las luchas sociales [105]. Ahora bien, añade, la huelga general sólo puede transformarse de arma defensiva en arma ofensiva si los trabajadores llegan a alcanzar un nivel moral y técnico que les permita sustituir a la burguesía en la dirección del proceso de producción [106].

En 1908, los dirigentes del sindicalismo revolucionario se percataron de que la «gimnasia de las huelgas» —así es como Paolo Mantica designa el reiterado recurso a la huelga— ha reforzado la organización de los obreros de Parma, ha elevado su nivel de cohesión social, ha incrementado su disposición al sacrificio, a la iniciativa y a la disciplina —tres cualidades que Sorel consideraba indispensables para poder formar parte de la elite sindical. Cualidades éstas que han

---

[102] A. Labriola, «Tirando le somme», loc. cit., p. 2.

[103] Walter Mocchi, el corredactor en jefe de *Avanguardia Socialista,* escribe: «Pues sí: nos hemos apropiado de Sorel, pero nos lo hemos apropiado también para dar mayor amplitud a nuestras ideas»; W. Mocchi, «Dopo lo sciopero generale», *Avanguardia Socialista,* 30 de septiembre de 1904, p. 1.

[104] W. Mocchi, «Dopo lo sciopero generale», loc. cit., p. 2.

[105] A. Polledro, «La manifestazione proletaria», *Avanguardia Socialista,* 7 de octubre de 1904, p. 2.

[106] «Politica Proletaria», *Il Divenire sociale,* 16 de enero de 1909, p. 23. (Artículo sin firma.)

permitido que los obreros de Parma pudieran proseguir el movimiento a lo largo de tanto tiempo [107].

Otro efecto importante de esta huelga de Parma ha sido, según las palabras de Orano, «haber llevado a su punto de maduración la *educación* de la clase combatiente, una educación basada en la lucha sindical, en la energía, en la resistencia concreta, una educación que debe ser el exclusivo objetivo de la doctrina y de la propaganda sindicalistas» [108]. Es preciso añadir que si los sindicalistas revolucionarios piensan que la huelga general requiere, a todas luces, la cohesión de los obreros, al propio tiempo creen que una vez dada, la huelga acelera y aumenta esta cohesión, provocando, asimismo, la polarización de las voluntades en dirección al mismo objetivo. Resultados debidos tanto al ánimo de lucha que la movilización exacerba, como a la creciente aversión de los sindicatos por una sociedad burguesa que sólo entiende el lenguaje de la fuerza y que les lleva a la confrontación [109].

Orano estima que la huelga de Parma confirma el carácter de mito movilizador que Sorel reconoce como distintivo de la huelga general:

> es preciso creer en la huelga general; sólo así podremos impulsarla y conseguir que adquiera las soberbias dimensiones que alcanzó primero en la provincia de Ferrara y luego en la de Parma. Es preciso creer profundamente en la solemne y heroica deserción de las masas organizadas que, por su lado, han aprendido que la resistencia repetida, cada vez algo más guerrera, cada vez algo más extendida, puede provocar la erosión de la resistencia de los poseedores y reducirla a su más mínima expresión [110].

Agostino Lanzillo añade, a su vez, que la huelga general afirma con todo vigor el carácter antiparlamentario del sindicalismo revolucionario [111]. Pero Labriola, que juzga demasiado peligroso aplicar las teorías sindicalistas revolucionarias durante la huelga de Parma, no apoya a De Ambris, Corridoni y a los otros dirigentes sindicalistas que piensan como ellos. Para él, es esencial que los sindicalistas se consagren, ante todo, a la tarea de persuadir a los trabajadores de que

---

[107] P. Mantica, «Mentre a Parma si sciopera», *La Cultura socialista*, 15 de junio de 1908, p. 155.

[108] P. Orano, «I risultati di un grande sciopero», *La Cultura socialista*, 15 de junio de 1908, p. 137.

[109] «Le forme della Resistenza», *Il Divenire sociale*, 16 de octubre de 1908, p. 313.

[110] P. Orano, «I risultati...», loc. cit., pp. 139-140.

[111] A. Lanzillo, *Le Mouvement ouvrier...*, ob. cit., pp. 34-40.

un movimiento obrero organizado debe indefectiblemente aportarles muchos más beneficios que el sistema de partidos. Ahora bien, Labriola está convencido de que esta huelga pone en peligro el éxito de este enfoque [112]. Para él esta posición reviste un carácter de urgencia, tanto más cuanto que acaba de concluir el Congreso de Ferrara, en el curso del cual los sindicalistas revolucionarios han tomado la decisión de abandonar el PSI.

La experiencia de 1908 permite a los sindicalistas revolucionarios sacar algunas lecciones: 1) una organización sindicalista fuerte y bien estructurada, como, por ejemplo, la Bolsa de Trabajo de Parma, puede suscitar un mayor nivel de solidaridad y de coordinación entre los trabajadores agrícolas y entre los empleados del sector terciario; 2) es imposible, teniendo en cuenta el régimen establecido, limitar geográficamente el conflicto, por el mero hecho de que el adversario siempre puede recurrir al gobierno y al ejército; 3) para dirigir el combate contra una burguesía unificada, el sindicalismo revolucionario no puede renunciar al apoyo del Partido Socialista y de los otros aliados potenciales; 4) los años de educación, de propaganda, de huelgas y de organización han propiciado la emergencia de comportamientos, han consolidado ciertas disposiciones entre los sindicalistas, hasta el punto que, en el momento oportuno, la elite sindicalista extrae de allí la fuerza y firmeza necesarias para alentar la prosecución de la huelga y su endurecimiento.

Seis años más tarde, Mussolini escribirá: «El "bloque rojo" que, hoy por hoy, es una ilusión y una "ausencia" peligrosa, mañana puede imponerlo una coyuntura revolucionaria. Entonces surgirá espontáneamente» [113].

El propio Mussolini, a pesar de su intento abortado de impedir la intervención en Libia a través de la huelga general que organizó en septiembre de 1911, sostendrá que este instrumento sigue siendo «el arma de guerra más eficaz de la que dispone el proletariado» [114]. Y De Ambris, aun admitiendo que ninguna preparación real ha precedido a la huelga general de la «Semana Roja», ve en ella una extraordinaria herramienta de *preparación psicológica* [115].

No obstante, en el curso de los últimos meses que preceden a la

[112] A. Labriola, «Per la teoria dello sciopero», *Pagine Libere,* 15 de junio de 1908, pp. 712-713.

[113] B. Mussolini, «Un blocco rosso?», *Utopia,* 15-28 de febrero de 1914, p. 69.

[114] B. Mussolini, «La settimana rossa», *Utopia,* 15-31 de julio de 1914, p. 242.

[115] A. de Ambris, «Dopo la bufera», *L'Internazionale,* 20 de junio, p. 1.

guerra, se instala la confusión más completa en las filas de estos rebeldes. Empiezan a contemplarse soluciones de todo tipo que se alejan, antes del inicio de las hostilidades, del espíritu del sindicalismo en los tiempos heroicos. La impresión que se desprende de todo ello es la de unos hombres absolutamente disponibles. De Ambris empieza a preconizar la unión de todas las fuerzas de izquierda, sindicalistas, anarquistas y republicanas [116]. Una coalición de este tipo, política por naturaleza, no resulta, digamos, compatible con el principio de acción directa en el sector económico. En cuanto a Olivetti, en el momento en el que se dispone a reemprender la publicación de *Pagine Libere,* lanza, en el verano de 1914, una nueva fórmula de «revisión y de adaptación» con la vista puesta en un «revolucionismo integral» [117]. Finalmente, se abandona el planteamiento economista y mítico de la huelga general con el propósito de adoptar un modelo politicoeconómico supuestamente más adecuado para la puesta en marcha de soluciones globales. Este cambio probablemente se deba al fracaso político de las huelgas generales, pero sobre todo también a la imposibilidad de utilizar plenamente el arma de la huelga general sin menoscabar el proceso de producción. Los límites naturales de la huelga general los establecen Labriola y Leone: el proletariado todavía carece de la aptitud, moral y técnica, para poder hacerse cargo del proceso de producción. Mientras las cosas no cambien, debe preservarse el sistema de producción.

En otras palabras: nada hay, en el porvenir visible, que pueda ponerse en lugar del capitalismo. Esta conclusión gravitará con toda su fuerza durante los años de guerra y en los inmediatamente posteriores al armisticio.

Efectivamente, el sindicalismo revolucionario se mantiene fiel al principio de que es preciso evitar a toda costa que el proceso revolucionario llegue a instalarse en un sistema de producción destruido o, incluso, desorganizado. Igual que lo hicieron en el pasado —en ello se mantienen fieles a sus principios de origen— hacen hincapié en la necesidad de preservar la producción al más alto nivel que sea posible. Pero he aquí que, mientras tanto, a este objetivo que no ha variado, se añaden la idea de solidaridad nacional y, algo más tarde, el antibolchevismo. Los sindicalistas quieren heredar de la burguesía

[116] A. de Ambris, «Ancora in tema di Unità», *L'Internazionale,* 1 de agosto de 1914, p. 1, y «Dopo la bufera», loc. cit., p. 1.

[117] A. O. Olivetti, «Ricominciamo», *Pagine Libere,* 10 de octubre de 1914, p. 4.

—en eso, se mantienen fieles, una vez más, a un viejo principio soreliano, es decir, la aspiración a una sociedad más rica y más productiva; pero, en la actualidad, parece que no les basta con ser los herederos de la burguesía: prefieren compartir con la burguesía una sociedad más rica, antes que heredar de ésta una sociedad más pobre [118].

Ésa es la razón de fondo de su antibolchevismo:

> El bolchevismo, que arrastra consigo la caída del régimen económico burgués, disuelve cualquier tipo de organismo productivo, crea la desorganización en el sector industrial y provoca el desorden y la miseria, es el fenómeno más antisocialista y más antiproletario de este mundo [119].

De Ambris cree que el bolchevismo no sólo es destructor, sino que también es incapaz de instaurar otro mecanismo de producción capaz de relevar el sistema que quiere destruir [120]. Para resistir al *lock-out* industrial y hacer frente a la necesidad de preservar el proceso de producción, es preciso encontrar otro tipo de huelga general [121]. Este nuevo tipo de arma debe, a su vez, adaptarse a la evolución que se propone proseguir el ideal del sindicalismo revolucionario, es decir, elevar a los trabajadores al nivel moral y técnico que les permitirá ocupar el lugar de la burguesía para administrar la producción, o compartir con ella esta gestión.

El sindicalismo revolucionario y posteriormente el sindicalismo nacional, abandonaron paulatinamente la idea de la huelga general revolucionaria debido al fracaso de su práctica y también a que los ideólogos se alejaron de la clase y escogieron la Nación como motor de la revolución. Una clase hace la huelga, una Nación hace la guerra. El modelo productivista, que requería un alto grado de solidaridad entre los productores, no daba lugar a dos conflictos. Finalmente, la idea de la huelga revolucionaria no resistió la prueba de fuego de la realidad, pero sobrevivió como mito movilizador. Este concepto fue finalmente abandonado porque Sorel lo propuso en un

---

[118] C. Morisi, «Orizzonti nuovi», *Bataglie dell'unione italiana del lavoro*, 5 de abril de 1919, p. 1.

[119] *Idem.*

[120] A. de Ambris, «Bolscevismo e sindacalismo», *L'Internazionale*, 26 de abril de 1919, p. 2.

[121] «I fatti della settimana», *L'Internazionale*, 29 de marzo de 1919, p. 1.

momento en el que los sindicalistas revolucionarios italianos estaban, ante todo, preocupados por el problema de la formación de elites proletarias revolucionarias, enfatizando la educación y la moral. El sindicalismo nacional, a su vez, prefirió el mito de la guerra revolucionaria.

4. LA SÍNTESIS SOCIALISTA-NACIONAL

I. EL MITO DE LA GUERRA REVOLUCIONARIA

A pesar de todos los esfuerzos desplegados en el curso de los diez primeros años del siglo, los sindicatos revolucionarios italianos no logran provocar ningún cambio revolucionario por medio de la huelga general. En el terreno de las ideas, el mito soreliano no tuvo mejor suerte que la de las huelgas generales en sus intentos prácticos. Finalmente, en lo que respecta a la lucha de clases, desde el momento en que la revisión de Marx emprendida por Labriola y Leone introduce el productivismo en la visión sindicalista revolucionaria, ésta resulta cuanto menos aventurada. En efecto, los nuevos productores están obligados a luchar contra todos los elementos improductivos —los parásitos— de la sociedad, asimismo su interés les dicta evitar cualquier tipo de conflicto que tienda a paralizar el proceso de producción [1].

El sindicalismo revolucionario tampoco logra que la mayoría de la izquierda acepte sus tesis. Ello conducirá a la escisión que se materializa en Ferrara en 1907 [2]. Poco a poco, va decayendo la importancia de la lucha de clases en el *credo* del movimiento en beneficio de las concepciones elitistas, de unas concepciones que tienden a realzar el «nivel moral de la clase obrera». No obstante, los sindicalistas revolucionarios se percatan de la necesidad —para ellos imperiosa— de proponer algo que sustituya y pueda ponerse en el lugar de la huelga general. Están convencidos de que deben encontrar otro mito movilizador, dirigido a un abanico más amplio, que logre triunfar allí donde la huelga general ha fracasado —en la destrucción de las estructuras demoliberales. Y puesto que la sociedad italiana es incapaz de engen-

[1] Nos referimos evidentemente a la etapa en la que todas las fuerzas económicas podrán competir libremente en un mercado abierto. Ello no obstante, la solidaridad social exigida por el socialismo nacional, tiene su origen en la identidad de intereses entre todos los sectores directamente comprometidos en la producción.

[2] Véase A. Riosa, *Il sindacalismo rivoluzionario in Italia...*, ob. cit., pp. 360 ss.

drar las condiciones interiores necesarias y suficientes para llevar a cabo esta destrucción, es preciso recurrir a factores exteriores. El catalizador por el que finalmente se opta es la guerra.

A los primeros teóricos que toman esta opción no les resulta nada fácil decidirse ni imponerse en el seno del movimiento. En los albores de siglo, no es nada cómodo, para los hombres de la extrema izquierda revolucionaria, revisar sus posiciones sobre la guerra, el internacionalismo y el militarismo; del mismo modo como tampoco les resulta fácil cambiar de actitud respecto a conceptos tales como Nación y Patria. Cuando, a lo largo de los años, se ha estado exponiendo que la guerra es contraria a los intereses de los trabajadores, es penoso abogar súbitamente por el intervencionismo. De modo que esta evolución estará jalonada de conmociones. Pese a esto, la representación de una Italia aquejada de «liberalismo democrático parlamentario», esta enfermedad mortal transmitida por el virus Giolitti, llevará a muchos a pensar que la única medicina posible es la guerra. Progresivamente, esta conclusión se convierte en moneda corriente en la derecha, entre los nacionalistas, y en la izquierda, entre los sindicalistas revolucionarios [3]. Finalmente, en agosto de 1914, los dirigentes más destacados del sindicalismo revolucionario acuerdan pedir la entrada en la guerra de Italia contra Alemania y Austria-Hungría.

Con anterioridad, el sindicalismo tradicional, como es notorio, intentó introducir el antimilitarismo en los cuarteles con el propósito de desarrollar una «conciencia de clase» entre los reclutas. Asimismo, para salir al paso del auxilio que el ejército se presta a ofrecer automáticamente a la burguesía en la «guerra social», los sindicalistas intentan modificar la percepción —corriente en el ejército— del obrero rebelde, huelguista y antinacional. Con este propósito apelan a la conciencia «del hombre y del trabajador» que hay en cada soldado [4]. Estos empeños se explican por la tradición racionalista que ha inculcado la creencia en el poder de la argumentación lógica. Pero, en 1907, las corrientes antirracionalistas han comenzado a abrirse camino en el sindicalismo revolucionario, y, con ellas, se difunden sentimientos ambivalentes con relación al ejército y a la guerra. En la misma época, los conceptos de Nación y de Patria adquieren contenidos diferentes.

---

[3] M. Isnenghi, *Il mito delle grande guerra,* ob. cit., pp. 7-22.

[4] C. Lazzari, «Il diritto antimilitarista», *Avanguardia Socialista,* 22 de septiembre de 1906, p. 1.

Arturo Labriola abre el debate indicando la instrumentalidad de la guerra: «Una hoja afilada en manos de un cirujano puede devolver la salud; en manos de un asesino, destruye la vida» [5]. El valor moral de la guerra procede de sus objetivos y de sus actores. Labriola admite la posibilidad de una guerra por una causa justa. El pacifismo a ultranza de Hervé no tiene sentido [6]. El teórico italiano, influido por las ideas de Sorel, no cree que la patria y el patriotismo sean conceptos, sino sentimientos que escapan a la razón y al razonamiento. Este punto de vista anula la contradicción entre socialismo y patriotismo, principalmente cuando este último dice que aspira a personificar la lengua, la tradición y la cultura comunes. La afirmación del *Manifiesto Comunista* según la cual «los obreros no tienen patria», Labriola la explica como una reflexión sobre las duras condiciones de vida del proletariado en tiempos de Marx. La lengua común y la tradición no calan en la clase obrera hasta que ésta no empieza a obtener algunos beneficios del Estado: el bienestar social, la instrucción, los derechos políticos, etcétera [7]. Pero cuando el Estado utiliza el ejército con fines represivos, entonces, desde un punto de vista socialista, se pone claramente de manifiesto que «en la medida en que logramos anular el automatismo ciego que hace del ejército una máquina embragada por la voluntad del Estado, en la misma medida el socialismo se hace realidad» [8].

Esta visión encuentra su formulación en la idea de huelga del ejército. En una manifestación de este orden correría la savia de la Revolución. La huelga del ejército, aprehendida en sentido soreliano, es un mito no menos revolucionario que la huelga general «clásica». El hecho de que este mito pueda ser irrealizable en nada disminuye su poder de evocación, puesto que implica la separación del ejército del Estado burgués. En una situación de guerra, hay más oportunidades de que surjan las condiciones favorables para un «momento» de este tipo. De modo que la guerra puede beneficiar al socialismo. La adhesión de Labriola a la noción de patriotismo cultural-lingüístico le lleva a la conclusión de que en tiempos de guerra los obreros no vacilarán en defender este espacio nacional-cultural, porque es absolutamente indispensable para su propio desarrollo. Una vez elimi-

[5] A. Labriola, «Intorno al herveismo», loc. cit., p. 389.
[6] *Idem.*
[7] *Ibid.*, p. 391.
[8] *Ibid.*, p. 396.

nada la contradicción entre patriotismo y socialismo, se abrirán camino las posiciones intervencionistas que Labriola y otros sindicalistas revolucionarios adoptarán en el momento de la guerra de Libia [9].

Arturo Labriola no es el único que sigue esta línea. Paolo Orano durante el segundo congreso sindicalista que se celebra en 1910, plantea la cuestión y ofrece acto seguido la respuesta: «¿Se puede creer en la posibilidad de abolir la guerra? Dejémonos de sueños. La guerra es una necesidad, la primavera del progreso. ¿Por qué, pues, el progreso no puede exigirnos preferir la lucha de clases a la lucha entre Estados?» [10].

Prosigue sosteniendo que el verdadero antimilitarismo es el que consigue separar el Estado burgués del ejército —y que gracias a ello logra neutralizar realmente al ejército. Únicamente la conciencia de clase y la acción sindical pueden llegar a alcanzar ese nivel de antimilitarismo, que nada tiene que ver con la propaganda vacía de resultados estériles. Orano cree que Italia, a pesar de su glorioso pasado, se encuentra en trance de desaparecer, porque no está a la altura de los desafíos que le plantean las otras potencias. Se ha llegado a esta situación porque el capitalismo italiano, que controla el país a través de la burguesía liberal, nunca se ha interesado más que en obtener los beneficios que podía sacar de los gastos militares, en lugar de suplir realmente las necesidades del ejército y de la marina [11].

Giuseppe Prezzolini quien, junto con Giovanni Papini, había puesto las bases del nacionalismo cultural en el curso de la primera década del siglo, también suscribe la teoría sindicalista y se dedica a la tarea de explicar la falta de sentimiento patriótico entre los obreros: «El proletariado sindicalista está en contra de la idea de Patria, en contra de la patria de los patronos, por la cual se le llama a dar su propia sangre; tanto más cuanto que la burguesía le ha quitado todo lo que podía haberle dado un sentimiento patriótico» [12].

Prezzolini está persuadido de que un agravamiento del conflicto entre la burguesía y los obreros, impulsados y apoyados por los sindicatos, puede engendrar la renovación moral que tanto necesita Italia. La guerra será la más hermosa expresión de esta renovación mo-

---

[9] N. Tranfaglia, «Prefazione», en A. Labriola, *Storia di diecianni,* ob. cit., p. XV.

[10] P. Orano, «L'Antimilitarismo», *Il Divenire sociale,* 16 de septiembre de 1910, p. 3.

[11] P. Orano, «L'Insipido Adriatico», *Pagine Libere,* 1 de junio de 1909, pp. 620-623.

[12] G. Prezzolini, *La teoria sindacalista,* Nápoles, Francesco Perella Editore, 1909, p. 123.

ral: entonces por todas partes florecerá «el genio, la audacia, la poesía y la pasión, la justicia suprema y el heroísmo trágico» [13].

Los conceptos sorelianos de guerra social y de revolución moral, tales como se expresan en las *Reflexiones,* se vuelven a encontrar con toda claridad en los escritos de Labriola, Orano y Prezzolini. Para estos tres hombres, el sindicalismo revolucionario ya no puede alinearse automáticamente junto al antimilitarismo. Es en la guerra donde las categorías morales encuentran su más hermosa manifestación. Y si el cambio social —la revolución— no puede intervenir a través del sesgo de la guerra social, se hace necesario otro escenario: la guerra entre naciones.

II. DE LA GUERRA DE LIBIA AL INTERVENCIONISMO DE IZQUIERDA: EL IMPERIALISMO DE LOS OBREROS, EL SINDICATO Y LA NACIÓN

En octubre de 1910, un año antes de la guerra de Libia, Paolo Orano había iniciado la publicación de *La Lupa.* En el equipo de redacción de esta revista, junto a los nombres de Sorel, Hervé y Péguy aparecen los de Labriola, Michels, Missiroli, Pietri-Tonelli y Fovel [14]. No olvidemos que, en 1910, Sorel sufre los ataques de la izquierda italiana que le reprocha sus estrechos lazos con la Acción Francesa. Agostino Lanzillo, el discípulo más allegado de Sorel en el seno del sindicalismo italiano, toma la defensa entonces del maestro en una serie de artículos aparecidos en *Il Divenire sociale.* En ellos Lanzillo argumenta en favor del concepto soreliano de violencia —la violencia proletaria en este caso—, y ataca duramente a Hervé [15].

---

[13] *Idem,* p. 117.

[14] En esta época el nombre de Sorel se asocia ya a los círculos monárquico-nacionalistas. Sobre la influencia de Sorel, véase G. B. Furiozzi, *Sorel e l'Italia,* ob. cit., p. 245. Mario Missiroli es uno de los periodistas políticos italianos de mayor relieve. En el período mencionado, simpatiza con el sindicalismo revolucionario y mantiene una correspondencia regular con Sorel. Véase G. Sorel, *Lettere a un amico in Italia,* Bolonia, Capelli, 1963. El economista Alfonso di Pietri Tonelli será uno de los intelectuales sindicalistas revolucionarios que se incorporará a las filas del fascismo. En el momento, al que nos estamos refiriendo, escribe en *Pagine Libere.* En cuanto a Massimo Fovel es un nacionalista comprometido con la lucha sindical.

[15] A. Lanzillo, «Gli Anarchici e noi», *Il Divenire sociale,* 1 de mayo de 1910, pp. 104-105. Lanzillo no escatima esfuerzo cuando se trata de asumir la defensa de Sorel. Véanse «La bancarrota della demagogia», «Giorgio Sorel nella storiografia», «La disso-

El hecho de que Sorel, principal ideólogo del sindicalismo revolucionario, se acercara a las posiciones del nacionalismo maurrasiano, añadiéndoles el antimaterialismo y el antirracionalismo, despertó el interés del nacionalista radical Corradini. Éste ya había visto nacer y crecer una facción sindicalista-nacionalista [16]. Corradini cree que la acción sindicalista revolucionaria pone ante todo de manifiesto una voluntad de lucha, cualidad que considera el preliminar necesario a la guerra gracias a la cual la sociedad italiana superará sus problemas. Hace entroncar las elites sindicalistas con los aristócratas y los antidemócratas [17]. Con un razonamiento de este tipo resulta concebible y fecundo el injerto del nacionalismo en el sindicalismo. De forma que Mario Viana y Enrico Corradini acometerán la tarea de poner de relieve los puntos comunes entre los dos movimientos. Entonces publican artículos en este sentido en el periódico nacionalista *Il Tricolore* [18]. En ellos insisten en que el parlamentarismo es el enemigo común de ambas tendencias. Viana intenta, a su vez, mostrar la necesaria identidad de intereses entre capital y trabajo en una economía productivista, única capaz de neutralizar la penetración del capital extranjero. De paso, recuerda a los sindicalistas que también ellos reclaman una ampliación de la producción [19]. Para Corradini el sindicalismo es una doctrina de solidaridad económica de clase, y el nacionalismo, en cambio, es la doctrina de la solidaridad económica nacional. Para él, la Nación es la mediadora entre la clase y la escena internacional. Como la Nación está compuesta de individuos, el principio hedonista del beneficio máximo con un esfuerzo mínimo es tan válido para la Nación como para los individuos. Para Corradini, sin embargo, la Nación es fundamentalmente un factor moral que, de he-

---

luzione del regime democratico», «Ancora contro il demagogismo», artículos publicados en su totalidad en *Il Divenire sociale*, 6 de febrero de 1910, 1 de septiembre de 1910, 16 de septiembre de 1910, 1-16 de septiembre de 1910.

[16] E. Corradini, *Discorsi politici (1902-1903)*, Florencia, Vallecchi, 1923, p. 60.

[17] *Idem*, p. 57.

[18] Sobre esos planteamientos y el grupo Biella, véase F. Perfetti, *Il Nazionalismo italiano dalla origini alla fusione col fascismo*, Bolonia, Capelli, 1977, pp. 93 ss. El artículo 2 de los estatutos del grupo Biella —que fue la primera formación nacionalista— expone: «La contradicción entre el concepto de lucha de clases y el de la colaboración de clase entre las clases productoras [...] es el fundamento de una unión nacional con vocación de conquista imperialista», F. Perfetti, *Il nazionalismo italiano...*, ob. cit., p. 101. Este enunciado apareció por primera vez en *Il Tricolore* del 18 de julio de 1909.

[19] M. Viana, «Lotta di classe e solidarietà nazionale», *Il Tricolore*, 16 de septiembre de 1901, en F. Perfetti, *Il nazionalismo italiano...*, ob. cit., p. 100.

cho, es el factor dominante en el desarrollo histórico. Es la más amplia unidad funcional de hombres capaces de coordinar sus acciones con absoluta decisión y conciencia [20].

Pero el punto común más importante señalado por Corradini es la voluntad de conquista que, en su opinión, anima por igual a los partidarios del nacionalismo y a los del sindicalismo. De ello deduce que existe una similitud entre sus llamamientos al espíritu heroico y la necesidad de desarrollar las cualidades que éste requiere. De sus semejanzas nace una misma aspiración: el imperialismo. Aun cuando se manifiesta bajo dos formas aparentemente distintas —el imperialismo nacional y el imperialismo obrero—, no dejan de ser dos variantes del mismo [21]. Ya que esos dos movimientos tienen la misma vocación: detener el pacifismo, oponerse a la represión, luchar contra la decadencia burguesa. Para acelerar la construcción del puente que une nacionalismo y sindicalismo, Corradini propone la siguiente síntesis:

> Hay naciones que están en condiciones de inferioridad respecto a otras; del mismo modo que hay clases que están en condiciones de inferioridad respecto a otras clases. Italia es una nación proletaria. La emigración es una prueba suficiente de ello. Italia es el proletariado del mundo [22].

La lógica del análisis de Corradini impone la transposición de la lucha antiburguesa del sindicalismo revolucionario a la arena internacional. En su opinión, Italia se está convirtiendo en una nación proletaria. Esta tendencia se acelera tanto más cuanto que el país carece de colonias: territorios que podría poblar con sus ciudadanos, de los que podría sacar las materias primas que necesita, y que podrían llegar a ser mercados para sus productos industriales. Italia debe elevarse al nivel de las naciones burguesas, de esas potencias coloniales que controlan amplísimos segmentos del comercio internacional. Corradini afirma que la emigración es doblemente peligrosa para Italia, puesto que este drenaje no sólo vacía el país de una mano de obra potencialmente útil, sino que, además, refuerza la potencia de las naciones con las que se compite [23].

---

[20] E. Corradini, *Discorsi...*, ob. cit., p. 62.

[21] *Idem*, p. 69.

[22] E. Corradini, «Nazionalismo e sindacalismo», *La Lupa*, 16 de octubre de 1910, p. 2.

[23] E. Corradini, «Le nazioni proletarie e il nazionalismo» y «Proletariato, emigrazione, Tripoli», en *Discorsi...*, ob. cit., pp. 103-118 y 119-134.

La guerra es la única vía para romper este círculo vicioso. Sólo una guerra victoriosa, internacional y antiburguesa podrá situar a Italia en el lugar que le corresponde: «Dentro de esa perspectiva, el nacionalismo está dispuesto a pedir la Tregua de Dios a todas las facciones, incluidos el socialismo y el sindicalismo» [24].

Los valores morales que hay que contraponer a los valores mercantiles de la burguesía decadente son el heroísmo y la voluntad de conquista. Estas ideas aparecen en el libro de Corradini *La Patria lontana* [*La Patria lejana*] que aborda el debate político sobre el sindicalismo revolucionario, el liberalismo y el nacionalismo. Los nacionalistas y los sindicalistas encuentran su punto de confluencia en el antiliberalismo, un antiliberalismo que preconiza la eliminación de la vieja elite burguesa y su sustitución por una nueva elite movida por la voluntad imperialista, es decir, por el deseo de conquista y de renovación moral [25].

A pesar de ello, en 1910 los sindicalistas revolucionarios todavía no están dispuestos a tomar la dirección que podría conducirlos a aceptar poner la huelga general al servicio de la guerra internacional, o a trocar el principio de la violencia proletaria contra el imperialismo. En el mismo número de *La Lupa* en el que Corradini escribe sobre el nacionalismo y el sindicalismo, Labriola define lo que percibe como dos tipos de nacionalismo: «Al nacionalismo de los proveedores y de las industrias militares se contrapone el nacionalismo cultural, patrocinado por los sindicalistas, que engendra el sentimiento de nación en el obrero y hace que éste se interese en la conservación del bien que tiene en común con la Patria» [26].

Labriola está convencido de que la integración socio-económica de Italia sólo puede alcanzarse con la participación de los obreros. Para él, Italia sólo es una unión lingüística de muchas regiones heterogéneas —una heterogeneidad todavía mucho más acentuada entre la clase obrera. Cree que los obreros deberían sentirse afectados por la situación internacional del país, en la medida en que su situación económica está directamente unida a la salud del capitalismo italiano. La rivalidad con Austria puede afectar seriamente la capacidad finan-

---

[24] E. Corradini, «Nazionalismo e sindacalismo», loc. cit., p. 2.

[25] Para una descripción detallada y el análisis de la discusión tripartita entre el sindicalista revolucionario, el liberal y el nacionalista, véase M. Isnenghi, *Il mito della grande guerra*, ob. cit., pp. 10-15.

[26] A. Labriola, «I due nazionalismi», *La Lupa*, 16 de octubre de 1910, p. 1.

ciera del país y, a la larga, acabar incluso excluyéndolo de la influencia mediterránea. Los obreros deben tomar muy en serio la cuestión del Adriático, porque también les concierne a ellos [27]. Labriola considera, en cambio, que el nacionalismo político es una regresión. El nacionalismo se asienta en la tradición: ahora bien, en Italia, tradición quiere decir regionalismo, rivalidad interior, viejas suspicacias y enemistades inmemoriales. Por lo demás, el nacionalismo político desemboca en la defensa de un Estado que no es más que «una burocracia parasitaria, un ejército poco glorioso y un Príncipe sin voluntad, prisionero de las circunstancias» [28].

Un Estado de estas características es incapaz de llevar a buen término un gran designio. Todo depende, de hecho, de la mayoría, es decir, de los obreros. Desgraciadamente, la clase obrera no parece estar en condiciones de luchar, ni en la guerra ni en la revolución. Labriola cree que esta incapacidad se debe a la carencia de caudillos inspirados: «donde Turati y Ferri triunfan, no hay ni un Napoleón ni un Garibaldi» [29]. Sólo con el despertar de la conciencia italiana se llegará a romper esta cadena paralizante. Esta conciencia —Labriola, en realidad, quiere hablar de la identidad colectiva italiana— es lingüística, literaria y cultural. Si los obreros llegan a asumirla se sentirán parte integrante del país. En el momento en que el obrero se identifique con Italia a través de su cultura, comprenderá y defenderá automáticamente sus intereses. Por ello Labriola se muestra favorable a un nacionalismo cultural surgido de la base. No obstante, considera necesario mantener la separación entre Nación y Estado. El nacionalismo no puede imponerlo el Estado por medio de la guerra o del servicio militar obligatorio. La voluntad de conquista debe emanar de las filas de la clase obrera: entonces —y sólo entonces— los obreros se sentirán dispuestos a luchar. Labriola se da perfectamente cuenta de las diferencias que separan sus tesis de las de Corradini. De forma que para él la violencia y la guerra son dos cosas distintas [30]. El imperialismo del pueblo sólo puede ponerse de manifiesto en un régimen republicano, en modo alguno en una monarquía, ni siquiera en una monarquía nacionalista. Lo cierto es, sin embargo, que su búsqueda de la unidad cultural italiana acerca el sindicalismo revolucionario al

[27] *Idem.*
[28] *Ibid.*
[29] *Ibid.*
[30] *Ibid.*

nacionalismo [31]. Esta afirmación de la primacía cultural es una constante del pensamiento sindicalista revolucionario; ya lo encontramos en la *«presentazione»* que Labriola hizo del movimiento en el primer número de *Pagine Libere* [32].

En esta línea, en vísperas de la guerra de Libia, algunos intelectuales del sindicalismo revolucionario adoptan posiciones muy próximas a las del campo nacionalista. Entre las principales motivaciones que los impulsan a defender la conquista de Trípoli figuran razones de orden cultural y moral. La guerra es una escuela de violencia, de heroísmo y de sacrificio; en la guerra se adquiere el gusto del riesgo, de la disciplina y de la jerarquía. La guerra, en una palabra, es la escuela donde se cultivan estas virtudes sin las cuales no hay grandeza posible. Esas primeras lecciones del sorelismo se asimilan perfectamente en Italia, donde al contrario de lo que ocurre en Francia, se presenta la ocasión de ponerlas en práctica.

Pero también existe otra serie de razones. Al militar por la causa de la ocupación de Trípoli, Orano, Olivetti y Labriola destacan los beneficios económicos que Italia y los trabajadores italianos sacarán de esta conquista. Al propio tiempo, hacen hincapié en las ventajas morales y en las conquistas pedagógicas que una acción de estas características acarreará para la educación en pro de la revolución. Véase lo que dice Labriola: «¿Sabéis, compañeros, por qué el proletariado e Italia no pueden hacer una revolución? Porque, oídme bien, ni tan siquiera son capaces de hacer una guerra» [33]. Esa es una manera de confesar la desilusión que, poco a poco, se ha ido arraigando en el ánimo de determinados dirigentes sindicalistas sobre la capacidad de la clase obrera de dirigir una revolución mediante el recurso de la huelga general. Ahí aparecen los primeros signos de la tentativa que apunta a sustituir el mito de la huelga general revolucionaria por otro escenario de lucha, que se estima más movilizador: la guerra revolucionaria.

Labriola acabará prefiriendo la experiencia de la guerra al nacionalismo cultural. Recomendará: «Dejemos que la burguesía enseñe la verdadera lucha al proletariado, y ya veréis cómo el proletariado enseguida sabrá luchar contra esta misma burguesía» [34].

---

[31] Postilla, en E. Corradini, «Nazionalismo e sindacalismo», loc. cit., p. 2.

[32] «Presentazione», *Pagine Libere*, 15 de diciembre de 1906, p. 4.

[33] A. Labriola, «La prima impresa collettiva della nuova Italia», en *Pro e contro la guerra di Tripoli* (colectivo), ob. cit., p. 49.

[34] *Idem.*

Siete meses antes de la guerra, Angelo O. Olivetti subraya con énfasis soreliano los puntos comunes entre sindicalistas y nacionalistas: «Actualmente, el principal coeficiente de similitud entre nacionalismo y sindicalismo es que ambos son doctrinas de energía y de voluntad, que no aceptan ni la idea ni la práctica del compromiso» [35].

Olivetti, al clarificar el contenido común de las dos ideologías recuerda a sus lectores que éste ya se encuentra en las filosofías de Schopenhauer y de Nietzsche. Presenta el sindicalismo revolucionario como un idealismo en el que voluntad de acción y voluntad de poder tienden conjuntamente hacia un mismo objetivo: el cambio. Por lo demás, el nacionalismo y el sindicalismo se oponen al cambio gradual y al compromiso, los cuales sólo sirven para perpetuar el orden existente. Ambos atacan, finalmente, con toda su energía al materialismo:

> De modo que el sindicalismo y el nacionalismo son antidemocráticos y antiburgueses. Y, digámoslo con claridad, son dos tendencias aristocráticas en una sociedad ruinmente materialista. El primero hace cuanto puede para que nazca una elite de productores, el segundo anuncia la dominación de una elite de la raza [36].

El aspecto elitista y aristocrático de este pensamiento llama la atención de Sorel, pero también de Corradini. Olivetti acusa a la sociedad burguesa de carecer de dimensión trágica y de heroísmo. Ningún cambio puede esperarse, dice, de una sociedad controlada por la Bolsa y por los pequeños comerciantes. No obstante, el nacionalismo no es más que pura teoría, aislada de la realidad. Su significado sólo puede captarlo una pequeña elite. La Patria es una abstracción, por ello es, evidentemente, limitada la fuerza de sus encantos. La producción, en cambio, es muy concreta: puede, pues, constituir el fundamento de un mito funcional. A causa justamente de su aspecto abstracto, lo que Olivetti llama el «nacionalismo móvil», está condenado a seguir siendo la ideología de unos pocos. Puesto que cuando llegue el momento de ponerlo en práctica, se convertirá en militarismo institucionalista, al revelarse las masas incapaces de acceder al nivel de

---

[35] A. O. Olivetti, «Sindacalismo e nazionalismo», en *Pro e contro la guerra di Tripoli,* ob. cit., p. 15. Este artículo se publicó por primera vez en *Pagine Libere,* 15 de febrero de 1911.

[36] *Idem,* pp. 16-17.

abstracción necesario para la comprensión del concepto de «Patria» [37].

Corradini, se niega, naturalmente, a aceptar el razonamiento de Olivetti. Pero se da cuenta de que el nacionalismo, para llegar a ser políticamente viable, debe abrirse un camino hacia las masas. Ahora bien, las masas son el proletariado. De modo que el problema estriba en encontrar el medio de vincular la toma de conciencia de los obreros con los conceptos sindicalistas de solidaridad nacional y de productivismo. Con este objeto, Corradini propone la idea de la inutilidad del político como intermediario entre el capitalista y el obrero. Si se descarta al político, al propietario y al obrero no les faltará ingenio para cooperar, sin renunciar a sus justos beneficios respectivos, dentro del marco de una economía productivista [38].

Un enfoque de este tipo ayuda enormemente a abordar la cuestión de Trípoli. No obstante, Labriola, Orano y Olivetti explican que de su opción sólo esperan el desarrollo de las virtudes morales que el nacionalismo cultural —insisten en esta esencia de su nacionalismo— puede alumbrar. En todo caso, el objetivo sigue siendo exclusivamente el cambio social. Al contrario que los nacionalistas «clásicos», los sindicalistas revolucionarios sostienen que la guerra no constituye la expresión, menos aún la encarnación, de un designio nacional; en el mejor de los casos, puede llegar a ser un medio a través del cual el cambio social se acelera. A pesar de que determinados intelectuales de ambos movimientos reconocen que coinciden en algunos puntos esenciales —el carácter de aristocracia propuesto por sus elites respectivas, el despliegue de los valores morales como *conditio sine qua non* del cambio—, las vocaciones de ambas escuelas de pensamiento no pueden todavía intercambiarse.

Otro punto de confluencia lo constituye la inquietud con la que los sindicalistas revolucionarios y los nacionalistas observan la emigración en masa de los italianos. Sin dudas, los sindicalistas ven en ello el afán de escapar de la pobreza. Pero la desazón económica no puede explicarlo todo. Si el italiano tuviera una ideología social un poco menos fluctuante, la hemorragia del país no sería tan grave [39].

---

[37] *Ibid.*, p. 18.

[38] Sobre esta cuestión, véase E. Corradini, «Utilità nazionalista delle organizzazione operaie», *Il Tricolore,* 1 de octubre de 1909; y también M. Viana, «La lotta di classe e solidarieta nazionale», *Il Tricolore,* 16 de septiembre de 1909. Estos dos artículos F. Perfetti los incorpora en *Il nazionalismo italiano...,* ob. cit.

[39] Véase E. Lazzari, «L'Italia errante», *Avanguardia socialista,* 9 de junio de 1906.

Aun cuando no aprueben la figura del emigrante, los sindicalistas intentan comprenderla, conscientes de la pobreza y de los sufrimientos que están en el origen de su decisión. Los nacionalistas, a su vez, se sienten afectados, sobre todo, por las implicaciones económicas y militares de este movimiento de población de un país que no es el más invulnerable del continente europeo [40]. Algunos sindicalistas revolucionarios sostienen que una guerra victoriosa en Libia detendría esta hemorragia. Otros, sin negar la gravedad del problema de la emigración, mantienen que la guerra no puede resolverlo.

Los sindicalistas revolucionarios —incluso los que militan a favor de la causa de una intervención en Libia— siguen considerándose socialistas. Olivetti lo expresará en nombre de todos: el crecimiento del capitalismo burgués sólo es deseable porque es una etapa necesaria del conflicto social entre la clase obrera y la burguesía, y la guerra de Libia puede desempeñar un gran papel de eslabón en el desencadenamiento de este conflicto [41]. Labriola, que no desea olvidar el Sur, escribe: «Es probable que la acción llevada a cabo en Libia sea la tentativa más seria emprendida hasta ahora de acción a favor del Mezzogiorno» [42]. La colonización de Libia transformará la economía del Sur. Por lo demás, si Italia no se apodera de Trípoli, otra potencia lo hará, y, en el mejor de los casos, utilizará el territorio conquistado en detrimento de los intereses económicos italianos. Entonces, el proletariado será el primero en sufrir, ineluctablemente, las consecuencias [43]. O sea que esos sindicalistas revolucionarios partidarios de la guerra de Libia no se olvidan de citar todas las ventajas que podrían obtenerse de la conquista de esta región. Beneficios materiales, sin duda alguna —fuente de materias primas, mercado de exportación de productos acabados—, pero también solución al problema de la emigración. Una colonia de asentamiento de población cercana a la metrópoli es el mejor de los destinos que cabe proponer a los que se ven obligados a dejar el país [44]. Olivetti ve en esta guerra la ocasión

---

[40] E. Corradini, «Relazione presentata al primo congresso nazionalista a Firenze el 3 dicembre 1910», *Discorsi...*, ob. cit., pp. 91-102.

[41] A. O. Olivetti, «L'altra campana», en *Pro e contro la guerra di Tripoli,* ob. cit., p. 222.

[42] A. Labriola, «La prima impresa...», loc. cit., en *Pro e contro la guerra di Tripoli,* ob. cit., p. 54.

[43] *Idem,* p. 50.

[44] P. Orano, «Verso Tripoli», *La Lupa,* 10 de septiembre de 1911, p. 1. Los sindicalistas no ocultaban su temor a que determinados países —como, por ejemplo, Argen-

para los obreros de poder manifestarse en términos de un «revolucionarismo aristocrático» y de una voluntad de conquista, atributos indispensables para acceder al dominio del proceso de producción:

El día en que las masas obreras estén maduras para emprender la gran conquista, emplearán con la burguesía el mismo lenguaje que Italia emplea con Turquía: el eterno lenguaje de la fuerza, confirmado en los hechos [...]. El lenguaje de la Roma antigua [...] [45].

Libero Tancredi (seudónimo de Massimo Rocca) ofrece una serie de razonamientos algo diferentes. Tancredi justifica la empresa libia en la medida en que cree que no se va a producir, de forma inmediata, el estallido de una Revolución Proletaria mundial. En consecuencia, recomienda sacar el máximo beneficio posible del actual estado de cosas. Que la guerra sirva al menos:

1) de aprendizaje revolucionario para el proletariado; 2) de señal que anuncie el despertar de la burguesía; 3) de garantía de un futuro campo de expansión para la burguesía o para el proletariado, quienes encontrarán en él recursos económicos; 4) de acto mediante el cual de una tierra se erradica la esterilidad en la que su gobierno y sus habitantes la sumieron [46].

Se sitúa en plan revolucionario cuando afirma que se obtienen más ventajas en la guerra y la conquista que en la paz y en la renuncia. En cuanto a la burguesía, cree que saldrá más madura y robustecida de la prueba, a causa de los desafíos en los que habrá de medir sus fuerzas [47]. Vislumbrando un conflicto de dimensiones europeas, Tancredi apela a un nacionalismo republicano que, en el momento oportuno, llevará a Italia a escoger el campo de la libertad: «la Revolución debe unirse a las fuerzas que están dispuestas a defenderla contra el feudalismo-monárquico-clerical-socialista austriaco» [48]. Este tipo de nacionalismo evoluciona dentro del mismo espacio de

---

tina— cerraran el paso a la inmigración italiana. En este mismo momento, *L'Internazionale* informaba sobre la existencia de un liga estudiantil de Buenos Aires ferozmente contraria a la inmigración italiana.

[45] A. O. Olivetti, «L'altra campana», loc. cit., p. 115.

[46] L. Tancredi, «Una conquista rivoluzionaria», en *Pro e contro la guerra di Tripoli*, ob. cit., p. 222.

[47] L. Tancredi, «Libero Tancredi spiega», *L'Internazionale*, 11 de noviembre de 1911, p. 1.

[48] L. Tancredi, «Una conquista...», loc. cit., p. 223.

los otros nacionalismos que exigen el cambio social y vilipendian la reacción simbolizada por los emperadores de Alemania y de Austria-Hungría.

La guerra de Libia, sin embargo, en el proceso de aproximación entre sindicalismo revolucionario y nacionalismo, sólo constituye una primera etapa. La mayoría de los dirigentes sindicalistas y, con ellos, Leone —un teórico de gran categoría— fieles a sus concepciones socialistas, se oponen a esta expedición. Expresan este rechazo a pesar de que les repugna dar la impresión de que están de acuerdo —incluso en este punto— con los socialistas reformistas. De Ambris, Corridoni, Mantica, Leone, Masotti, Barni y Polledro han participado en la huelga general desatada contra la política de intervención en Libia y la guerra con Turquía [49]. Enrico Leone se incorpora vigorosamente a esta batalla y rechaza enérgicamente la idea de que un colonialismo político-militar pueda abrir la vía hacia alguno de los objetivos del sindicalismo. Leone distingue claramente entre la expansión económica natural y la expansión artificial lograda a través de medios político-militares [50]. Tampoco Paolo Mantica puede comprender y, por tanto, justificar que se mande a obreros a derramar su sangre para defender los intereses del Banco di Roma [51]. Considera a esta entidad un símbolo de la reacción clerical y, lo que es peor, un cómplice objetivo de Austria-Hungría, esta potencia que todavía controla territorios de lengua italiana. Masotti cree que el sindicalismo debe oponerse a la guerra porque ésta es un reflejo de la política antiproletaria de la dinastía y de los banqueros católicos y clericales [52]. Guilio Barni, a su vez, ferozmente contrario a la guerra, intenta, no obstante, comprender la posición de hombres como Labriola, Olivetti y Orano: admite que después de tantos años de luchas y esfuerzos, los hombres consagrados a la revolución social se sintieran afectados por el fracaso de la huelga revolucionaria, así como por

---

[49] Al respecto, véase G. B. Furiozzi, *Il sindacalismo rivoluzionario italiano,* ob. cit., p. 47; y M. Degl'Innocento, *Il socialismo italiano e la guerra di Libia,* ob. cit., pp. 114-115.

[50] Sobre la posición de Leone, véase su libro *Espansionismo e colonie,* ob. cit., y también G. De Falco, «L'espansionismo e le colonie in un libro di Enrico Leone», *L'Internazionale,* 9 de marzo de 1912, p. 3, y, del mismo autor, «L'adesione di Enrico Leone», *L'Internazionale,* 2 de abril de 1912, p. 1.

[51] P. Mantica, «Cos'è che vale l'Impresa di Tripoli», *L'Internazionale,* 7 de octubre de 1911, p. 3.

[52] T. Masotti, «L'ora che volge», *L'Internazionale,* 30 de septiembre de 1911, p. 1.

la inactividad y la pasividad del sindicalismo durante el período anterior a la guerra, y que ello les incitara a buscar otra vía, otro medio de actuación. En cuanto al nacionalismo, añade Barni, se debe tomar una opción: o bien se sigue siendo monárquico y se hunde en el anacronismo, o bien se hace republicano y obtiene una oportunidad suplementaria de viabilidad [53].

De Ambris, como sucederá a menudo a lo largo de este período, dirige el grupo de sindicalistas revolucionarios opuestos a la guerra. Se mantiene fiel al principio de la lucha de clases y descarta por el momento cualquier tipo de colaboración entre obreros y capitalistas. Para él, los obreros sindicados sólo podrán obtener en el conflicto de clases el perfeccionamiento moral y técnico que les será necesario el día que tomen posesión del proceso de producción. Trípoli, en su opinión, representa una nueva versión, más ambiciosa, del conato de conquista de Etiopía quince años antes. De Ambris es categórico: los obreros únicamente deben luchar por la defensa de sus intereses —«para romper sus cadenas»—, nunca con fines militaristas o financieros [54]. Según él, Labriola, Olivetti y Orano son más censurables que nadie, puesto que ellos conocen las realidades de la lucha obrera. En su opinión, son los falsos revolucionarios quienes, prisioneros de sus sofismas, aprueban una agresión cuyos resultados favorecerán a los parásitos y reforzarán el Estado burgués [55]. Mantica tampoco quiere saber nada de una guerra de la que sólo sacarán provecho los círculos financieros. Por el contrario, la guerra como una manifestación de fuerza puede ser una acción deseable si la Nación y el Estado no coinciden [56]. Una opinión de este tipo remite, de hecho, a la esencia misma del nacionalismo cultural, tal como ha sido definido por Labriola en sus ataques contra Hervé, a saber: la Nación puede ser un conjunto de referencia en tanto que la mayoría del pueblo —los trabajadores— pueda identificarse con él y encontrar su sitio en él.

En 1911, los sindicalistas revolucionarios contrarios a la guerra la comparan con un escenario en el que el Estado ha aceptado hacer de

---

[53] G. Barni, «Tripoli e il sindacalismo», en *Pro e contro la guerra di Tripoli,* ob. cit., pp. 163 ss.

[54] A. de Ambris, «Il Congreso generale. Una lettera di Alceste De Ambris», *L'Internazionale,* 4 de noviembre de 1911, p. 1.

[55] A. de Ambris, «Stabiliamo la responsabilità», *L'Internazionale,* 25 de noviembre de 1911, p. 1.

[56] P. Mantica, «Gli intelletuali sindacalisti e la política espansionista», *L'Internazionale,* 28 de octubre de 1911, p. 1.

sustituto del principal intérprete, los círculos financieros católicos. Al propio tiempo, la presentan como un asunto del Estado, no de la Nación. En 1914, por el contrario, la guerra será ya un asunto de toda la Nación. Entre estas dos fechas, la controversia sobre este concepto de guerra, considerado como categoría de análisis políticos, será muy viva y ocupará un lugar nada despreciable en la reflexión de los sindicalistas revolucionarios.

Contestando a sus críticas, Labriola sostiene que el criterio sindicalista sólo puede ser determinante en materia de intereses de clase. Ahora bien, hay consideraciones e intereses generales superiores a los de las clases, a los que el sindicalismo no puede dar una respuesta satisfactoria [57]. Mantica tildará rápidamente este razonamiento de reformista [58]. Enseguida le llega el turno de explicarse a Olivetti: culpable, según De Ambris, de enarbolar la bandera del nacionalismo, declara que lo único que se propuso fue analizar los hechos políticos desde un punto de vista estrictamente sindicalista, que nunca quiso cerrar filas con los hombres de Corradini [59]. Labriola y Olivetti, a la vez que se esfuerzan en marcar distancias con el nacionalismo político, intentan preservar su derecho a expresarse como teóricos del sindicalismo revolucionario, e intentan analizar la situación con la máxima independencia. Reclaman esta prerrogativa con tanta mayor firmeza, cuanto que estiman que el programa del sindicalismo revolucionario no propone nada concreto o nada que sea aplicable a la situación que acaba de crearse [60].

De Ambris y Mantica deciden al final dejar el equipo de redacción de *Pagine Libere*. De Ambris declara que no puede seguir trabajando con hombres que sostienen opiniones sobre el sindicalismo tan alejadas de las suyas. Mantica reprocha a esos mismos hombres —Olivetti, Orano, Labriola— que quieran imponer una filosofía de la realidad proletaria totalmente contraria a la actividad sindical cotidiana [61]. Por lo que respecta a Enrico Leone, que ha mantenido su fidelidad a los

---

[57] A. Labriola, «Gli intelletuali...», loc. cit., p. 2.

[58] P. Mantica, «Una spiegazione necessaria», *L'Internazionale,* 4 de noviembre de 1911, p. 3.

[59] A. O. Olivetti, «Una dichiarazione di Olivetti», *L'Internazionale,* 30 de diciembre de 1911, p. 2.

[60] A. Labriola, «Gli intelletuali...», loc. cit., p. 1.

[61] «A. De Ambris e P. Mantica si rittirano da "Pagine libere"», *L'Internazionale,* 25 de noviembre de 1911, p. 1. Sobre el cierre de *Pagine Libere,* véase D. D. Roberts, *The Syndicalist Tradition and Italian Fascism,* ob. cit., p. 104.

principios del liberalismo económico que le orientaron diez años en su revisión de Marx, desarrolla, en su condición de economista serio, el siguiente razonamiento: «Pues sí, muchachos, la expansión es necesaria, pero no la que se logra con las armas. Sólo la expansión comercial es útil. La expansión militar, en cambio, es un desastre» [62]. Leone considera que la expansión militar es un fenómeno parasitario. La expansión sólo puede revestir un carácter productivo en el caso de que éste sea el resultado del crecimiento económico y del juego de la competencia. Concluye que, debido a la sobrecarga impositiva y a los crecientes gastos militares, una expansión de naturaleza político-militar, puede llegar a ser económicamente coactiva y antiproductiva, esto es, negativa desde el punto de vista del sindicalismo revolucionario.

No obstante, el verdadero problema del sindicalismo revolucionario no es Libia, sino el valor intrínseco de la guerra. Las cuestiones que se le plantean al movimiento a lo largo de los años 1911 y 1912 son: el nexo entre guerra y revolución, las lecciones que ésta puede sacar de aquélla, la búsqueda de un mito movilizador que pueda sustituir al de la huelga general revolucionaria, la actitud a adoptar en relación al concepto de Nación. El debate surgido en torno a la intervención en Libia, sobre la función y la finalidad de la guerra y sobre el concepto de Nación, no cabe duda que contribuyó en gran medida a que en los medios sindicalistas revolucionarios de 1914 se disiparan las dudas y desaparecieran las vacilaciones. El sindicalismo revolucionario aborda esta realidad con un *credo* en el que el mito de la guerra revolucionaria y el intervencionismo se llaman y se responden [63]. Este

---

[62] G. de Falco, «L'espansionismo e le colonie...», loc. cit., p. 3.

[63] En su obra *The Syndicalist Tradition and Italian Fascism,* ob. cit., D. D. Roberts sostiene que únicamente Labriola, Olivetti y Orano están a favor de la intervención en Libia; G. B. Furiozzi, en cambio, en su libro *Il sindacalismo rivoluzionario,* ob. cit., aborda la tarea de describir la crisis profunda que atraviesa el movimiento cuando se produce esta intervención. Degl'Innocenti cree finalmente poder afirmar, en *Il socialismo italiano e le guerra di Libia,* ob. cit., que la polémica se desarrolló entre intelectuales y dirigentes obreros, los primeros confluyendo con los nacionalistas en la esfera cultural del sorelismo (aunque sigan en gran medida siendo positivistas y den muestras de inquietud por la evolución del capitalismo), los segundos empeñados en una lucha cotidiana dirigida a hacer respetar los derechos de los obreros y a reforzar los sindicatos. Degl'Innocenti afirma que el punto de vista aristocrático ha permitido a los intelectuales percibirse a sí mismos —según un modelo de elites intercambiables— como caballeros en potencia de la elite dirigente del momento. Es de destacar que hombres como Labriola, a pesar de su «estatuto» de intelectuales, intervinieron activamente en

largo debate, a menudo amargo y violento, que ha desgarrado al sindicalismo revolucionario, contribuye ampliamente a preparar el terreno para la unanimidad que se alcanza en el verano de 1914. No es una casualidad que un hombre ferozmente contrario a «la aventura libia» como Alceste de Ambris, se ponga a la cabeza de la izquierda intervencionista. La teoría sindicalista revolucionaria, aireada durante la intervención en Libia, en este momento encuentra unas condiciones en las que no caben vacilaciones. De ahora en adelante, todos los sindicalistas revolucionarios se ponen de acuerdo acerca del potencial revolucionario de esta guerra europea, en la que todos ellos ven una guerra en que se ha empeñado la Nación en su conjunto, y no únicamente el Estado burgués. Todos los que se opusieron a la expedición de Trípoli, incluidos los líderes de las huelgas antimilitaristas de 1911, como por ejemplo Corridoni o Mussolini, en estos momentos se incorporan al combate por la Nación.

Entre 1911 y 1914, los dirigentes sindicalistas revolucionarios que adoptaron posiciones contrarias a la guerra de Libia preconizaban una línea de propaganda resueltamente antimilitarista [64]. Ahí aparecía uno de los aspectos de su no aceptación del Estado liberal burgués, y sobre todo del uso que este Estado hacía del ejército para romper las huelgas y dispersar a los manifestantes. Cuando se producen los acontecimientos de la Semana Roja de junio de 1914, el gobierno envía en primer lugar a la policía, luego al ejército, contra los manifestantes antimilitaristas. Acto seguido, los sindicalistas desencadenan una huelga general. En algunos lugares, el movimiento reviste un carácter insurreccional contra el orden establecido. El potencial revolucionario que revela la Semana Roja lleva a los dirigentes a reflexionar sobre la naturaleza del catalizador que puede llegar a transformar este potencial en realidad.

---

la vida política y sindical, y que otros, como De Ambris y Mantica, no carecían ni de cualidades ni de aptitudes intelectuales. Por lo que a nosotros respecta, pensamos que la importancia del episodio libio reside en la evolución de las ideologías que ha permitido atribuir la etiqueta de categorías revolucionarias a las nociones de guerra y de nación.

[64] Como consecuencia de los desacuerdos surgidos de la guerra de Libia y de los problemas emanados de la negativa de la CGL, en mayo de 1912, a aceptar la adhesión de las Bolsas de Trabajo de Milán y Cento (controladas por los sindicalistas revolucionarios), De Ambris decide fundar una central sindical autónoma, la USI —Unione Sindacale Italiana— creada en el Congreso de Modena de los días 23-25 de noviembre de 1912. Para más detalles, véanse G. B. Furiozzi, *Il Sindacalismo rivoluzionario italiano*, ob. cit., pp. 51-54.

En el curso de la controversia sobre la guerra de Libia, todos los sindicalistas revolucionarios argumentaban en la misma línea en lo que respecta a Europa: los países de la Triple Alianza eran el crisol de la reacción. De modo que era lógico que los hombres reagrupados en torno de *L'Internazionale* —entre los cuales había anarquistas y republicanos— hicieran suyo el eslogan: «¡Arriba los proletarios! ¡Abajo la guerra!» [65]. Un grito que, sin embargo, no cabe ser interpretado como una consigna salida de los labios de un pacifista místico. En efecto, el artículo que lleva este título no vacila en especular sobre la posibilidad de transformar la guerra «detestada» entre naciones en una guerra civil «liberadora». Más que cualquier otra formación de izquierda, el sindicalismo revolucionario no se hace ninguna ilusión sobre la capacidad de los obreros de poner trabas a la movilización en masa a partir del momento que los países europeos la decreten. No han olvidado la oleada de patriotismo provocada por la guerra de Libia, ni el fracaso de la huelga general del 27 de septiembre de 1911. De Ambris, como otros, sabe que sólo algunos grupos de obreros «elegidos», muy bien organizados, podrían enfrentarse ideológicamente al desafío de la guerra. La posibilidad de transformar la guerra en Revolución es absolutamente coherente con el voluntarismo y el activismo del sindicalismo revolucionario. Los obreros deben modificar las situaciones a su favor:

> ¡Que los gobiernos enciendan la pólvora!
> La explosión dará buena cuenta de ellos
> ¡Abajo la guerra! ¡Viva la Revolución! [66].

Desde sus comienzos, este violento altercado europeo no parece ser una guerra más. Prevalece el sentimiento de que esta guerra provocará una profunda alteración de las estructuras sociales, de las condiciones políticas y éticas de los pueblos que participan en ella [67]. Los sindicalistas revolucionarios no quieren dejar escapar una ocasión así, de modo que se movilizan con toda la energía de la que son capaces. No vacilan en presentar esta guerra como un enfrentamiento entre las fuerzas de la libertad y las fuerzas de la reacción. El argumento de

---

[65] «Proletari in piedi: Abasso la guerra!», *L'Internazionale*, 1 de agosto de 1914, p. 1 (sin firma).

[66] *Idem.*

[67] «Mentre tuona il cannone», *L'Internazionale*, 1 de agosto de 1914, p. 1 (sin firma).

Corradini se invierte: ya no se trata de la nación proletaria en busca de fortuna en el campo de batalla, sino, por el contrario, de la guerra que hace acto de presencia para enfrentar a las naciones amantes de la libertad con las naciones reaccionarias.

A pesar de todo, no existe unanimidad en el seno de la USI: muchos de sus miembros, liderados por el anarquista Armando Borghi, siguen siendo ferozmente antimilitaristas, se mantienen fieles, por tanto, a las posiciones tradicionales de la izquierda [68]. Enrico Leone, a su vez, que en esas circunstancias también se atiene al modelo sindicalista revolucionario de la sociedad de productores libres, declara que el Estado, la política, el poder y la guerra no son sino el curso de un mismo río cuyo origen es el control del proceso de producción por la burguesía. «La fuerza no se encuentra únicamente en el efecto, está en la matriz [...]. Quien dice política, dice guerra, porque dice Estado» [69]. Leone cree que el ejército sólo existe para reprimir al proletariado. De forma que la marginación de este cuerpo es necesaria para instaurar una sociedad de productores libres. El intervencionismo no puede tener sentido porque la guerra y el ejército van unidos al modo burgués de producción que el sindicalismo revolucionario se esfuerza en suprimir [70].

Pero la dirección del movimiento ha tomado ya una decisión. El 1 de agosto de 1914, Tulio Masotti se ha pronunciado a favor de la defensa de la revolución contra la reacción [71]. En el mismo momento, se abandona el neutralismo en nombre de la paz. Se va extendiendo la visión de una Europa que saldrá purificada de la guerra. Paolo Mantica cree poder prever que «mañana se abrirá la más bella página de la historia inscrita en el libro de oro de la Humanidad, cuando el genio de la guerra haya dado muerte a la guerra y generado la paz» [72].

---

[68] Recuérdese que Borghi logró que la USI, a comienzos de agosto de 1914, adoptara una moción contra la guerra. Acerca de las posiciones en contra de la guerra en el seno de la USI, véanse A. Caliaghi, «Atto di sincerità», *L'Internazionale,* 29 de agosto de 1914, e «Il proletariado è concorde», *L'Internazionale,* 8 de agosto de 1914, p. 1 (sin firma).

[69] E. Leone, «La Società delle genti e la guerra», *Utopia,* 15 de agosto-1 de septiembre de 1914, pp. 318-371.

[70] F. Andreucci y T. Detti, *Il Movimento operaio italiano. Dizionario Biografico, 1853-1943,* Roma, Editori Riuniti, 1977, vol. III, p. 91. Leone fue probablemente uno de los últimos sindicalistas revolucionarios que abandonaron el enfoque liberista y no mítico de la huelga general revolucionaria.

[71] T. Masotti, «Per la libertà dell'Europa», *L'Internazionale,* 8 de agosto de 1914, p. 1.

[72] P. Mantica, «Guerra e speranze», *L'Internazionale,* 15 de agosto de 1914, p. 3.

En la misma época, Alceste de Ambris, infatigable propagandista, ataca violentamente la posición adoptada por el PSI y por la CGL y llama a los obreros a que defiendan la civilización occidental contra el imperialismo alemán [73]. De Ambris está ahora plenamente convencido de que la guerra acarreará la revisión de categorías políticas caducas, de que los viejos modos de pensamiento se eclipsarán ante otros mejor adaptados a la evolución de la sociedad. Para él, el internacionalismo socialista no es más pertinente que el pacifismo burgués. Los ataques más virulentos, sin embargo, van dirigidos contra Alemania. Está convencido de que el misticismo histórico ha calado en todos los estratos de la sociedad germánica, incluso en los obreros y en su representante, el Partido Socialista. Una derrota alemana acarrearía la definitiva desaparición de los restos de feudalismo que todavía quedan en el militarismo de los junkers y destruiría el Imperio austro-húngaro, resolviendo, a la vez, los problemas del irredentismo italiano y del derecho de los pueblos a la autodeterminación. Otra consecuencia de esta derrota será que el socialismo alemán se libera de la creencia en un destino superior de la nación alemana, con lo que éste volverá a la vía revolucionaria. Pero, por encima de todo, «se ha dicho que una conflagración europea tiene el valor de una gran y verdadera revolución. Esto es un hecho» [74]. Las pérdidas humanas y las devastaciones que provoca una guerra sólo son soportables si ésta es revolucionaria o precipita la Revolución. De Ambris saca la conclusión que, a su parecer, se impone: Italia debe unirse a Francia contra Alemania.

Sergio Panunzio mantiene ese mismo razonamiento: «Quien quiera, y poco importa su nacionalidad, el triunfo del socialismo, *debe* participar en la destrucción del poder que constituye el mayor obstáculo a este triunfo: la hegemonía feudal y militar alemana» [75]. Panunzio no advierte ningún antagonismo entre el socialismo y la guerra. Por el contrario, no puede concebir la perennidad del socia-

---

[73] El llamamiento se hace desde la tribuna del Congreso de la USI que se celebra en Milán el 18 de agosto de 1914. Sobre una relación de los primeros pasos intervencionistas del líder sindicalista revolucionario, véanse R. de Felice, *Mussolini il rivoluzionario,* ob. cit., pp. 235-236; y G. G. Furiozzi, *Il sindacalismo rivoluzionario italiano,* ob. cit., p. 60.

[74] A. de Ambris, «I sindacalisti e la guerra», *L'Internazionale,* 22 de agosto de 1914, p. 2.

[75] S. Panunzio, «Il socialimo e la guerra», *Utopia,* 15 de agosto-1 de septiembre de 1914, p. 324.

lismo sin una intervención militar. En otro artículo intenta demostrar que la Revolución no es más que la continuación de la guerra y remite al lector a las reflexiones que él mismo publicó en el número de *Avanguardia Socialista* del 6 de agosto de 1904, donde declaraba:

> Pero, si se percibe la guerra como una repentina y violenta solución *necesaria* para la determinación de relaciones socio-políticas, entonces la guerra aparece como algo que puede hacer avanzar rápidamente la causa del socialismo, *más rápidamente que cualquier tipo de reformismo* [76].

Arturo Labriola, a su vez, en un libro publicado en 1915, presentará la democratización del ejército como una de las posibles soluciones a la crisis del socialismo. Propondrá al ejército que suprima la casta de oficiales y que corte sus lazos con la monarquía; sólo entonces estará más cerca del pueblo [77].

Para el sindicalismo revolucionario, la polémica de 1914-1915 no es más que la perpetuación de su discurso antirreformista. Los sindicalistas, fieles a sus planteamientos, optan por una posición activista-voluntarista opuesta a la línea general del socialismo oficial. Una vez más, la interacción dialéctica entre la ideología y la realidad política se revela altamente fecunda. El sindicalismo revolucionario, que concebía su ideología exclusivamente como una fuerza capaz —a través de los sindicatos, de las Bolsas de Trabajo, de la acción directa y de la política— de modelar la realidad, creó una red de relaciones y de influencias recíprocas entre la esfera de la ideología y la de la práctica política que dejaba un amplio margen para la adaptación ideológica. Eso en cuanto al debate teórico sobre la huelga general revolucionaria que ocupó largamente al sindicalismo en el curso de los años 1903-1904. Cuando estalla la huelga de 1904, ésta impone al movimiento una realidad que estimula la reflexión ideológica: la idea amplía entonces sus propias dimensiones e integra los atributos del mito movilizador. De forma que la huelga general se convierte en un tema central del pensamiento y de la acción del sindicalismo revoluciona-

---

[76] S. Panunzio, «Guerra e socialismo», *Avanti!*, 12 de septiembre de 1914, p. 2.

[77] Los otros dos problemas pendientes de solución son: 1.º) la dicotomía entre una sociedad de masas industrializada con fuertes tendencias democráticas, y la existencia de una monarquía tradicional en el mismo país, y 2.º) el funcionamiento de los engranajes secretos de la diplomacia internacional. Véase A. Labriola, *La conflagrazione europea e il socialismo*, Roma, Atheneum, 1915, pp. 193-197. Cuando se publica este libro, Labriola es diputado socialista independiente desde hace dos años.

rio. La idea de guerra revolucionaria, en muchos de sus aspectos, correrá la misma suerte. En 1907, Labriola acomete su crítica contra las posiciones de Hervé que le conducirá —en compañía de Olivetti y de Orano— al nacionalismo cultural, donde Nación y Estado quedan disociados. En el momento de la guerra de Libia, se marca el acento especialmente en el valor pedagógico de la guerra, escuela en la que se considera que los militantes recibirán la formación que les será indispensable en la lucha revolucionaria que les aguarda. En esta ocasión, por fin, aparece la idea del imperialismo de los obreros: la guerra sirve para ofrecerles la posibilidad de ejercer sus virtudes heroicas y conquistadoras. En 1914, al sindicalismo revolucionario no le queda otra opción que despejar, de una vez por todas, las ambigüedades que se cernían sobre su posición en relación a la guerra. El resultado de ello será el intervencionismo de izquierda y la adopción del mito de la guerra revolucionaria.

Este mito movilizador ofrece una respuesta concreta y unos medios de acción a corto plazo, aún cuando su verdadero objetivo sigue siendo la sociedad de los productores libres, proyecto a largo plazo del sindicalismo revolucionario. El mito movilizador sirve también de puente entre los acontecimientos reales y el ideal, cuya realización es diferida a un futuro lejano. Puesto que, para que el ideal se realice, se necesita no sólo una situación revolucionaria, sino también unos hombres de elite con las cualidades para contribuir a su advenimiento. Los militantes y dirigentes reagrupados en torno a Alceste de Ambris en 1914, creen ser esta elite. En cuanto a Labriola, el ex director de *Avanguardia Socialista,* tras constatar el fracaso total del internacionalismo, recurre al nacionalismo cultural y sostiene que, en tiempos de guerra, los vínculos de clase pierden importancia a favor de los vínculos nacionales, principalmente cuando la población ha alcanzado un determinado nivel de educación y de conciencia [78]. El internacionalismo se deja para un futuro en el que la reacción haya sido derrotada y, así, ya no puede servir al socialismo alemán, enfeudado al Imperio y a la reacción [79].

La guerra, por el contrario, se presenta como un medio para debilitar el capitalismo. Así que se propone un nuevo argumento contra el neutralismo: «Quien se pronuncia por la paz, se pronuncia por la

[78] A. Labriola, *La conflagrazione europea...*, ob. cit., p. 186. Aquí recalca los factores psicológicos que, en caso de guerra, estimulan el nacionalismo.

[79] A. de Ambris, «Bancarotta!», *L'Internazionale,* 5 de septiembre de 1914, p. 1.

causa de la conservación del capitalismo» [80]. Véase, pues, que dos opciones esenciales del socialismo, el internacionalismo y el anticapitalismo, por poco que se invoque a una de ellas sin la otra, pueden conducir a los puntos de vista antagónicos del neutralismo y del intervencionismo [81].

En octubre de 1914, Olivetti reemprende la publicación de *Pagine Libere.* La revista se presenta evidentemente como el órgano de los teóricos del sindicalismo revolucionario. En el mismo número, encontramos una toma de posición a favor del Fascio Revolucionario de Acción Internacionalista que, unos días antes, había llamado por primera vez a los obreros a incorporarse a las filas de los intervencionistas [82]. Como en la más pura tradición sindicalista revolucionaria, el Manifiesto del Fascio es una combinación de principios teóricos y de ideología pragmática:

> Las grandes contradicciones históricas no se resuelven negándolas ideológicamente, sino superando sus postulados en la práctica. No se lucha contra la guerra con palabras ni con negaciones verbales estériles, sino con la eliminación de la causa de fondo o con la reducción de los factores que le confieren fuerza y éxito [83].

Olivetti cree que si los movimientos revolucionarios deben intentar resolver los problemas étnicos y nacionales es, en todo caso, para que no lleguen a erigirse en otros tantos obstáculos en el camino de la revolución social. La guerra puede ofrecer la oportunidad de una solución [84]. Tanto más cuanto que —eso es al menos lo que mantiene el análisis del sindicalismo revolucionario—, Europa todavía no ha alcanzado el nivel en el que el capitalismo posee en todas partes los

---

[80] S. Panunzio, «Guerra e socialismo», loc. cit., p. 2.

[81] No se olvide que el ala intervencionista de la USI —dirigida por De Ambris y Corridoni y a la que apoyan fundamentalmente los militantes de Parma y de Milán— abandona la central a causa de la posición neutralista que ésta adopta. Estas facciones, reagrupadas en torno de *L'Internazionale,* fundan, junto a otras tendencias, la UIL (Unione Italiana del Lavoro).

[82] Este manifiesto del Fascio está fechado el 5 de octubre de 1914; *Pagine Libere* lo reproduce el 10 del mismo mes.

[83] «Ai Lavoratori d'Italia», *Pagine Libere,* 10 de octubre de 1914. El manifiesto de este nuevo grupo —Fascio rivoluzionario d'Azione internazionalista— está firmado por Deccio Bacchi, Michele Bianchi, Ugo Clerici, Filippo Corridoni, Amilcare de Ambris, Attilio Deffenu, Aurelio Galassi, A. O. Olivetti, Decio Papa, Cesare Rossi, Silvio Rossi, Sincero Rugarli y Libero Tancredi.

[84] A. O. Olivetti, «Europa 1914», *Pagine Libere,* 10 de octubre de 1914, p. 11.

mismos intereses y unas aspiraciones equivalentes. Corolario: todavía es demasiado pronto para anticipar que los intereses universales de los obreros constituyen una respuesta dialéctica a una situación que aún no existe. Eso explica, por otro lado, el fracaso del internacionalismo proletario. Olivetti advierte que muchas sociedades todavía están en el estadio de los conflictos no económicos, como disensiones religiosas, problemas de tradiciones, de culturas y de lenguas. De ahí surge la opresión de unos pueblos por otros y la multiplicación de las luchas de liberación nacional que se desprenden de ella. En conclusión dice: «La lucha por la plena libertad humana es única y exclusivamente una lucha por la redención del asalariado» [85].

En 1914, el sindicalismo revolucionario ya ha acometido la tarea de intentar dar una respuesta teórica capaz de englobar nacionalismo y socialismo. Esta tarea, dicen, les viene dictada por las realidades reveladas por la guerra europea, pero también y muy especialmente por el fracaso de su concepción original que postulaba una revolución sindicalista a través de la huelga general. Si la clase obrera no puede hacer la revolución con sus propias fuerzas, la Nación sí puede hacerlo. Este modo de ver coincide con la naturaleza productivista del socialismo sindicalista. Así, por ejemplo, Lanzillo está convencido de que un nuevo orden internacional implica necesariamente la independencia y la autonomía, la libertad económica, la aplicación de la ley y una tecnología más perfeccionada [86]. Una Nación fuerte puede garantizar todas estas premisas.

La realidad de la guerra general obliga a los sindicalistas revolucionarios a desarrollar su argumentación y a proponer un sistema conceptual que no sólo puede aplicarse a la realidad, sino que, a la vez, sirva para guiar el pensamiento y dirigir la acción [87]. El mito de la guerra revolucionaria, tal como lo habían forjado, les ofrece entonces las categorías de análisis que necesitan para sostener su punto de vista en la polémica sobre el intervencionismo. No es la huelga general, sino la guerra la que logrará remover las estructuras existentes. Tratándose de la actividad política extraparlamentaria —la única po-

[85] A. O. Olivetti, «Il vaso di Pandora», *Pagine Libere,* 10 de octubre de 1914, p. 3. Véase también A. Labriola, *La conflagrazione europea...,* ob. cit., p. 192, donde, tras analizar las diferentes etapas del desarrollo del capitalismo en diferentes países, concluye: «Hay tantos socialismos como países».

[86] A. Lanzillo, «Il fallimento del socialismo», *Pagine Libere,* 15 de noviembre de 1914, p. 3.

[87] A. O. Olivetti, «Ricominciamo», *Pagine Libere,* 10 de octubre de 1914, p. 2.

lítica a la que se reconoce la capacidad de expresar la voluntad popular—, la acción directa sólo podrá ejercerse en la campaña en favor de la guerra y en la guerra misma. El mito de la guerra revolucionaria es un instrumento de movilización política y una llamada a la acción para sacar a la sociedad del inmovilismo. Por eso los sindicalistas revolucionarios denuncian como conservadores a todos aquellos que se oponen a la guerra, ya sean liberales, socialistas-reformistas o anarquistas.

Y hoy vemos, de un lado, a todos los conservadores, desde el Rey al anarquista, todos de una misma pasta, todos producidos-*ejusdem farinae*. De otro lado, vemos a los que esperan algo nuevo, intentando superarse a sí mismos e intervenir con la fuerza, la voluntad y la justicia [88].

El mito, considerado bajo su aspecto funcional, enlaza los conceptos elaborados por los intelectuales y los dirigentes del sindicalismo revolucionario —De Ambris, Olivetti, Panunzio, Lanzillo, Corridoni...— con las masas, que están a la espera del llamamiento de estos hombres. En el caso del mito de la guerra revolucionaria, las imágenes propuestas intentaban combinar la necesidad de defender a Italia como nación con la de una justicia social destinada a fortificar la Nación. De suerte que se consideraba que la revolución se consumaba gracias a la Nación y la Nación se consumaba y se realizaba gracias a la revolución. Dado que, ni en la sociedad italiana aprehendida como entidad, ni mediante el reagrupamiento de las fuerzas internas que la componen, se puede alcanzar este fin, será necesario encontrar otra dimensión: esta dimensión será la guerra. Tanto la huelga general como la guerra son dos realidades políticas que han adquirido una expresión mítica en la ideología y en la práctica sindical-revolucionarias. Si una y otra se han podido utilizar como mitos movilizadores, es porque se las ha dotado de connotaciones sociales y que, por ello, han encontrado un cierto eco en determinados grupos de la sociedad italiana. Sus contenidos son variables y comunicantes, al haber sido concebidos para servir dentro de una realidad cambiante. Pero la verdad es que ni la huelga general ni la guerra, separadamente, ocasionarán los cambios deseados por los sindicalistas revolucionarios. La sociedad italiana sufrirá, por el contrario, las transformaciones provocadas por una combinación de conflictos so-

[88] A. O. Olivetti, «Menzogne», *Pagine Libere*, 10 de enero de 1915, p. 4.

cioeconómicos y la guerra en curso. A este ensamble de conflictos sociales y nacionales hay que agregar la dimensión ideológica proporcionada por el sindicalismo revolucionario y nacional, que ofrece un modelo de cambio con respuestas para ambos tipos de conflictos. Es en Italia donde se produce este tipo de encaje entre crisis bidimensional y síntesis ideológica, y es por ello que en esta sociedad madurará otra revolución: la revolución fascista.

Olivetti, mejor que ningún otro sindicalista-intervencionista, personifica el encuentro soreliano entre el nacionalismo y el sindicalismo. Está convencido de que la revolución que sucederá a la guerra tendrá un proyecto ético común al sindicato y a la Nación: el heroísmo, el voluntarismo, la voluntad de conquista y la predisposición al sacrificio [89], cualidades que los obreros necesitan para hacer prevalecer la justicia social, y la Nación para instaurar la justicia nacional [90]. La verdad es que los sindicalistas revolucionarios se muestran consecuentes con su fe en el mito de la guerra revolucionaria: cuando Italia decide entrar en la guerra se enrolarán en masa [91].

De modo que la Gran Guerra triunfará allí donde la guerra de Libia fracasó: ocultar la larga disensión que el conflicto bélico —en su finalidad— y el concepto de Nación provocaron en el seno del sindicalismo revolucionario. El fracaso político del internacionalismo socialista, el impacto políticamente nulo del mito de la huelga general sobre el trasfondo de la lucha de clases, llevan a los teóricos a permutar clase por Nación, huelga revolucionaria por guerra revolucionaria. Para los sindicalistas revolucionarios, la guerra revolucionaria debe, en una primera etapa, dirigirse contra la Alemania reaccionaria que pone en peligro todos los adelantos sociales adquiridos tras la Revolución francesa. De ella se espera también que culmine el proceso de integración de Italia y despoje a la burguesía del control que ejerce sobre la sociedad. Debe, en suma, dirigir la revolución social tal como la concibe el sindicalismo revolucionario [92].

---

[89] *Idem,* p. 5.

[90] Véanse los artículos que Olivetti publica en *Pagine Libere,* a finales de 1914 y comienzos de 1915: «Parole Chiare», «Menzogne», «Il vaso de Pandora», etcétera.

[91] Véase «I loro ed i nostri», *L'Internazionale,* 25 de diciembre de 1915, p. 3.

[92] Ello explica que, al comienzo, los sindicalistas revolucionarios acojan favorablemente la revolución rusa, y que posteriormente rechacen las ideas y la práctica bolchevique. Sobre las opiniones favorables, véanse A. de Ambris, «Gli eccessi della Rivoluzione», *L'Internazionale,* 31 de marzo de 1917, p. 1, y, del mismo autor, «Profezia russa», *L'Internazionale,* 7 de abril de 1917. Acerca de las posiciones anticomunistas,

El mito de la huelga general revolucionaria se fue configurando en el curso de la polémica antirreformista que los sindicalistas revolucionarios mantuvieron en el seno del movimiento socialista. El de la guerra revolucionaria surge de la continuación de esta misma polémica, cuando el PSI opta por una línea neutralista —de acuerdo a la posición tradicional del socialismo—, cuando ya es evidente que el internacionalismo ha entrado en una vía muerta. El activismo (la acción directa) y las huelgas se proponían acabar con el gradualismo (el parlamentarismo); actualmente, el intervencionismo dirige sus ataques contra el neutralismo. El elemento voluntarista, siempre presente en la ideología sindicalista-revolucionaria, sigue encontrando su expresión en el mito, tanto en el de la huelga como en el de la guerra. Y la excelsitud moral, bien sea en la guerra o en la huelga, le es necesaria a la elite sindicalista-revolucionaria. El mito de la huelga general representaba el tipo de socialismo adoptado por el sindicalismo revolucionario, un socialismo de lucha de clases en combate contra la reacción. En su nueva transposición, el mito cambia de nivel, adquiere mayores proporcionaes, al menos en lo que atañe a sus dimensiones geográficas. Se tiene sumo cuidado, sin embargo, en precisar que se dirige contra la reacción (internacional) y que sigue siendo la expresión del socialismo combatiente. A partir de 1914, éste jugará un papel muy importante en el proceso que conducirá a la transformación del sindicalismo revolucionario en sindicalismo nacional.

El mito de la guerra revolucionaria constituye la excrecencia de una ideología que cotidianamente se ha visto obligada a enfrentarse simultáneamente a dos situaciones: una realidad social próxima al punto de ebullición y la guerra internacional. Esta confluencia engendra una atmósfera tal que, cuando estalla la crisis de posguerra, el terreno estará abonado para que un socialismo nacional —mutación del sindicalismo revolucionario— participe en la formación del primer fascismo y se convierta en uno de sus pilares.

---

véase A. de Ambris, «Bolcevismo e sindacalismo», *L'Internazionale,* 26 de abril de 1919, p. 2; A. O. Olivetti, «Esame di concienza», *L'Internazionale,* 1 de mayo de 1920, p. 1., y «Terno secco», *Pagine Libere,* 25 de abril de 1920.

III. EL SINDICALISMO NACIONAL, LA SOLUCIÓN PRODUCTIVISTA Y EL PROGRAMA DE EXPROPIACIÓN PARCIAL

Al final de la guerra, el sindicalismo revolucionario, tras integrar las mutaciones que en lo sucesivo le llevan a definirse como sindicalismo nacional, —«la Patria no se niega, se conquista» [93]— se atiene a una corriente ideológica cuya expresión «constitucional» será la «Carta de Carnaro» [94]. De hecho, este manifiesto estuvo precedido y también seguido de otros textos teóricos no menos importantes, publicados en la misma época por Olivetti, Panunzio, De Ambris, Orano y otros, en revistas como *Pagine Libere* y *Il Rinnovamento* [95]. Otras publicaciones como *L'Internazionale* e *Italia Nostra* y numerosos periódicos locales también participaron activamente, de una u otra forma, en la propagación de la ideología y de las posiciones del sindicalismo nacional y de la UIL. El sindicalismo revolucionario acaba de recorrer un largo camino que le ha alejado claramente de su ideología socialista original de lucha de clases. Se ha hecho patriota y ha abrazado el principio de la solidaridad nacional.

Uno de los factores esenciales que explican el trazado de las líneas divisorias entre izquierda y derecha, entre sindicalismo revolucionario y fascismo —a través del sesgo del sindicalismo nacional— se debe buscar en el tipo de revolución que ciertos teóricos sindicalistas quieren provocar. Como siempre o casi siempre, la dialéctica de los fines y los medios sirve para establecer la tasa de permeabilidad entre las líneas divisorias. Para un hombre como De Ambris, que llegará a ser un antifascista militante, la importancia acordada a la cuestión na-

---

[93] Este eslogan era una especie de divisa del semanario oficial de la UIL, *Italia Nostra,* que cambiará de nombre en 1919 y adoptará el de *Battaglie dell'Unione Italiana del Lavoro.*

[94] A este respecto, véanse M. Ledeen, *The First Duce,* Baltimore-Londres, The John Hopkins University Press, 1977, cap. 9; R. de Felice, *Sindacalismo rivoluzionario e fiumanesimo nel carteggio De Ambris-D'Annunzio,* Brescia, Morcelliana, 1966, pp. 90-91; asimismo, *La Carta nel Carnaro nei testi di Alceste De Ambris e di Gabriele D'Annunzio,* Bolonia, Il Mulino, 1973; G. B. Furiozzi, *Il Sindacalismo rivoluzionario...,* ob. cit., pp. 74-75; y finalmente D. D. Roberts, *The Syndicalist Tradition...,* ob. cit., pp. 179-181.

[95] *Il Rinnovamento* es una revista mensual que se publica bajo la dirección de Alceste de Ambris entre marzo de 1918 y octubre de 1919. Es el portavoz de la nueva tendencia corporativista nacional y se pronuncia a favor de las ideas produccionistas. *Pagine Libere* reaparecerá por cuarta vez en febrero de 1920; su periodicidad será mensual. Se editará en Milán bajo la dirección de Angelo O. Olivetti.

cional no puede hacerle olvidar que la verdadera naturaleza y la finalidad de la revolución son el cambio socioeconómico. Para él, el elitismo, la superioridad moral y el nacionalismo, no son más que medios funcionales aptos para acelerar la movilización de la sociedad italiana en la perspectiva de la revolución. Otros, en cambio, como Lanzillo, Orano, Olivetti y Panunzio —que se harán fascistas—, perciben la revolución en términos de cambio ético. Para ellos, los modelos socioeconómicos corporativistas y productivistas poseen la exclusiva función de alimentar el proceso que debe conducir a la revolución moral que Italia necesita. Estos últimos han asimilado plenamente la concepción soreliana de una sociedad que, si quiere evitar el estancamiento y la decadencia, debe vivir en un estado de transformación perpetua, una transformación que es la propia esencia de la Historia.

Para ellos, la existencia de una elite, animada de la voluntad de conquista —de esa manifestación perfecta del voluntarismo— y practicando las otras cualidades ideales de altruismo y de heroísmo, no es de orden funcional, sino inmanente. Definen su revolución, ante todo, como una mutación ética. En opinión de estos sindicalistas, sólo una elite que ha sido capaz de acceder a un cambio espiritual de valores es apta para establecer un sistema corporativista-industrialista que sacará a Italia del atolladero histórico en el que le ha sumido el liberalismo político.

El sindicalismo nacional vive la experiencia de su mezcla de socialismo antimarxista y de nacionalismo durante los años rojos de 1919-1920 *(«Biennio rosso»)*, en el momento en que Italia sufre una crisis tras otra y la sociedad se encuentra sacudida por numerosas convulsiones. En el curso de este mismo período el sindicalismo nacional —en nombre de una solidaridad nacional que se propone salvar a la sociedad italiana de la desintegración y de una revolución caótica y estéril de tipo soviético—, acabará, empero, mostrándose cada vez menos socialista y cada vez más nacional. Esta desconexión del socialismo es la culminación de un largo proceso que se inició con la revisión del marxismo emprendida a partir de los primeros años del siglo. El desenlace se acelera con la polémica que estalla en vísperas de la guerra entre intervencionistas y neutralistas. En 1918, cuando Lanzillo publica su libro sobre el fracaso del socialismo, se llega a una situación irreversible [96]. Durante años, el sindicalismo re-

[96] A. Lanzillo, *La disfatta del socialismo*, ob. cit.

volucionario ha estudiado el socialismo con una lupa de selección, lo que le permitía encontrar en él únicamente lo que le servía para apoyar su propia visión del cambio social, una visión que recurría —como declaraba De Ambris— a Mazzini, a Marx y a Bakunin: «De todos estos maestros tomamos lo que es verdadero, lo que está bien y lo que es posible, y sobre todo ello edificaremos nuestro revolucionarismo» [97]. Según el sindicalismo revolucionario, el socialismo marxista no ha ofrecido respuestas completas ni en el terreno económico —de ahí la necesidad de incorporarle el hedonismo y las teorías del equilibrio general— ni en el terreno político —de ahí la necesidad de abandonar las tesis internacionalistas para adoptar posiciones intervencionistas. Ya en 1914, Lanzillo descarta la lógica determinista de una solución socialista [98]: el éxito del socialismo dependía del estado del capitalismo; ahora bien, éste todavía tenía necesidad de un marco nacional para desarrollarse. Por eso Lanzillo define su socialismo voluntarista como «movimiento de clase limitado a las fronteras nacionales, cuyo modesto propósito es el bienestar y la prosperidad» [99].

Panunzio niega la validez científica y materialista del socialismo. Lo clasifica dentro de la corriente idealista de la tradición filosófica alemana [100]. Según este teórico, el socialismo sólo puede ser nacional, idealista y voluntarista: un socialismo incontestablemente muy alejado del determinismo y del materialismo de Marx. Un socialismo idealista de esas características, nos transpone en la utopía en el preciso instante en el que la realidad ha dejado de apoyarse en las clases para referirse a la Nación. En toda época, pero particularmente en tiempos de guerra, la Nación necesita sin paliativos de un alto grado de solidaridad nacional. El único sistema económico que puede permitirse un socialismo para toda la Nación es el productivismo, donde el sindicato desempeña un papel central, dado que los obreros son el alma verdadera de la Nación. Lanzillo, a su vez, sostiene que la guerra lleva en su seno la solución revolucionaria universal, que hará que se disipe la crisis social impuesta por el capitalismo y la democracia, que causa estragos desde hace casi un siglo y medio [101]. El sindicalismo revolucionario está entonces en trance de formular una ideolo-

[97] A. de Ambris, «Programa d'azione», *Pagine Libere*, 5 de noviembre de 1914, p. 3.
[98] A. Lanzillo, «Il fallimento del socialismo», loc. cit., p. 3.
[99] *Idem.*
[100] S. Panunzio, «Il lato teorico e il lato pratico del socialismo», *Utopia*, 15-31 de mayo de 1914, p. 201.
[101] A. Lanzillo, *La disfatta del socialismo*, ob. cit., p. 13.

gía en la que confluyen las ideas de Maurras, las concepciones de Vico y de Proudhon, las filosofías de Bergson y de James, la sociología de Pareto, así como todas las reflexiones que, en la época, marcan el acento en el espíritu y en la voluntad de poder [102]. El antimaterialismo, que conecta este sindicalismo con la visión del mundo de Sorel, encuentra su expresión en esta declaración de Lanzillo: «La guerra ha demostrado que *materializar la vida quiere decir ir contra la vida, negarla*» [103].

Esta concepción de la vida corre pareja con el tipo de altruismo social y el ejercicio de la voluntad derivados de la revolución moral descrita por Sorel. Sólo los que producen forman parte de la colectividad, contribuyen al bien de la sociedad y están dispuestos al sacrificio. Los productores son, evidentemente, una categoría económica, pero, para existir, tienen necesidad de ciertos atributos morales que les eleven a un nivel superior al que normalmente existe en un régimen democrático y en el sistema capitalista.

Lanzillo acomete entonces un largo análisis de las relaciones entre capitalismo y socialismo, haciendo hincapié en las razones del fracaso y de la derrota socialista. En conclusión dice:

> Deseoso de precisar los efectos de la decadencia del movimiento socialista, se puede decir exactamente que la pasividad que ha arruinado el edificio de la lucha socialista se debe:
> 1. a la existencia y al desarrollo de los partidos socialistas;
> 2. a la legislación social;
> 3. a la ausencia, en el proletariado, de una visión idealista y voluntarista de su propio poder [104].

Los dos primeros puntos proceden directamente de la batalla antirreformista desplegada por el sindicalismo desde comienzos de siglo; el tercero está relacionado con la dimensión idealista del sindicalismo que apareció en la víspera y a lo largo de toda la guerra, un sindicalismo que está a punto de romper los lazos con su pasado socialista y marxista. Lanzillo considera que la guerra no solamente ha agrietado todo lo que el socialismo había construido, sino que también ha aniquilado sus fundamentos teóricos [105]. Otro resultado posi-

---

[102] *Idem*, p. 28.
[103] *Ibid.*, pp. 33-34.
[104] *Ibid.*, p. 96.
[105] *Ibid.*, pp. 123-124.

tivo: ha destruido la alianza entre sindicalismo reformista y capitalismo. A fin de cuentas, una revolución no puede alcanzar la victoria si se dota de los principios paternalistas del socialismo reformista. En cuanto al internacionalismo y sus corolarios —el neutralismo y el pacifismo—, no son sino la manifestación de una carencia de capacidad revolucionaria [106]. La guerra es una pasión colectiva capaz de impulsar al pueblo al sacrificio; no es preciso intentar ataviarla con consideraciones prácticas o con justificaciones económicas. La guerra «ha destruido los aspectos más aparentes y los más dramáticos de la división de clase, reuniendo todas las clases en un único haz alentado por un ideal trascendente, capaz de la abnegación suprema: la muerte» [107].

Lanzillo considera tan inaceptable el materialismo del capitalismo como el del socialismo. Niega también el principio de igualdad. En este punto coincide con Pareto e insiste en la necesidad de una elite —sindicalista en el caso que nos ocupa— que, en su opinión, es la única capaz de poner coto a la decadencia y de conducir a la sociedad hacia la renovación moral [108]. En su libro sobre *La disfatta del socialismo,* publicado en 1917 pero que resume ideas ya formuladas en 1914, Lanzillo, coincidiendo en este punto con la evolución del sindicalismo revolucionario, prefiere un nacionalismo ético al internacionalismo materialista del socialismo. En su opinión, el *modus vivendi* que se ha establecido entre el socialismo reformista y el capitalismo financiero ha conducido el socialismo a un callejón sin salida. Ahí se encuentra la causa primera de esta guerra que, por lo demás, es la forma más hermosa —y la única— de salir del atolladero. De esta guerra emergerán valores portadores del cambio, fundamentalmente antimaterialistas, siendo el más elevado el sacrificio sin contrapartida que la guerra consiente. Lanzillo está convencido de que cuando un

---

[106] *Ibid.,* p. 169.

[107] *Ibid.,* pp. 198-199. Aquí, Lanzillo combina elementos que serán esenciales en la ideología fascista: la unión del pueblo y la marcha hacia un ideal trascendental, simbolizado por la negación suprema del Materialismo: la muerte.

[108] *Ibid.,* p. 259. La influencia de la teoría de las elites de Pareto sobre Lanzillo en particular, y sobre el sindicalismo revolucionario en general, es muy evidente. Su percepción del sindicato como la necesaria savia de la futura sociedad de los «productores libres» les permite extrapolar la teoría de las elites a los sindicatos. Sostienen entonces que, a corto plazo, las elites proletarias revolucionarias dirigirán los sindicatos, hasta el momento en que esas formaciones llegarán a ser la elite social capaz de responder con la violencia a la utilización opresiva del poder por el régimen. Entonces esta nueva elite sustituirá a la burguesía y dirigirá el proceso de regeneración moral y económica de la sociedad.

pueblo —en este caso el pueblo italiano— emprende esta vía, no existe la menor posibilidad de volver a la situación anterior: entonces cada uno siente que la tragedia de la guerra le concierne en exceso, de modo que el precio exigido es demasiado elevado para que la sociedad pueda permitirse repetir los errores que la han provocado.

La argumentación de Lanzillo no sólo la comparten los sindicalistas, sino que también se la apropian los que fundarán el movimiento fascista en 1919 [109]. No obstante, el libro de Lanzullo, subtitulado precisamente *Crítica de la guerra y del socialismo* porque se limita a enunciar unos principios idealistas generales sobre la teoría de la guerra revolucionaria y sobre la necesidad de una transformación moral y social, no puede servir de plataforma para una ideología positiva y su respectivo programa político. Sin dudas, la guerra ha confirmado algunas hipótesis del sindicalismo revolucionario —el fracaso del socialismo reformista, la importancia de la Nación, la necesidad del espíritu de sacrificio—, pero también ha añadido la pesada carga de las nuevas crisis. Un aspecto no menos importante del conflicto europeo reside en los acontecimientos de 1917 en Rusia, que, por lo menos al comienzo, parecían dar la razón a las tesis de la guerra revolucionaria [110].

Pero la guerra, en esencia, ha servido para confirmar el carácter central de la Nación en el proceso histórico. También ha servido para demostrar la capacidad del Estado para disciplinar a la sociedad, controlar la economía y dirigir la guerra. Este Estado, el mismo que labora en pro del interés nacional, que se opone a la explotación y a la especulación, puede exhibir un rostro atractivo. Hecha la experiencia, los sindicalistas aceptan ahora que una institución de este tipo gobierne la Italia de posguerra [111].

---

[109] Emilio Gentile afirma que no cabe duda que Mussolini leyó el libro de Lanzillo, que se publicó por primera vez en enero de 1918 y no fue reeditado hasta algunos meses más tarde. Véase E. Gentile, *Le origini dell'ideologia fascista*, Bari, Laterza, 1975, p. 76.

[110] Véase nota 101.

[111] N. Fiore, «Dalla guerra al socialismo nazionale», *L'Internazionale*, 9 de febrero de 1929, p. 1. En este artículo el autor cita a Labriola como partidario de un cierto grado de intervención del Estado en la economía para facilitar el paso de la economía de guerra a la economía de paz y para defender el interés nacional frente a los intereses privados. En esta época Labriola ya ha dejado de ser uno de los grandes líderes sindicalistas; no obstante, se le sigue considerando una de las figuras de la intelectualidad del movimiento.

La guerra, para que sea realmente revolucionaria, debe ofrecer resultados que impliquen determinadas mejoras sociales. En 1917, De Ambris lanzó el eslógan: «La tierra para los campesinos» [112]. Luego, subraya con insistencia que cuando estalló la guerra, la carga más pesada recayó sobre los campesinos —el grupo social más importante del país. Estima que llegaron a representar el 80% de las tropas enviadas al frente. Fueron ellos quienes, con sus cuerpos, detuvieron el avance austro-húngaro. Con sus cadáveres construyeron un escudo que protegió a Italia. Este solo hecho debería darles acceso a la propiedad de la tierra italiana, a esa tierra que ellos mismos y sus antepasados trabajan desde hace siglos. La Patria está en deuda con estos soldados-campesinos, debe pagarla entregándoles la tierra por la que han vertido y seguirán vertiendo todavía su sangre, probablemente más que cualquier otra capa social [113].

En el curso de este último año de guerra, los sindicalistas temen que la situación de los campesinos no llegue a repercutir en su ánimo de incorporarse al frente. Además, consideran que en general carecen de la más mínima conciencia nacional. Sólo en las regiones con una fuerte implantación sindical —como Parma— el mundo agrario posee, en alguna medida, este tipo de conciencia. Lo que parece indicar que el sindicato es capaz de suscitar el sentimiento de pertenencia nacional. En el medio rural, lo conseguirá con tanta mayor rapidez en cuanto que luche a favor de la concesión de la tierra a los campesinos: «Para poder soldar los campesinos a la Nación, se les debe dar la tierra» [114]. Italia existe, ha llegado la hora de crear los italianos: en este caso, la connotación nacionalista es manifesta. Los sindicalistas están convencidos de que una ley que otorgara la tierra a los campesinos que carecen de ella, estimularía su ardor combatiente por Italia [115]. La cuestión del reparto de la tierra ocupará un lugar preponderante en el programa de expropiación parcial que De Ambris presentará después de la guerra.

Una vez finalizado el conflicto, los sindicalistas piensan que la crisis económica que sacude a Italia exige una solución radical. Pero,

---

[112] A. de Ambris, «La terra ai contadini», *L'Internazionale,* 1 de mayo de 1917, p. 1.

[113] *Idem.*

[114] Benito Mussolini, «La terra ai contadini», *L'Internazionale,* 24 de noviembre de 1917, p. 1.

[115] La cuestión se debatió en el Parlamento italiano. Véase «Un progetto di legge in favore dei contadini», *L'Internazionale,* 1 de diciembre de 1917.

en su opinión, esta solución no debe destruir el sistema de producción [116].

No perdamos de vista que el ideal productivista apelaba, efectivamente, a un incremento de la producción, a una reforma de la Nación y a la creación de una organización que permitiera a los obreros participar activamente, junto a los poseedores y a los administradores, en la gestión de la industria y de todo sector de la actividad nacional [117]. Pero, puesto que la guerra, afirma De Ambris, ha permitido a los que él llama «tiburones» acumular beneficios escandalosos, propone que cualquier beneficio que rebase un promedio que pudiera considerarse aceptable, se ingrese en un fondo de inversiones. Este dinero servirá para crear empleos en todos los sectores, especialmente en los destinados a los desmovilizados, a los heridos de guerra y a los familiares de los caídos en el campo del honor [118]. El programa que publica en 1919 se sitúa en la línea de las concepciones produccionistas del sindicalismo nacional.

De Ambris sabe que la solución clásica a la crisis financiera provocada por el incremento de la deuda nacional producida por los gastos bélicos, reside en el aumento de impuestos. Pero entonces, subraya, los que deberán trabajar con más dureza serán los soldados que regresan del frente; una vez más, ellos serán los que deberán soportar la mayor parte de la carga para sacar al país de la crisis económica, igual que se han visto obligados a pagar el precio más elevado para defender a la Patria. Por lo demás, el dinero de los impuestos sólo servirá para satisfacer los intereses de los bonos del Estado, detentados por los que no han hecho la guerra, pero que no por ello han dejado de sacar provecho de ello. De todos modos, la deuda es demasiado importante para que un simple incremento fiscal pueda enjugarla. Una argumentación de estas características que recurre, a la

---

[116] O. Zuccarini había sostenido que no había ninguna prueba que demostrara que existiera algún sistema económico que tuviera una viabilidad superior al sistema capitalista. Véase O. Zuccarini, «La Révolution future, la propriété de l'État», *Pagine Libere,* 15 de marzo de 1920, p. 61.

[117] Esta forma de *autogestión* la propuso la UIL como solución a la crisis de septiembre de 1920, en el momento de las ocupaciones de fábricas. La CGL, en cambio, prefería otras formas de compromiso. Véase «Il Consiglio Nazionale delle Unione Italiana del Lavoro esamina l'agitazione dei metallurgici», *L'Internazionale,* 8 de septiembre de 1920, pp. 1-2.

[118] A. de Ambris, «I sovraproffiti e la guerra», *Il Rinnovamento*, año I, vol. I, 1918, p. 228.

vez, a la ciencia económica y a las reglas de la moral, lleva a De Ambris a la conclusión de que

> sería arriesgado considerarnos excesivamente pesimistas si, frente a una perspectiva de este tipo, sostenemos que las masas productivas preferirán correr el riesgo de una Revolución, aun cuando la aventura carezca de la garantía de un final feliz, antes que aceptar la certidumbre de una miseria negra que sólo servirá para prolongar infinitamente la miseria de las trincheras [119].

Por tanto, la única respuesta posible es un programa de expropiación parcial. Y no unas fantasías revolucionarias de tipo bolchevique que, en opinión de numerosos nacional-sindicalistas, en coincidencia con De Ambris, acaso pudieran llegar a destruir el sistema capitalista de producción, pero, en modo alguno, conseguirían sustituirlo por un mejor procedimiento. El teórico sindicalista no quiere que tribute el trabajo sino el capital: las exacciones estarán en función de las necesidades de la Nación. El objeto de la expropiación parcial debe ser el capital especulativo; no debe, sin embargo, afectar al capital directamente invertido en la producción, puesto que hay que evitar agravar la recesión o crear más paro [120]. Lo que significa que no hay nada que pueda reemplazar el capitalismo: los sindicalistas revolucionarios lo sabían desde hacía mucho tiempo.

¿Cuáles son los límites de la expropiación parcial? Para responder a esta pregunta, De Ambris distribuye la deuda nacional en dos rúbricas, según un método muy habitual en él: por un lado, la deuda contraída por el país con los capitalistas que suscribieron los bonos del Tesoro y las obligaciones que sirvieron para financiar la guerra; y por otro, la deuda contraída por el país con los soldados que ofrecieron su cuerpo y su alma en aras de la victoria. De Ambris está convencido de que esta segunda deuda posee un valor inconmensurablemente mayor que los 90 000 millones de liras que algunos acreedores exigen: «Esta deuda moral que, en defecto de una mejor compensación, deberá evaluarse financieramente, es demasiado sagrada como para que, ni por un solo instante, se pueda pensar en renegar de ella» [121].

---

[119] A. de Ambris, «I remedi eroici», *Il Rinnovamento,* 15 de abril de 1919, p. 200.

[120] A. de Ambris, «Le classi dirigenti al bivio. O autoespropriazione parziale o bolscevismo», *Battaglie dell'Unione Italiana del Lavoro,* 1 de mayo de 1919, pp. 1-2.

[121] A. de Ambris, «I limiti dell'espropriazione necessaria», *Il Rinnovamento,* 31 de mayo de 1919, p. 226. Éste era el último de tres artículos en los cuales Alceste de Ambris presentaba su plan para la reconstrucción socioeconómica de la Italia de posgue-

El Estado ha de satisfacer su deuda moral, de ello no cabe la menor duda; en consecuencia, debe cumplir las promesas hechas al pueblo durante la guerra, y, al propio tiempo, dedicarse a resolver los problemas socioeconómicos más urgentes. Apenas hay opción: la única vía posible es la expropiación parcial del capital financiero, el cual mantiene con la producción la misma relación que el ácido mantiene con el hierro. Esta expropiación debe efectuarse tanto en el sector agrícola como en la industria [122]. Este programa se elabora con el propósito de incrementar la producción y debe beneficiar a todas las partes que participan en ella —obreros, técnicos, directores y propietarios. Es preciso que todos lo acepten voluntariamente. Estipula que el Estado y el municipio deberán participar en la gestión de las industrias, lo que implicará una mejor comprensión entre todos los actores de la producción. El resultado de ello será una disminución de los impuestos y la posibilidad de que los obreros tengan una participación en los beneficios. Por lo demás, si el Estado y los municipios se involucran en la gestión de las empresas, los paralizantes procedimientos burocráticos —propios de las relaciones indirectas que prevalecen en un régimen capitalista— quedarán automáticamente simplificados. Así, fieles a su filosofía económica productivista y a su voluntad de tener en cuenta el papel de los estimulantes, los nacional-sindicalistas no vacilan en exigir una reestructuración de la propiedad privada y una redistribución que favorezca a los que consideran productivos, en detrimento de los que designan como parasitarios. A veces, puede parecer, incluso, que se plantee la cuestión de la abolición de la propiedad privada. De manera que el sindicalismo nacional, incluso, va más lejos que el sindicalismo revolucionario de comienzos de siglo. Vemos cómo el sindicalismo revolucionario, cuyas concepciones económicas habían marcado el acento en el dinamismo de las fuerzas del mercado y en la dimensión técnico-moral del cambio y de la revolución, en la actualidad se encuentra transformado en un sindi-

---

rra. Los otros dos eran: «La tempesta che viene», *Il Rinnovamento,* 15 de abril de 1919, e «I remedi eroici».

[122] La expropiación agrícola parcial significa la transferencia de las tierras no explotadas a los obreros agrícolas organizados. Así es como, en realidad, hay que entender el eslogan «La tierra para los campesinos». De esta redistribución deben beneficiarse, en primer lugar, las familias de los muertos en el campo de batalla, a continuación los excombatientes que sirvieron en las trincheras. El cálculo de las compensaciones económicas a los propietarios expropiados debe hacerse en base al precio de la tierra antes de la guerra. Se prevé que la indemnización se efectúe en bonos del tesoro.

calismo nacional que acepta otorgar un lugar central a la política y se dota, incluso, de un programa político, en el que la expropiación parcial representa uno de sus pilares [123]. Esta primacía de lo político constituye uno de los principales hilos conductores de la transición hacia el fascismo.

Éste es el programa que De Ambris presenta, el 9 de junio de 1919, a los cuadros fascistas reunidos en la escuela Porta Romana de Milán. La reunión es auspiciada por Mussolini [124]. De hecho la plataforma socioeconómica de su programa, publicada el 6 de junio de 1919, no es más que una reproducción casi íntegra del proyecto de «expropiación necesaria» de De Ambris [125]. Los otros aspectos del programa fascista se basan, asimismo, en las concepciones defendidas por la UIL [126]. Así, por ejemplo, el artículo sobre la Nación armada *(Nazione Armata)* recuerda, en su espíritu, los conceptos que subyacían en el eslógan lanzado por Olivetti en 1914: «Las armas para el pueblo!» [127]. En 1921, De Ambris no se recata en recordar a los fascistas los vínculos ideológicos que les unen [128].

En 1919, y durante el período que sigue a la fundación del movimiento político fascista, el sindicalismo nacional y el fascismo confluirán en el campo ideológico común a todos los intervencionistas de izquierda. Uno y otro adoptan la misma actitud antibolchevique, sacan las mismas lecciones de su experiencia de la guerra y están persuadidos de que hay que hacer algo y hacerlo deprisa, para sacar a

---

[123] De Ambris entonces habla de un compromiso —de naturaleza política— que permita a los obreros y a los representantes del Estado cooperar en el seno de los consejos de dirección, un compromiso cuyo «objeto es supervisar, y si cabe estimular, el funcionamiento de la industria». Véase *ibid.*, p. 229.

[124] Téngase en cuenta que en este momento se considera que los Fasci milaneses pertenecen a la izquierda, de ahí que hombres como De Ambris, Panunzio y Mussolini se sientan próximos a ellos. A este respecto y sobre las relaciones entre *Il Rinnovamento* y los fascistas, véase R. de Felice, *Mussolini il rivoluzionario,* ob. cit., pp. 515-519.

[125] De hecho, los fascistas llaman «expropiación parcial» a lo que De Ambris llamaba «expropiación necesaria».

[126] «La constituzione dell'Unione Italiana del Lavoro», *L'Internazionale,* 29 de junio de 1918, p. 1.

[127] A. O. Olivetti, «Le armi al popolo», *Pagine Libere,* 15 de diciembre de 1914.

[128] A. de Ambris, «La terra ai contadini», *L'Internazionale,* 24 de diciembre de 1921, p. 21. Estas frases están sacadas de una discusión entre sindicalistas y fascistas, en ellas De Ambris se muestra sorprendido de que los fascistas hayan podido cambiar tanto de opinión sobre la cuestión agraria, teniendo en cuenta que en 1919 sus posiciones eran muy parecidas a las del sindicalismo revolucionario.

Italia de la crisis y otorgarle el lugar que le corresponde entre las grandes potencias. De Ambris declara, al mismo tiempo, que si no hubiera sido secretario general de la UIL, «me hubiera incorporado a los *Fasci di Combattimento.* No es que encuentre aceptables todas sus acciones, sino que a pesar de sus carencias y de sus errores, actualmente son el único movimiento político italiano que se rebela con energía y eficacia contra la incapacidad de las clases dirigentes y el "demagogismo" socialneutralista» [129].

En una palabra, en 1919 los sindicalistas y los fascistas comparten los mismos puntos de vista sobre el cambio social y sobre los medios adecuados para conseguirlo, asimismo, unos y otros son productivistas y nacionalistas. Por otro lado, es preciso insistir aquí en el hecho de que los «años rojos» acaban persuadiendo a los dirigentes del sindicalismo nacional de que la revolución no es posible ahora en Italia, ni siquiera en un futuro cercano. Además, su línea antimaximalista les lleva a la conclusión de que la oleada de huelgas que agita a todo el país está haciendo el juego a las potencias extranjeras, que no pueden ver con buenos ojos a una Italia económicamente fuerte, esto es, competitiva. Para esos sindicalistas, el sistema liberal está en quiebra, pero, en la misma medida, debe abordarse seriamente la amenaza comunista, que debe ser contenida por «un grupo de hombres capaces de echar los hígados enfrentándose a la *tropa* bolchevique y de obligarla a poner coto a sus violentas actuaciones revolucionarias [...]» [130]. Un hombre como Alceste de Ambris ve con claridad que el sindicalismo nacional no reserva ningún papel destacado a la clase obrera, la cual se convierte en un actor entre otros, pero cree que ése es el precio que hay que pagar si se quiere llegar a una solución global, sin volver a caer en la impotencia revolucionaria. De todos modos, es indispensable que todas las fuerzas de la izquierda intervencionista se unan en torno a un programa común mínimo en el que figure la expropiación parcial, el desarme y la convocatoria de una Asamblea Constituyente [131]. En el momento en el que De Ambris hace estas propuestas, todavía sigue considerando que el fascismo es un ala de la izquierda realista capaz de actuar en pro de la salvación de Italia. De

[129] A. de Ambris, «Sempre piú que mai sindicalisti», *Il Rinnovamento,* 15 de octubre de 1919, pp. 583-584.

[130] «Scioperi... bolscevichi», *L'Internazionale,* 19 de abril de 1919, p. 1 (*troupe,* en francés en el texto).

[131] «"Cronache politiche", I comandamenti dell'ora: prima agire», *Il Rinnovamento,* 15 de octubre de 1919, pp. 583-584.

hecho, si en 1919 el fascismo se sitúa a la izquierda, ello es debido a su dependencia ideológica del sindicalismo nacional y a que en algunas batallas coincide con él. Cuando acontezca la aventura de Fiume, De Ambris se alejará de Mussolini, de las tesis del fascismo y de sus métodos de actuación.

El sindicalismo nacional ha recorrido un largo camino desde los días felices en los que florecían las teorías «economistas» del sindicalismo revolucionario, cuando este movimiento apelaba a la revolución por medio de la acción directa. Cuando los ideólogos y los dirigentes del sindicalismo se persuaden de que la clase obrera no posee ni el espíritu de lucha de la burguesía ni su capacidad de administrar el proceso de producción, y cuando se hayan convencido de que la guerra ha tenido sobre la sociedad el esperado efecto integrador, llegan a la conclusión, la única posible, según ellos, de que la política es un factor indispensable para el cambio. Entonces piensan en la necesidad de crear un nuevo tipo de estructura política, más adaptada a los problemas de una sociedad en vías de industrialización productivista, más consagrada a la Nación que a la clase [132]. Aquí se pone claramente de manifiesto la primacía de lo político.

En marzo de 1919, Sergio Panunzio presenta su «Programa de acción» gracias al cual cree haber resuelto, a la vez, el problema de la propiedad y el de la producción. Este proyecto propone una sociedad organizada sobre un modelo corporativista en el que el Estado —que ha abolido la propiedad privada— adjudica a los propietarios, a los que se reconoce la capacidad de producir, el derecho de hacer uso *(utenza)* de la tierra, de las fábricas y de cualquier otro medio de producción. La idea consiste en asociar el derecho de propiedad —en realidad, el derecho de hacer uso de él para producir y obtener beneficios— con la acción de producir. Quienes no quieran producir, calificados de parásitos, no sólo deben ser expulsados del proceso de producción, sino que también deben ser privados del derecho de propiedad [133]. Luego Panunzio se dedica a describir la reorganización de las estructuras políticas. Propone la creación de un Parlamento cen-

---

[132] Sobre la solución propuesta para superar la contradicción entre burocracia estatal e intereses de clase del sindicato, véase A. Ciattini, «L'Evoluzione aconomica», *Battaglie del'Unione Italiana dell Lavoro,* 5 de abril de 1919. En este artículo, el autor habla de la propiedad nacional, que distingue de la propiedad estatal o de la propiedad sindical.

[133] S. Panunzio, «Un programma d'azione», *Il Rinnovamento,* 15 de marzo de 1919.

tral restringido y aristocrático que funcionaría de acuerdo a una división de las tareas preestablecidas, en coordinación con parlamentos locales instituidos en base a criterios socioeconómicos. Para que pueda funcionar esta distribución, es preciso:

Art. 5.—Organizar a toda la población en clases «orgánicas».
Art. 6.—Organizar las clases en corporaciones.
Art. 7.—Transferir a las corporaciones la administración de los intereses sociales [134].

La clase orgánica, constituida por corporaciones, es la columna vertebral de un sistema político cuyo doble objetivo es acabar con el liberalismo individualista y evitar el progreso del socialismo colectivista de clase. Al reservar al Estado los derechos de arbitraje y de adjudicación —en materia de producción y de propiedad—, el programa corporativista de Panunzio aumenta considerablemente sus prerrogativas, criticando, al propio tiempo, la propiedad privada. Como vemos, el sindicalismo nacional se aleja, una vez más, del modelo sindicalista revolucionario de un Estado reducido a sus funciones puramente administrativas. En el nuevo esquema, el Estado es una categoría política central. En cuanto a las relaciones con lo que llegaría a ser el movimiento fascista, Panunzio ya había escrito en 1918:

El sindicalismo nacional de Mussolini, que es un sindicalismo que lleva un retraso de cinco o más años, pero que también es el único movimiento social que ha conseguido integrar la inmensa experiencia histórica de la guerra, es indudablemente un signo de los tiempos y debería ser —en mi opinión— la consigna [135].

Panunzio quiere un sindicalismo integral —distinto del sindicalismo obrero— que agrupe a los obreros, propietarios, funcionarios, hombres de negocios, campesinos y a todas las personas que participan en la producción [136]. A partir del momento en que todo el mundo es miembro de un sindicato-corporación, la Nación se compone de sindicatos y deja de estar formada de individuos exclusivamente mo-

[134] *Idem*, p. 89.
[135] S. Panunzio, «Progettismo», *Il Rinnovamento*, año I, vol. II, 1918, p. 488.
[136] S. Panunzio, «La rappresentanza di classe», *Il Rinnovamento*, 15 de agosto de 1919, pp. 398-399.

vidos por sus beneficios personales. La estructura política corporativista posee, especialmente, la función de destacar la importancia de las relaciones entre el Estado y el sindicato [137].

El modelo elaborado por Panunzio adopta como sistema de representación política la representación clásica; no obstante, no deja de citar dos artículos publicados por Agostino Lanzillo en *Il popolo d'Italia,* en los que se propone un sistema de representación corporativista [138]. Efectivamente, el esquema de Lanzillo prevee que los derechos políticos serán ejercidos por los ciudadanos productores organizados en corporaciones. Propone un sistema bicameral en el que a la cámara baja le corresponderá la tarea de debatir y decidir sobre los problemas directamente relacionados con las corporaciones, mientras que al Senado —elegido por la cámara baja— le corresponderá debatir y decidir sobre las cuestiones que se refieren al interés general del Estado. La nueva ideología del sindicalismo nacional, definida por De Ambris, Panunzio, Lanzillo y otros teóricos del sindicalismo, establece una paralelismo entre la producción y representación económica y la representación política: «Los sindicatos deberán regular la producción; por encima de ellos, las nuevas instituciones legislativas —solemnemente designadas con el nombre de República social— serán la expresión y ejercerán la tutoría de la síntesis nacional» [139].

IV. DE LA «CARTA DEL CARNARO» AL SINDICATO FASCISTA

El Comandante Gabriele D'Annunzio, el 8 de septiembre de 1920, promulga la «Carta del Carnaro» para servir de texto constitucional a la Regencia de Fiume [140]. El documento lo redactó De Ambris, al que D'Annunzio había designado como secretario de Asuntos Civiles de

---

[137] Panunzio ya había escrito sobre este tipo de representación a finales de la primera década del siglo. Véase Panunzio, *La persistenza del diritto (Discutendo di Sindacalismo e di Anarchismo),* Pescara, Casa Editrice Abruzzese, 1909, p. 240.

[138] Véase A. Lanzillo, «Contro l'elezionismo democratico», *Il popolo d'Italia,* 21 de mayo de 1919, y, del mismo autor, «Rappresentanza integrale», *Il popolo d'Italia, idem,* 23 de mayo de 1919. Estos artículos se citan profusamente en S. Panunzio, «La rappresentanza di classe», loc. cit., p. 406.

[139] «Sulla via del sindacalismo», *L'Internazionale,* 24 de abril de 1920, p. 1.

[140] M. A. Ledeen, *The First Duce. D'Annunzio at Fiume,* ob. cit., p. 171.

la Comandancia del Ejército de Liberación de Fiume [141]. D'Annunzio tuvo conocimiento del proyecto antes de su publicación. Hizo algunas correcciones de estilo pero, sobre todo, introdujo en él su interpretación filosófico-estética de la vida [142].

Para el sindicalismo nacional, la empresa de Fiume cumple una doble función. Es uno de esos catalizadores aptos para acelerar la revolución nacionalista y para poner coto a las veleidades de una revolución de tipo bolchevique. Además, el régimen instaurado en Fiume puede servir de modelo a una sociedad que quiere vivir como Nación, en una República que se sustenta en los principios sindicalistas revolucionarios de autonomía, de producción, de comunalismo y de corporativismo —todos ellos elementos ideológicos presentes en el programa sindicalista-nacional arriba mencionado. De Ambris, al que nunca pasaron por alto las fuertes tendencias irredentistas de la empresa de D'Annunzio, advierte igualmente que la situación de Fiume es suficientemente maleable como para permitir, por poco que se sepa abordarla, una rápida maduración del fruto revolucionario. Cree, en definitiva, que el desarrollo de los acontecimientos en Fiume ejercerá, indiscutiblemente, una influencia positiva en el proceso revolucionario de la propia Italia [143].

Fiume constituye el campo de enfrentamiento entre intervencionistas de derecha e intervencionistas de izquierda. La influencia de los socialistas, de los liberales y de los católicos es prácticamente nula. A los legionarios de D'Annunzio se han incorporado muchos radicales nacionalistas que deseaban acelerar el cambio social. De hecho, De Ambris se propone difundir el sindicalismo nacional entre estos hombres que rechazan, a la vez, el liberalismo y el socialismo democrático. Por esto, tras el fracaso de las negociaciones entre el gobierno italiano y D'Annunzio, De Ambris viaja a Fiume para calibrar sobre el terreno las posibilidades revolucionarias de la ciudad. Lleva

---

[141] Sobre De Ambris y la Carta del Carnaro, véase R. de Felice, *Sindacalismo rivoluzionario e fiumanesimo...*, ob. cit., y, del mismo autor, *La Carta del Carnaro nei testi...*, ob. cit., y también M. Sznajder, «The "Carta del Carnaro" and Modernization», *Tel Aviver Jahrbuch fur deutsche Geschichte*, XVIII, 1989.

[142] Sobre el nuevo estilo político introducido por D'Annunzio, en el que el tono encendido se mezcla con el acento místico, véase G. L. Mosse, «The Poet and the Exercise of Political Power», en *Yearbook of Comparative and General Literature*, núm. 22, 1973.

[143] A este respecto, véase R. de Felice, *Sindacalismo rivoluzionario e fiumanesimo*, ob. cit., pp. 63-64.

una carta de Mussolini en la que el líder fascista aconseja al poeta que no marche sobre Roma. Luego De Ambris vuelve a Milán, poco después D'Annunzio le llama de nuevo y le confía, el 13 de enero de 1920, el cargo de secretario de Asuntos Civiles (jefe de gobierno) de la Comandancia de Fiume [144].

La actitud favorable de De Ambris respecto a la acción de D'Annunzio no debe ser considerada, en modo alguno, como la posición de un hombre aislado. El sindicalismo nacional y los intervencionistas en general hacen cuanto pueden para apoyarla, invocando razones nacionales y revolucionarias [145]. En todo caso, lo cierto es que fue De Ambris el que llevó el mensaje de la ideología sindicalista-nacional a orillas del Carnaro. Fue allí, según su testimonio, donde redactó el texto que se denominará «Carta del Carnaro», de la que dirá: «Materialmente, la preparé yo; pero fue bajo la inspiración y la dirección del Comandante. Yo no hice más que interpretar su pensamiento político con suma fidelidad y una leal inteligencia» [146].

Tras la promulgación de la Carta, De Ambris escribe a D'Annunzio para anunciarle que ya ha comenzado el III acto del drama *«Fiume»*, pero que el último acto deberá ser interpretado en Roma [147]. La Carta en sí misma es un documento político en el que el productivismo corporativista del sindicalismo nacional encaja perfectamente con las ideas filosóficas y estéticas de D'Annunzio [148]. Que ambos pensamientos lleguen a acordarse sin mayores disonancias indica que

---

[144] *Idem*, pp. 65-66, e *ibid.*, *Mussolini il revoluzionario*, ob. cit., pp. 552-553.

[145] Sobre la posición del sindicalismo nacional en relación a Fiume, véanse «L'Unione Italiana del Lavoro, la questione di Fiume», *L'Internazionale*, 8 de mayo de 1919, p. 1; «Fiume», *L'Internazionale*, 2 de abril de 1919, p. 1; y «Cronache Politiche. L'impresa di Fiume», *Il Rinnovamento*, 15 de octubre de 1919, pp. 575-576.

[146] De una carta de De Ambris a D'Annunzio, fechada el 13 de mayo de 1920; véase R. de Felice, *Sindacalismo rivoluzionario e fiumanesimo...*, ob. cit., pp. 183-184. Esta declaración nos permite comprender el *modus operandi* que se había establecido entre De Ambris y D'Annunzio.

Dicho esto, y a pesar de lo que escribe, parece que la aportación ideológica de De Ambris ha sido fundamental en la Carta del Carnaro, principalmente en lo que respecta a la estructura corporativista que en ella se describe. Añadamos que el Comandante estaba de acuerdo con lo esencial del modelo sindicalista-nacional de De Ambris.

[147] Esta carta, a su vez, está fechada el 18 de septiembre de 1920. Véase *ibid.*, p. 209.

[148] La comparación de las dos versiones del texto —la de De Ambris y la de D'Annunzio— y las aclaraciones que hace De Felice en la introducción de su obra, confirman este punto sin dejar el más mínimo asomo de duda. Véase R. de Felice, *La Carta del Carnaro nei testi...*, ob. cit.

uno y otro conciernen a dimensiones diferentes de la política: las estructuras económicas y las estructuras culturales. Además, uno y otro se proponen abordar el problema de la alienación partiendo de un enfoque que respeta las semejanzas entre los análisis del sindicalismo revolucionario y en los del nacionalismo radical. Este tronco común comprende un altruismo social que se extiende a la Nación entera, un antimaterialismo que niega, a un tiempo, los valores liberales y los marxistas, una concepción en definitiva voluntarista y estética de la revolución —concepción que se declara absolutamente ajena a la religión y a la política establecidas. El corporativismo, el productivismo, la restitución al trabajo de un papel de criterio central en la sociedad que en el futuro se guiará por las normas de la «Carta del Carnaro», se proponen eliminar la distancia —es decir, la alienación— que separa al individuo del Estado, así como la que separa al productor de la estructura económica en la que éste vive y trabaja. El corporativismo se convierte en el puente entre el productor y el Estado, pero también en la construcción capaz de estructurar y regular la producción. El trabajo es, simultáneamente, un deber y un derecho constitucionales. El hombre debe producir; la Constitución se encarga de asegurarle los medios y las posibilidades de cumplir con este deber. La Constitución de Fiume debe instaurar las condiciones que permitirán al individuo —una vez superados su egoísmo capitalista y el burocratismo socialista— producir libremente, crear y sacar provecho de la vida. Por eso el artículo IX de la Carta define el Estado como el resultado de la voluntad común y como la etapa institucional que emana del deseo del pueblo de conjugar sus esfuerzos para alcanzar un vigor material y espiritual de un nivel cada vez más elevado [149]. De manera que sólo serán ciudadanos con plenitud de derechos los productores aptos para crear este tipo de riqueza y de poder [150].

De Ambris construye un modelo corporativista que agrupa a los propietarios en una única corporación específica. Se propone limitar su propensión a querer dirigir desde dentro cada una de las corporaciones. Sabe perfectamente que la posesión puede incitar a los posee-

[149] *Idem*, p. 45.

[150] La Carta del Carnaro preveía dos cámaras, encargadas del poder legislativo y de la elección del gobierno. Una debía ser elegida por todos los ciudadanos de más de veinte años, la otra debía serlo exclusivamente por los miembros de las corporaciones —los productores—. Del hecho de que sólo estos últimos podían participar en las dos elecciones, se deduce que ellos eran los únicos que se beneficiaban de todos los derechos políticos.

dores a establecer una escala de prioridades que no corresponda exactamente a las necesidades generales [151]. A pesar de la autonomía municipal que otorga la Carta y de todas las garantías de democracia que ofrece, es un documento que expresa ante todo una visión nacionalista y orgánica de la sociedad. Los mecanismos que esta «Constitución» establece pretenden adaptarse a una era política de masas, cuya vocación es la integración de los productores. Ese corporativismo —llamado a facilitar la industrialización y a permitir una política de masas— más tarde lo adoptará el fascismo, pero en una versión más estatista y autoritaria.

Desde el punto de vista nacional-sindicalista, la «Carta del Carnaro» es la solución, a la vez, del problema social y de la cuestión nacional. A partir del momento en que la nueva clase de los productores vive y actúa en el seno de las corporaciones, se encuentra automáticamente identificada con el Estado. Por eso llegan a desaparecer los conflictos de intereses existentes entre clase y Estado —la clase obrera y el Estado burgués— sin que ello implique la abolición de los derechos de propiedad privada.

La Carta no sólo afirma la italianidad de la ciudad de Fiume, sino también su estatuto revolucionario. El gobierno italiano tiene todos los motivos para desconfiar de esta mezcolanza. En primer lugar, a causa de las implicaciones internacionales de la acción de D'Annunzio, pero también porque teme que Fiume —convertido en un símbolo para todos los que se oponen a la democracia liberal— llegue a ser el foco y el pretexto que estimule todas las veleidades revolucionarias. Sucede, sin embargo, que el 20 de diciembre de 1920 Giolitti acaba con la Regencia de Fiume, con lo que la «Carta del Carnaro» queda en fase de proyecto.

Son numerosos los grupos del movimiento fascista —en especial los que proceden de la izquierda intervencionista— que consideran la «Constitución» de Fiume como el modelo al que debe referirse la Italia fascista. Ahora bien, esta herencia del sindicalismo revolucionario, transformado en sindicalismo nacional, que los fascistas procedentes de la izquierda de principios de siglo siguen reivindicando, se irá debilitando en el proceso de fascistización del Estado. A partir del final

---

[151] Evidentemente, el modelo de corporativismo que el fascismo adopta es el del sindicalismo nacional. Pero es preciso distinguir claramente entre el modelo democrático propuesto por De Ambris, controlado desde abajo y autonomista, del modelo de Alfredo Rocco, autoritario, controlado por arriba y contrario a la autonomía.

de 1920, el fascismo empieza a inclinarse a la derecha. Después del fracaso de D'Annunzio en Fiume y del compromiso al que llegaron Giolitti y los sindicatos, el fascismo, que todavía se alinea teóricamente con los intervencionistas de izquierda, lanza las más violentas acusaciones contra la izquierda socialista [152]. A partir de entonces, el socialismo será el enemigo principal, de forma que queda definitivamente roto ese delicado equilibrio que habían intentado preservar los padres fundadores del sindicalismo nacional, de la Regencia de Fiume y del intervencionismo de izquierda.

De Ambris, consciente de esta evolución, tardó poco en darse cuenta de que el fascismo se estaba convirtiendo en un instrumento antirrevolucionario manipulado por la burguesía. Se lo advertirá a D'Annunzio [153]. El razonamiento de Olivetti es distinto: igual que otros muchos sindicalistas, está convencido de que el revoltijo y las contradicciones internas que caracterizan las ideas sociales del fascismo, se explican por el hecho de que éste todavía no ha llegado a definir con precisión su ideología [154]. Se trata, en definitiva, de una enfermedad juvenil. Este análisis, que constituye un buen reflejo del reforzamiento del fascismo, poco a poco irá creando divisiones en las filas del sindicalismo nacional. Así, por ejemplo, Panunzio sostiene que si Italia pretende ser una nación proletaria, no cabe aceptar ninguna lucha interna entre clases. De Ambris, cuyos reflejos de sindicalista revolucionario siguen muy vivos, se apresurará en responder que únicamente una lucha entre clases puede conducir a un modo de producción perfecto [155]. Mientras Panunzio se va progresivamente instalando en una concepción ética de la revolución, en la que la elevación moral acaba suplantando totalmente la lucha de clases, De Ambris vuelve a abordar el análisis socioeconómico del que había nacido la visión de una «sociedad de productores libres».

Edmondo Rossoni, uno de los dirigentes del sindicalismo nacio-

---

[152] Queremos referirnos aquí a los incidentes que sucedieron en Bolonia el 21 de noviembre de 1920, y en Ferrara el 20 de diciembre de 1920. En el curso de estas jornadas, los grupos fascistas recurrieron a la violencia contra sus enemigos socialistas, llegando hasta el extremo de disparar y matar.

[153] Véase R. de Felice, *Sindacalismo rivoluzionario e fiumanesimo...*, ob. cit., pp. 246-247.

[154] A. O. Olivetti, «Rinnovare!», *Pagine Libere*, julio de 1921.

[155] A. de Ambris, «Il nostro Nazionalismo», *L'Internazionale*, 15 de octubre de 1921, p. 4.

nal que se une al fascismo y es uno de los fundadores del sindicalismo fascista, considera la reacción antisocialista como una etapa necesaria en la salvación de Italia [156]. En su opinión, sin embargo, la idea nacional no es suficiente, de modo que seguirá defendiendo las ideas sociales del sindicalismo nacional. Los dirigentes sindicalistas conocen las disensiones que se producen en el seno del fascismo e intentan sacar provecho de ellas. De Ambris lanzará, en agosto de 1921, un llamamiento a los «socializantes» y a los militantes de izquierda del movimiento para que se reincorporen al sindicalismo nacional [157]. Durante mucho tiempo algunos sindicalistas seguirán esperando que el fascismo vuelva a abrazar los principios de izquierda que presidieron sus orígenes [158].

A pesar del aspecto «reaccionario» de las posiciones adoptadas por el fascismo y de sus actuaciones, algunos —como Olivetti— quieren convencerse de que la presencia de las masas todavía puede influir en su orientación definitiva: «El fascismo quiere ser conservador, pero terminará siendo Revolución» [159]. De Ambris, a su vez, pide que no se confundan las dos caras del fascismo: una, agraria, dirigida por los terratenientes, cuya única voluntad es asfixiar todo anhelo de organización entre los obreros agrícolas; otra, urbana y revolucionaria por definición, puesto que sus componentes son ex combatientes, esos mismos que en 1919 fueron los elementos activos del primer fascismo. La primera está animada de motivaciones puramente económicas y conservadoras —las peores—, en tanto que la otra lo está del ardiente ideal de patriotismo que espolea al estudiante y al que ha vivido la experiencia del sacrificio y de la guerra. De Ambris ve cómo el conservadurismo tiende a ir sustituyendo al idealismo, y cómo el nacionalismo se va volviendo cada vez más y más

---

[156] E. Rossoni, «Fascismo e movimento sindacale», *L'Internazionale,* 14 de mayo de 1921, p. 4.

[157] A. de Ambris, «Rispondendo all'Ordine Nuovo», *L'Internazionale,* 20 de agosto de 1921.

[158] Véanse las afirmaciones de Cesare Rossi —ex sindicalista revolucionario, luego secretario nacional del Movimiento Fascista—, de Benito Mussolini y de otros dirigentes fascistas, tal como se reproducen en «Fascismo giudicato dai capi fascisti», *L'Internazionale,* 19 de septiembre de 1921, p. 2. La cita de Mussolini dice: «El fascismo es sinónimo de terror para los obreros, un grupo de hombres de negocios y de políticos ha identificado el fascismo con sus propios intereses». El hecho de que los editores de *L'Internazionale* traigan a colación este tipo de citas es revelador de las dudas y de las esperanzas que en ellos suscitan el fascismo y una parte de sus dirigentes.

[159] A. O. Olivetti, «Nel labirinto», *Pagine Libere,* mayo-junio de 1922, p. 163.

burgués [160]. Esta tesis de las dos «vertientes» del fascismo tendrá acogida en *Pagine Libere;* la mantendrá especialmente E. Ferrari, quien explica esta división por el hecho de que el fascismo se encuentra en el trance de abandonar los principios definidos en Fiume y tiende a convertirse en una formación política como las otras. La última etapa de este proceso será la subordinación de los sindicatos al control político del aparato del partido, acto absolutamente contrapuesto al principio de economía sindical, que fue uno de los artículos de fe del primer fascismo [161].

En las filas del sindicalismo, la camaradería con el fascismo no siempre fue aceptada con el mismo entusiasmo o con la misma indulgencia. Alceste de Ambris, cuya posición es minoritaria en vísperas del acceso al poder del fascismo, se mantiene profundamente enraizado en la tradición mazziniana, así como íntimamente unido a las concepciones del sindicalismo revolucionario de Labriola y Leone. Los dos economistas napolitanos —al margen del *flirt* de Labriola con las ideas de Sorel— también se mantienen fieles a la naturaleza fundamentalmente económica del sindicalismo revolucionario, tal como la concibieron y presentaron en su revisión de Marx. Igual que De Ambris, se opondrán al fascismo en el poder.

Labriola, que había abandonado el sindicalismo revolucionario tras la guerra de Libia, que había sido elegido al Parlamento bajo la etiqueta de socialista independiente y había aceptado la cartera de Trabajo en el gobierno Giolitti en 1920 (año de las crisis y de las ocupaciones de fábricas), se opondrá al fascismo y también tomará el camino del exilio. No volverá a Italia hasta finales de 1935, en el momento de la guerra de Etiopía. En su opinión, esta guerra perseguirá los mismos ideales que en su día vislumbró en la empresa libia: el imperialismo obrero y la defensa de los intereses de Italia [162]. Enrico Leone, en cambio, se reincorporará a las filas del socialismo y se negará a aceptar cualquier tipo de compromiso con el fascismo. Es difícil saber qué forma hubiera revestido su combate de no haber pasado la mayor parte de la era fascista en un hospital psiquiátrico [163].

---

[160] A. de Ambris, «Il fascismo al bivio», publicado en *La riscossa dei Legionari Fiumani,* 12 de febrero de 1922. R. de Felice reproduce íntegramente este artículo en *Sindacalismo rivoluzionario e fiumanesimo,* ob. cit.

[161] E. Ferrari, «Trincerismo, comunismo e fascismo», *Pagine Libere,* julio de 1922.

[162] Sobre Labriola, véase D. Marucco, *Arturo Labriola e il sindacalismo rivoluzionario italiano,* ob. cit., cap. XIV y Conclusión.

[163] Para una biografía de Leone, véase A. Andreassi, «Leone, Enrico», en F. An-

El más famoso de los sindicalistas revolucionarios que se opusieron al fascismo será Alceste de Ambris. Éste mantuvo una estrechísima relación con Mussolini y con los Fasci en el curso de los años 1919 y 1920, pero la actitud del líder fascista ante el asunto de Fiume le decepcionó mucho. Además, de Ambris había llegado a la conclusión de que Mussolini estaba traicionando los ideales del sindicalismo nacional y que cada vez se iba inclinando más a la derecha [164]. En realidad, la visión «economista» del sindicalismo, tal como la profesa De Ambris, sólo acepta el nacionalismo dentro de los límites necesarios del productivismo. Esta visión procede en buena parte de las teorías de Labriola y Leone, y se mantiene en la línea de la tradicción mazziniana de justicia social y de identidad nacional. Otros sindicalistas, como Dalbi, Laceria, Ferrari y Lucchesi, compartirán también la actitud opositora de De Ambris cuando, en 1920, el fascismo adopte posiciones abiertamente contrarias a la izquierda y se hará todavía más violento. Se trata de los mismos hombres que, durante algún tiempo, creyeron que el sindicalismo fascista podía presentar un aspecto positivo en la medida en que —pensaban— su componente obrero habría de contribuir a provocar la división entre los socializantes y los reaccionarios del movimiento. En 1922, cuando el fascismo accede al poder, De Ambris y su grupo pasan a la oposición. De Ambris acabará tomando el camino del exilio [165].

No obstante, esos hombres sólo constituían una minoría en el sindicalismo revolucionario. Todos los otros teóricos y militantes conocidos pertenecen al núcleo duro de los fundadores del movimiento fascista. Cesari Rossi llegará a ser secretario general adjunto de los Fasci, y Edmondo Rossoni será el fundador de la central sindical fascista [166]. Michele Bianchi, el prestigioso líder obrero de Ferrara, es uno de los personajes que forman parte del círculo íntimo de Mussolini. En 1921 llegará a ser secretario general del Partido

---

dreucci y T. Detti, *Il movimento operaio, Dizionario Biografico, 1853-1943,* vol. III, Roma Editori Riuniti, 1977, pp. 88-92.

[164] Sobre la actitud de Mussolini respecto a D'Annunzio y a propósito de Fiume, véase R. de Felice, *Mussolini il Rivoluzionario,* ob. cit., cap. XIII.

[165] Durante su exilio en Francia, De Ambris escribió un libro para exponer sus teorías sobre el corporativismo. La obra no se publicó hasta después de su muerte. Véase A. de Ambris, *Dopo un ventennio. Il Corporativismo,* Burdeos, Augusto Mione Editore, 1935.

[166] Para más detalles acerca de la trayectoria de estos hombres, véase D. D. Roberts, *The Syndicalist Tradition and Italian Fascism,* ob. cit., pp. 14-15.

Nacional Fascista, y, en 1922, es uno de los *quadrumviri* que intentan compartir la dirección del partido con Mussolini. En 1924, Bianchi será diputado fascista; en 1929, formará parte del gobierno como ministro de Obras Públicas [167]. Esta importante personalidad del movimiento obrero italiano encontrará eco en las filas del fascismo en hombres como Paolo Mantica, Ottavio Dinale, Tullio Masotti y Umberto Pasella.

Exceptuando a Arturo Labriola, los teóricos de primera fila del sindicalismo revolucionario abrazarán ardorosamente la causa del fascismo. Uno de los primeros que se incorpora es Angelo O. Olivetti, director de *Pagine Libere,* autor del *Manifiesto dei sindicalisti,* uno de los principales ideólogos del movimiento. Será miembro del Consejo Nacional de las Corporaciones y uno de los dieciocho miembros encargados en 1925 de proponer una reforma de la Constitución. Ejerce la docencia en la facultad fascista de Ciencia Política de Perugia. Es judío. Su fallecimiento en 1931 le ahorró haber conocido la Italia fascista de las leyes raciales [168].

Sergio Panunzio, que fue socialista, sindicalista revolucionario, luego nacional-sindicalista, en 1924 es diputado fascista. Forma parte de la dirección del PNF y también será miembro del Consejo Nacional de las Corporaciones. Pero lo que de él destaca el fascismo es su condición de teórico del corporativismo. Se le considera, junto a Rocco y Gentile, uno de los principales ideólogos del partido fascista. Ejerce la docencia en la Facultad de Ciencia Política de Perugia [169], en compañía de Paolo Orano. El redactor jefe de *La Lupa* durante los años 1910-1911 empezó, como Panunzio, siendo socialista, fue miembro del equipo de *Avanti!;* ingresa enseguida en las filas del sindicalismo revolucionario, luego en las del sindicalismo nacional, para incorporarse finalmente al fascismo. Es un declarado antisemita.

---

[167] *Dizionario Enciclopedico Italiano,* Roma, Istituto della Enciclopedia italiana, 1970, vol. II, p. 266.

[168] D. D. Roberts, *The Syndicalist Tradition...,* ob. cit., pp. 13-14.

[169] Algunos contemporáneos del fascismo italiano han hecho hincapié en la influencia de Panunzio en el proceso de elaboración de la teoría del corporativismo fascista. Al respecto, véase H. Mathews, *The Fruits of Fascism,* Nueva York, Harcourt Brace and Co., 1943, pp. 151-153; M. Prélot, *L'Empire fasciste: les origines, les tendences et les institutions de la dictature et du corporativisme italiens,* París, Librairie du Recueil Sirey, 1936, pp. 72-83; y L. Rosenstock-Franck, *L'Economie corporative fasciste en doctrine et en fait: ses origines historiques et son évolution,* París, Librairie Universitaire de J. Gamber, 1934, p. 10.

En 1924 y 1925 es el responsable de la edición romana de *Il popolo d'Italia.* En 1939 será senador del Reino [170].

Agostino Lanzillo, el más fiel de los discípulos de Sorel, en 1914 da su adhesión a Mussolini; a partir de este momento nunca deja de escribir para *Il popolo d'Italia.* Este viejo sindicalista sigue al lado de Mussolini en marzo de 1919, en Milán, en el acto de la fundación de los Fascios. Luego será elegido al Parlamento por el partido fascista y será asimismo miembro del Consejo Nacional de las Corporaciones [171].

Aquí hemos de volver a mencionar el nombre del alemán Robert Michels: por los lazos que ha establecido con Italia a lo largo de un tercio de siglo y por la participación que ha tenido en el movimiento de ideas que ha conducido al fascismo, le corresponde con toda naturalidad un lugar en la lista de los que acabamos de citar. Se afilia al PSI en 1902; al propio tiempo es miembro del SPD, ello le permite participar en los congresos de los dos partidos. En Italia, se incorpora a la corriente de los sindicalistas revolucionarios y escribe en *Avanguardia Socialista* e *Il Divenire sociale.* Su obra, *Los partidos políticos,* publicada por primera vez en Alemania en 1911, no puede separarse de la crítica sindicalista-revolucionaria del socialismo. Igual que Labriola, ha defendido la teoría del imperialismo proletario. En 1925 publica *Sozialismus und Fascismus in Italien,* donde, haciendo uso de las categorías analíticas de Sorel y Pareto, intenta demostrar que, desde Pisani y Garibaldi hasta el fascismo, Italia ha conservado la misma ideología social y nacional. En 1929, inicia su labor docente en Perugia. Un año antes se había afiliado al PNF del que seguirá siendo miembro hasta su muerte, acaecida en 1936 [172].

Hay otra pregunta que debería responderse aquí: ¿en virtud de qué criterios se opera la división entre los sindicalistas revolucionarios que participan en la fundación del fascismo y se mantienen fieles a él hasta su muerte o hasta la del régimen, y los que, tras haber contribuido a encender el fuego del movimiento, se baten en retirada hasta el punto de emprender el camino del exilio? Mientras la ideología productivista no se somete a la prueba de los hechos, los partidarios de una revolución ética pueden cohabitar con los autores de aná-

---

[170] *Dizionario Enciclopedico Italiano,* ob. cit., 1970, vol. VIII, p. 593.

[171] *Idem,* vol. VI, p. 688.

[172] Véase G. M. Bravo, «Michels, Robert», en F. Andreucci y T. Detti, *Il Movimento Operaio italiano,* ob. cit., vol. III, pp. 451-460.

lisis económicos como Leone o Labriola, o con sindicalistas como De Ambris, que pretenden elaborar una síntesis de socialismo y nacionalismo, pero que se niegan a sustituir plenamente la Nación por la clase. Pero, en el momento de las decisiones, los partidarios de la concepción ética y voluntarista del cambio social conceden al análisis económico una importancia meramente secundaria; esos hombres creen en el papel predominante de las elites, y consideran que la voluntad es el resorte esencial del cambio.

Hasta 1920, el sindicalismo nacional todavía podía acoger en su seno a las dos tendencias, la de los economistas y «estructuralistas», y la de los revolucionarios éticos. Pero las crisis que estallan este mismo año —el asunto de Fiume y las ocupaciones de fábricas— obligan al movimiento a decidir si el productivismo debe beneficiar ante todo a los afiliados al sindicato o a la Nación. La derecha ha empezado ya a librar su batalla contra la izquierda, ha reclutado aliados seguros y decididos entre los representantes del ala antisocialista y activista del fascismo; esta lucha persigue dos objetivos: destruir no solamente el PSI, sino también las organizaciones obreras.

Este segundo objetivo dividirá a su vez a los sindicatos entre los que, siguiendo la pauta de De Ambris, han sido durante años antisocialistas, sobre todo anti PSI aunque no antiobreros, y menos aún contrarios a las organizaciones obreras, y el grupo de intelectuales impregnados de la visión soreliana de una República ética. Éstos, desde hace muchos años, se han distanciado del análisis socialista marxista y de sus implicaciones materialistas. Han sustituido la clase obrera por la Nación: una Nación voluntarista en la que se confía la dirección del proceso de cambio social a unas elites activistas. Para ellos, el espíritu revolucionario del socialismo ha desaparecido completamente, y el materialismo sólo ha conseguido inocular su veneno al partido y a las organizaciones obreras. Olivetti nos dice cómo debemos entender la sustitución de la idea de conciencia de clase por una visión ético-nacional. En su *Manifiesto dei sindacalisti*, escrito durante el primer semestre de 1921, declara: «El productor, en la medida que conquiste su libertad moral y cumpla plenamente con su deber, realizará la Revolución social, que es ante todo una Revolución nacional y una Revolución moral» [173].

En lo que respecta a la jerarquía entre problemas de clase y problemas nacionales, Olivetti es de una claridad meridiana: «La nación

[173] A. O. Olivetti, «Il Manifesto dei Sindacalisti», *Pagine Libere*, IV-V, 1921, p. 159.

está por encima de las clases, y toda consideración de clase debe quedar eclipsada ante los hechos de carácter nacional» [174].

Olivetti quiere que el sindicalismo sea una doctrina aristocrática destinada a mejorar la fibra moral del pueblo, una doctrina de la que éste sacará la voluntad y el vigor necesarios para superarse constantemente.

Así pues, el idealismo revolucionario reemplazará al materialismo histórico, el cambio ético se instala en el lugar que ocupaba el cambio económico voluntarista —característica del productivismo de De Ambris— que, a su vez, había sustituido al determinismo económico. El sindicalismo revolucionario ha recorrido un largo camino desde principios de siglo, época en la que daba sus primeros pasos como uno de los movimientos de la familia socialista-marxista. Tras haber atravesado la etapa de la revisión de la economía marxista, partiendo de la propuesta de Labriola y Leone durante el primer decenio, optó por el método de acción directa y la movilización revolucionaria de las masas [175]. Sorel influye en él a través de sus primeras reflexiones sobre el sindicalismo y de sus ideas sobre la violencia, el mito movilizador y la Revolución espiritual. En 1910, los sindicalistas revolucionarios ya se han distanciado del socialismo tradicional y se han persuadido de la incapacidad del proletariado para servir de agente revolucionario. Han iniciado el trueque de ideas con nacionalistas radicales como Corradini y Viana. Luego se hacen productivistas y voluntaristas, y se produce la confluencia con los nuevos nacionalistas, con los que comparte un mismo desprecio por el liberalismo y la democracia.

Ahora bien, no todos los sindicalistas revolucionarios, al contrario de lo que sucede con los nuevos nacionalistas, albergan un odio irrefrenable por el socialismo. Y, cuando existe, no obedece a las mismas razones, ni apunta, en modo alguno, al mismo fin. No obstante, todos atacan al materialismo racionalista. Sobre este denominador común se establece el «diálogo» ideológico entre nacionalistas y sindicalistas que, aunque no llegue a concretarse en un proyecto común, ni tan siquiera en un intercambio político claro, constituye, en el plano de las ideas, un conjunto nuevo y auténticamente revoluciona-

---

[174] *Idem*, p. 158.

[175] Sobre la revisión de las teorías económicas de Marx llevada a cabo por Leone, recomendamos vivamente la lectura de Willy Gianinazzi, *Enrico Leone, socialiste, révisionniste et syndicaliste révolutionnaire italien au tournant du siècle (1894-1907)*, tesis de doctorado no publicada, Universidad de París, VIII, Vincennes, 1984.

rio. La etapa posterior es la de la búsqueda de un mito movilizador, que habrá de sustituir al de la huelga general revolucionaria. Es la época en la que el concepto de Nación se introduce como medida-patrón de la Historia. La guerra de Libia y la de 1914 hacen las veces de catalizadores en la integración de la idea de Nación en el análisis sindicalista. Entonces, se otorga al conflicto bélico el papel de factor revolucionario y el sindicalismo se convierte en integral y nacional. Finalmente, una vez terminada la Gran Guerra, será el sindicalismo nacional, elaborado por nombres como De Ambris, Lanzillo, Panunzio, Orano y Olivetti, el que ofrecerá las definiciones y el programa del primer fascismo, el de los años 1919-1920.

5. LA ENCRUCIJADA MUSSOLINIANA: DE LA CRÍTICA DEL MARXISMO AL SOCIALISMO NACIONAL Y AL FASCISMO

I. EN LA ÓRBITA DEL SINDICALISMO REVOLUCIONARIO

Actualmente sería vano discutir el peso histórico de Benito Mussolini, su sentido de la oportunidad, sus cualidades de conductor de hombres, el papel que desempeñó en la victoriosa ascensión del movimiento fascista. Por el contrario, el lugar central que ocupa entre los revolucionarios italianos, intelectuales o líderes sindicales, que después de la guerra llaman a la destrucción del régimen establecido, nunca ha sido bien comprendido o ha sido subestimado, porque ha sido poco estudiado. Al acabar la guerra, de hecho, convergen hacia él tòdas las tendencias del nuevo movimiento revolucionario que aspiran a la toma del poder y rechazan la alternativa izquierda-derecha.

En torno al ex director del periódico *Avanti!* se agrupan sus viejos camaradas de la izquierda del Partido Socialista, del sindicalismo revolucionario, así como los nacionalistas en busca de un caudillo y los futuristas de un *Condottiere.* Mussolini aporta a la disidencia izquierdista y nacionalista italiana lo que siempre les ha faltado a sus homólogos franceses: un jefe que procede de la izquierda, un socialista ducho en todos los mecanismos de la política de los partidos, un dirigente brutal y sin escrúpulos, un jefe que al propio tiempo es un intelectual, capaz de hablar con alguien como Arturo Labriola o Marinetti, con suficientes recursos como para impresionar a Michels o a Mosca y para conseguir que Pareto o Croce le vean con indulgencia —acaso también con una cierta admiración.

Este hombre que en 1912 ha conquistado desde dentro el Partido Socialista italiano y que, en 1914, se le reconoce su condición de jefe incontestable del partido, tanto por parte de la Juventud Socialista como por el mismo Gramsci, es el mismo que, en marzo de 1919, preside la fundación del movimiento fascista en el que se funden los sindicalistas revolucionarios, los futuristas y diversos disidentes de

la izquierda [1]. Mussolini no da este paso irreflexivamente ni por oportunismo, ni —sin duda alguna— por interés. Tampoco es la coyuntura de la posguerra la que hace de él un fascista, ni siquiera la propia guerra es lo que está en el origen de esta metamorfosis. En realidad, la trayectoria de Mussolini es la resultante de una evolución intelectual y de una toma de conciencia de las realidades europeas e italianas que prevalecían antes de la guerra y que, por consiguiente, no guardan ninguna relación con ella. Ahora conviene reconstituir este trayecto.

Desde los primeros momentos de su actividad política, Mussolini evoluciona en la estela del sindicalismo revolucionario. Exilado en Suiza entre julio de 1902 y noviembre de 1904, colabora en *L'Avenire del lavoratore,* semanario del Partido Socialista italiano en Suiza, luego en *Il Proletario,* semanario socialista italiano que se publicaba en Nueva York. En octubre de 1903, cuando vive en Lausana y asiste muy probablemente a las clases de Pareto, Mussolini empieza a escribir en *Avanguardia Socialista* de Arturo Labriola. El primer artículo que manda a este periódico está dedicado a dos conferencias que acaba de pronunciar en Lausana el célebre anarquista francés Sébastien Faure [2]. En esta época sus ideas todavía no están formadas. Simpatiza con el anarquismo [3], pero al final opta por las tesis del sindicalismo revolucionario. En abril de 1904, Mussolini participa en el congreso de los socialistas italianos en Suiza, donde encuentra a Angelo Oliviero Olivetti, elegido presidente del congreso. Se alinea resueltamente en las filas antirreformistas y expresa sus posiciones en una violenta crítica de la democracia parlamentaria

---

[1] Sobre Mussolini, dirigente socialista de dimensiones nacionales, véase P. Melograni, «The Cult of the Duce in Mussolini's Italy», *Journal of Contemporary History,* 11 (1976), p. 251. Sobre Mussolini, considerado por los jóvenes como dirigente supremo del partido socialista —en vísperas de la guerra—, véase G. Gozzini, «La Federazione Giovanile Socialista tra Bordiga e Mussolini (1912-1914)», *Storia contemporanea,* febrero 1980, pp. 103-104; A. Bordiga, *Storia della sinistra comunista,* vol. I, Milán, 1964, p. 68, en R. de Felice, «Presentazione», *Utopia,* Milán, Feltrinelli, reeditado, s. f., p. XI, nota 11. Sobre el lugar ocupado por Mussolini en el seno del Partido Socialista, véase otro testimonio —menos objetivo—: D. Grandi, *Il mio paese, Ricordi autobiografici,* editado por R. de Felice, Bolonia, Il Mulino, 1925, p. 65.

[2] B. Mussolini, *Opera Omnia,* editado por Eduardo y Duilio Susmel, Florencia, La Fenice, 1972, vol. pp. 1, 9-10 y 46-47. *(Opera Omnia* en lo sucesivo se citará con las siglas *O.O.).*

[3] *Idem,* p. 36. Véase también R. de Felice, *Mussolini, il rivoluzionario,* ob. cit., p. 33.

en Italia, publicada en julio en la *Avanguardia Socialista* [4]. En víspera de la huelga general de septiembre de 1904, Mussolini defiende la lucha de clases dentro de la más pura tradición sindicalista revolucionaria [5].

Ahora bien, este joven revolucionario no sólo tiene inquietudes puramente políticas. En *Avanguardia Socialista* publica dos artículos historiográficos, uno dedicado a la noche del 4 de agosto, otro a la memoria de Ferdinand Lassalle [6]. Al propio tiempo, se siente atraído por las enseñanzas de Vilfredo Pareto, cuya teoría de las elites marcará profundamente su propio pensamiento, como el de todos los sindicalistas revolucionarios. Entonces Mussolini empieza a abordar el análisis del sindicalismo italiano en función del modelo teórico elaborado por el profesor de Lausana [7].

Este período de rica formación intelectual acaba en diciembre de 1904 cuando Mussolini decide regresar a Forli, su provincia natal de Romagna, para hacer su servicio militar. Durante un permiso, en marzo de 1905, escribe su último artículo para *Avanguardia Socialista* [8]. En realidad, Mussolini no podía hacer otra cosa mientras cumplía su servicio militar, puesto que estaba prohibido participar en una publicación política, y eso es lo que pone término a la colaboración en el periódico de Arturo Labriola.

Su actividad en las esferas sindicalistas revolucionarias le ha abierto nuevos horizontes y ello marcará de modo decisivo el talante de su reflexión. A partir de este momento y hasta después de la Gran Guerra, Mussolini reconoce y se inclina ante la autoridad de Arturo Labriola y Enrico Leone. En estos años se muestra profundamente respetuoso con la sociología de Pareto. La influencia del gran universitario italiano sobre Mussolini es, a la vez, directa, principalmente durante su exilio suizo, e indirecta a través de los teóricos del sindicalismo revolucionario. Acepta sin vacilaciones la fusión del principio

---

[4] *Ibid.*, pp. 59-60.

[5] B. Mussolini, «La crisi risolutiva», *Avanguardia Socialista,* 3 de septiembre de 1904, *O.O.*, vol. I, pp. 70-71.

[6] B. Mussolini, «Intorno alla notte del 4 Agosto», en *Avanguardia Socialista,* 30 de julio de 1904, y «Per Ferdinand Lassalle (nel 40 anniversario della sua morte)», *Avanguardia Socialista,* 20 de agosto de 1904, *O.O.*, vol. I, pp. 61-68.

[7] B. Mussolini, «L. individuel et le social», *Avanguardia Socialista,* 14 de octubre de 1904, *O.O.*, vol. I, p. 94.

[8] B. Mussolini, «La morta gora (confessioni d'un deputato)», *Avanguardia Socialista,* 11 de marzo de 1905, *O.O.*, vol. I, pp. 94-97.

de la lucha de clases con el de la teoría de la circulación de las elites. Mussolini ve en el proletariado a una elite social nueva que se forja en los sindicatos y que acabará sustituyendo a la elite burguesa, del mismo modo que la elite burguesa, en tiempos de la Revolución francesa, sustituyó a la nobleza y al clero: «¿Os acordáis de la teoría de las elites de Vilfredo Pareto? Es probable que se trate de la concepción sociológica más genial de los tiempos modernos, una concepción que nos enseña que la historia no es más que una sucesión de *elites* dominantes» [9].

Mussolini explica la crisis política y social en Italia por la decadencia burguesa, por la incapacidad de la elite en el poder de gobernar el país y de hacer frente a sus problemas. Esta degeneración burguesa afecta en la misma medida al socialismo reformista, que incesantemente va descendiendo por la pendiente [10].

Como cualquier revolucionario que se respete, Mussolini se considera marxista. Considera que Marx es «el más grande de los teóricos socialistas», y que el marxismo es «la doctrina científica de la revolución de las clases» [11]. Pero ese joven militante no es, a su vez, un teórico marxista. El marxismo le llega de forma revisada y dirigida, en principio a través de Arturo Labriola y Leone, luego a través de Sorel. Al propio tiempo, se evidencian otras influencias en sus escritos: en especial la de Rosa Luxemburgo, pero también la de Guesde y la de Jaurès [12]. Las ideas expresadas por Mussolini sobre todas las cuestiones clave del debate ideológico —internaciona-

---

[9] B. Mussolini, «Intermezzo polemico», *La Lima*, 25 de abril de 1908, *O.O.*, vol. I, p. 128.

[10] B. Mussolini, «L'atualle momento politico (considerazioni inattuali)», *La Lima*, 18 de abril de 1905, *O.O.*, vol. I, pp. 119 y 121.

[11] Vero Eretico (seudónimo de Mussolini), «Socialismo e socialisti», *La Lima*, 30 de mayo de 1908, *O.O.*, vol. I, p. 142.

[12] Sobre las diferentes influencias sufridas por Mussolini, véase E. Santarelli, «Socialismo rivoluzionario e "Mussolinismo" alla vigilia del primo conflitto europeo», *Rivista Storica del Socialismo*, núms. 13 y 14, mayo-diciembre de 1961. Sobre las muy particulares concepciones marxistas de Mussolini y sus vinculaciones con las ideas de Sorel, Nietzsche, el sindicalismo revolucionario, el anarquismo, etc., véase J. S. Woolf, «Mussolini as Revolutionary», *Journal of Contemporary History*, vol. I, núm. 2, 1966, p. 190. Sobre la influencia ideológica ejercida por Sorel sobre Mussolini, véase S. Romano, «Sorel e Mussolini», *Storia contemporanea*, vol. 15, núm. 1, 1984. Sobre la influencia ejercida por Rosa Luxemburgo sobre Mussolini, véase D. Settembrini, «Mussolini and the Legacy...», ob. cit., pp. 250-251. Sobre la revisión del marxismo en Italia, véase E. Santarelli, *La revisione del marxismo in Italia*, ob. cit. Esta cuestión actualmente es objeto de un ardiente debate.

lismo, militarismo, guerra, lucha de clases, huelga general— en nada difieren de las que habían postulado numerosos intelectuales socialistas [13].

Cualquiera que sea la definición que actualmente pueda darse del marxismo al que se vincula Mussolini en la época en la que es miembro del partido socialista, es incontestable que su enfoque de estas cuestiones está, ante todo, determinado por la teoría de la lucha de clases y por su convicción de que la revolución socialista está en marcha. Mussolini, entonces, nunca deja de manifestar su adhesión al movimiento socialista internacional y a la Internacional Socialista. Igual que cualquier otro militante socialista, sostiene que el militarismo no es más que uno de los corolarios del capitalismo, y la guerra uno de los medios de los que se sirve la burguesía para conservar el poder y explotar al máximo al proletariado.

Mussolini no hace ninguna distinción entre la burguesía extranjera y la burguesía italiana [14]. Cuando Corradini funda en diciembre de 1910 el partido nacionalista, no vacila en denunciar, a la vez, el nacionalismo italiano y el militarismo, a los que considera dos tentativas tendentes a retrasar el momento de la caída de la burguesía [15]. Para frenar estas dos corrientes, Mussolini apela a la solidaridad socialista del proletariado. La guerra sólo podrá evitarla el socialismo

---

[13] Algunos mantienen la idea de que Mussolini nunca fue socialista, o un verdadero socialista. Una afirmación así equivale a descartar *a priori* tanto los escritos de Mussolini como su actividad militante. Ahora bien, es evidente que este joven militante, hacia 1910, no sabía que un día sería fascista. No existe ninguna razón para negar el valor histórico de sus ideas y de sus tomas de posición de entonces. Un ejemplo de esta controversia es la crítica que Vivarelli hace del gran trabajo de R. de Felice. Vivarelli reprocha a este estudio el haber tomado en serio las declaraciones y escritos de Mussolini, lo que, sin lugar a dudas, no es el mejor medio de descifrar el secreto del éxito de Mussolini; véase Vivarelli, «Benito Mussolini dal socialismo al fascismo», en *Il fallimento del liberalismo. Studi sulle origini del fascismo,* Bolonia, Il Mulino, 1981, pp. 108-109; publicado primeramente en *Rivista Storica italiana,* Nápoles, 1967, vol. 79. Vivarelli también estima que es dudoso el contenido marxista del socialismo de Mussolini. Esta opinión la comparte también otro investigador: véase N. Tranfaglia, «Dalla neutralità italiana alle origini del fascismo: tendenze attuali della storiografia», en *Dallo stato liberale al regime fascista, Problemi e ricerche,* Milán, Feltrinelli, 1981, p. 87. En el extremo opuesto, A. J. Gregor sostiene, por el contrario, que el fascismo era una versión del marxismo clásico, una posición tan poco razonable como la anterior; véase A. J. Gregor, *Young Mussolini and the Intellectual Origins of Fascism,* ob. cit., p. IX.

[14] B. Mussolini, «La Crisi», *L'Avvenire del Lavoratore,* 11 de febrero de 1909, O.O., vol. II, p. 7.

[15] B. Mussolini, «Nazionalismo», *La Lima,* 17 de diciembre de 1910; se publicó sin firma en *La lotta di classe,* 10 de diciembre de 1910, O.O., vol. III, pp. 280-281.

internacionalista [16], nunca podrá hacerlo «el pacifismo burgués y demócrata». En estos momentos, la lucha contra la guerra y el militarismo constituye para Mussolini uno de los componentes de la batalla por el socialismo. A esa lucha consagra la mayor parte de su actividad periodística y política.

En los primeros años del siglo ya ensalzaba la atmósfera de los congresos internacionalistas y sus decisiones antimilitaristas. En 1903, describía la etapa que siguió a 1871 como un período idílico, en el que el internacionalismo suplantó al militarismo. El impulso que movió a los obreros de París a tender la mano a los obreros de allende el Rin, trajo como consecuencia que la guerra no sea posible en Europa. Y si de todos modos la guerra estallara, el proletariado no aceptaría ir al matadero sin reaccionar: pondría en práctica los preceptos de Jules Guesde y desencadenaría una huelga general que, de hecho, sería el comienzo de la revolución social [17].

Si, en todo caso, el proletariado no lograra impedir la guerra, haría cuanto pudiera para servirse de ella a fin de imponer sus propios fines revolucionarios y asaltar el poder mediante la huelga general. Esta concepción no es original. Mussolini se limita a hacerse eco de una idea muy extendida en las esferas socialistas de su tiempo [18]. No se desvía ni un ápice de la línea socialista cuando afirma que el proletariado no tiene patria, porque nunca ha sacado provecho de ella. De modo que es perfectamente normal que el proletariado aproveche la guerra para acelerar el estallido de la guerra civil [19]. En definitiva, es todo muy trivial y convencional en la época.

Ésas son las posiciones de Mussolini cuando Italia, en septiembre de 1911, emprende la campaña libia. Entonces es secretario de la sección de Forli del Partido Socialista. Consecuente con sus ideas, intenta desencadenar una huelga general contra la guerra [20]. El fracaso

---

[16] Sacado de un discurso pronunciado por Mussolini en Milán, 17 de noviembre de 1912, contra la intervención de las potencias europeas en los Balcanes. B. Mussolini, «Contro la Guerra», *Avanti!*, 18 de noviembre de 1912, *O.O.*, vol. IV, p. 234.

[17] B. Mussolini, «Sport di coronati», *Il proletario*, 29 de junio de 1903, *O.O.*, vol. I, p. 32.

[18] Este párrafo apareció sin firma; se atribuye a Mussolini, «La Guerra?», *La lotta di classe*, 30 de septiembre de 1911, *O.O.*, vol. IV, p. 74.

[19] B. Mussolini, «Il proletariato ha un interesse alle conservazioni delle patrie attuali?», *L'Avvenire del Lavoratore*, 1 de julio de 1909, *O.O.*, vol. II, p. 170.

[20] Gregor sostiene que la actitud de Mussolini sobre la cuestión libia estaba inspirada en razones tácticas e iba orientada a reforzar su posición en el seno del Partido Socialista; A. J. Gregor, *Young Mussolini...*, ob. cit., p. 128.

es total. Mussolini es detenido y condenado a un año de cárcel. Cuando en marzo de 1912 sale de la cárcel —su pena ha sido reducida a cinco meses y medio— su estatura alcanza ya una dimensión muy distinta. En el propio seno del partido, se convierte rápidamente en una figura nacional y encabeza la corriente revolucionaria. Una corriente que sale vencedora del Congreso celebrado en Reggio Emilia en julio de 1912 [21]. Este cambio de sentido tiene dos efectos inmediatos: la marginación de los reformistas y la designación de Mussolini como redactor jefe de *Avanti!* en noviembre del mismo año.

De la tentativa abortada durante las jornadas de acción contra la guerra de Libia, Mussolini ha sacado una lección que nunca olvidará: la necesidad de combatir sin tregua a los socialistas reformistas, a los que acusa de haber hecho fracasar el movimiento de huelga. La revancha sobre estos hombres, como se sabe, no tardará en llegar. Al propio tiempo, comienzan a surgir en él serias dudas sobre la aptitud del proletariado para cumplir su papel histórico. Sus conclusiones en la materia coinciden con las de Sorel, Michels, o los sindicalistas revolucionarios italianos o franceses. Pero a diferencia de gente que, como Sorel, nunca han militado en un partido socialista, Mussolini es un hombre al que el aparato reserva el mejor de los futuros. Ése es, precisamente, uno de los momentos más interesantes e importantes de su trayectoria. Cuando su partido acaba de abrirle un camino real hacia las cumbres, cuando acaba de eliminar a sus enemigos de derecha, cuando se afirma como uno de los dirigentes capaces de llevar el partido hacia posiciones más radicales, Mussolini entra en un lento proceso de ruptura con las ideas tradicionales del socialismo. Entonces es cuando vemos que inicia un proceso de transformación ideológica que le conducirá al fascismo.

Aun cuando en sus escritos sean perfectamente reconocibles otras influencias, siguen siendo incomparablemente mayores las que sobre él ejercen los teóricos del sindicalismo revolucionario. Mussolini en 1909 insiste en el hecho de que su marxismo no es el original, el de uso corriente en Alemania, sino un marxismo revisado por Sorel [22]. Por eso este militante socialista no tiene ninguna dificultad en suscribir, tras haber citado a Paolo Orano, la totalidad de la crítica sindica-

---

[21] R. de Felice, *Mussolini il rivoluzionario*, ob. cit., p. 110. Véase también M. Degl'Innocenti, *Il socialismo italiano a la guerra di Libia*, ob. cit.

[22] B. Mussolini, «Lo sciopero generale e la violenza», *Il Popolo*, 25 de junio de 1909, O.O., vol. II, p. 167.

lista del marxismo: «Admitimos, con los "críticos socialistas" de Marx, que determinadas nociones de su teoría económica son erróneas, pero no podemos unirnos al dudoso coro de los que declaran que el marxismo ha fracasado» [23].

Al bagaje intelectual adquirido en contacto con el sindicalismo revolucionario italiano —la teoría de las elites y la «crítica socialista» del marxismo— se añade el conocimiento extraído del estudio de la obra de Sorel. Junto con Pareto, Arturo Labriola y Leone, Sorel constituye para el ardiente revolucionario de Forli la otra gran fuente de inspiración:

En cuanto a la noción de violencia —escribe Mussolini en junio de 1908—, mis modestas ideas han encontrado una confirmación suficientemente autorizada en el artículo de Georges Sorel que cito más abajo, un artículo publicado en el último número de *La Guerra Social* de Turín del pasado 29 de mayo [24].

Un año más tarde, Mussolini reseña las *Reflexiones sobre la violencia* que acaban de aparecer en italiano: se percata de la gran debilidad de esta obra —la ausencia de un modelo bien estructurado—, pero no expresa la menor reserva sobre su contenido. Todo lo contrario. Sólo la violencia, sólo la lucha a ultranza contra la democracia permitirán al proletariado cumplir su misión histórica. Mussolini considera a Sorel un antídoto saludable contra las perversiones que el marxismo ha sufrido en Alemania [25].

Mussolini publica el más importante de sus artículos sobre el sindicalismo revolucionario. Se trata de una reseña de una obra de Guiseppe Prezzolini *(La Teoría sindicalista)*. En este artículo Mussolini se define como «sindicalista desde hace cinco años» [26]. Haciendo remontar su adhesión a las ideas del sindicalismo revolucionario al año 1904, reconstruye fielmente el sentido de sus primeros años de militancia. No se olvida de rendir un vibrante homenaje a «nuestro Maestro» Sorel. En opinión de Mussolini, la influencia del autor de

---

[23] B. Mussolini, «Socialismo e socialisti», *La Lima*, 30 de mayo de 1908, O.O., vol. I, p. 143.

[24] B. Mussolini, «Per finire», *La Lima*, 6 de junio de 1908, O.O., vol. I, p. 147.

[25] B. Mussolini, «Lo sciopero generale e la violenza», loc. cit., O.O., vol. II, pp. 163-168. La obra se publica en distintos volúmenes en Laterza en 1909.

[26] B. Mussolini, «La teoria sindacalista», *Il popolo*, 25 de mayo de 1909, O.O., vol. II, p. 124. La obra de Prezzolini se publicó en Perella, Nápoles, 1909.

las *Reflexiones* ha sido mucho más importante para el sindicalismo revolucionario que la de Bergson. Según él, Sorel representa el verdadero puente entre Marx y el sindicalismo; igual que el pensador francés, él también considera que la violencia es una necesidad histórica, la única arma de combate contra la burguesía en el poder [27].

Pero el militante de Forli no sólo acepta la autoridad de Sorel. Los otros líderes intelectuales del sindicalismo revolucionario también merecen este honor: Robert Michels, Paolo Orano y, como ya hemos dicho, sobre todo Arturo Labriola, a quien considera a la vez un gran teórico y un jefe político con un brillante porvenir, el único hombre capaz de enfrentarse a Turati [28]. En cuanto a Enrico Leone, Mussolini cree que es el teórico por excelencia. Nunca dejará de admirar al autor de *Il Sindacalismo,* ni siquiera en los tiempos de la ascensión del movimiento fascista. Habrá que esperar el fracaso de la ofensiva soviética sobre Varsovia, en agosto de 1920, para que Mussolini le ataque por primera vez. En esta ocasión, Leone toma partido por los bolcheviques, lo que para el jefe del fascismo es inaceptable [29].

Es necesario que hagamos hincapié aquí, una vez más, en la importancia de la praxis para los sindicalistas revolucionarios. En esta materia, Mussolini tiene todas las razones del mundo para considerarse como uno de ellos. Si profesa tanta admiración al autor de *L'Avenir socialiste des syndicats,* es precisamente porque, «para Sorel el marxismo debe ser aprehendido como un trabajo de consejo y no como una teoría, como una práctica y no como una ciencia» [30].

De hecho, igual que todos los sindicalistas revolucionarios de esta época, Mussolini empieza hacia 1909-1910 ha tener dudas sobre la capacidad revolucionaria del proletariado. Como sistema de pensamiento, el sindicalismo es perfecto, dice Mussolini, pero le faltan los batallones capaces de dar la victoria a la teoría. Estos batallones hay

---

[27] *Idem,* p. 127.

[28] Véanse los siguientes artículos de Mussolini: «Fra libri e rivista», *Il popolo,* 4 de septiembre de 1909, *O.O.,* vol. II, pp. 248-249; «Andrea Costa in un libro di Paolo Orano», *La lotta di classe,* 21 de octubre de 1910, *O.O.,* vol. III, p. 97; «Il socialismo degli avvocati», *La lotta di classe,* 25 de junio de 1910, *O.O.,* vol. III, p. 122; «Ministerialismo», *La lotta di classe,* 21 de mayo de 1910, *O.O.,* vol. III, p. 95; «Dopo il Congresso di Milano», *La lotta di classe,* 29 de octubre de 1910, *O.O.,* vol. III, p. 253; «L'attuale momento politico e partiti politici in Italia», *O.O.,* vol. III, p. 284.

[29] B. Mussolini, «Varsavia e il "Plus" Triestino», *Il popolo d'Italia,* 22 de agosto de 1920, *O.O.,* vol. XVI, p. 155.

[30] B. Mussolini, «La teoria sindacalista», loc. cit., p. 127.

que prepararlos, educarlos, si se quiere evitar que el sindicalismo se convierta en una mera moda intelectual y literaria [31].

Para comprender claramente la naturaleza de las relaciones entre Mussolini y los sindicalistas revolucionarios hay que tener en cuenta un hecho esencial: este ex maestro es, ante todo, un político y un periodista. Un periodista cultivado que lee enormemente, que escribe mucho, que se interesa por Nietzsche y por Bergson, y que admira al poeta alemán Klopstock [32]. Sin embargo, no aspira a ser un teórico. En todo caso, no se toma por un pensador susceptible de sentar cátedra al lado de Arturo Labriola, de Leone, de Orano, de Panunzio o de Robert Michels. En realidad, el ambiente de los teóricos sindicalistas, todos ellos intelectuales de primera fila, en su mayoría universitarios profesionales, no ofrece a este militante un espacio donde poder desplegar sus verdaderos talentos. Por otro lado, Mussolini no es un jefe sindicalista, como los hermanos De Ambris, Corridoni o Michele Bianchi, auténticos héroes de las luchas obreras, a quienes admira y con quienes no pretende rivalizar. Este joven militante no ha participado en las grandes luchas obreras del primer decenio del siglo. Cumple su servicio militar en 1905-1906, no está presente en Ferrara en 1907 ni en Parma en 1908, cuando la actividad militante del sindicalismo está en su apogeo. No participa en el esfuerzo desplegado por estos hombres para conquistar el Partido Socialista desde dentro, ni tampoco sigue sus pasos cuando, después del Congreso de Ferrara de 1907, llegan a la conclusión de que el Partido ya no puede ofrecerles un futuro que compartir.

Al contrario que esos jefes sindicalistas y esos intelectuales, Mussolini está convencido de que el socialismo italiano no tiene nada para reemplazar al Partido. Muy pronto deja de creer en las virtudes mesiánicas de las organizaciones autónomas del proletariado y se niega a romper sus lazos con el Partido Socialista. Mussolini, militante de la extrema izquierda del Partido, ardoroso batallador contra el reformismo, considera que el sindicalismo revolucionario es un extraordinario instrumento de trabajo. La teoría de la violencia proletaria, de la lucha de clases a ultranza, corresponde perfectamente a su propia concepción del socialismo. Pero no por ello cree que haya que rom-

[31] *Idem*, p. 128.

[32] Véase, por ejemplo, B. Mussolini, «La poesia di Klopstock dal 1789 al 1795», *Pagine Libere*, 1 de noviembre de 1908, y «La filosofia della forza. (Postille alla conferenza dell'en. Treves)», *Il pensiero romagnolo*, 29 de noviembre de 1908, 6 de diciembre de 1908, 13 de diciembre de 1908, O.O., vol. I, pp. 174-184.

per con el Partido. Ahí aparece el primer desacuerdo con los sindicalistas revolucionarios, desacuerdo que sólo se refiere a cuestiones de táctica, puesto que nunca cuestiona el corpus ideológico elaborado por los sorelianos. Mussolini que en seguida es elegido secretario de la sección de Forli, tarda poco en descubrir el campo donde ejercer su fuerza específica. Hombre de aparato incomparable, este experto en táctica sin par explota maravillosamente todas las posibilidades que le ofrece el Partido Socialista. Escala posiciones rápidamente y, cuando se encuentra cara a cara con los grandes nombres del sindicalismo, será en su condición de jefe de la izquierda revolucionaria, un jefe que acaba de obtener un triunfo allí donde sus maestros habían fracasaso lamentablemente: en la conquista del Partido desde dentro.

Efectivamente, durante los cinco años que preceden a la guerra se puede constatar el desarrollo de una interacción ambigua entre Mussolini y sus mentores intelectuales. Por lo que respecta a las opciones políticas inmediatas, incluida la expedición de Trípoli, las relaciones son conflictivas y suelen degenerar en enfrentamientos oratorios violentos. Los sindicalistas revolucionarios que han abandonado el Partido, o que han sido puestos en el brete de dimitir, adoptan posiciones que Mussolini califica, sin ambages, de dudosas. ¿Acaso esos hombres no se han fusionado con los nacionalistas y los futuristas? ¿No apoyan, acaso, la guerra de Libia, una expedición colonial clásica? Es verdad que preconizan la huelga general, pero, al propio tiempo, no vacilan en saborear el sufragio universal. A Mussolini le resulta muy fácil denunciar un comportamiento que con toda comodidad puede calificar de incoherente. Frente a esos «izquierdistas» que luchan contra el Partido desde fuera, que sienten un apego excesivo por las ideas de la derecha nacionalista y defienden sus peores delirios imperialistas, Mussolini, desde dentro, conduce el recto combate del consenso socialista. No obstante, sigue manteniendo su dependencia intelectual respecto de la doctrina sindicalista. Eso es lo que, en realidad, explica por qué, inmediatamente después de la guerra ítalo-turca, y particularmente a partir del momento en el que, a finales de 1913, saca la revista *Utopia*, Mussolini no tiene la menor dificultad en reemprender su colaboración intelectual con los teóricos del sindicalismo revolucionario. En realidad, en el curso de los años que anteceden a la guerra, las relaciones que mantiene el hombre fuerte de la izquierda revolucionaria en plena ascensión en el seno del Partido, tiene una doble cara.

De forma que, con arreglo a esta actitud, tiene sumo cuidado en

no atacar la doctrina cuando, en noviembre de 1909, lanza su primera andanada contra los sindicalistas revolucionarios. Lo que realmente reprocha a esos rebeldes con los que comparte, no obstante, tanto los objetivos a largo plazo como el temperamento, son sus sucesivos fracasos. No le gusta ver cómo envejece el sindicalismo revolucionario, sumido en la diletancia literaria [33]. Se subleva contra sus compromisos y reemprende las críticas dirigidas al autor de las *Reflexiones,* culpable de haberse aliado con la Acción Francesa: «Conocemos a Sorel desde hace muchos años. Nunca creímos en el revolucionarismo de ese jubilado devorador de bibliotecas. Su sindicalismo sólo ha sido un movimiento de reacción» [34].

En otro lugar, insiste: «Durante un tiempo fue colaborador asiduo del pérfido *Resto del Carlino* [...]. Empiezo a creer que el reproche que se le suele hacer de ser vanidoso y fatuo (concede, por ejemplo, mucha importancia a la Legión de Honor) no es nada exagerado, ni está desprovisto de fundamento» [35].

En diciembre de 1910, resume el caso Sorel declarando sencillamente: «El "maestro" se ha puesto definitivamente al servicio del Antiguo Régimen y de la fuerza» [36].

Luego, tras examinar la función que cumple el sindicalismo revolucionario en la escena política, Mussolini concluye:

> Actualmente el sindicalismo está al servicio del nacionalismo, del futurismo, del imperialismo, del misticismo, de los que fomentan la guerra y del clericalismo: en algunas ocasiones se pone al servicio de los terratenientes *(Agraria),* al igual que los artículos que incitan a romper las huelgas *(crumireschi)* de Paolo Orano y de Georges Sorel, o las conferencias de Labriola [37].

Mussolini va todavía más lejos. Ataca con mayor vivacidad aún a casi todos los otros sindicalistas revolucionarios [38]. Sólo perdona a los

---

[33] B. Mussolini, «Giovanni Giolitti», *Il popolo,* 12 de octubre de 1909, *O.O.,* vol. II, p. 259, y «Vechiaia», *La lotta di classe,* 2 de julio de 1910, *O.O.,* vol. III, p. 130.

[34] B. Mussolini, «L'ultima capriola», *La lotta di classe,* 26 de noviembre de 1910, *O.O.,* vol. III, p. 272.

[35] B. Mussolini, «Da Guicciardini a ... Sorel», *Avanti!,* 18 de julio de 1912, *O.O.,* vol. IV, p. 171 *(poseur* en francés en el texto).

[36] B. Mussolini, «Fine stagione», *La lotta di classe,* 17 de diciembre de 1910, *O.O.,* vol. III, p. 289 *(Ancien Régime* en fránces en el texto).

[37] B. Mussolini, «Fine stagione», loc. cit., p. 291.

[38] Véase la polémica con Paolo Orano, editor de *La Lima,* en B. Mussolini, «Nel mondo dei Rabagas», *La folla,* 18 de agosto de 1912, *O.O.,* vol. IV, p. 191.

que, como Leone y De Ambris, se muestran contrarios a la expedición de Trípoli [39]. Pero cuando en abril de 1913, Alceste de Ambris decide presentarse a la diputación, sus iras vuelven a desatarse [40]. No encuentra palabras suficientemente duras para denunciar a los cuatro teóricos del sindicalismo revolucionario, súbitamente zambullidos en la agitación electoral de octubre-noviembre de 1913. He ahí, pues, a Olivetti convertido en agente electoral de Bossi, a Enrico Leone haciendo campaña en Ferrara a favor de Michele Bianchi, a Paolo Orano apoyando todas las iniciativas electorales de sus amigos, algunos de los cuales —y no de los menos importantes, puesto que se trata de Alceste de Ambris, Ottavio Dinale y Arturo Labriola— son ellos mismos candidatos [41].

Además de la lucha que llevan contra el Partido, solicitando los sufragios de su clientela, esos hombres provocan, a finales de 1912, una nueva escisión, esta vez en el seno de la Confederación General del Trabajo (CGT). Eso no es todo: Mussolini considera que sus rivales manejan mal el arma de los paros laborales. Todos los movimientos de huelga convocados a lo largo de estos años terminan mal y han conducido ineluctablemente a compromisos humillantes para el proletariado [42]. Una vez más, es necesario insistir aquí en el hecho de que Mussolini ha dejado de creer en las virtudes revolucionarias de un proletariado heroico, exclusivamente organizado en sus ciudadelas autónomas, ansioso de lanzarse a la batalla por la salvación de la civilización [43]. Como todos los militantes miembros de los partidos socialistas de Europa occidental, no olvida jamás que el obrero también es un ciudadano. Por eso en ningún caso habrá que abandonar ese arma que representa la huelga general política [44]. Así pues, es totalmente lógico que Mussolini defienda el Partido contra los disidentes,

---

[39] De Ambris, «Noi e il Partito Socialista. In guardia contro l'illusione», *L'Internazionale,* 27 de julio de 1912, p. 1.

[40] Sobre la polémica Mussolini-De Ambris, véase B. Mussolini, «La candidatura De Ambris», 13 de abril de 1913, *O.O.,* vol. V, p. 153; A. de Ambris, «Punto e basta», *L'Internazionale,* 3 de mayo de 1913.

[41] B. Mussolini, «L'atteggiamento del sindacalismo verso le elezioni», *Avanti!,* 25 de octubre de 1913, vol. V, p. 335.

[42] B. Mussolini, «Lo sciopero generale di protesta contro l'impresa di Tripoli. Constatazioni», *La lotta di classe,* 30 de septiembre de 1911, *O.O.,* vol. IV, p. 61.

[43] B. Mussolini, «Il Congreso di Modena», *Avanti!,* 24 de noviembre de 1912, *O.O.,* vol. IV, p. 237. El congreso de Módena se celebró entre el 23 y el 25 de noviembre.

[44] B. Mussolini, «Lo sciopero generale di protesta contro la impresa di Tripoli. Constatazioni», *La lotta di classe,* 30 de septiembre de 1911, *O.O.,* vol. IV, p. 61. B.

con la misma energía desplegada algunos años antes por Jules Guesde frente a Lagardelle. En un texto de una gran claridad, explica todo lo que le separa del sindicalismo revolucionario. La razón fundamental, dice, es

> mi escepticismo sobre la capacidad revolucionaria de las organizaciones económicas. El sindicalismo cuenta con la inutilidad del Partido Socialista. Yo pienso, precisamente, todo lo contrario. Pero el sindicalismo ha producido a lo largo de esos diez últimos años todo un cuerpo doctrinal y todo un conjunto de experiencias obreras que un socialista revolucionario no puede ignorar [45].

Al escribir estas líneas en 1914, Mussolini demuestra de hecho lo que es evidente. Hace ya mucho tiempo que los sindicalistas han dejado de ver en el proletariado esa fuerza mesiánica con la que había soñado Sorel, hacía mucho tiempo que en realidad habían abandonado la esperanza de una regeneración universal a través del proletariado. Al negarse a cultivar el mito del proletariado salvador de la civilización, Mussolini no hace sino levantar acta de las realidades, pero al reprochar a los sindicatos que se encierran en un mundo imaginario, está buscando tres pies al gato.

De hecho, los sindicalistas, lejos de sumirse en ensoñaciones sobre un porvenir indeterminado, se muestran muy pragmáticos, pues se limitan a intentar romper los cerrojos de una situación bloqueada. No sólo esperan que se presente una ocasión, sino que hacen cuanto pueden para crearla y multiplican los conatos de sublevación. Nadie puede saber qué huelga será la que vaya a provocar la verdadera explosión. Todo vale para sacudirse de encima las bajezas de una vida política en la que los mercadeos y los compromisos rivalizan con las traiciones. El detonador puede ser tanto la expedición de Trípoli como una huelga cualquiera. Dicho de otro modo, según los sindicalistas revolucionarios, una guerra extranjera o una insurrección obrera pueden, *mutatis mutandis,* ser igualmente provechosas.

Ahí es donde, precisamente, reside el desacuerdo esencial entre Mussolini y los jefes sindicalistas. Al reprocharles su irresponsabilidad, el líder socialista no se equivoca del todo. Para él, no todas las

---

Mussolini, «Lo sciopero generale di protesta contra l'impresa di Tripoli. Constatazioni», loc. cit., p. 61.

[45] B. Mussolini, «Replica a Graziadei», *Il giornale d'Italia,* 6 de julio de 1914, *O.O.,* vol. VI, pp. 160-161.

ocasiones son siempre buenas ocasiones En efecto, durante el verano de 1913, la huelga general de Milán dirigida por Corridoni, mal preparada, fracasa estrepitosamente. A pesar de sus críticas, Mussolini, en contra de los deseos del Partido, apoya a los obreros metalúrgicos de Lombardía. Quiso solidarizarse con los obreros en lucha [46]. Pero, una vez terminada la huelga, quiere ajustar cuentas con la Unión Sindical Italiana —disidencia sindicalista revolucionaria de la CGL— responsable de este nuevo desastre [47]. La polémica en pro y en contra de Filippo Corridoni prosigue hasta los primeros meses de 1914 [48]. Pero la disputa, a menudo violenta, en modo algunos empaña el respeto mutuo que se tienen los dos hombres. Prueba de ello es que ambos colaborarán durante la Semana Roja de junio de 1914, luego en el movimiento intervencionista.

Tal es la naturaleza de los problemas que incitan a Mussolini a enfrentarse con los sindicalistas revolucionarios. A pesar de su virulencia verbal, por otro lado habitual en Italia, donde se maneja la injuria con mucha más soltura que —por ejemplo— en Francia, esas relaciones conflictivas jamás desbordan los límites de un debate político y táctico estrictamente coyuntural. Nunca, en el curso de esos cuatro años de animosidad, Mussolini atacó los principios del sindicalismo revolucionario. La revisión antimaterialista del marxismo, con sus complementos de antirracionalismo y de vitalismo, sigue siendo un logro inamovible de su pensamiento. También lo es la función de la violencia y la teoría de los mitos como motores de la actividad política y social. De los labios de este virulento polemista no sale ni una sola palabra contra el socialismo como sistema de pensamiento. Ello facilitará que con toda naturalidad se produzca la confluencia de los revolucionarios durante los primeros meses de la guerra. Recordemos que en el momento en que Mussolini polemiza con Corridoni ya ha empezado a publicar *Utopia*, revista no conformista que abre generosamente sus columnas a los teóricos del sindicalismo revolucionario. Se pone de manifiesto que las respectivas actitudes de unos y otros, en ese mes de junio de 1914, vienen a confirmar la evidencia: la controversia se refería, de hecho, a cuestiones de táctica. Lo

---

[46] B. Mussolini, «Metallurgici proclamano lo sciopero generale», *Avanti!*, 19 de mayo de 1913, *O.O.*, vol. V, pp. 160-161.

[47] B. Mussolini, «Lo sciopero generales», *Avanti!*, 8 de junio de 1913, *O.O.*, vol. V, p. 170, y «Sciopero conservatore», *Avanti!*, 15 de agosto de 1913, *O.O.*, vol. V, p. 258.

[48] B. Mussolini, «Dopo lo sciopero alle "Miani e Silvestri". Una lettera dell'Unione Sindacale», *Avanti!*, 26 de febrero de 1914, *O.O.*, vol. VI, pp. 103-108.

único que realmente importaba era saber qué ocasión era la más propicia para desencadenar un proceso revolucionario.

Mussolini cree que esta ocasión ha surgido en el momento que estallan las primeras manifestaciones, en que se desencadenan los primeros paros laborales en estas jornadas que la crónica llamará *la settimana rossa.* La extraordinaria atmósfera de tensión que entonces prevalece no cabe duda que juega un papel nada despreciable. A pesar del rechazo oficial del Partido, Mussolini se lanza ardorosamente a la batalla. Está convencido que se está en presencia de un verdadero inicio de insurrección [49]. El jefe de la izquierda revolucionaria, conocido por su valor físico —se batió a duelo en varias ocasiones— se forjó también en las calles de Milán una reputación de audaz agitador de masas. Involucrado en las batallas campales que enfrentan las fuerzas del orden con los manifestantes, golpeado y derribado por la policía, Mussolini ve cómo Amilcare de Ambris, hermano de Alceste, Filippo Corridoni y Cesare Rossi lo protegen con sus cuerpos. Acaba de iniciarse una nueva etapa en las relaciones entre el líder socialista y los jefes sindicalistas. No obstante, y aún estando de acuerdo con los sindicalistas sobre el sentido de este movimiento de masas, se somete a la orden de cesar la huelga dada por la CGL. Igual que todos los que salieron a las calles de Milán, se ve sorprendido por la amplitud de la movilización y en ello ve grandes posibilidades de futuro. En junio de 1914, Mussolini llega también a convencerse de que se acerca el momento de acabar con la elite en el poder.

Pero con el surgimiento de la crisis europea, esas ideas no han tenido tiempo de madurar, menos aún de encontrar la posibilidad de iniciar su puesta en práctica. Una vez más, Mussolini, guardián de las posiciones oficiales del Partido, resiste a las presiones de los «izquierdistas» quienes, fieles a su concepción de la guerra revolucionaria, lanza, bajo la dirección de Alceste de Ambris, una vasta campaña en pro de la intervención [50]. Este nuevo antagonismo sólo durará unas semanas. En el otoño de 1914, Benito Mussolini, abiertamente y sin reservas mentales, rinde las armas a los sindicalistas revolucionarios. El 18 de octubre de 1914, publica en *Avanti!* un artículo que preco-

---

[49] B. Mussolini, «La settimana rosa», en *Utopia,* 15-31 de julio de 1914, p. 242, *O.O.*, vol. VI, p. 256.

[50] B. Mussolini, «Hervé promette», *Avanti!,* 26 de septiembre de 1914, *O.O.*, vol. VI, p. 370, e «Intermezzo polemico», *Avanti!,* 8 de octubre de 1914, *O.O.*, vol. VI, pp. 381-385; «Fra la paglia e il bronzo», *La Patria. Il resto del carlino,* 13 de octubre de 1914, *O.O.*, vol. VI, p. 390.

niza el abandono de la «neutralidad absoluta», y se pronuncia a favor de una «neutralidad activa y comprometida» [51]. Desautorizado al día siguiente por la dirección del Partido, presenta su dimisión en el curso de la misma jornada. Unos días más tarde, se incorpora oficialmente a las filas de los jefes sindicalistas que dirigen la agitación intervencionista.

Es evidente que Mussolini en modo alguno ha actuado irreflexivamente. La rapidez y la facilidad con que abandona sus funciones y su posición estratégica en la dirección del Partido Socialista así como la desenvoltura con que se integra en el sindicalismo revolucionario son, de hecho, la culminación de un largo proceso. Efectivamente, entre la expedición de Trípoli y el inicio de la Gran Guerra, Mussolini, mientras prosigue su actividad de militante, sufre una verdadera crisis intelectual que abre el segundo período de su evolución, período al final del cual abandonará la dirección de la izquierda revolucionaria para tomar las riendas del fascismo naciente.

El 1 de octubre se crea en Milán una nueva organización: el Fascio Revolucionario de Acción Internacionalista. El 5 de octubre el Fascio publica un manifiesto dirigido «A los trabajadores de Italia». De ahora en adelante, la revolución socialista pasa por la revolución nacional:

> Nosotros, revolucionarios que nos mantenemos fieles a las enseñanzas de los maestros, creemos que no es posible rebasar los límites de las revoluciones nacionales sin pasar antes por la etapa de la revolución nacional en sí misma [...]. Donde los pueblos no viven en el marco de sus propias fronteras naturales constituidas por la lengua y la raza, donde no se ha resuelto la cuestión nacional, no puede existir el clima histórico necesario para el desarrollo normal del movimiento de clase [...] [52].

Este texto lleva la firma de los miembros de un «Comité de iniciativa» formado exclusivamente por líderes del sindicalismo revolucionario. Entre los firmantes destacan los nombres de Corridoni, Michele Bianchi, Amilcare de Ambris, Olivetti, Cesare Rossi y Libero Tancredi (seudónimo de Massimo Rocca). En 1915, Michele Bianchi ocupará la secretaría general del movimiento de los Fasci intervencionistas, antes de convertirse en secretario general del Partido Nacional Fascista. De este modo, el socialismo nacional se convierte en una

[51] Véase *Avanti!*, 18 de octubre de 1914, O.O., vol. VI, pp. 393-403.
[52] «Ai lavoratori d'Italia», *Pagine libere*, 10 de octubre de 1914, p. 37.

realidad social, y la agitación en pro de la guerra, que se busca que adquiera las dimensiones de una guerra revolucionaria, debemos percibirla como la partida de nacimiento del fascismo.

En estos momentos, Mussolini todavía es director de *Avanti!*. Esperará quince días antes de incorporarse a las filas de esos socialistas nacionales a los que, el 13 del mismo mes de octubre, en un informe para el ministerio del Interior, el jefe de la policía de Milán define todavía en términos de «sin patria», y agrega que quieren la guerra «únicamente para pescar en río revuelto». Los «sin patria» en cuestión son los militantes del Comité Director del Fascio de Milán: Corridoni, Olivetti, Dinale, Masotti, Ciardi, Mantica, Rocca y Rossi [53]. Por lo que respecta al llamamiento del Fascio Revolucionario de Acción Internacionalista «a los trabajadores, a los revolucionarios de Roma», se lanzará el 21 de noviembre de 1914. El texto lleva la firma de Francesco Pucci, Paolo Mantica, Agostino Lanzillo y Nicolo Fancello [54].

De forma que la creación del primer Fascio es anterior a la ruptura de Mussolini con el Partido Socialista. Con la incorporación del jefe de la izquierda revolucionaria a los socialistas nacionales, las cosas se precipitan. Inmediatamente, Mussolini se pone a la cabeza de la joven organización. Es célebre y no se contenta con papeles secundarios. Su único rival potencial, Filippo Corridoni, está dotado también de una personalidad excepcional. Pero el gran jefe sindicalista carece de la habilidad de ese político sin par que es el ex director de *Avanti!*. Apenas cuatro semanas después de haber presentado su dimisión del Partido, el ex colaborador de Arturo Labriola lanza *Il popolo d'Italia,* que toma el relevo de *Utopia,* cuyo último número aparece el 15 de diciembre de 1914. En el equipo de redacción del nuevo periódico encontramos a los viejos colaboradores de *Avanti!* y de *Utopia,* pero también a los adversarios de antaño. El sindicalismo revolucionario de origen se halla representado por Lanzillo, Dinale, Panunzio, Mantica, Polledro y otros militantes menos célebres.

Para esos hombres que tanto han luchado, y que, desde las grandes huelgas de los albores del siglo, pasando por la expedición a Trípoli hasta la «Semana Roja», han hecho cuanto han podido para romper el *statu quo,* para esos hombres para los que todo era válido —huelga general o guerra extranjera— a fin de quebrantar el orden

[53] R. de Felice, *Mussolini il rivoluzionario,* ob. cit., p. 272.
[54] *Idem.*

establecido, la gran conflagración europea aparece como una liberación. En mayo de 1915 —el famoso «mayo radiante»—, Italia entra en guerra. El 31 de agosto, Mussolini se incorpora a su regimiento de *Bersaglieri.*

En el curso de los tres años que sucederán a esta fecha, sus actividades revolucionarias chocarán con grandes quebrantos. O está en el frente o en el hospital, o está todavía convaleciente o se está recuperando de sus heridas. No obstante, aprovecha todas las ocasiones para escribir o para expresarse. Tras el armisticio se encuentra sin un verdadero rival: Corradini ha muerto ante el enemigo [55]. Ni Alceste de Ambris, ni siquiera Gabriele D'Annunzio, héroe auténtico que en los anales militares italianos ocupa un lugar sin parangón con el del sargento Mussolini, poseen la necesaria envergadura para disputarle en el seno del movimiento fascista el primer lugar.

II. UN MILITANTE SOCIALISTA INTELECTUALMENTE A LA DERIVA

Durante la huelga de 1911, destinada a impedir que Italia se lance a la guerra contra Libia, empiezan a hacerse visibles los primeros elementos que propician la evolución intelectual de Mussolini. Recuérdese que se sintió profundamente decepcionado por la incapacidad del proletariado organizado para modelar la historia. Esta desilusión se va afirmando hasta convertirse en una constatación irremediable en noviembre de 1914. Dos años antes, Mussolini ya había empezado a cuestionar el análisis que establecía una relación de reciprocidad fecunda entre la guerra y la revolución. A partir de este momento, su terminología no arranca únicamente del marxismo, y su argumentación se asienta en otros puntos de apoyo distintos a los del pensamiento de aquél, que algunos años antes definía como «el más grande de los teóricos del socialismo». El enfoque cambiará no solamente en lo que respecta a las cuestiones ya suscitadas, sino también a medida que vayan surgiendo nuevas cuestiones.

Así, por ejemplo, cuando va a hacerse cargo de la dirección de *Avanti!,* en el estrado de una reunión de la Internacional celebrada en

[55] Véase el vibrante homenaje que Mussolini rinde a la memoria del jefe sindicalista: «Celebrazione della Pace», *Il popolo d'Italia,* 13 de noviembre de 1918, O.O., vol. XI, pp. 480-481.

Milán para protestar contra la posibilidad de una intervención de los países europeos en los Balcanes, declara: «Otra ilusión acaba de desvanecerse. Una ilusión que hasta ayer todavía acariciábamos, la ilusión que nos incitaba a creer que nunca más podía volver a estallar una guerra entre países europeos» [56]. Esta opinión, además de denotar una visión clara de las realidades europeas, muestra hasta qué punto Mussolini posee, en estos momentos, una justa apreciación del peso real de la Internacional. En el mismo discurso, añade: «¡Si fuera cierto, al menos, que la guerra precede, prepara la revolución! Pero es una ilusión, un engaño» [57]. Si se le hace evidente esta convicción de que la guerra no es necesariamente el camino que conduce a la revolución, es porque «la guerra no puede suscitar un sentimiento revolucionario donde no existe. Al contrario, cuando este sentimiento no preexiste, lo único que puede hacer es reprimirlo, asfixiarlo» [58]. Mussolini termina su intervención como corresponde a una reunión socialista, exhortando al proletariado a que haga acopio de las energías morales que deberán permitirle hacer fracasar toda veleidad de guerra en Europa. Pero, en caso de que la conflagración llegara a estallar, que sepa utilizarla en beneficio propio. Esta concesión a las creencias socialistas, probablemente surgida de la preocupación por no ofender demasiado, demasiado deprisa, a demasiadas personas, no puede, en modo alguno, disimular las dudas que empezaron a asaltar a Mussolini después de la huelga de 1911 sobre la aptitud de la clase obrera para convertir la guerra en revolución social.

En este momento de su actividad, Mussolini prefiere, sin embargo, dedicar sus energías a impedir la reconducción de la Triple Alianza, pacto que considera contrario, nefasto incluso, a los intereses de Italia. A partir de este instante, insistirá en un argumento que hasta entonces no había utilizado: por primera vez, enuncia que debe prevalecer el interés de toda Italia. De forma que, en razón de este interés nacional, Italia no puede seguir la estela de Austria y de Alemania. Ya no importan los intereses del proletariado internacional, o los del proletariado italiano: ¡Italia es lo primero! [59]. Entonces decide convertirse en el heraldo de la nación traicionada por sus dirigentes, cuyas intrigas pueden hacer de Italia un país dependiente de Austria

[56] B. Mussolini, «Contro la Guerra», loc. cit., p. 232.

[57] *Idem*, p. 234.

[58] *Ibid.*, p. 235.

[59] Sin firma, atribuido a Mussolini. «Dinnanzi al fatto compiuto», *Avanti!*, 19 de diciembre de 1912, *O.O.*, vol. V, p. 12.

y de Alemania. Como cabía esperar, se produce un cambio en la terminología. En los artículos que publica a partir de finales de 1912, los vocablos *«Popolo»* y *«Nazione»* sustituyen al de *«Proletariado»*. Mussolini explica esta sustitución diciendo que las nociones de Pueblo y de Nación solapan la de Proletariado [60]. En esa misma época, Mussolini empieza a prestar una gran atención a los problemas de la minoría italiana del Imperio Austro-húngaro. Sobre esta cuestión, su punto de vista está marcado por una connotación nacional, aún cuando la argumentación siga recurriendo a una terminología socialista [61]. De hecho, a lo largo de esos años anteriores a la guerra, Mussolini va alejándose, lenta pero irresistiblemente, de la ortodoxia. Poco a poco, la Nación va reemplazando al Proletariado: al principio la sustitución apenas se percibe, es subterránea, pero a medida que se van precisando las amenazas de guerra, son menos numerosas las precauciones oratorias, menos laboriosas las contorsiones ideológicas.

El signo más claro de esta evolución es la decisión de Mussolini de publicar su propia revista, *Utopia*, cuyo número 1 se pone a la venta el 22 de noviembre de 1913 [62]. Que el portavoz de un partido —¿acaso no es redactor jefe de su periódico?— y, de hecho, su personalidad dominante, quisiera disponer de otra tribuna, asombró a más de uno. El propio Mussolini se da cuenta de lo anómalo de este gesto. De forma que se apresura a decir que su decisión, en modo alguno, debe interpretarse como el signo de algún tipo de disonancia ideológica, o de algún tipo de «crisis de conciencia» [63]. Así, desde las primeras líneas del artículo de presentación de la revista, quiere que quede constancia de su fidelidad: «En el marxismo, que de todas las doctrinas socialistas, es el sistema más orgánico, todo puede ser objeto de controversia, pero nada ha dejado de tener vigencia» [64]. Las palabras claves de esta declaración son evidentemente «todo puede ser objeto de controversia» *(tutto è controverso)*. La realidad es una, pero su interpretación ha dividido al movimiento obrero en facciones. Entonces, Mussolini aprovecha la ocasión que le brinda la cuestión de saber cuál es la mejor y más precisa interpretación, para emprender una crí-

---

[60] No firmado, atribuido a Mussolini. «Dopo il fatto compiutto», 10 de diciembre de 1912, O.O., vol. V, p. 14.

[61] «Dinnanzi al fatto compiuto», loc. cit., p. 12.

[62] La revista *Utopia* se anuncia como «Rivista Quindicinale del Socialismo Rivoluzionario Italiano».

[63] B. Mussolini, «Al Largo», *Utopia*, 22 de noviembre de 1913, p. 1.

[64] *Idem*, p. 1.

tica severa del socialismo europeo. En su opinión, la crisis del socialismo internacional está relacionada con el fracaso del reformismo y con la crisis de la filosofía positivista. Prosigue acusando a los dirigentes reformistas que han defendido la participación en el poder de sus respectivos partidos, impidiendo con ello toda lucha antimilitarista, o a esos dirigentes que han llegado, como en Alemania, hasta el extremo de aprobar considerables presupuestos militares [65]. De modo que es urgente y necesario exigir «una revisión del socialismo desde el punto de vista revolucionario [...]»: ésa es la tarea que se propone llevar a cabo *Utopia,* concluye Mussolini. Es interesante destacar aquí que Mussolini invita a una «revisión revolucionaria del socialismo» —fórmula imperante en los buenos tiempos del sindicalismo revolucionario— en el preciso instante en que él empieza a alejarse del marxismo. No es casual que Mussolini haga suyo este eslogan; ya está presente en el planteamiento intelectual de los sindicalistas revolucionarios italianos y franceses.

La voluntad de Mussolini de disponer de su propio portavoz se entiende con toda claridad cuando se lee el artículo que publica en el segundo número de *Utopia.* Allí, Mussolini lanza un llamamiento «A los Jóvenes», socialistas y no socialistas, exhortándoles a que se agrupen en torno a él [66]. De modo que la vocación de la nueva revista no sólo consiste en presentar las cuestiones ideológicas bajo una nueva luz, sino también en reclutar hombres de izquierda que no son socialistas. Con *Utopia,* de hecho, vemos insinuarse una concepción de la revolución que, aun queriendo ser de izquierda, no pretende ser obligatoriamente socialista. *Avanti!,* nunca, ni siquiera bajo la batuta de Mussolini, se hubiera permitido recurrir a semejante lenguaje. Prezzolini, percatándose perfectamente de ello, le felicita en su periódico *La Voce* y presenta la aparición de *Utopia* como el acto de un hombe que ha optado por ser de una pieza, o como dice Mussolini, ser más «él mismo». El 15 de enero, Mussolini da las gracias a Prezzolini y confirma que su apreciación es exacta [67]. Añade, sin embargo, que sólo pone al descubierto la mitad de la realidad. Puesto que, dice en un texto muy importante,

> [...] en otro lugar, expongo la opinión colectiva de un partido que puede ser —y es— casi siempre la mía. Aquí, expongo mi opinión, mi visión del

[65] *Ibid.,* p. 2.
[66] B. Mussolini, «Ai Giovani», *Utopia,* 10 de diciembre de 1913, p. 28.
[67] B. Mussolini, «L'impresa disperata», *Utopia,* 15 de enero de 1914, pp. 1-5.

mundo *(Weltanschauung)*, sin preocuparme de saber si corresponde a la opinión medular del partido. En otro lugar, soy el soldado que «obedece» la consigna, aquí, en cambio soy el soldado que puede «discutir» la consigna. Entonces, una de dos: o yo ya no soy soldado, o ya no hay consigna. El hecho es que en un ejército, hay «consignas» que no se discuten, del mismo modo que, en la Iglesia, no se polemiza sobre la verdad o sobre la herejía. Si se acepta que la verdad es mujer, como enunció Nietzsche, no cabe duda que es pudorosa. No es posible, ni es recomendable mostrarla súbitamente en público: hay que quitarle el velo discretamente, en silencio —poseerla en la sombra— y sólo presentarla en público cuando haya sido iniciada [68].

Ésa es la función que debe cumplir *Utopia:* permitir a esta herejía que se está incubando expresarse libremente, de forma independiente del partido y al margen de él. La revista debe ser la base en la que se sustente la «revisión del socialismo» que debe prevalecer. En torno a ella se agruparán las fuerzas revolucionarias de nuevo tipo. A tal efecto, Mussolini apela y alienta a la nueva generación para que dé una nueva interpretación del pensamiento socialista [69]. En enero de 1914, valiéndose de una argumentación muy parecida a la del sindicalismo revolucionario, lanza un ataque en toda regla contra el marxismo, en el que esboza las grandes líneas de la ofensiva que se avecina.

Como debe ser —y como ha ido sucediendo en todos los revisionismos anteriores a él—, Mussolini empieza afirmando que el capitalismo no parece haber entrado en absoluto en una fase de declive, a la vez que se niega a aceptar la visión marxista de una sociedad dividida en dos clases. Al propio tiempo, el militante socialista introduce un elemento que él considera nuevo: el socialismo, dice, no ha tenido en cuenta los factores psicológicos en el comportamiento humano. En consecuencia, no es ocioso preguntarse si no existen contradicciones entre la teoría y la realidad histórica [70].

Esta cuestión, sobre la que los sindicalistas revolucionarios han seguido ahondando en la escena pública desde la época en la que Mussolini colaboraba en *Avanguardia Socialista* de Arturo Labriola, hacia 1914, puede plantearse sin provocar inmediatamente un escándalo. Para poder seguir avanzando, Mussolini, político experimen-

---

[68] *Idem*, pp. 1-2.

[69] Véase una carta de Mussolini a Prezzolini del 25 de marzo de 1914, citada por R. de Felice en su presentación de *Utopia*, loc. cit., p. IX.

[70] B. Mussolini, «L'impresa disperata», loc. cit., pp. 3-5.

tado, procede con prudencia. Inmediatamente llama a capítulo a sus viejos amigos del sindicalismo revolucionario. Sabe que en los grandes debates ideológicos en los que los peligros de una desviación excesivamente pronunciada respecto a la línea del partido son siempre muy grandes, no temen a nadie y no tienen nada que perder. Sabe también que poseen inmejorables aptitudes para participar en este tipo de controversias.

Sergio Panunzio es uno de los que se incorporan a esta lucha. El profesor de Ferrara no deja escapar la oportunidad de subrayar que sus ideas reflejan fielmente las del director de la revista [71]. Con toda naturalidad, la primera cuestión que aborda es la revisión antimaterialista del socialismo: «El socialismo es idealismo, no es materialismo; y, si ello es cierto, el socialismo es utopía. Mussolini sabe muy bien que en la medida que el socialismo pretende ser una ciencia, es una ciencia falsa» [72].

Prosigue y precisa: «La filosofía revolucionaria no puede ser materialista» [73]. La conclusión que se desprende de estas premisas es perfectamente clara: si el Partido Socialista no quiere renunciar a su voluntad revolucionaria, debe optar por una filosofía idealista. Luego, tras subrayar una vez más que sus ideas son trasunto de las de Mussolini, Panunzio enuncia: «De la historia aprendemos que todos los movimientos revolucionarios han sido absolutistas, intransigentes, intolerantes: nos atrevemos a decir que jacobinos, puesto que el jacobinismo es un momento absoluto de la idea» [74].

Finalmente,

> [...] iremos más lejos: la posición de Mussolini es, por un lado, una amenaza y un peligro —¡y qué peligro!— para los reformistas y los realistas que todavía siguen el partido; por otro lado, para nosotros sindicalistas que nos situamos al margen del partido, es la promesa de que los desacuerdos no se silenciarán, ni, en el mejor de los casos se murmuran apenas, sino que acabarán estallando dentro de poco [75].

Este planteamiento indica con suma precisión el sentido del debate ideológico que enfrenta a los hombres reunidos en torno a Mus-

[71] S. Panunzio, «Il lato teorico e il lato pratico del socialismo», *Utopia*, 15-31 de mayo de 1914, pp. 200-205.

[72] *Idem*, p. 201.

[73] *Ibid.*

[74] *Ibid.*, p. 203.

[75] *Ibid.*

solini, en la primavera de 1914, con el Partido Socialista en su conjunto. El equipo de *Utopia* incluye ya a los revolucionarios que desde hace varios años acampan extramuros del socialismo oficial. En lo sucesivo, en nombre de la necesidad de una revisión antimaterialista del marxismo, estos hombres se enfrentarán tanto a los «centristas» de Turati como a los «maximalistas». Ahora bien, la interpretación materialista-científica del marxismo constituye entonces el denominador común de todas las tendencias del socialismo italiano.

Esta herejía, en realidad, no es nada nuevo. Esta vez, sin embargo, no la sustentan únicamente los disidentes: la personalidad más vigorosa del Partido Socialista, a través de la interpretación de Panunzio, asume la tarea de apadrinarla y de propagarla. Para Panunzio, sin embargo, la revolución que se avecina no es una revolución de tipo marxista. Desde hace tiempo, ni él ni sus amigos consideran que el proletariado sea una fuerza revolucionaria. La revolución, dice Panunzio, será una revolución jacobina, y la dirigirá Mussolini. Estamos en mayo de 1914.

No cabe duda que en el ánimo de Mussolini, el equipo de *Utopia* debe ser el crisol que dará forma de liderazgo intelectual de esta revolución a la que se llama, a falta de algo mejor, una revolución jacobina. El término no es absolutamente erróneo, en la medida en que el jacobinismo también implica el nacionalismo, la invocación del pueblo, la defensa de la Patria en peligro. Entre los colaboradores de *Utopia* es de destacar, por un lado, la presencia de hombres como Bordiga, Angelo Tasca, Karl Liebknecht, y, por otro lado, la de Arturo Labriola, Panunzio, Lanzillo, Leone, Massimo Rocca. El denominador común de este equipo de intelectuales activistas lo constituye la total recusación del orden establecido, una crítica despiadada de los partidos socialistas, de su ideología y de sus métodos. Todos estos hombres están convencidos de que la revolución no se hace sola. Pero difieren en un punto esencial: unos pretenden hacer una revolución que acabará con el capitalismo, los otros, por el contrario, creen en la perennidad del capitalismo, y se proponen dejar intacta la propiedad privada. A uno y otro lado de esta línea se dividirán las aguas entre los futuros fundadores de los partidos comunistas —Bordiga y Tasca en Italia, Liebknecht en Alemania y los futuros fundadores del movimiento fascista: Mussolini, Panunzio, Lanzillo, Rocca.

Las diferencias entre estos dos grupos de revolucionarios empiezan ya a perfilarse el mes de noviembre de 1913, al margen del hecho de que todos los fundadores de *Utopia* se sitúen en la extrema iz-

quierda revolucionaria. Puesto que todos son miembros del Partido Socialista —o revolucionarios, en el caso de los que han sido excluidos por su radicalismo. Pero, al propio tiempo, sus puntos de vista difieren en lo que respecta tanto al objetivo final como a lo que se refiere a la naturaleza del régimen que un día deberá reemplazar el orden establecido. A medida que va transcurriendo el tiempo, estas diferencias se ahondan: en las últimas entregas de *Utopia,* se advierte un incremento constante de las firmas de sindicalistas revolucionarios, y una disminución de las de los miembros del partido. Las posiciones que van adoptando unos y otros son tan radicales y tan revolucionarias como siempre, pero la corriente «revisionista revolucionaria» acaba imponiéndose con toda nitidez. La revisión antimaterialista del marxismo en estos momentos alimenta una corriente revolucionaria inédita, cuya especificidad no aparece claramente en sus comienzos y sólo se irá afirmando progresivamente. Diez años después de la aparición de *Utopia,* un observador perspicaz como el historiador liberal Luigi Salvatorelli, hará la siguiente observación:

> Hay, al margen de las fuentes populares y democráticas, toda una serie de manifestaciones del fascismo a las que, sin tener en cuenta y más allá de la toma del poder, podemos y debemos atribuir un carácter de «izquierda». Pero, a pesar de su vocabulario de izquierda, estas acciones siempre han culminado con hechos «de derecha» [76].

De este modo, en el curso de la inmediata posguerra, el pensamiento de Mussolini evoluciona y se sustancia. El fracaso de la huelga general de 1911 abre un período de reflexión en el curso del cual Mussolini vuelve a adoptar posiciones muy próximas a las de los sindicalistas revolucionarios: sigue siendo revolucionario, lo es más que nunca, pero mientras tanto, ha retocado profundamente su marxismo. Por otro lado, a medida que se va dando cuenta de la inercia del proletariado, va tomando conciencia del vigor del nacionalismo. Si, en enero de 1914, todavía no comparte, ni mucho menos, las posiciones de los nacionalistas en relación a Trieste, ciudad que los discípulos de Corradini reclaman para Italia, sus ideas ya no son las que tradicionalmente se profesan en el Partido Socialista [77].

La derecha es consciente de esta evolución que se produce en el

---

[76] L. Salvatorelli, *Nazionalfascismo,* Turín, Einaudi, 1977 (1.ª edición 1923), p. 70.

[77] B. Mussolini, «Sulla Breccia», *Avanti!,* 9 de enero de 1914, *O.O.,* vol. VI, pp. 35-40. E. Lazzeri, «Italiani e Slavi a Trieste», *Utopia,* 30 de enero de 1914, pp. 50-54.

pensamiento del más prestigioso de los jefes socialistas. Una entrevista concedida por Mussolini en abril de 1914 a *Il resto del Carlino,* periódico de derecha moderada, es apreciada en su justo valor. El período escribe:

> Nosotros que, desde la derecha, hacemos todos los esfuerzos posibles de honestidad política, no podemos ignorar que un esfuerzo equivalente se está haciendo desde la izquierda por hombres de la misma generación, hombres que tienen las mismas preocupaciones morales y que están animados por los mismos ideales [78].

Después de la firma del armisticio, el mismo periódico abrirá ampliamente sus columnas a Georges Sorel.

El gran acontecimiento que quiebra el resorte del socialismo mussoliniano es el fracaso de la famosa «Semana Roja». En el momento que estallan, el 7 de junio de 1914, las manifestaciones antimilitaristas de Ancona, Mussolini, a pesar de sus dudas, cree que ha llegado la ocasión tan esperada de recurrir a la huelga general para derribar el régimen. Entonces se encuentra dispuesto a participar en una insurrección armada. Estas esperanzas duran muy poco. Cuatro días más tarde, Mussolini, en un discurso pronunciado en Milán, hace la sugerencia de poner término a una huelga que no tiene ninguna posibilidad de acabar bien: el socialismo oficial, convertido en base de sustentación del orden establecido, nunca permitirá que se ponga en marcha el mecanismo revolucionario. Pero, al propio tiempo, declara su fe en la necesidad y la posibilidad de una revolución: «la Semana Roja» ha sido una revolución frustrada por culpa del Partido Socialista y de sus sindicatos. Esta revolución —o cuasi revolución— ha llegado a ser algo ineluctable porque había «demasiada electricidad en el aire». Mas, ¡ay!, la esperanza casi mesiánica en un gran cambio ha sido traicionada por los jefes socialistas —e indirectamente por los otros partidos socialistas europeos. Pero sólo es un compás de espera: «Italia necesita una Revolución —dice Mussolini—, y ¡la tendrá!» [79].

Tal como se formula en julio de 1914, esta convicción no puede encajar en un esquema marxista clásico. Para Mussolini, una aspiración de este orden representa una profunda necesidad psicológica:

---

[78] «Per la concordia ma contro i blocchi», *La Patria-Il resto del Carlino,* 26 de abril de 1914, *O.O.,* vol. VI, p. 152. Véanse las observaciones hechas en nota a pie de página por la redacción del periódico.

[79] B. Mussolini, «La Settimana rossa», *Utopia,* 15-31 de julio de 1914, pp. 241-252.

todo su artículo de *Utopia* consagrado a la «Semana Roja» se sustenta sobre esta convicción. La tierra tiembla: el día en que surjan las condiciones propicias, la caldera italiana, donde el vapor sube incesantemente, explotará. El proceso revolucionario ya no depende del socialismo europeo. Ello explica el ardor revolucionario con el que el jefe socialista abrazará tanto la causa intervencionista como la nacionalista. El primer paso en esta vía que conduce en primer lugar al socialismo nacional, luego al fascismo, es la ruptura intelectual de Mussolini con la socialdemocracia en vísperas del estallido de la guerra.

El socialismo internacional «moderno» es una frase vacía de contenido. No hay un único Evangelio socialista al que todas las naciones deban adaptarse bajo pena de excomunión. Cada nación se ha forjado su propio socialismo. El período de hegemonía alemana en el movimiento socialista está llegando a su fin. La desconfianza hacia los socialistas alemanes aumenta. ¿Qué se está haciendo en Alemania? No paran de discutir animadamente, en los periódicos, en las revistas, acerca de si el grupo parlamentario socialista debe seguir asistiendo al Reichstag o, si por el contrario, debe abandonarlo al final de la sesión, o en el momento de la declaración imperial. También se habla de huelga general. Pero ¿quién habla de la huelga general? Los «radicales» (socialistas revolucionarios). Mejor dicho, la única que todavía la evoca es Rosa Luxemburgo, una judía polaca, contra la que las cabezas sensatas del socialismo no escatiman sus críticas más acerbas [80].

De modo que en vísperas de la guerra, el pensamiento político de Mussolini se encuentra en plena mutación. El líder consagrado del ala izquierda del Partido Socialista se interroga sobre la naturaleza excesivamente esquemática de la explicación marxista de las realidades sociales y nacionales. La guerra estalla en el momento en que se van ahondando y multiplicando las fisuras en la ortodoxia de este pensamiento: al leer a Mussolini hablando de esa ilusión que es el internacionalismo socialista, escuchándole mortificar a la socialdemocracia alemana, se diría que tenemos ante nuestra vista una de las numerosas diatribas que Michels pronunciaba algunos años antes. Cuando todavía no se había disparado el primer cañonazo, Mussolini se une a los sindicalistas revolucionarios en su crítica del socialismo democrático, de la fraseología internacionalista, de la impotencia en la acción, que constituye la característica más acusada de los jefes del partido. Al final de este proceso de acumulación, la «Semana Roja» es la gota que

[80] *Idem*, p. 250.

desborda el vaso. Es la última experiencia de laboratorio que, habiendo conducido a un veredicto inapelable, anuncia la muerte del socialismo tradicional.

En agosto de 1914, la evolución del pensamiento de Mussolini ha alcanzado ya un punto que no permite hacer marcha atrás. Las posiciones marxistas tradicionales, erosionadas a lo largo de los tres o cuatro últimos años de paz, en lo sucesivo pertenecerán a un pasado muerto y enterrado. Tras el fracaso de la Internacional, que Mussolini había previsto —igual que lo veían venir Michels o Panunzio— sólo queda en pie la Nación. De modo que en adelante lo que predominará será el interés nacional y el director de *Avanti!* en lo sucesivo determinará su línea política a la luz del interés nacional [81].

Éste es el resultado de la profunda crisis intelectual que se va incubando después del fracaso de la campaña antimilitarista de 1911. Entonces Mussolini se empeña en un proceso de revisión del marxismo, basado en una evolución de las nuevas realidades, que le conduce a perder la fe, tanto en las virtudes revolucionarias del proletariado y de las organizaciones que le representan, como en el internacionalismo. Esta evolución, lenta y progresiva, se acelera al iniciarse las hostilidades. Durante la segunda quincena de agosto, el director de *Avanti!* lanza un violento ataque contra la Internacional y lo firma con su habitual y significativo seudónimo: «el hombre que busca». El artículo se confía a *Utopia.* Mussolini del desencadenamiento de las hostilidades extrae la única lección posible: el socialismo, ante la faz del mundo, se diluye en la Nación [82].

---

[81] Sobre el nexo existente entre la crisis ideológica de Mussolini y su cambio de actitud que le lleva del neutralismo absoluto al intervencionismo, véase A. Balabanoff, *Ricordi di una socialista,* Roma, De Luigi, 1946, pp. 63-68; J. A. Thayer, *Italy and the Great War; Politics and Culture,* 1870-1915, Madison, University of Wisconsin Press, 1964, p. 266, y R. de Felice, *Mussolini il rivoluzionario,* ob. cit., p. 287.

Muchos consideran la entrada en guerra de Italia como el comienzo de la revolución fascista. Entre ellos, evidentemente, los fascistas, pero también un buen número de investigadores. Es verdad que la minoría intervencionista constituye la punta de lanza del movimiento fascista, pero no todos los intervencionistas se convertirán al fascismo... Sobre esta tesis, véase B. Mussolini, «23 de Marzo», *Il popolo d'Italia,* 18 de marzo de 1919, *O.O.,* vol. XII, p. 310; L. Salvatorelli, *Nazionalfascismo,* ob. cit., p. 27; R. Cantalupo, *La classe dirigente,* Milán, Alpes, 1926, pp. 25-27; A. Tasca, *Nascita e avvento del fascismo,* Bari, Laterza, 1974, p. 12; A. Lyttelton, *The Seizure of Power,* Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1973, p. 3; N. Tranfaglia, *Dallo stato liberale...,* ob. cit., p. 53.

[82] El hombre que busca, «Note di guerra», *Utopia,* 15 de agosto-1 de septiembre de 1914, p. 306.

Efectivamente, las clases obreras de Francia y de Alemania, dirigidas por sus partidos socialdemócratas, sus sindicatos reformistas, acaban de responder sin la menor vacilación al llamamiento de sus gobiernos burgueses: se lanzan a la batalla sin vacilaciones, sin demasiadas reservas mentales. Es evidente que en tales condiciones, Mussolini, líder de dos tentativas abortadas de huelga general, no desea, en absoluto, participar en otra experiencia de este tipo [83]. No le queda otra opción que constatar los hechos: el proceso de desintegración del socialismo clásico, ya sea de connotación «ortodoxa» o «reformista», ha llegado a su término.

En octubre de 1914, los sindicalistas revolucionarios Massimo Rocca y Tullio Masotti se dirigen al líder del socialismo italiano y le invitan a poner fin al conflicto que, en su opinión, enfrenta a Benito Mussolini, político consciente en su fuero interno de la necesidad de incorporarse a las filas de los intervencionistas, con el director de *Avanti!*, personalidad oficial, obligado a defender la línea oficial del Partido [84]. Respondiendo a las críticas de quien pronto será, junto a él, uno de los fundadores del movimiento fascista, Mussolini confiesa haber atravesado una crisis intelectual. Pero el jefe socialista es, ante todo, un hombre de acción, de forma que de este examen de conciencia enseguida saca conclusiones prácticas: la posible intervención del país en la guerra debe examinarse «desde un punto de vista pura y simplemente nacional» [85]. Para él, sin embargo, no existe la menor duda de que de este enfrentamiento titánico saldrá victoriosa la

---

[83] R. de Felice cree que Mussolini tomó la decisión de defender la posición de los intervencionistas bajo la influencia de la concepción de una «revolución a través de la guerra»; véase R. de Felice, *Mussolini il rivoluzionario*, ob. cit., pp. 288-361. Esta interpretación se explica porque Renzo de Felice estima que el Mussolini de 1914 es un hombre de la izquierda revolucionaria. De Felice va incluso más lejos, puesto que considera que, hasta la batalla de Caporetto, Mussolini es «un socialista durmiente, pero socialista al fin», *idem*, p. 392. Véase, sobre este debate, N. Tranfaglia, *Dallo stato...*, ob. cit., pp. 80-88; R. Vivarelli, *Benito Mussolini dal socialismo...*, ob. cit., pp. 77-97, y M. Isnenghi, *Il mito della grande guerra*, ob. cit.

[84] Libero Tancredi (seudónimo de Massimo Rocca), «Il direttore dell'*Avanti!* smascherato. Un uomo di paglia. Lettera aperta a Benito Mussolini», *La patria - Il resto del carlino*, 7 de octubre de 1914, *O.O.*, vol. VI, pp. 501-503; y T. Masotti, «Da Mussolini al direttore dell'*Avanti!*», *L'Internazionale*, 10 de octubre de 1914. Véase también el telegrama que manda a Mussolini Guiseppe Giulietti, secretario general del sindicato de los marineros, que jugará un papel destacado en el asunto de Fiume: *Il popolo d'Italia*, 15 de noviembre de 1914, *O.O.*, vol. VII, p. 10.

[85] B. Mussolini, «Intermezzo polemico», *Avanti!*, 8 de octubre de 1914, *O.O.*, vol. VI, p. 383.

alianza franco-inglesa. Como de lo que se trata no es de la supuesta lucha por la democracia, la libertad y la justicia, ni de un esfuerzo para cambiar la sociedad europea, sino del choque entre dos imperialismos, Italia, poniéndose del lado del más fuerte, debe promover sus propios intereses nacionales [86].

El nacionalismo —pero un nacionalismo de nuevo tipo— domina el pensamiento de Mussolini a lo largo de esta vela de armas que antecede a su exclusión del Partido Socialista y a la fundación, el 15 de noviembre de 1914, de su famoso periódico, *Il popolo d'Italia.* Está convencido de que la incapacidad del socialismo para captar la naturaleza y la potencia del nacionalismo no es más que ceguera y dogmatismo. Y el desastre de la Internacional tiene su origen en el hecho de no querer tomar en consideración la cuestión nacional [87]. ¿Acaso la realidad no acaba de demostrar que «la nación representa una etapa en el progreso humano, una etapa todavía no superada?».

Algo más adelante, añade: «El sentimiento de nacionalidad existe, no se puede negar. El viejo antipatriotismo ha muerto, de forma que esos faros del socialismo que son Marx y Engels han escrito páginas sobre el patriotismo que pueden escandalizaros» [88]. Por eso «la crítica socialista del futuro podrá consagrarse a la tarea de buscar una fuerza de equilibrio entre la Nación y la clase» [89].

En eso es en lo que consiste en lo sucesivo el nuevo socialismo que elabora Mussolini: el socialismo nacional. El contenido de ese socialismo nuevo es lo que determina las opciones políticas concretas. Toda la cuestión del intervencionismo subyace en la percepción mussoliniana del peso del sentimiento nacional y de la identidad nacional en la vida de la colectividad. Cabe precisar, sin embargo, que esta vivísima toma de conciencia del hecho nacional, unida a la convicción de que el análisis marxista en su conjunto ha fracasado, no induce en absoluto a Mussolini a abandonar el socialismo concebido como una marcha continua hacia las reformas sociales. Así es como va desarro-

---

[86] B. Mussolini, «Un accordo anglo-franco-russo per la discussione delle condizione di pace», *Avanti!,* 7 de septiembre de 1914, *O.O.,* vol. VI, p. 360.

[87] B. Mussolini, «Dalla neutralità assoluta alla neutralità attiva ed operante; Nazioni e internazionale», *Avanti!,* 18 de octubre de 1914, *O.O.,* vol. VI, pp. 400-401; «La situazione internazionale e l'attegiamento del partito», *Avanti!,* 11 de noviembre de 1914, *O.O.,* vol. VI, p. 427.

[88] B. Mussolini, «La situazione internazionale e l'atteggiamento del partito», loc. cit., p. 428.

[89] Entrevista concedida por Mussolini al periódico *La Patria-Il resto del carlino,* publicada en este periódico el 11 de noviembre de 1914, *O.O.,* vol. VI, p. 431.

llándose el socialismo nacional, a la vez movimiento político y tendencia ideológica, verdadera fase de transición hacia el fascismo.

III. EL SOCIALISMO NACIONAL

La teoría mussoliniana del socialismo nacional, como hemos visto, progresa por etapas y evoluciona en concordancia con un proceso de revisión del marxismo. Pero, como siempre, esta evolución está en función de las realidades: su ritmo se acelera en el invierno de 1914. En sus orígenes, el socialismo nacional mussoliniano se sitúa en la línea de continuidad de la revisión antimaterialista del marxismo, pero, poco a poco, va adquiriendo su especificidad. El mussolinismo, convertido en un fenómeno autónomo, constituye el resultado de una mezcla de elementos diversos que, introducidos en una especie de «batidora», contribuyen a producir un todo a menudo muy diferente de cada uno de los componentes originales. En este proceso, la figura misma de Mussolini juega un papel muy importante.

Es preciso insistir en este punto. Contrariamente a lo que piensa, por ejemplo, un investigador tan experimentado como R. Vivarelli, muy representativo de una cierta idea preconcebida, el nacionalismo mussoliniano difiere considerablemente del nacionalismo clásico [90]. Mussolini no es un nacionalista tradicional, puesto que no acepta todas las reivindicaciones nacionalistas habituales. En lo que concierne a los problemas territoriales y a las fronteras de la posguerra, mediante el apoyo que presta a la creación de un Estado yugoslavo, elabora un enfoque propio de la cuestión, que difiere notablemente del de los nacionalistas. La tibieza con la que Mussolini acogerá en la posguerra la expedición de Fiume suscitará el malhumor de Alceste de Ambris, jefe del gobierno y auténtico segundo de a bordo de Gabriele D'Annunzio. Lo cierto es que Mussolini, a pesar de sus declaraciones de fidelidad al Comandante y a sus hombres, de hecho abandona la causa de «la Regencia italiana del Quarnero». Eso es lo que en realidad explica por qué De Ambris, al publicar la Constitución de la Regencia, en septiembre de 1920, ni siquiera se toma la molestia de hacerla llegar a Mussolini antes de enviarla a todos los otros directores de periódicos italianos. Mussolini se lamentará de ello en *Il po-*

[90] Véase R. Vivarelli, ob. cit., pp. 97-105.

polo d'Italia, pero no modificará sus posiciones. Menos de tres meses después, dará su adhesión al tratado de Rapallo. A finales de diciembre, el asunto de Fiume se habrá resuelto sin que Mussolini hiciera nada para ayudar a D'Annunzio y a De Ambris. Para el jefe del fascismo no se trataba únicamente de desembarazarse de dos rivales. Indudablemente, Mussolini es, a la vez, un político ducho en todos los resortes del oficio y un político consciente de las realidades: sabe que Italia no posee los medios para iniciar una nueva guerra [91]. Mussolini, además —y eso es mucho más importante— jamás practica un nacionalismo simplista y gratuitamente aparatoso. Persigue un designio mucho más complejo. El ex jefe de la izquierda revolucionaria tampoco es, como cree De Felice, un simple socialista que sólo a partir de noviembre de 1916 empieza a acercarse a las posiciones de los nacionalistas [92]. En realidad, esta evolución comienza mucho antes y constituye un aspecto esencial de la formación del socialismo nacional, esto es, de una visión global y nueva de los objetivos colectivos que se asigna a la sociedad en su conjunto.

En una primera fase, el planteamiento mussoliniano presenta el nacionalismo como un instrumento al servicio del socialismo: puesto que la solidaridad internacional de los trabajadores no puede ejercerse a causa de las rivalidades nacionales, puesto que la cuestión nacional bloquea las veleidades revolucionarias, la vía de la revolución social pasa por la solución de los problemas nacionales [93]. La revolución sigue siendo el objetivo último, y Mussolini se esfuerza en demostrar que no hay ningún tipo de contradicción entre nacionalismo y socialismo. Al efecto, recurre insistentemente al ejemplo dado por Blanqui: veterano de todas las revoluciones del siglo XIX, ¿acaso no dirigió un llamamiento al pueblo para que defendiera la Patria cuando precisamente la derecha burguesa estaba dispuesta a capitular? [94].

---

[91] Véanse los siguientes artículos de Mussolini: «Ciè che rimane e chiô que verrà», *Il popolo d'Italia,* 13 de noviembre de 1920, *O.O.,* vol. XVI, p. 5. «Mezzi e fii», *Il popolo d'Italia,* 16 de noviembre de 1920, *O.O.,* vol. XVI, pp. 14-15. «Lettera di B. Mussolini a De Ambris, Milano 31 agosto 1920», en R. de Felice, *Sindacalismo rivoluzionario e fiumanesimo,* ob. cit., p. 311.

[92] Véase R. de Felice, *Mussolini il rivoluzionario,* ob. cit., p. 344.

[93] B. Mussolini, «La necessità de l'intervento», *Il popolo d'Italia,* 6 de diciembre de 1914, *O.O.,* vol. VII, p. 66; «Per la libertà dei popoli per l'avvenire de l'Italia», *Il popolo d'Italia,* 17 de diciembre de 1914, *O.O.,* vol. VII, p. 80; «Il dovere dell'Italia», *Il lavoro di Genova,* 30 de diciembre de 1914, *O.O.,* vol. VII, p. 107.

[94] B. Mussolini, «E nostra!», *Il popolo d'Italia,* 18 de marzo de 1915, *O.O.,* vol. VII, pp. 264-267.

Hay períodos en los que el patriotismo y el socialismo son perfectamente compatibles. Eso es lo que justamente sucede en esos albores del año 1915: la intervención en la guerra europea prestará servicio a la Nación y al socialismo. No obstante, en relación a lo dicho anteriormente, en Mussolini se advierte una diferencia considerable: la guerra no coincidirá con la revolución, de modo que ya no se plantea la cuestión de provocar una huelga general que sea el preludio de la revolución. Ahora son los resultados de la guerra los que determinarán el destino de la revolución, pospuesta a un futuro no determinado [95].

En mayo de 1915, unos días después de la declaración de guerra italiana, el tono se endurece. Mientras tanto, Mussolini y su equipo, excluidos del Partido Socialista, lanzan su propio periódico y pueden expresarse libremente. Los blancos de su vindicta ya no son los jefes reformistas, sino los propios padres fundadores. He ahí, pues, que se acusa a Marx y a Engels de haberse identificado siempre con la patria alemana y de haber trabajado por sus intereses. En lo sucesivo se presenta a ambos como agentes del germanismo y de la diplomacia de Bismarck. Tal es también el modo de proceder de la socialdemocracia alemana: esta guerra que acaba de estallar, la socialdemocracia ha querido que estalle y ha hecho cuanto ha podido para preparar moralmente al pueblo y para que éste participara activamente en ella [96]. Los ataques contra Marx y Engels se multiplican a lo largo de todo el año 1915: Mussolini, extraordinario animal político, no es un hombre de medias tintas. Desata sus iras literalmente. Oyéndole, se tiene la impresión de que si alguien es responsable de esta guerra, esos son Marx, Engels y los socialistas alemanes, aliados sempiternos de Bismarck y de Hindenburg [97]. Estos ataques contra un marxismo del que no solamente se intenta poner en evidencia la quiebra en el plano internacional, sino que también se pretende presentarlo como uno de los vectores del pangermanismo, rápidamente van adquiriendo la dimensión de una crítica global al sistema.

Es evidente que en adelante no podrá prevalecer el principio de la

---

[95] B. Mussolini, «Audacia», *Il popolo d'Italia*, 15 de noviembre de 1914, *O.O.*, vol. VII, pp. 5-6.

[96] B. Mussolini, «Il "pericolo inaudite"», *Il popolo d'Italia*, 29 de mayo de 1915, *O.O.*, vol. VIII, p. 6; «Kamarad», *Il popolo d'Italia*, 10 de junio de 1915, *O.O.*, vol. VIII, pp. 11-15.

[97] B. Mussolini, «Marx e... Hindenburg», *Il popolo d'Italia*, 28 de agosto de 1915, *O.O.*, vol. VIII, pp. 184-185.

lucha de clases, de forma que las alabanzas al proletariado, igual que las diatribas lanzadas contra la burguesía italiana, se van repartiendo en virtud de un criterio único: su respectivo patriotismo. Si el proletariado merece elogios es porque acaba de demostrar su superioridad por lo que respecta a su capacidad de trabajar por la Patria [98].

Se trata de temas clásicos del socialismo nacional. Mussolini, como todos sus predecesores, como todos los que antes que él emprendieron esta vía, y como los sindicalistas revolucionarios que sustituyen la categoría «proletarios» por la de «productores», sigue teniendo verdadera aversión a una fracción de la burguesía, la que él define como «parasitaria». Todavía sigue considerándose revolucionario [99]. Pero la naturaleza, el sentido y los objetivos de la revolución han cambiado. La revolución que se avecina, de ahora en adelante, soló podrá ser una revolución nacional y antimarxista; pero ello no implica, a su entender, que haya de ser una revolución burguesa. En contra de lo que piensa Renzo de Felice, Mussolini, en 1915, ya no es «un socialista durmiente» [100], sino un socialista nacional, antiliberal, antimarxista, revolucionario sin duda, pero un revolucionario de un tipo desconocido hasta la fecha.

Eso explica, entre otras cosas, su implacable oposición a Lenin y a los bolcheviques, aliados objetivos del Reich y, en consecuencia, enemigos de la patria italiana. Lenin se limita a proseguir la obra de Marx, el patriota alemán de 1870, y la revolución bolchevique en ningún momento deja de ser más que la prolongación del militarismo alemán [101]. Pero si Lenin y los socialistas alemanes que acogen gozo-

---

[98] B. Mussolini, «Popolo e Borghesia», *Il popolo d'Italia,* 12 de julio de 1915, *O.O.,* vol. VIII, pp. 71-73.

[99] En apoyo de esta posición, podemos citar algunos ejemplos:

1) La referencia de Mussolini a Blanqui, quien para Mussolini es el modelo de revolucionario patriota («E nostra», loc. cit., pp. 264-267).

2) Mussolini, a la vez que funda *Il popolo d'Italia,* que inicia su publicación el 15 de noviembre de 1914, crea un movimiento político (11 de diciembre de 1914), los «Fasci d'azione rivoluzionaria», una organización que, a su vez, es el producto de la fusión de otros dos movimientos: los «Fasci autonomi d'azione rivoluzionaria» (creados por él mismo) y los «Fasci d'azione internazionalista». Este movimiento se considera revolucionario, al servicio de objetivos revolucionarios.

3) En su artículo «Trincerocrazia», publicado en diciembre de 1917, Mussolini habla explícitamente de la toma del poder por la nueva elite, y compara esta empresa con la de la burguesía francesa en vísperas de la Revolución de 1789. B. Mussolini, «Trincerocrazia», *Il popolo d'Italia,* 15 de diciembre de 1917, *O.O.,* vol. IX, p. 140.

[100] R. de Felice, *Mussolini il rivoluzionario,* ob. cit., p. 392.

[101] Enseguida se advierte que Mussolini apenas sabía nada del socialismo ruso y que

samente la Revolución de Octubre sólo son enemigos, los socialistas italianos, en cambio, son traidores [102]. Desde comienzos de 1915, Mussolini recurre insistentemente a este *leit-motiv* [103]: enfeudados al Kaiser, los socialistas italianos entregan deliberadamente su país, Europa y el resto del mundo al extranjero [104]. Una vez en el poder, Mussolini nunca dejará de repetir la misma cosa.

Ahora bien, la oposición a ultranza de Mussolini a la Revolución de Octubre no proviene meramente de la retirada rusa de la guerra contra Alemania. Su rechazo total del bolchevismo es anterior a la toma del poder por los revolucionarios, y no está únicamente motivado por necesidades estratégicas. Mussolini rechaza la revolución rusa en tanto que revolución marxista. No son ni la Revolución de Octubre ni la derrota de Caporetto, como cree De Felice, los hechos que hacen que Mussolini se deslice hacia la derecha [105]. Mussolini no

---

no le prestaba mucha atención, lo que no le sucedía con los socialismos francés y alemán. Es muy probable que la razón de ello sea su ignorancia de la lengua rusa. Véase Y. de Begnac, *Palazzo Venezia. Storia di un regime*, Roma, La Rocca, p. 360. Es probable que la decisión de Mussolini de apoyar a Kerensky más que a Lenin estuviera exclusivamente determinada por el hecho de que el primero continuó luchando a pesar de la Revolución de Febrero, mientras que el segundo, tras el éxito de la revolución bolchevique, en octubre, se retiró a su país de la guerra. Véase B. Mussolini, «Bandiere rosse», *Il popolo d'Italia*, 5 de julio de 1917, *O.O.*, vol. IX, pp. 26-28; «Avanti il Mikado!», *Il popolo d'Italia*, 11 de noviembre de 1917, *O.O.*, vol. X, p. 41; «La pace dell'infamia», *Il popolo d'Italia*, 4 de diciembre de 1917, *O.O.*, vol. X, p. 111; «La maniera dolce», *Il popolo d'Italia*, 7 de diciembre de 1917, *O.O.*, vol. X, p. 122; «Il patto della schiavitú», *Il popolo d'Italia*, 19 de diciembre de 1917, *O.O.*, vol. X, pp. 149-150; «La social-democrazia: I complici di Ludendorff», *Il popolo d'Italia*, 14 de marzo de 1918, *O.O.*, vol. X, p. 385; «L'hanno voluto!», *Il popolo d'Italia*, 21 de marzo de 1918, *O.O.*, vol. X, p. 393.

[102] B. Mussolini, «Marx e ... Hindenburg», loc. cit., p. 185, «Da Stürmer a Lenine», *Il popolo d'Italia*, 25 de julio de 1917, *O.O.*, vol. IX, p. 74. Más tarde, para justificar las violencias fascistas contra los socialistas (en Bolonia), Mussolini asegura que el Partido Socialista no era más que una división del ejército ruso estacionada en territorio italiano y que los fascistas, en última instancia, lo único que hacían era participar en la guerra contra un ejército extranjero: B. Mussolini, «L'eccidio di Palazzo d'accursio», *Il popolo d'Italia*, 23 de noviembre de 1920, *O.O.*, vol. XVI, p. 25.

[103] B. Mussolini, «Al bivio», *Il popolo d'Italia*, 30 de enero de 1915, *O.O.*, vol. VII, p. 158.

[104] B. Mussolini, «Il tacco sul verme», *Il popolo d'Italia*, 2 de septiembre de 1915, *O.O.*, vol. VIII, p. 194; «Lettera aperta a Vandervelde», *Il popolo d'Italia*, 20 de julio de 1915, *O.O.*, vol. VIII, pp. 92-96.

[105] Tranfaglia, en su crítica al estudio de De Felice, precisa que no es únicamente la crisis de Caporetto lo que lleva a Mussolini a deslizarse hacia la derecha —como pretende De Felice— sino también la llegada al poder de Lenin. Véase N. Tranfaglia, *Dallo stato liberale...*, ob. cit., p. 88. Sobre este punto, Vivarelli se muestra más de acuerdo

abandona el marxismo de golpe, bajo la impresión que le producen acontecimientos catastróficos, sino al término de un largo camino emprendido muchos años atrás: el engranaje intelectual y político mediante el cual el personaje más poderoso del Partido Socialista italiano corta sus amarras con el marxismo empieza ya a ponerse en movimiento en tiempos de la guerra de Libia. Este proceso, en cierto modo equivalente al enfoque que hacen los sindicalistas revolucionarios, enseguida conecta con su propia síntesis de socialismo y de nacionalismo.

Mussolini opina que el marxismo primero fracasó en el frente interior: ni la conciencia de clase del proletariado, ni su cohesión interna, ni la política llevada a cabo por los partidos socialistas se corresponden con el análisis marxista. Tras haber registrado una serie de reveses dentro de las fronteras, el marxismo se desploma finalmente en el plano internacional: tal es, en el ánimo de Mussolini, el sentido que adquiere la historia de la preguerra.

En virtud de un enfoque, que en lo sucesivo se convertirá en un planteamiento clásico, el socialismo nacional mussoliniano implica el reconocimiento de la perennidad del capitalismo. Seis meses antes de que se disparara el primer cañonazo, el director de *Utopia* se expresa al respecto con una gran claridad:

> El capitalismo, es decir, el sistema económico-político de las naciones modernas, nos ofrece su realidad. Es variada y multiforme. Se trata de una realidad en movimiento. En un cierto momento, los socialistas caen en un error muy grave. Creyeron que el capitalismo había concluido su ciclo vital. Pero el capitalismo todavía es capaz de dar algunos vuelcos. Y la serie de sus transformaciones aún no ha terminado. El capitalismo nos ofrece una realidad multifacética: económica ante todo [106].

Esta idea, que había sido ampliamente desarrollada por los sindicalistas revolucionarios y cuyo verdadero propósito es la defensa del orden económico existente, es la misma que ahora sirve de punto de partida al socialismo nacional, eslabón de la cadena que conduce al fascismo.

---

con Tranfaglia que con De Felice; véase R. Vivarelli, *Il dopoguerra in Italia e l'avvento del fascismo, 1918-1922,* Nápoles, Istituto Italiano per gli Studi Storici, 1967, p. 231.

[106] B. Mussolini, «L'impressa disperata», loc. cit., p. 3. Véase también B. Mussolini, «Divagazioni pel centenario», *Il popolo d'Italia,* 7 de mayo de 1918, O.O., vol. XI, p. 46; «Novità», *Il popolo d'Italia,* 1 de agosto de 1918, O.O., vol. XI, p. 243.

En agosto de 1917, Mussolini esboza las grandes líneas de la posguerra. Su principal preocupación es la modernización del país, una modernización que no sólo debe acelerar el desarrollo económico de la sociedad italiana, sino que también debe servir para elevar a Italia al rango de gran potencia. Los países eslavos, así como la parte oriental del Mediterráneo, constituyen un área de expansión natural para Italia. A este efecto, es necesario acabar con la influencia económica y política alemana en estos países y apoyar las veleidades de independencia eslavas dirigidas contra el Imperio austríaco [107].

En este proceso de industrialización y de crecimiento económico al proletariado le incumbe un papel de primer orden. Indudablemente, ya no cabe plantear la cuestión de la revolución proletaria, sino, al contrario, la de la solidaridad nacional: el interés de la Nación y el del proletariado coinciden [108]. Al propio tiempo, Mussolini lleva muy lejos la identificación del interés individual con el interés nacional: el ex jefe socialista va mucho más allá de la síntesis socialista nacional elaborada por los sindicalistas revolucionarios. Mientras que para los sindicalistas nacionales que se mueven en la esfera de influencia de *Pagine Libere* y *Divenire sociale,* el objetivo final de la acción colectiva sigue siendo el interés del obrero, y la nación sólo es el instrumento necesario para alcanzarlo, para Mussolini el orden de prioridades se invierte totalmente [109].

Mussolini reacciona contra los acontecimientos de Rusia en ocasión del 1 de Mayo de 1918. En su opinión, la revolución soviética es una demostración del fracaso del proletariado, tanto en la esfera política como en la de la economía. Los revolucionarios de Lenin acaban de mostrar al mundo entero que el proletariado no es capaz de gobernar y que no merece gobernar. El hecho de constituir la mayoría no otorga ningún derecho especial al proletariado: el poder pertenece a los mejores, no a los más numerosos. Puede que llegue un día en el que una fracción del proletariado, bien preparada y en cierto modo purificada, se muestre digna de desempeñar el papel de elite dirigente.

---

[107] B. Mussolini, «Grecia e Greci», *Il popolo d'Italia,* 16 de agosto de 1915, *O.O.,* vol. III, p. 170; «L'ora del popoli», *Il popolo d'Italia,* 16 de agosto de 1917, *O.O.,* vol. IX, p. 117; «L'adunata di Roma», *Il popolo d'Italia,* 7 de abril de 1918, *O.O.,* vol. X, pp. 434-435.

[108] B. Mussolini, «Patria e terra», *Il popolo d'Italia,* 16 de noviembre de 1917, *O.O.,* vol. X, pp. 55-57.

[109] P. Orano, *Il Fascismo: Vigilia sindacalista dello stato corporativo,* Roma, Pinciana, 1939, vol. I, pp. 12 y 304-310.

Por ahora las cosas no son así. He ahí la razón por la que el régimen que el socialismo nacional y el sindicalismo nacional se proponen instaurar no será un régimen igualitario, y la razón por la que no se abordará en modo alguno la cuestión de la socialización de la propiedad. La economía nueva se orientará totalmente hacia el crecimiento, la eficacia, la «productivización de las masas». Sólo un régimen altamente jerarquizado, capaz de encuadrar a una sociedad dirigida por una poderosa elite, puede tener la capacidad de conducir el país por la vía del crecimiento [110].

Los sorelianos de Francia e Italia preconizan, más o menos, los mismos principios desde hace muchos años: no hay recambio para el capitalismo, como tampoco lo hay para el gobierno de las elites. Los sindicalistas siempre han menospreciado la democracia; esos sociólogos, juristas y economistas siempre han abrigado grandes dudas sobre la capacidad de los hombres para gobernarse a sí mismos. A medida que va transcurriendo el tiempo, estas ideas se van desarrollando hasta llegar a sus conclusiones más extremas: con el sindicalismo nacional, la teoría del productivismo se constituye como una antítesis del marxismo. Se abandona, incluso, la noción de «proletariado nacional» siendo sustituida por la de «productores». Los productores proceden de todas las clases sociales, se encuentran en todas las capas de la sociedad, y representan a la Italia nueva. Son los que garantizan la modernización del país y, en consecuencia, su futuro. Mussolini igual que sus viejos maestros, Enrico Leone y Arturo Labriola —de hecho, igual que todos los intelectuales del sindicalismo revolucionario italiano que han reflexionado sobre los problemas económicos, muchos de los cuales proceden del *mezzogiorno* subdesarrollado— es absolutamente consciente del retraso italiano. Una Italia económicamente débil siempre será una presa fácil para los vecinos más poderosos: en adelante, la idea de revolución será sustituida por la de «renovación» [111]. Ahora bien, la renovación exige la colaboración de clases: esta idea domina cada vez más el pensamiento de Mussolini. De pilar del productivismo, la idea de «colaboración» se convierte en un elemento fundamental del corporativismo. La colaboración de clases, instrumento esencial de la modernización, exige también reformas

[110] B. Mussolini, «Variazioni su vecchio motivo. Il fucile e la vanga», *Il popolo d'Italia*, 1 de mayo de 1918, *O.O.*, vol. XI, p. 35.

[111] B. Mussolini, «Orientamenti e problemi», *Il popolo d'Italia*, 18 de agosto de 1918, *O.O.*, pp. 282-284; «Il sindacalismo nazionale per rinascere!», *Il popolo d'Italia*, 17 de noviembre de 1918, *O.O.*, vol. XII, pp. 11-14.

sociales. Pero esta política social no tiene más objeto que asegurar el buen funcionamiento del sistema y la perfecta fidelidad del trabajador hacia la Nación [112].

De modo que, no es, como cree De Felice, el temor a un posible contagio soviético o la necesidad de hacer frente al peligro de una revolución comunista en Italia, lo que impulsa a Mussolini a defender el capitalismo [113]. No cabe duda que Mussolini está muy decidido a impedir una eventual bolchevización de Italia, pero no es el peligro comunista lo que se encuentra en el origen de la teoría productivista. El productivismo se desarrolla a partir de la confluencia de Mussolini con los sindicalistas revolucionarios: en enero de 1914, cuando Mussolini todavía es el jefe indiscutible del socialismo italiano, proclama su apoyo al sistema capitalista [114]. En octubre del mismo año, insiste en la necesidad de renovar la industria, la agricultura, los transportes, y de impulsar a fondo la capacidad de producción de toda la economía italiana, todo ello con el objeto de asegurar al país su estatuto de gran potencia. Estos objetivos sólo pueden alcanzarse —los sindicalistas revolucionarios lo proclaman desde hace tiempo— en el marco de un sistema capitalista.

Al término de las hostilidades, Mussolini y los suyos, en especial los sindicalistas revolucionarios y los futuristas, están persuadidos de haber abierto, con el sindicalismo nacional, una *tercera vía,* esa vía tan febrilmente buscada entre un marxismo que acaba de derrumbarse y un liberalismo cuyas taras morales y políticas están más que demostradas. A Mussolini, como buen discípulo del marxismo hegeliano, le gusta hablar de una síntesis de dos antítesis: clase y Nación. «Nosotros nos situamos en el terreno de la Nación que engloba la clase de todas las clases, mientras que la clase no contiene en absoluto a la Nación», dirá, para terminar, en vísperas de la fundación del movimiento fascista [115].

A la vez que establece las bases económicas y sociales de lo que pronto se convertirá en el programa fascista, Mussolini acaba de per-

---

[112] B. Mussolini, «Andante incentro al lavoro che tornerà dalla trincee», *Il popolo d'Italia,* 9 de noviembre de 1918, O.O., vol. XI, pp. 469-472; «La nostra costituente», *Il popolo d'Italia,* 14 de noviembre de 1918, O.O., vol. XII, pp. 3-4.

[113] R. de Felice, *Mussolini il rivoluzionario,* ob. cit., p. 465.

[114] B. Mussolini, «L'impresa disperata», loc. cit., p. 3.

[115] B. Mussolini, «Per intenderci. In tema di "Costituente"», *Il popolo d'Italia,* 7 de diciembre de 1918, O.O., vol. XII, p. 53. Sobre la ideología del sindicalismo nacional como tercera vía, véase E. Gentile, *Le Origini dell'ideologia fascista,* ob. cit., pp. 76-90.

filar sus concepciones políticas. Mussolini, apelando a la revolución francesa, a Carnot y a Napoleón, sacando las lecciones de la revolución rusa, llega a la conclusión de que la defensa de la Patria, su irradiación, así como las necesidades de una revolución bien entendida, es decir, patriótica y dispuesta a defender la Nación —como la Revolución francesa o la primera etapa de la Revolución rusa— exigen una dictadura [116]. Acerca de la naturaleza, el sentido y los objetivos de este tipo de revolución, Mussolini se expresa sin ambigüedad en julio de 1917:

La Revolución no es el caos, no es el desorden, no afecta a todas las actividades y a todos los recodos de la vida social, como sostienen los idiotas extremistas de determinados países; la revolución sólo tiene un sentido y una significación histórica cuando representa un orden superior, un sistema político, económico y moral de una esfera más elevada. Si no es eso, la Revolución es la reacción, es la Vendée. La revolución es una disciplina que reemplaza a otra disciplina, es una jerarquía que ocupa el lugar de otra jerarquía [117].

El pensamiento mussoliniano va en pos de su forma definitiva cuando la Revolución rusa ya ha tenido lugar. Si bien es cierto que este gran movimiento está siempre presente en el ánimo de Mussolini, no hay que creer que sus concepciones sean una reacción coyuntural a lo que acaece o acaecerá en Rusia. Lo esencial de las ideas puestas en práctica tras la toma del poder por Lenin ha germinado en el ánimo de Mussolini, a menudo bastantes años antes de octubre de 1917. Pero, a medida que va transcurriendo el tiempo y que va desarrollándose la situación internacional, el pensamiento del ex socialista también va evolucionando. A comienzos de octubre de 1917, empeñado en un violento debate con sus antiguos amigos, Mussolini es categórico:

¡Pero la Patria no se niega! Y, por encima de todo, la Patria no se traiciona, especialmente cuando está empeñada en una lucha por su vida. Quien dice Patria, dice disciplina; quien dice disciplina admite una jerarquía de la autoridad, de las funciones, de las inteligencias. Y allí donde esta disciplina no es aceptada libremente, allí donde no se entiende su necesidad, se debe imponer. Por la violencia si es preciso; si es preciso —que la censura me permita de-

[116] B. Mussolini, «Viva Kerensky!», *Il popolo d'Italia,* 28 de julio de 1917, *O.O.,* vol. IX, pp. 77-78.

[117] *Idem,* p. 78.

cirlo— a través de esta misma dictadura que los Romanos de la Primera República impusieron en los momentos críticos de su historia [118].

La guerra debe engendrar un auténtico renacimiento nacional, una toma de conciencia colectiva sin precedentes, la ocasión histórica de barrer el viejo mundo, con sus políticos decadentes y sus ideologías caducas. Esta purificación bienhechora será la tarea que realizarán las nuevas elites: un proletariado nacional [119], pero sobre todo, salida de las trincheras, «una elite nueva y mejor [...] [que] gobernará la Italia de mañana» [120] que presidirá esa fusión de los contrarios de la que depende todo el porvenir:

Son sorprendentes esos individuos que, en su candor, todavía se aferran desesperadamente a los viejos esquemas mentales. Pierden el tren. El tren pasa, ellos se quedan en el andén, el rostro con una expresión vacilante entre el embotamiento y la cólera. Las palabras república, democracia, radicalismo, liberalismo tienen tan poco sentido como la palabra socialismo. Mañana volverán a tenerlo, pero será el que le atribuirán los millones de «*ritornati*» [soldados que regresan del frente]. Este sentido podrá ser distinto. Podrá ser un socialismo antimarxista, por ejemplo, y nacional. Los millones de trabajadores que volverán a los surcos de los campos, después de haber vivido en los surcos de las trincheras, realizarán la síntesis de la antítesis: clase y Nación [121].

Todo eso se dice antes de que Lenin tome el poder, o en las primeras semanas que siguen a la caída del gobierno Kerensky; todo eso no es sino la culminación de ideas maduradas en los ambientes de la izquierda no conformista, no solamente antes de la caída del zar, sino también antes de que el primer explorador hubiera atravesado la frontera belga. Estas ideas, cuyo origen hay que buscarlo antes de la guerra, adquieren forma y se refuerzan durante y a causa de la guerra. La ideología fascista se desarrolla de una manera orgánica y lógica: ella es la que dirige la acción política de Mussolini.

Si Mussolini, no lo olvidemos, se va apartando progresivamente del socialismo oficial bastante antes de la guerra, no por ello aban-

[118] B. Mussolini, «La tenda», *Il popolo d'Italia,* 11 de octubre de 1917, *O.O.,* vol. IX, p. 251.

[119] B. Mussolini, «Fra el secreto e il pubblico», *Il popolo d'Italia,* 14 de diciembre de 1917, *O.O.,* vol. X, p. 139.

[120] B. Mussolini, «Pace tedesca, mai! Nelle trincee non si vuole la pace tedesca. Una lettera di B. Mussolini», *Il popolo d'Italia,* 27 de diciembre de 1916, *O.O.,* vol. VIII, p. 272; «Trincerocrazia», loc. cit., pp. 140-142.

[121] B. Mussolini, «Trincerocrazia», loc. cit., pp. 141-142.

dona sus veleidades revolucionarias. Lo que cambia es el sentido y el objeto de la revolución, así como su sujeto activo. Mussolini ha aprendido de los sindicalistas revolucionarios que hay que dejar intacto el capitalismo; tras el fracaso de las huelgas generales, ha comprendido, antes de agosto de 1914, que el proletariado de la Europa occidental no hará la revolución. El que quiera romper la argolla del orden establecido, que también es la del subdesarrollo en el sur y de la enfeudación al dinero alemán en el norte, de la corrupción y de las *combinazione,* el que quiera depurar el Parlamento y la administración, el ejército y la Iglesia, los partidos políticos y los sindicatos reformistas para hacer de ello algo más que los engranajes de una enorme máquina para explotar al pueblo, deberá hacer, sin duda, una revolución, pero una revolución *distinta.*

Ahora bien, enseguida aparece con claridad que no tiene sentido la oposición sistemática a los poseedores: el porvenir del proletariado va unido al de la burguesía. Mussolini acoge con una gran satisfacción los principios productivistas que Alceste de Ambris expone con insistencia en los últimos meses que preceden al armisticio [122]. Se arroga el eslogan divulgado por Lanzillo, que exige un «armisticio social» permanente, aprovechando el ímpetu de esta unión nacional sellada entre las fuerzas intervencionistas [123]. Pero, al propio tiempo, Mussolini no olvida que la meta final del sindicalismo revolucionario sigue siendo el acceso del proletariado a la capacidad de sustituir a la burguesía en el proceso de producción. Quiere dar al proletariado una parte mayor de la riqueza nacional, e, incluso, aboga por una participación obrera directa en la conferencia de paz para garantizar que los intereses del mundo del trabajo sean realmente tomados en consideración [124].

En el curso de los últimos meses de guerra, los lazos entre Mussolini y los sindicalistas revolucionarios se refuerzan todavía más. En efecto, el ex director de *Avanti!,* que no ha reanudado el contacto con el Partido Socialista, se dedica a forjar un instrumento político a su imagen y semejanza. Intenta crear una gran coalición de intervencionistas de izquierda [125]. A su lado se espolean Bianchi, Lanzillo,

---

[122] B. Mussolini, «Dopa quattro anni!», *Il popolo d'Italia,* 12 de mayo de 1918, *O.O.,* vol. XI, pp. 54-55.

[123] B. Mussolini, «Il trattato di pace e le classi lavoratrici», en *Il popolo d'Italia,* 19 de noviembre de 1918, *O.O.,* vol. XII, p. 6.

[124] *Idem.*

[125] B. Mussolini, «Per intenderci...», loc. cit., p. 53.

Rocca y Dinali. Mussolini piensa en la Unione Italiana del Lavoro (UIL), fundada por los sindicalistas revolucionarios en junio de 1918 para contrarrestar a la CGL dominada por los socialistas, como una aliada natural. Al propio tiempo, no vacila en alinearse con las miras expansionistas e irredentistas italianas expresadas por Panunzio [126]. Mussolini ve en el irredentismo un excelente medio de movilización política, de modo que lo utiliza a fondo. Para él el irredentismo constituye el corolario del intervencionismo de izquierda, una secuela de esta «guerra de masas» que quiere ver terminar en una «victoria de masas» [127]. De la misma manera, esta guerra terrible que se acaba de vivir, que ha puesto en pie a todo un pueblo, no puede terminarse sin que se produzcan profundos cambios en la vida social, en las relaciones entre los ricos y los pobres. El pueblo no ha hecho la guerra para que las cosas sigan como se encontraban en agosto de 1914, dice en sustancia a los metalúrgicos de Dalmine que, el 16 de marzo de 1919, acaban de ocupar la fábrica Franchi-Gregorini, pero que, fieles al principio productivista, no abandonan, por ello, el trabajo [128].

Una semana después del discurso de Dalmine, se funda el movimiento fascista en Milán. Entre los siete fundadores que participan en la reunión preparatoria del 21, se advierte la presencia de tres ex socialistas (Mussolini, Ferrari y Ferradini), así como la de dos sindicalistas, Michele Bianchi y Mario Giampaoli. El 23 de marzo se celebra la reunión constitutiva del fascismo en la plaza del Santo Sepulcro, en la que también participa Martinetti [129]. Mussolini vuelve a alinearse en las posiciones de la UIL: adopta sus concepciones productivistas, a la vez que exige la confiscación de las riquezas ilícitamente acumuladas durante la guerra. Su programa, dice con razón, es el del sindicalismo nacional [130].

No cabe duda que lo que constituye el fondo de la ideología fas-

---

[126] B. Mussolini, «La "pentapoli" italiana», *Il popolo d'Italia,* 22 de noviembre de 1918, *O.O.*, vol. XII, p. 22.

[127] B. Mussolini, «Il Maddaleni», *Il popolo d'Italia,* 5 de marzo de 1919, *O.O.*, vol. XII, p. 268. Véase también «Pro Fiume e Dalmazia», *Il popolo d'Italia,* 15 de enero de 1919, *O.O.*, vol. XII, pp. 144-145.

[128] R. de Felice subraya que *Il popolo d'Italia* es el único periódico que habló extensamente de la huelga de Dalmacia, a causa, precisamente, de la fidelidad de los huelguistas a los principios produccionistas: véase R. de Felice, *Mussolini il rivoluzionario,* ob. cit., p. 503.

[129] *Idem,* p. 506.

[130] «Atto di nascita del fascismo», *Il popolo d'Italia,* 24 de marzo de 1919, *O.O.*, vol. XII, p. 327.

cista en sus comienzos es la herencia intelectual del sindicalismo revolucionario. Alceste De Ambris, secretario general de la UIL, a quien los estatutos sindicales prohiben la adhesión a un partido político, hace hincapié en este punto. El 9 de junio de 1919, De Ambris pronuncia una conferencia ante los fascistas de Milán, los cuales, como hemos visto, integran su famoso programa de expropiación parcial en el programa oficial de su movimiento. En la alocución que a continuación de la conferencia del secretario general de la UIL pronuncia Mussolini, no tiene pelos en la lengua:

> La nación italiana es como una gran familia. Las cajas están vacías. ¿Quién las llenará? ¿Acaso nosotros? ¿Nosotros que no poseemos ni casas, ni coches, ni bancos, ni minas, ni tierras, ni fábricas, ni dinero? Quien pueda, que pague. Quien pueda, debe desembolsar [...]. La hora de los sacrificios para todos ha llegado. Quien no haya ofrecido su sangre, dará sus caudales [131].

El sindicalismo revolucionario proporciona al fascismo naciente su contenido ideológico en lo que concierne a los problemas interiores de la sociedad italiana, así como en lo que se refiere a la cuestión de los territorios todavía reivindicados por Italia. De Ambris a favor de la expropiación parcial, Olivetti a favor de Fiume y Dalmacia, reflejan fielmente las posiciones adoptadas por Mussolini. El programa fascista de junio de 1919 todavía contiene algunos principios corporativistas, municipalistas y regionalistas que habían sido publicados anteriormente en *Il Rinnovamento* y la *Internazionale* [132].

Mientras tanto, en este año de 1920, año de ocupaciones de fábricas, la crisis interior italiana adquiere dimensiones dramáticas. Tanto

---

[131] B. Mussolini, «Per l'espropiazione del capitale», *Il popolo d'Italia,* 1 de junio de 1919, *O.O.,* vol. XIII, p. 177.

[132] Véanse los siguientes escritos de Mussolini: «Il discorso di Dalmine», *Il popolo d'Italia,* 21 de marzo de 1919, *O.O.,* vol. XII, p. 334. «Per l'espropriazione del capitale», loc. cit.; «Via di Versaglia», *Il popolo d'Italia,* 3 de junio de 1919, *O.O.,* vol. XIII, pp. 171-173, y también «Atto di nascita del fascismo», loc. cit., donde los fascistas reconocen explícitamente las afinidades entre su programa original de marzo de 1919 y el de la UIL. En efecto, los fascistas no solamente exigen la aplicación del programa de expropiación parcial de Alceste de Ambris, sino que también reivindican la jornada de ocho horas, el salario mínimo, así como todas las demás reformas sociales incorporadas en el programa de UIL. El artículo que trata de «la Nación en armas» se inspira visiblemente en el de Olivetti que, en 1914, ya exigía que se distribuyeran armas al pueblo («Le armi al popolo», *Pagine Libere,* 15 de diciembre de 1914). Se puede consultar el texto integral del programa fascista de junio de 1919 en R. de Felice, *Mussolini il rivoluzionario,* ob. cit., pp. 742-743.

en el seno de la vieja izquierda socialista como en el seno de la derecha nacionalista, va madurando la idea de que esta crisis sólo podrá solucionarse por la vía radical. En la izquierda, la balanza empieza a inclinarse a favor de una solución de tipo comunista; en la derecha, prevalece el repudio de toda reforma que pueda afectar los intereses de las clases poseedoras. El centro liberal aspira, a su vez, en la mejor tradición giolitiana, a un compromiso, el que sea. La izquierda intervencionista, que engloba el fascismo y aspira a ser un movimiento de convergencia, de salvación de toda la Nación, se niega a que los opulentos aplasten a los trabajadores, al tiempo que no está en su ánimo permitir que estalle una revolución social.

Pero ésta no es la hora de las medias tintas, llega el momento de tomar una decisión clara. En el verano de 1920, resulta ya evidente que el fascismo ha empezado a distanciarse de sus orígenes revolucionarios de izquierda. En nombre de la Nación, Mussolini exige a los obreros los mismos sacrificios que pide a los industriales [133]. Finalmente, el productivismo se sitúa en un primer plano. Si el interés nacional exige la lucha contra el socialismo, si la modernización, el crecimiento económico y la aptitud del país para llegar a ocupar el lugar que le corresponde en el mundo exigen el aplastamiento de las organizaciones obreras, si es necesario apoyar a los terratenientes para impedir la disgregación social e impedir una revolución social que sólo puede desembocar en una guerra civil, esto es, en un desastre nacional, el fascismo deberá optar por la defensa de la burguesía, de toda la burguesía. Al término de esta evolución que no sólo obedece a la presión de los acontecimientos, sino también a una poderosa lógica interna, el Partido Nacional Fascista, fundado en noviembre de 1921, ni siquiera consigue agrupar a los primeros Fascios en 1914, ni a los de 1919. De movimiento elitista, todavía muy apegado a sus orígenes, se convierte en un gran partido de masas. Esta mutación recuerda, sin duda, la de los partidos socialistas en los albores del siglo: el giro a la derecha constituye el precio habitual del éxito. Igual que todos los partidos que se preparan para acceder al poder, el fascismo pone mucha agua al vino. De modo que en vísperas de la toma del poder, el movimiento ofrece una fisonomía muy diferente de la que se hacía patente en la plaza del Santo Sepulcro.

En efecto, en 1919-1920, los sindicalistas revolucionarios y los

---

[133] B. Mussolini, «Patria e fazione», *Il popolo d'Italia,* 16 de junio de 1920, *O.O.,* vol. XV, p. 40.

socialistas que abandonaron el Partido siguiendo los pasos de Mussolini todavía constituían el núcleo del movimiento. En el seno del primer fascismo eran los únicos profesionales de la política, de modo que su experiencia no tenía precio. Esos hombres, de su período sindicalista aportaban su ímpetu revolucionario, su fe en el poder de las elites activistas. Para ellos no cabía la menor duda de que había sido la capacidad de decisión de una minoría la que había arrastrado a las masas inertes al conflicto europeo, de que la voluntad de una vanguardia revolucionaria había obligado a la democracia a seguir sus dictados. No había ninguna razón para abandonar un camino tan saludable. Sólo que esos jefes revolucionarios muy pronto deberán rendirse ante la evidencia: las tropas no obedecen. Las elecciones de 1919 son una prueba palpable de ello, y, en mayo de 1920, durante el segundo Congreso del movimiento, Cesare Rossi saca conclusiones prácticas de este hecho: es una tarea vana querer arrancar al proletariado de la influencia del socialismo [134]. Ello significa que la idea originaria, lanzada mucho antes del desencadenamiento de las hostilidades, tiene más validez que nunca: si se quiere hacer la revolución no cabe buscar en el proletariado, sino en otra parte, a la fuerza de maniobra necesaria.

La idea de que la Nación debe ocupar el lugar del proletariado surge mucho antes de agosto de 1914. Pero la guerra, esa escuela de sacrificio, de abnegación tan ensalzada por los sindicalistas revolucionarios, los nacionalistas y los futuristas, ha constituido un nuevo depósito de energías, de esperanzas y de resentimientos entremezclados. De modo que es a esos hombres que no sólo han aprendido a obedecer sino también a mandar, a los que se dirige Mussolini. En agosto de 1918, *Il popolo d'Italia* pasa de ser un periódico socialista a ser «el periódico de los combatientes y de los productores». Dos años más tarde, el fascismo dirige su atención a los jefes de los combatientes, especialmente a los oficiales de las tropas de choque, los famosos *arditi.* Estos jóvenes oficiales en lo sucesivo jugarán un papel

[134] A. Lyttelton, *The Seizure of Power. Fascism in Italy, 1919-1922,* ob. cit., pp. 46-47. Además de la obra de Lyttelton, véase, sobre este período, los trabajos anteriormente citados de Renzo de Felice y de A. J. Gregor. En francés puede consultarse el trabajo de síntesis de P. Milza, *Les fascismes,* ob. cit., y el excelente libro de S. Romano, *Histoire de l'Italie du Risorgimento à nos juors,* París, Éd. du Seuil, 1977. En lo que respecta al fascismo la conclusión de Romano está en las antípodas de la mía: «El fascismo en el gobierno, principalmente en su primera fase —escribe—, no es ni una ideología ni un programa político. A lo sumo es una intuición» (p. 181).

de primer plano en la progresiva transformación del movimiento. Un poco más tarde, el desarrollo del fascismo agrario acentuará esta evolución todavía más bruscamente. La expansión del movimiento y su metamorfosis se verán ampliamente favorecidos por la movilización en 1920-1921 de ciertas capas de la pequeña burguesía anteriormente poco politizadas [135]. De este modo, prosigue el deslizamiento hacia la derecha.

Pero este proceso no es únicamente el resultado de los cambios que se producen en la composición social del fascismo, en continua expansión hacia los elementos que nunca tuvieron nada que ver con el sindicalismo revolucionario o con el Partido Socialista. Se desprende también de una decisión tomada por Mussolini orientada a transformar su movimiento en partido, en un gran partido de gobierno. Como político experimentado sabe que en la Italia de su tiempo nada se puede hacer si se cuenta con la oposición de las fuerzas sociales tradicionales: el ejército, la burocracia, la magistratura, los círculos empresariales, la Casa Real y la Iglesia. El ex jefe de la izquierda revolucionaria ha comprendido perfectamente la lección que se desprende del desastre de todos los revolucionarios: la ocupación de las fábricas se ha saldado con el mismo fracaso que la locura de Fiume. El sueño de una República de los Soviets se lo han llevado los mismos vientos que han barrido la «Carta del Carnaro». De modo que empieza a cultivar los verdaderos centros de poder.

Por otro lado, Mussolini debe hacer frente a las disensiones que, tras las elecciones de 1921 y del Pacto de Pacificación —la tregua con los socialistas—, estallan dentro del movimiento entre la «izquierda» y la «derecha», los agrarios, los urbanos y los «de provincias», los «políticos» y los «militares». Estos últimos se enfrentan en torno a la cuestión crucial de saber quién controlará las tropas de choque fascistas. En este violento altercado de tendencias, de grupos de presión y de temperamentos, el liderazgo de Mussolini se verá sometido a pruebas muy duras: los adversarios de la normalización, dirigidos por Dino Grandi y Pietro Marsichi, el jefe provincial de los fascistas del Veneto, quieren un gran movimiento revolucionario que se quede al margen de la política parlamentaria [136]. Contra Mussolini emplean la mística d'annunziana. Ésa es otra de las razones importantes que inducen a transformar lo más rápidamente posible el movimiento

[135] A. Lyttelton, *The Seizure of Power*, ob. cit., p. 67, cita a A. Lanzillo.
[136] *Idem*, pp. 72-75.

en partido respetable, capaz de llenar el vacío político que se está creando. En octubre de 1922, la cosa ya se ha hecho.

Como se sabe, la conquista del poder por Mussolini no es el resultado de un golpe de Estado, sino el fruto de un proceso político de muchos meses de duración. Este proceso ha sido posible no porque el Estado hiciera dejación de sus funciones ante la violencia y la astucia fascistas, sino por la comprensión, incluso, la simpatía de la que gozan los fascistas en el seno de una amplia fracción de la clase política, de los ambientes intelectuales, creadores de opinión, y, en general, en el seno de las elites sociales. La agitación fascista, tanto en los centros industriales como en el campo, en los institutos, las universidades o entre los ex combatientes, no plantea problemas reales a las autoridades del lugar: la correlación de fuerzas es tal que esta agitación puede ser dominada en cualquier momento. Lo mismo sucede en lo que respecta a los preparativos de esa expedición grotesca que se llama «marcha sobre Roma». Los fascistas, escasamente equipados, mal alimentados, chapoteando en el barro bajo la lluvia torrencial, frente a las fuerzas del orden bien organizadas y bien encuadradas a las órdenes de mandos expertos, no tienen ni la menor oportunidad de vencer, a menos que en su camino encuentren un poder político poco dispuesto a resistir. En otras palabras, es preciso que, en este 28 de octubre de 1922, alguien tenga la voluntad de asumir sus responsabilidades. Es necesario que alguien se plantee que el fascismo no pasará. Del mismo modo que hubiera sido necesario que, a lo largo de los años 1921 y 1922, alguien hubiera tenido el coraje de apoyar a los gobernadores provinciales que, con toda decisión, bloquearon con suma facilidad las intentonas fascistas.

La ausencia de firmeza en las acciones no se explica por la debilidad del Estado —los resortes del mando responden convenientemente cuando se quiere hacer uso de ellos— ni por la capacidad de maniobra de Mussolini. No cabe duda que este extraordinario profesional dirige admirablemente su empresa. El ex jefe socialista nada como pez en el agua en este lodazal sorprendente y extraño que es la democracia parlamentaria a la italiana. El propio movimiento fascista no escapa de las reglas del juego de la política transalpina: Mussolini debe arrostrar un posible hundimiento de los cimientos de su propio poder. Debe neutralizar el peligro que para él representa D'Annunzio, y debe, a toda costa, impedir la formación de un frente antifascista. La profundidad de la impregnación de las elites políticas y sociales por la ideología fascista aparece en el trasfondo de estas dificultades.

Puesto que si la caída de la democracia liberal en Italia se explica por una ausencia de voluntad y una ausencia de confianza en la capacidad del régimen para resistir a las presiones, estas mismas debilidades se explican ante todo por el respeto que inspira el fascismo. En el seno de la clase política, entre los intelectuales, son muchos a los que no les gustan los métodos *squadristas,* pero son muchos menos los que no se identifican con determinados objetivos del fascismo y con determinados aspectos de su ideología. Eso es lo que explica, en primer lugar, que el rey hubiera podido invitar a Mussolini, en nombre del *establishment* liberal, a que pusiera término a la crisis del régimen, en segundo lugar, la capacidad del líder fascista de mantenerse a continuación en el poder.

De hecho, antes del 30 de octubre de 1922, así como en el curso de los dos primeros años posteriores a su acceso al poder, la situación de Mussolini es bastante precaria. A veces faltará muy poco para que la aventura fascista, al menos provisionalmente, se vaya al traste. Una primera ocasión surge en julio de 1922, cuando se perfila la posibilidad de la formación de un gran gobierno de unión antifascista con la participación de los socialistas, una carta de Giolitti dirigida al director del periódico *Tribuna* sofoca brutalmente ese último destello de energía. A partir de este momento, ya no se trata de saber si los fascistas participarán o no en el gobierno; la cuestión ahora no es otra que: ¿exigirán los primeros papeles o aceptarán ocupar un lugar menos visible en el seno del gobierno? [137].

Dos años más tarde aparece una segunda posibilidad de desalojar a los fascistas. El asesinato, el 10 de junio de 1924, del diputado socialista Matteotti, cuyo célebre discurso del 30 de mayo afectó duramente a los fascistas, abre una crisis gravísima. La firmeza de carácter y el coraje de Matteotti eran legendarios. Su secuestro en pleno centro de la capital desata una oleada de emociones. Las reacciones provocan el pánico entre el núcleo de personas que se mueven en torno al jefe del gobierno e, incluso entre los ministros fascistas moderados se alzan voces de indignación. Una intervención de los liberales cerca del Rey hubiera probablemente bastado para decidir la sustitución de Mussolini, pero los amigos de Giolitti en estos momentos siguen tan bien dispuestos a aceptar a los fascistas que no consideran oportuno exigir la dimisión de su jefe.

De todos modos es la posición de Benedetto Croce, el intelectual

[137] *Ibid.,* p. 81.

más relevante del país y, cara al mundo exterior, el representante más célebre de la cultura italiana, la que adquiere mayor significación. En estos momentos críticos, Croce estima que el fascismo, a pesar de todo, ha hecho cosas buenas, de modo que no sería nada sensato trabajar para derribarlo. Croce piensa, por el contrario, que es necesario dejarle que culmine su evolución hacia la cordura y la normalización. El 26 de junio, el senador vota la confianza al gobierno Mussolini [138]. Resulta muy reveladora esta mano levantada de uno de los europeos más famosos de su tiempo a favor del aprendiz de dictador, en el poder desde hace casi dos años y responsable de un crimen odioso, en el momento en el que el régimen (cuya auténtica naturaleza no es un secreto para nadie) es particularmente vulnerable. Es el símbolo por excelencia de la problemática que representa el fascismo, de uno a otro extremo del continente, para esa intelectualidad europea tan refinada, tal culta, pero que desde hace tiempo ya ha perdido la fe en las virtudes de la democracia liberal.

IV. ESTADO Y DICTADURA: DEL SOCIALISMO NACIONAL AL FASCISMO

Entre todos los componentes esenciales de la ideología fascista, el concepto de Estado es el último que se formaliza. Ello se explica por razones tanto históricas como puramente ideológicas. Es evidente que la generación de los políticos que han hecho la guerra acaba de descubrir la, hasta entonces, insospechada potencia del Estado. Por otro lado, los hombres que proceden del marxismo —incluso de un marxismo revisado y refundido por los sorelianos— sólo con el paso del tiempo consiguen adaptarse al uso extensivo que se puede hacer del poder político. El sindicalismo revolucionario concedía mucha importancia a la autoridad, menospreciaba profundamente a la democracia, pero en su bagaje intelectual no figuraba el terrorismo de Estado. Ésa es una forma de gobernar que, tanto los fascistas como los comunistas, aprenden en la práctica. En este terreno, la experiencia de la guerra es determinante: entonces se aprende que la capacidad de intervención del Estado es prácticamente ilimitada.

No obstante, en lo que respecta a la delimitación de las funciones

[138] *Ibid.*, p. 243.

del Estado, la continuidad, tanto en este terreno como en otros, no se pone en entredicho. Mussolini, igual que sus maestros intelectuales del sindicalismo revolucionario, convertidos en sus compañeros en el lanzamiento del movimiento fascista, asientan su concepción del Estado en su visión del capitalismo. No solamente no pone en duda la propiedad privada, sino que, una vez asimiladas las enseñanzas de Sorel y de Arturo Labriola, pretende desembarazar al Estado de sus funciones económicas. «El Estado no debe ser "productor", porque quien dice Estado, dice forzosamente burocracia; ahora bien, la burocracia es antiproductivista por designación. El Estado no debe obstaculizar la reactivación de la vida económica» [139], dice Mussolini en julio de 1919. En su opinión, lo económico y lo político constituyen dos esferas distintas. El análisis mussoliniano es lo bastante depurado como para ver que el Estado puede seguir siendo idéntico a sí mismo y el régimen transformarse radicalmente [140]. Lo que le interesa es demostrar que el capitalismo no engendra un régimen político particular [141]. De lo que resulta que es posible liquidar el liberalismo político con sus valores (llamados burgueses) de libertad política, de derechos del hombre, preservando simultáneamente el conjunto de los aspectos económicos de la civilización capitalista. Esto lleva a Mussolini a exponer, en enero de 1921, los principios de su acción, principios que ya no sufrirán variación a lo largo de todo el período fascista:

El Estado debe ejercer todos los controles posibles e imaginables, pero debe renunciar a toda forma de gestión económica. No es de su incumbencia. Ni siquiera los servicios públicos deben ser exclusivamente monopolizados por él. [Y, más adelante] En resumen, la posición del fascismo en relación al Estado es ésta: la lucha contra el Estado económico-monopolista es indispensable para el desarrollo de las fuerzas de la Nación; hay que volver al Estado político-jurídico porque ahí es donde residen sus verdaderas funciones. En otras palabras, es necesario reforzar el Estado político y desmantelar progresivamente el Estado económico [142].

---

[139] B. Mussolini, «Chi possiede paghi!», *Il popolo d'Italia,* 6 de julio de 1919, *O.O.,* vol. XIII, p. 224.

[140] P. Birnbaum, *La Sociologie de l'État,* París, Fayard, 1982, p. 84.

[141] B. Mussolini, «Dilemma: collaborare o perire», *Il popolo d'Italia,* 1 de abril de 1920, *O.O.,* vol. XIV, p. 390.

[142] B. Mussolini, «Il fascismo del 1921», *Il popolo d'Italia,* 7 de enero de 1921, *O.O.,* vol. XVI, pp. 101-102.

En su primer discurso pronunciado en la tribuna del Parlamento en junio de 1921, Mussolini insiste en estos principios en dos fórmulas muy condensadas: «Os lo voy a decir con toda claridad: nosotros nos opondremos con todas nuestras fuerzas a las tentativas de socialización, de estatización, de colectivización». Por el contrario, «[...] nosotros debemos reducir el Estado a su pura y única expresión jurídica y política» [143].

En el curso de estos años que anteceden al acceso al poder, esa concepción de Estado ya no se modifica, por el contrario, se refuerza. La idea del Estado «jurídico y político» se desarrolla en el momento de la fundación del Partido Nacional Fascista en el Congreso de Roma del 8 al 11 de noviembre de 1921. El Estado se concibe como fuente única de la soberanía, dueño incontestable de la política nacional; en ella encontramos ya los primeros elementos concretos de corporativismo [144]. Es el momento en que Mussolini formula las grandes líneas de lo que será el Estado de mañana, basado en los principios ideológicos del partido fascista. Una vez más apela a sus dos grandes maestros y compañeros de viaje, Arturo Labriola y Enrico Leone. «El escritor sindicálista», dice dirigiéndose a este último en noviembre de 1921, «ha comprendido que el fascismo es un Estado en potencia que tiende a sustituir un Estado existente» [145]. En efecto, el teórico del sindicalismo revolucionario no abriga ninguna duda sobre la naturaleza de la revolución que se avecina, ni sobre los resultados que acarreará. En este punto, los intelectuales como Leone están de acuerdo con los jefes políticos, incluido el que en un momento aparece como el único rival de Mussolini, Dina Grandi [146].

Según Mussolini, la concepción fascista del Estado no difiere de la concepción comunista más que en la sustitución de los términos de referencia: la Nación sustituye a la clase. El Estado debe ser centra-

---

[143] B. Mussolini, «Il primo discorso a la cameri dei deputati», *Atti del parlemento Italiano,* Camera dei deputati, Sessione 1921. Prima della XXVI legislatura, Discussioni, volumen I, Roma, Tipografia della Camera dei deputati, 1921, pp. 89-98, *O.O.,* vol. XVI, pp. 442 y 445.

[144] B. Mussolini, «Il programma fascista», *O.O.,* vol. XVII, pp. 216-233; D. Grandi, «Le origini e la missione del fascismo», Bolonia, Cappelli, 1922, en R. de Felice, *Autobiografia del fascismo,* Bergamo, Minerva Italica, 1978, p. 138, y «Programma e statuti del Partito Nazionale Fascista», *O.O.,* vol. XVII, pp. 334-340.

[145] B. Mussolini, «Primo: vivere!», *Il popolo d'Italia,* 18 de noviembre de 1921, *O.O.,* vol. XVII, p. 252.

[146] «Le (fascisme) développe lentement en son sein les germes de l'État futur», D. Grandi, «Le origini e la missione del fascismo», ob. cit., p. 138.

lista y unitario [147]. En la concepción fascista, el Estado se convierte en la «encarnación jurídica de la Nación» [148]. Estos principios se estipulan en los «Programas y Estatutos del Partido Nacional Fascista» de diciembre de 1921. Exponen, fundamentalmente, una visión muy parecida a la de la síntesis socialista nacional de *La Lupa* o del Cercle Proudhon.

Existe una notable continuidad entre los trabajos de los sindicalistas revolucionarios, publicados en los primeros años del siglo, y los de Mussolini. Una misma continuidad caracteriza lo esencial de los escritos de Mussolini en *Utopia* y en *Gerarchia,* revista doctrinal del partido fascista fundada a finales de enero de 1922 y cuyo objetivo es precisar el contenido de los principios ideológicos del nuevo partido [149]. Los temas elitistas, autoritarios, así como la oposición al «Estado monopolista» en el terreno de la economía, ya habían reclamado la atención de la nueva dirección del Partido Nacional Fascista, cuya declaración de principios está fechada en noviembre de 1921. El fascismo, ahora, se siente bien equipado para hacer frente a la crisis del Estado [150]. Unas pocas semanas después de haber aparecido el artículo de Mussolini en *Gerarchia,* Giacomo Lumbroso desarrolla las mismas ideas en otro número de la revista fascista: el partido anuncia su voluntad de asaltar el poder y de proceder a la fascistización del Estado [151]. A lo largo de todo el verano y de todo el otoño de 1922, Mussolini y sus hombres proclaman su voluntad de liquidar el régi-

---

[147] B. Mussolini, «Per la vera pacificazione», *Atti...,* ob. cit., vol. III, 1-22 de diciembre de 1921, pp. 1975-1981, *O.O.,* vol. XVII, p. 295. Sobre el mito de la Nación y su papel en la ideología fascista, véase B. Mussolini, «Nel solce delle grandi filosofie. Relativismo e fascismo», *Il popolo d'Italia,* 22 de noviembre de 1921, *O.O.,* vol. XVII, p. 269; M. Rocca, *Il Primo fascismo,* Roma, G. Volpe ed., 1964, pp. 50-51; C. Rossi, «La critica alla critica del fascismo», *Gerarchia,* 25 de abril de 1922, p. 190.

[148] «Programma e statuti del partito...», loc. cit., pp. 334-350.

[149] Véase, por ejemplo, el importante artículo de Mussolini, «Stato, anti-Stato e Fascismo», *Gerarchia,* 25 de junio de 1922, pp. 295-300.

[150] «Il manifesto della nueva direzione del P.N.F.», *O.O.,* vol. XVII, pp. 271-272. Las influencias a las que estuvo sometida la ideología fascista no proceden únicamente de la reflexión de quienes, en este preciso instante, ya se habían incorporado al movimiento fascista. Así, por ejemplo, hombres como Giovanni Gentile y Alfredo Rocco, que también dejaron su imprenta en esta ideología, no se incorporarán al movimiento hasta pasado algún tiempo. Véase Emilio Gentile, *Le origini dell'ideologia fascista,* ob. cit., pp. 349-353 y 377-385; F. Gaeta, *Il nazionalismo italiano,* Bari, Laterza, 1981, p. 249.

[151] G. Lumbroso, «Lo Stato contro lo Stato», *Gerarchia,* 25 de julio de 1922, pp. 378-381.

men en vigor y de sustituirlo por un sistema que será una solución de recambio total, tanto para la democracia como para el socialismo [152]. Tal es el contenido de los dos famosos discursos-programas de Mussolini, pronunciados el 20 de septiembre de 1922 en Udine y el 4 de octubre en Milán [153]. Estas dos arengas preparan el terreno al discurso de Nápoles en el que Mussolini hará un llamamiento a sus tropas para que marchen sobre Roma.

En vísperas del nombramiento de Mussolini como jefe de gobierno, Camillo Pellizzi, profesor de filosofía y discípulo de Gentile, expone en *Gerarchia* el marco conceptual de la gran revolución antimaterialista que está a punto de desencadenarse:

El Fascismo, es decir, la negación práctica del materialismo histórico, y más aún, la negación del individualismo democrático, del racionalismo de la Ilustración, el fascismo es la afirmación de los principios de tradición, de jerarquía, de autoridad, de sacrificio individual tendente hacia el ideal histórico. Es la afirmación práctica del valor de la personalidad espiritual e histórica (del Hombre, de la Nación, de la Humanidad) contrapuesto, y en el extremo contrario, a la razón, la individualidad abstracta y empírica de los hombres de la Ilustración, de los positivistas y de los utilitaristas [154].

---

[152] B. Mussolini, «Ai fascisti romani!», *Il popolo d'Italia,* 3 de agosto de 1922, *O.O.,* vol. XVIII, pp. 330-331; véase también la entrevista que Mussolini concedió el 11 de agosto de 1922 al periódico napolitano *Il matino,* en *idem,* p. 349. Mussolini insiste en las ideas expresadas en *Il matino* en el discurso que pronuncia en Milán en ocasión de la reunión conjunta de la dirección del PNF, del Comité Central de los Fasci, del grupo parlamentario fascista y de la Confederación de las Corporaciones. Mussolini clausurará la reunión enunciando los puntos sobre los que todos se han puesto de acuerdo:

1) El fascismo debe ser Estado;

2) El fascismo debe ser Estado no para defender sus propios intereses o los de su clientela, sino para preservar los del Estado;

3) Para llegar a ser Estado, el fascismo dispone de dos medios: la vía legal de las elecciones y la extralegal de la rebelión (15 de agosto de 1922). Véase B. Mussolini, «La situazione politica», *Il popolo d'Italia,* 15 de agosto de 1922, *O.O.,* vol. XVIII, pp. 351-352.

[153] B. Mussolini, «L'Azione e la dottrina fascista dinnanzi alle necessità storiche delle nazione», *Il popolo d'Italia,* 21 de septiembre de 1922, *O.O.,* vol. XVIII, pp. 411-421, y «Dal malinconico tramonto liberale all'aurora fascista della nueva Italia», *Il popolo d'Italia,* 5-6 de octubre de 1922, *O.O.,* vol. XVIII, pp. 434-439.

[154] C. Pellizi, «Idealismo e Fascismo», *Gerarchia,* 25 de octubre de 1922, p. 571. Sobre Pellizi, el filósofo que intentó conciliar idealismo liberal y fascismo, véase E. Gentile, *Le origini dell'ideologia,* ob. cit., pp. 335-340; Gherardo Casini, «Classici, Romantici e scettici del pensiero fascisto», *La Rivoluzione fascista,* 18 de mayo de 1924; apéndice, pp. 449-450.

O sea que la filosofía del fascismo se encuentra plenamente elaborada incluso antes de la toma del poder. En ella se pueden reconocer todos los elementos del nacionalismo integral, asociados en una síntesis largamente madurada, a esta revisión antimaterialista y antirracionalista del marxismo llevada a cabo por el sindicalismo revolucionario franco-italiano. En este sentido, la acción política de Mussolini no es en absoluto el resultado de un pragmatismo tosco o de un oportunismo vulgar, como tampoco lo es la acción política de Lenin o la de Léon Blum. De hecho, las realidades del régimen italiano de entreguerras serán una puesta en práctica fiel de los principios de los que se habían dotado Mussolini y sus hombres en el momento en el que ellos son los primeros, en el siglo XX, que acaban con el régimen de democracia liberal.

El fascismo italiano, ahora se ve con toda claridad, es el producto de aportaciones diversas pero convergentes. Es preciso señalar aquí que la contribución ideológica capital del movimiento nacionalista también ha alcanzado su madurez antes de la toma del poder. Tras la síntesis de *La Lupa* llega la contribución de Alfredo Rocco. Este eminente jurista nacionalista, al que Corradini siempre rendía homenaje, ministro de Justicia desde enero de 1925 hasta junio de 1932, desempeñará un destacadísimo papel en la codificación del fascismo y en la traducción de sus principios en medidas legislativas. Su concepción del Estado y sus ideas antidemocráticas de carácter totalitario también se encontraban prácticamente formadas y elaboradas en 1914: eso, los especialistas italianos en la cuestión, lo saben desde hace muchos años [155]. Heredero de Corradini, Rocco enseguida lo eclipsó. El fundador de la Asociación Nacionalista, escritor mediocre, pero buen orador, ya ha cumplido su función. En el momento de la fascistización del Estado, no es la hora de los discursos, tanto más cuanto que ahora es el Duce el que arenga a las muchedumbres. De modo que lo que el régimen necesita es una codificación de los principios nacionalistas y fascistas, es su traducción en leyes y en estructuras de gobierno. Nadie más indicado para esta tarea que Alfredo Rocco. Las ideas de Mussolini y de Rocco convergieron a partir de los primeros meses de 1914, hasta llegar a fundirse en el momento de la creación del Partido Nacional Fascista en noviembre de 1921. Es entonces cuando los *Fasci di combattimento,* fundados en marzo de 1919 por

[155] P. Ungari, *Alfredo Rocca e l'ideologia giuridica del fascismo,* Brescia, Morcelliana, 1974.

Mussolini con la colaboración de los sindicalistas revolucionarios y de los futuristas, por un lado, y de los nacionalistas *arditi* y veteranos de guerra, por otro, instauran el nuevo movimiento. Lo esencial del pensamiento de Rocco consiste en una visión mística y orgánica de la Nación, en la afirmación absoluta de la primacía de la colectividad en relación al individuo, en el rechazo total de la democracia liberal, de sus principios y de sus aspectos institucionales [156]. Aquí había cuanto era necesario para brindar un denominador común ideológico de los dos hombres que procedían de horizontes tan diversos. Lo único que quedaba por hacer era sustituir el principio de soberanía popular por el de soberanía del Estado, como preconizaba Mussolini para asegurar definitivamente la primacía del Estado [157].

Durante el verano y el otoño de 1922, los colaboradores de *Ge-*

---

[156] A. Rocco, *Scritti e discorsi politici,* vol. I, Milán, Giuffré, 1938, pp. 60-61. Respecto de las ideas de Rocco sobre la democracia y el individualismo, véase E. Gentile, *Il mito dello Stato nuovo dall'antigiolittismo al fascismo,* Bari, Laterza, 1982, pp. 173-174. Sobre la concepción del «Estado Nacional», en Gentile y Rocco, véase F. Gaeta, *Il nazionalismo italiano,* ob. cit., pp. 43-44.

[157] A. Rocco, «Mussolini Uomo si Stato», en *Mussolini e il fascismo,* Roma, 1929, en *Scritti e discorsi...,* ob. cit., vol. III, p. 1145. Algunos veían en la supresión de la democracia representativa y del sistema parlamentario por el fascismo la expresión del gobierno directo del pueblo, es decir, la expresión de la soberanía popular. Véase G. L. Mosse (ed.), *International fascism: New Thoughts and New Approaches,* Londres, Sage Publications, 1979, p. 2.

G. Bottai acusa a Mussolini de haber deformado el fascismo. En su opinión el error no reside en los principios del fascismo o en el método fascista, sino en la utilización que Mussolini hace de estos principios y de este método; G. Bottai, *Vent'anni e un giorno,* Milán, Garzanti, pp. 54 y 55-62.

Resulta difícil aceptar la idea enunciada por De Felice cuando sostiene que el fascismo pone en práctica los principios de la Revolución de 1789; véase R. de Felice, *Intervista sul fascismo a cura di M. A. Ladeen,* Bari, Laterza, 1975, pp. 100-106. Para De Felice, el fascismo pertenece a la corriente que Talmon designa como «Democracia totalitaria» y que él relaciona con la izquierda (véase J. L. Talmon, *The Origins of Totalitarism Democracy,* Londres, Secker and Warburg, 1952). De lo que dice De Felice se deduce que él considera que el fascismo no es un radicalismo de derecha. Ello no obstante, y a pesar del sentido con el que De Felice emplea el concepto forjado por Talmon, esta concepción, de hecho, está en contradicción con *Los orígenes de la Democracia totalitaria,* Buenos Aires, Aguilar, 1956. En efecto, mientras que De Felice distingue entre el nacionalsocialismo alemán y el fascismo italiano, asimilando a este último a las «democracias totalitarias», es decir, a los totalitarismos de izquierda, Talmon, en cambio, incluye el nazismo y el fascismo en una misma categoría que sitúa en la derecha radical; véase J. L. Talmon, *The Myth of the Nation and the Idea of the Revolution,* ob. cit. Señalemos de paso que en materia de aplicación de los principios de la Revolución francesa, Talmon tiene una concepción muy diferente de la de Renzo de Felice.

rarquia dedican sus esfuerzos a traducir en términos concretos los principios filosóficos del fascismo: nunca un partido político ha expresado de un modo más radiante los objetivos de su política y los medios de llevarla a cabo. Nunca hasta entonces, al parecer, se había celebrado un debate político más abierto dirigido por un movimiento revolucionario que se está preparando para tomar por asalto la democracia. No solamente se enuncian principios generales, sino que también se formula un verdadero programa de gobierno antes de que Mussolini atraviese el umbral de la Presidencia del Consejo [158]. El partido fascista, una vez instalado en el poder, utilizará todos los resortes del poder del Estado para poner en práctica su visión de la razón política. Mientras el Duce se enfrente a innumerables dificultades y se dedica a asentar la dictadura fascista con su habitual brutalidad y determinación, Camillo Pellizzi precisa, en el momento de la gran crisis de 1924, el carácter de la revolución en marcha:

> Momentáneamente, nosotros no concebimos el Estado ni como una asociación de individuos-ciudadanos, ni como un semicontrato que se habría cumplido en el curso de la historia. Pero, si hubiera que designar a esta institución, nosotros la veríamos como la concreción de una *personalidad* histórica predominante, como el instrumento social utilizable para la realización de un mito. De modo que el Estado no es una realidad fija, sino un proceso dinámico que no puede postular el movimiento de no ser, de un modo distinto, su propia continuación; tampoco puede ser el *renuevo* de un mito de no ser la unidad dialéctica y trágica de mitos anteriores.
>
> [...] Esta palabra, Estado, es inaplicable a nuestro concepto; en nuestro no-Estado, la ley es una función del mito final, no del mito inicial; y la meta final no podrá dejar de ser, a su manera, una nueva unidad de los mitos anteriores [159].

Esta concepción mítica de la política, o más bien esta fe en la fuerza del mito como motor de la Historia, constituye el hilo conductor de la visión fascista del mundo. De hecho, todo el resto se desprende de ella. En la aplicación de sus principios, sin embargo, el fascismo, como todo movimiento político que accede al poder, en-

---

[158] Volt (Fani Ciotti), «Il concetto sociologico dello stato», *Gerarchia*, 25 de agosto de 1922, pp. 422-428; véase también Volt, «Vilfredo Pareto e il fascismo», *Gerarchia*, 25 de octubre de 1922, p. 600; y, en el mismo número: G. Lumbroso, «La Genesi ed i fini del fascismo», p. 590.

[159] C. Pellizzi, *Problemi e realtà del fascismo*, Florencia, Vallecchi, 1924, p. 21. (En cursiva en el texto.)

cuentra innumerables resistencias: la hora del triunfo es, a la vez, necesariamente la de los compromisos.

En eso el fascismo no se diferencia de ninguno de los otros movimientos políticos que han accedido al poder. Mussolini establece compromisos con las fuerzas sociales presentes, y el proceso de fascistización del Estado se extiende a lo largo de toda la década de los veinte. Los obstáculos que hay que superar son inmensos, de forma que la imposición de la dictadura está sembrada de innumerables emboscadas. A medida que el fascismo va afirmando su influencia, la herencia socialista-revolucionaria se diluye. El fascismo en el poder ya no coincide exactamente con el fascismo de 1919, menos aún con el sindicalismo revolucionario de 1910. Al propio Duce le resulta muy difícil, diez años más tarde, volver a los planteamientos de su discurso del 23 de marzo. Pero, ¿acaso el bolchevismo en el poder refleja exactamente la aplicación de las ideas que, diez años antes de la toma del Palacio de Invierno, preocupaban a Plejanov, a Trotsky y a Lenin? El hecho de transigir con las realidades no significa que el Partido Nacional Fascista haya accedido al poder sin armadura ideológica. Todo lo contrario. Mussolini y sus hombres, desde el comienzo de su acción política, poseen una visión muy precisa de los objetivos que quieren alcanzar. Llegan al poder armados de un cuerpo ideológico coherente, que pretende ser una opción global de recambio al liberalismo y al marxismo. Su concepción de las estructuras a instaurar en lugar de la democracia liberal es muy coherente, y ponen manos a la obra sin pérdida de tiempo. El fascismo maduro se compone, en efecto, de elementos forjados antes de la guerra, sintetizados en un conjunto sólido durante la guerra y en el curso de los primeros años que suceden a la firma del armisticio.

No cabe duda que a medida que el fascismo se hace Estado, las resistencias a su herencia sindicalista-revolucionaria modifican en gran medida la dosificación entre lo nacional y lo social: la dictadura mussoliniana, muy enraizada en el sagrado horror que siempre ha inspirado la democracia a todos los elementos constitutivos del fascismo, produce finalmente un régimen del que quedan proscritos todos los elementos de origen socialista. Pero el régimen mussoliniano de los años treinta está mucho más cerca de la síntesis ideológica de *La Lupa* o del Cercle Proudhon de lo que lo está el régimen estaliniano de los fundamentos del marxismo. La evolución del fascismo tiene lugar a lo largo de la década de los veinte en

función de los primeros objetivos que se fijaron, diez años antes de la marcha sobre Roma, los protagonistas de una revolución sin precedentes: antiliberal, antimaterialista y antimarxista; una revolución política, moral y espiritual, una revolución para toda la Nación.

EPÍLOGO. DE LA REVOLUCIÓN CULTURAL A LA REVOLUCIÓN POLÍTICA

En vísperas de la conquista del poder, en el corpus ideológico del fascismo italiano todavía se advierten los rastros revolucionarios y no conformistas de sus orígenes. Hay mucha ambigüedad en esta década de los veinte, en la que el ir y venir de hombres y de ideas desorienta profundamente a una opinión pública de por sí alterada por las crisis de la posguerra. Una vez más es Sorel quien mejor que cualquier otro, encarna la complejidad de las reacciones y de la confusión intelectual de una generación que ve cómo las certidumbres que le quedaban se hacen añicos. En septiembre de 1919, publica su famoso «Pour Lénine» como apéndice a la cuarta edición de sus *Reflexiones.* La Revolución de Octubre significa que una nueva oportunidad de aniquilar «las democracias burguesas» acaba de surgir [1]. Dieciocho meses más tarde, otra joven fuerza revolucionaria se dispone a tomar por asalto la democracia: «Los fascistas no se equivocan del todo invocando mis opiniones —dice Sorel—, puesto que su fuerza pone claramente de manifiesto el valor de la violencia triunfante» [2].

Este culto a la violencia es lo que en realidad une a todos los disidentes que entonces se consagran a la tarea de instaurar el fascismo: futuristas, sorelianos y nacionalistas. Todos estos no conformistas coinciden en una misma recusación del orden establecido, de las ideologías dadas y de la estética dominante. Sorel y Marinetti comparten prácticamente los mismos puntos de vista: sufren las mismas influencias y, a menudo, beben en las mismas fuentes. Marinetti, sin duda, está influido por las doctrinas marxistas y anarquistas, por las

---

[1] G. Sorel, «Pour Lénine», en *Réflexions sur la violencia,* p. 454.

[2] G. Sorel, *Lettere a un amico d'Italia,* Bolonia, Capelli Editore, 1963, pp. 306-307; carta a Missiroli del 16 de abril de 1921. La consecuencia no es menos interesante: «Me parece probable que, dentro de poco, el gobierno los encontrará demasiado poderosos y los perseguirá; la burguesía no podrá aceptar el concurso de fuerzas de esa naturaleza: le será mucho más fácil entenderse con los amigos de Turati que con los *fascistas*».

teorías estéticas de los movimientos de vanguardia como el *Art Nouveau,* el *Judenstil, Die Brücke,* por las nuevas teorías poéticas. Pero en el fundador del futurismo se advierte sobre todo la huella que en él dejaron hombres como Nietzsche, Bergson y William James [3], tres hombres cuyo pensamiento ha moldeado de manera decisiva el de Sorel.

Según Noémie Blumenkranz, quien más influyó en Marinetti fue Bergson con su filosofía del *élan vital* y sus corolarios: el dinamismo y la continuidad de la materia, la duración de los estados psíquicos, la infalibilidad del instinto, la superioridad de la intuición respecto a la inteligencia discursiva, y, muy principalmente, el papel acordado a la percepción pura. Marinetti también se inspira mucho en la obra de Nietzsche y, más tarde en el pragmatismo de William James, que Papini introduce en Italia en 1905. James influye en Marinetti a través de su concepción de la acción, a la que se subordina su pensamiento, y a través de la de la verdad definida por las posibilidades prácticas de actuación sobre lo real [4]. Ahí aparecen las grandes fuentes en las que también bebe Sorel.

En la Europa de los albores del siglo, el sorelismo y el futurismo constituyen dos aspectos de la corriente revolucionaria. Cultura de vanguardia por excelencia, el futurismo arremete contra los mismos valores que maldice el sorelismo. Pero, al contrario que otros movimientos de vanguardia cultural igualmente comprometidos con la rebelión política, el futurismo, gracias a Marinetti se convierte en una fuerza política en sentido estricto [5]. Es evidente que la síntesis en la que se funden el sindicalismo revolucionario soreliano, el nacionalismo radical y el futurismo, no es el resultado de meras simpatías y no se reduce a afinidades de lenguaje y de temperamento. Esta síntesis se sitúa en un plano realmente esencial. Se entiende perfectamente, observa Giovanni Lista, que el futurismo se vea reflejado en la corriente denominada anarcosindicalista, en la que aparecen la acción y la violencia, sus mitos más queridos, más que en la anarquía pacifista. A Marinetti, por ejemplo, le repugnan las ensoñaciones utópicas de los anarquistas, su «suave ternura, hermana de la cobardía» [6]. En ello coincide totalmente con Sorel y sus discípulos. Por lo demás, a lo

---

[3] N. Blumenkranz, «Une poétique de l'héroîsme. L'esthétique de Marinetti», en *Présence de Marinetti,* ob. cit., p. 49.

[4] *Idem,* p. 50.

[5] G. Lista, «Marinetti et les anarcho-syndicalistes», loc. cit., p. 69.

[6] *Idem,* p. 72.

largo de toda la primera década del siglo, sus fórmulas llamando a la lucha, a la violencia y al porvenir encuentran eco o se reproducen con toda naturalidad en las revistas del sindicalismo revolucionario, trátese de *Avanguardia Socialista,* de *Il Divenire sociale* o de *Pagine Libere.* Marinetti colabora activamente en *La demolizione,* revista anarquista de matiz sindicalista-revolucionaria que Ottavio Dinale publica primero en Suiza, luego en Milán a partir de 1907. El 15 de marzo de 1909, la revista de Dinale publica el *Manifiesto de fundación del futurismo,* estableciéndose relaciones estrechísimas entre los dos hombres desde el primer año de existencia del movimiento futurista. No olvidemos que Dinale es una figura de primer plano del sindicalismo revolucionario, uno de los organizadores de las primeras ligas campesinas. Amigo de Mussolini, no cabe duda que ejerce una cierta influencia sobre el joven líder socialista. La nueva serie de la revista *La demolizione* se publica en enero de 1910; entre sus principales colaboradores, se encuentran Marinetti, Paolo Orano, Alceste De Ambris, Luigi Fabbi.

Es muy probable que entonces Marinetti, que acababa de cerrar su revista *Poesía,* participara en la financiación de la revista sindicalista revolucionaria. En febrero de 1910 vuelve a proclamar su religión de la violencia:

> Amemos y apresurémonos a hacer la guerra, única higiene del mundo, soberbia llamarada de entusiasmo y de generosidad, noble baño de heroísmo sin el cual las razas se aletargan en el egoísmo perezoso, en el arribismo económico, en la mezquindad del ánimo y de la voluntad [7].

Un mes más tarde, da un nuevo paso importante publicando en *La demolizione* un texto trufado de retórica nietzscheana, en el que, en nombre de la violencia portadora de futuro, preconiza la creación de un frente común que enlace la rebelión futurista con las aspiraciones revolucionarias de los sorelianos. Este texto no solamente ilustra el lado nietzscheano del pensamiento de Marinetti, sino también los aspectos sorelianos: el escritor italiano considera la idea del futuro como un mito absoluto, es decir, como una imagen en sí misma generadora de la acción necesaria para el porvenir [8].

Marinetti, igual que Sorel, no esboza ningún proyecto de nueva sociedad. No se dice ni una palabra del mundo que surgirá de la ac-

---

[7] Citado *ibid.,* p. 76.
[8] *Ibid.*

ción revolucionaria. En ambos casos no se rebasa el nivel de esa «estetización de la política», según la fórmula acuñada por Walter Benjamin, que conduce directamente al fascismo. Como observa G. Lista, el manifiesto del 16 de marzo de 1910 es bastante explícito a este respecto:

> ¡Hermanos, héroes, reconozcamos nuestros verdaderos rostros, de una vez por todas, a la luz de nuestras llamas incendiarias! Queremos una patria, queremos una Patria grande y fuerte. ¡Adelante, pues! ¿Acaso no soñais instintivamente que tenéis un arma en vuestras manos cuando os sentís especialmente enardecidos por vuestro maravilloso ideal? ¿Acaso nadie entre vosotros se siente soldado de una batalla que se avecina? ¿Estáis realmente seguros de que vuestros hijos no os reprocharán un día el que les hayáis educado en el abandono y el menosprecio de la más grande de las Estéticas: la de los batallones frenéticos y armados hasta los dientes? [9]

La explosión del nacionalismo marinettiano se ha anticipado a la evolución de los sindicalistas revolucionarios. Tras la aparición del último manifiesto titulado «Nuestros enemigos comunes», la revista de Dinale deja de publicar a Marinetti y se contenta con hacer una reseña prudente de la novela *Mafarka el futurista,* que acaba de traducirse al italiano. Unas semanas más tarde, sin embargo, en mayo de 1910, *La demolizione* hace una encuesta sobre el asunto de «la fundación de un partido revolucionario». Se trata, una vez más, de dar una respuesta a la crisis del sindicalismo revolucionario italiano [10]. Pero lo más interesante es que, en este preciso instante, determinados medios de la extrema izquierda no conformista empiezan a distanciarse del antipatriotismo que prevalecía en ella tradicionalmente y a rechazar el extremismo antimilitarista de Hervé. Esos hombres toman conciencia de la fuerza movilizadora de la idea de Patria y quieren ponerla al servicio del proletariado y de la Revolución.

En ese momento en el que empieza a esbozarse en el seno del sindicalismo revolucionario la tendencia «nacionalista revolucionaria», Marinetti decide dar una conferencia sobre «la belleza y la necesidad de la violencia», además de mover todos los hilos a su alcance para obtener un mandato parlamentario en la circunscripción del Piamonte. Ahora bien, en esta circunscripción, ha surgido una corriente política en torno del periódico *Il Tricolore,* que preconiza una alianza

---

[9] *Ibid.*, p. 77.
[10] *Ibid.*

del nacionalismo y del sindicalismo revolucionario. Marinetti pronuncia su conferencia en Nápoles, en Milán y en Parma, donde Alceste de Ambris publica la revista *L'Internazionale,* órgano del sindicalismo revolucionario. Al imprimir el texto casi íntegro de la conferencia de Marinetti, De Ambris rinde homenaje a este «magnífico y soberbio himno a la violencia», a esta hermosa incitación a la vida «en pleno cementerio de la vida italiana». En esencia, esta conferencia hace la apología de la guerra, entona un himno a la Patria, estigmatiza el utilitarismo estrecho y mezquino de la democracia reformista y magnifica, en suma, «el gesto destructor de los anarquistas», la huelga general y la revolución [11].

La revista *La demolizione* deja de publicarse cuando termina la gira de conferencias de Marinetti. Dos meses más tarde, en octubre de 1910, Paolo Orano funda el semanario *La Lupa.* El mismo mes de octubre de 1910, otra iniciativa, surgida en los ambientes anticonformistas culmina en la creación de la *Associazione nazionale d'avanguardia.* Marinetti es uno de sus miembros fundadores. Finalmente, en diciembre de ese mismo año se funda la *Associazione Nazionalista Italiana* cuyo personaje central es Corradini. Marinetti se incorpora a esta nueva organización que, posteriormente, se convertirá en el Partido Nacionalista Italiano. En muchos aspectos, Marinetti desempeña el papel de nexo de unión entre todos los rebeldes y disidentes que entonces se van organizando para aniquilar el orden establecido.

El proyecto revolucionario marinettiano se apoya en las veleidades revolucionarias de los sorelianos a partir del momento en el que a estos últimos se les revela la capacidad de ruptura del nacionalismo. En efecto, Marinetti se percata de que el sindicalismo revolucionario y el nacionalismo son las únicas fuerzas realmente subversivas de la Europa latina. De manera que no cabe la menor duda de que bastantes años antes de la explosión de agosto de 1914, la síntesis fascista está tomando forma. Son muchos los que ven en esta estética tanto la fuerza de atracción del fascismo como su ambigüedad. Indudablemente, no todos los futuristas llegarán a ser fascistas: a finales de noviembre de 1924, Marinetti intenta agrupar a los futuristas, pero ese intento sólo servirá para poner de manifiesto la desintegración del movimiento, puesto que un cierto número de sus compañeros que habían seguido sus pasos en el momento del intervencionismo antiso-

[11] *Ibid.,* pp. 78 y 82. Marinetti reeditó el texto de su conferencia en *Democrazia futurista,* obra publicada en 1919.

cialista, anticlerical y antimonárquico, ahora se niegan a comprometerse con el fascismo [12].

Los futuristas rusos, a su vez, bajo la benevolente mirada de Marinetti, participarán en la agitación revolucionaria de su país. Del otro lado de la barrera, Malevitch, que no es un futurista pero en cuya obra escrita se advierten huellas irrefutables de la influencia marinettiana, no vacila, en pleno período revolucionario, en seguir defendiendo a uno de los principales fundadores del fascismo. En 1923, todavía citará pasajes enteros del «Manifiesto Futurista» de 1909. Malevitch en 1929 se referirá de forma expresa a Marinetti en su obra didáctica, *Le Nouvel Art,* publicada en sucesivos números de una revista futurista ucraniana [13]. Tanto para uno como para otro, inventores y promotores del movimiento de rebelión artística, profundamente comprometidos en la batalla política, lo esencial reside en la posibilidad que surge de asestar un golpe mortal al sistema establecido.

A lo largo de los cuatro años que anteceden a la guerra, Marinetti viaja mucho y no se preocupa demasiado por medir sus palabras. Además de dar conferencias, pronuncia discursos y su militancia a favor de la guerra de Libia no es menos fervorosa que su entusiasmo por el sitio de Andrianopolis. En el curso de la larga agitación de 1914-1915, está en todas partes y participa en todas las manifestaciones. En seguida que Italia declara la guerra pide que le enrolen. Regresará del frente herido y condecorado. Todo el mundo dice que fue un oficial valiente y extraordinariamente competente.

Algunos de los futuristas más capaces murieron en la guerra. Entre ellos, el arquitecto Sant'Elia y el pintor Boccioni. Muchos lucharon valientemente en las tropas de elite y en las mismas filas de los famosos «Exploradores de la Muerte», verdadera médula de los cuerpos de los *Arditi.* Todos tienen el sentimiento de haber adquirido el derecho a dar su opinión sobre los asuntos de la Ciudad. No obstante, no serán los héroes de los campos de batalla de Vittorio Veneto quienes dirigirán el gran movimiento insurreccional de la posguerra: la fase futurista del fascismo no rebasa el momento de la toma del poder. Pero, a pesar del carácter cada vez más conservador que va ad-

---

[12] G. Lista, *Marinetti et le futurisme. Études, documents, iconographie,* seleccionados y presentados por Giovanni Lista, Lausana, L'Age d'Homme, 1977, p. 25.

[13] J.-C. Marcadé, «Marinetti et Malévicht», en *Présence de Marinetti,* ob. cit., pp. 250-251.

quiriendo el fascismo a lo largo de toda la década de los veinte, Marinetti se mantendrá fiel a Mussolini hasta el fin. El autor de *Palabras en libertad futurista,* voluntario en la campaña de Etiopía, luego en la de Rusia, seguirá cantando las glorias del Duce [14].

La aparición en Londres de la revista *Blast* en junio de 1914, anuncia oficialmente el nacimiento del vorticismo, otro movimiento vanguardista vinculado al futurismo. El término se debe al poeta Ezra Pound, quien asocia la vida artística londinense a un vértice. Más tarde lo empleará para definir la especificidad del arte de Wyndham Lewis [15]. El vorticismo contribuye a ilustrar la naturaleza de las afinidades entre la revuelta cultural y el ascenso del fascismo. Es sobradamente conocida la carrera de Ezra Pound, americano emigrado a Inglaterra, y luego, en 1925, a Italia. Pound, una de las figuras más influyentes y más controvertidas de la poesía del siglo XX, en la actualidad universalmente reconocido como uno de los grandes nombres de la literatura contemporánea, se hace célebre para el gran público por sus programas radiofónicos de propaganda al servicio del fascismo y del nazismo durante la segunda guerra mundial. Condenado por traición, luego internado en un asilo para enfermos mentales, regresará a Italia en 1958 [16].

Habiendo escrito en 1931 un libro que glorificaba a Hitler [17], el escritor y pintor Wyndham Lewis, en cambio, en vísperas de la segunda guerra mundial, optará por escudarse en un antinazismo irreprochable. No obstante, nunca renegará de ninguna de sus convicciones que le llevaron a elogiar al futuro canciller. De origen americano, también emigrado a Inglaterra, Lewis ha sido uno de los autores británicos más imaginativos de la primera mitad del siglo [18]. Pero él nunca se prodiga como intelectual fascista comprometido, como sucede en el caso de Marinetti, o, más tarde en el de Drieu o Brasillach. Pero su figura personifica perfectamente el intelectual modernista atraído por la vitalidad, la energía y la fuerza de este fenómeno de rebelión antimaterialista, antiburguesa y antimarxista que representa el nazismo.

En efecto, Lewis considera que el nazismo constituye ante todo

---

[14] J. Joll, *Intellectuals in Politics,* ob. cit., pp. 150-175.

[15] L. Veza, «Marinetti et le vorticisme», en *Présence de Marinetti,* p. 277.

[16] H. Carpenter, *The life of Ezra Pound,* Baston, Houghton Mifflin, 1988.

[17] W. Lewis, *Hitler,* Londres, Chatto and Windus, 1931.

[18] F. Jameson, *Fables of Aggression. Wyndham Lewis, the Modernist as Fascist,* Berkeley, University of California Press, 1979, pp. 6-14.

una respuesta al comunismo, en la que el concepto de raza es un antídoto saludable contra la idea de clase. En su opinión, el programa hitleriano es un mensaje al que todas las clases dirigentes de Europa deberían prestar la mejor acogida, puesto que constituye un excelente plan de defensa del Viejo Continente frente al peligro que para él representa el mundo no europeo. Lewis, además, en la ideología nazi reencuentra algunos de los temas que más interés despiertan en él: especialmente la aversión a la democracia parlamentaria y burguesa, la repugnancia por el dinero y la banca, el culto de la juventud. Tanto sobre esos puntos como sobre su opinión acerca de la lucha de clases y su menosprecio por la cultura burguesa, jamás variará sus posiciones hasta su muerte en 1957. E incluso cuando haya modificado su apreciación de la personalidad de Hitler —para ello habrá que esperar hasta 1939—, Lewis seguirá manteniendo que el fascismo —continúa sin distinguir entre fascismo y nazismo— es la expresión revolucionaria más adecuada y más acabada de la oposición al *statu quo* [19].

En sentido estricto, futurismo y vorticismo son dos movimientos distintos. A menudo, incluso, llegan a enfrentarse por cuestiones relacionadas con sus respectivos estilos o por sus convicciones. Además, principalmente a partir del mes de junio de 1914, los vorticistas tienden claramente a desmarcarse de los futuristas. Pero, al propio tiempo, intentan aprovechar el amplio eco publicitario que Marinetti asegura al futurismo. De modo que participan en las grandes manifestaciones marinettianas, en los banquetes y en las representaciones públicas de los futuristas. La verdad es que en el plano del pensamiento político, las diferencias entre el futurismo y el vorticismo son más bien irrelevantes. No obstante, sería erróneo pensar que estas diferencias no existen, aún cuando, fuera del círculo de los escritores, pintores y músicos, sean muy escasas las personas a las que realmente les importa averiguar lo que distingue la violencia futurista de la brutalidad vorticista. La violencia, escribe Laurette Veza, es arrebato, desenfreno, impetuosidad, vehemencia; la brutalidad, en cambio, es dureza primitiva. Menos pura que la brutalidad, la violencia está viciada por la empatía. Ahora bien, junto con T. E. Hulme, filósofo y crítico de arte, Lewis y Pound se niegan a aceptar el fenómeno de la empatía [20]. Y es precisamente en la medida en que se niegan a apelar a

[19] *Idem*, pp. 179-185.
[20] L. Veza, «Marinetti et le vorticisme», loc. cit., p. 279.

la afectividad del espectador o del lector, que afirman su condición de primitivos. A la intuición futurista, los vorticistas oponen el instinto.

El vorticismo dice ser energía, tendencia a la austeridad, a la desnudez. Desde esta condición critica al futurismo, al que juzga superficial, romántico, espectacular, melodramático y sentimental. Lewis y Pound le reprochan a Marinetti su romanticismo. Por todas esas razones —que los iniciados no ponen en duda—, pero también por una lógica voluntad de dejar bien patente la propia especificidad, Lewis y Pound deciden en junio de 1914 oficializar su ruptura con Marinetti.

A pesar de estas diferencias, futurismo y vorticismo aparecen como movimientos paralelos, muy próximos entre sí. Ambos atacan frontalmente la decadencia, el academicismo, el esteticismo estancado, la tibieza, la molicie en general. Futurismo y vorticismo tienen un mismo lema: *energía,* y un mismo objetivo: sanar a Italia y a Inglaterra de su languidez, de su lepra estética, renovar mediante la violencia la sensibilidad enferma de una generación apática [21].

Aun cuando el vorticismo no sea lo que de cierta manera podríamos considerar un avatar del futurismo italiano, es muy probable que sin la enorme resonancia de las ideas de Marinetti, sin sus veleidades expansionistas, sus giras de conferencias, su energía sin límites, la idea misma de un movimiento vorticista inglés con sus manifiestos, su revista y sus propias exposiciones, no habría podido evidentemente germinar ni mantenerse [22]. Marinetti pronunció su primera conferencia en Londres en marzo de 1910. Elogió el patriotismo de los ingleses y su amor a la libertad, sin dejar por ello de censurar su gazmoñería y su esnobismo. Volvió a la capital británica en abril del mismo año, luego al año siguiente para hablar de Italia y de la cuestión libia. En marzo de 1912, Marinetti vuelve a encontrarse en Londres, acompañado de Boccioni, Carrà y Russolo en ocasión de la primera exposición futurista celebrada en la Sackville Gallery. Dos años más tarde, en la primavera de 1914, vuelve de nuevo a las riberas del Támesis; en esta ocasión, Lewis le acoge diciendo que es el «Cromwell de nuestro tiempo» [23].

Este entusiasmo no dura mucho. En efecto, Lewis lanza enseguida una contraofensiva destinada a agrupar a los artistas ingleses

---

[21] *Idem,* pp. 278-279.

[22] G.-G. Lamaire, «Prolégomènes du vorticisme: Flux et reflux du futurisme en Angleterre», en *Wyndham Lewis et le vorticisme. Cahiers pour un temps,* París, Centre Georges Pompidou, Pandora Éditions, 1982, p. 11.

[23] L. Veza, «Marinetti et le vorticisme», loc. cit., p. 11.

bajo un estandarte que no sea italiano. En esta misma primavera de 1914, funda el Rebel Art Center y, en junio, decide crear un movimiento que nada tendrá que ver con el futurismo [24]. Ahora bien, lo que realmente cuenta para el historiador de las ideas en las disensiones que surgen entre los dos hombres son dos elementos mucho más importantes que las susceptibilidades nacionales.

En primer lugar, el futurismo no puede escapar a la influencia de la época y su misma denominación implica que este movimiento se sitúa en el tiempo. En 1928, Lewis, refiriéndose a «la época y al hombre occidental», escribe que los futuristas «eran adeptos convencidos de la filosofía de la época, y que Marinetti, su profeta, era un bergsoniano de pura sangre» [25]. En segundo lugar, Marinetti es un iconoclasta que rompe amarras con todo el pasado cultural. Para los vorticistas es un romántico y un impresionista. Ezra Pound, en cambio, sigue anclado en el legado cultural, igual que T. E. Hulme, verdadero teórico del clasicismo revolucionario. En realidad, la importancia de estas diferencias no reside en su naturaleza, sino en el hecho de que, en el plano de las ideas políticas, esas diferencias no tienen ninguna relevancia. Marinetti y Pound serán fascistas hasta el final, y Wyndham Lewis, menos comprometido y más lúcido, no renegará por ello ni de una sola de sus ideas. Marinetti el futurista bergsoniano y Pound el tradicionalista vorticista, comparten el mismo rechazo y el mismo odio a lo que es, ya sea el orden político, estético o moral. Desde todos los puntos de vista, vorticistas y futuristas son revolucionarios vanguardistas: unos tradicionalistas y «clásicos», otros románticos impenitentes. Todos ellos ensalzan la misma violencia que preconiza el otro revolucionario, «clásico» y tradicionalista, autor de las famosas *Reflexiones.* No es ninguna casualidad que Hulme tomara la iniciativa de traducir al in-

---

[24] G.-G. Lamaire, «Prolégomènes du vorticisme», loc. cit., pp. 14-15. En la obra colectiva, *Wyndham Lewis et le vorticisme,* ob. cit., se publican un cierto número de textos importantes del escritor-pintor inglés, en especial el «Manifiesto» del movimiento, firmado por el escultor Henri Gaudier-Brzeska y Ezra Pound (pp. 24-27). En «Vive le Vortex», Lewis hace un ajuste de cuentas con Marinetti: «l'automabilisme (marinettisme) nous ennuie» (p. 20). Consúltese también «Notre Vortex» (pp. 29-31), «La vie est la chose importante» (pp. 33-35) y «Le mélodrame de la Modernité» (pp. 57-60). También se encontrarán algunas breves indicaciones en A. Hamilton, *L'Illusion fasciste,* París, Gallimard, 1973, pp. 301-304. Esta obra, que fue útil en su época, actualmente ha envejecido. Por el contrario, la contribución de George L. Mosse, «Fascism and the intellectuals», en S. J. Woolf, *The Nature of Fascism,* Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1968, pp. 205-225, mantiene todo su interés.

[25] W. Lewis, *Time and Western Man,* citado *ibid.,* p. 281.

glés las *Réflexions sur la violence;* Hulme que fue el maestro de Lewis y de Pound, pero también de W. B. Yeats y de T. S. Eliot, otros dos compañeros de viaje del fascismo.

Thomas Ernst Hulme es una personalidad excepcional que murió en la guerra en septiembre de 1917, a la edad de 34 años. Aunque sea una exageración comparar su envergadura como maestro a la de Sócrates y Platón —como lo hace su amigo el célebre escultor Jacob Epstein—, la verdad es que este joven filósofo estaba destinado, como escribe Henri Bergson, «a producir obras interesantes e importantes» [26]. Cuando su biógrafo actual describe a Hulme como a una de las inteligencias más influyentes de su generación y como a uno de los principales protagonistas de la escena intelectual de su tiempo, al parecer, no hace sino reproducir una opinión ampliamente extendida en los ambientes anglo-norteamericanos de la época [27]. La verdad es que Hulme no es una mente original, en el sentido que no inventa un sistema de pensamiento, pero es un extraordinario foco de proyección de ideas que se impone por la fuerza de su personalidad. Cualquiera que haya escrito memorias sobre la vida intelectual de Londres de los albores de este siglo hace inexcusable referencia al impacto de su presencia [28]. Hulme, traductor de la *Introduction à la métaphisique* de Bergson y de las *Réflexions sur la violence,* admirador de la filosofía antiintelectualista de finales del siglo XIX es, para un T. S. Eliot que escribe en 1924, el gran precursor de un estado de ánimo nuevo, el estado de ánimo del siglo XX [29].

La médula del pensamiento de Hulme es un violento ataque al humanismo, a la perfectibilidad humana y a la idea de *progreso.* Sus críticas se dirigen «contra esas concepciones abstractas de la naturaleza humana, de las que realmente depende todo el resto» y contra la idea según la cual la existencia es o debe ser la fuente de la que emanan todos los valores [30]. Hulme arremete contra el espíritu y el arte del Renacimiento —Donatello, Miguel Angel, Marlowe—, período

---

[26] «Prefacio» e «Introducción» en T. E. Hulme, *Speculations, Essays en Humanism and the Philosophy of Art* (editado por H. Read), Londres, Routledge and Kegan Paul, 1954 (12 edición 1924), pp. VIII y X.

[27] A. R. Jones, *The Life and Opinions of T. E. Hulme,* Londres, Victor Golancz, 1960, p. 15.

[28] T. E. Hulme, *Further Speculations, editado por Sam Hunes,* Minneapolis, University of Minnesota Press, 1955, pp. VIII-XIV.

[29] T. S. Eliot en *The Criterion,* vol. II, 7 de abril de 1924, pp. 231-232, citado en A. R. Jones, *The Life and Opinions of T. E. Hulme,* ob. cit., pp. 47 y 58.

[30] T. E. Hulme, *Speculations,* ob. cit., pp. 47 y 58.

en el que aparece una nueva psicología y una nueva antropología que alimentará a esa filosofía que, a su vez, proporcionará el marco conceptual a una ética y a una política no menos áridas que sus fuentes de inspiración: la ética y la política de Descartes, de Hobbes y Spinoza. Hulme, en realidad, no niega que este humanismo pueda ejercer una cierta atracción ni que sus orígenes pudieran ser heroicos. Pero este humanismo únicamente podía desembocar en «un romanticismo sentimental y utilitario», «que culmina, en un plazo más o menos corto, en Rousseau. En el terreno del arte se produce la misma evolución: del mismo modo que el humanismo conduce a Rousseau, Miguel Ángel conduce a Greuze» [31]. El menosprecio que Hulme siente por Rousseau sólo es equiparable a su admiración por Pascal. El humanismo para él representa lo falso, la concepción antihumanista lo verdadero. Afortunadamente, según cree, el período humanista está llegando a su fin. El humanismo se despedaza cuando se anuncia «el despertar de una actitud antihumanista» y «la subordinación del hombre a determinados valores absolutos» [32].

Hulme contrapone a la concepción humanista de la naturaleza humana, a la fe en la perfectibilidad del individuo y en el progreso, la concepción religiosa basada en la idea de pecado original, la caída del hombre y la existencia de valores últimos [33]. Por esta razón declara la guerra al romanticismo: en la raíz del romanticismo y de la Revolución francesa se encuentra la concepción roussoniana del individuo. Rousseau ha enseñado a los hombres del siglo XVIII «que el hombre es bueno por naturaleza», que es «un receptáculo infinito de posibilidades» y que en el origen de todos los males se encuentran «las malas leyes». La destrucción de este orden opresivo abría infinitas perspectivas de progreso. El clasicismo se define por una concepción directamente antagónica: «El hombre es un animal extraordinariamente fijo y limitado con una naturaleza absolutamente constante. Si puede llegar a dar algo de sí, ello sólo es posible a través de la tradición y de la organización». A este respecto, Hulme adopta —y lo dice específicamente— las posiciones y las definiciones de Maurras, de Laserre y de los hombres de la Acción Francesa. Los románticos creen en la infinidad del hombre, los clásicos en sus límites [34]. De ello, el joven filó-

[31] *Idem*, pp. 60-62.
[32] *Ibid.*, pp. 55-57, véase también p. 31.
[33] *Ibid.*, pp. 68-71, véase también p. 256.
[34] *Ibid.*, pp. 114 y 117-120, véanse también pp. 255-256.

sofo infiere la necesidad de una estricta disciplina religiosa que implica disciplina política y obediencia al Estado. Hulme se niega a aceptar el principio según el cual el individuo debe tender hacia un despliegue espontáneo de su personalidad. Una concepción de este tipo deforma la naturaleza de los valores éticos, en la medida que los deriva de elementos subjetivos, tales como los deseos y los sentimientos individuales, esto es, egoístas. Esta concepción, que no es más que el resultado lógico del enfoque humanista, conduce al romanticismo. El despertar antihumanista se expresa en la transformación, tanto de la literatura como de la sociedad a tenor de los principios llamados «clásicos», en el sentido que la Acción Francesa otorga a este término. Ése es el cuadro conceptual que Thomas Hulme transmite, en los años que anteceden a la guerra, a Yeats, Pound, Lewis y Eliot. Todos coinciden en el hecho de no aceptar la tradición humanista, todos critican con una violencia extrema a la democracia [35].

Hulme, adepto de la filosodía intuitiva de Bergson [36], capta inmediatamente la importancia de Sorel. En el momento en que empieza a ejercer su magisterio en los ambientes de la vanguardia londinense, ya ha asimilado las grandes tesis de las *Reflexiones.* Nadie ha ofrecido una definición más exacta y más sagaz del lugar que ocupa el teórico de la violencia en la historia de las ideas: «Un revolucionario que es un antidemócrata, un absolutista en cuestiones de ética, que rechaza todo tipo de racionalismo y de relativismo, que concede la mayor importancia al elemento místico en religión, elemento que está convencido que "nunca desaparecerá", que habla con menosprecio del modernismo y del *progreso* y utiliza un concepto como el de *honor* sin el más mínimo toque de irrealidad» [37]. Wyndham Lewis, a su vez, considera que «Georges Sorel es la clase de todo el pensamiento político contemporáneo», que es «una figura sintomática que costará mucho igualar» [38].

T. S. Eliot describe prácticamente en los mismos términos a Hulme, lo define como un «clásico, [un] reaccionario y [un] revolu-

---

[35] J. R. Harrison, *The Reactionaries. Yeats, Lewis, Pound, Eliot Lawrence: A Study of the anti-democratic Intelligentszia,* Nueva York, Schocken Books, 1967, pp. 30-33.

[36] Véase en especial *Speculations,* ob. cit., pp. 173-214. En las páginas 143-169, hay un ensayo sobre la teoría del arte de Bergson. Véase también «Notes on Bergson» en T. E. Hulme, *Further Speculations,* ob. cit., pp. 28-63.

[37] *Ibid.,* p. 250. (En cursiva en el texto.)

[38] W. Lewis, *The Arts of Being Ruled,* Londres, Chatto and Windus, 1926, p. 128; véanse también pp. 407-409 sobre Sorel y Berth.

cionario, en las antípodas del espíritu ecléctivo, tolerante y democrático del siglo pasado» [39]. Cotejando ambos retratos lapidarios tenemos una buena definición clásica del conservadurismo revolucionario, que en algunos casos es sinónimo de fascismo.

Hulme es uno de los protagonistas de esta revolución de nuevo tipo. Lo que destaca de Sorel es, precisamente, el contenido profundamente antihumanista, antirracionalista y antidemocrático de sus *Reflexiones,* y, evidentemente, el pesimismo y el clasicismo de esta obra. Pero, al propio tiempo, percibe la sagacidad con la que Sorel logra disociar a la clase obrera de la democracia, de esta ideología burguesa que tiene más de dos siglos [40]. En la concepción pesimista del hombre subyace su convicción de que «la transformación de la sociedad es una tarea heroica que exige cualidades que no pueden prosperar en el terreno de una ética escéptica y racional». De modo que para Hulme, la regeneración invocada por Sorel no puede ser más que el resultado de una ética, que desde un punto de vista de un racionalismo estrecho, aparece como algo irracional, puesto que es relativa. La comprensión del carácter clásico de esta antítesis, dice, «elimina de golpe el lado raro de las ideas de Sorel» [41].

Así aparece claramente el sentido de la revolución soreliana. Hulme comprende que lo esencial de la argumentación propuesta por Sorel se encuentra ya en *Le Procès de Socrate,* pero que su antidemocratismo no se manifiesta con toda rotundidad hasta después del caso Dreyfus. Como los personajes y los acontecimientos que aparecen en las *Reflexiones* pueden parecer oscuros al lector inglés o americano, Hulme insiste en el valor universal de la obra. Hulme finalmente comprende que la compenetración entre Sorel y la Acción Francesa nada tiene de coyuntural, sino que corresponde a una culminación en la que entran en juego los propios fundamentos del pensamiento del autor de las *Reflexiones,* quien está a la expectativa y espera un renacimiento del espíritu clásico a través de la lucha de clases y de la violencia proletaria. Hulme sostiene que con Sorel refluirá el sistema de ideas pacifista, hedonista y racionalista que todavía domina la escena intelectual. Hulme afirma en conclusión que, para todos los que empiezan a sentirse desencantados con la democracia liberal, Sorel, a

[39] T. S. Eliot citado en H. R. Jones, *The Life and Opinions of T. E. Hulme,* ob. cit., p. 14.

[40] *Idem,* T. E. Hulme, *Speculations,* ob. cit., pp. 251-252 y 254.

[41] *Ibid.,* pp. 257-258.

quien considera uno de los autores más notables después de Marx [42], aparece como un auténtico liberador.

A juzgar por su enorme perspicacia en el terreno de la reflexión política y por la recopilación de ensayos agrupados bajo el título de *Speculations,* Thomas Hulme poseía cuanto era necesario para convertirse en el sucesor de Sorel, a la vez como teórico de la contestación antirracionalista y como demoledor del hedonismo, del utilitarismo y de la democracia liberal. Enseguida advirtió que Sorel no era un teórico marxista como los demás, sino que en realidad, era uno de los primeros y más importantes protagonistas de la rebelión cultural que se estaba organizando en buena parte de Europa, anunciadora del nacimiento de un nuevo espíritu que, muy pronto, tomará el nombre de fascismo.

Este espíritu alienta en Europa incluso donde el movimiento fascista no pone realmente en peligro a la democracia liberal. La debilidad numérica y la impotencia política de la British Union of Fascists de Oswald Mosley son muy notorios. ¿Quién, en cambio, puede actualmente negar la influencia capital de Lewis, Pound, Eliot, Lawrence y Yeats en la cultura del siglo XX? Puesto que, en ese comienzo de siglo, la rebelión cultural precede a la rebelión política. La voluntad de purificar el mundo de las miasmas del siglo XVIII y de introducir formas diversas de disciplina —clasicismo y nacionalismo—, así como rechazo de la «decadencia» liberal y burguesa unen en un mismo impulso a algunas de las más importante vanguardias literarias y artísticas de Europa. Y el lugar de Sorel en este movimiento de ideas de comienzos de siglo aparece de un modo cada vez más impactante, no por su contribución a la teoría marxista, evidentemente, sino a causa del papel que desempeña en esta rebelión cultural, sin la que la emergencia del fascismo no sería comprensible. En efecto, lo que contribuye a impulsar la ofensiva de los vorticistas, la de los futuristas, la de los sindicalistas revolucionarios y la de los nacionalistas, es el culto de la violencia creadora de moral.

Por otro lado, el menosprecio de la democracia se nutre incontestablemente del temor que la sociedad de masas arrastra consigo a la alta cultura. En este caso, una determinada forma de elitismo cultural se hace eco de la teoría de las elites que preconizan Pareto, Mosca y Michels. De hecho, la vanguardia vorticista y futurista encuentra su complemento lógico en las tesis de las nuevas ciencias sociales, y sus

[42] *Ibid.*, pp. 254 y 258-260.

preocupaciones concuerdan perfectamente con el elitismo de los sindicalistas revolucionarios. El menosprecio soberano que estos últimos sienten hacia las masas inertes y desorganizadas, la ley del número, la democracia, así como su culto de las minorías, de la violencia y de la acción directa, los colocan entre los aliados naturales de esos escritores, pintores, arquitectos y músicos que anuncian el nacimiento de un mundo nuevo.

Todos los componentes que contribuyen, cada uno a su manera, cada uno con su peso específico, a esta revolución cultural y política, a esta revolución nacional que es el fascismo, de ahora en adelante están presentes a lo largo de los últimos años que preceden a la Gran Guerra. El pacifismo, el antimilitarismo, el internacionalismo a ultranza constituyen entonces los últimos obstáculos en la vía de la movilización moral con vistas a esta conflagración que se avecina. Esta barrera se rompe con la conversión de Gustave Hervé.

Hoy puede parecernos incomprensible la gloria de Hervé. En la memoria colectiva de los franceses parece ser que el único recuerdo que queda de él es el de haber ganado un célebre «concurso» organizado en plena guerra por *Le Canard enchaîné.* En este concurso fue galardonado con el título de «Primer comecocos de Francia». Barrès consiguió el segundo lugar. El desenfrenado fanatismo que le anima desde la batalla del Marne hasta el armisticio, sus torpes esfuerzos como dirigente de un grupúsculo fascista en la década de los veinte, su famoso llamamiento al Salvador —«Tenemos necesidad de Pétain»— lanzado en 1936, han ocultado lo esencial: en los primeros años del siglo, Hervé es una gran figura de la izquierda europea.

Apóstol del antimilitarismo y del internacionalismo, su compromiso no tiene fisuras. Pasa algunos años de su vida en la cárcel por delitos de prensa. Es de esa estirpe de revolucionarios del siglo XIX que, en nombre de una causa, no se arredran ante ningún sacrificio. Pero, tras esa imagen de Épinal, se esconde un peligroso megalómano. Pero es esa imagen de militante absolutamente abnegado la que contribuye a hacer del «herveísmo» el símbolo de la lucha sin concesiones por el socialismo y contra el Estado burgués. En el propio seno de la respetable SFIO dirigida por Jaurès, se debe de contar con este agitador izquierdista cuya popularidad entre los militantes no cesa de aumentar, a pesar de la desconfianza que despierta en un buen número de dirigentes del partido y de la antipatía que estos mismos le profesan. En febrero de 1912, Marcel Sembat le ofrece su escaño de diputado para que pueda salir de la cárcel de la Santé. Fiel

al principio de la lucha extraparlamentaria, Hervé rechaza categóricamente esta solución de compromiso, pues la juzga indigna de un verdadero revolucionario [43]. Con ocasión del 14 de julio del mismo año es liberado, junto a todos los demás condenados por delitos de prensa. Al salir de la cárcel hace publicar en primera página a cinco columnas: «¡Id todos a la mierda!» [44].

Ése es el nombre que se supone que, en el verano de 1912, habrá de dirigir la campaña antimilitarista y antipatriota. Se comprende, pues, la costernación de sus tropas cuando, en el momento de su liberación tras 26 meses de cárcel, evoca en un importante artículo los tres puntos principales en torno a los que ha evolucionado su pensamiento. En primer lugar, aboga por la solidaridad con el Partido Socialista: hay que evitar en lo sucesivo las polémicas que pudieran disminuir la confianza de la gente en la fuerza del socialismo francés. Luego, declara que considera al Partido una fuerza tan útil para la preparación de la república social como la misma CGT, lo que le lleva a pedir «la desactivación de los odios» entre el movimiento sindical y el Partido. En otras palabras, el revolucionario intransigente, el enemigo jurado del parlamentarismo, de la democracia burguesa y de «Marienne III» se incorpora sin condiciones a las filas de la socialdemocracia. Finalmente viene la tercera revelación, la del «militarismo revolucionario»: Hervé exhorta a los socialistas a conquistar el ejército desde el interior para convertirlo, en el momento oportuno, en el instrumento de la revolución [45]. Dicho con claridad, invita a sus amigos a que renuncien al antipatriotismo y al antimilitarismo y a que acepten la integración en la colectividad nacional. De modo que, de hecho, Hervé adopta las posiciones más convencionales de la SFIO.

A finales de septiembre, frente a las manifestaciones de protesta de una parte de sus tropas, el director de *La Guerre sociale* perfila sus ideas. Organiza en la sala Wagram una reunión multitudinaria. Allí, ante un público que lanza gritos de traición —se intercambian disparos—, reafirma sus nuevas posiciones; ataca a los anarquistas, preconiza una profunda armonización con el Partido Socialista y termina dando una nueva definición del antipatriotismo: «¡Antipatriota! ¡Pa-

---

[43] *La Guerre sociale,* 17-23 de enero, 14 de febrero de 1912. Véase también a ese respecto la tesis no publicada de Maurice Rottstein, *The Public Life of Gustave Hervé,* New York University, 1956, pp. 100 ss.

[44] *La Guerre sociale,* 1-16 de julio de 1912, p. 1.

[45] G. Hervé, «En sortant de la Conciergerie», *La Guerre sociale,* 24-30 de julio de 1912.

labra turbia, palabra equívoca, palabra que mata!». Hervé explica que su antipatriotismo nunca fue nada más que el odio a la patria burguesa, y que su lucha iba dirigida contra los explotadores del patriotismo [46].

De modo que, realmente, no constituye ninguna sorpresa para nadie descubrir que Hervé, dos años más tarde, cuando la guerra ya ha estallado, se ha convertido en un agitador del chauvinismo que empalidece a Déroulède, ni encontrarlo imbuido de un odio al marxismo que entonces sólo estaba al alcance de un hombre como Léon Daudet. Gustave Hervé no actúa bajo el impacto de la guerra cuando transforma *La Guerre sociale* en *La Victoire:* llega pura y simplemente al final de un proceso de varios años. Es perfectamente lógico también que Hervé en julio de 1919 funde un Partido Socialista Nacional [47]. A él se incorpora rápidamente Alexandre Zévaès, ex diputado guesdista del departamento de Isère, quién mientras tanto se ha hecho cargo de la defensa de Villain, el asesino de Jaurès. Zévaès en estos momentos es el jefe de un grupúsculo, la Acción Republicana Socialista, surgido de la disidencia que afectó en 1910 al reagrupamiento de los militantes contrarios al carácter «marxista» de la SFIO [48].

Desde ese período en adelante, Hervé fue un gran admirador de Mussolini y más adelante exigió para Francia un régimen fuerte, basado en el modelo italiano [49]. El éxito más espectacular y más significativo que obtiene Hervé es la adhesión de Jean Allemane. El 2 de agosto de 1919, *La Victoire* publica una carta en la que el ex *communard* acepta «ingresar en la falange de los socialistas nacionales» para «ilustrar a la clase obrera acerca de sus verdaderos intereses» y «demostrarle que sus intereses son los mismos que los de la Nación» [50].

---

[46] G. Hervé, «La conquête de l'Armée» y «Un drame passionnel», *La Guerre sociale,* 2-8 de octubre de 1912.

[47] Véanse los editoriales de Hervé en *La Victoire* de los días 7, 8, 9, 10, 11 y 12 de julio de 1919, y los de Alexandre Zévaès en los números de los días 13, 16, 17 y 20 de agosto de 1919.

[48] G. Hervé, «Zévaès et le Parti socialiste national», *La Victoire,* 4 de agosto de 1919; A. Zévaès, «La Parti socialista national», *ibid.,* 17 de agosto de 1919; véase también un folleto, *Le Parti socialiste national, Doctrine et but,* París, Éditions du Comité de Propagande française républicane et réformiste, 1919.

[49] G. Hervé, «Les fascistes» y «La Leçon du fascisme», *La Victoire* del 28 de octubre y del 1 de noviembre.

[50] Carta de Jean Allemane en G. Hervé, «Le PSN et l'adhesion d'Allemane», *La Victoire,* 2 de agosto de 1919. Véase también G. Hervé, «L'Épreuve du fascisme», *La Victoire,* 22 de junio de 1924, y «Éloge du fascisme», *ibid.,* 27 de diciembre de 1924.Véase,

Allemane, fundador en 1890 del Partido Obrero Socialista Revolucionario, conocido por su exclusivismo obrero, partidario de la huelga general, antimilitarista, había sido condenado en 1894 a dos meses de prisión por injurias al ejército: esta antiboulangista, este dreyfusard de primera hora, este testigo de los tiempos heroicos es, en el momento en que abandona la vida militante, en vísperas de la guerra, una de las grandes figuras del socialismo francés. Su acercamiento a las posiciones de Hervé es un ejemplo más de esta evolución espiritual que es preciso retener en la memoria cuando se intenta comprender el nacimiento y el auge del fascismo.

El proceso mediante el cual los intelectuales, polemistas o dirigentes políticos socialistas nutren la teoría y engrosan las filas de los movimientos fascistas, prosigue en el período de entreguerras. También a este respecto, la Gran Guerra no debe percibirse como una verdadera cesura. Puesto que si bien el método se ha modernizado y se ha adaptado a las realidades de los años veinte y treinta, no sufre variaciones sensibles: igual que antes de la guerra, de lo que se trata es de completar o pulir la revisión antimaterialista del marxismo. Lo único que ha variado son las condiciones psicológicas y sociales.

Las primeras generaciones de revisionistas se interrogaron sobre las virtudes revolucionarias del proletariado, acabando por no creer en ellas. La generación surgida de las trincheras, en cambio, no se plantea la cuestión. Es verdad que, en muchos aspectos, los disidentes de las décadas de los veinte y de los treinta reharán el camino recorrido por los «revisionistas revolucionarios» de la primera generación. Igual que ellos, preconizarán soluciones originales ancladas en la revisión antimaterialista del marxismo; como ellos, detestarán la democracia; como ellos, predicarán un socialismo nacional fortalecido por el corporativismo. Sólo cabe destacar una diferencia, mientras que Michels, Panunzio, Dinale, Lanzillo, Olivetti, Bianchi o Rossoni no podían saber, entre 1912 y 1922, dónde iba a desembocar su síntesis de socialismo y de nacionalismo, los nuevos revisionistas, en cambio, tienen tras de sí varios años de experiencia de régimen fascista.

Henri De Man es el más importante de todos los teóricos que, en el curso de las décadas de los veinte y de los treinta, abordaron la re-

---

por ejemplo, G. Hervé, «Dictature! Dictatura!» y «Une République avec un chef!», *La Victoire,* 19 de febrero y 15 de noviembre de 1924, así como los folletos: *La République autoritaire,* París, Librairie de *La Victoire,* 1936. *La Victoire* se llama entonces «quotidien socialiste-national, organe de la République autoritaire et du Front Pétain».

visión antimaterialista del marxismo. Aunque de formación alemana, es el heredero más auténtico del sorelismo franco-italiano. Este gran burgués flamenco, seducido por la causa socialista cuando todavía iba al instituto, prosigue, más que cualquier otro en el período de entreguerras, la tradición iniciada por ese otro no conformista formado en la escuela de la socialdemocracia de allende el Rin, Robert Michels. Su itinerario suscita un interés muy especial, puesto que no se trata de una persona cualquiera. De Man, vicepresidente del Partido Obrero Belga, y, tras la muerte de Émile Vandervelde en 1938, presidente del mismo, es uno de los más grandes teóricos socialistas de la época, aun siendo el más discutido de todos. Entre sus contemporáneos, sólo Gramsci y Lukács pueden considerarse superiores a él. Ahora bien, su evolución, tal como aparece en sus sucesivas obras teóricas, no difiere excesivamente de la de los fundadores sindicalistas revolucionarios del fascismo. Culminará, por lo demás, de un modo no completamente dispar.

Mussolini lo ve con claridad. Cuando aparece la traducción italiana de *Au-delà du marxisme*, un libro realmente decisivo en la revisión antimaterialista del marxismo, el ex jefe de la izquierda revolucionaria italiana envía una carta al militante socialista belga en la que le participa que ha leído su obra con un profundo interés. Acto seguido se refiere a la cuestión de fondo: esta crítica ha acabado con «lo que quedaba de *científico* en el marxismo». Mussolini considera muy especialmente que la organización corporativa y las nuevas relaciones entre el capital y el trabajo eliminan «esa distancia psicológica en la que, más que en la antítesis de los intereses económicos, ve Vd. acertadamente el germen de la lucha de clases» [51]. El ex director de *Avanti!* comprende perfectamente, por propia experiencia, como los sindicalistas revolucionarios de su ambiente, la naturaleza y la importancia de esta nueva ola revisionista. Sabe que la obra del más brillante de los representantes de la nueva generación socialista —Gramsci y Lukács son comunistas— aporta al fascismo una caución que no tiene precio: la de los hombres que llegan a la teoría marxista y a la militancia socialista después de la guerra.

En su respuesta, De Man no pretende en absoluto desengañar al Duce, quien inteligentemente quiso mostrar las afinidades entre el análisis de *Au-delà du marxisme* y el enfoque fascista. Sin ocultar sus

[51] B. Mussolini a H. de Man, en «Lettres d'Henri de Man», *Écrits de Paris*, núm. 184, julio-agosto 1960, pp. 79-80. Esta carta está fechada el 21 de julio de 1930.

objeciones, De Man está dispuesto a admitir los aspectos que estima positivos en el fascismo:

Dicho esto, deseo que sepa que ningún prejuicio me impide seguir día a día —en la medida que puedo hacerlo a través de la lectura—, con una ansia ardiente de información objetiva, la obra doctrinal y política de la que Vd. es el autor. [...] Como pertenezco igual que Vd. a la «generación del frente» e, igual que Vd. estoy influido por las ideas de Georges Sorel, tengo mi espíritu abierto a toda manifestación de fuerza creadora, por eso precisamente no temo hacer justicia a ciertos aspectos organizativos de la obra fascista, cuyo curso sigo con apasionado interés [52].

De Man apela aquí con toda conciencia a la memoria de Sorel e insiste en la influencia a largo plazo del autor de las *Reflexiones sobre la violencia,* y con toda lucidez declara abiertamente que comprende al jefe del fascismo italiano. Henri de Man, en realidad, nunca ha disimulado sus objetivos. «Para que nadie dude de mi apostasía —escribe en 1919—, lo titularé: la revisión del marxismo» [53]. Algunos años más tarde, en la presentación al lector de su obra más célebre, todavía es más explícito: a finales de la década de los veinte, De Man preconiza pura y simplemente «la liquidación del marxismo» [54]. En *Après coup,* publicado en 1941 en la Bruselas ocupada, el ex presidente del POB vuelve a insistir en lo que quince años antes había sido su objetivo fundamental: destruir el sistema arremetiendo contra sus mismas raíces, «el determinismo económico y el cientifismo racionalista» [55].

En el desarrollo de sus ideas, De Man procede de una manera clásica. Empieza con la crítica de la teoría del plusvalor y de la noción marxista de «conciencia de clase», prosigue con una propuesta de concepción socialista que no implica cambio estructural alguno en las relaciones económicas y sociales. Esta nueva variante de socialismo se basa en una visión original de la idea de explotación de capital importancia para la comprensión del papel que desempeñará esta revisión del marxismo en la estructuración tanto de la filosofía marxista como de su práctica. «El concepto de explotación es ético y no económico», afirma De Man [56], y el socialismo no podrá luchar contra el

[52] «Carta de H. De Man a Mussolini del 23 de agosto de 1930», en *Écrits de Paris,* loc. cit., p. 81.

[53] H. de Man, *La leçon de la guerre,* Bruselas, Librairie du Peuple, 1920, p. 9

[54] H. de Man, *Au delà du marxisme,* París, Éd. du Seuil, 1974, p. 35.

[55] H. de Man, *Après Coup,* Bruselas, Éd. de la Toison d'Or, 1941, p. 191.

[56] H. de Man, *Au delà du marxisme,* ob. cit., pp. 327-331 y 350.

egoísmo burgués a través del materialismo y el hedonismo obreros [57]. Esta idea según la cual el concepto de explotación depende de la ética y no de la economía, interviene de modo fundamental en el proceso de formación de la filosofía fascista, antes y después de la primera guerra mundial.

De ello, evidentemente, sólo puede desgajarse una conclusión mayor: si la explotación es un fenómeno psicológico y no económico, si las relaciones de clase se desprenden, a la vez, de un sentimiento subjetivo, la solución de los problemas económicos y sociales, también debe ser necesariamente de orden psicológico. De hecho, en la obra de De Man, los problemas psicológicos, emocionales y afectivos anteceden a las cuestiones económicas: la estética ocupa en la vida de las personas un lugar por lo menos tan importante como la economía. Así, al satisfacer las necesidades psicológicas de los trabajadores, se pueden dejar sin abordar los problemas estructurales: he ahí el alcance concreto de este análisis [58]. Ése es también el enfoque fascista, arraigado en la convicción de que las cuestiones existenciales son de orden cultural, emocional y afectivo. De hecho, la revolución fascista se asiente en esta visión de la naturaleza de las motivaciones individuales. Entonces el fascismo tiende a demostrar que se puede modificar profundamente la vida de los hombres sin modificar en absoluto las estructuras económicas. Dado que las motivaciones humanas son de orden afectivo, dado que lo que está en juego no es el plano de la vida real, sino «el instinto de autoestimación» o «un complejo de inferioridad social», dado que en adelante de lo que se trata es de la dignidad del individuo y no del lugar que ocupa en el sistema de producción [59], se puede hacer una revolución sin modificar en absoluto las bases del sistema.

Los corolarios naturales de la «teoría de los móviles» de Henri De Man son un elitismo manifiesto, la idea según la cual en los hombres existe un profundo deseo de desigualdad, y una necesidad no menos enraizada de obediencia. Lo que viene a continuación apenas ofrece sorpresas: hay que dejar intactas las estructuras del capitalismo, de la propiedad privada, de los beneficios, de la economía de mercado en general. Contra lo que De Man arremete es contra la

---

[57] H. de Man, *L'Idée socialiste, suivi du Plan de Travail* (traducido del alemán por H. Corbin y A. Kopevnikov), París, Grasset, 1935, p. 435.

[58] Véase Z. Sternhell, *Ni droite, ni gauche,* ob. cit., capítulo 4.

[59] H. de Man, *Au delà du marxisme,* ob. cit., pp. 68, 145-146 y 192.

gran banca, los grandes señores de las finanzas, el gran capital, que designa con el nombre de «hipercapitalismo». De Man preconiza una alianza de la clase obrera con todas las víctimas del «capital financiero», una confluencia que debe arrastrar también a las clases medias sublevadas contra el hipercapitalismo de la gran banca [60]. Es, sin apenas variación en el enunciado, una variante de la alianza de los «productores» rebelados contra todos los «parásitos». Este planteamiento ya no produce extrañeza: desde los primeros años del siglo, es una de las grandes avenidas por las que transitan las migraciones de la izquierda en dirección al fascismo.

Finalmente, tras la apología de un cierto tipo de corporatividad [61], aparecerá la idea de un «Estado fuerte» [62]. En 1938, De Man perfilará su fórmula: «En el futuro, deberemos estar más decididos a realizar un orden socialista a la vez que a edificar un Estado autoritario, siendo éste el elemento condicionante de aquél» [63]. La evolución de Henri De Man culminará de un modo bastante lógico, el 28 de junio de 1940, cuando el presidente del Partido Obrero Belga publique un manifiesto a los militantes socialistas en el que les pedirá que acepten la victoria nazi y que la consideren como el punto de partida de la construcción de un mundo nuevo. Este texto posee todas las características de la literatura fascista [64].

---

[60] H. de Man, «Discours au Congrès de Noël du POB», *Chantiers coopératifs*, 21 de marzo de 1934.

[61] H. de Man, *Corporativisme et socialisme*, París-Bruselas, Labor, 1935, pp. 4-35.

[62] H. de Man, «Planisme et réformisme», *La Vie socialiste*, 22 de diciembre de 1934. Sobre la concepción del Estado de De Man, véase *Au delà du marxisme*, ob. cit., pp. 120-121, pp. 180-185.

[63] H. de Man, *Après-coup*, ob. cit., p. 302.

[64] «Un manifeste du POB», *La Gazette de Charleroi*, 3 de julio de 1940, p. 3. «La guerra ha demolido el régimen parlamentario y la plutocracia capitalista en las sedicentes democracias. Para las clases trabajadoras y para el socialismo, ese hundimiento de un mundo decrépito, no es ningún desastre, en realidad es una liberación. A pesar de las derrotas, penalidades, desilusiones que hemos sufrido, queda expedita la vía para las dos causas que resumen las aspiraciones del pueblo: la paz europea y la justicia social. La paz no ha podido surgir del libre entendimiento de las naciones soberanas y de los imperialismos rivales; podrá surgir de una Europa unificada por las armas, en la que las barreras económicas se habrán nivelado. La justicia social no ha podido surgir de un régimen autoproclamado democrático, pero en el que, en realidad, imperaba el poder del dinero y los políticos profesionales, de un régimen cada vez más incapaz de emprender iniciativas audaces, de realizar reformas serias. Podrá surgir de un régimen, en el que la autoridad del Estado es lo bastante fuerte como para zapar los privilegios de las clases poseedoras y para sustituir el paro por la obligación para todos de trabajar. [...]. De modo que continuad la actividad económica de nuestros quehaceres, pero te-

En Francia se produce una evolución idéntica en los ambientes neosocialistas dirigidos por Marcel Déat, y en las filas doriotistas procedentes de horizontes diversos. En ellos se critica violentamente el «espíritu marxista», así como la concepción «materialista del hombre y de la historia». El marxismo «porque su dimensión inhumana y repugnante ha esterilizado el movimiento obrero». Así, por ejemplo, Georges Roditi, uno de los representantes más conocidos de la joven generación neosocialista, reprocha al marxismo su «fatalismo científico, su ausencia de sentido jerárquico, su incapacidad para suscitar y para utilizar las cualidades personales de los individuos»; a ello contrapone «el estado de ánimo socialista y nacional» [65]. Siguiendo los pasos de De Man, los «neos» invocan a Proudhon, Sorel y Péguy, que contraponen a Marx, y apelan «al espíritu constructor del socialismo francés premarxista», a las ideas «de orden y de responsabilidad», al «socialismo heroico» y al «socialismo nietszcheano» [66]. Los «neos», como hace De Man, proponen una teoría de la revolución nacional autoritaria y corporativista, sustentada en la alianza «anticapitalista» [67]. Esta propuesta, en el momento que se hace, no es ciertamente nueva. Los italianos ya habían pedido que se distinguiera entre

---

ned en cuenta que el papel político del partido obrero belga ha llegado a su fin. Este papel ha sido fértil y glorioso, pero en lo sucesivo os espera otra misión. Preparaos para entrar en las filas de un movimiento de resurrección nacional que englobará a todas las fuerzas vivas de la nación, de su juventud, de sus ex combatientes, dentro de un partido único, el del pueblo belga, unido por su fidelidad a su Rey y por su voluntad de realizar la Soberanía del Trabajo.»

[65] G. Roditi, «Du néo-marxisme au néo-socialisme», *L'Homme nouveau,* núm. 14, 1 de marzo de 1935. Roditi, director de la revista neo-socialista, *L'Homme nouveau,* publicada entre enero de 1934 y abril de 1937, es uno de los promotores del Coloquio franco-italiano sobre el Corporativismo que se celebra en Roma del 19 al 23 de mayo de 1935. Por la parte francesa participaron, entre otros, Emmanuel Mounier, Robert Aron, Paul Marion y Jean de Fabrègues. Por parte italiana, se advierte la presencia de G. Bottai, gobernador de Roma, E. Rossoni, ministro de Agricultura, L. Razzo, ministro de las Corporaciones, A. Marpicati, director del Instituto Fascista de la Cultura, así como numerosos dirigentes de las Corporaciones y de las universidades fascistas. Lo esencial de las intervenciones en este coloquio, extremadamente revelador del estado de ánimo de una parte de la juventud intelectual francesa, ha sido publicado por Michela Nacci y Albertina Vittoria: «Convegno Italo-Francese di Studi Corporativi, Roma 1935», *Dimensioni,* año 11, núms. 40-41, septiembre-diciembre 1986, pp. 30-118. A esta recopilación le precede un excelente estudio de Michela Nacci: «Intelletuali francesi et corporativismo fascista», pp. 6-29.

[66] G. Roditi, «Mort ou naissance du néo-socialisme», *L'Homme nouveau,* 1 de septiembre de 1935 (núm. especial).

[67] Véase Z. Sternhell, *Ni droite, ni gauche,* ob. cit., capítulo 5.

«productores» y «parásitos» en la integración de las clases y la solidaridad nacional.

Es preciso hacer hincapié aquí en un elemento explicativo que no siempre ha sido bien comprendido. Si el neosocialismo suscita en Francia una reacción tan viva, si De Man resulta ser tan sospechoso, incluso en el seno del POB —cuyo estado mayor no tiene otra opción que dar a entender que no comprende adónde conduce esta revisión del marxismo—, es que el socialismo democrático y reformista de la década de los treinta todavía no ha repudiado el marxismo. Por poco que se ignore este hecho histórico incontestable o que no se comprenda cabalmente, existe el riesgo de que el anacronismo nos desoriente [68]. El socialismo de esos años todavía hace suyos los principios —no todos los detalles, pero sí los grandes principios— del análisis marxista. En ocasiones critica el sectarismo de los partidos comunistas y sus métodos totalitarios, pero no rechaza el marxismo. Por el contrario, a lo largo de este período de crisis, cuando los socialistas de Italia, de Alemania y de Austria han sido destruidos, los socialistas franceses, con Blum a la cabeza, reafirman su fidelidad al marxismo. Igual que a comienzos de siglo, alguien como Antonio Labriola o como Rudolf Hilferding, como Jaurès, o alguien como Max Adler no pretendían más que mejorar y modernizar el sistema cuando proponían sus interpretaciones del marxismo, alguien como Gramsci o como Lukács, Blum o Vandervelde —al margen de todas las reservas que pudieran albergar sobre el comunismo tal como entonces se practicaba en la Unión Soviética— rechazaban con la máxima energía el ofrecimiento de un socialismo distinto [69].

---

[68] Es lo que le acaba de suceder a Michel Brélaz que nos ofrece un panfleto de 800 páginas, *Henri De Man: Una autre idée du socialisme,* Génova, Éd. des Antipodes, 1985. Si lo comparamos con los trabajos de Peter Dodge, *Beyond Marxism, The Faith and Works of Hendrik de Man,* La Haya, Martinus Nijhoff, 1966, y *A Documentary Study of Hendrik De Man, Socialist Critic of Marxism,* Princeton, Princeton University Press, 1979, el libro de M. Brélaz, al margen de los detalles biográficos que contiene y a pesar de sus dimensiones, no tiene gran cosa que ofrecer.

[69] L. Blum, *L'Oeuvre de Léon Blum,* París, Albin Michel, 1954, vol. III, t. II, pp. 543-546, 550 y 580-591. Véase discurso de Léon Blum en el Congreso de País, *La Vie socialiste,* 20 de julio de 1933, p. 53, así como Léon Blum, «Le problème du pouvoir», *Le Populaire,* 13 de julio de 1933. Véase también «Le pouvoir total» y «La mesure du pouvoir», *Le Populaire* de los días 14 y 15 de julio de 1933. Consúltese también el folleto de Jean Labas que pone en circulación el término «neo-socialismo» y que expone la tesis oficial del socialismo francés: *Le socialisme, but et moyen, suivi de la réfutation d'un néo-socialisme,* Lille, Imprimerie ouvrière, 1931; J. Zyromski, «Au sujet des "Perspectives socialistes de Marcel Déat"», *L'Étudiant socialiste,* núm. 6, marzo 1931,

Ahora bien, en la rivalidad que se establece entre los dos tipos de revolución —la de los socialistas «clásicos» y la de los «neos»— los cerebros y los corazones de la intelectualidad europea se inclinan del lado de la gran rebelión antimaterialista. Eso explica que en el momento de la disyuntiva, la Europa liberal y democrática careciera de un número suficiente de defensores convencidos dispuestos a seguir los pasos de sus intelectuales de renombre. La gran fuerza del fascismo reside en la gran atracción —a menudo inconsciente— que ejerce esta ideología de ruptura. Por esta razón las crisis de la posguerra no bastan para explicar el fascismo.

Estas crisis no han hecho más que acelerar, provocar, incluso, la creación de un ambiente propicio, pero no han podido —no podían— engendrar una ideología de ruptura de un vigor comparable a la del fascismo. La explicación coyuntural o a partir de los acontecimientos, sólo puede desembocar en meras trivialidades. En ciertos círculos científicos alemanes, el peligro bolchevique constituye actualmente el argumento machacón para explicarnos, a la vez, la ideología y la práctica nazis [70].

No sólo en Alemania existe una fuerte tendencia a describir al fascismo y al nazismo, sus orígenes y razones de surgimiento, como un fenómeno aislado, incidental, totalmente ajeno al contexto cultural y general. En Italia y especialmente en Francia, así como en Alemania, esta tendencia sirve a los intereses apologéticos de cierto enfoque de la historia nacional. La marginalización del fascismo alivia a aquellos que se ocupan de la necesidad de referirse al contexto cultural amplio que constituye su semillero intelectual. Aquellos que eligen la senda fácil se ahorran la necesidad de responder a muchas preguntas perturbadoras, incluyendo aquélla sobre los lazos intelectuales, emocionales o políticos que existieron en cierto período entre amplios círculos intelectuales y los fascistas o nazis, o los defensores de una «revolución nacional». La interpretación apologética

---

pp. 1-4. J.-B. Séverac «Quelques réflexions sur les *Perspectives socialistes* de Marcel Déat», *La Bataille socialiste,* núm. 41, enero 1931.

[70] El ejemplo más extraordinario es, sin ningún género de dudas, el de Ernst Nolte. Ese autor de una obra clásica anteriormente citada, ese historiador, algunos de cuyos trabajos merecen ser respetados —aun cuando se esté en desacuerdo con algunos de sus resultados—, se ha convertido, a causa de los efectos perversos de este enfoque, en lo que cabe llamar un polemista, algunas de cuyas afirmaciones cuesta mucho tomarlas en serio. Véanse sus contribuciones a la importante obra colectiva *Devant l'Histoire. Les documents de la controverse sur la singularité de l'extermination des Juifs par le régime nazi.* París, Las Éditions du Eerf, 1988, pp. 188-189.

de los hechos en plena conciencia deja de prestar atención a la historia cultural de Europa en los últimos cien años, y al hecho de que hacia fines del siglo XIX, la oposición al optimismo, universalismo y humanismo se convirtió en una lucha general que afectó a todas las áreas de actividad intelectual. En esa época se creó una cultura política alternativa que intentó rescatar a Europa de la herencia de la Ilustración y, en forma natural, cuando la crisis llegó a su cénit, a principios del siglo XX, el ataque fue dirigido, ante todo, contra el racionalismo y el humanismo.

En el año 1929, este conflicto general entre las dos escuelas se torna simbólicamente en el enfrentamiento cara a cara entre Martin Heidegger, portaestandarte del antiuniversalismo y uno de los profetas del posmodernismo, y el filófoso judeo-alemán Ernst Cassirer. Este duro y amargo debate, que terminó con una ruptura total, se llevó a cabo en Davos, Suiza, y alcanzó notoriedad. El tema aparente del debate era Kant, el representante más sobresaliente y brillante del siglo XVIII, pero en realidad se discutía el futuro de Europa. Unos años más tarde se hizo otro intento de sonar las campanas de alarma. En 1935, Edmund Husserl, a quien algunos consideran como el más importante filósofo desde Hegel, dictó una conferencia en Viena. Siendo judío y temiendo que sus palabras pudieran perjudicar a sus correligionarios en Alemania, Husserl tuvo cuidado de no hablar desde la ascensión nazi al poder. En esta única ocasión aceptó la invitación de hablar en público. Su discurso fue una extraordinaria declaración de principios dedicada enteramente a la defensa del racionalismo y el universalismo. Husserl no se abstuvo de atacar al salvaje y desvergonzado nacionalismo que atropellaba los valores de la Ilustración [71]. Cuando Husserl habló en Viena, Cassirer era ya exilado en Oxford y Martin Heidegger proclamaba la grandeza y la verdad espiritual del nazismo. De este modo aprendemos nuevamente que las discusiones teóricas nunca se llevan a cabo en el vacío y que no existe el pensamiento filosófico sin consecuencias políticas.

En el período entre las dos guerras mundiales las tendencias antiuniversalistas se convierten en una fuerza histórica sumamente destructiva. Esto no hubiera sido posible sin el previo surgimiento, en toda Europa, de una visión cultural que apoyaba la lucha política contra la democracia liberal. A lo largo de Europa occidental se desa-

[71] E. Husserl, *La crise de l'humanité européene et la philosophie*, París, Republications Paulet, 1976.

rrolló en esa época una sensación de aguda degeneración cultural, frustración, desintegración y regresión. Toda la culpa por este negativo fenómeno fue adjudicada al racionalismo y materialismo, a Kant, Rousseau, Marx y la Revolución francesa —«la última gran rebelión de esclavos», la denominó Nietzsche— como responsables del dominio de las masas sobre la cultura occidental. Para los críticos de aquella cultura era el siglo XVIII el que había dado a luz un nuevo tipo de «hombre del rebaño», el representante de las masas por excelencia, que demandaba para sí derechos iguales a los de las elites naturales. Esta exigencia igualitaria era percibida como inevitable y necesariamente conducente a la destrucción de la cultura occidental [72].

En Alemania, Francia, Italia y España del período de entreguerras, la rebelión contra los valores básicos del siglo XIX adquirió una forma muy dramática aunque, desde el punto de vista doctrinal, poco había cambiado desde los años que precedieron a la primera guerra mundial. Cuando Mussolini intenta definir al fascismo en 1932, lo describe como una revuelta contra «el positivismo materialista del siglo XIX» [73]. Un año más tarde, cuando el movimiento fascista fue fundado en España, su líder, José Antonio Primo de Rivera, partió lanzando un ataque contra Rousseau [74]. En 1940, el escritor fascista francés Drieu La Rochelle, declara que «Francia ha sido destruida por el racionalismo» [75]. El católico de izquierda francés Emmanuel Mounier sostuvo que en la caída de Francia él percibía la derrota del liberalismo [76].

Mounier no era el único que profesaba esta creencia. Éste es el punto central: no sólo los fascistas sino amplios círculos intelectuales europeos miraban con simpatía y a veces admiración la rebelión contra el orden utilitario, materialista, burgués y liberal. Estos círculos incluían judíos y convertidos; también gente que pocos años después se convertirían en víctimas del nazismo o que lo enfrentarían con las armas en la mano. Disidentes franceses de izquierda y derecha, in-

---

[72] Z. Sternhell, «Modernity and its Enemies: from the Revolt Against Enlightenment to the Undermining of Democracy», en Z. Sternhell (comp.), *The Intellectual Revolt Against Liberal Democracy,* Jerusalén, The Israeli Academy of Sciences and Humaties (a publicar).

[73] B. Mussolini, «La dottrina del Fascismo», *O.O.,* vol. XXXIV, p. 118.

[74] José Antonio Primo de Rivera, *Selected Writings,* Londres, Jonathan Cape, 1972, p. 49.

[75] P. Drieu La Rochelle, *Notes pour comprende le siècle,* París, Gallimard, 1941, p. 171. Véase también A. Y. Kaplan, *Reproductions of Banality,* ob. cit., pp. 92 ss.

[76] Véase. Z. Sternhell, *Ni droite ni gauche,* ob. cit., pp. 298-303.

conformistas de la vanguardia cultural londinense, filósofos de la historia como Benedetto Croce y fundadores de las ciencias sociales modernas como Michels y Mosca, representantes de la «revolución conservadora» como Spengler y Jünger, filósofos como Heidegger, cuya influencia aumentó con el pasar del tiempo —todos fueron víctimas, en algún punto de sus vidas, de la atracción ejercida por la revolución cultural contra la herencia universalista del siglo XVIII. Todos fueron partícipes de la crítica obsesiva de la democracia y de la exigencia de igualdad que tan clamorosamente había crecido desde finales del siglo anterior. Todos ellos vieron al fascismo y al nazismo como una expresión de la esperada rebelión anti-humanista, un tipo de retorno a los valores básicos de la sociedad heroica liderada por las elites naturales.

Todos temían a las masas, pero no a las masas del fascismo. Los movimientos de masa fascista y nazi eran elitistas y su razón de ser era la negación de los valores universales. Las masas que inspiraban terror a Spengler en Alemania, Maurras en Francia, y a Luigi Pirandello en Italia eran las que participaban en los desfiles del 1.º de Mayo y las huelgas mineras, las que habían tomado por asalto el Palacio de Invierno del Zar y ocupado las fábricas en Italia, las que formaron el Frente Popular en Francia y en España.

Está claro que una cosa era simpatía hacia la gran revuelta contra la «moral esclava» socialista o liberal y otra el apoyo a un Estado policíaco, campos de concentración y asesinatos políticos como sistema de gobierno. Es verdad que no todos los que aplaudieron la destrucción de la decadencia liberal y burguesa apoyaron el exterminio de judíos o fueron parte del aparato represivo. Es en este contexto en el que surge la pregunta sobre la responsabilidad del intelectual. Ningún escritor o artista puede ser considerado responsable por consecuencias de su obra que van más allá de sus intenciones originales, pero todo pensador actúa dentro de un contexto histórico y desde el momento en que su obra se torna pública, ejerce influencias y tiene consecuencias. Entre los pensadores mencionados en este trabajo no hay siquiera uno que pueda proclamarse apolítico. Aún las más abstractas ideas de Nietzsche y Heidegger tuvieron aplicación política inmediata, y ellos lo sabían. Esto es aún más verdad con respecto a las declaraciones hechas por escritores, poetas, artistas, filósofos, historiadores, cientistas sociales —entre los más originales e importantes de su generación— que negaron la herencia humanista de la Ilustración, proveyendo, así, una alternativa política. La revuelta política

que llega a su clímax en el período entre las dos guerras mundiales (no nos referimos sólo al fascismo y al nazismo, sino a todas las expresiones de la «revolución nacional» en Francia, España y Portugal), no hubiera sido posible sin un largo período de maduración intelectual. La revuelta cultural precedió a la revuelta política en toda Europa.

Pero el fascismo no sólo constituye una crítica de lo que es: expresa la voluntad de que se llegue a instaurar una civilización heroica sobre las ruinas de una civilización rastreramente materialista. Quiere moldear un hombre nuevo, activista y dinámico. El fascismo originario exhibe un carácter moderno, su estética futurista aguijonea la imaginación de toda una generación de intelectuales. En esta modernización reside una de las grandes razones de la atracción que ejerce el fascismo sobre una juventud que se siente asfixiada en el mundo burgués de comienzos de siglo. El modernismo no excluye necesariamente toda forma de clasicismo: incensar el siglo de Pascal, austero y heroico, a la vez que se echa a las gemonías a Descartes y a su posteridad, no es más que uno de los aspectos de este formidable esfuerzo contra la cultura burguesa.

Otra de las grandes razones de su fuerza de atracción es el componente elitista de la ideología fascista. Nietzsche y Pareto han demostrado que las cualidades nobles están presentes en todas las capas de la sociedad. Lo que cuenta es la constitución mental, no la situación social. Cualquier ser que se sienta capaz y digno puede formar parte de esta elite a la que corresponde, en virtud de la ley de la selección natural, el gobierno de la sociedad. Una elite no es una categoría social que se defina por el lugar que se ocupa en el proceso de producción, es sólo la expresión de un estado de ánimo. Ya en Sorel, la noción de «clase» no abarcaba el conjunto del proletariado industrial, sino únicamente la elite activista, dispuesta a todos los sacrificios. Entre los hombres de comienzos de siglo, el culto al altruismo, la renuncia por el bien de la colectividad, ocupa un lugar que cuesta mucho imaginar en la actualidad. La idea que el hombre viene al mundo para servir a la comunidad y que la vida es una lucha al servicio de valores no materiales son entonces convicciones bastante extendidas, principalmente en las esferas intelectuales. Pero habrá que esperar a la posguerra para que lleguen a ser literalmente perentorias.

A lo largo de los primeros años del siglo, al propio tiempo, madura la idea que las resistencias que opone el mundo de las realidades pueden ser salvadas a través de la fuerza de voluntad, de la fe, del

mito. La función educativa del mito movilizador de las energías, formador de las conciencias, se evidencia inmediatamente. De hecho, casi todos los grandes conceptos políticos de la época, incluidos los de clase y Nación, empiezan a ser percibidos como mitos. Del mismo modo, la rebelión contra el materialismo histórico no puede disociarse de esta toma de conciencia del lugar que ocupa el mito en la historia. Esta rebelión empieza con la crítica de la economía marxista y prosigue con la introducción en el marxismo de elementos irracionales que modifican totalmente su naturaleza. Al final de este proceso de revisión, el marxismo sólo conserva de sus orígenes el activismo. De ahí la facilidad con la que se llega a la confluencia con el activismo nacionalista y con el activismo futurista. La síntesis que entonces surge de esta confluencia ofrece un cuadro conceptual a lo que todavía no era, en los últimos años del siglo XIX, más que una aspiración del primer socialismo nacional. Y lo que entonces no era más que un sentimiento —a menudo mal articulado— se convierte en una convicción: la clave del problema social no es la lucha de clases, sino la unidad orgánica de la Nación. Una conclusión que llevará a los teóricos del protofascismo primero, del fascismo después, a adoptar, luego a perfilar, los contornos del corporativismo.

El corporativismo, como se sabe, está en el aire que se respira a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. Se habla mucho de él en los ambientes de la Acción Francesa. De hecho, como ideal social, nunca dejó de estar presente a lo largo de todo el siglo XIX. Asimilado, profundizado, desarrollado por la primera generación de fascistas procedentes de la izquierda, encaja también a la perfección con las aspiraciones de los que proceden del nacionalismo. El corporativismo, con el trasfondo de la quiebra económica de la Unión Soviética, no resulta difícil que aparezca como una solución audaz, a la vez que moderna y de fácil aplicación. El corporativismo constituye una de las piezas maestras de un régimen que sale victorioso del trance de comunicar a amplias capas de la población el sentimiento de que la vida ha cambiado y de que han aparecido nuevas oportunidades de promoción y de participación sin que haya sido necesario modificar las estructuras socioeconómicas. El fascismo en el poder logra reducir los problemas económicos y sociales a meras cuestiones de orden psicológico. Servir a la sociedad fundiéndose en ella, identificar los propios intereses con los de la Patria, significa participar en la vida de la colectividad con mucha más intensidad que introduciendo una papeleta de voto en una urna.

He ahí por qué el estilo político desempeña un papel tan importante en el fascismo. Pero —hay que insistir en ello— el estilo no es más que la expresión de la esencia ideológica del movimiento, la traducción en términos concretos de sus valores activistas, y el testimonio de su soberano menosprecio de los valores burgueses. Se trata, una vez más, de un instrumento de movilización de masas al servicio de una ideología, y no de un simple expediente. Este estilo no conformista, elitista e igualitario, a la vez, expresa el culto de la violencia en tanto que valor permanente. El vocabulario incendiario del fascismo, sus ataques incesantes a las concepciones y usos del ambiente burgués, su culto a la camaradería y al espíritu de equipo, atraen indudablemente a los modernistas vanguardistas, pero también a toda esa masa de jóvenes intelectuales que, aun rechazando la solución marxista, escupen sobre el orden establecido. En toda esta generación, el fascismo se ha ido imponiendo —en toda Europa— como la prueba de que puede existir una cultura no basada en los privilegios de la sangre y del dinero, como ha demostrado Brasillach, en el espíritu de facción.

Esta rebelión de los sentimientos y de los instintos, de la energía, de la voluntad y de las fuerzas primarias, esta búsqueda de valores nuevos que pueden llegar a asegurar la integridad de la colectividad, esta reprobación del materialismo excitan, impregnan e impresionan el ánimo de un buen número de europeos. ¡Y no de los menos importantes! El mismo Freud verá en Mussolini a un héroe de la cultura [77]. Si Mussolini puede ser en 1933 un «héroe de la cultura» para el fundador del psicoanálisis, ¿por qué Croce en 1924 debía haber votado en contra de él, por qué Pirandello debía haber rechazado un sillón en la Academia Italiana, inaugurada en 1929? Si bien es cierto que, en 1925, Croce adopta una actitud disidente iniciando la batalla de los manifiestos: su famoso «Manifiesto de los Intelectuales contra el Fascismo» no puede, sin embargo, ocultar el apoyo que acordó al régimen en los años críticos de su acceso al poder. A Croce le resultará siempre muy difícil intentar explicar el fascismo italiano y sus propias tomas de posición en un determinado período de la histo-

[77] En 1933, Freud manda al Duce una de sus obras con la dedicatoria: «From an old man who greets in the Ruler the Hero of Culture», citado en E. Jones, *Sigmund Freud, Life and Works,* vol. 3, *The last phase, 1919-1939,* Londres, The Hogart Press, 1957, pp. 192-193. Véase también K. D. Bracher, *The Age of Ideology,* ob. cit., pp. 97 ss. Fue el padre de uno de sus pacientes quien insistió para que Freud mandara uno de sus libros al Duce.

ria del fascismo. Veinte años después del voto de confianza de 1924, pondrá sobre el tapete un argumento más bien trivial: Mussolini no fue más que un «pobre diablo, ignorante, poco inteligente» que logró apoderarse de «una Italia libre y civilizada» [78]. Se trata en este caso de un argumento muy parecido a las explicaciones del nazismo *post-mortem* dadas por Meinecke, Ritter o un Nolte.

Pero la realidad es muy testaruda y no puede ser ocultada por obra y gracia de una simple pirueta. Mussolini nunca habría cruzado el umbral del Quirinal si hombres como Croce no hubieran visto en el fascismo de los primeros momentos un factor positivo. El historiador de las ideas no puede ignorar o menospreciar las vacilaciones, las contradicciones y las ambigüedades que caracterizan las tomas de posición adoptadas por Croce hasta 1925. Estas mismas cuestiones son igualmente pertinentes en lo que concierne a Alemania, España y el régimen de Vichy en Francia.

Por ejemplo, Spengler y Ernst Jünger despreciaban al cabo austríaco que se apoderó de su país, pero ellos y sus amigos de la escuela de pensamiento «revolucionario conservador» otorgaron al nazismo la legitimidad necesaria a ojos de la alta clase media. Fueron ellos los que pusieron a la elite del Reich alemán en las manos de Hitler. Carl Schmitt sirvió fielmente al régimen y Heidegger habló de la «gran verdad interior del nazismo» [79]. En este contexto tiene razón el filósofo alemán contemporáneo Jürgen Habermas cuando afirma que no se constituyó una intelectualidad nazi por una sola razón: el liderazgo nazi era incapaz de apreciar a los intelectuales y, por tanto, de explotar la buena disposición de éstos de servir al régimen [80].

La «revolución nacional» en Francia, en 1940, nos provee un ejemplo excepcional de la importancia de la preparación ideológica como generadora de cambios políticos. La liquidación de la democracia liberal francesa en menos de seis meses, a pesar de sus profundas raíces, no habría sido conseguida sin la posición dominante alcanzada por la nueva ideología en esa sociedad. Fueron precisamente las elites quienes se desmoronaron con mayor rapidez: éste fue el factor más importante en la creación de las condiciones que posibilitaron la revolución. Este hecho es la más elocuente prueba del éxito de la ince-

---

[78] B. Croce, *Scritti e discorsi politici (1943-1947)*, vol. I, La terza, 1963, pp. 28-29.

[79] Z. Sternhell, «Modernity and its enemies...», la cita de Heidegger se encuentra en J. Habermas, *Profils philosophiques et politiques*, París, Gallimard, 1974, p. 91. Véase F. Stern, *Dreams and Illusions*, Nueva York, A. Knopf, 1987, pp. 156-157 y 161-165.

[80] J. Habermas, *Profils philosophiques...*, ob. cit., p. 90.

sante crítica destructiva que cada mañana, durante cincuenta años, fue dirigida contra los principios del liberalismo y el funcionamiento del régimen democrático. Lo que quebró la capacidad democrática de resistir fue el clamor por un gobierno fuerte que pusiera fin al trueque de votos por parte de votantes y representantes, y la demanda insistente de terminar con un régimen que, por su propia naturaleza, era un sistema de compromiso que operaba de acuerdo a complicadas reglas, las cuales aseguraban la libertad individual y la igualdad ante la ley. En 1940, la elite política se desintegró y entregó el país a un dictador. La mayor parte de los intelectuales importantes, políticos, publicistas, altos funcionarios, parlamentarios, miembros de la *Academie française*, profesores universitarios, artistas, periodistas y jueces, se integró a las filas de la revolución nacional. Éste era el verdadero problema: no fue el ciudadano común, sino el liderazgo social el que traicionó a la democracia.

La revolución nacional reflejaba, por encima de todo, un hecho básico: la ideología y las fuerzas políticas que habían asediado el orden democrático liberal desde fines del siglo XIX habían obtenido su mayor victoria. La caída de Francia fue vista, primera y principalmente, como la derrota de una cultura política. No fue un ejército, que se preparó para la próxima guerra de acuerdo a las reglas y principios de la anterior, el que fue considerado derrotado; tampoco un alto mando conservador, obstinado e impotente; sino una cultura democrática liberal radicada en los principios de la Revolución francesa. En este sentido, la revolución nacional en Francia fue simplemente un aspecto de la revolución europea que envolvió a Alemania e Italia, y en gran parte también a España y Portugal. Sin embargo, fue en Francia donde la revolución nacional gozó de su mayor éxito, porque allí tenía un significado particular. Allí significó la derrota del orden democrático y liberal en una sociedad que a fines del siglo XVIII había sentado los cimientos del mundo moderno y los había legado a la cultura europea. En 1940, era finalmente posible clavar el último clavo en el féretro de 1789.

A ojos de los que tomaron el poder en el verano de 1940, Francia no había sido conquistada por la mejor máquina militar que la historia conoció, sino por una cultura política que era la antítesis de aquélla, racionalista, humanista e individualista, derivada del siglo XVIII. El materialismo y egoísmo imbuidos del liberalismo y del socialismo, y también el principio de igualdad, introducido por la revolución, habían sido derrotados por una cultura política basada en la concepción orgánica de la sociedad y la prioridad de lo social sobre lo individual.

La ideología victoriosa rehusaba definir a la sociedad como una colección de individuos, negando la validez de lazos derivados de decisiones voluntarias y percibiendo sólo los lazos de sangre como lo natural al género humano.

Benedetto Croce en Italia y Emmanuel Mounier en Francia eran típicos representantes de la elite cultural que en períodos de crisis respondió, sin colaborar plenamente, con una neutralidad tolerante a los continuos asaltos que, desde fines del siglo XIX, se habían llevado a cabo contra el orden democrático liberal. Mounier actuó en el sistema educacional de Vichy hasta fines de 1942. En enero de 1943 se unió a la resistencia, junto con el plantel docente de una de las escuelas de activistas de Vichy. Sus admiradores desean recordar sólo su período heroico de lucha contra la ocupación alemana, y hacen todo esfuerzo posible para disminuir la importancia de su período de colaboración con el régimen de la revolución nacional. El gran intelectual antifascista italiano, cuya persistente hostilidad hacia el régimen democrático lo llevó a apoyar al fascismo hasta 1925, y el intelectual católico francés, cuyo desdén hacia la democracia, el liberalismo y los principios de la Revolución francesa lo llevan a colaborar con el régimen de Vichy, sufren de la misma ambigüedad. Es precisamente este complejo cuadro el que ilumina fuertemente el proceso de arraigamiento del fascismo en Italia y la revolución nacional en Francia. Quien busca hoy una explicación que abarque las causas subyacentes en la liquidación de la libertad en Europa occidental, encontrará no menos útil la lectura de los escritos de Spengler, Jünger, Miguel de Unamuno, Croce o Mounier, que el estudio de las obras de los mismos fundadores del fascismo.

Las realidades del período de entreguerras no eran uniformes. La cultura italiana de las décadas de 1920 y 1930 estaba tan representada por Gentile, Marinetti y Pirandello, como por el antifascista Croce, y el antifascista Croce no fue más representativo de la intelectualidad italiana de lo que lo fue el senador Croce. No sólo célebres antinazis como los hermanos Thomas y Heinrich Mann hablaron en nombre de Alemania, sino también Spengler, Moeller van den Bruck, Ernst Jünger, Heiddeger, Gottfried Benn y Arnolt Bronnen. Además, la Francia de Gide y Camus, Sartre y Malraux, fue también la de Maurras y Drieu, Brasillach y Celine [81].

[81] Los problemas que plantea el fascismo francés, principalmente en lo que respecta a la tentación fascista entre los intelectuales franceses, ha suscitado en los últimos años

Estos dos aspectos contradictorios pero reales de la cultura europea resurgen cada vez que se examina el tema del antirracionalismo. Por tanto, debemos hacer una última observación: hay que estar siempre atentos a la diferencia entre una actitud que reconoce la importancia del factor irracional en la conducta humana y rechaza un árido y absurdo positivismo o un estrecho y vulgar materialismo, y otra actitud que es puramente antirracional. El reconocimiento de la existencia de un área no controlada por la razón y la afirmación de que ésta no puede ser explorada sólo a través de medios racionales es una cosa; la explotación política e intelectual del antirracionalismo, otra muy diferente.

Aquí se encuentra la diferencia esencial entre pensadores que reconocieron la existencia de factores irracionales con su influencia so-

---

una intensa polémica: aunque pueda parecer una imperdonable falta de modestia debo confesar que me atengo absolutamente a la demostración que hice en *Ni droite, ni gauche.* Esta demostración, por lo demás, queda actualmente sensiblemente reforzada gracias al último libro de Pierre Birnbaum, *Un mythe politique: la «République juive»*, París, Fayard, 1988, en el que se pone de manifiesto con toda claridad el peso del antisemitismo en la historia del siglo XX francés. Del mismo modo que el fascismo no queda confinado a Italia, el antisemitismo tampoco se limita a Alemania. Francia en el proceso de ascenso de esas ideologías destructivas del viejo orden de cosas, ha desempeñado un papel muy destacado. Dos artículos historiográficos importantes hacen balance de las cuestiones planteadas en la masa de reseñas, debates y polémicas suscitadas por *Ni droite, ni gauche.* Se trata del ensayo de Antonio Costa-Pinto, «Fascist ideology revisited: Zeev Sternhell and his critics», *European History Quarterly,* 16 (1986), así como el de Robert Wohl, «French Fascism Both Right and Left: Reflections on the Sternhell Controversy», *Journal of Modern History,* vol. 63, 1991. Por lo que respecta al ambiente intelectual francés, los puntos candentes de la controversia aparecen claramente expuestos en la más reciente de las obras consagradas al fascismo francés: Pierre Milza, *Fascisme française, Passé et Présent,* París, Flammarion, 1987. Esta síntesis, que sólo pretende hacer balance de un debate que lleva años abierto, se caracteriza por su gran honestidad. Pierre Milza plantea los problemas honestamente, sin falsear el espíritu de los trabajos que aborda. Ya es mucho en un debate que no siempre reviste esta serenidad. De hecho, Milza levanta acta del fracaso de toda una generación de historiadores franceses, la suya, a la que presenta, y de ello no cabe la menor duda, como una «nebulosa, fundamentalmente agrupada en torno a René Rémond, de la que forman parte en especial los historiadores contemporáneos de la Universidad de París X-Nanterre y del Instituto de Estudios Políticos». Constata que para este equipo que habla en nombre «de la historia universal francesa» sólo hubo «un fascismo francés marginal» (p. 8). En otras palabras, que un cuarto de siglo después, estos historiadores han sido incapaces de ir más allá de los que les enseñó ese incomparable maestro que sigue siendo René Rémond. En realidad, Pierre Milza reconoce que, a lo largo de veinticinco años y de muchos libros, sus colegas y él mismo han renunciado a hacer algo mejor, o pura y simplemente a hacer algo distinto de lo que el consenso de la rue Saint-Guillaume tenía a bien permitirles.

bre la sociedad y aquellos que transformaron al irracionalismo en el centro de su enseñanza, así como en un instrumento intelectual y político usado para ganar el apoyo de las masas. Husserl también reconoció la debilidad del racionalismo ingenuo de los siglos XVII y XVIII, pero, al enfrentar la posición esencialmente irracional de Heidegger y sus seguidores, defendió vigorosamente el valor esencial del racionalismo: «Yo también creo que la crisis europea deriva de las perversiones del racionalismo», dijo, «pero no hay razón para afirmar que el racionalismo es malo *per se* o que es de importancia secundaria para la vida humana en general» [82]. Esta concepción básica colocó de un lado de la valla a Heidegger, Spengler, Jünger y toda la escuela de la «revolución conservadora» alemana; Pound, Lewis, Lawrence, Eliot y Yeats, y del otro lado a Husserl, Thomas Mann y Joyce. Ésta fue la línea demarcatoria entre Sorel, Barrès, Montherlant y Brasillach por un lado, y Gide y Anatole France por el otro. Todos reconocieron la importancia de los factores irracionales, todos criticaron el orden político-social existente, pero no todos fueron fascistas o simpatizantes del fascismo. No todo criticismo del orden existente se transforma necesariamente en fascismo; no toda sensibilidad frente a las debilidades institucionales de la democracia lleva necesariamente a la negación de sus principios.

El fascismo se transforma en un sistema conceptual cuando el rechazo del materialismo y el racionalismo se transforman en la esencia de una visión política total, en un foco para reclutar el apoyo de las masas y en un instrumento de ataque contra los principios del liberalismo, el marxismo y la democracia. El surgimiento del fascismo se torna inevitable cuando este rechazo de la herencia de la Ilustración es acompañado por un fuerte pesimismo cultural, adaptado a la era tecnológica, y por un culto del elitismo y la violencia. La rebelión cultural en sí no es fascismo, pero el hecho que socava los principios de modernidad tal como se formaron en el siglo XVIII y fueron puestos en práctica en la época de la Revolución francesa, trazó el sendero del fascismo. Realmente, más que cualquier otro fenómeno histórico, el surgimiento del fascismo nos obliga a notar el rol jugado por sus numerosos aliados y simpatizantes, tanto activos como pasivos, y el potencial destructivo del rechazo de la utopía racionalista de la Ilustración. Mucho se ha escrito en años recientes, especialmente en ocasión del bicentenario de la Revolución francesa, sobre los peligros de

[82] E. Husserl, «La crise de l'humanité européene», p. 31.

intentar concretar estas utopías. Muchos señalaron la pérdida de la libertad resultante del deseo de conseguir lo imposible. Pero, de igual manera, es útil insistir en la tremenda destrucción causada por el abandono consciente del sueño racionalista del siglo XVIII.

Si hacia fines de nuestro siglo es necesaria una conclusión derivada de la gran rebelión cultural que se extendió sobre Europa en la primera mitad del siglo XX, esta conclusión es que hasta hoy no se ha encontrado base mejor para un orden humano digno de este nombre que el universalismo y humanismo de la Ilustración.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES PRIMARIAS

A. Periódicos y revistas

L'Action française
Avanguardia Socialista
Avanti!
L'Avvenire del Lavoratore
Battaglie dell'Unione Italiana del Lavoro
Cahiers du Cercle Proudhon
Clarté
Combat
Courrier de l'Est
La Critique sociale
La Cultura Socialista
Le Devenir social
Il Divenire sociale
Educazione fascista
L'Ére nouvelle
La Folla
La France socialiste
Gerarchia
La Guerre sociale
Il Giornale d'Italia
Histoire et Philosophies sociales
L'Homme nouveau
L'Idea Nazionale
L'Indépendance
L'Internazionale
Italia Nostra
Journal des économistes
Il Lavoro di Genova
La Lima
La lotta di classe
La Lupa
Il mattine

Creative Commons

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

La presente obra pretende restablecer el paso real de la ideología en el crecimiento del fascismo, ese fenómeno político y cultural que siempre ha gozado de una autonomía intelectual completa.
La ideología es descrita en este estudio como la interacción entre cultura y política, reflejando la relación que media entre la adopción de posiciones intelectuales y su transformación en acción.
En este trabajo se analiza atinadamente el periodo de formación del fascismo en el complejo cultural franco-italiano. Si Francia es la cuna del revisionismo revolucionario soreliano, primer componente del fascismo, el revisionismo revolucionario se desarrolla en Italia con gran empuje intelectual, político y social. Los revisionistas revolucionarios italianos, aliados con los nacionalistas, con los futuristas y con otros vanguardistas, encuentran en el verano de 1914 las tropas, las condiciones y el jefe que les permiten transformar en fuerza histórica la larga incubación intelectual iniciada a principios de siglo.

Zeev Sternhell, profesor en la Universidad Hebrea de Jerusalén, es autor de tres obras en las que se replantean las ideas recibidas acerca de los orígenes del fascismo: *Maurice Barrès et le nationalisme français*, *La Droite révolutionnaire: les origines françaises du fascisme* y *Ni droite, ni gauche. L'idéologie fasciste en France*.

Creative Commons

ISBN 84-323-0855-2
9 788432 308550 00001